





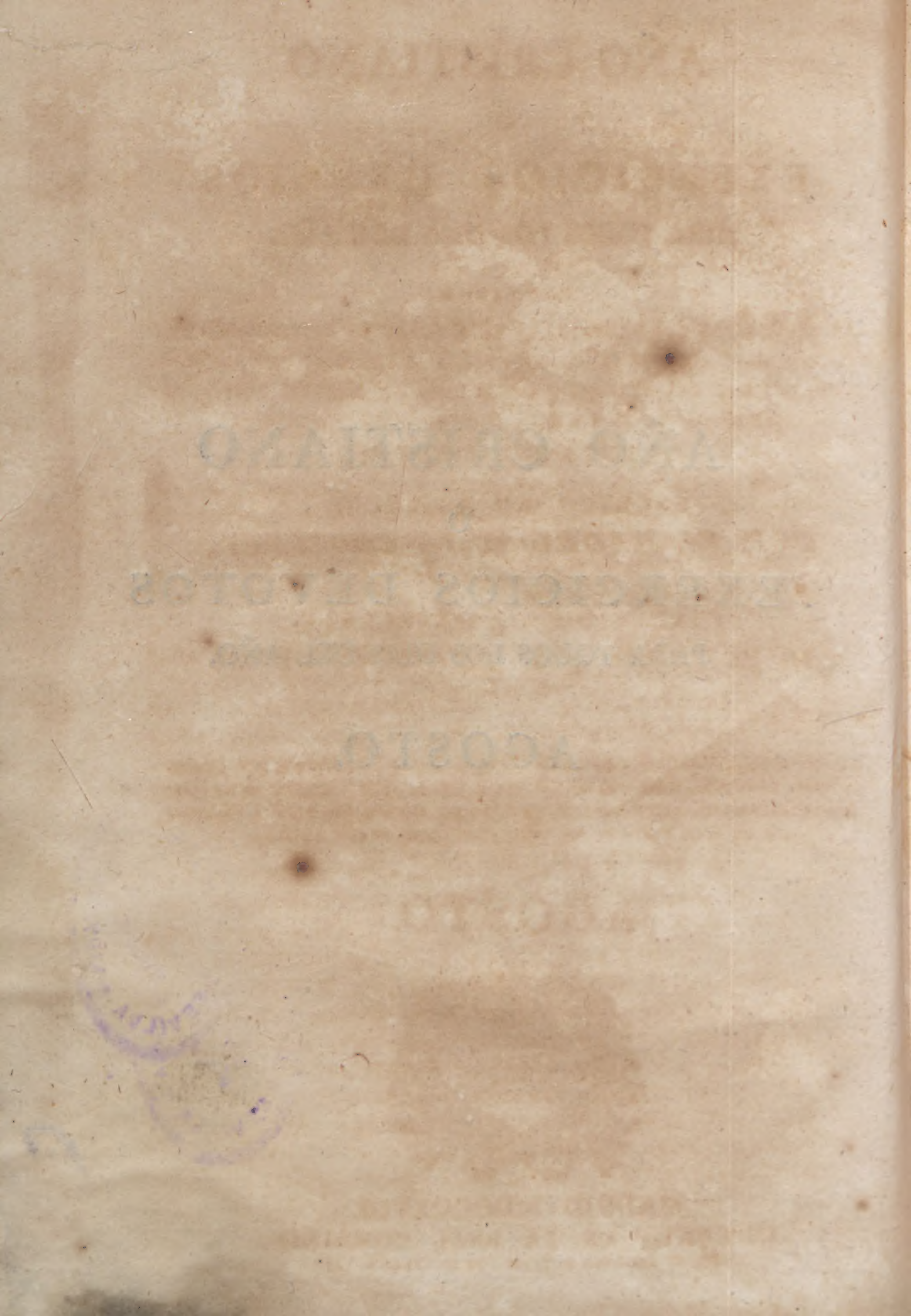
AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

AGOSTO.



AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

AGOSTO.





MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

DIA PRIMERO.

San Pedro Advincula.

Despues que la Iglesia celebró con tanta solemnidad las maravillas y el glorioso triunfo del Príncipe de los apóstoles el dia veinte y nueve de junio, instituye hoy una fiesta particular para honrar singularmente su prision y sus cadenas, y sobre todo el insigne milagro que obró Dios para librarle de éllas. Era muy justo que habiendo hecho el Señor un prodigio tan ilustre por las oraciones de toda la Iglesia, para conservarla su cabeza visible, consagrase todos los años esta memoria con particular solemnidad.

Queriendo Dios castigar los pecados de los gentiles, dice san Crisóstomo, y con especialidad el ódio mortal que los judíos habian concebido contra los apóstoles, afligió á la Judea con una horrible hambre, que poco tiempo antes habia pronosticado el profeta Agabo. Pero no fue este azote el que mas mortificó á los fieles; mas les dieron que padecer los enemigos de la fe en la sangrienta persecucion que por aquel mismo tiempo suscitaron contra éllos.

Era á la sazon rey de los judíos Herodes Agripa, el cual poseia como soberano todos los estados que en otro tiempo habian sido de su abuelo Herodes Ascalonita. Tenia el título de rey que le habia querido conceder el emperador Claudio, aunque no gozaba ni toda la autoridad ni todo el poder, repartido úno y ótro entre él y los magistrados romanos. Era Agripa hijo de Aristóbulo y nieto de la virtuosa Mariana. Habíanle criado en las máxímus de una política mundana, siempre opuesta á la ley de Dios y á las reglas de la conciencia, pudiéndose decir que no habia heredado menos la crueldad que la corona del mas inhumano y del mas impío de todos los reyes.

Apenas tomó posesion del reyno de Judea, al cual en favor suyo agregó el Emperador la provincia de Samária,

cuando declaró la guerra á los fieles, resuelto á borrar de la memoria enteramente el nombre cristiano. Mandó prender á muchos, y aun quitó la vida á algunos, entre éllos á Santiago, hermano de san Juan, á quien mandó cortar la cabeza. Dió gran gusto á los judíos esta injusta sentencia, mostrando todos mucho gozo. Y como Herodes pretendia ganar la inclinacion y amor del pueblo, á cuyo fin no omitia medio alguno, le pareció no podia grangearla mejor que continuando la persecucion contra los cristianos, y que el atajo para exterminarlos era comenzar por su cabeza, no dudando que derribada esta columna daria en tierra todo el edificio. Dió, pues, la órden para que fuese preso san Pedro en la fiesta de la Pascua el año 44 de Jesucristo, y mandó se asegurase en una estrecha prision, poniéndole la guardia de diez y seis soldados, que debian relevarse de cuatro en cuatro á cada vigilia de la noche. Era su ánimo sacarle de la cárcel pasadas las fiestas, y ponerle en manos del pueblo judáico, furiosamente irritado contra el santo Apóstol. Sobresaltáronse todos los fieles, y tuvieron mas fuerza las ferforosas y contínuas oraciones de toda la Iglesia para libertar al Príncipe de los apóstoles, que todas las precauciones y toda la malicia del Tirano. La noche antes del dia en que Herodes habia resuelto hacerle comparecer, y entregarle á discrecion de sus enemigos, estaba el Santo echado y durmiendo sosegadamente entre dos soldados, con los cuales, segun la costumbre de aquel tiempo, tenia estrechamente ligadas ámbas manos por medio de unas esposas, y al mismo tiempo ótros hacian centinela á la puerta de la prision para que no se escapase; pero nada bastó para embarazar el recobro de su libertad.

Apareciósele el ángel del Señor cercado de un resplandor celestial, que llenó de claridad el lóbrego calabozo, pero sin ser visto de otro que de solo el Santo: tocóle en un lado, despertóle, y le mandó que se vistiese cuanto antes. En aquel mismo punto se le cayeron las esposas de las manos sin que los soldados lo advirtiesen. *Cíñete la túnica*, añadió el ángel, *cálzate*, *toma tu manto*, *y sígueme*. Obedeció prontamente, salió de la prision, fue siguiendo al Ángel, pero todavía dudoso de si era verdad ó sueño lo que le pasaba, no pudiendo apenas per-

suadirse á que no dormia á vista de un suceso tan extraordinario. Pero tardó poco en conocer que no soñaba; porque el Ángel, despues de haberle sacado de entre los soldados con quienes estaba preso por las manos, le llevó por medio de los ótros que hacian guardia á la puerta, y de allí le conduxo á otra puerta que se llamaba *la Puerta de Hierro*, y caia á la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Todavía no le dexó allí el ángel; acompañóle hasta el fin de una calle larga, y desapareció. Entonces acabó san Pedro de conocer claramente que era realidad lo que le parecia sueño, y exclamó diciendo: *Ahora sé ciertamente que el Señor se dignó enviarme su ángel para que me librase de las manos de Herodes, y burlase la esperanza que tenian los judíos de quitarme la vida.* Esta milagrosa libertad, solicitada por las oraciones de la Iglesia, puesta en execucion por un ángel enviado de Dios para quitarle las cadenas, es el objeto de las gracias que hoy se rinden al Señor por haber conservado la cabeza visible de su Iglesia.

Para perpétua memoria de tan ilustre maravilla procuraron los fieles hacerse dueños de las cadenas que aprisionaron al santo Apóstol; las que se guardan cuidadosamente para trasladar á la posteridad este insigne monumento de una gracia tan singular. Habiendo hecho el viage de Palestina la emperatriz Eudoxía, muger de Teodosio el Menor en el año 439 con el piadoso fin de visitar la Tierra santa, hizo alguna mansion en Jerusalen, y mostró deseo de algunas reliquias. Quiso el patriarca Juvenal contentar su devocion, y le pareció no la podia hacer regalo mas precioso, ni que fuese mas de su gusto que presentarla las dos cadenas con que san Pedro habia sido aprisionado. Recibiólas la Emperatriz con veneracion y con gozo; reservó una de éllas para la iglesia de Constantinopla, y regalo la otra á su hija Eudoxía, que dos años antes se habia casado con el emperador Valentiniano III. No cabiendo en sí de contento la jóven Emperatriz con el piadoso regalo, se le mostró luego al papa Sixto III., quien correspondió por su parte mostrando tambien á la Emperatriz otra cadena con que Neron habia tenido aprisionado al mismo santo Apóstol antes de sentenciarle á muerte, y se conservaba en Roma con mucha veneracion.

Asegúrase que habiendo acercado el Papa una cadena á ótra, al instante se unieron las dos tan perfectamente, que formaron una sola, y parecia obra de un mismo artífice. Con este milagro creció mucho la devocion que ya se tenia á las preciosas cadenas, y la emperatriz Eudoxîa, nieta del emperador Arcadio, mandó fabricar en el monte Esquilino una magnífica iglesia en honor del santo Apóstol, donde se conservaron las dos cadenas, que ya representaban una sola. Al principio se llamó esta iglesia *de Eudoxia*, tomando el nombre de su fundadora; despues se la dió el de *san Pedro Advincula*, y es título de cardenal. Así por las maravillosas curas como por otros milagros que obró Dios al contacto de estas cadenas, se hicieron célebres en todo el Universo, y se aumentó mucho la devocion de los fieles.

Dice san Agustin que el hierro de las cadenas de san Pedro era entre los cristianos mas estimado que el oro, considerándole santificado por lo que habia atormentado al santo Apóstol. En fe de esto nos consta por san Gregorio el Grande, que en su tiempo era costumbre muy comun enviar por reliquias las limaduras de las cadenas de san Pedro, y que por medio de éllas obraba Dios grandes milagros; siendo el mismo Papa el que las limaba para sacar los polvos. El mismo san Gregorio, que hablaba en esto de experiencia propia y de la de sus predecesores, afirma que muchas veces sacaba la lima los polvos sin la menor dificultad; pero que ótras, cuando los pedian ciertas gentes, por mas que se limase no habia forma de desprenderse ni una sola arena. Las limaduras se engastaban unas veces en cruces, y otras en llavecitas de oro ó plata, las que atadas á un cordoncito se descolgaban hasta que tocasen el sepulcro del santo Apóstol, y despues se traian pendientes al cuello como preservativo contra toda suerte de males y accidentes molestos de la vida. Esto escribia aquel gran Pontífice á Childeberto, rey de Francia, enviándole una de aquellas llavecitas, guarnecida con la limadura de las cadenas. Refiérele al mismo tiempo el exemplar castigo de cierto señor Lombardo, que burlándose de la virtud sobrenatural que se atribuia á éllas, y rompiendo una por menosprecio para sacar el oro en que estaban engastadas las limaduras, al punto se apo-

deró el demonio de él, y entró en tanto furor, que se quitó la vida por sus mismas manos.

El conde Justiniano, sobrino del emperador Justino, y sucesor suyo en el imperio, deseó tener algunas reliquias de san Pedro, despues de haberle dedicado una magnífica iglesia, que á sus expensas hizo fabricar en Constantinopla. Envióle el papa Hormisdas un lienzo santificado, esto es, tocado á su santo sepulcro con una llavecita ó cruz enriquecida con limaduras de sus cadenas. Los lienzos santificados, como asegura san Gregorio, eran recibidos en todas partes con mucho respeto. Colocábanse como reliquias en las iglesias consagradas á Dios en honor del Santo, y obraban los mismos prodigios que si estuviera en éllas el propio cuerpo. Añade tambien el Santo que algunas veces destilaban sangre estos lienzos cuando se cortaban, y que habia muchos testigos de esta maravilla.

Hallándose en Italia el año de 669 un conde muy estimado del emperador Oton el Grande, se apoderó de él el demonio con tanta furia, que él mismo se despedazaba con los dientes. Compadecido el Emperador del lastimoso estado de su favorecido, mandó que le llevasen al papa Juan XIII. para que le hiciese conjurar. Pero apenas le echaron al cuello la cadena de san Pedro, cuando salió de su cuerpo el demonio dando espantosos alaridos. Quedó tan asombrado de esta maravilla Teodorico, obispo de Metz, y primo hermano del Emperador, que asiéndose fuertemente de la cadena, protextó no la soltaria mientras no le diesen un eslabon; concediéronsele, y es el mismo que hoy se guarda en el monasterio de san Vicente de Metz como preciosa reliquia.

Las cadenas con que san Pedro fue preso en Roma en tiempo de Neron, desde aquel mismo tiempo fueron singularmente veneradas de los fieles. Hallándose en la prision san Alexandro papa y mártir, curó milagrosamente á una señora romana, por nombre Albina, y queriendo ésta besar las cadenas en que estaba preso, no se lo permitió el santo Pontífice, diciéndola: *Esa reverencia solo se deben á las cadenas de san Pedro*; *id*, *haced que os las enseñen*, *y besadlas con respeto.*

Entre los sermones de san Crisóstomo se halla uno sobre la fiesta de este dia que el cardenal Baronio juzga ser de

san Proclo ó de san German, sucesores del Santo: *Hic enim dies*, dice el Autor, *venerandas ejus catenas manifestas ostendit, et earum adorationem proponit, quibus Apostolus devinctus, multiplices ejus, qui est malorum omnium origo, nodos ac machinas dissolvit, et quos diabolus adstrictos tenebat, eos ereptos à morte sempiterna liberavit.* "Este „es el dia en que se exponen á los ojos y á la venera„cion de los fieles aquellas venerables cadenas con que „fue preso san Pedro, á cuya vista el mismo santo Após„tol desata los nudos, y disipa todos los artificios malig„nos de aquel que es funesto orígen de todos los males, „y haciendo conseguir gloriosa victoria del enemigo de „nuestra salvacion, nos libra de la muerte eterna.

„Eran estas cadenas, añade el mismo, el mas bello „ornamento del santo Apóstol, que triunfaba de alegría „viéndose oprimido con éllas: *His catenis Apostolus or„nabatur; his exultans ac gestiens se oblectabat.* La Igle„sia, aquella casta esposa de Jesucristo, se honra y se „adorna con estas cadenas como con un rico collar y pre„ciosa corona, que le hace mas brillante á los ojos de su „divino Esposo: *His et nunc sanctissima ac pura Christi „sponsa Ecclesia, tanquam splendido monili, ac velut co„rona quadam decorata, ad dexteran sui sponsi partem as„sistit.* En todo tiempo, pero singularmente en este dia, „tengamos gran veneracion á estas cadenas; toquémoslas „con confianza; besémoslas con respeto: *Has, inquam, „catenas hodierno die amplexamur; has reverenter vene„ramur, et colimus.* A la verdad sería muy justo reve„renciar con mucha devocion, no solo estas sagradas ca„denas, sino todo lo que sirvió al uso de aquel santo Após„tol, vicario de Cristo en la tierra, intérprete fiel de sus „secretos, órgano de su voluntad y oráculo de los fieles: „*Deceret certè, deceret non solum catenas quæ manus illas „adstrinxerunt, magnopere venerari, sed etian indicia om„nia, ad quæ Apostoli membra accesserunt singulatim am„plecti ac revereri, et in illis singulis diem festum ac pa„negyrim venerari.*"

Refiere despues el modo de que se valió la divina Providencia para conservar á la posteridad estas preciosas cadenas. Dice que habiéndose quedado en la cárcel las cadenas con que estaba preso el santo Apóstol, algunos

guardias, que se convirtieron á vista del prodigio de su milagrosa libertad, tuvieron cuidado de recogerlas, y en gran secreto se las entregaron á los fieles de Jerusalen, los cuales dexaron este escondido tesoro á sus descendientes, y éstos le conservaron con el mayor sigilo, hasta que abolido el paganismo, se hallaron con libertad para venerar públicamente aquellas santas reliquias. *Ipsi Herodis ministri, quibus divinæ cognitionis lumen effulserat, clam sustulerunt, et apud ipsos velut thesaurum quemdam eas conservarunt: quod serò à patre suo, ut dicitur, traditum, et dé catenis illis narratum sibi quisque acceperat, posteris suis deinceps tradebat, et tuto in lòco catenas illas servabat, &c.*

"¡Oh y si me fuera lícito, continúa el mismo Santo, »ver aquel calzado y aquella ropa que el ángel mandó »se vistiese; *illa certe apertis ulnis exciperem, et amplec»terer*; seguramente no dexaria de estrecharla reverente»mente entre mis brazos, de aplicarla á mi corazon, y »de adorarla como preciosa reliquia. *Tu vero, ò Petre, »Christi Ecclesiæ petra et firmamentum, summe apostolo»rum vertex... qui catenas has instar scelerati alicujus ho»minis pertulisti, et curationum fontem illas reddidisti, »tu, quæso, adesto hodie misertus nostri, et hoc in loco »spiritu venerare*: y tú, ó Pedro, piedra fundamental de »la Iglesia de Jesucristo, su apoyo, y príncipe de los após»toles, que llevastes estas cadenas como si fueras un fa»cineroso, y con tu contacto las convertiste en fuente de »milagrosas curas, ten misericordia de nosotros, y com»padecido de nuestras miserias, favorécenos hoy con tu »poderosa proteccion."

Si la sombra de san Pedro, dice S. Agustin (*Serm.* 2.), fue tan saludable, ¿cuánto mas lo serán las cadenas con que fue aprisionado? ¡O dichosas cadenas, que os convertísteis en coronas! ¡ó bienaventurados grillos, y qué dignos sois de nuestro respeto!

Esta festiva memoria de san Pedro *Advincula* se fixó al dia primero de agosto, en que se celebra la dedicacion de su iglesia, con cuya festividad se intentó desterrar los profanos regocijos que en tal dia acostumbraban los gentiles en memoria de la impía consagracion del templo del dios Marte.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Petrum apostolum à vinculis absolutum, illæsum abire fecisti; nostrorum, quæsumus, absolve vincula peccatorum, et omnia mala à nobis propitiatus exclude: Per Dominum nostrum...

O Dios, que libraste al apóstol san Pedro de sus cadenas, y le pusiste en libertad sin que recibiese daño alguno; suplicámoste que rompas las cadenas de nuestros pécados, y que por tu bondad apartes de nosotros todos los males que nos amenazan: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 12. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Misit Herodes rex manus, ut affligeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum, fratrem Joannis, gladio. Videns autem quia placeret judæis, apposuit, ut apprehenderent et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cum apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Parcha producere eum populo. Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad eum pro eo. Cum autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus: et custodes ante ostium custodiebant carcerem. Et ecce angelus Domini astitit: et lumen refulsit in habitaculo; percusoque latere Petri excitavit eum, dicens: Surge velociter. Et ceciderunt catenæ de manibus ejus. Dixit autem angelus ad eum: Præcingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi: Circumda tibi vestimentum tuum, et

En aquellos dias: El rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, añadió el prender tambien á Pedro. Eran los dias de los Ácimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro cuaterniones de soldados para que le guardasen, con ánimo de presentarle al pueblo despues de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia contínuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y he aquí que el ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz; y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le dispertó diciendo: Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos. Y el ángel le dixo: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y él lo hizo

sequere me. Exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verum est quod fiebat per angelum: existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quæ ducit ad civitatem; quæ ultro aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum: Et continuo discessit angelus ab eo. Et Petrus ad se reversus, dixit: Nunc scio verè quia misit Dominus angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni expectatione plebis judæorum.

así. Y le dixo: Échate encima tu manto, y sígueme. Y él saliendo le seguia, ignorando que era verdadero lo que se hacia por el ángel, sino que creia ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que introduce á la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Y saliendo afuera, pasaron un barrío: y súbitamente se apartó de él el ángel. Y vuelto en sí Pedro, dixo: Ahora sé de verdad que el Señor envió á su ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

NOTA.

»Escribióse en griego el libro de las Actas ó de los »Hechos de los apóstoles, el cual es la historia fiel de la »Iglesia recien nacida. Pregunta san Crisóstomo por qué »razon no reduxo san Lucas á un solo libro así el evan»gelio que escribió, como los Hechos de los apóstoles, de »que fue tambien autor, siendo así que dirige á Teófilo »una y otra obra. Alega para esto muchas razones, y en»tre otras principalmente, porque el evangelio le escri»bió en Acaya el año 57 de Cristo, siendo este el evange»lio de que habla san Pedro en su segunda epístola á los »corintios; y los Hechos apostólicos los trabajó en Roma »hácia el año 62 ó 63 del mismo Cristo.

REFLEXIONES.

El martirio de san Esteban fue efecto de la envidia de los sacerdotes y doctores de la ley, y del furor de un populacho alborotado y rabioso contra Jesucristo. Pero el que ahora excita la persecucion contra la Iglesia es el mismo Príncipe, siendo lo mas extraño que lo hace por lisonjear la pasion de un pueblo apasionado y furioso, cuyo amor pretende grangear á costa de la justicia. De esta manera se sacrifica la salvacion y la religion á las pasiones y al interes de cada uno. Pero no se piense que so-

lamente son los grandes del mundo los que muchas veces prefieren su propia gloria á la de Dios, y sus gustos á sus obligaciones y á su conciencia. Todos los dias, y en todas las condiciones se atreve el respeto humano á violar las mas sagradas leyes. Todo el mundo quiere ser lisonjeado, quiere ser aplaudido, quiere agradar; *pero si yo quiero agradar á los hombres*, dice el apóstol san Pablo, *no seré siervo de Jesucristo*. No importa; como se agrade á los hombres, ningun cuidado da desagradar á Dios. Declámase contra la torpe injusticia de Herodes, que por puro motivo de ambicion, solo por ganar el afecto del pueblo, mandó prender á san Pedro, le cargó de hierro, y le condenó al último suplicio. ¿Pero acaso somos nosotros mas religiosos que él, somos menos injustos cuando por satisfacer nuestra pasion violamos los mandamientos de la ley de Dios, y perdemos el alma? ¿No se puede decir con razon que los respetos humanos entraron á ocupar el lugar de los perseguidores de la religion? ¿cuántos impíos, cuántos indevotos, y por decirlo así, cuántos apóstatas de la virtud cristiana hacen cada dia los respetos humanos? Avergüénzase aquél de parecer virtuoso, y desde el mismo punto dexa de serlo. Semejantes á las tímidas avecillas, dice san Agustin, que espantadas con el ruido que expresamente se hace para levantarlas, salen del nido, ó abandonan la zarza donde estaban seguras, y van á caer en el lazo que las tiene armado el cazador. ¿Cuántos dexan el camino de la virtud por miedo de las zumbas y de los juicios de los hombres, y tan imprudentes como cobardes no conocen ni lo despreciable del peligro que les atemoriza, ni lo terrible de aquel á que se arrojan por huir del primero? ¡Oh, y cómo éllos se reirian de su propio temor, si conocieran que vano es en su causa, y cómo le temerian si consideraran qué funesto es en sus fatales efectos! ¡qué bien muestra la milagrosa libertad de san Pedro el gran cuidado que tiene el Señor de sus verdaderos siervos! Si son menester milagros para sacarlos de los peligros, trastorna Dios en su favor todas las leyes de la naturaleza. Nada importa que los tres mancebos israelitas sean arrojados en un horno encendido; en medio de las llamas encontrarán el refrigerio. Sea en hora buena Daniel encerrado por muchos dias en una caverna en com-

pañía de leones hambientos; no recibirá de éllos el mas ligero daño. Mas que á san Pedro le guarden estrechamente en una prision, le carguen de cadenas, y le rodeen de soldados; las prisiones se le caerán, y saldrá con la mayor seguridad sin que lo adviertan las guardias. Prudencia humana, todos tus artificios son débiles estorbos á los intentos de Dios. ¡Oh y cuántos milagros veríamos si no nos faltára la confianza en el poder y en la bondad de la divina Providencia! Sirvamos á Dios con sincéro y generoso corazon; pongamos todos nuestros intereses en las paternales manos de nuestro divino Dueño, y nada nos dañará; de todo cuidará aquel gran Dios que tiene tan en el corazon los intereses de los que le aman y le sirven.

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cælis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cælorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cælis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cælis.

En aquel tiempo: Vino Jesus á tierra de Cesaréa de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y éllos dixeron: Unos que es Juan el Bautista, ótros que Elías, ótros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díxoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dixo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dixo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Y te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

De las aflicciones.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los trabajos y las miserias de esta vida no son puramente castigos; puesto que el reo cuando sufre la pena que corresponde á sus delitos no merece recompensa. Pero queriendo el Hijo de Dios convertir este destierro á que estamos condenados en una carrera gloriosa para nosotros, le quitó el nombre de suplicio, y le dió el de combate, ennobleciéndole tambien con su exemplo y con la dignidad de su persona; de suerte, que aquel que mas y mejor padece, es el que consigue la mayor corona: considéranse las aflicciones de esta vida como señales de un Dios irritado, y como efectos de su justo enojo; concepto errado; antes por lo mas comun son remedios específicos de un hábil y experimentado médico, y pruebas particulares del tierno amor con que nos mira el mejor de todos los padres. ¿En qué habia delinquido el inocente Abel? ¿qué delito habia cometido José contra sus hermanos? En medio de eso úno y ótro son afligidos, odiados y perseguidos. ¿Quién fue nunca mas amado del Padre celestial que el Hijo de Dios? En él tenia el Padre Eterno todas sus delicias. Sin embargo, las aflicciones fueron como la herencia de este querido hijo. Dirán que Jesucristo habia cargado con todas nuestras maldades. Pero si el Hijo querido no tomó otro camino para entrar en su gloria, ¿habrá ótro para los siervos rebeldes y culpados? No debemos recibir los trabajos que nos envia la divina Providencia como materia de dolor, sino de gozo. El verdadero cristiano debiera afligirse cuando se ve colmado de honras y de prosperidades del mundo, por lo que le desvian de la semejanza con Jesucristo, siendo así que toda su dicha consiste en ser semejante á este Señor. Por eso decia san Pablo que hallaba un exquisito gusto en los trabajos. Nunca discurrieron los santos de otra manera, y este era su lenguage. Las adversidades de esta vida traen consigo cierto carácter de predestinacion; por lo que san

Gregorio Nazianceno las llama camino real del cielo: *Regia ad cœlum via.* ¿Dónde hay cosa mas eficaz que la tribulacion para convertir al pecador, y para adelantar al justo en el camino de la perfeccion, para conservarle en la justicia, para preservarle de la tibieza, y para fortalecerle? Desengañémonos, la prosperidad hace delicada al alma, y la sujeta á los sentidos; ninguna cosa fomenta tanto las pasiones como la prosperidad y la abundancia; es cierto que lisonjean el gusto; pero tambien debilitan, y al cabo extinguen del todo la virtud. ¿Hubiera echado en tu corazon tan profundas raices la humildad si no te hubiera humillado Dios con aquella vergonzosa desgracia que te envió? ¿á quién debes ese desasimiento de los bienes terrenales sino á la amorosa providencia de Dios, que permitió los perdieses? ¿á quién debes esa invencible paciencia sino á las enfermedades que te han puesto disgusto en todas las cosas del mundo? Y si el orgullo, si la concupiscencia, si el amor propio todavía levantan cabeza en medio de las mayores aflicciones, ¿qué sería si todo saliese á medida de tu gusto?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los trabajos son, por decirlo así, el tesoro del evangelio; pero tesoro escondido, que pocos le hallan; pocos saben aprovecharse de él, porque pocos saben lo que vale. En la cruz se encuentra la vida, la salvacion, la proteccion de Dios, la fuerza del alma, el compendio y la práctica de las virtudes con la perfeccion de la santidad. ¡Oh, y cuántas riquezas encierran las aflicciones! Debieran las adversidades ser para nosotros un copioso manantial de consuelos; y por lo regular suelen ser ocasion de quejas y de sentimientos. Debieran fortificarnos y alegrarnos; y por lo comun nos afligen, nos desalientan y nos abaten. No hay cosa mas provechosa para mí, decia David, que verme humillado. Las flores suelen hacer mal á la cabeza; el resplandor deslumbra; las honras encantan. No se piensa en la patria cuando todo nos lisonjea en el destierro; pero cuando la tierra que se pisa solo produce espinas y abrojos; cuando se habita en una region donde solo se experimentan uracanes y tem-

pestades; cuando el cielo nunca se descubre sereno; cuando siempre se come el pan mezclado con lágrimas, entonces se cuentan los dias que faltan, y se suspira por aquella dichosa hora en que ha de salir de aquella region de trabajos y amarguras. Gran ceguedad es no conocer lo que valen las adversidades. *Bienaventurados los que lloran*, dice el Salvador, porque el consuelo que se seguirá á sus lágrimas los recompensará con ventajas de todo lo que padecen. Y no espera Dios á la otra vida para consolarlos. En el calabozo estaba san Pedro; ¿quién dexaria de compadecerse de sus cadenas? Dormia san Pedro en la prision; pero Dios nunca se duerme en las aflicciones de los que le aman. No olvida á su Apóstol en los trabajos, se le caen de las manos las prisiones, y las puertas se le ábren por sí mismas. Multiplique en buen hora Herodes las guardias para que no se escape; sale seguro y sereno sin el menor estorbo por medio de las centinelas. ¡Mi Dios, cuántos imprevistos socorros, cuántos secretos recursos de una providencia todo poderosa se experimentarian si los hombres supieran aprovecharse de las aflicciones de esta vida; si en vez de aquellas enfadosas inquietudes, de aquellos ímpetus de paciencia, de aquel mal humor; si en lugar de las escandalosas quejas, que no alivian el trabajo, se besara humildemente la benéfica mano que se agrava sobre nosotros, y se bendixera á Dios que nos aflige!

¡Oh Señor, y qué dolor me causa haber malogrado hasta aquí las ocasiones que se me han ofrecido de daros pruebas de mi amor y de mi confianza, aprovechándome mejor de mis trabajos! Poco he conocido lo que valen las aflicciones de esta vida; pero confio en vuestra gracia que en adelante sabré aprovecharme mejor de este tesoro escondido.

JACULATORIAS.

Bonum mihi quia humiliasti me. Salm. 118.
Conozco, Señor, que me es muy provechosa la humillacion.

Virga tua, et baculus tuus ipsa me consolata sunt. Salm. 22.
Ninguna cosa me ha consolado mas que los golpes de tu amorosa vara.

PROPOSITOS.

Mas que el nacimiento haya sido rodeado de esplendor y de abundancia; mas que hayas nacido grande y dichoso, segun el mundo, no tiene remedio; la vida está sembrada de cruces; ninguno se libra de trabajos: está llena de altos y baxos la vida del hombre sobre la tierra; en medio del dia padece sus eclipses la prosperidad; ningun mortal fue por largo tiempo feliz; las adversidades, las pesadumbres y los disgustos nacen en todos los estados, y en todas las condiciones y en todas las edades. Buscar uno solo que se exîma de éllos, es lo mismo que correr tras de una fantasma. Los mas dichosos del mundo no son los que carecen de trabajos, sino los que mejor se saben aprovechar de éllos. Es, pues, de suma importancia poseer esta ciencia, adelantar en este arte; seas quien fueres, no esperes vivir sin tener que padecer. Pero estudia en padecer como cristiano, y en aprovecharte de todos tus trabajos. Los mas meritorios son aquellos que trae consigo el estado particular de cada uno. Tambien dan abundante materia á la paciencia cristiana los reveses de la fortuna; en todos éllos alaba á Dios como Job. Salióte mal aquel negocio, perdiste aquel pleyto, arrebató la muerte al hijo, al pariente, al protector, al amigo, dí con Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; cumplióse su voluntad; sea su nombre bendito.*

2 ¿Cuanto hay que padecer en las familias? El humor extravagante y violento de un marido divertido; el genio altanero, indócil caprichoso de una muger altiva; las malas inclinaciones de los hijos; la malicia de los envidiosos ó de los concurrentes; una desgracia en los negocios, una enfermedad, un achaque habitual, &c. todas son cruces bien pesadas, es verdad; pero son cruces; ¿y por qué las malograrás no recibiéndolas como tales? A este duro exercicio de paciencia ligó Dios tu perfeccion, y acaso tu salvacion; ¿pues para qué te inquietas? Bien puede ser que cualquiera otro exercicio de mortificacion y de virtud fuese mas de tu gusto, pero no te sería tan provechoso; el que ahora te pesa tanto, y quisieras sacudir de ti es el que Dios te ha destinado. Guárdate bien de reputar las

aflicciones por desgracias; eso sería juzgarlas por los sentidos; míralas con ojos cristianos, y las estimarás como merecen. Ellas son un manantial perenne de gracias que facilitan la salvacion. Es buen medio para hacerlas saludables y dulces dar de cuando en cuando gracias á Dios, especialmente al acabar la oracion de la mañana y de la noche, por los trabajos que se ha servido enviarnos, como diciendo: Yo os doy gracias, Señor, por la afliccion que me habeis enviado; haced por vuestra piedad que me sea provechosa, y que me sirva para desprenderme de los vanos atractivos y bienes aparentes de este mundo para unirme á solo vos (Job 1.): *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut placuit Domino, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.*

DIA SEGUNDO.

San Esteban, papa y mártir.

San Esteban papa, primero de este nombre, fue hijo de Julio, ciudadano romano. Nació hácia el fin del segundo siglo; y aunque se tienen pocas noticias de los primeros años de su niñez, hay razones para creer que era cristiana su familia, y que el niño fue criado en los principios y máxîmas de la verdadera religion. Como su corazon era naturalmente bien inclinado, y estaba dotado de excelente ingenio, se dedicó al estudio de las letras humanas y divinas, pero singularmente al de la ciencia de los santos; y en poco tiempo se hizo un lugar muy distinguido entre los fieles de Roma. Siendo de poca edad fue recibido en el clero, y por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, por su sabiduría y por su mérito captó la admiracion y el concepto universal, considerándole todos por digno de los primeros empleos de la Iglesia. Los papas san Cornelio y san Lucio, sus predecesores, hicieron juicio que no debian dexar escondida debaxo del celemin aquella brillante antorcha. Ordenáronle de diácono, y despues

le hicieron arcediano de la Iglesia romana, dignidad que ponia á su cargo la custodia y la distribucion del tesoro de la Iglesia, dándole al mismo tiempo jurisdiccion de vicario; lo que acredita la estimacion que hacian de su mérito y de su mucha virtud.

Jamás se habia visto Iglesia, al parecer, agitada de mas violentas tempestades, ni combatida de mas artificiosos y mas malignos enemigos, que hácia el fin del año 254, en que murió el papa san Lucio. Novaciano, presbiterio de la Iglesia romana, y Novato, presbítero asímismo de la de Cartago, el primero antipapa, los dos cismáticos, y ámbos hereges, tenian muchos parciales de sus errores en Oriente y en Occidente hasta en el mismo gremio de los obispos. Aunque san Cipriano de Cartago y san Dionisio de Alexandría se habian opuesto con valor á sus impiedades, consiguiendo que fuesen condenados por varios concilios, no por eso dexaba de inficionar á muchos el veneno de la heregía; y su partido, con el engañoso pretexto de reforma hacia desertar á muchos fieles de las banderas de Jesucristo, y adelantaba cada dia nuevas conquistas. Defendian que no debian ser admitidos á la comunion los que hubiesen caido en el crimen de idolatría; y sus sectarios, extendiendo esta errada doctrina á todo género de culpas, quitaban á la Iglesia el poder para atar y desatar. Condenaban las segundas nupcias, y obstinadamente sostenian que debian ser rebautizados todos aquellos que despues del bautismo hubiesen cometido algun pecado mortal. Aprovechándose los gentiles de aquellas funestas divisiones, perseguian cruelmente á los cristianos, incitando á los emperadores y á los magistrados para que hicisen sangrienta guerra á la Iglesia. Viendo los santos papas Cornelio y Lucio tan combatida la navecilla de san Pedro, y fluctuando entre las encrespadas olas, llamaron á nuestro Santo para que los ayudase á gobernar el timon en un tiempo en que jamás habian sido los escollos mas frecuentes ni las borrascas mas deshechas. Por su virtud, por su doctrina y por su zelo se grangeó, aun en vida de sus predecesores, todos los sufragios del público para ocupar el lugar á que el cielo le tenia destinado. Habiendo terminado san Lucio gloriosamente su carrera, coronando con el martirio su pon-

tificado, por unánime consentimiento fue electo sumo pontífice san Esteban el año de 257. Dice Anastasio que san Cornelio, seis meses antes de morir, le habia entregado todos los bienes de la Iglesia, y que san Lucio al tiempo de su muerte le confió todo el rebaño, recomendándole toda la Iglesia afligida. Algunos son tambien de opinion que san Esteban gobernó la Iglesia como vicario de san Lucio, que fue desterrado pocos dias despues de su eleccion.

Luego que se sentó en la cátedra de san Pedro, se dedicó enteramente á desempeñar todas las obligaciones de aquella suprema dignidad. Ofreciéronse presto ocasiones en que resplandecieron su virtud, su zelo y su gran capacidad. Por mas artificios de que se valieron los hereges para sorprenderle, ó para intimidarle, siempre y en todas ocasiones se mostró el santo Pontífice azote de la heregía, defensor de los sagrados cánones, y oráculo de la Iglesia.

Fueron acusados y convencidos de *Libeláticos* Basílides, obispo de Astorga en España, y Marcial, obispo de Mérida. Llamábanse *Libeláticos* aquellos cobardes cristianos, que si bien no habian sacrificado á los ídolos, daban ó recibian certificaciones falsas de haber sacrificado, para libertar por este medio su vida, su libertad y sus bienes. A este delito de los dos prelados se añadian otros tan enormes, que los hacian indignos de la mitra, viéndose precisados los obispos de España á deponerlos, y á nombrarlos sucesores. Acudieron al Papa Basílides y Marcial, haciendo cuanto pudieron para engañarle. Recibiólos, y los oyó con tanto amor y con tanta benignidad, que ya se daban por restituidos á sus sillas; pero luego que el santo Pontífice recibió las cartas de san Cipriano y de los obispos de España en que le informaban de los delitos que habian cometido, no quiso verlos mas, y mantuvo inflexíble su teson.

Pero lo que da mayor idea del alto mérito de nuestro Santo es la célebre disputa que se suscitó entre los mas santos y mas sábios obispos de la Iglesia sobre el valor ó nulidad del bautismo conferido por los hereges. Parece que esta disputa tuvo principio en la Iglesia de Cartágo, donde san Cipriano, fundándose en la práctica de su pre-

decesor Agripino, enseñaba que era nulo todo bautismo fuera de la Iglesia católica; y por consiguiente, que se debian rebautizar todos los hereges que se reconciliaban con élla. Siguieron esta misma opinion los obispos de Oriente, que se juntaron en Iconia, y fue la dominante, así en el Oriente como en el África. Pero san Esteban la condenó, y declaró que respecto de los que volvian al gremio de la Iglesia, de cualquiera secta que fuesen, *nihil innovetur*, nada se debia innovar sino seguir precisamente la tradicion, que era imponerles las manos por la penitencia, sin rebautizarlos, una vez que hubiesen sido bautizados en el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo, y por otra parte no se omitiese cosa alguna de las esenciales al bautismo.

Costó trabajo á san Cipriano mudar de parecer. Convocó muchos concilios que confirmaron su opinion; y en virtud de esto escribió al Papa. Lo mismo hicieron los obispos de Oriente; pero san Esteban, guiado del Espíritu santo, que gobierna siempre la Iglesia, y asistido con aquellos auxílios sobrenaturales que Jesucristo prometió á su vicario hasta el fin de los siglos, ni se deslumbró á vista del mérito, ni se acobardó con el número de los que se oponian á su declaracion; y así escribió resueltamente á san Cipriano y á los obispos de Cilicia, de Capadocia y de Galácia, que se separarian de su comunion si persistian en su opinion sobre el bautismo de los hereges. Con el tiempo se reduxeron todos los obispos de Oriente á la decision del Pontífice, contribuyendo no poco á este feliz suceso san Dionisio, obispo de Alexandría. Mayor fue la resistencia de los obispos africanos; pero al fin toda la Iglesia abrazó lo definido por san Esteban. Tambien tuvo el consuelo de saber por carta de san Dionisio Alexandrino que en general todo el Oriente habia abandonado el partido de los novacianos, uniéndose con Roma; y al mismo tiempo que le participa esta gustosa noticia, se congratula con el santo Papa de los socorros espirituales y temporales que solicitaba á los fieles de Siria y de Arabia; prueba evidente de lo mucho á que se extendia su caridad y vigilancia pastoral, dilatándose ésta á todas las necesidades de la Iglesia, siendo su zelo tan inmenso como aquélla.

Al principio de su pontificado le escribieron Faustino, obispo de Leon, y san Cipriano, que Marciano, obispo de Arlés, daba en los errores de los novacianos, y se habia declarado parcial de aquella secta; al punto procedió contra él con todo el vigor de su zelo; pero siempre acompañado de mucha blandura y caridad. Con la paz que gozó la Iglesia los primeros años del imperio de Valeriano, pudo el santo Pastor cuidar de su rebaño con toda libertad, desviándole de los pastos inficionados; pero duró poco esta dulce tranquilidad. Marciano, su primer ministro, y uno de los enemigos mas mortales del nombre cristiano, mudó la voluntad del Príncipe, y le induxo á declarar la guerra á nuestra santa religion; en cuyas circunstancias no perdonó san Esteban medio ni diligencia para fortalecer á los fieles contra la tempestad que los amenazaba.

Publicó el Emperador un edicto por el cual confiscaba los bienes de los cristianos, y los concedia al que los denunciase. Con esta ocasion convocó el santo Papa al clero y al pueblo, y habló con tanta energía y con tanta eficacia sobre la vanidad de los bienes de ésta vida, inspirando á todos tan animoso valor, que un presbítero llamado Bono, arrebatado de un santo fervor, exclamó á nombre de todos, que no solo estaban prontos á perder todos sus bienes, sino á padecer los mas crueles tormentos, y á dar la vida por Jesucristo; declaracion que fue recibida con aplauso universal. Encendido el fuego de la persecucion, ès indecible el ardor con que todos se disponian al martirio. El santo Papa andaba de casa en casa, y pasaba los dias en lugares subterráneos, ofreciendo el santo sacrificio, y dando á los fieles la sagrada comunion. En un solo dia bautizó ciento y ochenta catecúmenos, administróles el sacramento de la confirmacion, dicen las Actas, ofreció por éllos el sacrificio incruento, sustentóles con el pan de los fuertes, y pocos dias despues casi todos merecieron recibir la corona del martirio.

No dudando el santo Pontífice que él mismo sería tambien dichosa víctima dentro de poco tiempo, quiso dar providencia en las necesidades de la Iglesia. Arregló lo que mas urgia en la actual constitucion de los negocios para el gobierno de su querido rebaño; encargóselę á tres pres-

bíteros, siete diáconos y diez y seis clérigos, á quienes encomendó la custodia de los vasos sagrados y la distribucion de las limosnas. Al mismo tiempo que daba estas providencias, poniendo órden en todo, andaba buscando al santo Papa, Nemesio, tribuno militar, por haber oido que era hombre extraordinario, de mucho poder con Dios, y que hacia grandes milagros. Tenia el Tribuno una hija única, ciega desde su nacimiento, á quien amaba tiernamente. Encontró en fin á san Esteban, y le suplicó que diese vista á su hija. Harélo, respondió el Santo, pero con condicion de que has de creer en Jesucristo, en cuyo nombre y virtud he de obrar el milagro. Sin detenerse un punto lo prometió todo Nemesio, y asegurando con juramento que se haria cristiano, desde luego creyó en Jesucristo, y pidió el bautismo. Instruyóle el Papa, y bautizóle juntamente con su hija, la cual cobró la vista luego que recibió el bautismo, y se la dió el nombre de Lucila. A vista de esta maravilla se convirtieron y se bautizaron sesenta y tres gentiles, creciendo cada dia tanto el número de los cristianos, que san Esteban, corriendo dia y noche las grutas en que estaban escondidos para alentarlos, consolarlos, asistirlos y decirles el santo sacrificio de la misa, contínuamente estaba administrando el santo bautismo á los que habia instruido.

Fueron mientras tanto arrestados Nemesio y su hija Lucila, como tambien Simpronio, su primer secretario, ó mayordomo de su casa, á quien el Juez le mandó que pena de la vida declarase el estado de todos los bienes de su amo. Respondió el fiel criado que el Tribuno nada tenia absolutamente desde que todo lo habia repartido entre los pobres. *¿Luego tú tambien eres cristiano como tu amo?* replicó Olimpo, que así se llamaba el juez. *Esa dicha tengo, y me honro mucho con élla*, respondió Simpronio. Irritado Olimpo con esta respuesta, hizo traer una estátua del dios Marte, y mandó á Simpronio en nombre de aquella mentida deidad que declarase los tesoros de Nemesio. Mirando Simpronio con indignacion al ídolo, exclamó: *Confúndate nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, y hágate pedazos en este mismo instante.* Al momento cayó el ídolo á sus pies reducido en polvo. Asombró á Olimpo el milagro; y abriendo los ojos del alma, creyó que to-



dos sus dioses eran quimeras, y que no habia otro verdadero Dios que Jesucristo. Descubrióse á Exûperia, su muger, que interiormente era cristiana; ésta le confirmó en su pensamiento, y le aconsejó que se convirtiese. Hízolo con toda su familia; acudiendo san Esteban informado de lo que pasaba, instruyólos, bautizólos, y los exhortó á la perseverancia.

Metió mucho ruido en Roma la conversion de una familia tan conocida; y noticioso el Emperador, lleno de ira, mandó que á todos los quitasen la vida en un mismo dia, teniendo el santo Papa el consuelo de darlos á todos sepultura. La misma suerte lograron otros doce clérigos ó presbíteros de su iglesia, á cuya frente estaba el fervoroso presbítero Bono. Habiendo enviado al cielo delante de sí el santo Pontífice tanto número de generosos mártires, suspiraba tiempo habia por la misma corona, y al fin la consiguió. Mandóle prender el Emperador, y quiso verle. Preguntóle luego si era él aquel sedicioso que turbaba el estado, desviando al pueblo del culto debido á los dioses del imperio. *Señor*, respondió el Santo, *yo no turbo el estado; solo exhorto al pueblo á que no rinda culto á los demonios, y á que adore al verdadero Dios, á quien únicamente se le debe. Impío*, exclamó el Emperador, *esa blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte*; y volviéndose á los soldados de su guardia, añadió: *Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio*: executóse la órden, lleváronle al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Esteban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con éllos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida, porque entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical cuando estaba exhortando á los cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fue sacrificado, bañada toda de su

sangre, fue enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Stephani, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Esteban, concédenos que cuando celebramos su dichoso nacimiento á la gloria, logremos su poderosa proteccion en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 20. de los Hechos apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum vocavit majores natu Ecclesiæ. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis à prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus, quæ mihi acciderunt ex insidiis judæorum: quomodò nihil subtraxerim utilium, quò minus annuntiarem vobis, et docerem vos publicè, et per domos, testificans judæis atque gentilibus in Deum pœnitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.

En aquellos dias: Estando Pablo en Mileto envió mensageros á Éfeso pasa llamar los ancianos de la Iglesia. Despues que llegaron y estuvieron juntos, les dixo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo desde el primer dia que entré en la Ásia, que serví al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos: que no oculté á vuestro conocimiento cosa alguna de las que os podian ser útiles; no dexando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las cosas, exhortando á los judíos y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo.

NOTA.

»Intituló san Lucas la obra de donde se sacó esta epís»tola *Hechos de los apóstoles*, para que busquemos en »élla, dice san Juan Crisóstomo, no tanto los prodigios »que hicieron, cuanto las virtudes y santas acciones que »practicaron.

REFLEXIONES.

Bien sabeis cómo me he portado entre vosotros desde el primer dia que entré en el Asia sirviendo á Dios. Este es el lenguage que deben usar todos aquellos que por su ministerio se emplean en la salvacion de las almas, y trabajan en la conversion de los pecadores. Su desinteres, su exâcta bondad, su vida pura, mortificada y exemplar, su modestia y su notoria virtud se han de anticipar á ganarles el concepto y los corazones, haciendo estas prendas el panegírico de su zelo. Prediquen los ministros del evangelio con las obras; y siempre hará fruto el predicador. Es poderoso en palabras el que es poderoso en obras; son los exemplos un discurso mudo, mas elocuente que el de los mas hábiles oradores. Lo mismo se puede decir del ministerio de confesar y dirigir almas. Todo zelo interesado es infructuoso. ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan á sí mismos! decia en otro tiempo el Profeta (*Ezeq.* 34.): *Væ pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos!* ¿El oficio de pastor no es apacentar el rebaño? *Nonne greges à pastoribus pascuntur?* Y con todo eso vosotros le comeis su leche, os cubris con su lana, y no cuidais de apacentarle: *Quod infirmum fuit, non consolidastis.* Ni confortásteis las ovejas flacas, ni curásteis las enfermas. *Et quod ægrotum, non sanastis.* Si alguna cayó, no la levantásteis; si ótra se perdió, no hicisteis diligencia pará encontrarla; descarriáronse mis ovejas, y de esa manera cayeron en los dientes y en las garras de las fieras. *Et factæ sunt in devorationem omnium bestiarum.* Por tanto, ó pastores, oid la palabra del Señor, añade el Profeta; esto es lo que os dice, yo mismo pediré cuenta á estos pastores de todos los daños que padeció mi rebaño: éllos me la darán de todas las ovejas que se pierden. *Ecce ego ipse requiram gregem meum de manu eorum.* Para que

el zelo sea eficaz, ha de ser puro. Si en los ministerios no procedemos, y si no nos aplicamos á éllos por motivos puramente sobrenaturales, nuestra aparente caridad será un verdadero amor propio disfrazado; y nosotros semejantes, dice el Apóstol, á una campana hueca, sonido y nada mas. Si tuviéremos la misma caridad que san Pablo, nuestra misma conducta será la mejor apología contra la mas infame calumnia. Busquemos á Dios solo en nuestros ministerios, y con éllos ganarémos para Dios á todos los pecadores.

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De la abnegacion de sí mismo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la abnegacion de sí mismo no solo es necesaria para la perfeccion cristiana, sino que, segun las palabras del evangelio, parece serlo tambien para la salvacion. *Si alguno quisiere venir en pos de mí*, dice el Salvador, *niéguese á sí mismo*. Nuestro mayor enemigo es

nuestro amor propio; nace en un terreno estragado; está inficionado el principio, y no es mas sano su fin. ¿Qué amamos cuando nos amamos á nosotros mismos? Amamos todo lo que es contrario á la salvacion; bienes de la tierra, deleytes sensuales, licencia, libertad, distinciones, preeminencias, todo lo que lisonjea los sentidos, todo lo que fomenta la concupiscencia, todo lo que corrompe el corazon; en una palabra, todo aquello que nos desvia de Dios, todo es muy del gusto de la naturaleza corrompida. El amor propio siempre está de acuerdo con los sentidos; todo lo que se opone á éstos, irrita y ofende á aquél; todas las pasiones, por decirlo así; estan á su mandar; todas reynan en su nombre; el amor, el ódio, la venganza, la ambicion, el orgullo, todos estos tiranos del corazon humano, todos estos enemigos de nuestra salvacion, todas estas fieras son obra de la concupiscencia. Quita del mundo al amor propio, decia san Bernardo, y el infierno se convertirá en un desierto, ó se apagarán sus llamas, ó á lo menos estarán ociosas y sin exercicio. Quita de ti el amor de ti mismo, de tu estimacion, de tus conveniencias, y el hombre cristiano no será ya un hombre animal y sensual, sino un hombre todo espiritual, sin gusto en nada fuera de Dios, sin hallar otra quietud ni otro consuelo que en el exercicio de la perfeccion. Tiene el amor propio sus caminos, pero aquellos solos que llevan á sus fines; y como éstos son tan contrarios á los de Jesucristo, es preciso que aquéllos sean muy opuestos á los del evangelio. Si queremos seguir los únos, necesariamente nos hemos de desviar de los ótros; para seguir los pasos de Jesucristo, es indispensable renunciarnos á nosotros mismos. Debemos hacer contínua oposicion á las inclinaciones naturales, y mortificar sin intermision nuestros sentidos. Debemos vencer las pasiones, debemos aborrecernos á nosotros mismos si nos queremos salvar. Gustemos ó no gustemos de estas máximas, alborótese ó no se alborote el entendimiento y el corazon humano contra esta ley, élla es indispensable; y sea ó no sea creido Jesucristo, su palabra es infalible, y no se puede mudar. Siempre será verdad, mientras el mundo exista, *que el que quisiere salvar su vida, la perderá; y el que la perdiere por Jesucristo, ese la ganará.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la abnegacion y el ódio de sí mismo, que tanto nos recomienda el evangelio, no es un ódio absoluto de todas nuestras cosas, sino de nuestra corrupcion, del desorden de nuestras inclinaciones, de las ilusiones que padecemos, de las viciosas propensiones de nuestra alma. ¿Quién negará que todos estos defectos son objeto justo de nuestra indignacion? Este es el origen de nuestras inquietudes, de nuestros disgustos, de nuestras pesadumbres, y en fin, de nuestra perdicion. Frutos son de nuestra corrupcion nuestras imperfecciones, nuestros pecados, y los mas funestos, los mas enormes delitos que se cometen. ¿Pues qué objeto mas digno de nuestro aborrecimiento? Este es el ódio santo que nos pide Dios; y este ódio se funda, por decirlo así, en el verdadero amor que quiere Dios nos tengamos á nosotros mismos; porque el aborrecerse santamente, es verdaderamente amarse. Aman tiernamente aquel padre y aquella madre al único hijo que tienen, y es todo su consuelo y todas sus delicias; pero en medio de este amor si le amenaza una apostema, si se le forma una llaga, ¿qué no le hacen padecer para curarle si la llaga y la apostema le pueden ocasionar la muerte? Queman, sajan, martirizan al paciente, no solo á vista, sino á solicitud de su amantísima madre. ¿Se dirá que aborrece á su querido hijo? No: lo que aborrece es la causa de su mal, que le pone á riesgo de la vida. La mayor prueba de su amor es el mismo aborrecimiento á su mala constitucion, á su temperamento delicado y achacoso. Este es el análisis y la verdadera imágen del ódio, de la abnegacion de sí mismo. ¡Oh y cuánta verdad es que nunca nos amamos mas que cuando mas nos aborrecemos! Este santo ódio de sí mismos le tuvieron todos los santos; en tal grado, que en virtud de él solicitaban con la mayor ánsia todo lo que era contrario á los sentidos, opuesto á la concupiscencia, y enemigo del amor propio. De aquí nacia aquella inocente crueldad con que se trataban, aquella espantosa mortificacion de la carne, aquellas horrorosas penitencias, aquella abnegacion de sí mismos, que fue comun á todos los santos. Pregunto: ¿Fue-

ron sábios? ¿fueron prudentes? ¿pudieron tomar otro camino para seguir á Jesucristo, cuando sabian muy bien que no habia ótro? Y si le hubieran tomado diferente, ¿en qué pararian?

¿Y en qué pararé yo, Señor, que á solo el nombre de abnegacion y de mortificacion me espanto y me atemorizo? ¿abriréis vos un nuevo camino del cielo para mí? ¿podré lisonjearme de que os sigo, mientras solo pienso en satisfacer mis sentidos, y en dar gusto á mis pasiones? ¡Ah Señor, mucho tiempo ha que ando descaminado! Mirad con ojos de compasion á esta oveja perdida; hacedla que vuelva á entrar en el camino del cielo. Amándome á mí mismo me perdí; tiempo es ya de que me aborrezca. Concededme este santo ódio, sin el cual no puedo esperar salvarme.

JACULATORIAS.

Vivo ego, jam non ego: vivit verò in me Christus. Ad Galat. 2.

Vivo yo, pero ya no yo; Jesucristo vive en mí.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Ad Galat. 5.

Confieso, Señor, que solo son vuestros aquellos que crucifican su carne con todos sus viciosos apetitos.

PROPOSITOS.

Nunca envejece el amor propio; cuanto mas reyna, mas crece su autoridad. Manda en los jóvenes con ímpetu y con violencia; pero en los viejos con cierta especie de tiranía. De aquí nace en éstos aquella enfadosa tenacidad en mantener sus antiguas opiniones, y aquel aferrarse en no mudar de ideas. En éllos no discurre sola la razon; la pasion, el genio y la costumbre contribuyen tambien con los primeros principios, y entonces tiene mas parte el corazon que el entendimiento. De aquí proviene aquel enfadarse y aquel ofenderse los viejos siempre que se les contradice. Las preocupaciones del corazon son siempre las mas fuertes y las mas tenaces, siendo el origen de todas éllas aquellas inclinaciones que nacen y se crian con nos-

otros. Ataja estos defectos, debilitando con tiempo al amor propio. Una vez que á éste se le corten los brios, presto se doman las pasiones. Nunca obres por pura inclinacion; sobre todo, en el estado religioso jamás solicites ni las ocupaciones, ni las cosas, ni los ministerios que se conformen con tu gusto; ademas de la abundante cosecha de desazones que hallarás en eso, tendrás el desconsuelo de no saber si es voluntad de Dios que estés en ese lugar ó en esa ocupacion que tú mismo escogiste. Y cuando Dios no nos quiere en alguna parte, ¿será de mucho mérito lo que trabajamos y lo que padecemos? Pues diste gusto á tu amor propio, de él solo debes esperar el premio. ¿Pero qué premio? Ser infeliz y desgraciado.

2 No creas que es exercicio trabajoso el de la abnegacion de sí mismo; nada tiene de áspero sino el nombre. Haz la experiencia, y hallarás que el consuelo interior que acompaña siempre al vencimiento de sí mismo, despoja al combate de toda la dureza. No solo no debes hacer cosa alguna gobernado precisamente de tu inclinacion, sino desconfiar mucho de todo lo que ésta te representa como útil y aun como necesario. Es muy ingenioso el amor propio para deslumbrarnos; jamás le faltan pretextos especiosos y aparentes. La gloria de Dios, el provecho del próximo, el bien del estado, el adelantamiento de la familia, y hasta la salvacion de las almas, todo esto es cebo, todo es sobrescrito para el amor propio. Vive muy prevenido contra un enemigo doméstico tan artificioso. Mortifica tus sentidos; mira que sus frutos estan emponzoñados; su veneno es gustoso, pero mata. Acuérdate que el terreno de tu corazon, sobre ser de mala calidad, es un matorral; y es necesario cortar, cavar, arrancar arriba y abaxo para que dé algo de provecho, y hacerle menos estéril. *El que me quisiere seguir, niéguese á sí mismo.* Tanto te aprovecharás, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, cuanta violencia te hicieres.

DIA SEGUNDO.

San Pedro, obispo de Osma.

Cuanto mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, otro tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fue san Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida estan en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un exemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debamos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges nació san Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillelmo y Meimira, segun se cree, eran igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linage, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mútuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su corazon. Infundian en éste ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linage es insoportable cuando le afea la corrupcion de costumbres. Prestóse dócil el santo Mancebo á las santas instrucciones de sus padres, y como Dios le tenia prevenido con bendiciones de dulzura para hacerle vaso de eleccion en su Iglesia, dispuso que fuese su soberana gracia lo primero de que se llenase su corazon, para que conservase despues tan dulce sabor todos los dias de su vida. Llegó

Pedro á edad en que era necesario disponer de la carrera que habia de seguir. Su espíritu pronto, su genio vivo, su corazon dócil, y la instruccion correspondiente que hasta entonces le habian dado buenos maestros le habian puesto en estado de poder seguir con provecho y lucimiento tanto la carrera de las armas como la de las letras. Era aquel el tiempo en que la guerra y el espíritu marcial llevaban la preferencia en todas las provincias del mundo; un furor desmedido habia enloquecido á los hombres hasta el punto de pretender la mútua destruccion, unas veces por añadir un pedazo de tierra á sus posesiones antiguas, y ótras haciendo que la religion sirviese de pretexto á su ambicion y á sus furores. La gente noble era la materia mas bien dispuesta en que habia producido todo su efecto el fuego de la guerra. No habia noble que no se alistase en las banderas militares, y esto mismo fue la causa de que Pedro, á fuerza de noble, emprendiese el mismo destino.

Siguió algunos años este peligroso exercicio, juntando á un mismo tiempo las virtudes de soldado con las de discípulo de Jesucristo. El valor, la fidelidad, la intrepidez, todas las prendas que constituyen un buen soldado se hallaban en Pedro, pero sin faltarle por eso la rectitud de intencion, la devocion fervorosa, la abstraccion del mundo y un encendido amor de Dios y de sus próximos, que salvaron su inocencia entre los escollos de las armas. Sin embargo de esto conoció el prudente Jóven que el haberse conservado sin detrimento hasta aquel punto era un verdadero milagro de la gracia de Dios, y que no era justo seguir con temeridad un camino cubierto de peligros. Consideraba al mismo tiempo el destino que daria á su vida, no siendo posible vivir en este mundo sin elegir un estado constante en que aprovechar á sus próximos y servir á los designios de la Providencia. Ilustró Dios su entendimiento para que conociera la vanidad de los bienes del mundo, y le dió la fortaleza necesaria para despreciarlos por su amor. Florecia á la sazon el instituto de san Benito en aquel fervor y observancia con que ha enriquecido la Iglesia dándola tan ilustres varones, que la sirvieron con su santidad y con su doctrina. Determinó, pues, hacerse monge Benito, y aunque su determina-

cion padeció todas las contradicciones que oponen el mundo y el demonio á los santos propósitos, su espíritu superior lo venció todo, vistiéndose el hábito en el monasterio Auriacense, uno de los de la Cluniacense reforma en Francia. Contento Pedro con el nuevo estado que habia elegido, comenzó á emplearse en todo género de virtudes, tanto que era un exemplar verdadero de todas éllas, en que podian aprender fervor los monges mas aventajados en la regular observancia. Allí permaneció algunos años, viviendo con la tranquilidad que habia apetecido, hasta que llegó el tiempo en que quiso Dios que sus virtudes pudiesen servir de mayor provecho, colocando á Pedro en un lugar eminente donde su exemplo pudiese producir mas copiosos frutos.

Algunos dicen que Alfonso VI. rey de Castilla, que al mismo tiempo que con su valor aterraba á los moros, servia á la Iglesia con su zelo y su piedad, determinó reedificar el monasterio de Sahagun, destinándole para cabeza de todos los monasterios de España. Que conociendo el prudente Rey que la reedificacion no consistia tanto en la fábrica material del monasterio como en la formal de los individuos que habian de poblarle, solicitó que éstos fuesen unos hombres consumados en virtud y en letras, capaces de difundir lo úno y lo ótro en todo su reyno, y formar alumnos que las mantuviesen en lo succesivo. Que con este intento, sabiendo que en el monasterio de Cluni habia sugetos capaces de llenar sus deseos y esperanzas, escribió al abad que le enviase algunos de toda su satisfaccion para plantificar aquella grande obra. Y últimamente, que accediendo el abad é las humildes y justas súplicas del piadoso Rey, le envió doce monges, no menos célebres por su sabiduría, que por la santidad de sus costumbres, de los cuales fue uno Bernardo, que obtuvo despues con mucha gloria el arzobispado de Toledo, y otro nuestro Santo, que habia sido su discípulo en la santidad y la doctrina. En la crónica general Benedictina refiere Yepes este hecho de otra manera diversa. Dice, pues, que volviendo de Roma el arzobispo Bernardo por la Francia, eligió de diversos lugares algunos varones virtuosos y literatos, y algunos jóvenes dóciles y de buenas costumbres, y los traxo consigo á España,

para aprovecharse de sus prendas y doctrina. Lo mismo refiere el arzobispo don Rodrigo, cuyo testimonio es sin duda de mucho peso. Como quiera que sea, san Pedro vino, segun algunos, al monasterio de Sahagun, en donde perseveró por algun tiempo, exercitándose en la oracion, en vigilias y ayunos, cumpliendo con las obligaciones de un perfecto sacerdote. Salia algunas veces del monasterio á predicar la palabra de Dios, pretendiendo con esto evitar el ócio, y aprovechar á sus próximos, encaminándolos por los senderos de salud. Su vida estaba tan adornada de todo género de virtudes, que sus mismos hermanos le predicaban digno de los mayores honores. Era suave y apacible en su trato, moderado en sus conversaciones, dotado de una elocuencia tan persuasiva, que era imposible oirle sin quedar persudidos de sus santas instrucciones y saludables consejos. Sus ayunos eran contínuos, no lo eran menos sus vigilias; pero en lo que mas se señalaba era en la oracion y leccion espiritual, de donde sacaba los copiosos y dulces frutos que repartia despues sin envidia. Persuadido á que la unidad de espíritu y conformidad de costumbres es el muro fuerte que sostiene todo el edificio de la vida monástica, parsuadia á sus religiosos á que viviesen en paz, unidos con el vínculo santo de la caridad. Hacia esto con tanta dulzura de palabras y con tan celestial elocuencia, que en su tiempo no pudo contaminar el monasterio el infernal monstruo de la discordia. Y como á la suavidad de su decir y á la solidez de sus razones daba tanta fuerza el exemplo de sus costumbres, su magisterio lograba todos los frutos que apetecia su voluntad fervorosa. Venerábanle los monges como á Santo, y aplaudíanle como á sábio doctor; pero en medio de esto se humillaba delante de Dios, conociendo que todo bien y don perfecto desciende del Padre de las luces. Tenia fixa en su corazon aquella sentencia del Espíritu santo, que dice: *Cuanto mayor fuere tu mérito, humillate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios*. Esta celestial instruccion le hacia abatirse al exercicio de los empleos mas humildes y comunes, sin pretender distincion respecto de sus hermanos; antes bien, reputándose por indigno siervo de los siervos de Jesucristo. A esto añadia la maceracion de su cuerpo, redu-

ciéndole á la ley del espíritu con penitencias austéras, procurando seguir los pasos que entre tormentos habia exhalado su espíritu en una cruz afrentosa.

Ya habia algun tiempo que el rey Alfonso habia conquistado la ciudad de Toledo, libertándola despues del prolongado sitio de tres años de la dominacion de los moros. Inmediatamente pensó restablecer el órden eclesiástico, restituyendo á aquella Iglesia metropolitana todo el esplendor que de antes habia gozado. Para este efecto nombró por arzobispo á Bernardo, hombre de gran capacidad, y muy á propósito para la execucion de grandes obras. Este sábio varon, que tenia todas las prendas necesarias para regentar aquella silla, dispuso llevar consigo sugetos aptos para poner en un estado de esplendor la iglesia de Toledo, que en poder de los moros habia llegado á su total ruina. Eligió los hombres mas señalados en virtud y letras para proveer en éllos las dignidades eclesiásticas de mayor responsabilidad y trabajo, esperando con este medio volver á aquella iglesia todo el lustre que antes habia tenido. Entre los elegidos para este efecto fue uno san Pedro, á quien le confirió la dignidad de arcediano, bien satisfecho de que la desempeñaria á proporcion de las grandes virtudes y prendas que le adornaban.

Hecho arcediano, no afloxó un punto del riguroso tenor de vida que observaba en el monasterio. Rezaba diariamente el oficio largo y penoso que tienen obligacion de decir en el coro los monges Cluniacenses. Su residencia ordinaria la hacia en la iglesia, no pudiendo su espíritu apartarse de aquel lugar santo en donde tenia depositado su tesoro. Cumplia exâctamente las severas obligaciones de arcediano, ya tuviese que evacuar asuntos judiciales, ó emplearse en los delicados negocios á que le obligaba la caridad. Su vida era un contínuo texido de santos exemplos, tanto, que llegó á extenderse su fama de manera, que el Rey, el Arzobispo, el clero y el pueblo hablaban con admiracion de sus portentosas virtudes. Cuando esta fama estaba en su mayor auge fue libertada de la dominacion de los moros la ciudad de Osma, en la cual, como en Toledo, pensó el Rey en restaurar la eclesiástica gerarquía, construyendo la iglesia, proveyéndola de pastor, y adornándola de sacerdotes dignos que pu-

diesen dar perfeccion á tan santa obra. Dudábase de un sugeto digno y capaz de regentar la silla de Osma, y de completar las piadosas miras que abrigaba el Rey en su corazon. Consultólo con el arzobispo de Toledo, y de comun acuerdo pusieron los ojos en san Pedro, cuyas virtudes les aseguraban el desempeño feliz de sus deseos. Insinuaron al Santo su determinacion, pero el humilde Siervo de Dios, considerándose con fuerzas muy desiguales á la grande carga que querian poner sobre sus hombros, rehusó admitirla con todo su corazon. El arzobispo de Toledo, que conocia que tanto es mas digno un sugeto de obtener las dignidades eclesiásticas, cuanta mayor es su repugnancia á recibirlas cuando se le confieren, y menor el concepto que tiene formado de su insuficiencia, instó al Santo, le rogó y le propuso que aquella era la voluntad de Dios, en cuya execucion se complacia tambien al Rey, que tan generoso se mostraba á favor de la Iglesia. No pudo san Pedro resistir á tan poderosas razones; y así, consagrado por el Arzobispo, tomó sobre sí la dignidad y carga episcopal, y lleno de fervor y santos deseos se partió para Osma.

Luego que llegó á esta ciudad emprendió la reedificacion de la iglesia catedral que los moros habian destruido hasta los cimientos. Sus diligencias fueron tales, que habiendo juntado sumas considerables, ya de sus propias rentas, y ya de las limosnas de los fieles, en breve tiempo principió y acabó una fábrica suficiente para dar á Dios el debido culto. Colocado nuestro Santo en esta sublime dignidad, y habiendo conseguido restaurar el templo del Dios de las alturas, se entregó perfectamente al cuidado de sus ovejas, sin olvidarse al mismo tiempo de la santificacion propia. Considerábase como una antorcha puesta sobre el candelero, ó como una ciudad fabricada sobre la alta cima de un monte encumbrado, en donde debia servir de espejo de perfeccion para todos sus súbditos. Así se empleaba continuamente en la contemplacion de las cosas celestiales y divinos misterios, macerando al mismo tiempo su cuerpo con ayunos, con vigilias y con un cilicio que traia á raiz de las carnes; enseñaba al pueblo con santas instrucciones, y cuidaba de que el clero se compusiese de sugetos beneméritos, respe-

tables por su ciencia y sus costumbres. Los pobres, los enfermos y peregrinos eran el objeto principal de su tierna caridad. Socorríalos con abundantes limosnas, los asistia con la ternura de padre, y él por sí mismo los consolaba, practicando con éllos los oficios de humanidad, y los esmeros de un prelado caritativo. Era manso y dulce de condicion para con todos aquellos que se hacian amables por la honestidad de sus costumbres. A los infelices que habian tenido la debilidad de cometer algun delito los corregia cariñosamente, pretendiendo lograr la enmienda mas antes que exâcerbar sus heridas con la aspereza de sus reprensiones. Pero si tal vez encontraba reos que fuèsen contumaces y obstinados en sus excesos, les aplicaba todo el rigor y severidad de las leyes, juzgando que la integridad de la justicia consistia tanto en la compasion con los penitentes y arrepentidos, como en la rigurosa severidad con los incorregibles y obstinados.

Una de las cosas en que se manifestó la fortaleza de este gran prelado fue la defensa acérrima que hizo de los derechos, bienes y pertenencias de su iglesia; no permitiendo que se violase su inmunidad, ni que se la usurpasen los bienes que la pertenecian de justicia. En esta materia nada habia que fuese capaz de arredrar su esforzado y zeloso corazon. Así logró que se restituyese á la Iglesia lo que la habian robado algunos poderosos, confiados temerariamente en su autoridad y sus riquezas; compeliéndoles con censuras eclesiásticas, cuando las persuasiones y los buenos modos no tuvieron efecto. De aquí le resultaron algunas furiosas persecuciones, que pusieron su vida en tan inminente peligro, que fue necesario que emplease Dios misericordiosamente sus milagros. A este propósito sucedió que en la misma ciudad de Osma habia un caballero sumamente rico, y que al mismo tiempo seguia la milicia. Confiado en sus armas y en sus riquezas, atropellaba los derechos de los demas ciudadanos, usurpándoles sus bienes con una desmesuradada avaricia. Pero en lo que mas se habia cebado ésta era en las posesiones eclesiásticas, de las cuales retenia muchas sin quererlas restituir. Amonestóle san Pedro, exhortóle con entrañas de caridad, y executó con él todos los oficios de humanidad y policía, para que cediendo á la razon res-

tituyese á la Iglesia lo que era suyo. Negóse el sacrilego usurpador á las justas proposiciones del Santo, el cual, viéndole contumaz y proterbo, vibró contra él los temibles rayos de las censuras eclesiásticas. Esta determinacion irritó al caballero de manera, que determinó quitarle la vida. Para executar mas á su salvo este exêcrable delito, buscaba ocasion oportuna en que no pudiese defender al Santo el pueblo que tanto le amaba. Sabiendo, pues, que san Pedro tenia que pasar al lugar de san Esteban á hacer la visita eclesiástica, penso salirle al camino, y executar sin contradiccion sus sacrílegas intenciones. Hízolo como lo habia pensado; pero apenas alcanzó á ver al Santo que iba por su camino á larga distancia, cuando poseido repentinamente del demonio, comenzó á sentir tan terribles dolores, que quedó casi muerto, y en estado tan miserable, que tuvieron sus criados que llevarle con gran trabajo á su casa. Conocieron los criados que aquel era un castigo visible de Dios, con que á un mismo tiempo defendia la vida de su Siervo y los derechos de su Esposa. Se fueron al Santo; le refirieron lo que habia sucedido, pidiéronle humildemente ayudase á su amo con sus oraciones; lo cual executado por san Pedro, alcanzó del cielo que aquel mal aconsejado caballero fuese libre de la cautividad del demonio.

Con iguales maravillas á la referida manifestó Dios en otras varias ocasiones la santidad de su Siervo, y lo gratas que le eran las oraciones y súplicas de este santo Prelado. Siguiendo la visita de su obispado, llegó á una aldea llamada Lagan á las riveras del Duero. Acercóse al rio con el fin de lavarse las manos; y habiendo visto en él una extraordinaria multitud de pececillos que saltaban sobre las aguas, hizo sobre éllos la señal de la cruz con la punta del báculo, y les mandó que se acercasen á la orilla. Obedecieron los peces el precepto del Siervo de Dios, quien habiendo tomado uno, dió su bendicion á los demas, dexándolos en el rio. Envió aquel pez á un enfermo de cuartanas, que apenas le gustó cuando inmediatamente se vió libre de su dolencia, dando gracias á Dios y al santo Prelado con lágrimas en los ojos. En el lugar de Fresnelo hizo Dios por sus merecimientos otro portento, que permaneció largo tiempo despues para con-

suelo y beneficio de los moradores. Habia el Santo consagrado la iglesia, instruido á los fieles con sus paternales amonestaciones, y hecho todos los oficios de un verdadero pastor, pero el pueblo era tan infeliz y miserable, que no habiendo habitacion donde el santo Prelado pudiese recogerse con los suyos, se tuvo que retirar debaxo de una encina, cuyas ramas le sirvieron de albergue contra las inclemencias del tiempo. En este estado le sobrevino una penuria de agua, que ni los familiares del Santo tenian con que apagar la sed que les atormentaba demasiado, ni él mismo con que lavarse las manos. Hizo á Dios oracion; y de la misma encina baxó súbitamente tanta copia de agua, que bastó para lo úno y para lo ótro; llegando las misericordias de Dios hasta el punto de hacer durar por mucho tiempo aquella agua milagrosa, que bebida con fe, sirvió muchas veces de eficaz medicina contra las dolencias que padecian los habitantes de aquella comarca. Esta maravilla fue tan pública, que no solamente quedó encerrada en aquel estrecho recinto, sino que su fama se difundió por casi toda España, de manera que de todas partes solicitaban aquella agua saludable, que contenia en sí la virtud milagrosa que las oraciones del Santo habian merecido del cielo.

Finalizada la visita, en la cual manifestó todas las virtudes de un tierno padre, de un solícito pastor y de un obispo perfecto, se retiró á su iglesia. Fuele preciso despues pasar á Toledo, en donde encontró al rey Alfonso, su conquistador, gravemente enfermo. Asistió el bendito Prelado á su muerte y funerales; y habiendo dexado ordenado el Monarca que fuese trasladado su cuerpo al real monasterio de Sahagun que él habia edificado, san Pedro asistió á esta translacion, que se hizo con la pompa y solemnidad que á las cenizas de un rey tan piadoso eran debidas. Concluido este negocio, determinaba volverse á su iglesia; pero quedaron frustrados sus intentos, habiendo sido acometido de la enfermedad que le ocasionó la muerte en el mismo acto de la celebracion de las honras del Rey. Llegó sin embargo hasta Palencia, deseando con vivas ánsias morir en el regazo de su esposa, por cuyo amor no dudó emprender aquel camino estando gravemente enfermo. Pero en Palencia se hicieron

los síntomas de su dolencia tan funestos y peligrosos, que le fue necesario quedarse allí y desistir del viage comenzado. En esta ciudad se alivió algun tanto con el esmero y diligencias caritativas de su obispo don Pedro, el cual, conociendo cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel santo Prelado, le procuró tales consuelos y medicinas, que reparó algun tanto sus fuerzas. Pero pasados algunos dias, conociendo el Santo que se llegaba la hora de su dichoso tránsito, á pesar de todas las diligencias que practicaba su huesped, dixo al obispo de Palencia estas palabras: *Sabed, venerable hermano mio, que ha llegado ya la hora en que debo partir de esta vida á la inmortal gloria que por los méritos de mi Señor Jesucristo me está preparada; pido humildemente á tu caridad que cuide de que este mi cuerpo sea llevado á la santa iglesia de Osma, de la cual soy obispo, aunque indigno, para que en élla sea sepultado.* Dicho esto cuidó de recibir los santos sacramentos, lo que hizo con muestras de tanta ternura, que los sollozos interrumpian sus palabras, y bañaban de lágrimas los rostros de los circunstantes. Dióles á todos su bendicion; y habiéndose despedido de éllos, clavó sus ojos en el cielo, y entregó su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura con que mueren los justos. Sucedió su gloriosa muerte dia 2 de agosto del año 1109, hallándose presentes á élla el obispo de Palencia, el de Segovia y el de Zamora. Su venerable cadáver fue trasladado á la iglesia de Osma con aquella pompa y aparato que eran debidos á la gran fama de santidad que tenia. Colocóse en un sepulcro decente en la misma catedral; hasta que los contínuos milagros con que Dios hacia glorioso el sepulcro de su Siervo, dieron motivo á que fuese trasladado á una capilla que erigieron los canónigos en honor suyo, en donde es venerado de todos los fieles, que por su intercesion reciben contínuas mercedes del cielo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Petri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros la devocion en el alma, y en el cuerpo la salud: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halió semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Los varones justos, aquellos hombres dichosos que correspondiendo á las magníficas gracias que derrama Dios sobre sus almas se labran una corona de santidad heróica, no ciñéndose solamente á su propia santificacion,

sino procurando con igual desvelo la de sus hermanos, son engrandecidos por el espíritu divino de una manera tan admirable, que arrebatan todas nuestras admiraciones. He aquí el sacerdote grande que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo, dice, unas veces ensalzando con el epíteto de grande á una miserable criatura, que delante de Dios es lo mismo que si no fuera. Esta felicidad, esta gloria á que suben los justos es sin duda ninguna digna de nuestras reflexîones, para que el corazon del hombre, naturalmente inclinado á obtener elogios especiosos y magníficos quede convencido de que el verdadero camino de lograrlos es la práctica de las virtudes. Pero hoy debe reflexîonar el cristiano en la epístola que aplica la Iglesia á san Pedro de Osma un carácter que hace á los justos mas admirables, y cuya consideracion debe producir efectos mas provechosos. Este gran sacerdote, dice el Espíritu santo, fue la reconciliacion del pueblo para con Dios, cuando este Señor tenia justamente levantada la espada de su venganza. En estas palabras se atribuye al varon justo el oficio de pacificador, y una prudente reflexîon persuade que no pudiera derramar la paz en el pueblo, reconciliando á los fieles con su Señor ofendido, si él mismo no tuviese una suma tranquilidad en su alma. En efecto, la cualidad de amigos que da Dios á sus siervos es justa recompensa de haber cumplido sus mandamientos, nos manifiestan que tienen todas las prendas necesarias para merecer esta grande honra que no se puede conseguir sin haber acallado primero todo el tumulto de las pasiones.

Un Rey pacífico, un Príncipe de paz, que vino á este mundo á derramarla sobre los hombres, como anunciaron los ángeles en la noche de su nacimiento, no puede tener amistad ni hacer participante de su amor á quien no le sea semejante en estas apreciables cualidades. Por esta causa conjeturan los sagrados expositores que no quiso Dios que el rey David le edificase el suntuoso templo que habia delineado, sin embargo de ser un rey justo. Desde su juventud habia andado entre el estrépito de las guerras y de las armas, y concedió esta gloria al pacífico Salomon, para enseñarnos en cuán alto grado de estimacion tiene á la paz, y cuán gloriosas deben ser las

cualidades de aquellos sugetos por cuyo medio la dispensa. Esto mismo hace reflexionar cuán odiosos deberán ser á nuestro Dios aquellos hombres que causan desavenencias y rencillas entre sus hermanos. Se debe inferir que su ódio será á proporcion del amor y estimacion que hace de los justos, y de consiguiente, que así como éstos son exâltados al grado supremo de gloria, siendo vínculo de paz entre Dios y entre los hombres; por el contrario los revoltosos son aquella gente pestífera que provocan las iras de Dios, y excitan su justa venganza. Tú, cristiano, que te conoces reo delante Dios en esta materia; que unas veces con chismes, ótras con rencillas, ótras con murmuraciones te haces la piedra de escándalo en que tropiezan tus próximos, vuelve en ti, reflexíona la conducta de los santos, y aprende en sus obras á hacerte pacificador de la ira de tu Dios.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á ótro dos y á ótro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Dixole

superlucratus sum: Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre la paz de los justos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los justos, en premio de su justicia, esto es, de las santas obras con que procuran el cumplimiento de los divinos preceptos, son remunerados de Dios con una paz y tranquilidad de alma, que les hace en este mundo muy semejantes á los bienaventurados. Esta verdad la conocerás mas perfectamente si llegas á formar idea de lo que es esta paz de que hablamos. San Agustin (*Serm.* 57 *de Verb. Dom.*) la difine en pocas palabras de una manera tan clara y tan precisa, que la hace no solamente conocer, sino tambien amar. *La paz*, dice, *es una serenidad de la mente, una tranquilidad del ánimo, una simplicidad de corazon, un vínculo de amor y una participacion de caridad.* En esto mismo da á entender que el justo no padece en su entendimiento aquella terrible lucha de dudas y opiniones que le hacen dudosa su felicidad. No tiene su corazon dividido de aquella muchedumbre de deseos que agitan al pecador, y le despedazan con unas esperanzas que jamás puede ver logradas. No padece aquellas angustias y congojas que causan los artificios con que los hombres mundanos se ven precisados á disimular en el semblante las turbaciones interiores de su conciencia.

Por el contrario, gozan de todos los frutos que derrama la simplicidad en aquellos que proceden con élla en todas sus obras. Estas estan vivificadas con un amor perfecto, siendo la caridad la raiz de donde nace la regla que las dirige, y el fin á que se terminan. Su alma se ve colmada de una dulzura interior, mas apreciable que todos los bienes y delicias de esta vida. Nada apetece sino á Dios, por nada suspira sino por la posesion de Dios, y en nada se ocupa sino en los medios que este Señor la inspira para llegar perfectamente á poseerle. Todos los demas bienes los mira con indiferencia, y como indignos de ocupar siquiera el mas mínimo de sus deseos. Siempre quieta, siempre gozosa, siempre tranquila, goza de una felicidad muy semejante á la que disfrutan aquellos felices ciudadanos de la celestial Jerusalen, quienes dichosamente perdieron su esperanzas, porque poseen ya el sumo bien, que es infinitamente mayor que todas éllas.

Por eso dice el mismo san Agustin (*Lib.* 19. *de Civit. Dei*, *cap.* 11.), que el bien de la paz es un bien tan apreciable, que en todo lo criado no hay cosa que suene tan agradablemente en nuestros oidos, ni que se apetezca con mas delicia, ni que se posea con mayor utilidad; y con razon, porque la paz interior del alma es una señal de una perfecta reconciliacion con Dios, y una prenda de la amistad verdadera que el Señor tiene con los justos. En esto mismo se dice que el que disfruta de esta venturosa tranquilidad disfruta con élla todos los bienes imaginables; porque siendo la amistad un vínculo de amor que hace los bienes comunes entre los amigos, es consecuencia necesaria que el justo ó pacífico haya de gozar de aquel inmenso tesoro de bienes que tiene Dios en sí mismo. ¿Qué felicidad hay en la tierra que pueda compararse con esta? Imagina todas las satisfacciones que disfrutan los poderosos; todo el conjunto de riquezas que poseen los mayores monarcas, y las conveniencias que les son inseparables; junta en uno todas las alegrías, todos los contentos y todos los deleytes que pueden procurarse los mundanos; todo ello es una sombra, es una apariencia, es nada si se compara con la felicidad y delicia que tiene un justo dentro de sí mismo, cuando fixando

los ojos en su conciencia no encuentra motivo para creer que Dios sea su enemigo. Esta consideracion debe inflamar tu voluntad, llenándola de santos deseos de disfrutar la paz de los justos; pero no te olvides de que un beneficio tan supremo, no se concede sino á los hombres de buena voluntad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el bien de la paz interior del alma no se puede lograr de otra manera que con la práctica de la virtud.

Toda la historia de las acciones humanas nos prueba con evidencia que el móvil de las grandes empresas de los hombres ha sido siempre la consecucion de una paz que se han propuesto en la obtencion de sus deseos. Los grandes conquistadores se han persuadido á que calmarian las turbaciones de su corazon en llegando á poseer aquellos paises que pretendian á costa de sangre y de intolerables trabajos. El sábio, negado á los deleytes del mundo, y entregado á la contemplacion y estudio de la filosofía, sostiene su esperanza con la persuasion de que llegará tiempo en que disipadas todas sus dudas, goce de una tranquila paz con los conocimientos que le suministra la sabiduría. El avaro, que pasa las noches en vela calculando riesgos y deduciendo ganancias, no tiene otro objeto que juntar un tesoro, en cuya posesion se imagina que gozará de una paz completa. De la misma manera piensa el que vuela exhalado tras de una falaz hermosura, el que corre ciego tras de las honras y dignidades, que de cada vez huyen mas de sus anhelos: y últimamente, el que desea con ánsia cualquiera de los bienes que se tienen por tales en el mundo. Todos éllos se persuaden neciamente que luego que lleguen á conseguir aquello que pretenden, calmarán los deseos de su corazon, y sucederá á las inquietudes que le agitaban una dulce paz en que todo será delicia, todo gusto y regocijo. Creen que nada bastará á inquietar sus almas, y poseido aquel objeto mirarán todos los demas con desprecio, ó á lo menos con indiferencia. Pero la experiencia misma nos enseña, que lejos de ser así, se han visto nuevamente inquietados por

otros deseos, que atormentan el corazon tanto ó mas que los primeros. La consecucion de la dignidad, de la honra, de las riquezas ó del objeto amado no es otra cosa que un paso dado en un camino interminable; la posesion de una sola gota de agua para el hidrópico, que quedaria sediento aun despues de haber bebido, siendo posible, los rios y los mares.

El medio mas razonable que han podido imaginarse los hombres para conseguir la paz del corazon, es sin duda la filosofía. Los estóicos hacian vanidad de poseerla: afectaban una estudiada indiferencia y desprecio respecto de los bienes perecederos que mas punzan en el corazon del hombre. Pero éstos mismos se hallaban engañados, cuando su misma filosofía los constituia en la necesidad de tener á otros filósofos por enemigos, y les hacia probar los disgustos y disensiones de una guerra. Veíanse por otra parte afligidos de todas las miserias y calamidades de la vida; de manera, que á no estar ciegos pudieran conocer fácilmente que no podia consistir la paz y la ventura en unos conocimientos que los tenia á éllos en un estado miserable. De todo esto se infiere que la paz del corazon no se puede encontrar sino en solo Dios, ni se puede obtener sino con la práctica de la virtud. Por eso decia san Agustin: *Nos hiciste, Señor, para ti, y siempre estará inquieto nuestro corazon mientras no descanse en ti.* Dios es la fuente de todo bien; es el cúmulo de todas las felicidades; es un océano inmenso de delicias; de consiguiente solo él es capaz de completar todos nuestros deseos, de satisfacerlos, de llenarlos, y aun de excederlos infinitamente. A la posesion de este soberano bien no se llega por otro camino que el de la virtud. El que practíca ésta, coloca en élla todo su bien, todo su tesoro y sus delicias. Élla le estrecha y le une con el mismo Dios, es una maestra que le enseña lo perecedero de todos los bienes del mundo, y lo falaz de todas sus esperanzas. Élla le descubre aquellas dulzuras escondidas que tiene Dios en sí mismo, y, de que solamente los justos pueden ser participantes. Élla aclara los ojos para que vean las cosas conforme son en sí, y llame bienes á los que son verdaderamente bienes, conociendo por males á los males. Élla da quietud y sosiego al alma, ha-

ciéndola conocer aquella verdad del Sábio, que todo en esta vida es vanidad y afliccion de espíritu. Y últimamente, la virtud es la que causa la verdadera paz del alma, sosegando la inquietud de sus deseos, reduciéndolos á un solo objeto, que es Dios, y causando una paz y tranquilidad de que solamente disfrutan los justos.

JACULATORIAS.

Pax multa diligentibus legem tuam. Salm. 118.
Dios mio, los que aman y executan vuestras santísimas leyes, son los que gozan de una paz dulcísima y permanente.

Justificati ergo ex fide pacem habeamus ad Deum. Rom. cap. 5.
Supuesto, pues, que por la fe hemos logrado el incomparable beneficio de ser justificados y reconciliados con nuestro Dios, tengamos paz con nuestros hermanos, y asímismo dentro de nuestros corazones con nuestros apetitos, sujetándolos á su santa voluntad, y haciéndolos servir á nuestra santificacion.

PROPOSITOS.

No puede ser que se consideren los bienes de la virtud con viveza y madurez, que se fixe la atencion en el sosiego interior que logran los virtuosos, sin que nazcan dentro de nuestro pecho unos ardientes deseos de gozar beneficio tan soberano. ¡Con qué envidia no leemos las vidas de los santos cuando en éllas encontramos aquella paz imperturbable con que se mantenian en medio de la pobreza, de la desnudez, de las persecuciones, y aun en medio de los tormentos con que les quitaban la vida! Todos quisiéramos ser como éllos; desearíamos tener sus oidos para oir nuestras injurias; tener sus ojos para mirar como éllos los bienes de la tierra; y últimamente, su corazon para poseer aquella fortaleza con que reprimian todas sus pasiones, y aquella docilidad con que recibian las impresiones de la gracia. Una leve desazon con la familia turba todas nuestras operaciones; una leve falta del

hijo ó del criado enciende la ira, y pone en nuestros labios los baldones y las amenazas; una injuria venial que nos haga nuestro próximo nos irrita y nos provoca á la venganza; los mismos bienes de fortuna nos desasosiegan y agitan solo con no poseerlos. ¿No es esto una verdadera infelicidad, una miseria lamentable y un abismo de desdichas? ¿de qué te sirve ese puesto encumbrado, ni el tener en tu mano la suerte de tantos hombres, si á ti mismo te fabricas una suerte desdichada? ¿de qué te sirve esa riqueza, esa opulencia, ese luxo, si nunca estás contento, si la risa de tu rostro desmiente los pesares de tu corazon, y en medio de esos bienes de fortuna eres verdaderamente desafortunado? Propon desde hoy dedicarte á la virtud, y verás trocada milagrosamente tu suerte. Si padeces persecuciones, las recibirás con gusto como unos medios para labrar tu paciencia. Si te hacen injurias, te alegrarás con la ocasion de hacer á Dios aquel grande sacrificio de perdonar y amar á tus enemigos. Si padeces escasez de los bienes de fortuna, te gozarás con la consideracion de que tienes menos de que ser responsable, de que en eso imitas al Hijo del Eterno Padre, que se hizo pobre para que tú te enriquecieses con su pobreza; finalmente, en la miseria y en la abundancia; en la bonanza y en la contradicion; en el estado humilde y en el encumbrado; en la salud y en la enfermedad, en todos los instantes y momentos de la vida gozarás de una dulcísima paz entregándote á la virtud. Propon esto eficazmente á tu Dios, y procura acreditar con el testimonio de las obras la verdad y solidez de tus propósitos.

DIA TERCERO.

La Invencion del cuerpo de san Esteban, protomártir.

El culto que tributa la Iglesia á san Esteban protomártir es tan antiguo como su martirio. No se contentaron los

fieles con llorar su muerte: rindieron pública veneracion á su memoria, imploraron su favor; tuviéron grande confianza en lo mucho que podia con Dios su proteccion; celebraron su fiesta con solemnidad; pero les faltabán sus reliquias, porqúe se ignoraba el lugar donde estaba sepultado su santo cuerpo.

Con efecto le habia retirado secretamente del sitio donde padeció martirio un doctor de la ley, llamado Gamaliel, que era discípulo encubierto de Jesucristo, y llevándole á su heredad de Cafarmágala, distante siete leguas de Jerusalen, le enterró en una de las vóbedas, ó grutas destinadas, á lo que se cree, para entierro de su familia. Mantúvose allí oculto por mucho tiempo. Y así por las calamidades que asolaron á la Judea despues de la muerte del Salvador, como por las persecuciones que excitó el infierno por espacio de tres siglos para exterminar á los cristianos, se perdió del todo la memoria de su sepultura. Estaba élla misma enterrada baxo las ruinas de su sepulcro antiguo, sobre las cuales habia una iglesia servida por un sacerdote; hasta que en el año 415, reynando los emperadores Teodosio el menor y Honorío, quiso en fin el Señor descubrir este tesoro escondido y hacerle célebre en todo el Universo por un número de milagros; y el caso paso de esta manera.

Era cura de la iglesia, debaxo de lá cual se ocultaba la sepultura de san Esteban, Luciano, presbítero de la iglesia de Jerusalen, por los años de 415. Ocupándose contínuamente este santo Sacerdote en exercicios de devocion y en las funciones de su ministerio, tuvo una revelacion, de que por muchos dias no hizo caso, desconfiando cautelosamente de élla, como lo refiere él mismo en la carta que escribió, y dirigió á todos los fieles. Dice, que habiéndose quedado dormido un viernes 3 de diciembre, hácia las ocho de la noche, se le apareció Gamaliel en sueños y le declaró el lugar donde estaba sepultado el cuerpo de san Esteban proto-mártir, cerca del cual hallaria el suyo con el de su hijo Abibón; y con el de Nicodemus. Encargóle que cuidase de aquellos cuerpos, no dexándolos olvidados por mas tiempo entre el polvo y lá obscuridad; antes bien que pasase luego á estar con Juan,

obispo de Jerusalen y le dixese que él mismo acudiese personalmente á descubrir la sepultura. Despertó el presbítero Luciano; y no dando crédito á aquella aparicion precipitadamente, se postró en tierra, y suplicó humildemente al Señor, que si era legítima y verdaderamente suya la revelacion, se dignase repetírsela otras dos veces. Dispúsose para merecer esta gracia con un riguroso ayuno á pan y agua, *como lo acostumbramos en Cuaresma*: estas son sus voces. Así pasó hasta el viernes siguiente 10 de diciembre, en que segunda vez se le apareció Gamaliel, mostrándole en cuatro azafates llenos de diversas flores los diferentes merecimientos de los cuatro santos, cuyos cuerpos estaban en una misma sepultura. El que representaba san Esteban, era de oro, y estaba lleno de rosas encarnadas, en significacion de su martirio. Otros dos ménos preciosos lo estaban de rosas blancas; y el cuarto, que era de plata, lo estaba de una especie de aroma que exhalaba exquisito olor.

Prosiguiendo Luciano con su ayuno, y multiplicando sus oraciones, á la misma hora se le apareció Gamaliel tercera vez. Soñaba entonces que estaba hablando con el obispo de Jerusalen, y que éste le decia era menester llevar á aquella ciudad el cuerpo de san Esteban, y dexar los otros tres en Cafarmágala. Encargóle Gamaliel que no perdiese tiempo, y que solicitase con diligencia sacar de la obscuridad aquellas santas reliquias, para que los fieles no estuviesen privados por mas tiempo de los grandes beneficios que el Señor les queria hacer por intercesion de sus santos; y dicho esto, desapareció. Despertó Luciano, y reconociendo ya que no era sueño la vision, partió al punto á Jerusalen, y refirió al obispo Juan todo cuanto le habia sucedido, sin tocar la especie de la translacion del cuerpo de san Esteban; pero el Patriarca se anticipó á tocársela. Tenia precision este prelado de hallarse presente al concilio de Dióspolis, donde se habia de tratar sobre los errores del heresiarca Pelagio, y no podia por esta razon ir en persona á Cafarmágala; pero como tenia muy conocido aquel sitio, mandó al presbítero Luciano que hiciese cavar junto á un monton de piedras que le señaló, advirtiéndole que si se encontraba algo, al punto le pasase aviso por medio de su diácono.

La noche del 18 de diciembre se apareció Gamaliel á un santo monge, llamado Migecio, y le señaló precisamente el lugar donde estaban enterrados los santos cuerpos, singularmente el del *Grande* y *Justo*; esto es, el de san Esteban, á algunos pasos de la misma aldea, en un campo que se llamaba *de la Gabri*; esto es, de los hombres fuertes, ú de los hombres de Dios; este nombre le daba el pueblo. Noticioso de esto Luciano, hizo cavar en el sitio señalado; y el mismo dia, que fue el 18 de diciembre, se encontró el tesoro que se buscaba. En el primer atahud que se halló, estaba grabada esta palabra hebrea *Cheliel*, que significa lo mismo que la palabra griega *Stephanos*, esto es, *corona*, y no se dudó ser aquel el sitio donde estaba enterrado el cuerpo de san Esteban.

Inmediatamente se pasó noticia de todo al patriarca, y este prelado partió al punto de Diópolis á Cafarmágala, acompañado de los obispos de Jericó y de Sebáste. Abrióse á presencia de todos el atahud, ó el sepulcro de san Esteban, tembló la tierra, y salió tal fragrancia del sepulcro, que se llenó todo aquel sitio de un suavísimo olor. Cobraron repentinamente la salud setenta y tres enfermos, y desde aquel mismo dia se repetian cada momento los milagros.

Halláronse enteros y en su situacion natural los huesos del Santo, pero la carne estaba consumida. Dexáronse los huesos de los dedos con las cenizas en el mismo lugar, y cerrada la caxa se trasladó á Jerusalen con solemne pompa, y se colocó en la iglesia de Sion, la mas antigua de toda la ciudad. Hízose la ceremonia el dia 26 de diciembre, y luego que se acabó se desprendió una copiosa lluvia, por la cual habia mas de un año se estaba clamando al Señor; y todos reconocieron por visible efecto de la poderosa intercesion de san Esteban. Eleváronse de la tierra los cuerpos de los ótros santos, y se colocaron en lugar decente dentro de la reducida iglesia de Cafarmágala.

Hizo gran ruido en todo el mundo cristiano esta revelacion del cuerpo de san Esteban; y san Agustin, que vivia á la sazon, habla de élla como de un notorio milagro que obró el Señor para convertir, ó á lo menos para confundir á los hereges. La relacion del presbíte-

ro Luciano, á quien Dios quiso descubrir este tesoro escondido, es uno de los monumentos mas auténticos que tenemos de la antigüedad. Escribióla en griego, y la dirigió á toda la Iglesia, á instancia de un presbítero español, llamado Avito, amigo suyo, que se hallaba en Jerusalen al mismo tiempo; y habiéndola éste traducido en latin, la envió al Occidente por el presbítero Orosio, á quien entregó una corta porcion de reliquias del santo Mártir. Reducíanse á una cantidad de cenizas de su cuerpo, y algunos huesecillos que pudo conseguir de su amigo Luciano, y los enviaba á la iglesia de Braga, de donde Avito era presbítero, esperando que el Santo con su intercesion libertaria á España de las incursiones de los bárbaros, así como habia libertado á la Palestina de la sequía y de la esterilidad.

Cargado Orosio con aquel precioso tesoro, y con la relacion de Luciano, aportó á la isla de Menorca, donde tuvo noticia de los estragos que hacian en España los godos y los vándalos, saqueándolo y destruyéndolo todo. No se atrevió á pasar adelante, y haciendo alguna mansion en Puerto Mahon, al cabo determinó volver al Ásia en busca de san Agustin, y dexó las reliquias de san Esteban en la iglesia de aquella ciudad. Extendióse luego la visible proteccion del santo Mártir en todos los parages donde habia reliquias suyas. Eran judías las principales familias de Puerto Mahon, y en menos de ocho dias, despues que la ciudad estaba enriquecida con aquel tesoro, se convirtieron quinientos y cuarenta judíos á la religion cristiana, como consta de la relacion que hizo Severo, obispo á la sazon de la isla.

Con eso en todas las partes del mundo cristiano se solicitaban con ansia algunas de aquellas milagrosas reliquias. Regalaron con algunas desde Oriente á san Evodio, obispo de Uzal, gran amigo de san Agustin, y el Santo las llevó procesionalmente á su iglesia con extraordinaria solemnidad. Colocáronse en un trono elevado en la parte superior del coro y magníficamente adornado con ricas alfombras y tapicerias; concluida la misa, se envolvieron en un pequeño pavellon de tela muy preciosa; y se encerraron en un armario, en que habia ventanilla, por la cual se tocaban los lienzos á la ampolla de las santas reliquias,

que consistian en algunos fragmentos de huesos del santo Proto-Mártir. Testifica san Evodio, que durante la procesion cobró repentinamente la vista un ciego, habiendo tocado la caxa en que se llevaban; y despues de aquel dia fue tan grande el número de los milagros, y tuvieron tantos testigos, que al mismo Santo le pareció preciso mandar hacer una especie de registro, ú de informacion auténtica de todos éllos, para conservar la memoria á la posteridad. Formóse un decente volumen, que san Evodio hacia leer públicamente en la iglesia los dias festivos; y cuando se acababa de referir algun milagro, si estaba presente el sugeto con quien se habia obrado, se le mandaba subir al pulpito del evangelio, para que atestiguase la verdad del hecho su misma declaracion.

Iba creciendo cada dia la devocion de san Esteban, y todas las iglesias hacian vivas diligencias para conseguir alguna reliquia suya, ó á lo menos alguna porcion de tierra de su sepultura, ó algun lienzo tocado á la caxa de sus huesos. Logró la iglesia de Calámo algunas de esta especie, y luego se vieron en élla los mismos prodigios que habia obrado Dios en otras partes. Estos fueron tantos, que san Agustin y los demas obispos comarcanos publicaron en sus edictos, mandando que todos aquellos que fuesen milagrosamente curados por intercesion de san Esteban, hiciesen una exâcta relacion de su milagrosa curacion, sin omitir la mas menuda circunstancia; y afirma san Agustin, que en poco tiempo se formaron muchos volúmenes abultados de esta coleccion.

Tambien tocó parte de este tesoro á la iglesia de Hypóna, habiéndole recibido san Agustin por los años de 425. Hizo un panegírico del santo Mártir, cuando recibió sus reliquias, y las colocó con la mayor solemnidad en la capilla de la iglesia dedicada al mismo san Esteban. En el libro 22 de la *Ciudad de Dios* se puede leer el prodigioso número de milagros, que obró Dios en la misma Hypóna por intercesion del Santo; de cuya mayor parte fue testigo el mismo san Agustin, y los hacia leer en su iglesia á presencia de los mismos con quienes se habian obrado; y no pocas veces éllos mismos lo referian, para dar mas peso á su verdad, y desterrar del público todo género de duda.

No refiere pocos el mismo santo Doctor. Una muger ciega dió unas flores para que se las tocasen á la caxa en que iban las reliquias de san Esteban; aplicólas despues á los ojos, y cobró la vista; de manera, que al volver á su casa, iba siguiendo á los que ántes la guiaban á élla: *Cæca mulier, flores, quos ferebat, dedit: recepit, oculis admovit, protinus vidit: stupentibus qui aderant, præibat exultans, viam carpens, et viæ ducem ulterius non requirens.* Uno de los hombres mas distinguidos de la ciudad, llamado Marcial, era gentil, y tan bien hallado con su ceguedad, que no consentia se le hablase de hacerse cristiano. Éranlo su hija y su yerno; y habiendo enfermado Marcial muy de peligro, ambos fueron á hacer oracion por su conversion delante de las reliquias de san Esteban. El yerno cogió algunas flores que estaban sobre el altar, y aquella noche, sin que el enfermo lo advirtiese, se las puso á la cabecera: *Abscedens, aliquid de altari florum tulit, eique cum jam nox esset, ad caput posuit.* Luego que amaneció el dia siguiente comenzó Marcial á clamar que creia en Jesucristo, que le administrasen el bautismo, y desde aquel dia hasta que espiró, no se le cayeron de la boca estas palabras: *Jesu Christo, recibe mi espíritu*; aunque ignoraba eran las últimas que pronunció san Esteban: *Hæc quandiu vixit in ore habebat: Christe, accipe spiritum meum; cum hæc verba beatissimi Stephani, quando lapidatus est á judæis, ultima fuisse nesciret, quæ huic quoque última fuerunt.* En fin, dice el mismo santo Doctor, que en ménos de dos años corrian ya setenta relaciones de otros tantos milagros hechos en Hypóna desde que habian llegado las reliquias del Santo, entre las cuales se cuenta la resurreccion de tres muertos. Uno resucitó habiendo untado el cadáver con el aceyte del santo Proto-Mártir. Las palabras de san Agustin son estas: *Cumque corpus jaceret exanime, sugessit quidam ut ejusdem Martyris oleo corpus perungeretur: factum est, et revixit.* El ótro no fue menos admirable. Pasó un carro por encima de un niño; molióle los huesos, y le dexó muerto en el mismo sitio. La afligida madre del niño tómale en brazos, corre á la iglesia, ponele en el altar del Santo, y no solo resucita el niño al instante, sino que quedó sin la mas mínima lesion: *Et*

non solum revixit; verumtatem illæsus apparuit.

Asegúrase que los huesos de san Esteban que estaban en Jerusalen fueron trasladados á Constantinopla poco tiempo despues de su invencion, y que desde allí lo fueron á Roma en el pontificado de Pelagio I., colocándose en la iglesia de san Lorenzo. Sucedió esta invencion, como se ha dicho, el dia 18 de diciembre; pero por ser privilegiados aquellos dias, y estar la santa Iglesia ocupada en disponerse para celebrar el nacimiento del Salvador del mundo, se señaló para esta fiesta el dia 3 de agosto, porque ya en él se celebra ótra á honor del mismo Santo en la ciudad de Ancona, con motivo de una de las piedras con que fue martirizado, que se conserva cuidadosamente en dicha ciudad; adonde la traxo uno de los que se hallaron presentes á su martirio. Por lo menos el cardenal Baronio no da otra razon en sus notas al martirologio.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da nobis, quæsumus, Domine, imitari quod colimus, ut discamus et inimicos diligere, quia ejus inventionem celebramus, qui novit etiam pro persecutoribus exorare Dominum nostrum Jesum Christum...

Concedednos, Señor, la gracia de que imitemos al Santo, cuya fiesta celebramos, para que aprendamos de su exemplo á amar tambien á nuestros enemigos; puesto que celebramos la invencion de aquel que supo rogar por sus mismos perseguidores á nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 6. y 7. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga que appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant á Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis, et stridebant den-

En aquellos dias: Esteban lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios y grandes maravillas en el pueblo. Mas se levantaron algunos de la sinagoga, llamada de los libertinos, de los de Cirene y Alexandria, y de los de Cilicia y Asia, á disputar con Esteban; y no podian resistir á la sabiduría, y al espíritu con que hablaba. Pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas Esteban, que estaba lleno del

tibus in eum. Cum autem esset Stephanus plenus Spiritu sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem á dextris Dei. Et ait: Ecce video cœlos apertos, et Filium hominis stantem á dextris Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum; et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephamum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.

Espíritu santo, fixando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pie á la diestra de Dios. Y dixo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre, que está en pie á la diestra de Dios. Pero éllos clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á el. Y echándolo fuera de la ciudad, lo apedreaban: y los testigos dexaron sus vestidos á los pies de un jóven que se llamaba Sáulo. Y apedreaban á Esteban, que oraba, y decia: Señor Jesus, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

NOTA.

»El libro de los Hechos apostólicos incluye la historia »de la Iglesia desde la Ascension del Salvador, hasta que »san Pablo fue dado por libre, dos años despues que llegó »á Roma; es decir, comprende la historia de 30 años, que »corrieron desde el 34 de Cristo hasta el 64, y corresponde al 20 de Tiberio hasta el noveno de Neron.

REFLEXIONES.

San Esteban confundió y convenció á los judíos; pero no los convirtió. No sabe doblarse ni rendirse á la verdad el espíritu del error. Es vencido; rebienta de corage, brama, rabia, recurre á las armas á falta de razones y no pudiendo sufocar la verdad, la desacredita, la calumnia, la obscurece. Es la pasion la madre de aquel espíritu; ella es la que anima el partido, y el error se inflama, se enciende, rompe, atropella y da testimonio de sus obras en los estragos

que hace. Por eso nunca gritan los hereges, nunca meten mas ruido que cuando mas los aprieta la verdad. No pueden responder, y por tanto se llenan de furor; y á la cólera y la vergüenza sigue inmediatamente la venganza. Los ojos flacos no pueden sufrir mucha luz; y donde reyna la pasion, tiene poca entrada la razon y menos la religion. Una vez que el corazon se ponga de acuerdo con el entendimiento, son incurables las preocupaciones por falsas que sean. Por mas que grite la conciencia; por mas que se ponga á la vista la verdad, se cierran los ojos y se tapan los oidos. Solo se piensa, solo se estudia, solo se procura destruir y aniquilar lo que puede turbar ó inquietar la pasion. Este es el orígen de aquella voluntad maligna, de aquella obstinada pertinacia que se observa en los hereges de todos tiempos, acompañada de una cruel inhumanidad. Los enemigos de Jesucristo siempre lo son de sus siervos, pero singularmente de su Iglesia; todo su zelo se dirige á aumentar su partido. Demuéstrase este hecho en nuestra epístola: unióse todo aquel monton de sectas diferentes para disputar con Esteban, y no pudieron resistir ni á su sabiduría, ni al espíritu que hablaba en él. A vista de aquel convencimiento, ¿quién no creería que todos los judíos rendian las armas y se daban? Todo lo contrario: *Oyendo lo que Esteban les decia, bramaban y rechinaban los dientes contra él.* Este es el efecto que produce la verdad en corazones obstinados, en aquellos que resisten al Espíritu santo. La pasion de los enemigos de Jesucristo nunca se para á la mitad del camino. No desiste hasta acabar con sus contrarios; persíguelos, no con argumentos, porque la razon es esclava donde la pasion domina, sino con la violencia, conduciéndolos ésta á los mayores excesos. El fruto de la disputa fue la muerte de Esteban. A la rabia de los que no pudieron responder, fue sacrificado el discípulo de Jesucristo. Pero de aquí saca Dios su gloria; la Iglesia se multiplica; y la verdad, por mas que la pretendan oprimir, triunfa, en fin, en la muerte del primer mártir del evangelio.

El evangelio es del cap. 23. de san Mateo.

In illo tempore dicebat Jesus turbis judæorum, et principibus sacerdotum. Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis, et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus qui effusus est super terram, à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis, venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodò, donec dicatis: Benedictus, qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: Ved que envio á vosotros profetas, y sábios, y doctores, y de éllos mataréis y crucificaréis, y de éllos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir tus hijos, al modo que la gallina reune sus pollos debaxo de las alas, y no quisiste? He aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

Sobre el abuso de los beneficios de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mayor prueba de la malicia del corazon humano, y de su negra ingratitud á Dios, es la resistencia á la gracia, y el enorme abuso que se hace de élla. Esta gracia, que se nos concede para obrar con élla nuestra salvacion, es un don gratuito del Señor, efecto pura-

mente de la bondad con que nos mira y muestra muy sensible de su paternal ternura. ¿Será perdonable que abusemos de élla y la despreciemos? ¿Y habrá señal mas visible y aun mas cierta de reprobacion, que este menosprecio y este abuso? ¿Cuánto nos quejaríamos, si mostrándose Dios insensible á nuestra perdicion, nos negase este medio esencialmente necesario para salvarnos? Condenéme, diria entónces un desdichado réprobo; pero Señor, ¿podia dexar de perderme? Sin vuestra gracia no me podia salvar, no estaba en mi mano arrancaros este necesario auxîlio; solo vos me le podeis conceder, y me le negásteis. Mas ahora, ¿qué cargos no nos puede hacer el mismo Señor? No ignoraba tu esterilidad, tu flaqueza, tu nada, dirá eternamente á un condenado; pero dí providencia á todo. Tenias enemigos poderosos, malignos y sagaces; pero te dí armas para combatirlos, oraciones, consejos saludables, sacramentos, sacrificios, auxîlios, exercicios espirituales, penitencias, buenas obras; todo te facilitaba el vencer á unos enemigos que ya yo mismo habia desarmado. Eras tierra inculta y cubierta de broza; enviéte excelentes obreros para cultivarla; hombres zelosos, llenos de mi espíritu, directores sábios y prudentes, guias seguras y experimentadas, que con seguridad te conduxesen al término por el camino de la perfeccion; ¿cómo usaste de todos estos medios? ¿cómo te aprovechaste de éllos? Envíoos profetas, sábios, é intérpretes de la ley, dice el Salvador, y á únos les quitaréis la vida, á ótros los azotaréis y á muchos los perseguiréis de ciudad en ciudad. Aprovechéronse muy mal los judíos de estos poderosos medios para su salvacion; abusaron extrañamente de éllos. ¿pero nos aprovechamos mejor nosotros de los auxîlios que Dios nos da y de los medios que nos ofrece? Traigamos á la memoria los beneficios que nos ha hecho. ¡Qué de auxîlios! ¡qué de inspiraciones! qué de piadosos movimientos! ¡qué de maestros y de profetas! ¿Y qué fruto hemos sacado de todo esto?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todas las cosas publican, todas nos están predicando la bondad que el Señor usa con nosotros. Estamos, por decirlo así, oprimidos con el peso de sus benefi-

cios, colmados de sus favores espirituales y corporales, de sus bienes temporales y eternos. Todo lo que tenemos lo hemos recibido de su liberalidad; cuanto poseemos y cuanto esperamos, todo solicita nuestro corazon, todo nos executa por el mayor reconocimiento. ¿Pero éste es muy vivo? ¿es muy ardiente? ¿Cómo hemos usado de estos beneficios? Se abusa de sus dones; de éllos mismos se toma ocasion para desagradarle y para ofenderle; hasta de sus mismas gracias se abusa. Su paciencia y su misericordia sirven muchas veces de pretexto á nuestra ingratitud; somos malos, por lo mismo que Dios es bueno. Está nuestro corazon tan extragado, que convierte en veneno la triaca ;no pocas veces se endurece mas el alma con aquello mismo que de suyo era mas eficaz para convertirla. ¿Qué fruto hemos sacado de tantos libros espirituales, de tantos sermones, de tantas confesiones, de tantas comuniones y de tantas oraciones? Bien puede Dios clamar, amenazar y muchas veces herir; los mismos golpes parece que nos amodorran mas; los accidentes mas funestos no bastan á dispertarnos. Pocos años hay en que la muerte no coja de repente á alguna persona mundana en medio de los desórdenes del juego y de los espectáculos, sin concederla ni un breve intervalo entre la vida y la eternidad. ¿Pero quién se convierte á vista de esta desgracia? Espanta, asusta, se llora tal vez aquel funesto accidente; ¿pero por eso quién vive mejor? Muere súbitamente en la comedia una muger profana; quédase muerto un jugador de profesion con los dados y los naypes en la mano. ¿Qué fruto producen estos sucesos en los que sobreviven á aquellos desgraciados? ¿Se frecuentan menos por eso los espectáculos? ¿son ménos numerosas las academias y los corrillos de la ociosidad? ¿son de allí adelante mejores cristianos los otros compañeros? ¿son menos mundanos?

¡Ah, Señor, y cuánto he abusado hasta aquí de vuestras gracias y de vuestros beneficios! ¡Qué cuenta tan estrecha os he de dar! Dignáos, Señor, de suspender aún vuestra justa ira por un nuevo exceso de vuestra inmensa bondad. Conozco mi maldad, y la detesto. Pero, con vuestra divina gracia, desde este mismo punto doy principio á aprovecharme de todo para mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Aufer rubiginem de argento, et egredietur vas purissimum. Prov. 4.

Limpiad, Señor, la plata de la escoria, y quedará un vaso muy resplandeciente.

Trahe me post te, et curremus. Cant. 2.

No me abandoneis, Señor; llevadme todavía á vos por medio de vuestra gracia, y vereis la velocidad con que corro en seguimiento vuestro.

PROPOSITOS.

Vosotros resistís todavía al Espíritu santo, decia san Esteban á aquel ingrato y obstinado pueblo, que no se queria rendir á los suaves y fuertes atractivos de la gracia. ¿Y no nos podria tambien decir lo mismo á nosotros? ¡Cuánto tiempo ha que acaso estás resistiendo á este divino Espíritu, que te alumbra, que te exhorta, que te aprieta para que dexes esas costumbres mundanas, quizá corrompidas, y cuando ménos poco cristianas! ¿para que venzas esas pasiones que te tiranizan; y especialmente la que sobre todas te domína; para que te rindas á los impulsos de la gracia, que te está solicitando á que no dilates por mas tiempo la conversion? Ahora, ahora mismo estás recibiendo un nuevo beneficio del Señor. Estas reflexîones que te ponen delante, estos saludables consejos que te están dando, esos exercicios espirituales que te aconsejan, son para ti nueva gracia; no la inutilices, no resistas mas tiempo al Espíritu santo. Acaso este es el punto crítico de tu conversion y de tu salvacion. Es cierto que en el discurso de la vida hay un momento que es el decisivo de nuestro destino; es muy probable que éste de ahora será el último para muchos que harán estas reflexîones y leerán estos exercicios.

2 Comienza desde luego á dar algun paso seguro hácia tu salvacion. Si tienes necesidad de hacer una buena confesion, de romper alguna mala amistad, de hacer alguna restitucion, de reconciliarte con algun enemigo, no lo dexes para mañana; hazlo todo si puedes en este mismo dia; ó á

lo menos da principio en él á la conversion, á la restitucion y á la reforma. Pasa luego á visitar á aquella persona con quien estás desazonado. Si no puedes restituir toda la cantidad que debes, aparta desde luego alguna, y vela aumentando poco á poco hasta completarla toda, escribiendo en un papel secreto el nombre de la persona á quien se la debes, para que la satisfagan tus herederos, en caso de que mueras de repente, y sin haberla podido satisfacer por ti mismo. Da principio desde hoy á reformar tu exterior con un porte modesto. Observa las reglas de que hasta ahora has hecho tan poco caso. Vuelve á leer aquel método de vida que te propusiste en los exercicios, ó al principio del año. El Espíritu santo es el que te da estos consejos; no le quieras resistir.



DIA CUARTO.

Santo Domingo, confesor, fundador de la órden de Predicadores.

Santo Domingo, destinado por el cielo para ser por sí mismo y por medio de sus hijos luz del mundo cristiano, una de las mas fuertes columnas de la Iglesia, apoyo de la fe y de la religion, reformador de las costumbres y azote de los hereges, nació el año de 1170 en Caleruega, corto pueblo de Castilla la Vieja, en el obispado de Osma. Fue su padre Feliz de Guzman, de la ilustre y antigua casa de los Guzmanes, tan distinguida en España por los grandes servicios que ha hecho al Estado; como por sus alianzas con las primeras casas de la Europa. Su madre doña Juana de Aza, de cuyos famosos antepasados hace la historia de España tan honorífica mencion, aún fue mucho mas recomendable por su gran virtud, que por su calificada nobleza. Fue Domingo el tercero de sus hijos; y hallándose en cinta de él, soñó que paría un perrillo con una hacha encendida en la boca, que llenaba de luz y de claridad á toda la tierra.

Muy en breve declaró y justificó el verdadero sentido de esta misteriosa vision la doctrina y el inmenso zelo de nuestro Santo, confirmándose despues con otra mas clara que tuvo la virtuosa Señora; porque haciendo una novena en la iglesia de santo Domingo de Silos, implorando su fervor para el feliz alumbramiento, el Santo se la apareció, y la aseguró pariria un hijo que sería antorcha del mundo cristiano y el consuelo de la Iglesia.

Desde luego anunciaron los primeros dias de Domingo lo que habia de ser andando el tiempo. No se notó puerilidad alguna de las que son tan ordinarias en los otros niños. Estando aún en poder del ama que le criaba, se levantaba silenciosamente por la noche para emplear en oracion el tiempo que hurtaba al necesario descanso. Por su bello natural, por su genio blando y dócil, por su corazon tierno y amoroso y por su apacibilidad era la admiracion de todos sus parientes y las delicias de su nobilísima familia. La natural inclinacion que mostraba á la virtud hizo casi ocioso el cuidado de la educacion. Encargóse de élla un tio suyo, arcipreste de la iglesia de Gumiel de Isán; y su mayor desvelo era poner freno á su fervor y moderar su excesiva aplicacion al estudio.

Concluida la gramática, le enviaron á la universidad de Palencia, que á la sazon era una de las mas célebres de España, y fue la misma que con el tiempo se trasladó á Salamanca. Hizo tan grandes progresos en las facultades mayores, que en menos de seis años fue uno de los teólogos mas hábiles; pero al paso que se hacia mas sabio, se hacia tambien mas santo. Ayunaba muchos dias de la semana, maceraba su carne con rigurosas penitencias, su cama era la dura tierra, dormia poco y pasaba en oracion una parte de la noche. Ninguno fue mas dueño de sus sentidos. Tenia hecho pacto con los ojos de no mirar á muger alguna. Su modestia iba anunciando su pureza; y por su extrema delicadeza en este punto se puede discurrir que mereció ser uno de los mas favorecidos de la Reyna de las vírgenes, á quien profesó tan tierna devocion, como lo acreditaron despues sus portentosos efectos.

Aún no habia acabado sus estudios, cuando una cruel hambre, que desoló á toda España, le puso en ocasion de

mostrar su ardiente caridad. Habiendo gastado con los pobres todo el dinero que tenia, se deshizo de todos sus muebles, vendiendo hasta sus mismos libros para socorrerlos; y no teniendo mas que dar, se quiso dar á sí mismo para rescatar del cautiverio al hijo de una pobre muger que le pidió limosna para rescatarle. Quedó atónita la afligida muger al oir semejante proposicion; y solamente porque nunca quiso convenir en ello, dexó el Santo de ser esclavo, para que el ótro quedase libre.

No se limitaba su caridad á las necesidades del cuerpo; extendíase con mayor ardor á las espirituales del alma. Poseía en grado eminente el talento de la predicacion; y no habia quien se resistiese al Espíritu santo, que hablaba por su boca. Ya cuando lo hacia desde el púlpito, ó ya en las conversaciones familiares, no habia corazon tan duro que no se ablandase y no se convirtiese oyendo las palabras de Domingo. El primer fruto de sus sermones fue la conversion de un caballerito mozo, llamado Conrado; el que habiendo entrado en la órden del Cister, fue con el tiempo promovido por su mérito á la púrpura cardenalicia.

En medio de ser todavía tan jóven nuestro Santo, era consultado como el director mas experimentado en los caminos de la salvacion, y á pesar de sus pocos años era tenido por el oráculo de la universidad de Palencia y de toda España. Por esta grande reputacion se movió Don Diego de Aceves, uno de los mayores prelados de su tiempo, á proveer en él el arcedianato de Osma, de cuya iglesia era obispo, y acababa de convertirla en cabildo de canónigos reglares. Necesitaba de algun poderoso apoyo la nueva reforma. Fue Domingo el alma de élla, y con su exemplar vida cimentó maravillosamente la recien nacida regularidad. Aumentó sus ayunos; prolongó sus vigilias, y dobló todas las otras penitencias. Con la frecuente lectura de las colaciones de Casiano tomó la resolucion de copiar en sí mismo las mortificaciones de los antiguos padres del yermo. Impúsose una ley de tomar todas las noches tres disciplinas con ramales sembrados de puntas de hierro; y excedió en sus rigores á aquellos grandes exemplos de penitencia.

Pero no habia formado Dios á este nuevo Apóstol

para la iglesia de Osma solamente. Escogido y destinado para anunciar la palabra de Dios á las naciones, y para predicar la penitencia á los pecadores, corrió muchas provincias de España, haciendo en todas increible fruto; y al mismo tiempo que destruia los vicios, disipaba los errores con que la habian inficionado los hereges y los mahometanos. Uno de los efectos de su primera mision fue la ruidosa conversion del heresiarca Reynero; siguiéndose á esta insigne conquista la reforma general de las costumbres. Fue llamado á Palencia para leer públicamente en una cátedra de teología; y en élla hizo visible la facilidad con que se puede hermanar una elevada sabiduría con una eminente virtud.

Pero mientras tanto clamaba la mies por operarios; y sepultados los pueblos en los vicios ó en el error, tendian las manos, implorando el socorro de Domingo. Ordenóle de sacerdote el obispo de Osma; y dexando á Palencia, dió principio á una segunda mision, en que penetró hasta los últimos pueblos del reyno de Galicia. No siendo capaces las iglesias para los inmensos auditorios, se veía precisado á predicar en las plazas y en los campos. Predicaba un dia junto á la orilla del mar, y saltando en tierra unos piratas, le prendieron, y le llevaron al navío, donde no contentos con ultrajarle de palabra le maltrataron á palos y á crueles azotes con duros nervios de bueyes. Su invencible paciencia irritaba mas el furor de aquellos bárbaros; mas no por eso dexó de intentar su conversion. Ya estaban para arrojarle al mar, cuando de repente se levantó una deshecha tormenta, en que temieron tan próxîmo como inevitable el naufragio. Reconocieron ser castigo del cielo por los malos tratamientos que hacian al Siervo de Dios; arrojóse á sus pies todo el equipage, prometiendo convertirse, y en el mismo punto se sosegó la tempestad. Echaron al Santo en el primer puerto; y el fruto de su cautiverio y de su mision en el navío fue la milagrosa conversion de todos aquellos infieles. Siendo tan poderoso en obras como en palabras, recorrió los reynos de Castilla y de Aragon. Mudaban todos los pueblos de semblante en predicando Domingo, y llegó la reforma hasta la córte. Oyóle don Alfonso, rey de Castilla, y padre de la reyna doña Blanca, madre de san

Luis, y desde que le oyó hizo tal mudanza, que fue uno de los monarcas mas virtuosos de España.

Todo predicaba en aquel hombre apostólico. Sus palabras eran centellas encendidas del divino fuego que abrasaba su corazon; pero su tierna devocion y su plena confianza en la santísima Vírgen eran, como él mismo lo confesaba, el principal secreto de que se valia para la conversion de los pecadores y de los hereges. Santo Domingo fue quien introduxo la santa costumbre de implorar la proteccion de la santísima Vírgen al acabar la salutacion de los sermones; y á santo Domingo debe la Iglesia la piadosísima y utilísima devocion del santo rosario. Habiéndole escogido desde la misma cuna la soberana Reyna de todos los santos para especial favorecido suyo, élla misma le enseñó el modo de honrarla y de reverenciarla, que la era mas agradable; inspiróle el método y el espíritu con que se debia hacer; y á esta excelente devocion, á esta oracion tan eficaz se reconocia deudor nuestro Santo del prodigioso número de conversiones con que bendixo el Señor su apostólico zelo.

Pero era España campo muy estrecho para las hazañas de aquella grande alma, y la llamaba el cielo á mas dilatadas conquistas. Nombró el Rey de Castilla al obispo de Osma por su embaxador á la córte de Francia; y quiso que fuese Domingo en compañía del obispo, con el título de su teológo de cámara. Pasaron por el Langüedoc, donde no pudieron ver sin lágrimas los progresos que hacia en aquella provincia la heregía de los albigenses. Terminados felizmente los negocios de la embaxada, pero altamente condolidos á vista de la inopinada muerte de la infanta de Francia, que habian ido á pedir, y habian conseguido para don Fernando, infante de Castilla, resolvieron pasar á Roma, y solicitar licencia del papa Inocencio III. para volver á Francia á trabajar en la conversion de los albigenses, ó para pasar al Norte á predicar el evangelio á los gentiles. Determinólos su Santidad al primer partido, y recibida su mision, se restituyeron á Francia. Vínoles devocion de visitar al Cister, cuyo abad Arnoldo se juntó con éllos, y llegando al Langüedoc, se les agregó tambien Róaldo, abad de Fonfria, y el beato Pedro de Castelnau, monge del mismo monasterio.

Quizá no se habia visto la iglesia de Francia en tan lastimoso estado. Un monstruoso conjunto de heregías, baxo el único nombre de albigenses, arrasaba inhumanamente la viña del Señor, y hacia sangrienta guerra á su santa Iglesia. Encarnizados los hereges en el empeño de abolir los sacramentos, desterrar el culto de la Vírgen, destruir todo exercicio de devocion, y aniquilar la gerarquía eclesiástica, lo entraban todo á fuego y sangre, sin verse otra cosa en las provincias que las tristes y sacrílegas ruinas de los templos. Reynaba en todas partes la disolucion y la ignorancia, desterrado de todas éllas el sagrado ministerio de la predicacion, medio eficaz y permanente para sostener la religion, y para servir como de insuperable dique al torrente de la impiedad. A todos estos males solo opuso la providencia de Dios á nuestro Santo. Apenas se dexó ver en Langüedoc, cuando se disipó toda aquella negra nube de hereges. Henriquianos, petrobusianos, arnolditas, citaros, pifros, patarines, texedores, publicanos, pasagianos, vandeses y arrianos, todos quedaron confundidos, y la mayor parte de éllos convertidos por el zelo, por los exemplos y por los sermones de santo Domingo. Antes de dar principio á toda controversia, á toda instruccion y á todo sermon, se postraba delante de una imágen de la santísima Vírgen, é imploraba su proteccion con esta breve, pero bella oracion, que adoptó despues la santa Iglesia: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos.* Dígnate, Vírgen santísima, de alcanzarme gracia para que te alabe dignamente; consígueme virtud y fortaleza para combatir y para vencer á tus enemigos. Era muy penosa la mision, y en medio de eso resolvió el Santo hacer á pie todos sus viages, sin dinero y sin otra provision que su confianza en la caridad de los fieles, oponiendo este desinteres apostólico á la hipocresía de algunos hereges, que se llamaban *perfectos*, porque afectaban una pobreza extraordinaria. Los que se preciaban de hombres sábios y devotos, publicaron contra nuestro Santo muchos libelos llenos de invectivas y de blasfemias contra Dios, contra la Vírgen y contra los santos. Respondió á éllos Domingo, así de viva voz, como por escrito; y como los hereges no tuviesen que replicarle, acordaron pedirle

que les diese por escrito su doctrina. Hízolo el Santo; leyóse su escrito en pública asamblea; quedaron cortados y mudos los hereges, embargándoles la voz la fuerza de la verdad. Resolvieron entregar á las llamas el escrito; pero respetó el fuego la doctrina católica. Dispusieron otro brasero mas encendido, y sucedió lo mismo que con el primero; hicieron tercer esfuerzo para quemarle, y tercera vez quedaron confundidos con otro tercer milagro. Si los milagros convirtieran á los hereges, todos quedarian entonces convertidos. Uno solo de toda la asamblea logró esta dicha, para que se publicase un prodigio que todos habian conspirado en tener secreto; pero presto se siguió á él otra semejante maravilla. Disputaba un dia en Fanjox con aquellos obstinados; úno de éllos habia mojado en agua de alumbre el escrito de los hereges, para hacerle incombustible por este medio; confiado en él, clamó con fiereza y con descoco, que se hiciese la prueba del fuego para averiguar la verdad. Acudió todo el pueblo, rodeando una grande hoguera, donde se arrojó el escrito del herege, que en el mismo instante quedó enteramente consumido. Consintió Domingo que el suyo se echase en élla, y se conservó ileso hasta que toda la leña se reduxo á ceniza, y el fuego se acabó.

Lejos de rendirse los enemigos de la fe á estas dos victorias, éllas mismas los hicieron mas furiosos. Muchas veces maquinaron contra la vida del Santo; pero sus intentos solo sirvieron para avivarle mas las ánsias con que suspiraba por la corona del martirio. Movido del peligro en que se hallaban muchas doncellas nobles á quienes los hereges habian despojado de sus bienes, fundó para éllas un monasterio en el pueblo de Provilla, cerca de Fanjox, por la liberalidad de Bernardo, arzobispo de Narbona, y de Foulques, obispo de Tolosa, y fue el primer convento de monjas de su Orden.

A la fama de los grandes y gloriosos sucesos que lograba en todas partes el zelo de nuestro Santo, concurrieron otros compañeros, deseosos de participar con él de las fatigas de sus apostólicos trabajos. Corrió con éllos las ciudades de Albi, Pamiers, Narbona, Carcasona, Mompeller, como tambien la mayor parte de las villas y aldeas de Langüedoc, obrando en todas nuevos y estupen-

dos milagros. Confirmaba á los fieles en la fe, pero convertia á pocos hereges. Quejóse un dia de esto á la santísima Vírgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza; aparecióselc la soberana Reyna, y le dixo que para convertir á aquellos obstinados, predicase la devocion de su rosario. Obedeció el Santo; en vez de controversias comenzó á predicar el uso de esta santa devocion; enseñó al pueblo el espíritu y el modo con que la habia de rezar; explicó los misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro. En poco tiempo tuvo santo Domingo el consuelo de ver convertidos mas de cien mil pecadores ó hereges. El exército de los cruzados solo sirvió para endurecerlos mas; y su conversion fue efecto de la poderosa intercesion de la Madre de Dios por medio del santo rosario. Desde aquí se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre devocion, apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y contínuamente aprobada con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los que saben aprovecharse bien de éllas.

A vista de las maravillas que obraba el Señor por medio de nuestro Santo, como de los asombrosos frutos que producia su zelo, se movieron muchas ciudades á pedirle por su obispo; pero su profunda humildad le desvió inmensa y constantemente de toda especie de prelacía. Renunció un obispado en Galicia, ótro en Bretaña, como tambien el de Cominges, Conserans y Beziers. Para aceptar el oficio de inquisidor de la fe fue menester un precepto del papa. A la verdad, le destinaba á mayores cosas la divina Providencia. Desde el año de 1207 le habia inspirado Dios el plan de un instituto religioso, que tuviese por fin la predicacion del evangelio, la conversion de los hereges; la defensa de la fe y la propagacion del cristianismo. Se habia suspendido su execucion por la muerte del santo obispo de Osma, con quien Domingo le habia comunicado; pero Fulcon, obispo de Tolosa, que pasaba al concilio Lateranense, se encargó de solicitar la aprobacion del vicario de Cristo, y quiso que le acompañase á Roma nuestro Santo. Aunque el papa Inocencio III. estaba muy resuelto á no multiplicar las religiones, habiendo

visto en sueños á santo Domingo en ademan de que él solo estaba sosteniendo la iglesia de san Juan de Letran, reconoció el dedo de Dios en el nuevo instituto, y le mandó que dispusiese las reglas y las constituciones. Murió á la sazon este gran Pontífice, y con su muerte pareció haberse de impedir, ó á lo menos suspender el grande intento; pero su sucesor Honorio III. creyó no podia hacer mayor servicio á la Iglesia, que aprobar el nuevo instituto, con el nombre de frayles Predicadores; y el dia 22 de diciembre del año 1216 expidió la bula de confirmacion. Este fue el nacimiento de aquella célebre religion, que ha hecho, y está haciendo cada dia tan señalados servicios á la Iglesia católica, habiendo dado al mundo cristiano siete papas, cuarenta y nueve cardenales, veinte y tres patriarcas, mil y quinientos obispos, seiscientos arzobispos, cuarenta y tres nuncios, sesenta y nueve maestros del sacro palacio, un prodigioso número de célebres doctores, de escritores sábios, y una extraordinaria multitud de santos, siendo uno de los mayores ornamentos de la Iglesia. (*)

Experimentó muy luego toda la cristiandad los maravillosos efectos de este importante socorro. Apenas se confirmó la nueva religion, cuando el santo Fundador vió á sus hijos extendidos por toda la tierra, triunfando en todas partes de la heregía, y en todas introduciendo la reformacion de las costumbres. Cuando llegó á Tolosa, tuvo el consuelo de hallar casi acabado el primer convento de su Orden, á expensas de la liberalidad del obispo y del conde de Morfete. Persuadida la reyna doña Blanca á que debia á la devocion del rosario, que la habia aconsejado santo Domingo, el nacimiento de su hijo el rey san Luis, le fundó en París otro convento.

Pasó de París á Metz, donde el Santo fundó úno, del que hizo prior al beato Esteban, su compañero, y desde allí tomó la vuelta de Italia. En este viage fue cogido de unos bandoleros, que le trataron con la mayor indignidad; pero con su paciencia y con su dulzura los convir-

(*) *Despues que se escribió esto, dió á la Silla apostólica otro papa, y se aumentó considerablemente el número de cardenales, arzobispos y obispos.*

tió, moviéndoles á penitencia con sus exhortaciones. Llegando á Venecia con ánimo de ir personalmente á llevar la luz del evangelio á los bárbaros al otro lado del Ponto Euxino, conoció la imposibilidad de la empresa, y contentándose con enviar algunos de sus hijos á Dalmácia, dexando á ótros en Venecia para fundar un convento en aquella ciudad, tomó el camino de Roma. Fue recibido del papa Honorio con la ternura y con la veneracion que eran debidas á su eminente santidad; y luego le dió la iglesia de san Sixto con todas sus dependencias, para que fundase un convento: el Santo se la cedió á las monjas de su Orden, y el convento de los frayles le fundó en la iglesia de santa Sabina, que tambien le habia concedido el Papa.

Aunque era tan grande su aplicacion á predicar al pueblo la palabra de Dios, no se limitaba precisamente á eso su zelo, extendiéndose tambien á reformar los palacios de los grandes. Encargóle el Pontífice el cuidado del suyo, con el título de Maestro del sacro palacio, dignidad que desde entonces hasta ahora se ha dado siempre á sugeto de la misma sagrada Religion. Pero la paternal solicitud que dedicaba al gobierno de su santa familia, que en menos de cinco meses contaba muchas provincias, y en éllas muchos millares de religiosos, le obligó á emprender la visita general de toda élla. Dió principio por España; volvió á Francia; detúvose algunos meses en París, y desde allí envió algunos de sus frayles á Escócia; recorrió toda la Italia, predicando en todas partes con admiracion, viendo en todas florecer su Orden con esplendor, y encontrando en todos los conventos religiosos de eminente santidad.

Vuelto á Bolonia hácia la Cuaresma del año de 1220, convocó en aquella ciudad el primer capítulo general; formó en él reglas y leyes llenas de perfeccion, de sabiduría y de prudencia; hizo cuanto pudo para que se le exónerase del generalato, pero inútilmente; porque se vió precisado á ceder á las lágrimas y á los ruegos de sus hijos, y á continuar en las funciones de su empleo. Despues de haber visitado los conventos de la Orden en el Estado eclesiástico, en la Toscana y en el Milanés, se restituyó á Bolonia á celebrar el segundo capítulo general. En este capítulo se dividió toda la religion en ocho

provincias, que comprendian cincuenta y seis conventos: se eligieron para éllas ocho provinciales, hombres todos de extraordinaria virtud y de sobresaliente capacidad; y el Santo envió algunos de sus hijos á las provincias del Norte y del Oriente; entre ótros destinó para Polonia al célebre san Jacinto.

Llamaban á Domingo el Taumaturgo de su siglo, á vista de los muchos milagros que obraba Dios por sus méritos y por su intercesion. Dotado del don de lenguas y del de profecía, renovó en estos últimos tiempos las mismas maravillas que se admiraron en los primeros siglos de la Iglesia. Estaba enfermo un hijo de una señora romana, llamada Goutadona; dexóle solo la madre por ir á oir al Santo; y cuando volvió del sermon le encontró muerto. No se turbó ni se afligió la piadosa Señora por aquel suceso; antes llena de confianza en santo Domingo, tomó el niño en sus brazos, y élla misma le llevó, y le puso á los pies del Santo, que compadecido de aquel accidente, despues de una breve oracion, tomó al cadáver por la mano, y se lo entregó vivo á su madre. Estaba un dia visitando al cardenal Esteban, á cuyo cuarto habian concurrido tambien otros dos cardenales, cuando de repente entraron á decir al cardenal que su sobrino Napoleon acababa de morir desgraciadamente, precipitado de un caballo. Al oir el tio tan funesta noticia cayó desmayado en los brazos de nuestro Santo. Traxeron el cadáver al palacio del cardenal; púsose Domingo en oracion; fue oido; resucitó el jóven; y él mismo, lleno ya de salud, fué á dar esta alegre noticia á su afligido tio. Trabajando en el convento de san Sixto, quedó estrellado y sepultado un oficial debaxo de una pared que se desplomó sobre él, y santo Domingo le restituyó luego á la vida á vista de toda Roma. Siendo tan poderoso en obras y en palabras, no es de maravillar que cuando salia en público le cortasen á porfia alguna parte del hábito ó de la ropa.

Estaba tan acostumbrado á las frecuentes visitas de Jesucristo y de la santísima Vírgen, que su oracion era un éxtasis contínuo. Apareciósele en una oracion el Salvador irritado por la disolucion general de las costumbres, y á punto de sacrificar á su justicia todos los pecadores; pero la Madre de misericordia puso delante de su

Hijo á Domingo y á otro fiel siervo suyo, pidiéndole se apiadase de los que le ofendian en consideracion de aquellos dos justos. El mismo dia encontró nuestro Santo á san Francisco, y conoció ser el mismo que la Vírgen habia presentado con él á su enojado Hijo, estrechándose desde aquel dia una santa y tierna union entre los corazones de los dos grandes Patriarcas.

Habia tiempo que le iban faltando las fuerzas á Domingo, consumidas á violencia de los ardores del divino amor, y debilitadas al rigor de sus penitencias y al incesante trabajo de sus apostólicas fatigas, cuando el cielo le consoló con el alegre aviso del dichoso momento en que habia de dar principio á su eterna felicidad. Su postrera enfermedad no fue prolixa, pero fue exemplar. Su paciencia, su dulzura, su alegría y su devocion admiraban y enternecian á sus hijos, que estaban inconsolables, viéndose en vísperas de perder á su amantísimo Padre. En fin, habiéndolos consolado y exhortado á la exâcta observancia de sus reglas, quiso morir tendido en la ceniza; y un viernes 6 de agosto de 1221 rindió su bienaventurado espíritu á su Criador, siendo solo de 51 años de edad, pero colmado de merecimientos. Hallóse el santo cuerpo ceñido con una cadena de hierro. Fueron sus funerales como preludio de su canonizacion. El cardenal Hugolino, legado de la santa Sede, y despues papa con el nombre de Gregorio IX., hizo la ceremonia de sepultura, acompañado del patriarca de Aquileya y de otros muchos obispos; pero la multitud de milagros que el Señor obraba cada dia en su glorioso sepulcro, no dió lugar á que estuviese por mucho tiempo enterrado aquel precioso tesoro. Doce años despues de su muerte fue elevado de la tierra el santo cuerpo, y ótros dos despues el papa Gregorio IX. que habia sido testigo ocular de las principales acciones de los últimos años de su vida, y se habia hallado presente cuando resucitó á Napoleon, le canonizó solemnemente el dia 13 de julio del año 1224 con las ceremonias acostumbradas. Por caer en el dia de su muerte la fiesta de la Transfiguracion del Señor, se fixó al dia 4 de agosto la de santo Domingo de órden expreso del papa Paulo IV.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Dominici confessoris tui illuminare dignatus es meritis et doctrinis; concede, ut ejus intercessione temporalibus non destituatur auxiliis, et spiritualibus semper proficiat incrementis: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los méritos y con la doctrina del bienaventurado santo Domingo tu confesor; concédenos, que por su intercesion nunca sea destituida de los auxîlios temporales, y aproveche cada dia mas en los aumentos espirituales: Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacerbabant sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

"Escribió san Pablo esta epístola á su amado Discípu-»lo, no solo para llamarle cerca de su persona, sino »para alentarle en las fatigas y trabajos del oficio pasto-»ral. Hácele varias advertencias acerca de los falsos doc-»tores y de los hereges de aquel tiempo, los simonianos; »los gnósticos, y los que habian de levantarse despues »de éllos, cuyo carácter pinta vivamente; y sobre todo, »le exhorta al sagrado ministerio de la predicacion."

REFLEXIONES.

Para predicar es menester estudio, ciencia y talento; mas para predicar con fruto todavía es mas necesaria virtud, paciencia y zelo. Los errores del entendimiento son la mayor prueba de estar corrompido el corazon del hombre. Aquellas tinieblas siempre nacen de un mal fondo. Son de mala calidad los vapores ó las nieblas que las ocasionan, y no es facil disiparlas; porque el corazon tiene siempre mucha parte en el desvarío intelectual de los hereges. Prodúcele la pasion, y élla misma le sostiene. Es menester mucho zelo para emprender la cura de un ciego voluntario: sobre el zelo se necesita mucha habilidad, mucha paciencia y aun mucha mayor virtud. El primer efecto que causa el voluntario error, es hacer ingrata y desapacible la verdad; este disgusto siempre es señal de que el alma está desconcertada y enferma. No sería incurable el mal, si quisiera sanar al enfermo; pero la obstinacion es el constitutivo esencial de la heregía, así como la heregía siempre es hija del orgullo. Es mortal la enfermedad, y por consiguiente dificultosa la cura, para la cual se necesita una mano hábil, sábia, que insista, y no se desaliente. Se ha de predicar la verdad sin disimulo, pero con blandura; se ha de clamar contra el error y contra el vicio con zelo, pero sin amargura y sin pasion. El alma de nuestro zelo ha de ser siempre una caridad pura, sincéra y distante de toda afectacion. Son pocos los hereges de algun entendimiento que no estén convencidos; pero son muchos menos los que se convierten, porque no siempre está en el entendimiento la causa del

mal. Mas persuade un predicador con los exemplos, que con las palabras y con los discursos; á éstos bien ó mal se puede replicar; aquéllos no admiten réplica. Cuando la santidad de la doctrina no se sostiene con la santidad de la vida, alumbran poco sus rayos, porque despiden una luz muy débil y medio amortiguada. El porte del predicador ha de preocupar los ánimos en favor de su moral. Antes que Cristo comenzase á predicar, comenzó á obrar. La vida delicada, mundana y poco mortificada de un predicador, debilita extrañamente su elocuencia. Ninguno se persuade á que él mismo cree lo que predica, cuando le ven hacer todo lo contrario de lo que dice.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la palabra de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nunca se anunció la palabra de Dios en el cristianismo con mayor frecuencia que en nuestros dias; pero es igualmente cierto que nunca fue mas estéril, ni fructificó menos entre los cristianos este divino grano, sembrado con tanta abundancia en el campo de la Iglesia. ¿Cuál será la causa de esta esterilidad de la palabra de Dios, y á quién se deberá imputar? ¿á la misma palabra que se siembra? ¿á los predicadores que la derraman? ¿ó á los oyentes que la reciben? Atribuirlo á la misma palabra de Dios, sería injusticia; porque no tiene hoy menos virtud que tenia en tiempo de los apóstoles, cuando un solo sermon de san Pedro convirtió á tres mil personas. ¿Serían causa de este desórden los predicadores? Bien puede ser; pues como dice el Apóstol, hay algunos que la tienen cautiva; ótros que la hacen mercenaria; y que, por decirlo así, comercian con élla para grangear no sé qué concepto y vana reputacion. Tambien es posible que las costumbres de algunos se opongan á la doctrina que predican. Pero en medio de eso, no tiene Dios aligada la eficacia de su palabra ni al mérito, ni á la santidad de los predicadores; élla obra por su propia virtud, sin depender de la intencion del ministro. Si éstos la profanan, á sí mismos se pervierten; mas no porque se perviertan á sí, dexan de santificar á ótros. Como el terreno sea de buena calidad, y esté bien cultivado, poco influye en su esterilidad la habilidad del sembrador. Luego si la palabra de Dios fructifica tan poco en nuestros corazones, á nosotros mismos nos debemos echar la culpa. ¿Pero cuántas reflexiones debemos hacer, y cuántas consecuencias debemos sacar de esta lastimosa esterilidad? Predicóse esta misma divina palabra á los gentiles mas obstinados, á los mas corrompidos, y se convirtieron. Predícase el dia de hoy á las naciones mas groseras, á las

mas bárbaras, y se convierten. Predícansenos á nosotros las mismas verdades, los mismos dogmas, la misma doctrina, ¿y cuántas conversiones se ven? Una vez convencido el entendimiento, presto se reforma el corazon; y á esta reforma se sigue como efecto necesario la mudanza de las costumbres. Sin duda que es muy poco dócil nuestro entendimiento, y que no debemos de creer nada de lo que se nos predica, cuando es tan poca nuestra enmienda; y si no lo creemos, ¿por qué nos llamamos fieles?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta inutilidad ó esterilidad de la palabra de Dios, parece que solo puede nacer de tres principios; ó de que no se gusta de élla, ó de que se abusa de élla, ó de que se resiste á élla. No se gusta de la palabra de Dios; este es el defecto ordinario de las almas tibias. Se abusa de la palabra de Dios; este es el vicio de las almas vanas. Se resiste á la palabra de Dios; este es el carácter de los pecadores empedernidos. El disgusto es indicante del desconcierto interior, de enfermedad habitual de una alma á quien Dios comienza á arrojar de su corazon; si ya, por desgracia suya, no la ha arrojado de él. Cuando se tiene hambre espiritual de un manjar tan necesario y tan exquisito, es señal de buena salud en el alma; como lo es en el cuerpo el hambre de los alimentos sólidos y substanciales que le acomodan; pero al contrario, el hastío y la repugnancia á éstos, tanto en el alma como en el cuerpo, son indicante de cercana muerte. El abuso de la palabra de Dios es una profanacion tanto mas torpe y aun tanto mas sacrílega, cuanto toma por asunto el medio mas seguro, y acaso el remedio mas eficaz que tiene Dios para convertirnos. Resistirse á la palabra de Dios es resistir al mismo Espíritu santo; es como obstinarse en rebatir todas las mas fuertes impresiones de la gracia. ¿Qué esperanza puede quedar á la conversion de un pecador, cuando él mismo sufoca y apaga la luz que le podia alumbrar, el sagrado fuego que le podia encender, y los espíritus que le podian dar vigor, sin lo cual es inevitable la muerte del alma? El único recurso que le restaba á este pobre pecador era la

palabra de Dios. Los primeros no la oyen, porque no gustan de élla. Los segundos la oyen, mas no como palabra de Dios, y por eso abusan de élla. Los terceros la oyen, y la oyen como palabra de Dios; pero no la quieren practicar, y por eso la resisten. Señor, ¡qué mayor ceguedad! No hay desórden mas comun ni mas universal. ¿Cuántas veces no has querido oir la palabra de Dios? Este disgusto prueba el mal estado de tu alma; ¿pero te ha dado alguna pena? ¿cuántas oiste la palabra de Dios sin sacar fruto de élla? Y un abuso que tanto te debiera atemorizar, ¿te ha dado algun cuidado? ¿cuántas resististe á élla? Y esta señal de reprobacion, ¿te ha sobresaltado mucho? Con todo eso estás tranquilo; ¿pero quién te da esa seguridad? ¡O Señor, y qué cuenta tan terrible nos espera en el gran dia de vuestra justicia!

Tiemblo, mi Dios, cuando considero el disgusto con que miré, lo mucho que abusé, y la resistencia que hice á vuestra divina palabra. Dignáos, Señor, de tener piedad de esta alma que redimísteis á tanta costa vuestra; y pues vuestra divina palabra todavía tiene tanta fuerza para mí; pues todavía me presentais este saludable pan, dignáos concederme la gracia de que me sustente y me aproveche de tan precioso alimento.

JACULATORIAS.

Beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Luc. cap. 11.

Bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la practícan.

Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis. Salm. 118.

Vuestra palabra, Señor, es la antorcha que gobierna mis pasos, y la luz que me descubre el camino real que debo seguir.

PROPOSITOS.

Créese no pocas veces que ya está todo hecho cuando uno se siente movido en el sermon; y con todo eso se puede decir que nunca nos resta mas que hacer. Por par-

te de Dios, que te llama y te brinda con su grácia; está hecho todo; mas por la tuya, nada se ha hecho. A ti te toca seguir la voz del Pastor que te convida, y aprovechar el talento que puso en tu mano. Ten, pues, cuidado despues del sermon de recoger aquella centella de fuego que se desprendió sobre tu alma; consérvala con la meditacion, foméntala con la lectura de algun buen libro, en lugar de disipar el espíritu, yéndote luego á meter en los negocios del mundo. Concurre al sermon con hambre de la palabra de Dios; oye al predicador como á un rey de armas del Señor, que viene á publicar su ley y á intimarte su voluntad; ¿con qué respeto, con qué docilidad le debes oir? Nunca se repara si el que publíca las órdenes del rey tiene buena voz, si es elocuente, si es persuasivo, si se explica bien; solo se aplica la atencion á lo que intíma; que se le haya oido, que no se le haya oido, igualmente obligan las órdenes del príncipe, y al que las desobedeciese no se le admitiria la excusa de no haberlas oido. Aplícate estas verdades prácticas.

2 Acude á los sermones con prontitud y con frecuencia, teniendo presente que acaso estaba aligada la gracia de tu conversion á aquel sermon que perdiste por culpa tuya. Es la palabra de Dios aquel misterioso grano de que habla el Salvador del mundo. Guárdate bien de ser del número de aquellos que están cerca del camino, y dexan pisar de los pasageros el divino grano, ó que le coman las aves por no estar bien enterrado, quedándose en la superficie de la tierra. Procura que no sea tu corazon aquel terreno seco y pedregoso, en que se seca el mismo grano por falta de xugo y de humedad, ó aquel herial en que se sufoca. Sea tu corazon una tierra de buena calidad y bien cultivada, en que el grano fructifique, dando ciento por uno. Reflexîona bien lo mucho que pierdes, y el peligro á que te expones si no sacas fruto de la palabra de Dios. Asiste á élla con frecuencia, con respeto, con humildad y con devocion; nunca salgas del sermon sin algun fruto particular. Los propósitos vagos son por lo comun inútiles. Determina el vicio ó el defecto de que te has de corregir, ó la virtud que has de practicar.

DIA QUINTO.

Fiesta de nuestra Señora de las Nieves.

Con verdad se puede decir que nació con la Iglesia la devocion á la Vírgen; y con mucha razon aseguran los santos padres que hablaban con todos los fieles aquellas palabras de Jesucristo en la cruz, dirigidas al evangelista san Juan: *Ve ahí á tu madre*; y que igualmente se deben entender de cada uno de los fieles las ótras que dirigió á esta Señora: *Muger, ese es tu hijo.* El dulce y suavísimo título de madre, y el glorioso no menos que interesado epíteto de hijos, aplicado á todos los fieles, anima aquella confianza, excita aquel amor, inspira aquel profundo respeto, y promueve aquel culto singular á la santísima Vírgen, que exíge la Iglesia de todos los cristianos; y por eso dixo san Agustin (*Serm. 2. de Annunt.*): *Tu es spes unica peccatorum, Maria: in te nostrorum est expectatio præmiorum.* Vos, ó Vírgen santa, sois la única esperanza de los pecadores; de vuestras manos, ó por éllas esperamos recibir en el cielo el premio de nuestros trabajos; y san German, patriarca de Constantinopla (*Serm. de Virg.*): *Nemo est qui salvus fiat nisi per te, ò beata Virgo: nemo qui liberetur à malis, nisi per te: cujus misereatur gratia nisi per te.* Ninguno se salva, ó Vírgen bienaventurada, sino por tu intercesion; ninguno se libra de los males de esta vida sino por la misma; y á élla deben el perdon todos aquellos con quienes el Señor usa de misericordia.

Con este mismo concepto la Iglesia, conservada siempre por el Espíritu santo, no se contenta con honrar á la Reyna de los cielos, instituyendo fiestas particulares para celebrar cada misterio de su santísima vida, el de su inmaculada Concepcion, el de su Natividad, el de su Presentacion en el templo, el de su Annunciacion, Purificacion y gloriosa Asuncion al empíreo, sino que hoy insti-

tuye una fiesta particular, con ocasion de un templo que se la dedicó con el título de santa María la Mayor, ó de nuestra Señora de las Nieves, para manifestarnos de todos modos el zelo que la anima en honra de María, y el apresurado ardor con que solicita la salvacion de todos sus hijos. El suceso que dió motivo á esta fiesta particular es el siguiente:

Hácia la mitad del cuarto siglo, en el pontificado del papa Liberio, y siendo emperador Constancio, Juan, noble patricio romano, cuya casa era una de las mas antiguas y mas ilustres de aquella cabeza del mundo; pero mas respetado él mismo por su conocida virtud que por su calificada nobleza, quiso dar algun público testimonio de su fervorosa devocion á la santísima Vírgen, á quien singularmente se habia consagrado desde su mas tiernos años. No tenia hijos, y de acuerdo con su muger, no menos noble ni menos virtuosa que Juan, resolvió dexar por heredera á la santísima Vírgen, que despues de Dios era el todo para el virtuoso caballero. Comunicado el intento con su esposa, que animada de la misma piedad lo estaba tambien de los mismos devotos pensamientos, determinaron hacer muchas oraciones y limosnas para que la Vírgen se dignase manifestarlos en qué cosa mas de su agrado emplearian los bienes que ya tenian dedicados á su servicio. Aquella madre del casto amor, de la sabiduría y de la santa esperanza, que dice: *Venid á mí todos los que me deseais con ánsia, y llenáos de mis frutos*, oyó benignamente los ruegos de aquellos sus fervorosos devotos, y la noche del dia 5 de agosto se apareció en sueños á los dos separadamente. Despues de declararlos cuánto la agradaba su tierna devocion, y cuán de su gusto era la piadosa resolucion que habian tomado, añadió que la voluntad de su hijo y la suya era que empleasen sus bienes en edificar á su honor una iglesia en el monte Esquilino, en cuya cima hallarian no solo demarcado el sitio, sino trazado el plan del templo por una porcion de nieve milagrosa.

Como la vision se habia hecho á los dos, no dudaron que fuese legítima y sobrenatural. No obstante, se la comunicaron al papa Liberio, el cual habia tenido ótra en todo semejante la misma noche; y viendo que el cielo se explicaba, quiso el Pontífice verificar el hecho por sus

propios ojos. Mandó juntar el clero, y acompañado del patricio Juan, de su muger y de todo el pueblo, fué procesionalmente al sitio donde se habia anunciado la maravilla. Llegaron al monte Esquilino, y en él se halló un espacio todo cubierto de nieve, sin embargo de ser en la fuerza del estío, y en el mayor rigor de los calores. Asombró á todos el prodigio, y al asombro se siguieron los mas tiernos movimientos de devocion, de amor y de agradecimiento á la santísima Vírgen. Delineóse luego la iglesia, arreglada al mismo plan que manifestaba la milagrosa nieve; y en breve tiempo quedó fabricada á expensas del patricio Juan. A vista de tan sensible milagro no pudo menos de excitarse la devocion de los fieles. Toda la cristiandad veneró aquel templo como lugar santo, y singularmente privilegiado por la particular eleccion que habia merecido á la santísima Vírgen. Aunque así en Roma como en otras partes habia muchos oratorios consagrados á Dios y erigidos en honor de su santísima Madre se reputó ésta propiamente como la primera iglesia que se dedicó en Roma á la soberana Reyna. Al principio se llamó *la Basílica de Liberio*; esto es, la iglesia mayor de la Vírgen, fabricada por el papa Liberio; porque la palabra griega *Basilike* significaba en otro tiempo palacio real, ó un edificio suntuoso y público, adornado de pórticos, naves, tribunas y tribunal donde los reyes daban audiencia y hacian justicia; despues se limitó á significar una iglesia suntuosa. Tambien se observaba otra diferencia entre las basílicas y los templos, llamándose templos los que tenian las columnas por la parte de afuera, y basílicas los que las tenian por la de adentro. A la basílica de que vamos hablando se la llama tambien *iglesia de nuestra Señora de las Nieves*, por el milagro que ya queda referido. Fuera de esto, hoy mismo se la da el nombre de santa María *ad præsepe*, en atencion á venerarse en élla el mismo pesebre que sirvió de cuna al Salvador, y se traxo de Belen, conservándose en dicha iglesia como preciosa reliquia. El papa san Sixto III., uno de los mas zelosos defensores de la divina maternidad de la santísima Vírgen, hizo reparar magníficamente esta iglesia por los años de 437, y la adornó con un altar de plata, con cálices, copones, coronas, candeleros, con un

incensario y una pila bautismal del mismo metal, fuera de las muchas casas y heredades que la consignó para sustento y manutencion de los ministros que celebrasen en élla los divinos oficios. Fue este como un trofeo contra la heregía de Nestorio, que erigió el santo Pontífice despues del célebre concilio Efesino, en honor de la Madre de Dios, segun nos lo enseña una inscripcion de aquel tiempo, grabada en una peña, que todavía se conserva el dia de hoy. En la carta que el papa Adriano escribió al emperador Cárlo Magno, dice: Que su predecesor san Sixto colocó en aquella basílica muchas imágenes y pinturas de gran valor. Todo lo dicho prueba que la devocion á la Vírgen fue de todos los tiempos de la Iglesia, y que en élla desde su mismo nacimiento se practicó erigir altares á Dios, y edificar templos magníficos en honor de su santísima Madre; como lo convence el que habia en Efeso cuando se celebró en él aquel famoso concilio, y estaba fabricado muchos años antes de la heregía de Nestorio. Por haber reparado san Sixto la iglesia de nuestra Señora de las Nieves se llamó la basílica de Sixto; hasta que multiplicadas en Roma las iglesias dedicadas á la santísima Vírgen, para distinguir ésta de todas las demas, se la dió el nombre de *santa María la Mayor*, y este es el que conserva el dia de hoy.

A esta basílica dirigió san Gregorio papa la procesion general, compuesta de todo el clero, y de todo el pueblo romano, para conseguir de Dios soltase de la mano el triste azote de la peste que asolaba á toda Italia. A la misma se encaminó tambien otra procesion general en tiempo del papa Leon IV. para que el Señor librase á todo el pais de un monstruoso dragon que le destruia. El año de 653, despues que el emperador Constante quitó cruelmente la vida á los generosos defensores de la fe católica en Oriente, envió órden el Exárco de Ravena para que prendiese al santo Pontífice Martin, azote de los hereges. Hallábase el santo Papa celebrando el sacrificio de la misa en la iglesia de santa María la Mayor, cuando entró en élla el asesino encargado de quitarle la vida, aunque fuese en el altar; pero luego que puso el pie en la iglesia quedó repentinamente ciego. Estas y otras maravillas que obra cada dia el Señor por intercesion de la

Vírgen en aquel templo, que élla misma escogió para ser en él singularmente reverenciada, le ha hecho tan célebre en la cristiandad, que de toda élla concurren los fieles á él para rendirle sus cultos y ofrecerla sus fervorosos votos; por lo que no se debe extrañar que despues de la iglesia de san Pedro sea reputada la de santa María la Mayor por la mas rica y mas magnífica de Roma.

Ansiosa siempre la Iglesia católica de rendir á la santísima Vírgen el culto que se debe á su augusta cualidad de Madre de Dios, mediadora entre Jesucristo y los hombres, reyna del cielo y de la tierra, refugio de pecadores, madre de gracia y de misericordia, no es maravilla que en todas partes se vea tanta multitud de templos consagrados á Dios baxo la advocacion y honor de esta Señora. En sola Roma se cuentan mas de sesenta iglesias dedicadas á su nombre. No se mostró menos devota ni menos magnífica Constantinopla, tanto en la suntuosidad como en la multitud de templos que la consagró, pues por su grande número se llamó en algun tiempo la ciudad de la Madre de Dios. No habia calle donde no se venerase alguno; no habia palacio ni casa de alguna consideracion sin alguna capilla ú oratorio dedicado á la Vírgen. El templo mas célebre de todos era el que se edificó extramuros de la ciudad, en el sitio que se llamaba Balquerna, de órden y á costa de la emperatriz Pulqueria. Las iglesias que se contaban en el Oriente y en el África en honor de esta Señora, antes que los sarracenos y los turcos se apoderasen de aquellas vastas provincias eran innumerables. Son sin número las que se veneran en el Occidente, cuya antigüedad no solo compite, sino que excede á las de los mártires y de los apóstoles. Fuera de las muchas que se ven en toda Italia, casi todas las catedrales de España, cuyas antigüedades eclesiásticas tienen su origen en la cuna misma de la religion, adoran por su titular á la Reyna de los ángeles. En Francia pasan de cuarenta las matrices, y son ocho las metrópolis consagradas á la misma soberana Reyna, entre las cuales la de París y la de Puy ceden á pocas en antigüedad. En Alemania, en los Paises Baxos, en Sicilia, en Inglaterra, en Polonia, en Dinamarca y en Suecia, aún el dia de hoy se registran frecuentes monumentos, ilustres me-

morias de la antigua devocion de aquellos pueblos á la Madre de Dios, sin que la guerra que la declaró siempre la heregía, hubiese podido borrar del todo aquellos brillantes testimonios que acreditan la piedad de los verdaderos fieles. Pero como entre todas las iglesias dedicadas en su honor, ninguna hay mas sobresaliente que la de nuestra Señora de las Nieves, así por haber merecido su singular eleccion como por el milagro que canonizó en cierto modo su fundacion y fábrica; todos los años se celebra la memoria y la fiesta de su dedicacion en este dia 5 de agosto, así como en el dia 9 de noviembre se celebra la dedicacion de la basílica del Salvador.

Está tan autorizada en la Iglésia la devocion con la santísima Vírgen, que todo verdadero católico reconoce su utilidad y su grandísima importancia, considerándose todos obligados á profesarse humildes y finos siervos de la Reyna de los cielos. En este punto van conformes la Iglesia griega y latina, sin que tocasen en él las divisiones del cisma. Tanto en Oriente como en Occidente se hacen oraciones públicas á la Vírgen, se celebran fiestas en su honor, se dedican templos á Dios baxo de su nombre, se exponen sus imágenes en los altares, se la invoca sin cesar en el oficio divino y en el santo sacrificio de la misa. No hay mayor prueba de esta verdad que la conformidad de los griegos con nosotros, bien considerada la genial y la vehemente inclinacion que tienen á desviarse de nuestros ritos y de nuestros dogmas. Unos y ótros recibimos esta doctrina de nuestros padres, por la constante tradicion de todos los siglos, derivada desde los apóstoles hasta nosotros. En cuanto á la devocion con la santísima Vírgen los griegos de nuestros tiempos siguen las mismas opiniones que siguieron san Atanasio, san Crisóstomo y san Cirilo. De la misma manera nos la comunicó san Bernardo, habiéndola recibido de san Ambrosio, san Gerónimo, san Agustin, y de los primeros padres de la Iglesia latina. Aunque no tuviéramos otra prueba, dice este Siervo de María, de que esta tradicion viene derivada de los apóstoles, que la mucha fuerza que ya tenia cuando se celebró este concilio Efesino, ¿quién podria racionalmente dudar de élla? Aquella unánime conspiracion de los sábios, del pueblo, de los santos, de la ca-

beza visible de la Iglesia, de todos los obispos católicos, que no pudieron desvanecer todos los artificios ni toda la conjuracion del partido Nestoriano; aquel ardor de todos los Ortodoxôs, no solo en órden á defender el dogma particular de que trataba, sino en exâltar mas y mas las grandezas y excelencias de la Vírgen, cuanto el error y la malignidad mas se empeñaban en abatirlas; en pronunciar cada dia mas frecuentes panegíricos, y en edificarla nuevos templos hasta en la misma capital del imperio; todo ese vivo, eficaz, ardiente y universalísimo zelo, ¿qué otro fundamento podia tener sino el de la establecida y permanente tradicion? ¿ni cómo la pudiéramos ya poner en duda, aunque ignoráramos los canales por donde se derivó hasta nosotros? *Devotum tibi esse*, dice san Juan Damasceno (*Orat. de Assumpt.*), *est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri.* Profesaros, ó bienaventurada Vírgen, una particular y tierna devocion, es tener ya ciertas armas defensivas, que solo ciñe y comunica Dios á sus predestinados. ¿Qué sería de nosotros, exclama san German, obispo de Constantinopla, si nos desamparas tú, ó santísima Madre Dios, alma y vida de todos los cristianos (*Serm. de Virg.*)? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fieret, ò sanctissima Deipara; spiritus et vita christianorum!* Dediquémonos inseparablemente al servicio de esta soberana Reyna, dice el venerable Beda, que jamás abandona á los que despues de Dios colocan en élla toda su confianza: *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.*

La misa es en honor de la santísima Vírgen, y la oracion la siguiente.

Concede nos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere; et gloriosa beatæ Mariæ semper Virginis intercessione à præsenti liberari tristitia, et æterna perfrui lætitia: Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor, constante y perpétua salud en el alma y en el cuerpo; y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada Vírgen María seamos libres de los presentes trabajos, y gocemos algun dia de los consuelos eternos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y exîstiré por todo el siglo futuro, y exercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso; y en la porcion de mi Dios, que es su heredad; y mi habitacion fue en la plenitud de los santos.

NOTA.

»El capítulo 24 del Eclesiástico, de donde se sacó esta »epístola, contiene el elogio de la sabiduría, hecho por »la Sabiduría misma, su orígen, sus obras, su excelen»cia y su elevacion. La Iglesia, dirigida siempre por el »Espíritu santo, aplica á la santísima Vírgen lo que dice »de sí la Sabiduría; por lo que no se puede dudar que el »Espíritu santo la tuvo por objeto cuando formó este re»trato.

REFLEXIONES.

Eché raices en el pueblo que honró Dios con su particular benevolencia, ó como dice el texto griego, *en el pueblo que escogió el Señor para herencia suya.* Es la santísima Vírgen madre de los escogidos; y con razon se tiene por una de las mas seguras señales de predestinacion el ser verdadero devoto de esta Señora. En todos los santos se reconoció esta señal; el profundo respeto y la amante ternura que la profesaron fue uno de los rasgos de su retrato; y en los mas su distintivo y su carácter. La heregía es la única que nunca pudo mirar con buenos ojos á la que quebrantó la cabeza del dragon, disipando y destruyendo élla sola todas las heregías, como canta la Iglesia: *Sola interemisti.* ¿Qué se puede pensar, exclamaba en el siglo pasado el modelo, por decirlo así, de los oradores cristianos; ¿qué se puede pensar de aquellos ingenios,

prontos siempre á excitar dudas sobre las grandezas de de la santísima Vírgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas? ¿qué se puede pensar del que aplica todo su estudio á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñirla y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y desacreditando las devociones mas antiguas? Acaso tira á aniquilarla, en vez de trabajar en propagarla y en extenderla. Pues qué, ¿será posible que entre los cristianos nos hemos de ver reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesion de rendir á la santísima Vírgen? Despues que los primeros hombres de nuestra religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; despues que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevacion de su estado; despues que san Agustin confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban expresiones para tributar á la Emperatriz de los ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se han ido corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se les hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Vírgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa variedad de devociones y de exercicios piadosos, establecidos en la Iglesia para fomentar en los fieles su tierna devocion; y como se diese oidos al espíritu del error, presto serian enteramente abolidos. Pero subsiste y subsistirá el culto de la santísima Vírgen, á pesar de los esfuerzos que despues de tantos siglos ha hecho la heregía para desterrarle. Nunca prevalecerán las puertas del infierno contra el zelo de los verdaderos cristianos. Vos, ó santa Madre de Dios, sois aquel esco-

llo contra el cual se han estrellado todos los errores, y vos lo seréis perpétuamente. Vos sola triunfásteis de todas las heregías. Apenas se ha levantado alguna en el cristianismo, que no os haya tirado; pero ni una sola se hallará que vos no hayais confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

El evangelio es del capítulo 11 de san Lucas.

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas; extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimmò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas alzó la voz cierta muger de en medio de éllas, y le dixo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que basta solo reflexîonar y entender lo que significan estas dos palabras, *madre de Dios*, para profesar á la santísima Vírgen una devocion afectuosa, un amor tierno, una veneracion profunda y una confianza filial que fomenta la religion, y nos inspira la Iglesia en todas sus fiestas. La Vírgen es *madre de Dios*; luego fue inmaculada y santa su concepcion, colmada de gracias, adornada de virtudes, enriquecida con todos los dones celestiales, y élla sola mas santa que todos los santos juntos. María es *madre de Dios*; luego es reyna del cielo y de la tierra, amada hija del Padre Eterno, esposa querida del Espíritu santo, medianera entre sus Hijo y nosotros; de manera, que cuando las inteligencias celestiales no son mas que siervos y ministros del Altísimo, solo María es elevada á la dignidad de madre del mismo Dios. Considera la autoridad que tiene una madre con su hijo, y la parte que la toca en su magestad, en su dignidad y su glo-

ria. ¿Se privaria solo á esta Señora de aquellos derechos que comunica la naturaleza á todas las demas madres? Y siendo cierto que ningun hijo amó jamás tan tiernamente á su madre como el Salvador del mundo amó á la suya; ¡qué santidad, qué grandeza, qué magestad será la de María! ¡cuánto podrá su intercesion con su Hijo! ¡cuánto será su valimiento! ¿Se podrá racionalmente temer que el Hijo se dé por ofendido de que se ame y de que se honre á su Madre? ¿se podrá rezelar exceso ó demasía en amar y en honrar con ternura, con devota confianza á María, siendo madre de tal hijo? Por eso la misma Iglesia, descubriendo todas las grandezas que se encierran en la gloriosa cualidad de madre de Dios, y queriendo despues tributar á María todos aquellos cultos que son proporcionados á tan sublime elevacion, agotadas ya las voces mas nobles y mas magníficas; apuradas las expresiones mas vivas y mas enérgicas para manifestar el respeto de que está altamente penetrada; teniéndolas por insuficientes; mal satisfecha de sus elogios, y desconfiada de encontrar términos proporcionados á su grandeza, exclama san Agustin: *Quibus te laudibus efferam nescio.* Fáltanme, Señora, palabras, y no hallo voces bastantemente expresivas para dar á entender mi veneracion: *Quia quem cœli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* El verdadero motivo de mi insuficiencia, y de no serme posible alabaros ni honraros como mereceis, es porque sois madre de Dios. ¿Comprendemos bien lo que significan estas dos palabras? Y si lo comprendemos, ¿será nunca demasiado lo que hiciéremos en honor de la santísima Vírgen? ¿y será bastante todo lo que hagamos y digamos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hallando la Iglesia en el título de madre de Dios un objeto de veneracion tan digno de proponerle á los fieles, todavía descubrió en el mismo título otro motivo, ó por mejor decir, otro fondo de confianza que hacerles presente para su mayor consuelo. En el augusto título de madre de Dios se incluyen y se hacen patentes aquellos tesoros de gracias con que regala á sus hijos; por ese magnífico título hallamos en María una poderosa

medianera con el hombre Dios concebido en sus entrañas; un asilo patente á todos los pecadores; una madre llena de ternura hácia todos los mortales; porque todo esto dice quien dice madre de Dios. Sí; ser madre de Dios es haber dado aquella misma sangre que se derramó por nosotros en la cruz, engendrado el adorable cuerpo que sirvió de rescate al linage humano, concebido en su vientre, y producido de la mejor parte de sí misma aquella víctima que aplacó la ira de todo un Dios irritado. Es haber alimentado con su leche, criado con indecible cuidado, y arrancádose con inexplicable dolor del hijo mas amado del mundo, para verle despues enclavado en un madero. Es, en fin, haber consentido en la muerte de ese mismo querido hijo por el amor de los hombres, y es haberle sacrificado á nuestra salud. En fuerza de esto, ¡qué maravilla es que los padres la den el título de Corredentora, y que digan con la Iglesia, que si se atribuye á Eva la perdicion del género humano porque presentó al primer hombre la fruta prohibida, no hay razon para negar á María una cooperacion especial á nuestra redencion; pues produxo aquel divino fruto que pendió por nosotros en el árbol de la cruz! ¿Quién podrá pensar que nos amase poco la santísima Vírgen, y que se compadeciese poco de nuestras necesidades á vista de todo lo que hizo en beneficio nuestro? ¿y podrá tampoco imaginarse que no tenga en el cielo mucho valimiento con su hijo aquella á quien este mismo hijo estuvo tan sujeto y tan rendido mientras vivió en la tierra? Pide, madre mia, lo que quisieres, decia Salomon á su madre: *Pete, mater mea*; porque nada te puedo yo negar: *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* En esto consiste la omnipotencia, por decirlo así, de María; no es independiente y absoluta como la de Dios; es omnipotencia de pura intercesion: *Omnipotentia suplex*; pero no es menos eficaz. Esta es la que reconocieron los santos padres cuando recurrieron á la Vírgen en términos tan respetosos y llenos de tan bien fundada confianza. ¡Oh, y cuánto perdemos, cuánto nos perjudicamos en tener un amor tibio y desmayado en profesar una devocion superficial á la santísima Vírgen!

Confiésolo con grande confusion, ó madre de mi Dios,

y amantísima madre mia; la confianza que hasta ahora he tenido en vuestra bondad no ha pasado de mediana, porque ha sido muy imperfecta la devocion que os he profesado. Muévaos, madre de misericordia, á compasion de este infiel, de este ingrato siervo mi confesion y mi arrepentimiento. De nuevo me consagro todo y totalmente á vuestro servicio; dignáos recibirme en el número de vuestros humildes siervos.

JACULATORIAS.

Ave, gratia plena; Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. Luc. 1.

Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mugeres.

Exultavimus et lætabimur in te, memores uberum tuorum: recti diligunt te. Cant. 1.

Sí, Vírgen santísima, todos nos regocijamos indeciblemente cuando consideramos que criaste con la leche de tus virginales pechos á tu hijo y nuestro Salvador. Todos los corazones rectos y justos te aman ardientemente.

PROPOSITOS.

Eran muy familiares á los mayores santos algunos exercicios devotos en honor de la santísima Vírgen; pero especialmente ciertas oraciones cortas y vivas, á modo de jaculatorias, que no se les caian de la boca, y las tenian impresas en el corazon. La de san Atanasio era esta: Ruega por nosotros, ó santísima Señora, reyna y madre de Dios. *Intercede, hera, domina, et regina, et mater Dei, pro nobis.* San Epifanio exclama frecuentemente: A tus pies me arrojo reconociendo tu poder, ó Vírgen santa, soberana princesa: *Advolvor genibus tuis, ò Domina mea.* San Crisóstomo repetia: Pide á Dios, ó celestial Señora, que nos haga santos: *Supplica Deum ut animas nostras salvet.* San Basilio clamaba: Míranos, Señora, con ojos propicios desde la elevacion de tu trono: *Aspice nos de cœlo oculo propitio.* San Agustin tenia siempre en los labios esta oracion, que despues tomó la Iglesia de él. Santa María, socorre á los miserables: *Sancta Maria, sucurre mi-*

seris. Cien veces al dia acostumbraba san German repetir esta otra: ¿Qué será de nosotros, santísima madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Vírgen santa, prorumpia á cada paso san Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra mediadora y nuestra abogada: *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* ¡O Vírgen admirable, continúa el mismo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, es posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; háztela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2 Profesa una entera y amorosa confianza en la santísima Vírgen, recurriendo á élla en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados, rezar el rosario todos los dias, vestir alguna doncella pobre todos los años; visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya; rezar el *Ave Maria* cuando da el relox; confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos exercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como esten acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que despues de Dios coloca en María su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre; y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dexó para salvarnos.

DIA SEXTO.

La Transfiguracion de nuestro Señor Jesucristo.

La gloriosa Transfiguracion del Salvador en el monte Tabor á presencia de los tres apóstoles mas amados y mas favorecidos suyos, ocultó tantos misterios, y fue de tanto consuelo para fortalecer nuestra fe, que no era razon confundirla con las demas maravillas de su vida. Por eso instituyó la Iglesia una fiesta particular de este singularísimo misterio, celebrándose ya en Roma desde el principio del quinto siglo, y siendo aún mas antigua su solemnidad en la Iglesia griega.

No obstante el desprecio que hacia el Salvador de todo lo que sonaba á ostentacion, y el amor que profesaba á la vida humilde, escondida y retirada, queria con todo eso que sus discípulos formasen el debido concepto de su divinidad, y le reconociesen por lo que era. Esto lo mostró en un viage que hizo con éllos á varias aldeas de los contornos de Cesaréa, junto al nacimiento del Jordan. Separóse un poco del camino para hacer oracion, y acabada ésta les preguntó (aunque lo sabia mejor que otro alguno), qué opinion tenian de él, llamándose Hijo del hombre, segun su costumbre. Respondiéronle con su acostumbrada simplicidad que únos le tenian por el Bautista resucitado, ótros por Elías, ótros por Jeremías, ó por alguno de los profetas antiguos que habia vuelto á este mundo. Pero vosotros, les replicó el Salvador, ¿quién pensais que soy yo? A esta segunda pregunta tomó Pedro la voz como el primero de todos, como el mas ardiente y el mas zeloso de la gloria de su divino Maestro, como aquel, en fin, dicen los padres, en cuya cátedra se habia de sentar, y por cuya boca habia de hablar el Espíritu santo, y le dió esta inspirada respuesta: *Tú eres el Mesías, hi-*

jo de Dios vivo. Merecia sin duda alguna recompensa un testimonio tan glorioso como sincéro, y al punto fue premiado ventajosamente. Aquel Señor, cuyas palabras son gracias, y cuyas promesas son efectos, le aseguró inmediatamente de la próxîma fundacion de la Iglesia, y de que el mismo Pedro sería cabeza de élla: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás; porque no todos los hombres conocen la verdad que tú acabas de confesar. Ese conocimiento no le debes á la luz de la razon humana, sino á la ilustracion de la revelacion divina; no tuvo parte en él la carne y sangre; es muy superior al humano entendimiento, y solo pudo venir de mi Padre celestial. Es cierto que soy el Mesias prometido, hijo de Dios vivo, y yo mismo Dios en todo igual á él; pero aún no es tiempo de publicar esta verdad, y os mando que no la publiqueis. Antes de hacerlo es menester que padezca las mayores ignominias, y la misma muerte de cruz por la redencion de todo el género humano, satisfaciendo de esta manera á la justicia de mi Padre celestial.* Despues de esto les pronosticó hasta las mas menudas circunstancias de su pasion, temiendo que á vista de ésta no dudasen de su divinidad si no la hubiese pronosticado; y ademas de eso para fortificar su tierna fe, quiso descubrir á algunos de éllos uno como rasgo de su gloria. Por tanto, luego que hizo individual mencion de todas las particularidades de su pasion, añadió que algunos de los que le oian no moririan sin haberle visto antes lleno de gloria y de magestad, dándoles como á probar anticipadamente aquellos inefables gozos que les reservaba en el cielo por toda la eternidad.

Aún no se habian pasado ocho dias despues de esta promesa, cuando se la cumplió con tantas ventajas, que no solo excedieron á sus esperanzas, sino á su mismo pensamiento. Llamó aparte á sus favorecidos discípulos, Pedro, Juan y Diego, y llevándolos consigo á un elevado monte, se retiró un poco, se puso en oracion, y estando en el mayor fervor de élla, se transfiguró delante de éllos. Manifestóse visiblemente en su cuerpo el esplendor de su divinidad y la gloria de su alma, y de repente se descubrió el resplandor de su magestad; dexándose ver no ya como un puro hombre, sino como un Hombre-Dios. Apareció su semblante mas resplandeciente que el sol, sus ves-

tidos mas blancos que la nieve, deslumbrando á los ojos su candor; pero ni en los vestidos, ni en el semblante hubo mudanza substancial; solo se hallaron repentinamente penetrados de los rayos que despedia de sí el cuerpo glorificado, no de otra manera que una nube enrarecida y transparente se representa totalmente iluminada, cuando la envisten de lleno los rayos del sol: *Transformatio*, dice san Gerónimo, *splendorem addit, faciem non subtraxit*. Antes en cierta manera se pudiera decir, que la vida comun del Salvador, y su exterior ordinario y regular era una verdadera transfiguracion, por ser ageno de su estado connatural, y que lo que se llamó transfiguracion, era su estado connatural y verdadero; puesto que era menester un contínuo milagro para suspender los efectos exteriores y visibles de su gloria y su divinidad. Solo con dexar obrar las causas naturales, necesariamente se habia de representar siempre como entonces se representó.

Pero no quiso el Salvador mostrarse solo en aquel estado glorioso. Dexáronse ver á sus dos lados Moyses y Elías; aquél, su principal ministro de la ley antigua, y éste, es él mas ardiente y el mas zeloso de todos los profetas. Dispuso el Hijo de Dios que aquellos dos grandes personages se hallasen presentes á su Transfiguracion, para que entendiesen los apóstoles que la ley y los profetas daban testimonio de su divinidad, y se terminaban en su persona. Vivia entonces Elías, como vive ahora, y así se dexó ver en su mismo cuerpo natural; pero el de Moyses, en sentir de santo Tomás, fue extraño y aéreo; tratrataban con Jesucristo aquellos dos grandes siervos de Dios acerca de la muerte, que dentro de pocos dias habia de padecer en Jerusalen, de sus ignominias, afrentas y dolores con que habia de poner fin á los trabajos de su vida. Nota san Lucas, que san Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, y que al despertar vieron la gloria de Jesus, y á los dos personages que estaban en su compañía. No los habia prevenido el Salvador del favor que les estaba preparando, y permitió que se durmiesen mientras hacia oracion, para que al despertar fuese mayor el gusto y la sorpresa con la gracia de la novedad. Pero san Crisóstomo no puede creer que fuese verdadero sueño, y se inclina mas á que fue una especie de

éxtasis que los arrebató y enagenó súbitamente, á vista del resplandor de que se halláron envestidos con el nuevo prodigio. Mezclada la admiracion con un santo terror, é inundada el alma en un torrente de consuelos y dulzuras celestiales, no se pudo san Pedro contener; y saliéndole el gozo por los labios, con su viveza y prontitud acostumbrada exclamó á manera de un hombre extáticamente enagenado: ¡Señor, qué cosa tan buena es ésta! ¡qué bella mansion! ¿dónde hallarémos en el mundo ótra que sea mejor, ni tan buena? Fixémonos aquí, y levántemos tres tiendas, úna para vos, ótra para Moyses, y ótra para Elías. A Tertuliano le parece que en esta ocasion hablaba san Pedro arrebatado, y como fuera de sí, y que eso quiere significar la Escritura en aquellas palabras: *Nesciens quid diceret*, no sabiendo lo que se decia. Consultó en esta ocasion sus expresiones con el gusto, dice san Ambrosio, mas que con la razon; atendia á lo que su alma experimentaba, y el mismo consuelo espiritual no le dexaba reflexîonar las consecuencias de lo que pretendia. *Non inconsulta petulantia, sed prematura devotio, fructum pietatis accumulabat: nam quòd ignorabat, conditionis fuit: quod promittebat, devotionis.* Estaba aún con la palabra en la boca, cuando desaparecieron Moyses y Elías, envueltos en una luminosa nube que los encubrió; y del fondo de la misma nube salió una voz clara y divina, que dixo distintamente: *Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias, á quien, en quien, y por quien amo todo lo que amo: oidle como á vuestro maestro, y obedecedle como á vuestro rey.* Esta voz, como observan los padres, no se dexó oir hasta que se retiraron los dos Santos, y se quedó solo el Salvador, para que no se dudase que á él solo se dirigia, y de solo él se debian entender aquellas palabras: *ipsum audite.* Así el resplandor de la nube, como el sonoro y vehemente sonido de la voz, atemorizaron tanto á los tres apóstoles, que cayeron atónitos en tierra, desapareciendo en el mismo instante toda aquella gloria. No obstante, se mantuvieron desmayados en la misma postura, hasta que acercándose á éllos el Señor, y tocándolos con la mano, les dixo: *Levantáos, no tengais temor.* Al punto levantaron los ojos, y mirando á todas partes, no vieron otra cosa

que á Jesucristo en su estado comun y regular. Baxaron del monte en compañía del Salvador, impacientes ya por anunciar á todos lo que habian visto; pero queriendo el Señor darles igualmente idea de su humildad, que les habia dado de su gloria, en el mismo camino les prohibió revelar á nadie las maravillas de que habian sido testigos. Semejante precepto les habia impuesto poco antes, cuando preguntó á los apóstoles qué concepto hacian de él, y san Pedro declaró, que le tenian por Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Entonces, dice el Evangelista, les mandó que á ninguno dixesen era Cristo (*Matth.* 16): *Tunc præcepit discipulis suis, ut nemini dicerent quia ipse esset Jesus Christus*: añade san Lucas la razon; porque conviene que el Hijo del hombre padezca, sea condenado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, sea sentenciado á muerte, y resucite al tercero dia. Dando á entender, que si se llegase á creer que era el Mesías, podia esto impedir su pasion y su muerte; pero despues de su resurreccion les dió órden para que lo publicasen en todas partes. Si antes de la pasion hubiera declarado ó permitido se predicase claramente que era el Mesías prometido, muchos flacos (dice san Crisóstomo y san Gerónimo) se escandalizarian tanto á vista de sus tormentos y de su muerte, que sería muy dificultoso el desimpresionarlos; pero la resurreccion, de que fueron testigos todos los apóstoles y todos los discípulos, de manera que ninguno podia dudar de élla, autorizaba todo lo que les habia dicho, y daba el mayor peso á todas las demas pruebas.

El intento del Salvador en mostrarse á los apóstoles cercado de gloria, y rodeado de brillante resplandor, fue para descubrirles un rayo de la gloria que ocultaba el velo de su cuerpo, y de la que tenia preparada en su reyno para los que fielmente le sirviesen. Tambien quiso animarlos por este medio á llevar con alegría la cruz, enseñándoles que aun en este mundo da el Señor á gustar algunas veces á sus santos, aunque pasageramente, los gozos y los consuelos del ótro; y que la vida de los que siguen á Cristo, es á la verdad cruz; pero cruz que no solo se hace muy ligera, sino muy gustosa, por los espirituales consuelos que la acompañan; segun lo que él

mismo dice, que su yugo es suave, y su carga ligera.

Escogió el Salvador para este misterio un lugar retirado y propio para hacer oracion; dándonos á entender, que no nos dispensa Dios sus favores, ni nos comunica su gloria en la publicidad, ni entre el tumulto del mundo, sino en el retiro, cuando estamos mas desprendidos de los afectos de la tierra, y elevados á la mas alta perfeccion. Por eso Moyses y Elías tuvieron la dicha de ver á Dios, no en medio de las ciudades, sino en la soledad y en el monte. Tanta verdad es, que si queremos que Dios se nos comunique, debemos amar el recogimiento y el retiro, haciéndonos superiores á todo lo terreno. Tambien dispuso Jesucristo que le acompañasen en el monte Tabor aquellos mismos discípulos que le habian de hacer compañía en el monte de las Olivas, para que fuesen primero testigos de su gloria los que despues lo habian de ser de sus agonías. Si tenemos parte en sus dolores, dice san Pablo, tambien la tendrémos en sus consuelos: *Si compatimur, ut et glorificemur.*

La misa es del misterio, y la oracion la siguiente.

Deus, qui fidei sacramenta in Unigeniti tui gloriosa Transfiguratione, patrum testimonio roborasti, et adoptionem filiorum perfectam, voce delapsa in nube lucida mirabiliter præsignasti: concede propitius; ut ipsius Regis gloriæ nos cohæredes efficias, et ejusdem gloriæ tribuas esse consortes: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que en la gloriosa Transfiguracion de tu unigénito Hijo confirmaste los misterios de la fe con el testimonio de los padres, y mostraste con admirable modo la perfecta adopcion de tus hijos, por medio de la voz que salió de entre una brillante nube; concédenos, que seamos coherederos de este Rey de la gloria, y que algun dia le hagamos compañía en su reyno: Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pedro.

Charissimi: Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam, sed speculatores facti illius magnitudi-

Carísimos: No os hemos manifestado la virtud y la venida de nuestro Señor Jesucristo por haber seguido las doctas fábulas, sino por haber sido testigos de vista de su

nis. Accipiens enim à Deo Patre honorem, et gloriam, vocem delapsâ ad eum hujuscemodi à magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de cœlo allátam, cum essemus cum ipso in monte sancto. Et habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies illucescat et lucifer oriatur in cordibus vestris.

grandeza. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria habiendo baxado á él de la magnífica gloria esta voz: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido; oidle. Y esta voz la oimos nosotros venir del cielo estando con él en el monte santo. Pero tenemos por mas firme la palabra de los profetas: y haceis bien en atender á élla como á una antorcha que resplandece en un lugar obscuro hasta tanto que amanezca el dia, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

NOTA.

»Hallándose en Roma san Pedro hácia el año 65 del »Señor, pocos meses antes de su martirio, escribió esta »segunda epístola á los mismos cristianos de la nacion »hebrea, á quienes habia dirigido la primera; aunque al»gunos son de sentir que igualmente la dirigió á los gen»tiles, que á los judíos convertidos.

REFLEXIONES.

Señor, bueno será que nos quedemos aquí. Si un solo destello de la gloria y de la magestad del Hijo de Dios arrebata la admiracion, colma, satisface, inunda en tan puro, en tan exquisito gozo á los que son testigos de él; ¿qué será en el cielo, donde se ve cara á cara al mismo Dios? ¿qué torrente de delicias anegará á los santos en aquella feliz mansion de los bienaventurados, de que el Tabor no era mas que débil sombra, ligera y limitada figura? Yo no sé lo que será el paraiso, decia un gran siervo de Dios; solo sé que en él se ve á Dios en sí mismo, y que el alma está como anegada en alegría; que Dios, hablando en rigor, solo parece Dios en aquel lugar de delicias; que todos los astros con que adornó al cielo, todas las flores con que vistió de gala á la tierra, todo cuanto el arte puede añadir á la naturaleza, todo es borron, todo es nada, en

comparacion del paraiso. Yo no sé lo que habrá en él; solo sé que en él no hay mal alguno, ni físico ni moral; que no hay pecado, que no hay vicio, que no hay envidia, que no hay interes, que no hay inconstancia, que no hay temor, que no hay esperanza, que no hay pena, que no hay inquietud, que no hay enfado. La tierra es un destierro, ó por mejor decir, es un potro donde padecen los santos. El cielo es su patria, es su casa de recreo, es el teatro de su triunfo. Si crió Dios un infierno, y un infierno tan terrible, para un solo pecado mortal, no obstante la miseria y la flaqueza humana; aquel Señor, que es mas liberal que riguroso, ¿qué no tendrá criado para los hombres que viven treinta, sesenta, ochenta años entregados al rigor de la penitencia, á pesar de todas las repugnancias de su flaca naturaleza? Es el paraiso el lugar donde Dios premia á sus siervos, llenándolos de bienes incomparablemente superiores á todos los de acá abaxo. Siendo el lugar donde derrama sin medida sus favores en sus favorecidos, desconfiemos de poder formar idea cabal de lo que es. Toda nuestra felicidad en esta vida consiste en el pensamiento, y en la esperanza que tenemos de poder ser, mediante su misericordia, lo que los santos son. Si á éstos los hizo felices, aun enmedio de los trabajos de esta vida, la esperanza sola del paraiso, ¿qué será su posesion sin mezcla de mal, ni de disgusto? ¿qué no hicieron por ganarle? ¿y quién de éllos pensó jamás que habia hecho demasiado por merecerle? Antes ninguno dexa de exclamar con el Apóstol: *No hay proporcion entre los trabajos y aflicciones de esta vida, y la gloria de la ótra.* En este mundo no hay un instante de calma; no se sabe qué cosa nos turba y nos inquieta mas, si la necesidad ó la abundancia; si la pobreza ó las riquezas; los gustos ó los disgustos. Las riquezas y la pobreza causan, poco mas ó menos, las mismas inquietudes; la gloria nos aturde, la humillacion nos abate, las diversiones nos cansan; nada hay en la tierra que no nos disguste. Solamente del cielo se puede decir: *Bueno será que nos quedemos aquí.*

El evangelio es del cap. 17. de san Mateo.

In illo tempore: Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsùm: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses, et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse: si vis faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. Adhùc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos: Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valdè. Et accessit Jesus, et tetigit eos: dixitque eis: Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens: Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.

En aquel tiempo: Llevó Jesus consigo á Pedro y Santiago y Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto. Y se transfiguró delante de éllos. Y su rostro resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moyses y Elías, los cuales hablaban con él. Y hablando Pedro, dixo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí: si gustas, hagamos aquí tres tiendas, úna para ti, ótra para Moyses, y ótra para Elías. Aún no habia acabado de hablar cuando una nube resplandeciente les hizo sombra. Y he aquí que de la nube (salió) una voz que decia: Este es mi Hijo amado en el cual me he complacido bien: oidle. Y al oir esto los discípulos cayeron de bruces, y temieron mucho. Pero Jesus se llegó, y los tocó, y les dixo: Levantáos, y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus; y baxando del monte, los impuso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

PUNTO PRIMERO.

Considera la particular estimacion que hace el Salvador del mundo de los que le aman con ternura, y la bondad con que les comunica sus mas señalados favores. Distin-

guense Pedro, Diego y Juan entre los demas apóstoles por el ardiente amor que le profesan; y el Señor los distingue tambien entre todos por los favores especiales de que los colma. Condúcelos al Tabor; pero bien entendido, que tambien los ha de llevar consigo al monte de las Olivas. En esta vida los consuelos espirituales son comunmente presagio de trabajos y cruces. Es ocioso pedir sentarse á los dos lados del Hijo de Dios, cuando no hay resolucion para beber la amargura de su cáliz. Muéstrase Cristo á sus discípulos mas resplandeciente que el sol, rodeándole el esplendor de su magestad y su gloria; pero en medio de esta gloria solo trata de tormentos, de desprecios y de muerte. Desengañémonos, no hay en la tierra condicion, no hay estado exênto de mortificacion. Toda devocion aplaudida, ruidosa, cacareada y llena de consuelos, se nos debe hacer sospechosa. No hay otra dulzura, no hay otro consuelo verdadero que el que producen las adversidades; ó por lo menos, el sincéro deseo de la humillacion y de la cruz. Cuando el Salvador quiere dispensar á sus discípulos un singular favor, haciéndolos testigos de su gloria, los retira á un monte solitario. Nunca se proporcionó el tumulto del mundo á las intimidades con Dios; estos preciosos favores se reservan para la soledad, ó á lo menos para el retiro. *Non in commotione Dominus* (*Oseæ* 2.). Gusta Dios del alma tranquila y sosegada. Llevaréla á la soledad, y allí la hablaré al corazon. Solo en el retiro se dexa oir el Señor de las almas puras. Es error querer ser devoto sin dexar de ser mundano. Quéjanse muchos de que en sus oraciones solo experimentan sequedad, disgusto y distracciones. Quéjanse de que nunca sienten aquellos espirituales consuelos que gustan los siervos de Dios, aunque haya muchos años que se dedicaron á su servicio. Ama á Jesucristo con fidelidad y con ternura; témele; aniquila en ti ese espíritu de delicadeza y de regalo, ese espíritu de mundo que todavía domina en tu corazon; huye del tumulto; ama la soledad; busca el retiro; y presto tendrás parte en los insignes favores de tu amable Salvador.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es tan natural al hombre el amor á todo lo que es placer; es tanta su inclinacion al gusto, al con-

tento, á la paz del corazon, que esta inclinacion y este amor son como el general resorte que da movimiento á todas las acciones de la vida. ¡Mas ah, y qué grande es su ilusion cuando busca fuera de Dios esta paz, esta quietud, este contento y esta satisfaccion! Solo en servicio de tan buen amo se encuentran todas esas utilidades. *Estar con Jesus*, dice el autor del libro de la imitacion de Cristo, *es dulce paraiso; pero estar sin Jesus, aunque seas el hombre mas feliz del mundo, es un infierno.* Asombro es que despues de tan largas y tan funestas experiencias como los hombres han hecho de esta verdad todavía no reconozcan su error, descubriendo el vacío y la iniquidad de las falsas alegrías de este mundo. Experimentan toda su amargura; palpan su instabilidad, y con todo eso solo suspiran por éllas. Si domina la pasion del contento y del consuelo; ¿á qué fin buscarle donde no se halla, y huir de aquella condicion donde únicamente se encuentra, que es la de los que sirven á Dios de veras y con fervor? ¿A qué fin arrastrar toda la vida en una medianía de virtud, en la cual nunca se gustan las dulzuras de la vida verdaderamente espiritual? La gloria de la magestad de Cristo solo se descubre en la elevacion del monte; en el fondo de la soledad; en lo mas silencioso del retiro se dexan percibir los consuelos celestiales. Por eso se escogió la cumbre de un monte solitario para la Transfiguracion del Señor. ¿Por qué no se obraria este dulcísimo misterio sino á vista de solos tres discípulos? Porque siempre es corto el número de las almas fervorosas. Seamos de este corto número, y serémos favorecidos. *Bueno será que nos quedemos aquí*, exclama san Pedro. Cuando Dios se comunica á una alma pura, fácilmente se olvidan todos los bienes criados. Los mas exquisitos gustos de la tierra parecen muy insípidos á quien gusta una vez los consuelos espirituales, que son como una prueba de los gozos de la gloria. Ninguna fuerza hacen, ni esos honores imaginarios, ni esas distinciones pueriles, ni esas quiméricas fortunas con que el mundo apacienta á sus parciales, luego que Dios se dexa sentir en el alma. Aquella paz interior, que excede todo cuanto se puede imaginar; aquel contento superabundante, que causa una inalterable igualdad; aquella inexplicable alegría, que es el fruto de

los mas duros trabajos; aquella alegría pura sin mezcla de tristeza; aquella alegría permanente, que no se acaba cuando se acaba una fiesta pública; aquella alegría constante, sin peligro de producir efecto alguno enfadoso; todo esto solo se reserva para los buenos. Compara todas estas ventajas con la turbacion y con la tiranía de las pasiones; con aquellas inquietudes, y con aquellos enfados, que son como la herencia de las almas cobardes, de las almas tibias, y descubrirás el verdadero orígen de todos tus disgustos, y de todas tus sequedades.

Conozco, Dios mio, que mi infidelidad y mi tibieza me han privado hasta aquí de aquellas señaladas gracias, que solo se reservan para los fervorosos. No os pido, Señor, esos favores extraordinarios que hacen tan fácil y tan dulce la virtud; solo os pido, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me deis gracia para salir de este infeliz estado de tibieza, que me ha hecho tan pesado tu suavísimo yugo. Concededme aquel fervor con que se os debe servir, y la merced de que os sirva de hoy en adelante con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS.

Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam, et salutare tuum da nobis. Salm. 84.

Muéstranos, Señor, los efectos de tu misericordia, y concédenos la asistencia de tu gracia.

Splendor gloriæ, et figura substantiæ Patris. Ad Hebr. 1.

Vos, divino Salvador mio, sois el esplendor de la gloria, y la figura de la substancia del Padre.

PROPOSITOS.

Maldito sea aquel que no ama á Jesucristo, decia san Pablo; y á la verdad, si el que no ama á su próximo, está segun san Juan, en estado de muerte; ¿en qué estado se ha de considerar el que no ama á su Criador, á su Salvador, á su Redentor, á su Dios, á su Padre? ¿Cómo es posible que no amemos á Jesucristo con ardor y con ternura los que tanto nos amamos á nosotros mismos? Los

que somos pródigos de nuestro corazon, y le entregamos por el menor beneficio que nos hagan. Pues qué, ¿ninguno hemos recibido de este divino Salvador, á cuya pura bondad debemos cuanto tenemos y cuanto somos? ¿Ignoramos por ventura con cuánto ardor nos amó y nos ama Jesucristo? ¿Pero le amamos nosotros? Esta es la pregunta que te debes hacer contínuamente. La respuesta la han de dar tus obras, tus palabras, tus dictámenes y toda tu conducta. Si estás en el templo, si asistes al divino sacrificio, sea tu respeto, tu modestia y tu devoción una prueba pública de lo que amas á Jesus. Si un director te aconseja, si un superior te manda, recibe la órden y el consejo como consejo y órden de Jesucristo; prueba lo que le amas en la prontitud con que le obedeces. Tus reglas, y las obligaciones de tu estado son señales visibles de la voluntad de tu soberano Maestro; esto es lo que pide el Salvador. No se pase este dia sin que tengas el consuelo de probar por todos estos medios la sinceridad con que amas á Jesucristo.

2 Imita á aquellos grandes siervos de Jesucristo, cuyo corazon estaba abrasado de su amor, y de cuyos labios jamás se desprendia su santo nombre. *Yo te aconsejo singularmente*, dice san Francisco de Sales (1. *part*. 2. *cap*. 1.), *que tomes por frecuente materia de tu meditacion los méritos de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Mirándole en tu oracion, aprenderás cómo debes obrar, y arreglarás tus acciones por el modelo de las suyas. Los niños, á fuerza de oir á sus madres, y de tartamudear delante de éllas, no solo aprenden las voces, sino tambien los acentos; y nosotros, si nos acostumbramos á la presencia de este divino Salvador, durante la meditacion, y á observar sus acciones, sus sentencias y sus máximas, aprenderemos, mediante su divina gracia, á hablar, á obrar y á querer lo que él quiere. No sin razon se llama el Salvador* Pan que baxó del cielo; *porque así como el pan se debe comer con todo género de manjares, así el Salvador debe ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras oraciones, para ser imitado en todas nuestras acciones.*

DIA SÉPTIMO.

San Cayetano, fundador de los clérigos reglares Teatinos.

La familia de san Gaetano ó Cayetano, fue una de las mas nobles del Vincentino, en la señoría de Venecia, distinguida por los grandes empleos que obtuvo en la Iglesia y en el Estado, fecunda de hombres grandes, no menos por la carrera de las armas, que por la profesion de las letras en el estado eclesiástico. Ademas del famoso Gaetano de Tiene, canónigo de Padua, á quien algunos apellidaban el príncipe de los teólogos de su siglo, produxo esta ilustre casa muchos insignes prelados, como tambien grandes capitanes, gobernadores de Milán y vireyes de Nápoles. Nació nuestro Santo el año de 1480, ó en Vincencia, ó en el mismo Tiene; poblacion numerosa perteneciente á su familia, que tomó de élla el nombre ó el apellido. Su padre se llamó Gaspar de Tiene, y su madre María Porta, ambos mas recomendables por su eminente virtud que por su ilustre nobleza. Correspondió su educacion á los deseos de sus virtuosos padres. Deseaba su madre que tambien se viesen santos en una familia donde ya se habian visto sabios y capitanes; con cuyo piadoso fin, luego que fue bautizado le puso baxo la proteccion de la santísima Vírgen.

Muy presto dieron á conocer las inclinaciones del niño que el Señor le habia prevenido casi desde la misma cuna con sus mas dulces bendiciones. No parecia posible natural mas blando, semblante mas modesto, ingenio mas brillante, genio mas dócil, ni corazon mas puro y mas derecho. Ya en aquella tierna edad daba bien á entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas las diversiones de su infancia se reducian á exercicios de devocion, que parecian superiores á su niñez; siendo la

mas frecuente, y la que mas le divertia; el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en la iglesia. A vista de su perfecta sumision y rendimiento á la voluntad de sus padres y de su ayo, le proponian por modelo á la tierna juventud de Vincencia; y considerando aquella su fervorosa devocion, y aquella ardiente caridad en una edad que apenas sabe sentir las miserias agenas, comunmente le nombraban con el epíteto de santo.

Pero aunque los exercicios de devocion parecian ser toda su ocupacion, y eran efectivamente su principal empleo, no por eso estorbaron los asombrosos progresos que hizo en el estudio de las ciencias humanas. En poco tiempo se hizo hábil filósofo, sabio teólogo, docto canonista, no menos jurisconsulto; estudiando uno y otro derecho en la universidad de Padua, donde recibió los grados de doctor en ambos, y fue reputado por uno de los mas sabios legistas, canonistas y moralistas de su tiempo. Pero así como los exercicios espirituales no servian de estorbo á los progresos que hacia en el estudio, así tampoco su aplicacion al estudio impedia ni desecaba el fervor de su devocion. Crecia visiblemente cada dia su abrasado amor de Dios, y no eran menos sensibles los progresos que hacia en su tierna y amorosa devocion á la santísima Vírgen. No podia mantenerse mucho tiempo en el mundo una vida tan pura en siglo tan corrompido. Tardó poco en tomar su partido el santo mancebo; y como el cielo lo tenia destinado para fundar dentro del mismo clero una familia religiosa, abrazó el estado eclesiástico.

Habiendo quedado dueño de sus bienes, por muerte de sus padres, edificó á su costa una especie de capilla ó ayuda de parroquia en el lugar de Rampazo, dotándola con un capellan, para consuelo y alivio de sus moradores, que, por distantes de la iglesia parroquial, carecian de asistencia espiritual, y no pocas veces corrian riesgo de quedarse sin misa los domingos y dias festivos.

Estaba tan desterrado el uso de los sacramentos por el desórden de las costumbres, que apenas se hallaba quien comulgase dos veces al año aun entre los que vivian mas arreglados. Renovóse el fervor con el exemplo de nuestro Santo. Su devocion, su modestia, su asistencia á la oracion, y su frecuencia de sacramentos, todo en un jóven

de aquel mérito y de aquella distincion, bastó para reformar las costumbres, y para que toda la ciudad mudase de semblante.

Por el deseo de imbuirse en el espíritu eclesiástico, y de perfeccionarse mas en él, emprendió el viage á Roma, con determinada resolucion de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas baxos exercicios de humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputacion, le descubrieron luego, dándole á conocer por lo que era. Quiso verle el papa Julio II, y reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito, y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles al bien de la santa Iglesia, le mandó que se quedase en la córte. No era este precepto acomodado á la inclinacion de Cayetano, que suspiraba siempre por la soledad, para vacar en élla á solo Dios; pero le fue preciso obedecer. Y no queriendo el papa que estuviese tan escondida aquella brillante antorcha, le dió un oficio de protonotario participante. No alteró su fervor, ni su espíritu de recogimiento el ayre de la córte. Habia en Roma una congregacion, llamada *del Amor divino*, y fundada en la iglesia de san Silvestre, cuyo instituto era encender los corazones en el fuego del amor de Dios, y apagar en éllos los incendios del amor profano. Luego que Cayetano fue recibido en esta piadosa congregacion, se conoció renovarse en élla el zelo y el fervor, que iban decayendo; restablecióse el uso de los sacramentos, y se palpó la seguridad y la abundancia del fruto, cuando se predica con el exemplo.

Todos estaban impacientes por ver promovido á los sagrados órdenes á tan santo como zeloso ministro; y aunque él mismo por una parte deseaba con ardor el sacerdocio, por ótra se estremecia su humildad solo con pensar en la santidad del ministerio. Sosegó el papa su inquietud, y dispensándole en los intersticios, le hizo recibir en tres dias festivos todos los órdenes sagrados, hasta el sacerdocio *inclusivè*. No habia memoria de que en mucho tiempo se hubiesen visto servidos los altares con tanta pureza y con tanto fervor. Comunmente se decia que Cayetano en el altar era un serafin y en el púlpito un apóstol. Muerto el papa Julio, solo suspiró por

el retiro. Renunció el oficio que tenia en la córte, juntamente con la prelatura que estaba anexa á él, determinado á emplearse única y enteramente en el exercicio de buenas obras. Luego que se restituyó á Vincencia, se alistó en la congregacion de san Gerónimo, formada sobre el modelo de la del Amor divino, pero compuesta solo de oficiales y de gente popular. No lo llevó á bien su familia; mas el Santo habia tiempo que estaba muerto á todos los respetos humanos. Habiendo nacido, por decirlo así, con un amor como ingénito á la pobreza evangélica, profesaba cierta pasion particular á los pobres, que iba creciendo al paso que su virtud. Y no pudiendo ceñirse su caridad á los estrechos límites de aquella congregacion, se extendia á todos los pobres y enfermos de la ciudad, sin que alguno se escapase al vigilante cuidado de su caritativo zelo.

Era su director un santo religioso de la órden de santo Domingo, cuya principal ocupacion era moderar los excesos de su fervor, y reprimir las demasías á que le inclinaba su insaciable sed de humillaciones y de abatimientos. Su contínua asistencia en los hospitales, y aquella su fervorosa ansia de servir siempre á los enfermos mas asquerosos, renovó el espíritu de la caridad, casi apagado en el corazon de los ciudadanos. A exemplo de san Cayetano, tanto plebeyos como nobles competian á porfia en la asistencia de los pobres enfermos; de manera, que dentro de pocos dias aquellos mismos hospitales, de donde algunos dias antes parecia estar desterrada toda gente de alguna distincion, pasaron de repente á ser las casas mas frecuentadas de toda la ciudad.

Pero mayor teatro iba disponiendo el cielo á la especiosa caridad de nuestro Santo. Ordenóle su prudente director que pasase á Venecia; y Cayetano obedeció sin dar oidos á su inclinacion, ni á su repugnancia. Lloró Vincencia la falta de tan virtuoso operario; pero Venecia, adonde ya se habia adelantado la fama de su nombre, celebró su dicha, y le recibió con extremada alegría. Mudó de lugar, mas no mudó de inclinacion ni de exercicio. Escogió para su habitacion el hospital nuevo; hizo tanto bien en él, así por la asistencia á los enfermos, como por el buen órden que entabló en aquella casa recien

fabricada, que sin dificultad se le llamó su verdadero fundador. A esto se siguió la reforma general de las costumbres, y la conversion de muchos pecadores; fruto todo de sus frecuentes exhortaciones y de sus santos exemplos. A vista de tantos prodigios se persuadió el director de Cayetano que no era suficiente campo á su zelo el de una ciudad particular, y que sin duda le destinaba el cielo para servir á la Iglesia universal con modo mas dilatado y mas glorioso. Con este pensamiento le envió á Roma, donde se unió mas estrechamente que nunca con los principales miembros de la congregacion del Amor divino. Éranlo Juan Pedro Carrafa, obispo á la sazon de Teati, vulgarmente llamada Tieti, que despues fue papa, con el nombre de Paulo IV., Pablo Consigliere, de la ilustre casa de Ghisleri y Bonifacio de Cola, gentil-hombre Milanés. Con estos virtuosos personages estrechó amistad nuestro Santo; y conferenciando con éllos sobre los medios de reformar muchos abusos, y de remediar la relaxacion que se habia introducido en el estado eclesiástico, resolvió fundar una religion de clérigos reglares, tomando por modelo la vida de los apóstoles.

Era el intento grande, y árdua verdaderamente la empresa; pero llenos de confianza en la pureza de su intencion, acudieron al papa Clemente VII, suplicándole los admitiese la dimision de sus beneficios y de sus empleos, y pidiéndole su proteccion para la execucion de un pensamiento que consideraban tan útil á la universal Iglesia. Tuvo el papa gran dificultad en todo, pero principalmente en consentir que Carrafa renunciase su obispado; y los cardenales la tuvieron mucho mayor en aprobar un instituto, que no solo se despojaba de todo género de fondos y de rentas, como los religiosos franciscos, sino que obligaba á todos los que le profesasen á no pedir limosna de modo alguno, abandonándose total y enteramente á la divina Providencia. Pero así Carrafa como Cayetano representaron con tanta energía y solidez la conformidad de esta manera de vida con la que habian profesado los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo, que obtuvieron, en fin, la aprobacion de aquel admirable instituto, que en estos últimos tiempos renueva el espíritu, y el mas per-

fecto desasimiento de los primeros siglos de la Iglesia. El dia, pues, 14 de setiembre del año de 1524, san Cayetano y sus tres ilustres compañeros, despues de haber renunciado todos sus bienes, cuya mayor y mejor parte tocó á los pobres, hicieron sus votos en la iglesia del Vaticano en manos de monseñor Juan Bautista Bonziano, obispo de *Caserta*, datario apostólico y diputado del Papa para esta tierna funcion. Habia ya aprobado su Santidad con grandes elogios el nuevo instituto baxo el nombre de Clérigos reglares, en una bula expedida en 24 de junio del mismo año de 1524. Despues que hicieron sus votos eligieron por superior á Carrafa; y porque el Papa quiso absolutamente que mantuviese siempre el título de obispo de Teati, se llamaron *Teatinos* los nuevos religiosos, conservando despues este nombre, que tomaron de aquella ciudad.

Como el zelo de aquellos varones apostólicos tenia por primer objeto la indevocion y la ignorancia en los eclesiásticos, el desórden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca aficion á la frecuencia de sacramentos en todos, fue el fin de su instituto, lo primero, restaurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspeccion y el porte arreglado en el cuerpo de la clerecía; lo segundo, extinguir en él la codicia, y renovar el desinteres, amoldándole al espiritu y á la perfeccion de la pobreza apostólica: lo tercero, restituir la decencia y aun la magnificencia á los templos, resucitando al mismo tiempo aquel espíritu de respeto y de religion que debe animar todas las ceremonias exteriores de la Iglesia; lo cuarto, purgar el púlpito ó la cátedra de la verdad de las baxezas, de los abusos y de las profanidades que se habian introducido en élla; lo quinto, perseguir en todas partes las nuevas heregías, asistir á los enfermos hasta la sepultura, y acompañar los reos al suplicio.

Así Roma como toda Italia experimentaron luego los efectos de aquel admirable instituto, cuya alma era nuestro Cayetano. Atraidos del olor de su virtud y de la de sus compañeros, acudieron muchos á alistarse en la nueva religion, comenzándose á llamar teatinos, no solamente los que la profesaban, sino todos aquellos eclesias-

ticos devotos que hacian vida algo mas exemplar. Concurrió tanto número de pretendientes, que fue preciso buscar otra casa mas espaciosa; y así se establecieron en el monte Pincio, de donde el año siguiente los obligó tambien á salir la violencia de las tropas del Emperador, despues que tomaron á Roma por asalto. Saquearon la casa, y maltrataron á los padres; pero sobre todo, á san Cayetano, á quien dieron tormento por instigacion de un soldado, que habiéndole conocido en Vincencia, le suponia ahora tan poderoso como entonces. Despues de tan crueles pruebas salió de Roma descoyuntado todo el cuerpo, con sus compañeros, todos con el breviario debaxo del brazo, vestidos de unas pobres sotanas; y habiéndose embarcado en el puerto de Ostia, dieron fondo en Venecia. Recibiólos la Señoría con veneracion, y los alojó en san Nicolas de Tolentino; pudiéndose decir, que aquí nació segunda vez aquella sagrada familia.

Concluidos los tres años del gobierno de Carrafa, sin atender á los ruegos ni á las lágrimas de Cayetano, fue electo por superior de una congregacion que le reconocia por su fundador y por su padre. Los cuidados del nuevo empleo en nada disminuyeron sus desvelos por el alivio de los pobres extraños. Era la misma su asistencia á los hospitales; pero nunca resplandeció mas su ardiente caridad, nunca se hizo admirar mas de todo el pais que en la peste que traxeron los navíos de Levante.

En todas partes eran asombrosoos los frutos de su zelo, sostenido con la opinion general de su virtud. Luego que se dexó ver en Verona, donde desgraciadamente se habia introducido la discordia en el cuerpo de la clerecía, introduxo en él la tranquilidad juntamente con la reforma. Enviado á Nápoles de órden del Pontífice para fundar en aquella ciudad una casa de su religion, aceptó el sitio y alojamiento que le dió el conde de Ópido; pero nunca le pudo reducir á que admitiese los fondos y las rentas que le señalaba, alegando ser contrario á la perfeccion de pobreza que habia profesado. Los frutos de la nueva fundacion fueron los mismos en Nápoles que habian sido en Roma, en Venecia y en Verona. En todas partes donde estaba Cayetano entraba con él la reforma de las costumbres, y mudaba de semblante el pueblo, el clero, la nobleza y los magistrados.

El papa Paulo III., que sucedió á Clemente VII., elevó á la púrpura á Juan Pedro Carrafa; lo que añadió mucho lustre á la nueva congregacion. Mientras tanto nuestro Cayetano, no menos atento á conservar la pureza de la fe, que á restituir la santidad de sus costumbres en fuerza de su vigilancia, descubrió en Nápoles tres hereges disfrazados, que con el especioso sobrescrito de virtud y de reforma sembraban en aquella ciudad las perniciosas novedades del luteranismo. Viéronse obligados á retirarse de élla Valdés, Mártir y Ochin, porque no quisieron convertirse; y aquella gran ciudad debió al zelo de nuestro Santo la dicha de preservarse del contagio de la heregía. A impulsos de su mismo zelo se vió precisado á repetir muchos viages á Roma, á Venecia y al Vicentino, con suceso igualmente feliz en todas partes, sin que en medio de tantas agitaciones se alterase un punto su recogimiento interior, su devocion particular ni su penitencia. Antes bien parece que crecia con sus ocupaciones el tierno amor que profesaba á Jesucristo y á la santísima Vírgen. Abrasado en él su corazon, nunca pronunciaba el dulce nombre de Jesus sin añadir el de María.

Entrando en la iglesia de santa María la Mayor la vigilia de Navidad para pasar en élla la noche, luego que se puso en oracion se le dexó ver el niño Dios en el mismo estado que tenia al tiempo de su nacimiento. Estrechóle en sus brazos la santísima Vírgen, y al punto le pasó á los de Cayetano, cuya alma quedó como inundada en consuelos celestiales; pero de una manera inefable, segun él mismo lo declaró. Despues de este insigne favor parecia no vivir ya ni alimentarse sino del fuego del amor divino, cuyos incendios le salian continuamente al semblante. Perpétuamente maceraba su carne con un santo rigor, y nunca se quitaba el cilicio sino para despedazarse á azotes con disciplinas de hierro, pasando muchas veces noches enteras en estos sangrientos exercicios. Su ayuno era contínuo; ninguna ocupacion exterior interrumpia su íntima union con Dios; y alguna vez se le vió seis y siete horas seguidas en oracion extático é inmoble. Pero aunque estos favores parecian elevarle á una condicion superior á la comun de los mortales, no por eso le hacian insensible á las calamidades públicas. Afligíanle sobre todo las

persecuciones de la Iglesia, despedazada con las nuevas heregías. Hacia incesantes oraciones, imponia ayunos á sus hijos; y es verisimil que el vivo dolor que le causaban los males públicos, le abrevió los dias de la vida. Con los milagros que obraba crecia cada dia mas la opinion de su santidad. Rompiósele un hueso cerca del talon á uno de sus religiosos, y se le formó una apostema tan perjudicial, que los cirujanos determinaron cortarle la pierna. Rogóles san Cayetano que dilatasen la operacion hasta el dia siguiente, y pasó una parte de la noche haciendo oracion en el cuarto del enfermo. Acabada ésta, quitó la venda del pie, besó la llaga, hizo sobre élla la señal de la cruz, y cuando acudieron los cirujanos por la mañana para hacer su peligrosa operacion, hallaron el pie tan sano como si jamás hubiera padecido cosa alguna.

Habia mucho tiempo que la salud de nuestro Santo se iba debilitando visiblemente, sin que por eso desmayase su fervor, hasta que arruinada en fin al peso de sus apostólicos trabajos y de sus grandes penitencias, cayó mortalmente enfermo. Quiso el médico que se acostase en un colchon; pero el Santo exclamó luego: *Mi Salvador espiró en una cruz*; *bueno será que á lo menos muera yo sobre la ceniza.* Con efecto: en este estado de penitencia, recibidos los últimos sacramentos, y habiendo exhortado á sus hijos á que nunca sufriesen la menor relaxacion en la perfeccion de su instituto, entregó dulcemente su espíritu al Criador en Nápoles el dia 7 de agosto del año 1547, á los sesenta y siete de su edad, y á los 23 de la fundacion de su órden. Enterróse el santo cuerpo con grande solemnidad en su iglesia de san Pablo de Nápoles, donde se conserva hasta el dia de hoy con la mayor veneracion. Por los grandes milagros que obró en vida, y por los que se aumentaron despues de su santa muerte, el papa Urbano VIII. le beatificó en el año de 1629; y en el de 1673 el papa Clemente X., precediendo las formalidades acostumbradas, le canonizó y puso en el catálogo de los santos. Cada dia se está experimentando lo mucho que puede con Dios san Cayetano; siendo el mejor testimonio las maravillas que obra el Señor por su intercesion. A élla debieron en el año de 1660 los serenísimos Elector y Electriz de Baviera su hija primogénita María Ana Victoria, que

casó despues con el señor Delfin; y en reconocimiento de este beneficio la señora Electriz envió á cuarenta casas de padres teatinos un niño de plata, como se ve en su iglesia de París y en las de Italia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beato Cajetano confessori tuo apostolicam vivendi formam imitari tribuisti; da nobis, ejus intercessione et exemplo in te semper confidere, et sola cœlestia desiderare: Per Dominum nostrum...

O Dios, que á tu confesor el bienaventurado san Cayetano le concediste que imitase la vida de los apóstoles, concédenos, que asistidos de su intercesion, y animados con su exemplo, pongamos siempre en vos toda nuestra confianza, y solamente suspiremos por los bienes celestiales: Por nuestro Señor..

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

»Fue autor del libro que se llama *Eclesiástico* ó *de la* »*Sabiduría* Jesus, hijo de Sirach, el que proponiéndose »por modelo á Salomon, se aplica como él á recomendar »el estudio de la Sabiduría, dándonos instrucciones lle»nas de piedad. Fue hombre de vastísima sabiduría, y re»putado por uno de los mas hábiles de su tiempo.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. Despues de tanto tiempo que se corre en busca de este precioso metal, y que los hombres se fatigan en vano sin ganar otra cosa que inquietudes, ánsias, disgustos y remordimientos, ya parecia mas que razon que se desengañasen de sus ilusiones, y que descubriesen la inanidad de ese fantasmon, en quien tantos idolatran. Es la codicia una enfermedad que coge á un mismo tiempo el corazon y la cabeza; es una especie de frenesí de que sanan pocos. ¡Qué digno de lástima es el que se dexa tiranizar de tan infame pasion! Ya; ¡si á lo menos el avariento fuese liberal con aquel Señor de quien recibimos todos los bienes de la vida! Pero la avaricia no solo es un vicio propio de las almas baxas, eslo tambien de los corazones poco cristianos. El avariento siempre es tan mezquino con Dios, como lo es consigo mismo. Hace poca impresion la miseria agena en aquel que solo ama su dinero. En todos es vil y despreciable la avaricia; pero en ninguno mas odiosa que en aquellos que por su profesion, segun el lenguage del Apóstol, no debieran conocerla, ni aun de nombre. *Avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* ¿No es compasion que unos hombres consagrados al ministerio de los altares, que solo debieran aspirar por su estado á la herencia del Señor, se dexen arrastrar por la pasion de que otros los hereden sus sórdidos ahorros, al mismo tiempo que tantos pobres les estan pidiendo de justicia las rentas de aquel patrimonio suyo que puso en sus manos la piedad de los fieles? ¿no es esta aquella loca vanidad que con tanta razon contó el Profeta en el número de las abominaciones que se cometen en el templo? ¿no es aquella pobreza de entendimiento, aquella ridícula locura que, como dice el Sábio, causa horror, y se hace insufrible á todo hombre de razon? ¡Que unas personas que el mismo Dios separó del monton de las demas, poniéndolas aparte y escogiéndolas como para sí, intimándolas que su reyno no es de este mundo, se hayan de ocupar solamente en todo lo que puede contribuir al engrandecimiento de su

familia! ¡que unos hombres cuya renta se compone toda de las rentas de los fieles, y á quienes muchas veces no les da el altar lo suficiente para su manutencion se hayan de negar á sí mismos lo mas necesario por dexar á sus sobrinos, y tal vez á los extraños con que sustentar lo supérfluo! Hombres, cuya sórdida avaricia la llevan representada en la indecencia del vestido; hombres mas hambrientos de su estipendio que el seglar mas codicioso; hombres siempre mas y mas duros con los pobres, no menos que consigo mismos; ¡qué no hacen para ahorrar y para ganar en todo! ¿Pero qué fin llevarán en tan ruin como vergonzosa economía? Ningun otro que el de aumentar á costa suya un capital, de que éllos no se han de aprovechar, y solo ha de servir para fomentar la profanidad de los que estan deseando su muerte, pareciéndoles que ya tarda demasiado el verse dueños de sus infelices ahorros.

El evangelio es del capítulo 6. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire, et mammonæ. Ideo dico vobis, ne soliciti sitis animæ vestræ, quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini. Nonne anima plus est quam esca: et corpus plus quam vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et Pater vester cœlestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid soliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos amos; porque ó aborrecerá al úno, y amará al ótro, ó sufrirá al úno, y al ótro le despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo no seais solícitos de lo que habeis de comer para mantener vuestra vida, ni de con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del ayre, las cuales no siembran, ni siegan, ni llenan las troxes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mas precio que éllas? ¿quién de vosotros puede con todo su discurso añadir un codo á su estatura? ¿y por qué tomais cuidado por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Con todo eso os digo, que ni Salomon

in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quòd hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit, quanto magis vos, modicæ fidei? Nolite ergo soliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

con toda su gloria está vestido como uno de éllos. Pues si Dios viste de ese modo el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No querais, pues, tener pena diciendo, qué comerémos, ó qué beberémos, ó con qué nos vestirémos; porque semejantes cosas son las que procuran los gentiles. Sabe, pues, vuestro Padre que teneis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reyno de Dios y su justicia, y tendreis todas estas cosas sin buscarlas.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos, por decirlo así, seríamos todopoderosos si nuestra confianza en Dios fuera viva, constante y perfecta. Fáltanos lo que debemos menester, solo porque nos falta la fe. Son desatinadas nuestras peticiones, y nuestras oraciones son ineficaces, porque es poca ó ninguna nuestra confianza en Dios. Los sábios del mundo cuentan con su prudencia; los ricos con su oro; los jóvenes con su edad; los robustos con su salud; pareciéndoles que estos son firmes y sólidos fundamentos. Tiénese toda la confianza en el favor de los grandes, en la autoridad de los protectores, en el número de los amigos; de suerte, que parece estamos persuadidos á que para nada hemos menester á Dios, con quien apenas se cuenta. Cada dia experimentamos la insuficiencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por eso se disminuya la confianza que colocamos en éllas. No por eso nos desengañamos, ni dexamos de volver á apoyarnos en aquellas mismas cañas que tantas veces se doblaron, y tantas se hicieron pedazos en nuestras manos. ¿De dónde nacerá que

confiemos tan poco en aquel Señor, cuyo poder es inmenso, infinito, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿de dónde nacerá que estando como naturalmente sembrada esta virtud en nuestros corazones, como se nota aun en los mas impíos, los cuales en los peligros grandes, en los accidentes repentinos levantan las manos al cielo, imploran la proteccion de Dios con cierto indeliberado movimiento; de dónde nacerá que no obstante este natural instinto nos cuesta tanto trabajo el colocar en el Criador toda nuestra confianza? Como esto es absolutamente ageno de toda razon, no es posible señalar alguna de ello. Lo único que se puede decir es, que jamás hemos considerado las muchas que tenemos para hacer todo lo contrario; que es mucha nuestra falta de fe, y mayor la del amor á nuestro Dios; y que nuestra conciencia nos está contínuamente reprendiendo nuestra tibieza, nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. No cesamos de desagradar á Dios, de desobedecer su voluntad, de menospreciar su ley y sus preceptos; esto es lo que debilita y lo que enteramente apaga nuestra confianza en el Señor. Desconfiados de su bondad acudimos á cualquiera ótro; y si despues de haber experimentado la insuficiencia ó la infidelidad de las criaturas, recurrimos al Criador, lo hacemos por fuerza ó por desesperacion; y aun entonces con duda y con desconfianza. ¡A vista de esto nos admiramos, y aun nos quejamos de que el Señor no nos oiga! Antes bien sería una especie de milagro si viéndonos en esta disposicion nos alargára su benéfica mano.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que verdaderamente es muy extraña la contradiccion que se observa entre nuestra fe y nuestra conducta. Todos estamos convencidos de que Dios es el autor y el orígen de todos los bienes, y que á sola su bondad debemos todos los dones que recibimos, y todos los que esperamos recibir; ¿pues en qué consiste nuestra falta de confianza? Parece que no es posible inspirárnosla mayor, cuando solamente nos pide esta misma confianza para obligarse á asistirnos en todas nuestras necesidades: *Credite quia accipietis* : creed que recibiréis lo que me pi-

diéreis, y estad seguros de que sin otra diligencia lo recibiréis. Empéñanos Dios su palabra; esta es la mayor fianza de todo lo que nos promete; élla sola ciertamente debiera bastar para hacer inmoble nuestra confianza; despues de esta seguridad parecia inútil por parte de Dios cualquiera otra precaución. Con todo eso, como la obligacion del juramento se reputa entre los hombres por mayor y mas sagrada que todas las demas, quiso el Señor añadir esta obligacion á su palabra para que estuviésemos mas ciertos, dice san Pablo, de la inmutable firmeza de sus promesas. ¿Serán ya menester otras pruebas? ¿serán menester motivos mas poderosos, razones mas fuertes para despertar nuestra esperanza, para asegurar nuestra confianza, y para resucitar nuestra fe? ¿no es gran dicha nuestra que por acomodarse Dios á nuestra flaqueza se digne jurar por nuestro amor? ¿pudiera darnos mayor prueba de la sinceridad con que desea concedernos todo lo que nos promete? *O nos beatos*, dice Tertuliano, *quorum causa Deus jurat! ò miserrimos, si nec Deo juranti credimus*! ¿Cuál, pues, debe ser la firmeza de una confianza asegurada sobre tantas obligaciones? ¿qué tranquilidad y que calma no deben producir en nuestros corazones unas esperanzas tan bien fundadas? ¿cómo es posible que haya todavía accidentes que nos espanten, pérdidas que nos desesperen, resoluciones que nos asusten, teniendo á un Dios que nos ofrece, y nos asegura su proteccion y su asistencia? Con todo eso, es mucha verdad que la desconfianza y el temor reynan casi universalmente en los corazones.

Estoy, Dios mio, tan persuadido á que velais sobre los que confian en vos, y á que nada puede faltar á quien espera en vos todas las cosas, que estoy resuelto á dexar desde aquí adelante en manos de vuestra providencia todas mis inquietudes y todos mis cuidados. Podrán los hombres despojarme de los bienes y de la honra; podrán las enfermedades debilitarme las fuerzas; podré yo mismo ser tan infeliz que pierda vuestra gracia por el pecado: pero jamás perderé la esperanza, conservaréla hasta el último momento de mi vida; en vano procurarán arrancármela los mayores esfuerzos de todos los demonios del infierno: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

JACULATORIAS.

Domine, non confundar, quoniam invocavi te. Salm. 30.

No, Señor, nunca seré confundido, porque invoqué tu santo nombre.

In te, Domine, speravi, non confundar in æternum. Salm. 30.

Confié, Señor en ti, y no seré confundido eternamente.

PROPOSITOS.

Dios mio, como yo esté sujeto á ti, decia el santo Job, yo desafiaré osadamente á todos mis enemigos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* No permitais que me aparte de tu lado, y ninguna cosa será capaz de alterar mi confianza. Todo está lleno de lazos y de escollos; vivimos en un pais enemigo; en el mismo trono nacen las adversidades y las cruces; dentro de nosotros mismos tenemos un manantial inagotable de miserias y de disgustos; los males han inundado toda la tierra. Con todo eso, por espantoso que sea este diluvio de enfermedades, de males y de miserias, no me espantarán, Dios mio, exclama el Profeta, porque tú estás conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Tengamos esta gran confianza en Dios, y presto serémos asegurados. Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia, y acaso tambien de deudas, abatida, despreciada, perseguida; acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* Ten en Dios una confianza sin límites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discípulos: *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezco. No confies en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2 La divina Providencia, dice san Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere tenernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una

amorosa violencia: confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer; pero arrojarse enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima; cuando te suceda alguna cosa molesta, dificil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrójate á los pies del crucifixo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo ayre de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que solo con tener fe seríamos en cierta manera todopoderosos.

DIA OCTAVO.

San Ciriaco, Largo y Smaragdo, mártires.

Luego que el emperador Diocleciano asoció en el imperio á Maxîmiano Hercúleo, que habia nacido en Sirmich el año de 286, y luego que llegó á Roma el nuevo Emperador, deseoso de acreditar su reconocimiento á su insigne bienhechor con alguna demostracion correspondiente, le regaló con un magnífico palacio para el uso de sus baños que desde los cimientos hizo levantar á su costa, el que despues se llamó *las Termas de Diocleciano*, y siempre se reputó por el mas bello monumento de la magnificencia romana. Siendo todo el empeño del nuevo César lisonjear el gusto del viejo Diocleciano, conoció no podia hacerle lisonja mayor que perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes él profesaba tambien un furioso ódio personal. Y considerando que la sangre de los mártires, en vez de exterminarlos parecia fecundo riego que multiplicaba su número, resolvió perseguirlos con otro nuevo género de suplicio, tanto mas cruel, cuanto mas prolonga-

do, á cuya sorda violencia consumiéndose en la obscuridad, se extinguiria el nombre cristiano en todo el ámbito del imperio. Ordenó, pues, que aquel soberbio edificio se erigiese á costa del sudor de los cristianos, y á todos los condenó á que trabajasen en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion del cielo ver aquel prodigioso número de confesores de Cristo cavar los cimientos, acarrear la tierra, llevar el agua, arrastrar piedras de enorme corpulencia, y todo esto sin el menor alivio; pues como el fin era que todos pereciesen, apenas se les daba el sustento preciso para mantenerse. Con razon se puede decir que aquel soberbio edificio fue obra del sudor de los mártires; y acaso por eso, habiendo perecido tantos ótros, ya por los incendios, ya por la voracidad del tiempo, éste solo se conserva hasta el dia de hoy, convertido en una suntuosa iglesia con la advocacion de nuestra señora de los Ángeles, que poseen los exemplares padres cartuxos.

Durante esta persecucion habia en Roma un caballero llamado Trason, cristiano encubierto y hombre poderoso, que compadecido de lo que padecian los santos, determinó socorrerlos y aliviarlos en sus miserias. Pareciéronle muy á propósito para instrumentos de su generosa caridad Ciriaco, Largo y Smaragdo, cristianos zelosos, y todavía encubiertos, á quienes habia reservado el cielo para consuelo de aquellos pobres y afligidos fieles. Comunicóles su intento, y les encargó el cuidado de llevar sus limosnas á los cristianos que trabajaban en aquel edificio. Era comision peligrosa, y conocian muy bien nuestros Santos todo su riesgo; pero el zelo y la caridad los animó á encargarse de élla. Mezclábanse intrépidamente entre aquellos ilustres confesores; socorrian con liberalidad sus necesidades; y aprovechándose diestramente de la ocasion, animaban su desaliento, y los alentaban á la perseverancia. Informado de su valor el papa san Marcelino, quiso ver á nuestros Santos; y reconociendo la eminente santidad de aquellos héroes cristianos, ordenó de diácono de la iglesia romana á san Ciriaco para proporcionarle á que pudiese tambien atender mas eficazmente á las necesidades espirituales de los fieles.

Elevado á la nueva dignidád, dió todo el lleno al sa-

grado ministerio. No le cedian en zelo ni en fervor Largo y Smaragdo; por lo que muy en breve todos tres recibieron el premio de su caridad y de sus trabajos. Cogiéronlos de repente cuando iban cargados de víveres y de limosnas para repartirlas entre los cristianos, y conducidos á la cárcel, fueron condenados á trabajar con éllos en las Termas.

Es inexplicable el gozo de nuestros Santos cuando los intimaron la sentencia. Parecíales que ya tardaba el dichoso momento en que habian de tener parte en las fatigas y miserias de tantos confesores de Jesucristo; aumentando su alegría la esperanza de coronar los trabajos y la vida con la gloria del martirio. Con el ánsia de conseguir esta gracia eran cada dia mayores los esfuerzos de su caridad y de su fervor. Luego que se vieron mezclados entre aquella santa y venerable tropa de siervos de Dios, fue todo su anhelo aliviar á todos el trabajo, y cargarse en gran parte del que tocaba á cada uno en particular. No solo cargaban con el cuezo para llevar la tierra, y arrastraban el carro para portear las piedras, sino que en viendo alguno de sus hermanos, ó sin fuerzas por la vejez, ó desmayado por la debilidad, ú oprimido con el peso, al punto se le echaban á cuestas, y tomaban de su cuenta la labor que les correspondia. Llevaba á cuestas una pesada carga Saturnino, uno de los santos confesores, no menos venerable por su virtud, que por su respetable ancianidad, y brumado con el peso muy superior á sus débiles fuerzas, caia en tierra á cada paso. Viéronlo nuestros Santos, y al instante acudieron á los ministros del Emperador, sobrestantes de la obra, suplicándoles tuviesen á bien que éllos hiciesen el trabajo que se habia encomendado á aquel buen viejo, pues era visible que no podia con él.

Admiró á los mismos ministros una caridad tan heróica, y no acababan de ponderar su asombro al ver la modestia, el agrado y el anhelo con que aquellos héroes se empeñaban en aliviar á sus hermanos. Pero notando sobre todo aquella alegría con que se mostraban insensibles á tan insoportables trabajos, llegaron á creer que los infundia espíritu alguna fuerza y virtud sobrenatural. Dieron parte á Maxîmiano de su admiracion y del motivo

de élla en lo general de los cristianos; pero exâltaron sobre todo la heróica caridad de Ciriaco, Largo y Smaragdo. Oyólos el bárbaro Príncipe, y como solo se distinguia por el implacable cruel ódio que profesaba á la religion cristiana, lejos de ablandarse con la relacion de una caridad tan pocas veces vista, esta misma noticia le hizo entrar en mayor furor, y dió órden de que prontamente fuesen encerrados los tres santos Confesores en un obscuro calabozo para ser condenados al último suplicio. Afligiólos mucho esta determinacion, porque ni podian aliviar, ni les era posible repartir los trabajos con sus amados hermanos.

Pero no queria el Señor dexar largo tiempo sepultada en la obscuridad una virtud tan benéfica. Acudieron á nuestros Santos algunos ciegos; y habiéndolos abrazado san Ciriaco, hecha sobre sus ojos la señal de la cruz, al punto recobraron la vista. Corrió la voz de esta maravilla, concurrieron muchos enfermos á la cárcel; y queriendo el Señor premiar su fe, todos fueron oidos. Ninguno dexó de cobrar la salud del cuerpo, y con élla la del alma.

Llegó hasta el palacio del Emperador la noticia de estos milagros á tiempo que una hija de Diocleciano, llamada Artemia, á quien su padre amaba tiernamente, estaba poseida del demonio, que la atormentaba con la mayor crueldad. Quiso verla Diocleciano; y las violentas contorsiones que la obligaba á hacer el espíritu maligno le sacaron las lágrimas de los ojos, atravesándole el corazon, sin tener valor para ver por mas tiempo aquel triste espectáculo; despedazábase el cuerpo, daba bramidos, y gritaba sin cesar que solo se podria ver libre de aquel enemigo por la virtud de Ciriaco, diácono de los cristianos. Suspendió por entonces el Emperador todo el furor que tenia contra éllos, y mandó que al punto fuesen puestos en libertad Ciriaco y sus dos compañeros, y que les suplicasen de su parte tuviesen á bien el librar de aquel trabajo á su querida hija. Moviéronse á compasion los santos viendo el lastimoso estado de la Princesa, y haciendo oracion por élla, mandó Ciriaco al demonio que al momento dexase libre el cuerpo de aquella criatura. *Obedeceré*, respondió el espíritu maligno, *porque no puedo resistir á la omnipotente virtud de Jesucristo; pero solo sal-*

dré de esta posada para ir prontamente á tomar otra en la córte de Persia. Nada harás, replicó Ciriaco, *que no sea para tu confusion, y que no ceda en mayor gloria del cristianismo.* En el mismo punto quedó libre la doncella de los demonios; porque arrojándose á los pies del Santo, le declaró que creia firmemente en Jesucristo, y que queria ser cristiana; resolucion que por algun tiempo se le ocultó al Emperador, el cual reconocido al servicio de Ciriaco mandó que le diesen una casa en Roma.

Al mismo tiempo se halló poseida del mismo demonio la hija del rey de Persia, llamada Jobia, y quiso Dios que contínuamente clamase no se podria librar si no venia á sanarla el diácono Ciriaco, que estaba en Roma. Amaba el Rey con extremo á esta hija; y atravesado de un vivísimo dolor al verla padecer tanto, no queriendo omitir diligencia alguna para su remedio, despachó un embaxador al Emperador, suplicándole que le enviase á Ciriaco sin perder un instante de tiempo. Deseaba el Emperador complacer al Rey de Persia, porque así lo pedian los intereses del estado, y se le dió órden á Ciriaco para que al instante se pusiese en marcha con el embaxador, permitiéndosele que llevase consigo á sus dos compañeros. Hicieron por mar parte del viage; y saltando en tierra, no fue posible hacerles admitir el equipage que se les daba para su comida. Caminaban todos tres á pie con sus bordones en las manos, sin dispensarse de sus acostumbradas penitencias, ayunando todos los dias, cantando alabanzas al Señor, y en fin como tres apóstoles.

Luego que llegaron á la córte del Rey de Persia, quedaron gustosamente sorprendidos viendo al monarca postrado á sus pies, y pidiéndoles con lágrimas que tuviesen lástima de su querida hija. Prometióle Ciriaco que como él mismo quisiese creer en Jesucristo, su hija sería libre del demonio, y juntamente con la fe recibiria una perfecta salud. Todo lo ofreció, y todo lo cumplió el Príncipe. Hizo oracion nuestro Santo; mandó al demonio que dexase libre aquella doncella; obedeció al instante; y así el padre como la hija se convirtieron, recibiendo el bautismo con mas de cuatrocientos gentiles.

El tiempo que se detuvieron los Santos en la córte de Persia, no solo sirvió para confirmar en la fe á los

nuevos cristianos, sino para obrar cada dia nuevas maravillas, y hacer nuevas conquistas para Jesucristo. Embarcáronse cuarenta y cinco dias despues para restituirse á Roma, donde tenia dispuesto el Señor coronar muy en breve sus trabajos. Dexólos vivir en paz el emperador Diocleciano; y ya se dexan discurrir los grandes bienes que harian entre los fieles aquellos Héroes de la religion. Pero habiendo salido Diocleciano á visitar algunas provincias del imperio, y creciendo cada dia mas el ódio y el furor de Maxîmiano contra los cristianos, mandó prender á nuestros Santos, con órden á Carpasio de que no perdonase á medio alguno para reducirlos á sacrificar á los dioses; y en caso de resistirse, que éllos mismos fuesen sacrificados.

Causóles tanto horror la mera proposicion que se les hizo de que renunciasen á Jesucristo, y se mostraron tan indignados, que no se pasó adelante en apretarlos mas; y substanciando brevemente su proceso, fueron sentenciados á muerte. Pero como Ciriaco no cesase de predicar á Jesucristo, ni de publicar que los mentidos dioses del imperio eran verdaderos demonios del infierno, mandó el Juez que le echasen pez hirviendo sobre la cabeza; tormento que sufrió con heróica paciencia; y prosiguiendo en confesar y en alabar á Jesucristo, le extendieron en el ecúleo, y quebrantaron sus huesos á palos, sin que en este suplicio se le oyese mas que exclamar continuamente: *Jesus mio, mi soberano dueño, ten misericordia de mí, pecador miserable, é indigno de la gracia que me haceis de padecer á gloria de vuestro nombre.* Asombró á los mismos paganos su constancia; y noticioso de todo Maxîmiano, mandó que se executase la sentencia, y que se cortase la cabeza á Ciriaco, Largo y Smaragdo, juntamente con otros veinte mártires que tuvieron parte en la misma corona; y sucedió su martirio el dia 16 de marzo del año 303. Fueron sepultados sus cuerpos en la via Salaria ó en el camino de la Sal, que en algunas partes se llama *el Camino saludable.* Los de san Ciriaco, Largo y Smaragdo poco tiempo despues fueron trasladados por el papa san Marcelo, sucesor de san Marcelino, á una heredad de cierta señora cristiana, llamada Lucina, en el camino de Ostia, á un buen cuarto de legua de la ciudad;

y como esta translacion se hizo el 8 de agosto, la Iglesia escogió este dia para celebrar su fiesta.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Cyriaci, Largi et Smaragdi solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum natalitia colimus, virtutem quoque passionis imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año renuevas nuestro gozo con la fiesta de tus santos mártires Ciriaco, Largo y Smaragdo; concédenos la gracia de que al mismo tiempo que celebramos el dia que nacieron al cielo, imitemos tambien aquella fortaleza que mostraron en su pasion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. de la primera del apóstol san Pablo á los tesalonicenses.

Fratres: Gratias agimus Deo sine intermissione, quoniam cùm accepissetis à nobis verbum auditus Dei, accepistis illud, non ut verbum hominum, sed (sicut est vere) verbum Dei, qui operatur in vobis, qui credidistis. Vos enim imitatores facti estis, fratres, ecclesiarum Dei, quæ sunt in Judæa in Christo Jesu; quia eadem passi estis et vos à contribulibus vestris, sicut et ipsi à judæis: qui et Dominum occiderunt Jesum et prophetas, et nos persecuti sunt, et Deo non placent, et omnibus hominibus adversantur, prohibentes nos gentibus loqui ut salvæ fiant; ut impleant peccata sua semper; pervenit enim ira super illos usque in finem.

Hermanos: Damos gracias á Dios sin cesar, porque habiendo vosotros recibido la palabra de Dios, que oísteis de nosotros, la abrazásteis, no como palabra de los hombres, sino como palabra de Dios (como en realidad lo es), el cual obra en vosotros que habeis creido, porque vosotros, ó hermanos, os habeis hecho imitadores de las iglesias de Dios que están en la Judea en Cristo Jesus; porque las mismas cosas habeis padecido vosotros de vuestros paisanos, que padecieron aquéllos de los judíos: los cuales quitaron la vida al Señor Jesus y á los profetas, y á nosotros nos persiguieron, y no agradan á Dios, y son adversos á todos los hombres; los cuales nos prohiben que hablemos á los gentiles para que se salven, para que prosigan llenando la medida de sus pecados; porque la ira de Dios ha venido sobre éllos hasta el fin.

NOTA.

"En sentir de san Juan Crisóstomo, la primera epístola que escribió el apóstol san Pablo á las iglesias, fue »la que dirigió á los tesalonicenses; y se cree fue el »año 52 ó 53 de Jesucristo. Muchos son de parecer que »se escribió en Atenas; pero es mas verisímil que fue en »Corinto, adonde le fuéron á buscar Silas y Timoteo."

REFLEXIONES.

Hermanos mios, demos incesantes gracias á Dios, porque habiendo oido predicar su divina palabra, no la oísteis como palabra de los hombres, sino como, lo que es verdaderamente, palabra de Dios. La misma palabra es la que hoy se nos predica; ¿pero la oimos como palabra de Dios? Uno de los mayores castigos con que amenaza Dios á su pueblo por medio del Profeta, es con que quitará la fuerza y la virtud al pan que le sirve de alimento: *Auferam robur panis.* Si este pan llega á perder el gusto; si le encuentra insípido; si ya no tiene virtud para sustentar, es preciso caer en un desfallecimiento, en un desmayo mortal. Es la palabra de Dios el pan del alma; no faltan almas zelosas y caritativas que le distribuyan; ¿pero quién no dirá que se ve hoy executada en el pueblo cristiano la terrible amenaza del Señor? Nunca se han visto tantos predicadores; nunca se han oido tantos sermones; ¿y se podrá decir con igual verdad, que tampoco se han visto nunca tantas conversiones? Aun aquellas mismas personas que mas concurren á los sermones, no suelen ser las mas arregladas. ¿De qué nacerá tan poco fruto? De que esta divina semilla no se recibe como palabra de Dios, sino puramente como palabra de los hombres: *El que es hijo de Dios*, decia el Salvador, *oye la palabra de Dios; y por eso vosotros no la ois, porque no sois hijos suyos.* No hay mejor señal de la robustez y del vigor de una alma, que la hambre de esta divina palabra. Hablanos Dios en diferentes maneras; unas veces al fondo del corazon por medio de sus inspiraciones; ¡desdichado de aquel que se hace sordo á esta voz interior! Otras nos habla por los buenos exemplos; ¡infeliz del que no entiende este lenguage! Háblanos por medio de

otros mil accidentes de la vida; ¡triste del que no sabe aprovecharse de éllos! Pero el mundo, nuestras pasiones y nuestro amor propio hablan mas alto que Dios; meten mucho ruido, y no nos dexan percibir lo que aquél nos dice. Por desgracia nuestra el primer lenguage que se oye y que se aprende, es el de las pasiones y del amor propio; se pasa toda la niñez, y muchas veces toda la juventud en oir esta gerga; ¿y cuántos hay que en toda su vida no hablan otro lenguage? ¿pues qué maravilla que no oigamos la voz de Dios? Pásase en medio del mundo toda la vida; no se oye otra cosa que sus leyes; todas las conversaciones son sobre sus máximas; para semejantes gentes la palabra de Dios es una lengua extraña que no entienden. Siendo tan diferentes el idioma del cristiano y el lenguage del mundo; ¿qué mucho es que no se entiendan únos á ótros?

El evangèlio es del cap. 16. de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes in mundum universum prædicate evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit; qui verò non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur: In nomine meo dæmonia ejicient, linguis loquentur novis, serpentes tollent; et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit; super ægros manus imponent, et benè habebunt.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Id por todo el mundo, predicad el evangelio á toda criatura. El que creyere, y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere se condenará. Y estos son los milagros que acompañaran á aquellos que creyeren: En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, manejarán las serpientes; y si bebieren cualquiera cosa mortífera, no les hara daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y se pondrán buenos.

MEDITACION.

De la fe cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque la fe es virtud del entendimiento, falta de élla es vicio de la voluntad. Dices que si

tuvieras fe, ya hubieras dexado esos ilícitos gustos; pues yo te digo que si hubieras dexado esos gustos ilícitos, sin duda tendrias fe. Admirámonos de que muchas personas, por otra parte de bastante entendimiento, desbarren obstinadamente en errores de la religion, hasta defenderlos como dogmas. Desenvuélvanse bien los misterios de su corazon; cúrenlos de sus ilusiones, y se verá que á la mudanza del corazon se sigue inmediatamente la conversion del entendimiento. Es cierto que las nieblas y las nubes se forman en el ayre; pero todas provienen del agua que está sobre la superficie de la tierra. La heregía reside en el entendimiento; pero su orígen y sus progresos nacen del corazon. Comiénzase á dudar desde que se comienza á vivir mal; el primer paso para no ser buen católico, es comenzar á ser mal cristiano. El curso de la fe sigue por lo comun el de las costumbres; cuando éstas se estragan, aquélla se pierde ó se debilita. No queremos que sea verdad aquello que nos incomoda, cuando se sigue un camino mas facil y de mayor conveniencia. El corazon esclavo de la pasion presto corrompe y engaña al entendimiento. De la duda se pasa facilmente al error; y una vez que el orgullo, la impureza, la avaricia, la venganza dominaron el terreno, ya no se aplica el entendimiento á combatir sus ilusiones, sino á sostenerlas y seguirlas. ¡O buen Dios, á cuántos y de cuántos errores desengañaria un poco de reflexion en un punto que tanto nos importa! En tan deplorable disposicion las verdades mas terribles de la fe se consideran como preocupaciones de la infancia y de la educacion. Enteramente corrompido el entendimiento por la malignidad del corazon, se constituye juez soberano de la fe, y solo toma el voto á los sentidos. Recíprocamente el entendimiento defiere ciegamente á las inclinaciones naturales del corazon; y el corazon profesa igual deferencia á las luces naturales del entendimiento por escasas y por limitadas que sean. Todo aquello que no alcanza la razon natural es condenado; nada se cree sino lo que se sujeta á la jurisdiccion de sus ideas. Mútuamente se sirve úno á ótro el corazon y el entendimiento. Despues de esto, nos admiramos de que en todos tiempos broten tantos errores y tantas sectas á cual mas perniciosas. Búsqueselas el orígen, que es muy facil

de encontrar, y se hallará que no tuvieron otro principio todas las heregías. Y aun se puede añadir que la diferencia de dogmas nació de la diversidad de las pasiones. Los heresiarcas ó los caudillos de aquéllos, cuyos desvaríos está llorando la Iglesia tantos años ha, imprimieron el carácter de su genio y de sus inclinaciones, ó por mejor decir, comunicaron sus pasiones á la secta que producian. Efecto fue de orgullo su rebelion contra la Iglesia y su furor contra las verdades de la fe: los nuevos sistemas de religion lo fueron de su ambiciosa arrogancia; y toda la basa, todo el cimiento de su moral salió de la cantera de su disolucion. ¡O mi Dios, y cuánto importa conservar la pureza de las costumbres si se quiere conservar la pureza de la fe!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el mas infeliz de todos los estados es el de un cristiano que cree poco. La escasa luz que le ha quedado, le basta para perderse, y no le basta para salvarse. Manteníase libre la fe cuando los primeros cristianos estaban aprisionados, y ahora que están libres, gime la fe aprisionada. Esto nace de que las pasiones ocuparon el lugar de los tiranos. ¿De qué proviene la extrema, la lastimosa negligencia en todo lo que pertenece al negocio de la religion? De que la fe está apagada. Es la pasion, apoderada ya de un corazon medio derretido con la relaxacion y la pureza, como el fuego aplicado á un leño verde; levanta un humo espeso que ofusca la razon, y no la dexa ver los objetos sobrenaturales; pues aun en los materiales y sensibles nos ciega la pasion. ¿Qué maravilla es que no nos dexe percibir los espirituales y divinos? Aquello mismo que retrae á los malos, atrae á los buenos; lo que ofende á los disolutos, consuela á los virtuosos; éstos no acaban de admirar lo que aquéllos no pueden creer. La Eucaristía, la Encarnacion, la muerte de un hombre Dios, todos aquellos grandes misterios, en que encuentra tanta dificultad la fe de los malos cristianos, inflaman mas y mas el amor de los arreglados y de los fervorosos. Dices que no puedes comprender que un Dios se abatiese hasta hacerse hombre por la salvacion

de aquellos mismos hombres que tan mal se habian de portar con Dios; pero si tú lo comprendieras, ¿sería maravilla tan digna de admiracion? Si Dios no pudiera hacer mas que lo que nosotros podemos concebir, ¿sería Dios? Si el sér, que es propio de solo Dios, fuera accesible á la débil y limitada comprension del entendimiento humano, ¿sería un sér infinitamente perfecto é infinito? Quiso Dios darse á conocer al hombre únicamente por medio de las luces de la fe; no hay otra senda para la salvacion ni otro camino para la gloria eterna. ¡Y despues de esto se sentirán grandes dificultades en creer lo que revela Dios! ¿Pero qué trabajo puede costar el rendir nuestro entendimiento, el sujetarle como esclavo á la obediencia de Jesucristo? ¡Mi Dios, y qué poco entendimiento hay donde hay falta de fe! Perdonad, Señor, mi infidelidad, funesto orígen de todos mis descaminos. Avivad mi fe, resucitadla, y élla será la medida de mi penitencia y de mi amor.

JACULATORIAS.

Domine, adauge nobis fidem. Luc. cap. 7.
Señor, aumentadnos la fe.

Credo, Domine; adjuva incredulitatem meam. Marc. 9.
Creo, Señor, creo; pero fortaleced esta mi fe.

PROPOSITOS.

Negarse á creer lo que la Iglesia nos propone es insigne locura; ¿pero lo será menor no vivir segun la ley que se cree? En nuestra religion la fe igualmente tiene por objeto al moral que al dogma. Facilmente se creeria todo lo que se quisiese, con tal que á cada uno se le permitiese vivir como se le antojase. En nuestra religion es necesario creer, pero tambien es necesario vivir conforme á lo que se cree. Esta es una verdad muy importante; pero no menos sensible para muchos. *Hermanos mios*, dice el apóstol Santiago, *si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le servirá? ¿acaso la fe sola le podrá salvar? La fe sin obras*, añade el mismo Apóstol, *es una fe muerta. Pero dirá alguno: Tú tienes fe, y yo tengo obras,*

mas sin las obras, ¿dónde está la fe? Yo le muestro mi fe por mis obras. Este es el lenguage que debes usar. Exâmina si tus obras, si tus costumbres, si tu proceder acreditan que tienes fe. No te aturdas ni te engañes en un punto tan esencial. Esta ha de ser hoy, y por muchos dias, la materia de tu meditacion y de tus frecuentes reflexîones; cuando hagas el exâmen de la noche, pregúntate si dieron testimonio de tu fe las acciones de aquel dia. Este exercicio bien observado bastaria para elevarte en poco á la mas eminente santidad.

2 Ya, gracias al Señor, no está expuesta nuestra fe á pruebas muy dificultosas; cesaron los enemigos del nombre cristiano, y vivimos en tiempo en que la religion cristiana reyna pacíficamente sin tormentos ni borrascas. Pero aun en este tiempo de paz no es necesario menos valor para declararse abiertamente en muchas ocasiones por verdadero cristiano, haciendo descubierta profesion de la ley de Jesucristo y de las máxîmas del evangelio. Guárdate bien de avergonzarte de la virtud. Cuando concurras con los mundanos, no dudes un punto en condenar las máxîmas del mundo; defiende en todas ocasiones aquellos piadosos y devotos exercicios de que suelen hacer insulsa chacota los relaxados y los disolutos. Haz mucha estimacion de todos, y practíca los que se proporcionaren á tu estado; defiéndelos con prudencia, persuadido á que no son los menos respètables los mas sencillos; y sobre todo, los que se dirigen á rendir á la santísima Vírgen el culto que se la debe.

DIA NUEVE.

San Roman, soldado y mártir.

El mismo dia en que la Iglesia celebra la vigilia de san Lorenzo, hace conmemoracion de san Roman, á quien convirtió el ilustre Diácono en medio de sus tormentos, y recibió la corona del martirio antes que fuese coronado el mismo san Lorenzo.

Era Roman soldado de la guardia del emperador Valeriano, y precisado como tal á hallarse presente á los interrogatorios y suplicios de los cristianos. Preso san Lorenzo por órden del Emperador, se encargó su custodia á Hipólito y á Roman; éste, que era hombre muy capaz, se vió en precision por su empleo de ser testigo de todo lo que pasó en el martirio del santo Diácono. Exâminado Lorenzo por Cornelio, prefecto de Roma, acerca de su religion y de los tesoros de la Iglesia que tenia á su cargo; dió razon de su fe y de su administracion con tanta discrecion y con tanta elocuencia, que todos los circunstantes quedaron admirados. Estaba Roman al lado de nuestro Santo, y comprendiendo mejor que ótros la verdad y la fuerza de sus razones, todo lo observaba, y al mismo tiempo hacia aquellas reflexîones, que naturalmente nacian de las respuestas y de los discursos del valeroso Levita. Mientras tanto, queriendo el cielo convertir aquel soldado gentil en un generoso campeon de la fe de Jesucristo, iba la gracia moviendo su corazon y alumbrando su entendimiento, hasta que finalmente concluyó, que una prudencia tan superior como la que resplandecia en todas sus palabras, y una constancia tan heróica como la que manifestaba en medio de los mas horribles tormentos, eran sobre todas las fuerzas naturales, y que sin una virtud divina, á que no podia alcanzar toda la naturaleza, no era posible hablar y padecer con aquella grandeza de alma, que llenaba de admiracion aun á los idólatras mas obstinados.

Mientras Roman estaba haciendo tan prudentes como sólidas reflexîones, y discurria con tanto acierto sobre los objetos que se le presentaban, quiso el Señor descubrirle sensiblemente, por medio de una singular maravilla, el particular cuidado que tenia de los que padecian por la gloria de su nombre, y la bondad con que los endulzaba los mas crueles dolores en medio de los mas horribles tormentos.

Acababan de extender á san Lorenzo en el potro, que era una especie de banco ó de tablas colocadas sobre cuatro pies de madera, adonde se amarraban las cuerdas que tenian suspensos en el ayre á los delincuentes. En aquella postura despedazaban al Santo los verdugos con crue-

les azotes, valiéndose de unas como correas ó ramales de hierro; tan desapiadadamente, que los circunstantes se llenaban de horror, sin que los ojos de Lorenzo destilasen una sola lágrima, ni de su pecho saliese un leve suspiro. Horrorizábase Roman de aquella inhumanidad; pero le asombraba mucho mas la serenidad y la constancia del paciente, no pudiendo comprender cómo un hombre de carne y hueso podia tolerar aquel espantoso suplicio, no solo sin alentar una queja, sino con visible alegría; cuando de repente vió un ángel, en figura de un hermosísimo jóven, que con un pañuelo en la mano enxugaba el sudor del santo Mártir y la sangre que corria de sus heridas.

Creciendo su admiracion á vista de tan maravilloso espectáculo, apenas podia dar crédito á sus ojos; y desconfiado de lo mismo que veía, preguntaba á los que estaban cerca de él, si no advertian un jóven no conocido, que secaba el sudor y la sangre de aquel Cristiano; pero desengañado de que ninguno le veía sino él, quedó mas asombrado; y concurriendo con el asombro la gracia del Señor, que cada instante era mas eficaz y mas sensible, depuesta ya toda duda sobre el partido que debia tomar, resolvió hacerse cristiano. Acercóse al Santo, declaróle lo que veía, y lo que habia resuelto, y con las lágrimas en los ojos le suplicó que no le abandonase. Llenó á Lorenzo de indecible gozo aquella victoria de Jesucristo y aquella insigne maravilla de la gracia; dióle mil parabienes, exhortóle y alentóle con breves palabras lo mejor que pudo, pero toda la dificultad era bautizar al fervoroso Neófito; porque ni habia agua, ni aun cuando la hubiese, parecia posible administrarle este sacramento en presencia de tantos gentiles, furiosamente encendidos contra los cristianos; fuera de que el santo Mártir estaba tendido en el potro, fuertemente ligado de pies y manos, sin apariencia de que le desatasen hasta haber espirado en aquel suplicio. Inquietaba mucho á nuestro Santo estaba dificultad en aquellas circunstancias. Por una parte era grande el deseo de verse reengendrado en el agua del bautismo; por ótra el temor de que Lorenzo exhalase en el potro el último aliento; la incertidumbre de hallar ótro á quien pudiese recurrir con igual confianza; y sobre todo, el ánsia de verse cuanto antes contado en el número de los fieles, impaciente le

tenia y sobresaltado. Observaban que de cuando en cuando levantaba los ojos al cielo, se acercaba al santo Mártir, le hablaba al oido, y que andaba inquieto como un hombre que medita un gran designio; cuando la divina Providencia, que vela amorosamente sobre sus escogidos, desató el lance, y le libró felizmente de aquel desasosiego.

Noticioso el Emperador de la constancia de san Lorenzo y de la tranquilidad y aun alegría con que perseveraba en los suplicios, no quiso que se burlase de él. Mandó, pues, que le desatasen y que le volviesen á la cárcel, reservándole para mas horribles tormentos. No se puede explicar el gozo de Roman al oir esta órden. Afectándose el ministro mas zeloso en obedecer al Emperador, retiró á todos los demas, queriendo encargarse él solo de la execucion, y ofreciéndose á llevar al santo Mártir al calabozo. Abrasado entonces en fervorosas ánsias de hacerse cristiano, echó mano de una ampolla llena de agua, y encerrándose con el Santo, le suplicó no le dilatase un punto su dicha, difiriéndole el bautismo. Preguntóle san Lorenzo, si tenia bien considerado el peligro á que se exponia, y si se sentia con valor de confesar á Jesucristo en medio de los mayores tormentos; á que respondió con tanta resolucion y con tan generoso esfuerzo, que el Santo reconoció en el nuevo Soldado de Cristo los milagrosos efectos de la gracia. Hallándole, pues, suficientemente instruido, y mucho mejor dispuesto, le bautizó; y abrazándole tiernamente, le exhortó á que se dispusiese para recibir la corona del martirio.

Verificóse muy presto la profecía, porque el nuevo Cristiano no pudo disimular su gozo, ni esconder el beneficio que acababa de recibir de la mano de Dios. Facilmente conocieron todos la conversion de Roman; pues sus palabras, sus modales y todas sus acciones publicaban la religion que profesaba. Informado el Emperador de esta novedad, reventaba de cólera, y no se pudo mostrar en público su encono y su rabia, al ver que los mas horrorosos tormentos no solo no eran bastante á alterar la constancia de los cristianos, sino que servian tambien para que los mismos gentiles abrazasen la fe de Jesucristo. Con todo eso, se quiso instruir por sí mismo de la verdad, y ordenó que Roman fuese presentado ante su tribunal con

resolucion de hacer en él un espantoso escarmiento. Apenas entró en la sala nuestro Santo, cuando sin esperar á que le preguntasen palabra, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: *Soy cristiano, soy cristiano, y tengo á gran gloria el serlo.*

Entró en furor Valeriano al oir aquella confesion tan valerosa como voluntaria, y mandó que despues de despedazarle á azotes, le cortasen la cabeza. Al punto se executó la sentencia; fue Roman ignominiosamente degradado de los honores de soldado romano, y le despedazaron á azotes como á un vil esclavo.

Rebosaba de gozo y de contento entre aquella espesa lluvia de desapiadados golpes, y no cesaba de clamar: *Soy cristiano, soy cristiano; y es gran dicha mia dar la sangre por la gloria de mi divino Salvador, que antes dió su vida por mi salvacion.* Despues de haberle despedazado el cuerpo, hasta descubrirse los huesos, le cortaron la cabeza el dia 9 de agosto del año de 258, en que el generoso Soldado de Jesucristo tuvo la dicha de merecer la corona del martirio. Su cuerpo, que secretamente hurtó un santo presbítero, llamado Justino, fue enterrado en una cueva del campo Verano; y en muchas ciudades de Italia y de Francia es singularmense venerado este gran Santo. Reconócele por su patron, y conserva uno de sus huesos la ciudad de la Ferte Gaucher en Brié; y la de Luca se gloría de poseer lo restante de sus reliquias.

La misa es de la vigilia de san Lorenzo, haciéndose conmemoracion de san Roman, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut intercedente beato Romano martyre tuo, et á cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et á pravis cogitationibus mundemur in mente: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que por la intercesion de tu bienaventurado mártir san Roman seamos libres de todas las adversidades del cuerpo, y seamos igualmente purificados de los malos pensamientos del alma: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi reg-

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró

num Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverant illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

"El fin principal del Autor de este libro, que se intitula la *Sabiduría*, es instruir á los reyes, á los grandes y á los jueces de la tierra, á los cuales particularmente dirige su discurso. En la epístola de hoy habla de Jacob, que por evitar la cólera de su hermano Esaú, se retiró solo y sin conductor á la Mesopotámia: pero el mismo Dios fue su guia, como lo es de todos los que fielmente le sirven."

REFLEXIONES.

Concedióle *la ciencia de los santos*. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion; carecer de esta ciencia, es lo mismo que andar descarriado, descaminarse y perderse. Posea uno con la mayor perfeccion las noticias mas sublimes; goce de un ingenio superior y milagroso; sea dueño de todas las ciencias; nada se escape, nada se oculte á su elevada comprension; ¿de qué servirán por toda la eternidad á los ingenios del tiempo todas esas luces y

todos esos descubrimientos, si ignoraron la ciencia de la salvacion? El mas mínimo de los ángeles que se revelaron, sabía mas que todos los sábios y que todos los doctores juntos. ¿Pero es por eso mejor su desgraciada condicion? ¿son por eso menos despreciables y menos infelices? Tenian todas las luces; penetraban á la naturaleza todos sus secretos; nada se escondia á su comprension; pero ignoraron la ciencia de la salvacion; y esta sola ignorancia los hará por toda la eternidad triste objeto de la ira de Dios, y por lo mismo las mas desdichadas de todas las criaturas. ¿Habrá algun ignorante, algun idiota, el de entendimiento mas grosero, mas rústico y mas craso, que si se salvó quiera trocar su suerte por la suya? Y valga la verdad; ¿qué concepto hacemos hoy de aquellos grandes ingenios que fueron la admiracion de su siglo, y lo son tambien del nuestro? ¿se les tiene mucha envidia si se condenaron? ¡Cosa extraña! Toda la vida se pasa en hacerse un hombre sábio, y al cabo toda nuestra ciencia es bien poquita cosa. Habiendo consumido el ingenio los espíritus y la salud para ir un poco mas allá del comun de los hombres, todo lo que se sabe es opinion, mezclada con mucha obscuridad y con no poca ignorancia. ¿Sábese todavía á punto fixo y con certeza, cómo se forma una flor ó una hoja, ni qué cosa es el fuego y el agua, despues de haber estudiado tanto? Un gran fondo de sabiduría y de doctrina no pocas veces carga mas al entendimiento que le alumbra. Lo que se aprende en los libros antiguos y modernos, en rigor mas es ciencia de memoria, que de entendimiento ni de discurso, y aun se puede decir, que parte de la verdadera sabiduría es ignorar lo que es inútil saber. Hablando con propiedad, solamente la ciencia de los santos es digna de un hombre sábio. El que sabe ser santo, sabe mas que todos los grandes ingenios que se perdieron. A ninguno le falta habilidad para ser eminente en esta ciencia; la mas simple criada, el esclavo mas vil, el hombre mas incapaz, se pueden distinguir en esta importante facultad. ¡Mi Dios, y cuánto confunde esta verdad á todos aquellos mundanos que hacen tanta vanidad de brillar y de sobresalir en los corrillos! Ignoremos, si fuere menester, todo lo demas, con tal que sepamos la ciencia de la salvacion.

El evangelio es del capítulo 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennan. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á obscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos páxaros por la menor moneda, y ninguno de éllos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos páxaros. Cualquiera, pues, que me confesáre delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Del infierno.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que ya se ha considerado otras veces (y se debiera estar considerando todos los dias de la vida), que hay infierno; esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La justicia de todo un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que, digámoslo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, ane-

gado, inmoble en aquel fuego; y penetrado de aquel fuego, no respira, ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento; y por un prodigio espantoso de rigor, que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean todas estas penas, se puede decir que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos; de aquella eterna desesperacion que causa á un condenado la memoria del tiempo pasado; de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, tantos auxîlios como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores, de que se dexó deslumbrar, la inanidad, el vacío de los bienes temporales, que le ocuparon el alma; la engañosa apariencia de los deleytes que tanto le encantaron; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la insubstancialidad de los respetos humanos de que se dexó arrastrar; y la nada de todas las grandezas humanas son otras tantas furias que martirizan, que despedazan el corazon de un infeliz condenado.

¡Que por gozar un momento de aquellos amarguísimos deleytes, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanísimas ideas de felicidad, mil veces os detesté, y nunca dexé de seguiros; apacentéme de vuestras locas esperanzas; y véisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme; ¿y cuánto me solicitó Dios para eso? Nunca me faltó la gracia, pero no quise corresponder á élla. Pensé muchas veces en el infierno; creia todo lo que ahora veo; todo lo que ahora experimento; me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban; y sin embargo, yo soy uno de estos condenados.

A estos mortales remordimientos, á estas penas inimaginables, añade el conocimiento de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir qué cosa es perderle,

y perderle sin esperanza de volverle á hablar. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los tormentos. Considera, si es posible, qué dolor es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah Señor! Piérdalo yo todo desde este mismo instante; bienes, dignidades, salud, honra y la misma vida, antes que os pierda á vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia infinita; en élla coloco toda mi esperanza. No permitais que me condene, dulcísimo Jesus mio.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas dél infierno no solamense son universales, excesivas, incomprensibles, sino que tambien son eternas; es decir, que por mas espantosas, por mas intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza ni de recibir jamás el menor alivio, ni de que se acaben jamás.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada, cuando en aquel abismo de la eternidad, despues de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequeñísima porcion, á esta inperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas le divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado despues de su muerte! Conocerá vivamente que por no haberse querido hacer un poco de violencia, durante un casi imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y despues de tantos millones de siglos como los está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¿Qué será arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en el mar? Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprensible extension de tiempo; y no habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados, habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste; habrá destruido la ciudad en que naciste; habrá trastornado los estados donde te

criaste; el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el Universo; habránse pasado tambien despues del fin del mundo tantos millones de siglos, como duró momentos el mismo mundo; y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te resta tanto que sufrir como en el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga traslade al mar toda la tierra que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano. ¡Santo Dios! Desde que Cain está en el infierno, no habiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo. ¿Y qué sería, si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga transportase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo, hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando por éllas mas que una vez cada mil años? El juicio se pierde y la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo. Pues al cabo, tiempo habia de llegar, en que si te hubieras condenado, podrias decir con verdad: despues de mi muerte, desde que estoy rabiando en este fuego, aquella hormiga hubiera transportado ya toda la arena y toda la tierra del Universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo. Toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos; y todavía me queda que sufrir una eternidad toda entera. Hay infierno, hay una desdichada eternidad en este infierno: hay cristianos que lo creen; ¡y hay cristianos que pecan! Ves aquí una cosa tan incomprensible como la misma eternidad.

¿Y qué, Señor, no me habreis dado tiempo para pensar en las penas eternas del infierno, sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado despues de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué furor! ¡qué desesperacion será algun tiem-

po la mia, si despues de haber hecho esta meditacion no mudo de vida, si no me aplico á trabajar con el auxîlio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, Padre Eterno, desprended hácia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros divinos ojos, mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo, y en virtud de esta sangre os pido misericordia, os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? Quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.
¡Ah Señor! ¿quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿quién podrá vivir entre las llamas eternas?

Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas. Aug.
Señor, aquí abrasa, aquí corta, aquí no me perdones, para que allá me perdones.

PROPOSITOS.

Baxa muchas veces al infierno con la consideracion, dice san Bernardo, mientras vives, si no quieres baxar á él en cuerpo y alma despues de muerto. Cuando se teme un gran mal, se piensa en él frecuentemente; y con este pensamiento se discurren medios, y se toman todas las medidas para evitarle. *No pierdas de vista el infierno*, dice el Sábio, si no quieres tomar el camino de él. Es de suma importancia aprovecharnos de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en élla nos aflige, para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir que la memoria de estas penas alivia aquellos trabajos. ¿Padeces dolores agudos y vivos? acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Habitamos en casas, estamos avecindados en lugares, ocupamos empleos que ocuparon muchos de los que ahora están ardiendo en aquellas llamas. Nunca nos hallarémos en concursos, en banquetes, ni en diversiones, en que no se pueda temer que algunos de los

que se divierten con nosotros serán quizá condenados. No hay accidente enfadoso, ni tampoco gustoso de esta vida, que no sea muy á propósito para acordarnos los tormentos de la ótra; ni hay remedio mas eficaz para templar y aun para extinguir la pasion de divertirnos, que esta saludable memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿excítanse los estímulos de la carne? ¿amotínanse las pasiones? pues imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde lo mas profundo del abismo: *Crucior in hac flamma*: Abrásome cruelmente en medio de este fuego. Lleva en tu pensamiento esta imágen, y en tus oidos esta triste voz á todos tus pasatiempos; y á buen seguro que bien presto perderán todo su gusto y todo aquel falso picante que irrita la sed de tu apetito. Hallándose en una ocasion extraordinariamente tentado un santo solitario, le ocurrió aplicar la punta del dedo á la llama de una vela; y obligándole á retirarla al punto el vivo dolor que sintió, exclamó volviéndose al tentador: Tú me solicitas y me estrechas para que me entregue á un deleyte prohibido, por el cual merezco ser condenado á las eternas llamas del infierno; ¿pero cómo las sufriré yo, que no puedo tolerar ni por un breve instante en la punta de un dedo este fuego usual que nos alumbra? Sería muy deseable que muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones; y de verdad que no se rendirian tantas veces á la tentacion.

2 No hay pérdida irreparable sino la pérdida del alma. Trastorno de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleytos, naufragios, infortunios y todas las que se llaman desgracias, por sensibles que sean, hablando en propiedad, todas admiten remedio; pero si una vez me condeno, ¿quién me consolará? ¿qué alivio me resta? ¿qué esperanza? Todo se perdió para mí, si pierdo á Dios. Fomente este pensamiento tu devocion; y con élla el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en esos importunos sobresaltos y contratiempos, que son inseparables de esta vida, dite á ti mismo sin cesar: no hay otro mal que el pecado; nada se debe temer sino perder á Dios. Los amigos, el tiempo y la misma muerte me pueden consolar en la pérdida de los bienes; de la salud, de los empleos, &c. Pero perder á Dios, y perderle para siempre; ¡ó qué pérdida! Así en los gustos, como en los

disgustos de la vida, hazte familiares estas bellas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el Universo, ser el mas poderoso monarca de la tierra, si al cabo se pierde y se condena? ¿de qué le sirve ahora á aquel grande del mundo que se condenó, á aquel desdichado rico, de qué le sirve la magnificencia, la abundancia, el esplendor en que vivieron, ni todos los pasatiempos, gustos y deleytes que gozaron? ¿de qué la sirve á aquella muger mundana que está ardiendo en el infierno, el haber sobresalido, el haber brillado tanto en todas las concurrencias? ¿de qué sirven los grandes nombres, los soberbios palacios, todo el aparato de modas, de galas y profanidad? ¿de qué sirve todo esto á quien se condenó? ¿Consolará mucho á aquella infeliz madre, á aquel desdichado padre, que se perdieron; los consolará mucho el haber dexado poderosos á sus hijos, miéntras éllos están ardiendo por toda la eternidad en aquel abismo de fuego? Familiarízate con estas reflexiones, pues hay pocos exercicios de piedad mas saludables. Ten en tu gabinete, ó en tu cuarto alguna imágen ú objeto que contínuamente te acuerde la memoria de la muerte y del infierno.

☞ DIA NUEVE.

San Justo, y Pástor, mártires.

Entre los hechos que acreditan la grandeza de la religion cristiana, y su superioridad sobre las luces de la humana filosofía, con dificultad se encontrará uno mas grande y decisivo que el martirio de los santos niños Justo y Pástor. Ellos acreditaron con una intrepidez enteramente sobrenatural, que la religion cristiana, lejos de criar ánimos cobardes, eleva las fuerzas naturales á un grado de

heroismo, á que no es capáz de hacerlas subir, ni el honor, ni la sabiduría, ni ningun motivo criado. Pretendió, pues, engañar al género humano el político Maquiabelo y otros modernos muy semejantes á él en la perversa doctrina, publicando que las máxîmas del evangelio son contrarias á la sublimidad de pensamientos, y á las obras heróicas. El presente martirio convence todo lo opuesto; pero es lástima que no hayan llegado hasta nosotros todas las circunstancias, para aprender en éllas los sublimes exemplos de estos dos santos Niños, y conocer hasta dónde se encumbran las grandes operaciones de la gracia. Su historia, deducida de las sacras que trae Surso, y de san Isidoro, de san Ildefonso y ótros, es como se sigue:

Por los años del Señor de 295 fue el dichoso nacimiento de san Justo y Pástor, con la diferencia de dos años que este último tenia mas que el primero. Su patria fue Compluto, hoy Alcalá de Henares, ciudad que en aquella primera época del cristianismo era no menos ilustre por la gran copia de profesores que en élla tenia el evangelio, que por el gran concepto que merecia á los romanos. Ignóranse los nombres de sus padres, pero se sabe que eran cristianos, y de los efectos que en Justo y Pástor produxo su educacion, se infiere que no eran de aquellos tibios que se contentan con el nombre, sino de los fervorosos que honran su profesion con la piedad de sus obras. Criaban santamente á sus hijos, infundiendo en su tierno corazon las máxîmas del evangelio. A esta sazon se habia promulgado la terrible persecucion que Diocleciano y Maximiano levantaron contra la Iglesia de Jesucristo; y entre los crueles ministros que por todo el mundo ponian en execucion los edictos imperiales, se distinguia en España Daciano por lo sangriento, por lo astuto y por lo diligente. Hallábase éste presidente en Zaragoza, y despues de haberla regado con la sangre de innumerables victimas, determinó pasar á Compluto con el intento de exterminar, si fuese posible, el nombre del Crucificado. Apenas llegó á la ciudad con todo el aparato de lictores y demas ministros, cuando al punto resonó en los corazones de los cristianos el evidente peligro en que se hallaban sus vidas. Divulgóse por toda élla el fin de su

venida, que no era ótro que hacer las mismas atrocidades que habia practicado en Zaragoza.

Estos rumores llegaron á los oidos de Justo y Pástor, niños el primero de siete, y el segundo de nueve años, que iban á la escuela á aprender las primeras letras, y concibieron el mas alto designio que puede caber en pecho humano. Trataron mútuamente de la grandeza de la religion, de la impiedad de sus perseguidores, y de cuán conveniente sería aterrar su soberbia con un hecho que á un mismo tiempo animase á los fieles á dar su vida por Cristo, y llenase de vergüenza el alma del tirano. Determinaron presentarse á su tribunal y desafiarle públicamente, confesando las eternas verdades, y ofreciendo sus vidas en su defensa. Con este consejo, sin ser llamados, se fueron á la casa de Daciano, en lugar de ir á la escuela; y encontrando con sus ministros, les dixeron libremente, que si buscaban cristianos á quienes atormentar, que allí estaban éllos, que detestaban la vanidad de sus idolos, y creían en Jesucristo, verdadero Dios, por cuya fe darian gustosamente sus vidas. Quedáronse pasmados los ministros del Pretor viendo en dos niños tan tiernos una determinacion tan valerosa. Dieron cuenta de élla á Daciano, el cual se conmovió todo; y entre los efectos que en él causaron la crueldad y la astucia, dió el lugar principal á los de esta última, precaviendo con arte los daños que podian resultar de un caso tan maravilloso. De luego á luego mandó prenderlos; pero no tuvo por conveniente oirlos en juicio, cónsiderando que la confesion libre y generosa de dos niños tan tiernos, podria ser un exemplo poderoso á confirmar en la fe á los mas provectos, y temiendo que si no llegaba á hacerlos mudar de intento quedaria su maldad vergonzosamente postrada, y su autoridad cubierta de ignominia. Contempló que como niños podrian amedrentarse con un castigo propio de su edad; y así, mandó azotarlos, con la esperanza de que este tormento bastaria para hacerlos mudar de opinion. Púsose en execucion la inicua sentencia; pero al tiempo que el dolor habia de causar algun contraste en las tiernas almas de aquellas inocentes víctimas, fue tan al contrario, que aquel Dios que hace sábias las lenguas de los niños, movió las suyas para que se confortasen

mútuamente con unos coloquios llenos de virtud celestial y de ciencia divina.

"No temas, *decia Justo á su hermano Pástor*, no temas este tormento transitorio: no te acobarden las llagas que causan en tu tierno cuerpo estos crueles azotes, ni te infunda terror el cuchillo que nos amenaza; porque si fuésemos tan dichosos que quiera darnos nuestro Señor Jesucristo la palma del martirio, recibirémos en la otra vida la sublime gloria de que gozan los mártires, y vivirémos eternamenre entre los coros de los ángeles, adornados con inmarcesibles coronas. Nuestra vida en este mundo habia de ser breve y perecedera; pero en el ótro gozaremos de una vida eterna, y esa colmada de interminables delicias." *A estas santas palabras de Justo, contextó su hermano Pástor de esta manera*: "Hablas dignamente, ó hermano Justo, y tus discursos me persuaden la justicia, de modo que tus palabras te hacen digno del nombre que recibiste en el bautismo. Convengo con lo que dices, y estimo en nada el derramar la sangre, y el que nuestros cuerpos sean destrozados por la confesion de nuestro Señor Jesucristo, en comparacion de la dicha que tendrémos de adorar su divino cuerpo y preciosa sangre en la patria celestial. Cerrémos los oidos á las piadosas persuasiones de nuestros padres y parientes, caso que intenten apartarnos de nuestro propósito: ni tengamos lástima de nuestra tierna edad, ni de nuestra vida, que ha de tener un fin muy pronto; antes bien démonos priesa para llegar á las celestiales moradas, en donde pedirémos á Dios perdon de los pecados de nuestra infancia, y al mismo tiempo de los que hayan cometido nuestros padres." Estos discursos dexaron atónitos á los verdugos, y contuvieron el ímpetu con que descargaban azotes sus robustos brazos. Dieron parte á Daciano de como los santos Niños, lejos de intimidarse con la violencia del tormento, sufrian los dolores con un semblante risueño, y se animaban á la constancia con mútuas exhortaciones, en que hacian desprecio de la misma muerte.

Estremecióse Daciano al oir un suceso tan desusado y portentoso; y en medio de su admiracion, prorumpió en estas palabras: No son dignos éstos de ponerse en mi presencia; porque si llegaren á vencer mis halagos

y amenazas unos niños que desprecian igualmente los tormentos y la vida, y el dar culto á los dioses inmortales, ¿qué sucederá despues? Esta reflexíon llenó su alma de encono, y para precaver los daños que se temia de tan sublime exemplo, mandó que los sacasen secretamente de la ciudad, y los degollasen en el campo. Estaba entónces Alcalá situada en el lugar que hoy dia llaman la Huerta de las Fuentes; y habiendo los verdugos tomado á los dos santos Niños, los llevaron al campo Laudable, que es el sitio que hoy ocupa la ciudad referida. Allí, puestas las dos tiernas, é inocentes víctimas sobre una piedra, entregaron sus cuellos al sangriento cuchillo, que no tuvieron horror de teñir mas en leche que en sangre los ministros de la perfidia gentílica, como reflexíona el autor de las actas de santa Leocadia. Sucedió este martirio en el mismo lugar que ocupa hoy la magistral, en donde se conserva la piedra sobre que fueron sacrificados los Santos, con algunos vestigios de su preciosa sangre. Avergonzado el Pretor de haber ensangrentado sus manos en dos niños inocentes, y conociendo que en aquella ciudad no podria conseguir ventaja alguna á favor del paganismo, se retiró inmediatamente. Con su ausencia tuvieron los cristianos comodidad para recoger los cuerpos de estos santos Mártires, y tributarles todo el honor que merecia un triunfo tan heróico. Sepultáronlos en el mismo lugar en que habian padecido martirio, en donde edificaron en honor suyo una Iglesia con dos altares, uno sobre el cuerpo de Justo y ótro sobre el de su santo Hermano. Sucedió este glorioso triunfo en el año segundo de la era de los mártires, que fue el de 304, el dia 6 de agosto, segun consta del códice Veronense, del oficio muzárabe y de muchos martirologios.

La iglesia y los altares edificados debieron ser de tan débil materia, que en el espacio de un siglo, no solamente se verificó su destruccion, sino que llegó á borrarse de la memoria de los ciudadanos el sitio dichoso que conservaba un tesoro tan apreciable. Quiso Dios manifestarlo para que no careciesen los fieles del consuelo de poder venerar las reliquias de dos mártires, que tanto honor habian dado á la religion de Jesucristo. A prin-

cipios del siglo quinto eligió la divina misericordia al metropolitano de Toledo, llamado Asturio, por glorioso instrumento de la invencion de los santos Mártires. En un sueño misterioso, no solamente le reveló el lugar determinado que escondia el precioso tesoro, sino que ademas inflamó su espíritu de unos ardientes deseos de encontrarle. Fuese á Alcalá, y habiendo hecho desmontar las ruinas y escombros que cubrian los dos santos sepulcros, encontró lo que su piedad deseaba. Reedificó de nuevo la iglesia, erigiéndola en silla episcopal, y permaneciendo toda su vida en Alcalá, para no apartarse de donde tenia el iman de su corazon. En la devastacion de los sarracenos padecieron los santos cuerpos varias translaciones, hasta que últimamente vinieron á parar á Huesca. En el año de 1567 el piadoso rey Felipe II. obtuvo del santo padre Pio V. un riguroso decreto, en forma de breve apostólico, en que mandaba al obispo de Huesca que enviase á Alcalá la mitad de los sagrados cuerpos de los santos Mártires. Obedeció el obispo; y habiendo puesto en una preciosa urna reliquias insignes de los santos Niños, fueron llevadas con la pompa y magnificencia debida al lugar de su martirio. Recibió Alcalá este precioso tesoro el dia 7 de marzo del año de 1568 con excesivas muestras de devocion y alegría; y habiéndolas colocado en un lugar no menos decente que magestuoso, recibe contínuamente las misericordias del Señor por la intercesion de estos santos Niños, que son á un mismo tiempo sus ciudadanos y sus patronos.

La misa es en honor de los Santos, y propia para manifestar la grandeza de su triunfo en su tierna edad.

Deus, lactentium fides, spes infantium, charitas puerorum; qui per innocentum tuorum Justi, et Pastoris laudem cunctos provocas ad salutem: infunde in nobis, quæsumus, puritatem lactentis infantiæ; ut dum sensu justitiæ parvulis adequamur, in illa remuneratione fidelium cum sanctis pariter gloriemur:

O Dios, que sois la fe de los que todavía están mamando, la esperanza de los infantes, y la caridad de los niños, y que por medio de la alabanza de tus santos inocentes Justo y Pástor estimulas á todos á conseguir la salud eterna: suplicámoste, que infundas en nosotros la pureza de la infancia, para que igualándonos á los niños en

Per Dominum nostrum Jesum Christum...

los sentimientos de justicia, nos gloriemos con los Santos en la remuneracion que destinais á los que os son fieles: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7. del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixit illi: Domine mi, tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei; et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: et qui sedet in throno, habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, neque cadet super illos sol, neque ullus æstus: quoniam Agnus Dei, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

En aquellos dias: Respondió uno de los ancianos, y me dixo: Estos que están vestidos de estolas blancas, ¿quiénes son? ¿y de dónde vinieron? Y yo le respondí: Mi Señor, tú lo sabes. Y él me dixo: Estos son aquellos que vinieron de una gran tribulacion, y levantaron sus estolas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo: y el que está sentado en el trono, habitará sobre éllos: no tendrán yá mas hambre, ni sed, ni caerá sobre éllos el sol, ni otro algun calor: por cuanto el Cordero, que está en medio del trono, los gobernará y los guiará á las fuentes de agua de vida, y enxugará Dios todas las lágrimas de sus ojos.

REFLEXIONES.

El no considerar los hombres la grandeza y certidumbre de las divinas promesas, les hace desconfiar de sí mismos, y aumentar la debilidad de sus propias fuerzas, con una cobardía y apocamiento, producidos por su desidia. Cuando se fixan los ojos en los hechos grandes que ofrece la historia de los primeros siglos de la Iglesia, no puede menos de complacerse el cristiano, al ver que aunque por el pecado del primer hombre perdió su naturaleza todas las fuerzas para las obras sobrenaturales, Jesucristo por medio de su poderosa gracia, le ha elevado á un grado de poder, capaz de desafiar, no solamente á los tiranos, sino á

toda la furia del abismo. Causan admiracion tantos esforzados mártires que renunciaron gustosos á las delicias de la vida y á las opulencias de la fortuna. Los mismos verdugos se estremecian viendo la constancia de un Lorenzo en las parrillas, y de un Ignacio entre los leones. Aun el sexô frágil, incapaz en lo humano de dar oidos á otras sugestiones que las del miedo y el terror, se ha visto pendiente en el ecúleo y en la cruz mirar sus llagas con semblante risueño, y reputarse mas venturoso cuando perdia su vida entre indecibles tormentos, que lo sería en el lecho nupcial entre los bienes y delicias del mundo. Pero el espectáculo que nos ofrecen hoy san Justo y Pástor, es un exemplar que arredra todos los dichos, y certifica al cristiano de lo mucho que puede, no con sus propias fuerzas, sino con la gracia de Jesucristo. A la verdad, sorprende el ver á unos niños, en cuyos corazones apenas podian caber otras ideas que las de la diversion y la fruslería, concebir el grande proyecto de sacrificar sus vidas en testimonio de la fe, y con el piadoso designio de que su triunfo animase á los demas fieles y sorprendiese al tirano. Tan sublimes ideas jamás las produxo el decantado entusiasmo del honor, y mucho ménos la severidad de la filosofía. Sola la gracia de Dios, que da al hombre unas fuerzas correspondientes á la omnipotencia de su autor, y unos pensamientos dignos de la sabiduría infinita, es capaz de hacer semejantes milagros, transformando una naturaleza frágil y miserable en un ser grande, magnífico y al parecer omnipotente. De manera, que solo por este respeto pudiera verificarse lo que dice el Profeta: Vosotros sois dioses, é hijos todos del Excelso.

Pero los hombres bien hallados con su miseria y sin el ánimo necesario para ahuyentar la flaqueza de su corazon, se ciegan voluntariamente para no percibir las obras maravillosas de la gracia. Por el contrario, cuando fixan la vista en los heróicos exemplos que nos dexaron los santos, llegan á intimidarse de manera, que se hacen un retrato de los exploradores de la tierra de promision. Todo lo miran con el microscópio de la cobardía, que les abulta portentosamente los objetos. Ven mónstruos, fantasmas y espectros, en donde realmente no hay mas que flores y delicias cuando se mira con una vista que no está enferma. Desengáñate, ó cristiano: la virtud no es otra cosa que el mismo Dios:

su ley santa es indistinta de su misma esencia. De consiguiente, la virtud, el bien, y las reglas del bien obrar, son para las mismas y para todos inmutables, porque Dios tiene esencialmente este carácter para con todos los hombres. Haces una gravísima injuria á su justicia, á su bondad y á su omnipotencia, si piensas que ha sido distinto con los mártires, franqueándoles sus gracias y sus promesas, de lo que es contigo. El mismo Dios, que dió fortaleza á los niños para desafiar y vencer la perfidia de los tiranos, ese mismo Dios está siempre á tu lado, protegiéndote con su sombra, y extendiendo su fuerte brazo para pue no prevalezcan contra ti tus enemigos, que lo son tambien suyos. Solo se necesita que no pongas óbice de tu parte á sus misericordias; y en tal caso, ni puedes dudar que te franqueará la gran copia de sus gracias, ni que con éllas llegarás á desechar la cobardía y emprender acciones gloriosas.

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dixo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de la religion cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la divina religion que instituyó Jesucristo, es tan noble en sus máxîmas, tan sublime en sus preceptos, tan verdadera en sus promesas, y en sus efectos tan admirable, que esto mismo acredita su grandeza, y aun á los ojos mas ofuscados se presenta como superior á cuantas religiones, ó sectas abrazan los hombres por tenacidad, por malicia, ó por capricho.

No se puede dudar que las máxîmas y leyes de esta religion sacrosanta son las mas conformes á la razon natural, cuando ésta no se ha dexado corromper de los vicios. La razon natural dicta, que el mundo no se pudo hacer á sí mismo, que debe tener un principio sin principio, una causa eterna y omnipotente que le produxo de la nada; en una palabra, que hay un Dios criador. La misma luz natural dicta, que á este Dios criador se le debe adorar y servir, que deben obedecerse sus leyes, que deben impetrarse sus gracias, y que nuestros corazones se deben deshacer en acciones de gracias, porque nos dió el ser que tenemos como omnipotente, y nos le conserva como bueno y misericordioso. La misma razon natural nos enseña, que una alma libre, espiritual é inmortal, capaz de recibir eternos galardones, ó eternos castigos, no puede provenir sino de un sér infinitamente bueno y justo, que quiso gratuitamente distinguir al hombre de esta manera respecto de las demas criaturas, haciéndole semejante á los mismos ángeles. La razon natural dicta, que un Dios infinitamente bueno debe ser amado sobre todas las cosas, sin permitir que se traspasen aquellas leyes que prescriben su honor y su respeto. Últimamente, dicta la razon natural, que el hombre debe amar á sus semejantes, procurándoles todos los bienes, y excusándoles todos los males, teniendo por regla fixa, no hagas á ótro lo que no quisieras que fuese hecho contra ti. Todas estas verdades primeras, que son el cimiento en que estriba la religion cristiana, han sido conocidas de los filósofos gentiles; de manera, que en éllas han establecido cuanto se en-

cuentra en sus libros de sólido y verdadero. Pero la religion cristiana ha ensalzado estas mismas verdades, y sacándolas de su esfera, las ha dado el carácter de sobrenaturales, enseñando al cristiano que puede creerlas por motivos superiores á toda la naturaleza, cuales son la suma veracidad de Dios y la infalibidad de su Iglesia, que son los puntos cardinales de la firmeza y seguridad de nuestra fe.

Si se compara la excelencia de este modo de pensar con los desaciertos que ha adoptado el entendimiento humano, es preciso confesar, que la excelencia de nuestra religion se aventaja tanto sobre las ótras, cuanto dista la luz de las tinieblas, el bien del mal, y una criatura infeliz, de un Criador eterno é infinito. ¿Qué monstruosidades no adoptaron los gentiles por puntos de religion? ¿Qué criatura por ínfima y despreciable que fuese no les mereció el carácter de la divinidad, tributando adoraciones y sacrificios á los insectos mas inmundos y á los entes mas insensibles? Se horroriza la imaginacion cuando se la presentan los monstruos que adoraron los egipcios, los hombres y mugeres viciosas que tuvieron los griegos por divinidades, y la confusa indiscrecion con que los romanos abrazaron los errores de todo el mundo. Aún se horroriza mucho mas al ver la baxeza é insulsez de sus sacrificios, y la crueldad con que hacian víctimas á los hombres de unas divinidades que eran muy inferiores á éllos. Si se junta á estas consideraciones la reflexíon de la suma ceguedad que han debido tener los hombres para llegar á negar un Sér supremo, y hacerse ateistas, se ve mas claramente, que la religion cristiana, sobre todas sus preeminencias, tiene el singular privilegio de ilustrar el entendimiento, para que no adopte los errores, sino antes bien conozca y abrace las verdades. Así se verifica aquella magnífica promesa que hizo Dios á su pueblo por el profeta Isaías, diciendo (cap. 42.): *Guiaré á los que están ciegos por un camino que ignoran, y haré que dirijan sus pasos por unos senderos que jamás conocieron: haré que las tinieblas se conviertan delante de éllos en luz, y los caminos torcidos en sendas derechas y seguras.* De esta felicidad gozan los que profesan la religion cristiana, y esta misma felicidad es la que acredita su grandeza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la religion cristiana no solamente ilustra el entendimiento para conocer las primeras verdades, sino que ademas dirige la voluntad, prescribiéndola reglas y leyes santísimas con que conformar sus operaciones, y la inflama para que deteste el vicio y abrace la virtud.

Todos los preceptos de las demas religiones son preceptos de carne y sangre; leyes terrenas, que no tienen otro objeto que la adquisicion de bienes temporales, y por legítima consecuencia la deprabacion de las costumbres. Así se ve, que todos sus héroes son los héroes del vicio; y si tal vez acertaron con alguna virtud moral, como les faltaba la luz verdadera, ó la dirigieron á fines pecaminosos, ó la mancharon con la vanidad y con el amor de sí mismos. Unas veces se les ve robando los estados, ótras tiranizando á sus próximos; ótras convirtiendo en daño de sus semejantes los dones de la naturaleza; y ótras en fin, sacrificando á la vanidad de parecer sábios, políticos y elocuentes la felicidad de reynos enteros. De máxîmas tan deprabadas ningun otro efecto se podia producir, que la subversion de los estados, la infelicidad de los pueblos, y una comun desventura aun en aquellos mismos que procuraban su dicha á costa del daño ageno. ¿Pero qué felicidad no tendria el mundo, si todos observasen exâctamente los preceptos del evangelio? Mírense atentamente todas sus máxîmas, y se hallará que todas conspiran á la felicidad de los hombres. Los soberanos son enseñados á mirar á sus súbditos como otros tantos hijos, á procurarles todos los bienes, y á conocer, que todo el esplendor y gloria de este mundo pasa como una sombra, y que así como en el nacimiento son iguales los monarcas al hombre mas ínfimo de la plebe, de la misma manera vendrá un dia en que la muerte vuelva á renovar esta igualdad, pero con unas terribles consecuencias. Los vasallos aprenden en el evangelio, que deben amar, respetar y obedecer á sus reyes y superiores, conociendo que su potestad es de Dios, y que no deben escasear la obediencia, ni el tributo á aquellos á quienes con la mayor sumision y obediencia ofreció úno y ótro el Hijo de Dios

hecho hombre. Además de esto ¡qué fidelidad, qué paz y mútua correspondencia no se encontraria en los matrimonios! ¡qué honestidad, amor y sencillez no se veria en las mugeres! ¡qué juicio, probidad y entereza no se advertiria en los hombres! ¡qué humildad, docilidad y sumision en los hijos de familia! ¡qué fidelidad, solicitud y esmero en los criados! y en una palabra, ¡qué union, qué armonía, qué caridad en todos los individuos del pueblo cristiano! Lejos de parecer el mundo un confuso caos, animado del desórden, sería una mansion de felicidad, en donde todos los hombres vivirian contentos con su suerte, y no menos gozosos de la de sus hermanos. Sus virtudes se numerarian por sus acciones, y el nombre de vicio sería una voz desconocida en sus causas y sus efectos.

Esta pintura, que parece algo lisonjera, es un retrato verdadero de los influxos de las máxîmas cristianas de las acciones de los hombres: es una consecuencia necesaria de las reglas divinas que estableció Jesucristo, y es una prueba convincente de la sublimidad y grandeza de una religion que modera las pasiones humanas, hace amable la virtud, y llena la voluntad de un fuego activo para practicarla. Si á esto se llega aquella fuerza sobrenatural que da la gracia para acometer empresas maravillosas, cuales fueron las de todos los mártires, y singularmente entre todas la de san Justo y Pástor, resulta, que la religion cristiana es, no solamente grande en sus preceptos, sublíme en sus verdades, y magnífica en sus promesas, sino sobrenatural y divina en sus obras.

JACULATORIAS.

Quam magnificata sunt opera tua, Domine! Nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ! Salm. 91.

¡Qué grandes son, Dios mio, todas tus obras! ¡Y qué escondidos todos tus pensamientos!

A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris. Salm. 117.

Es preciso confesar que toda nuestra religion es una obra de nuestro Dios, y que de cualquier aspecto que se la mire, es maravillosa á nuestros ojos.

PROPOSITOS.

Todas las criaturas de que consta este mundo aspectable, nos están provocando á reconocer la grandeza y omnipotencia de nuestro Dios. Todas ellas parecen otras tantas lenguas que nos hablan de su bondad, de su misericordia, de su beneficencia y de todos sus atributos. Los cielos, decia el real Profeta, predican la gloria de Dios, y el firmamento mismo nos está anunciando las obras de sus manos. Todo este conjunto de obras maravillosas está excitando al hombre para que tribute á su Hacedor alabanzas contínuas. Pero siendo la religion obra mucho mas maravillosa que la creacion del mundo, y mas provechosa para nosotros que todas las producciones de la naturaleza, se hace preciso concluir, que por este inestimable beneficio debemos emplearnos en contínuas acciones de gracias á nuestro Dios. Debemos darle gracias por habernos manifestado tan claramente las verdades en las sagradas Escrituras: por haber empleado su Hijo unigénito á romper la cadena de nuestra antigua servidumbre: por haber instituido una religion santa, pura, inmaculada y sublíme: por haberla confirmado con tantos milagros de su omnipotencia; y últimamente, por habernos dado tantos testigos de su verdad, cuantos son los mártires que derramaron generosamente la sangre en su defensa.

Estas debieran ser las principales ocupaciones de un cristiano, y estos los grandes motivos por que manifestase á Dios su gratitud. ¿Pero son estas las acciones en que ocupas tu vida? ¿te ha venido frecuentemente al pensamiento dar gracias á tu Dios por el incomparable beneficio de haberte hecho cristiano? ¿tus gozos, tus complacencias se han manifestado alguna vez por la consideracion de ver que profesas una religion tan grande y tan segura como es la religion cristiana? Regularmente este pensamiento está muy lejos de los hombres. Dan á Dios gracias porque ha libertado de la enfermedad á un hijo protervo, que será un manantial de penas para sus padres, y una afrenta para el cristianismo. Se le dan gracias por la conservacion de la vida, por la restauracion de la hacienda, por la obtencion de puestos y dignidades en que

peligra la salvacion del alma. Nuestros ojos terrenos apenas saben levantarse del lodo y de la inmundicia que les rodea. Solemos estimar por verdaderos bienes lo que atendida la corrupcion de nuestras pasiones, es ocasion de nuestra desventura. Levanta, pues, ó cristiano, las atenciones de tu alma, y fíxalas en tu Dios. Adora con sumision sus obras maravillosas, principalmente aquéllas que están ordenadas á la santificacion de tu espíritu; y entre las ocupaciones de tu vida, sea desde hoy mas una de las principales, el ser á Dios agradecido por haberte hecho profesor de la religion cristiana.

DIA DIEZ.

San Lorenzo, mártir.

Si España se gloría de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació san Lorenzo hácia la mitad del tercer siglo, en Huesca, ciudad de España, en el reyno de Aragon. Su padre se llamó Orencio y su madre Paciencia; ambos zelosos y fervorosos cristianos, de piedad tan exemplar, y aun de virtud tan eminente, que la iglesia de Huesca celebra solemnemente su fiesta el primer dia de mayo, siendo en élla su memoria de singular veneracion. Padres tan virtuosos y tan santos, necesariamente habian de dar á su hijo la mas cristiana educacion. Correspondió á élla Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinacion como nativa á todo lo que era virtud. Los rasgos que mas le caracterizaron desde la cuna, fueron la inocencia de costumbres, y un sobresaliente amor á la pureza. Admiróse desde luego en él un corazon noble, intré-

pido y generoso; pero sobre, todo se hacia universalmente distinguir aquel tierno y aquel encendido amor á Jesucristo, que ninguna cosa fue capaz de entibiar, ni de disminuir. Animado del zelo de la religion, resolvió desde sus mas tiernos años emprender el viage á Roma, considerándola como el verdadero centro de élla. Tardaron poco en descubrir el mérito y la elevada virtud de aquel extrangero jóven los fieles de la capital del mundo. Pero el que mas los sondeó y los admiró, fue el pontífice san Sixto, que acababa de ser sublimado á la silla de san Pedro; y encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconoció en nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados, y con éllos la dignidad de arcediano, como lo afirma san Agustin y san Pedro Crisólogo; empleo que le constituia el primero de los diáconos de la Iglesia romana. Lejos de engreirle la nueva elevada dignidad, solo sirvió para hacerle mas fervoroso, mas zeloso y mas humilde. Era ministerio propio del arcediano el dar la comunion al pueblo cuando el papa celebraba el divino sacrificio; y tambien estaba á su cargo la custodia del tesoro de la Iglesia; es decir, de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y de los caudales destinados al sustento de los ministros y al socorro de los pobres. Lo primero pedia una santidad sobresaliente en el ministro; y lo segundo una prudencia, una vigilancia superior, y un desinteres á toda prueba en el tesoro.

No bien habia comenzado nuestro Santo á exercitar con aplauso universal las funciones de uno y otro ministerio, cuando se levantó contra la Iglesia el fuego de la persecucion mas horrible; siendo su empeño nada menos que borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano, anegándole en la sangre de los fieles.

El emperador Valeriano, que en el concepto de los gentiles estaba reputado por un Príncipe humano, apacible y benigno, logró igual reputacion en el de los cristianos á los principios de su imperio. Ninguno de sus predecesores los habia tratado con tanta benignidad; en público y en particular les mostraba siempre el mayor agrado; por lo que dentro de su misma imperial casa se contaba tanto número de siervos de Dios, que mas parecia iglesia que palacio. Pero habiendo sido tan extraordinaria la bondad

con que entonces los trató, no fue menos violenta la persecucion con que los afligió en lo sucesivo. Nació esta mudanza de Macriano, que desde el mas baxo abatido nacimiento, ascendió á los primeros empleos del imperio, haciendo escala para éllos de los mas enormes delitos; y aspirando su ambicion á la misma dignidad imperial, hizo pacto con el demonio, que le prometió el imperio, como exterminase del mundo toda la nacion de los cristianos. Apoderado enteramente Macriano de la gracia y del concepto del Emperador, le persuadió á que mudase de conducta con éllos; y á sugestion suya en el año de 258 publicó el Príncipe aquel cruel edicto, en que sin remision ni dilacion condenaba á muerte á todos los obispos, presbíteros y diáconos, no dexándoles la opcion que permitia á los demas cristianos de rescatar la vida á costa de su fe.

Dióse principio á la execucion por las cabezas; y echando mano del papa san Sixto, fue conducido, cargado de hierro y de cadenas á la cárcel Mamertina. Apenas llegó á los oidos de Lorenzo la prision del santo Papa, cuando corrió exhalado á la cárcel, resuelto á no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente por la corona del martirio. No tardó mucho tiempo en encontrarle; y apenas le divisó á lo lejos, pero á distancia donde pudiese ser oido, cuando, como dice san Ambrosio, comenzó á clamar de esta manera: *¿Qué es esto, padre santo? ¿cómo vas á ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar? ¿acaso desconfias de mi fe? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ea, haz experiencia de él, y élla te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del pontífice: pues ¿por qué me dexas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.*

Enternecido san Sixto al oir los fervorosos afectos de su Diácono: *Consuélate, hijo mio* (le respondió), *que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo distribuye á los pobres los tesoros que se*

fiaron á tu cuidado, y prevente para recibir la corona del martirio. Estas últimas palabras llenaron de gozo y de consuelo el corazon de nuestro Santo, que ardia en vivas ansias de derramar su sangre por amor de Jesucristo. No se detuvo ni un solo momento; partió al punto; entregó á los fieles los ornamentos y vasos sagrados; recogió todo el dinero que estaba destinado para el socorro de los pobres; encamínase á aquellos parages de Roma donde estaban ocultos los cristianos; recorre todas las cuevas y lugares subterráneos, para repartir en éllos las limosnas. Y sabiendo que muchos presbíteros y muchos fieles se habian refugiado á la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á élla entrada ya la noche, lavó los pies á los ministros del altar, y distribuyó entre los pobres la cantidad de dinero. Desde allí se transfirió á la casa de un fervoroso cristiano, por nombre Narciso, donde estaban recogidos muchos pobres: socorriólos, y restituyó la vista á Crescenciano, que muchos años antes la habia perdido. Dirigióse despues á la cueva de Nepociano, donde estaban escondidos sesenta y tres cristianos; hizo lo mismo con éllos que con los ótros; socorrió sus necesidades; y habiéndolos exhortado á la paciencia y á la constancia en la fe, acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenia.

Pasó toda la noche en estos exercicios de caridad, y al dia siguiente se fue á la puerta de la cárcel, para lograr el consuelo de ver por la última vez al santo Papa, que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo dia. Fue sacado el santo viejo para el suplicio, y cuando le llevaban á él, se arrojó á sus pies Lorenzo, y deshaciéndose en lágrimas, le dixo, que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le habia encomendado, y que en esa suposicion nada le restaba que hacer sino servirle de ministro en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró san Sixto consolarle, pronosticándole que en menos de tres dias tendria parte en la misma corona, y le añadió: *Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me expone á tormentos ligeros; pero á ti, hijo mio, te reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.*

Y fue así, que como los soldados oyesen hablar de

tesoros á Lorenzo, dieron cuenta al Emperador, figurándole que aquel jóven diácono era dueño de inmensas y preciosísimas riquezas. No fue menester mas para que Valeriano mandase echar mano de él, estimulado de la codicia de los imaginados tesoros, no menos que de su insaciable sed de sangre de cristianos. Correspondió el gozo de nuestro Santo al ardor de sus deseos. Presentóse delante del Príncipe, á la verdad con modestia y con respeto; pero al mismo tiempo con cierto despejo y con cierta intrepidez poco acostumbrada. Luego fue exâminado sobre su profesion, y respondió con desembarazo, que era cristiano, y diácono de la Iglesia romana. Volviósele á preguntar, dónde tenia los tesoros que se le habian confiado; á que prontamente satisfizo, diciendo, que como se le diese tiempo, los recogeria y los pondria todos á la vista. Concediósele un dia de término; y convocando todos los pobres que pudo juntar, se puso á la frente de aquella andrajosa muchedumbre, compareció con élla ante el tribunal del Emperador, y le dixo con el mayor respeto, que obedeciendo, como debia, sus imperiales órdenes, presentaba á su Magestad imperial las principales riquezas de los cristianos, y los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia. No esperaba el Príncipe esta arenga; y reputándola por insulto de la Magestad, resolvió escarmentar el temerario arrojo de Lorenzo con los mayores suplicios que pudiese inventar el furor. Dió principio mandando que le despedazasen á azotes como el mas vil de todos los esclavos. Mandó despues que traxesen á su presencia todos los instrumentos que servian para atormentar á los mártires, y haciendo á nuestro Santo que los reconociese, le dixo: *Una de dos, ó resuélvete á sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó disponte para padecer tú solo mucho mas de lo que han padecido hasta aquí todos juntos cuantos profesaron tu infame secta. Vuestros dioses, Señor*, respondió Lorenzo, *ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres; ¿y vos quereis que yo los rinda adoracion? Hacen poca fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gracia de mi Salvador Jesucristo, que la misma intrepidez con que los toleraré, será la mejor prueba de lo que puede aquel único*

y verdadero Dios, á quien adoro. Quedó cortado el Emperador al oir esta animosa respuesta, y perdió toda esperanza de sacar partido alguno del santo Diácono. Pero no queriendo darse por vencido, ordenó que le restituyesen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia; en cuyo ánimo habian hecho ya mucha impresion las palabras y la modestia de Lorenzo, y acabaron de convertirle los milagros que obró en la misma prision; pues no bien se dexó ver en élla cuando todos los confesores de Cristo que la ocupaban, se arrojaron á sus pies; y uno de éllos, llamado Lucilo, que muchos años antes habia perdido la vista, la recobró milagrosamente, tomando la mano del Santo y aplicándola á sus ojos. Fue Hipólito testigo de esta maravilla; pidió el bautismo; y no fue esta la única conquista de Lorenzo durante su valeroso combate.

Luego que amaneció el dia siguiente, recibió el prefecto de la ciudad una órden del Emperador, en que se le mandaba hiciese comparecer á Lorenzo delante de su tribunal, y que no perdonase á medio alguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter, pero que si no se rindiese, le quitase la vida con tales y tan extraños tormentos, que jamás se hubiesen practicado en los tribunales. Executóse la órden con la mayor puntualidad; compareció el Santo; empleáronse halagos, promesas y amenazas para pervertirle, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fe y de su constancia. Entonces solo se pensó ya en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendiéronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones; eran unos ramales, que remataban en bolas de plomo, cubiertas de unas mallas de hierro, y armadas éstas de puntas aceradas y encorvadas en figura de agudos garfios. Pensó el Santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo, que decia le reservaba Dios para mas gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y mas dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fue oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en éllos, exclamó: *Mirad, romanos, co-*

mo los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo, ni á los príncipes de la tierra, pero verémos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos. Quedó Lorenzo maravillosamente confortado y consolado con esta celestial voz; y entonces fue cuando Román, soldado de la guardia del Emperador, vió con los ojos corporales á un ángel, en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enxugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corria de las heridas del santo Mártir; vision que acabó de convertirle, transformándose en soldado de Jesucristo, como se dixo en su vida.

Sobrevivió nuestro Santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fe se comunicase á otros muchos. Oiasele prorumpir incesantamente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el asombro y la admiracion de los mismos paganos el gozo que brillaba en su semblante. Mandó el prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le exâminó acerca de su patria, de su religion y de su tenor de vida. *Soy español de nacimiento y de orígen*, respondió el Santo; *pero he pasado en Roma casi toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fue el estudio de las divinas leyes. Calla, insolente*, replicó el prefecto, *¿llamas estudio de divinas leyes el que te enseña á menospreciar los dioses inmortales? Y aun porque yo conozco bien esta ley divina*, prosiguió Lorenzo, *miro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos; porque la razon natural reprueba esa impía y extravagante multiplicidad de dioses.* No se le dió permiso para proseguir; y arrebatado el juez de cólera y de saña, añadió: *Tu pasarás esta noche en un género de tormento, que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguage. No lo creas*, respondió Lorenzo, *tus tormentos son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quixadas. Lleno el Señor á su siervo de dulcísimos consuelos; y noticioso el Emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tostasen á fuego lento.

Extendieron luego á Lorenzo en una especie de lecho ú de parrillas de hierro encendido y roxo, como sale de la fragua; debaxo de éllas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostando poco á poco, para que fuese mas vivo y mas prolongado el dolor. Estaba Lorenzo en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heróica constancia, que asombrados muchos de los circunstantes, se convirtieron á la fe, y entre éllos no pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior á la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro Santo, testifica que los neófitos, esto es, los cristianos recien bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor, que exhalaba su cuerpo tostado.

En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande á vista del cielo la tranquilidad del santo Mártir, tanto el gozo que sentia su espíritu de padecer por amor de Jesucristo, que cuando le pareció estar ya bien tostado de un lado, vuelto al prefecto, le dixo sonriéndose, con cierto ayre de alegría: *De este lado ya estoy en sazon; puedes mandar, si te parece, que me tuesten del ótro*; y levantando despues los ojos al cielo, inundada su alma en consuelos celestiales, entregó dulcemente su espíritu en manos del Criador, quedando tan atónitos los asistentes, que no pudieron disimular su admiracion y su pasmo. Consumó su ilustre martirio este gran Santo el dia 10 de agosto del año 258. Cogieron secretamente su cuerpo Hipólito y el presbítero Justino, y le enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tívoli, en el mismo parage donde con el tiempo se erigió en su nombre una célebre iglesia, cuya fundacion se atribuye á Constantino el Grande, y su amplificacion al papa Pelagio II, siendo una de las siete patriarcales, y una de las siete principales estaciones de Roma. Edificóse despues ótra en honra del mismo, que consagró el papa san Dámaso.

Hízose tan célebre su sepulcro, por el gran número

de milagros que obró Dios en él para glorificar á san Lorenzo, que exclama san Agustin: *¿Quién jamás pidió cosa alguna delante de su sepulcro que no la hubiese conseguido?* Y san Leon el Magno es de parecer, que el martirio de san Lorenzo no fue menos glorioso á la Iglesia de Roma, que el de san Esteban á la de Jerusalen; añadiendo, que desde el oriente del sol hasta su ocaso resuena la gloria de estos dos ilustres Levitas. A la verdad, tanta multitud de templos y de otros magníficos monumentos en honor de san Lorenzo como se encuentran esparcidos por todo el Universo, son auténticos testimonios de su elevada gloria; y los innumerables favores que dispensa el cielo en todas partes por su poderosa intercesion, fomentan la general veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.

Consérvanse en Roma, ademas de la mayor parte de su santo cuerpo, todos los instrumentos con que fue martirizado. Muéstrase una parte de las parrillas en que fue tostado, y una gran piedra de mármol, teñida aún de su preciosa sangre, sobre la cual tendieron al santo cuerpo despues que consumó su martirio. En otras iglesias de Roma se muestra la ceniza y algunos de los carbones que sirvieron para tostarle. Tambien la Francia se gloría enriquecida con parte de sus huesos y con algunos de los instrumentos que concurrieron á su triunfo, como se ve en el tesoro de san Dionisio y en la iglesia de san Vicente de Mans, en que se manifiestan varios fragmentos de las parrillas. En la iglesia de san Martin de Leon se expone á la pública veneracion parte de su brazo, cubierto aún de la piel tostada; en Puy uno de sus huesos; y en todas partes se experimentan los efectos de lo que san Lorenzo puede con Dios en favor de los que fervorosamente le invocan. Apenas hay santo padre que no haya hecho magníficos elogios de san Lorenzo; y á su martirio, principalmente, atribuye el poeta Prudencio la entera conversion de la ciudad de Roma.

NOTA DEL TRADUCTOR.

»El monumento mas magnífico en honor de san Lo»renzo que se conoce en todo el orbe cristiano, es,

„sin disputa, el suntuoso templo y monasterio de san „Lorenzo el real del Escorial. Erigióle todo el poder „y toda la magnanimidad de Felipe II, en memoria y „en reconocimiento de la famosa jornada de san Quin„tin, que concurrió en el dia del santo Levita, tan fu„nesta para los franceses, como gloriosa para los espa„ñoles. ¿Por qué no haria mencion nuestro autor de un „tan célebre monumento que tanto contribuye á la glo„ria accidental de nuestro Santo? ¿sería olvido? Bien pudo „serlo; pero si acaso fue prudencia, la misma razon que „en un autor frances acreditó este silencio de cordura, „le culparia de ingratitud en un traductor español.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, omnipotens Deus, vitiorum nostrorum flammas extinguere, qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que se apaguen en nosotros las llamas de nuestros vicios; pues concediste al bienaventurado san Lorenzo que venciese el fuego de sus tormentos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 9. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Qui parcè seminat, parcè et metet: et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet. Unusquisque prout destinavit in corde suo, non ex tristitia, aut ex necessitate: hilarem enim datorem diligit Deus. Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis: ut in omnibus semper omnem sufficientiam habentes, abundetis in omne opus bonum, sicut scriptum est: Dispersit, dedit pauperibus: justitia ejus manet in sæculum sæculi. Qui autem administrat, semen

Hermanos: El que siembra poco, segará tambien poco; y el que siembra copiosamente, segará. Cada úno segun lo ha juzgado mejor en su corazon, no por tristeza, ó por necesidad, porque Dios ama al que da con alegria. Y Dios es poderoso para hacer que abunde en vosotros todo bien: de modo, que teniendo en todas las cosas lo suficiente, abundeis en toda obra buena, segun está escrito: Esparció, dió á los pobres: su justicia permanece por los siglos de los siglos. Y aquel que subministra la semilla al que siembra, tambien dara pan

seminanti, et panem ad manducandum præstabit, et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum justitiæ vestræ.

para comer, y multiplicará vuestra sementera, y aumentará mas y mas los frutos de vuestra justicia.

NOTA.

„Sabiendo san Pablo que á algunos fieles de Corinto „les costaba trabajo hacer limosna, les da en esta epístola saludables instrucciones sobre el mérito de esta virtud, enseñándoles el modo de practicarla, la liberalidad „con que se debe hacer, y acordándonos que la limosna „se hace al mismo Jesucristo.

REFLEXIONES.

Derramó, distribuyó á los pobres, y su justicia permanece por los siglos de los siglos. Este es el título mas bien fundado, el menos disputable del verdadero mérito, y aun se puede añadir, de la verdadera grandeza. Aquel gran Dios, soberano dueño de todos los bienes del mundo, los distribuye con la mayor sabiduría. No sin altísima providencia, y no sin elevados fines, dignos de su infinita bondad, dispone que únos nazcan cercados de abundancia y ótros rodeados de miseria. Ni es, ni nunca fue efecto del acaso la diferencia de las condiciones; á su providencia nada se le esconde, y nada hace sin fin y sin designio. No creas que se olvidó Dios de los pobres cuando no los hizo ricos; cuidado tuvo de proveer sus necesidades. Ese rico no tenia mas derecho á los bienes que posee, que el pobre que carece de éllos. Hizo Dios con los hombres en órden á los bienes de fortuna, lo mismo que hace con la tierra en órden á la influencia de los astros. A los paises frios proveyólos de bosques y de leña, á las tierras duras y secas, de abundancia de lluvias. Si hay ricos en el mundo, es precisamente porque en él habia de haber pobres. ¿Para qué piensas que Dios te hizo rico? ¿para que tuvieses con que cebar tus pasiones, tus diversiones y tus gustos, mientras tanto ótros, á quienes no ama menos que á ti, carecen de las cosas mas necesarias á la vida? ¿dónde estaria en ese caso la sábia providencia de nuestro gran Dios? Sábete que solo eres rico para cuidar

de los pobres. Sin esto, me atrevo á decir, que el supremo árbitro y gobernador de todas las condiciones del mundo, jamás te hubiera hecho dueño de los bienes que posees. ¿Qué pretendió, pues, y qué pretende con esto? Que vosotros, ricos, seais los substitutos, los ministros y los cooperadores de su providencia respecto de los pobres. Pudo Dios proveer inmediatamente por sí mismo á sus necesidades; pero quiso encargaros á vosotros ese cuidado; con esta precisa condicion os concedió los bienes que gozais; sois como arrendatarios de sus bienes: os dexa libre la administracion, el dominio y el usufructo, pero con la carga de asistir á los necesitados; y así solamente los poseeis á título oneroso. De lo dicho se infiere, que la limosna no es una caridad pura y gratuita, puesto que al pobre se le da aquello mismo que se ha recibido por él, con estrecha obligacion de emplearlo en provecho suyo; título de justicia, contra el cual peca el rico que no tiene caridad con el pobre. ¡Pues cuánta será la obligacion de aquéllos cuyas riquezas solo se componen de las limosnas de los fieles! ¡de aquéllos, que precisamente los hacen mas ricos para que socorran á mas necesitados, y que no dexarán de ser ricos despues de haber repartido grandes riquezas entre los pobres! ¿Cuánto bien harian diez ú doce mil libras distribuidas cada año entre los menesterosos por algunos eclesiásticos que tienen treinta ó cuarenta mil de renta? ¿cuántos se librarian de una desesperacion? ¿cuántas doncellas pobres de mil peligros? ¿cuántas familias sitiadas de hambre serian socorridas y sacadas de entre los brazos de la miseria? No pocos podrian repartir mucho mas, sin quedar por eso pobres. A la verdad, se sustentarian menos holgazanes; no se gastaría tanto tren, sería menos espléndida la mesa; ¿pero serian por eso menos respetables, ni menos respetados?

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere,

ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificavit eum Pater meus.

queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la felicidad de los buenos aun en medio de sus adversidades.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en tanto el hombre es dichoso, en cuanto vive contento. De nada sirve ser grande, ser poderoso, ser rico; de nada vivir como nadando en diversiones, mientras el corazon está anegado en amargura. Todo lo que está fuera del hombre, podrá distraerle y divertirle; pero no podrá llenarle; su felicidad consiste únicamente en el contento y en la tranquilidad del corazon. De aquí nace que no siempre son los mas felices aquellos que son los mas estimados, los mas aplaudidos, los que se llaman afortunados del mundo. Los disgustos, las inquietudes, y aun los mayores trabajos nacen hasta en el trono mismo, penetrando á lo mas interior de los magníficos palacios. No siempre son los mas serenos los dias mas festivos. La verdadera alegría es, por decirlo así, como la legítima ó la herencia particular de las almas santas; ábrese camino por entre las mas densas nieblas; y sabe reynar hasta en los mismos cadahalsos. Buena prueba fue de esto san Lorenzo. Y á la verdad, si hay penas invisibles, ¿por qué no ha de haber tambien gustos y consuelos secretos? Háylos sin duda. El hombre justo está contento en la adversidad; es dichoso en medio de las mayores desgracias; porque la fe le sostiene, la esperanza le consuela y la caridad le anima. Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios espirando en una cruz. Ella le enseña que no puede ser pre-

destinado, sino es semejante á Cristo crucificado. Si el hombre no se siente con bastante valor para aspirar á esta semejanza, en las adversidades y por las adversidades reconoce que el mismo Dios le ayuda á formar en sí esta imágen del Crucificado por medio de las aflicciones. ¿Dónde hay consuelo mayor? Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios justo. Sabe que es preciso satisfacer á su justicia; y tiene á gran dicha que se le ofrezca ocasion de rescatar con penas cortas y breves las excesivas en rigor y en duracion que merecian sus culpas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no solo concurre la fe al consuelo de un hombre justo en sus adversidades; tambien se las suaviza la esperanza, poniéndole delante de los ojos una bienaventuranza llena, segura y muy cercana. Dígase lo que se quisiese: la prosperidad de la tierra hace perder de vista el cielo; y si alguna vez se viene á la memoria, nunca es sin alguna turbacion. Pero cuando las adversidades desterraron del corazon todos los atractivos de la vida; cuando uno se ve desgraciado en este mundo; cuando le tocó un estado obscuro y abatido; cuando las criaturas nos olvidan, entonces fácilmente olvidamos nosotros á las criaturas, para acordarnos únicamente del Criador, y poner en él toda nuestra confianza. En esto consiste nuestro verdadero reposo y nuestra felicidad. Las cruces son pesadas, causan horror á un mundano; pero á un hombre justo le llenan de dulcísimo consuelo; sus frutos son para él de exquisita suavidad. Este es el orígen de aquella inalterable tranquilidad, de aquella castiza alegría que se admira en todos los santos. Ninguno hubo que no viviese clavado en la cruz; ninguno, cuya vida no fuese una cadena de aflicciones; pocos que no la pasasen consumidos de enfermedades; cuántos que toda élla la vivieron entre agudísimos dolores, menospreciados, escarnecidos, humillados y hartos de oprobios. ¿Pero hubo jamás ni uno solo que se considerase desgraciado por vivir en un estado abatido y doloroso? Ciertamente, ni uno solo hubo que todavía no desease padecer mas. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios posee el secreto de endulzar las adversidades, y de hacer se experimente un exquisito consuelo en las mas

amargas aflicciones! *Gustate*, *et videte*, dice el Profeta: *Gustad*, *y ved*; no dice *ved*, *y gustad*: si se comienza por la vista, las cruces son objeto displicente; pero comienza por el gusto, haz la dichosa experiencia de á lo que saben las adversidades padecidas por amor de Jesucristo, y despues mira cuanto quisieres su exterior desapacible. *Gustate*, *et videte*. Mas crédito se da al gusto que á los ojos. En fin; la caridad aníma al hombre justo en sus trabajos. El que ama á Dios sufre de buena gana por su amor; el que ama á Jesucristo desea parecerse á él: estas utilidades nos traen los contratiempos; y el que las conoce, las admite por favores.

¡Ah Señor, y qué poco que he conocido hasta aquí el precio de las cruces y de los trabajos, por lo poco que os he amado hasta aquí! Haced, mi Dios, que yo os ame, y entonces serán mis delicias las cruces y las adversidades.

JACULATORIAS.

Hæc mihi sit consolatio, *ut affligens me dolore*, *non parcat*. Job. 6.

Señor, todo mi consuelo en adelante será que me aflijas en este mundo con trabajos, y que no me perdones en él.

Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Ad Galat. 6.

No permita Dios que yo me gloríe sino en la cruz de mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

La prosperidad embriaga y deslumbra; por eso está expuesta á mil tropiezos y caidas. Las adversidades pueden ser muy útiles á los fieles si saben aprovecharse de ellas. *Flagella Domini*, *quibus quasi servi corripimur*, decia la discreta y virtuosa Judith al pueblo de Betulia, *ad emendationem*, *et non ad perditionem nostram evenisse credamus*. Los azotes que nos vienen de la mano de Dios son avisos de un padre que nos quiere corregir, y no castigos de un juez que nos intenta perder. No hay medio mas eficaz que las desgracias para obligar á un pecador á convertirse y á mudar de vida; ninguno mas propio para pur-

gar los desórdenes pasados. Pero es mucho de temer se atienda mas á la pesadez del brazo, que á la bondad del que descarga el golpe. Cuando la amargura del remedio inquieta ó irrita al enfermo, mas le perjudica que le aprovecha. Procura hacer concepto cabal y justo de lo que valen las cruces, y de lo que importan las adversidades. Corrige las preocupaciones que el amor propio inspira contra éllas, y acostúmbrate á hablar de los trabajos como cristiano; esto es, como verdadero discípulo de Cristo crucificado. Siempre que se ofrezca ocasion, y especialmente cuando se lean las vidas de los santos delante de la familia, ten cuidado de hacerla observar que todos los santos fueron afligidos mientras vivieron, y que todos se tenian por felices en medio de las aflicciones. Si desde luego se procurára imbuir á los niños en este concepto de las adversidades, se sacaria un buen provecho.

2 Si te sucede algun trabajo, vuelve al punto los ojos hácia la mano de donde te viene el azote, y hácia el corazon del que amorosamente te castiga: *Bonum mihi quia humiliasti me*, decia David. Recibo, Señor, esta adversidad como favor que me haceis; conozco lo bien que me está el que me hayais humillado, pues con la prosperidad me hubiera perdido. La abundancia fomentaba mis pasiones; el subido olor de las flores me trastornaba la cabeza, y la elevacion de los empleos me la desvanecia. El que anda por el valle no teme el precipicio de la cumbre. En la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como aquellos contratiempos que sirvieron para que el corazon se desprendiese de la tierra; ¿qué razon habrá para que no nos consuelen tambien en medio de la vida? Aspira á aquella grandeza de alma, tan propia de un cristiano, de no mostrarte triste ni desalentado cuando te aflige alguna cosa; imponiéndote una como ley de conservarte alegre, apacible y sereno, á pesar del tumulto que quiere excitar dentro del corazon al amor propio. A poca violencia que te hagas por un motivo verdaderamente cristiano, infaliblemente experimentarás los consuelos con que regala Dios á sus siervos en lo mas amargo de las aflicciones.

DIA ONCE.

San Tiburcio y santa Susana, mártires.

Nació san Tiburcio en Roma de familia distinguida, así por sus grandes bienes, como por sus elevados empleos. Fué hijo del ilustre Cromacio, vicario del prefecto de la ciudad, que desde el primer año del imperio de Diocleciano tuvo especial comision para juzgar á los acusados del cristianismo, y fue convertido á la fe por san Sebastian y por san Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marcelino; y despues de haber dado libertad á mil y cuatrocientos esclavos que se hicieron cristianos, habiendo recibido el bautismo toda su familia, renunció el empleo, y se retiró á su casa de campo, la cual fue el refugio de los perseguidos fieles. Siguió Tiburcio la dichosa suerte de su padre, y desde su conversion sobresalió entre los mas fervorosos cristianos, así como habia sobresalido en los tribunales por su ingenio y por su rara elocuencia, siendo reputado, aunque muy jóven, por uno de los hábiles abogados de su tiempo. Luego que se hizo cristiano le causaron tedio y disgusto todos aquellos vanos aplausos, trocando el amor á las ciencias humanas por el estudio y aplicacion á la importante ciencia de la salvacion. Renunció la abogacía, y aunque su virtuosa inclinacion le llamaba al retiro de la soledad, el deseo que por otra parte tenia del martirio le representó este retiro como especie de fuga, con visos de cobardía. Viendo el papa san Cayo que de dia en dia iba creciendo el fuego de la persecucion, deseaba que Tiburcio se ausentase de Roma, considerando el peligro de un jóven recien convertido á la fe, y en lo mas florido de sus años; pero el santo Mancebo le rogó con tanta instancia le permitiese quedarse en la ciudad al riesgo y fortuna de los confesores de Cristo, que el santo Pontífice se rindió á las razones de su fervoroso ahijado.

Presto hicieron ruido su zelo y su virtud. Salió un dia de su casa, y se halló en la calle con un hombre, que habiendo caido de un cuarto elevado, se habia hecho pedazos, y no daba señal alguna de vida. Compadecióse de aquella desgracia, y mucho mas de la pérdida de aquella alma; lleno de fe y de confianza, se acercó al moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, y le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase, y que renunciase las supersticiones del gentilismo. Hízolo al punto el que parecia cadáver; siguióse la salud del alma á la del cuerpo; y divulgada por la ciudad esta maravilla, los cristianos se confirmaron en la fe, y muchos gentiles la abrazaron.

Crecia cada dia el zelo de Tiburcio, explicándole en el contínuo exercicio de obras de caridad. No cesaba de recorrer dia y noche, así las casas de los cristianos, como los lugares subterráneos donde los tenia escondidos la persecucion, exhortándolos á la perseverancia, animándolos á derramar generosamente la sangre por Jesucristo, y socorriendo con limosnas á los necesitados. Deseaba ansiosamente que los que hacian profesion de cristianos acreditasen su religion con la pureza de las costumbres y con la santidad de la vida; por tanto, no se podia contener sin corregir con blandura y con caridad á los menos ajustados que deshonraban su profesion con el desconcierto de su vida.

Entre los que habian recibido el bautismo se hallaba un tal Torquato, insigne hipócrita, que habiendo renunciado la fe secretamente, se fingia cristiano en lo exterior, aunque vivia como hombre verdaderamente mundano. No pudo Tiburcio disimular su profanidad en el vestido, sus excesos en la mesa, su desordenada pasion al juego, ni sus modales licenciosas y afeminadas. Reprendióle con zelo y con caridad la licencia que se tomaba en dispensarse en los ayunos y oraciones de la Iglesia, gastando en dormir el tiempo que los fieles empleaban en orar y en velar.

Afectó Torquato oir con docilidad y aun con estimacion estos caritativos avisos; pero altamente ofendido en su corazon, conservó dentro de él un implacable deseo de vengarse, y de perder al que con tanta caridad solicitaba

la salvacion de su alma. Habiendo mandado el emperador Diocleciano que se hiciese una exâcta pesquisa de todos los cristianos, y que fuesen condenados sin remision al último suplicio todos aquellos que se negasen á sacrificar á los dioses, advirtió secretamente Torquato á los ministros del Emperador que Tiburcio era cristiano, y que con toda seguridad podian echar mano de su persona; mas para encubrir mejor que él hubiese sido el delator, les previno artificiosamente que tambien le prendiesen á él. Hiciéronlo así, y le presentaron ante el tribunal de Fabiano, sucesor de Cromácio. Preguntado Torquato por su religion, confesó que era cristiano, y que le habia convertido Tiburcio, á quien respetaba y amaba como á su maestro, estando muy resuelto á seguirle en todo. Desde luego conoció Tiburcio el artificio, como quien tenia tan calado el fondo de aquel perverso corazon; y así, volviéndose á él, le dixo: *No pienses que se me esconden tus embustes, ni que dexo de penetrar tu perfidia. Ninguno de nosotros te reconoció jamás por discípulo de Jesucristo; tu vida desmintió siempre tu fe; ni era posible que se contase en el número de los fieles á quien vivia como un gentil: tus vergonzosos desórdenes eran el mejor testimonio de la religion que profesabas. Es verdad que vivias entre nosotros, pero no eras de nosotros. Buena prueba es de eso tu alevosa traicion. Pero no creas que me has ofendido con élla; antes al contrario, intentando mi ruina, me has proporcionado el mayor bien á que yo podia aspirar. Nada deseaba con mas ardiente pasion que derramar toda mi sangre, y dar mi vida por amor de aquel Señor que primero quiso espirar por mi amor clavado en un afrentoso madero.*

Irritado Fabiano con este discurso, le interrumpió diciéndole que se dexase de hablar tanto, y que tratase de sacrificar á los dioses del imperio. *Yo*, respondió el Santo, *no reconozco otro Dios que al único Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra; á este solo ofrezco sacrificios; dichoso yo, si yo mismo mereciera ser víctima sacrificada por su amor*. Sea lo que fuere, replicó el Juez, es preciso obedecer en este mismo punto, ó disponte sino á pasearte muy despacio sobre carbones encendidos. *Pronto estoy*, replicó Tiburcio, *á sufrir los mas crueles tor-*

mentos, pues ya es cosa muy sabida que éstos no espantan á los cristianos. Animado Fabiano de aquella intrepidez, ordenó que se tendiese sobre el pavimento un gran monton de carbones encendidos; y que una de dos, ó que Tiburcio echase incienso en aquellas brasas á honor de los dioses, ó que en su presencia, y con los pies descalzos se pasease muy despacio por encima de éllas. No esperó el Santo á que le descalzasen; él mismo se quitó apresuradamente el calzado, y se comenzó á pasear sobre las brasas con tanto sosiego y con tanta serenidad, como si se paseara sobre una alfombra de rosas. Llenáronse de admiracion los circunstantes; pero el Juez, encendido en cólera, y no pudiendo sufrir aquel ilustre testimonio de la verdad de la religion cristiana, á falta de razones echó mano de las injurias, y recurrió á las blasfemias. *Ya sabemos todos mucho tiempo ha*, exclamó irritado, *que ese vuestro Cristo enseña el arte mágica á todos sus secuaces, y así no nos causa admiracion el sortilegio que acabas de executar.* No pudo Tiburcio oir sin horror aquella gran blasfemia; penetróle hasta el corazon el ultrage hecho á Jesucristo; y encendido su fervoroso zelo, habló con tanta elocuencia y con tanta energía, así de la divinidad como del poder del Salvador; demostró con tanta evidencia la impostura y la falsedad de aquella negra calumnia, que no pudiendo Fabiano sufrir mas el desprecio de sus dioses, pronunció sentencia de muerte contra el Santo.

Conduxéronle á una legua de la ciudad en la via Lavicana, y allí le cortaron la cabeza el dia 11 de agosto del año 286. Un cristiano, que se halló presente á la execucion, cuidó de enterrar su cuerpo; y desde luego hizo Dios célebre y glorioso su sepulcro con multitud de milagros. Dos piadosas señoras, llamadas Lucina y Fermina, parientas del mismo Santo, fabricaron en aquel sitio una especie de retiro para servir en él á Dios el resto de sus dias.

Con la fiesta de san Tiburcio junta la Iglesia la de santa Susana vírgen y mártir. Era una nobilísima doncella romana, parienta del emperador Diocleciano, hija de san Gabino, y sobrina del santo papa Cayo. Cuidaron los dos hermanos de dar á Susana la mas cristiana educacion, inspirándola contínuas máximas de las mas elevada santi-

dad. El tierno amor que profesó desde la cuna á la Reyna de las vírgenes, la infundió un amor constante á la castidad; y apenas pudo conocer lo que valia esta admirable virtud, cuando hizo voto de no admitir otro esposo que Jesucristo, dedicándole su virginidad desde la misma infáncia.

No ignoraba el Emperador que sus sobrinos Gabino y Cayo eran cristianos; ni tampoco dudaba que Susana, mas conocida por su rara virtud, que por su extraordinaria hermosura, sería tambien de la religion de su padre y de su tio; pero como Diocleciano en los primeros años de su imperio parecia favorable á los cristianos, los dexaba vivir en paz, y su misma familia estaba llena de éllos. Aprovechándose nuestra Santa de esta tranquilidad, hacia asombrosos progresos en la virtud. Era su modestia la admiracion de todos; y por su amor á la oracion y á la contemplacion hallaba en el retiro todas sus delicias. Su exemplo era el que mas se respetaba, y su vida la que se ponia por modelo á las doncellas cristianas. A una virtud tan singular necesariamente habia de corresponder un glorioso fin; y parecia como de justicia que á la victoriosa palma de vírgen se añadiese la triunfante corona de mártir.

Al mismo tiempo que Diocleciano creó césar á Maxîmino Galerio, le hizo tambien yerno suyo, dándole por esposa á su única hija Valeria. Muerta ésta, quiso que Maximino se casase con Susana, hija de su sobrino Gabino, y mandó á un señor pariente suyo, llamado Claudio, que hiciese á Gabino de su parte esta proposicion. Oyóla Gabino con el mayor agradecimiento, manifestando á Claudio lo reconocido y lo obligado que le dexaba la honra que se dignaba dispensarle la bondad del Emperador; pero añadió que ante todas cosas era indispensable el consentimiento de su hija. Convino Claudio en lo mismo, y suplicó á Gabino que la llamase. Luego que Susana se dexó ver, se adelantó aquel caballero para saludarla cortesanamente, y para darla un reverente ósculo, segun lo llevaba la costumbre. Retiró Susana el rostro, diciendo que jamás habia permitido á hombre alguno semejante licencia, y mucho menos se la permitiria á un gentil. Sorprendióse Claudio, y la dixo con respeto: *Señora, vos me*

haceis un crimen de mi religion; si vivo errado, añadidme la honra de hacerme conocer mi error. Animada entonces la Santa con el espíritu de Dios, le representó con tanta gracia, y al mismo tiempo con tanta energía los absurdos y las impiedades del paganismo, que aquel Señor se mostró extraordinariamente conmovido, y con las lágrimas en los ojos la suplicó le dixese qué debia hacer para reparar los descaminos de su vida. *Nada mas*, respondió Susana, *que renunciar de todo tu corazon las supersticiones gentílicas, y lavar las culpas de tu alma en las aguas del bautismo; por lo demas mi padre y mi tio te enseñarán cómo te debes disponer para recibir esta gracia.*

Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra religion, que despues de haberle suficientemente instruido así á él como á su muger Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo bautismo. Mientras tanto, viendo el Emperador que Claudio no volvia con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dexaba ver en la córte, mandó á Maxîmino, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de esta novedad. Quedó Maxîmino admirado cuando entró en el cuarto de su hermano, y le halló postrado á los pies de un crucifixo, anegado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano, y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Maxîmino á tan inopinada mudanza, y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe, y de recibir el bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la religion; y hallandole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Prosiguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazon de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolucion de vender todos sus bienes, y de emplear el producto de éllos en la asistencia de los fieles. Noticioso el Emperador de que los dos hermanos lejos de desempeñar su comision, se habian convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa re-

solucion de no admitir aquélla ni otra alguna boda, entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los cristianos, y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Maximino, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó á diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo augusto título de emperatriz fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podian causarla mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fue mostrar cada instante mas encendidas ánsias de padecer mas y mas por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas y de su última resolucion, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió órden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la Santa; pero un ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la mágia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales llamano Macedonio, para que prosiguiese la causa, y obligase á Susana á sacrificar á los ídolos. Presentáronla un simulacro de Júpiter, y la Santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase confundir la supersticion de los paganos. Al punto desapareció la estátua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Dexó atónito al oficial esta maravilla, pero no le convirtió; y sin hablarla ya de inciensos ni sacrificios mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se executó sin que la pudiesen sacar ni la mas leve queja. A cada golpe volvia dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el Tirano á vista de aquella constancia, dió parte de todo al Emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa la cortasen la cabeza.

Dicese que Serena, muger del Emperador, y cristia-

na oculta, fue secretamente por la noche al lugar de la execucion, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre Mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. Fue sepultado el cuerpo de la Santa en una gruta, que se llamaba la cueva de los Mártires, y su casa fue convertida en iglesia por el papa san Cayo, quien celebró en élla el divino sacrificio en honor de la misma Santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y estan en posesion de élla las religiosas Bernardinas. El martirio de santa Susana se cree sucedió el año de 295, seis meses antes que el de san Gabino, y ocho anterior al de su tio san Cayo.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente.

Sanctorum martyrum tuorum Tiburtii et Susanæ nos, Domine, foveant continuata præsidia: quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari: Per Dominum...

Favorézcanos, Señor, la contínua proteccion de tus santos mártires Tiburbio y Susana; pues nunca dexas de mirar benignamente á los que concedes semejantes protectores: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 25. del Eclesiástico.

Beatus qui lingua sua non est lapsus, et qui non servivit indignis se. Beatus qui invenit amicum verum, en qui enarrat justitiam auri audienti. Quam magnus qui invenit sapientiam et scientiam! Sed non est super timentem Dominum, timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur?

Bienaventurado el que no pecó con la lengua, y el que no sirvió á personas indignas de él. Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero, y el que expone la justicia á una oreja que escucha. ¡Cuán grande es el que encuentra la sabiduría y la ciencia! pero no es mayor que el que teme al Señor; el temor de Dios se ensalza sobre todas las cosas: Bienaventurado el hombre á quien ha sido dado el tener temor de Dios: el que le posee, ¿á quién se le podrá comparar?

NOTA.

»El capítulo 25 del Eclesiástico, de donde se sacó es-»ta epístola, explica tres cosas que aprueba el Espíritu »santo; conviene á saber, la union de los hermanos, el »amor de los próximos, y la buena inteligencia entre el »marido y la muger. Añade otras diez que pueden con-»tribuir á nuestra felicidad. Despues hace un elogio del »santo temor de Dios.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que encuentra un amigo verdadero. No hay en el dia de hoy cosa mas comun en el mundo que el nombre de amigo; pero tampoco la hay mas rara que hallar uno que lo sea verdaderamente. Es la amistad una tácita convencion de amarse y de estimarse recíprocamente; considera bien si en nuestros tiempos reyna mucho en el mundo esta recíproca convencion. Lo que hoy llaman los hombres *amistad*, hablando propiamente, no es mas que un disimulado comercio de interes en que siempre espera ganar algo el amor propio; y en acabandose el interes, se acabó tambien la amistad. Es el mundo un gran teatro en que con capa de amistad se engañan los hombres los únos á los ótros. El que tiene mas habilidad para disimular, ese pasa muchas veces por el mejor amigo. Lleno está el mundo de estas amistades aparentes. El que viere aquellas demostraciones expresivas, llenas al parecer de intimidad y de cariño: quien oyere aquellas protestas de una amistad fina y eterna, aquellos ofrecimientos á todos los buenos oficios, juzgará que la amistad es el alma que anima y pone en movimiento todo el comercio del mundo; con todo eso apenas se hallará un verdadero amigo entre los que profesan vivir á la moda de él. Deshácense todos á cumplimientos y á cortesías; pero no hay cosa menos sincéra ni mas falaz. Los hombres del mundo en tanto son tus amigos, en cuanto los puedes ser de algun provecho: cuando ya no esperan cosa alguna de ti, acabóse la amistad. El nudo de esta amistad aparente es una pasion; y de una amistad, ¿quien podrá fiarse? Una enfermedad, un reves de fortuna, una desgracia es un golpe de viento que disipa todos estos fal-

sos amigos. Los mundanos son pródigos en cumplimientos; ¡pobre de aquel crédulo que quiere ser el juguete y la burla de éllos! El espíritu del mundo es enemigo de toda verdadera amistad, y los poderosos apenas la conocen. ¿Quién hace mucho caudal de los amigos que se llaman cortesanos? Y con todo eso apenas se cultivan ótros. Pero no se crea que la amistad reyna mas entre el menudo pueblo. Seguramente se puede decir que la verdadera amistad está desterrada del mundo. El interes es el único que liga los corazones; ¿pues qué maravilla es que un lazo tan débil se rompa tan facilmente? Mas acaso se encontrará entre los parientes la verdadera amistad. ¡Ah, que no hay enemistad mas viva que la que se introduce en las personas de una misma familia! Aun la amistad mas bien establecida está siempre pendiente del humor y del capricho. Úsase poco en el mundo la buena fe, y por consiguiente han de ser muy pocos los amigos verdaderos. Desengañémonos; solo es verdadera amistad aquella que está fundada en la virtud. Ninguna hay sino la que estriba en este cimiento; élla sola es la que está á cubierto contra las inconstancias de la vida. En élla no tiene parte ni la pasion, ni el interes, ni el capricho; mantiénese inmoble en medio de las tempestades. Solamente los buenos pueden contar con élla con entera seguridad; por tanto, solo hay amistad verdadera entre los virtuosos.

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia II, fólio* 42.

MEDITACION.

Importa mucho no despreciar las cosas mas pequeñas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es grande error aun entre aquellos mismos que hacen profesion de virtud, hacer poco caso de las faltas ligeras, y descuidarse fácilmente en el cumplimiento de las obligaciones menudas; pues de este descuido y de esta negligencia suelen nacer las mas lastimosas caidas. *El que desprecia las cosas pequeñas*, dice el Ecle-

siástico, *poco á poco caerá en las grandes.* Aquellos que se precipitan en los mayores desórdenes, dice san Bernardo, comenzaron al principio por cosillas de poca consideracion. Ninguno da en excesos de repente. Sucede en las enfermedades del alma lo mismo que en las del cuerpo; únas y ótras se forman poco á poco. Al principio era fácil evitar aquel desbarato de humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro; todas estas enfermedades mortales eran casi nada á los principios. Con no haberse expuesto á aquel ayre violento y colado; con haberse abstenido de comer aquella fruta; con un poco de régimen y con una ligera medicina nos hubiéramos librado de una enfermedad mortal. Pero despues que los humores malignos inundaron todo el cuerpo; despues que tomó curso la fluxíon; despues que se formó en el pecho un depósito inagotable de flemas y cóleras, inútilmente se acude á la medicina; cuando prevaleció la enfermedad, ya llegan tarde los remedios. No tienen otras causas las muertes repentinas. Del mismo modo debemos discurrir en las enfermedades del alma; porque es cabal y perfecta la analogía. ¡Mi Dios, y qué lejos suele llevar al alma el poco aprecio de las faltas ligeras! ¡qué de funestas caidas nos hubiera excusado un poco de mas observancia, un poco mas delicadeza de conciencia, un poco mas de devocion y de mortificacion! Estas frecuentes infidelidades debilitan al alma; y una vez debilitada con esas continuas indisposiciones, faltándola por otra parte muchos auxílios de que la priva su poca fidelidad, ¿tendrá fuerzas para resistir á una violenta tentacion? En esto se fundó san Gregorio cuando dixo que las faltas ligeras eran en cierto modo mas peligrosas que las grandes; éstas, por lo mismo que se conocen mejor, se aborrecen y se evitan fácilmente; pero aquéllas no se trata de evitarlas porque apenas se conocen. Una fiebre violenta sobresalta, y al punto se acude al remedio; pero fácilmente nos domesticamos con una calenturilla lenta, que al cabo nos echa en la sepultura.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa es de mayor perjuicio para el alma que la negligencia habitual en el cumplimiento

de las obligaciones mas menudas. Es hallarse en aquel fatal estado de tibieza, que si no es señal cierta, es de los indicantes menos falibles de reprobacion. Te has precavido contra los pecados graves, dice san Agustin; ¿pero qué has hecho, ó qué haces para librarte de los leves? *Præcavisti magna: de minimis quid agis?* Pues qué, ¿no temes esas contínuas negligencias, esas frecuentes infidelidades, esas faltas ligeras? *An non times minuta?* Arrojaste al mar las cargas mas pesadas que podian sumergir el navío; evitaste los escollos retirándote á la religion; pero guárdate no sea que la mucha arena que dexaste en el fondo del buque le eche á pique dentro del mismo puerto: *Projecisti molem; vide ne arena obruaris.* Desengañémonos, aquellas gracias tan poderosas, aquellos singularísimos auxílios que vienen tan á tiempo se reservan solo para aquellos corazones generosos, para aquellas almas fieles, que no exâminan si lo que manda Dios es de precepto ó de puro consejo, de obligacion estrecha ó de buena correspondencia. Dices que esas reglas menudas, esos santos estilos, esas observancias son verdaderamente unas menudencias. Séanlo en hora buena; ¿pero con qué cara pides á Dios que te conceda las mayores gracias, al mismo tiempo que tú le niegas los menores y los mas fáciles obsequios? Rara vez se encuentran criados que maquinen contra la vida de sus amos; ¿pero quién se querria servir de un criado que se negase á hacer los regulares oficios de la casa, y solo quisiese hacer aquello que le mandase debaxo de graves penas? Cuando se arruinan ó se dexan caer las fortificaciones exteriores de una plaza, ya no queda en estado de defensa. Levántense dentro de élla todos los atrincheramientos que se quisieren; no es posible que resista por mucho tiempo á un enemigo poderoso, estando tan descubierta. Las piadosas devociones, la observancia de las reglas, las obligaciones menudas del estado son las fortificaciones exteriores de la plaza. En no estando bien guardadas todas las avenidas, se puede y se debe temer una sorpresa. Todas las infidelidades habituales con Dios muestran ó indican un destemple de corazon muy digno de temerse. No está lejos el rompimiento con un amigo ó con un amo cuando se le contempla poco, y se repara menos en disgustarlos muchas veces.

Reconozco, Señor, mi peligro; y veo con toda claridad lo mucho que os han desagradado mis pasadas infidelidades. *Bienaventurado el siervo fiel en cosas pequeñas.* Haced, Señor, que yo sea este siervo fiel en adelante. Resuelto estoy, Dios mio, á cumplir exâctamente con las obligaciones mas pequeñas, conociendo que este es el único medio para perseverar y para agradaros.

JACULATORIAS.

Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas. Salm. 118.

Dignáos, Señor, de hacer caminar por el camino de tus preceptos.

Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam. Salm. 118.

Inclina, Señor, mi corazon á darte gusto en todo, sin negarte cosa alguna que le pidas.

PROPOSITOS.

Estando llena nuestra vida de obligaciones menudas, y tropezando en cada momento de élla con estas que se llaman cosas pequeñas; ser infiel á Dios en estas cosas, es serle infiel por toda la vida, y desagradarle contínuamente. Una ligera mortificacion, cierta exâctitud particular en los mas pequeños deberes, la puntualidad en cumplir con sus especiales devociones, la modestia de los ojos, la circunspeccion en todos los demas sentidos, cierta delicadeza de conciencia en las que se llaman menudencias; todas estas, á la verdad, son cosas pequeñas, pero no es cosa pequeña la fidelidad en estas cosas; antes bien esta exâcta y constante fidelidad es en parte el distintivo de los santos. No llames ya en adelante cosa pequeña la que te puede ser ocasion de las mayores gracias. En el servicio de Dios nada hay pequeño; y así nada has de despreciar. Ten presente que el mismo Señor solo alaba en el siervo fiel su exâctitud en cosas pequeñas: *In pauca fuisti fidelis*; y procura merecer este elogio. No omitas devocion ni obligacion alguna de tu estado. Sé, por decirlo así, escrupuloso en las cosas mínimas precisamente, porque Dios te pide este corto sacrificio. Lejos está de

descuidarse en las obligaciones mas graves, el que por agradar á Dios no se descuida en las mas leves.

2 Pocas horas hay en el dia, y pocos instantes de las mismas horas en que no se ofrezca ocasion de alguna mortificacion, ó de exercitar algun acto de virtud; privarse de una vista curiosa; sacrificar un pequeño gusto; suprimir un buen dicho; sufocar los movimientos del amor propio; reprimir los ímpetus del genio, practicar una obra de caridad; en todo esto has de ser exâcto y puntual. ¿Viénete gana, no ya de omitir, sino de dexar para otra hora aquella oracion ó aquella devocion? No te dexes llevar de esa ligereza de tu espíritu, ni de esa inconstancia de tu corazon. Levántate muy puntual á la hora señalada; mortifica constantemente tu curiosidad; reprime hasta los menores movimientos del orgullo. Guarda exâctamente las mas menudas reglas; bendicion de la mesa, accion de gracias despues de comer; tranquilidad y apacibilidad inalterabble en todos los varios acasos de la vida; modestia respetuosa en el templo; oraciones vocales de devocion. Nada omitas de cuanto puede ser grato á los ojos de Dios. Jamás des oidos á los respetos humanos; sé en todo y por todo siervo fiel. Por medio de estos piadosos exercicios se llega á ser santo.



DIA DOCE.

Santa Clara, vírgen.

Santa Clara, tan célebre en toda la Iglesia por su eminente santidad y por el prodigioso número de santas hijas que la reconocen por su digna madre, fue de la ciudad de Asís, en Umbría, patria del glorioso padre san Francisco. Nació el año de 1193, y fue su padre Favorino Sciffo, en quien se conservaba la varonía de las dos ilustres casas de Sciffi y de Fiumi, ambas de las mas nobles, de las mas distinguidas del pais, no solo por sus opulentos bienes, sino por los elevados empleos que sus glo-

riosos progenitores habian obtenido en la milicia, mandando los exércitos con tanto honor como reputacion. Su madre se llamaba Hortelana; aun mas respetada por su virtud que por su noble nacimiento; siendo tanta su devocion, que emprendió las peregrinaciones del santo sepulcro en Jerusalen, de san Miguel en el monte Gárgano, y de san Pedro en Roma. Asegúrase por cierto, que durante su preñado, encomendando á Dios el fruto que traía en su vientre, oyó una voz que la dixo, daria á luz una antorcha que iluminaria toda la tierra; y que en atencion á este vaticinio, puso á su hija el nombre de Clara.

Verificóle presto el tiempo; porque prevenida Clara de la gracia de Jesucristo desde la misma cuna, dió á conocer por lo que ya era, lo que con el tiempo habia de ser. No hubo niña que menos lo pareciese. Anticipóse la devocion á la edad y al conocimiento; sus entretenimientos y sus juegos eran la oracion; siempre se hallaba de rodillas en su cuarto; y á falta de rosario iba contando por un monton de piedrezuelas los Padres nuestros y Ave Marías que rezaba. Desde que nació profesó una tierna devocion á la Reyna de las vírgenes, y por consiguiente un extremo amor á la pureza. Esta fue en parte su carácter. La caridad que tenia con los pobres la empeñaba muchas veces, á pesar de sus pocos años, en algunos excesos, reservando siempre la mayor parte de lo que la daban para repartirlo entre los necesitados.

Crecia su virtud con la edad; y su aversion á todo lo que sonaba á mundo, crecia con su virtud. Nunca fueron de su gusto las galas, los juegos ni las diversiones del mundo; toda su inclinacion era al retiro. Pero obligada á vestirse como las otras damas de su calidad; las joyas y los adornos mugeriles eran para élla un verdadero tormento, conociéndose desde luego lo mucho que esto la mortificaba. Era muy celebrada por su hermosura, pero mucho mas por su modestia. Proponíansela á sí mismas por modelo las religiosas mas ajustadas, y las gentes del mundo la respetaban por un prodigio de virtud. Continuamente llevaba un áspero cilicio debaxo de sus ricos vestidos, y aunque á su virtuosa madre la daba mucho gusto el verla tan devota, con todo eso, se quejaba perpétuamente de los excesos de su mortificacion. Y á la verdad,

Clara no pensaba mas que en macerar su cuerpo en una edad que solo inspira la delicadeza y el regalo. Sus delicias eran ayunar, orar y entregarse á las mas rigurosas penitencias. Experimentó su virtud cierto nuevo y visible aumento, oyendo referir la admirable vida que hacia san Francisco en su pequeño convento de la Porciúncula. Determinó verle, y comunicar con él los medios de que se podria valer para consagrarse á Dios con una vida mas perfecta.

Ya el Siervo de Dios tenia muchas noticias de nuestra Santa por la fama de su eminente santidad. Fué Clara en busca suya, acompañada de otra doncella virtuosa de toda su confianza; y prendada de la humildad, de la dulzura y de la virtud del Santo, le comunicó sus deseos de entablar una vida de mayor perfeccion. Ya habia revelado Dios á san Francisco los altos fines á que tenia destinada aquella grande alma; y así, descubrió muy presto aquel inestimable fondo de pureza, aquel amor de Dios, y aquel desasimiento de todas las cosas de la tierra, que admiraba al mismo cielo, con que el Señor la habia enriquecido para su mayor gloria. Confirmóla en la resolucion de consagrar con voto su virginidad á Jesucristo, y de abandonarlo todo por su amor, declarándola que el Señor la llamaba á la mas elevada perfeccion, por un camino enteramente parecido al que le habia señalado á él.

Antes de tomar la Santa algun partido, volvia de cuando en cuando á la Porciúncula á tratar con el seráfico Padre; y éste poco á poco la fue comunicando su espíritu, inspirándola el pensamiento de hacer para las personas de su sexô lo mismo que él habia comenzado ya en beneficio de los hombres. Dispusieron el plan entre los dos durante la Cuaresma del año de 1212; y escogieron el dia 18 de marzo, que era domingo de Ramos, para la execucion de tan gloriosa empresa. Este dia se dexó ver la Santa en la catedral, adornada con las mas preciosas galas que tenia, como si fuese á cumplir con el precepto de la Iglesia. Acudieron todos los demas á recibir los ramos, y sola Clara se mantuvo en su sitio por modestia. Baxó entonces el obispo del altar, y encaminándose adonde estaba la Santa, la entregó una palma, como presagio

de la gloriosa victoria que aquel dia habia de conseguir del mundo. Por la tarde pasó á la iglesia de nuestra Señora de los Ángeles, llamada la Porciúncula. Recibióla san Francisco, acompañado de sus frayles, todos con velas en las manos, y cantando salmos. Despues de una breve oracion, hizo Clara que la cortasen el cabello; y recibiendo el hábito de penitencia al pie del altar, pasó á una casa vecina, donde se desnudó de sus galas, y se vistió de un grosero saco, ceñido con una cuerda. Condúxola despues san Francisco á la iglesia de san Pablo, y la entregó en manos de las religiosas Benedictinas.

Sorprendió esta accion á toda la ciudad; y como Clara no contaba á la sazon mas que diez y ocho años, se calificó esta resolucion de ligereza, ó por un rasgo inconsiderado de la juventud. Sobre todo, se mostraron muy irritados sus padres y sus parientes, pareciéndoles que aquella determinacion manchaba el honor de toda la familia. Practicaron todos los medios que pudieron para obligarla á desistir de élla, sin perdonar á los esfuerzos de la violencia para arrancarla de su asilo; pero nada bastó para doblar su constancia, porque asiendo fuertemente el altar con una mano, y mostrando en la ótra sus cabellos cortados á los que intentaban sacárla del monasterio: *Sabed*, les dixo, *que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro trage que este hábito y sayal de penitencia.* A vista de tan resuelta determinacion, se despidieron los enemigos de su reposo. Con todo eso, le pareció á san Francisco que estaria mas segura en el monasterio de san Ángel de Panso, que era de la misma religion de san Benito.

Aun no habia estado quince dias en él, cuando Ines, hermana menor de la Santa, vino en busca suya para servir á Dios con el mismo hábito, y vivir en su compañía el resto de sus dias. Esto irritó mucho mas á toda la parentela. Acudieron al convento doce de sus deudos para sacarla por fuerza, y despues de otros muchos desórdenes que cometieron, la arrancaron con violencia de entre los mismos brazos de su Hermana. Hiciéronla pedazos el hábito, arrastráronla, acoceáronla, llenáronla de injurias; pero élla protextaba que no dexaria de ser monja, aunque la matasen. Como Clara no podia resistir á la fuerza, re-

currió á Dios; y despues de una breve pero fervorosa oracion, sale del convento; corre tras de su hermana; y con un prodigio, que tuvo por testigos á todos los parientes, la hizo inmoble. En vano llamaron por socorro para moverla, aunque fuese arrastrándola; no fue posible menearla. Aturdiólos la maravilla; y viendo que el cielo se interesaba en el negocio, avergonzados de haber hecho inútilmente tantos esfuerzos, la dexaron en las manos de Clara, que la restituyó, como en triunfo, al monasterio.

Publicóse este portentoso suceso, y á vista de él abrieron los ojos todos los que los tenian tan cerrados. Hizo san Francisco reparar la iglesia de san Damian, que se iba arruinando; y habiendo comprado la casa que estaba contigua á la misma iglesia, traxo á élla á sus dos Hijas. En esta iglesia tuvo principio el célebre Orden de religiosas Franciscas, así como le habia tenido el de los religiosos en la iglesia de la Porciúncula; y tal fue el nacimiento de aquella ilustre religion de vírgenes seráficas, que en estos últimos tiempos en que iba desmayando tanto la virtud cristiana, resucitó aquellos milagros de penitencia, de fervor, de inocencia y de santidad, que son la admiracion del Universo; haciendo reflorecer la preciosa flor de la virginidad, que parecia haber marchitado el tiempo. Aprobóla luego el papa Inocencio III. en el mismo año de 1212; y en el siguiente la confirmó su sucesor Honorio, asímismo III., comenzándose desde luego á llamar la religion de las Clarisas, del nombre de su fundadora santa Clara, la cual tuvo el consuelo de ver aumentarse inmediatamente su pequeño rebaño. Su misma madre Hortelana y Beatriz, la menor de sus hermanas, quisieron ser del número de sus hijas. Otras doce jóvenes señoritas abrazaron el nuevo instituto, que ademas del exercicio de todas las virtudes, hace profesion de un total desasimiento y de una extrema pobreza. Todas hicieron los tres votos en manos de san Francisco; y todas á una voz eligieron por madre y superiora suya á santa Clara. Obedeció; pero considerándose siempre por su humildad la ínfima de todas, se la hacia insoportable la carga. Hizo increibles esfuerzos para que la librasen del empleo. Representó que creciendo cada dia el número de las monjas, no eran suficientes sus fuerzas ni su capacidad para el gobierno de

tantas, y que no faltaban religiosas en el convento muy capaces y muy dignas de aquel empleo. Pero á san Francisco le hicieron mas fuerza las razones de todas las demas que las suyas; y por parecer de todas, la confirmó en el oficio de superiora, dándole el nombre de abadesa á pesár de su repugnancia.

Consideró Clara la dignidad de su cargo como nuevo título ú obligacion de ser mas humilde, mas pobre, mas mortificada y mas fervorosa que todas las hermanas. No solo las servia en el refectorio, en la enfermería y en todo lo demas; sino que se valia de su autoridad de superiora para dexar á las ótras los oficios mas fáciles y menos repugnantes, cargando élla sola con los mas penosos, mas baxos y mas contrarios á la misma naturaleza. Su virtud favorecida era la santa pobreza. Dió de esto buenas pruebas desde el principio de su conversion, distribuyendo entre los pobres todos los bienes que heredó por muerte de su padre, sin aplicar á sí ni á su convento un solo maravedí. No solo no consintió jamás que sus conventos tuviesen fondos ni rentas, sino que severamente prohibió se hiciesen en éllos grandes provisiones, queriendo que dependiesen de la caridad de los fieles. No gustaba de que los frayles que salian á pedir limosna para el convento traxesen panes enteros, sino los mendrugos y reboxos que sobraban á los que la hacian. Escogió el título de *Pobre*, como el mas honorífico para su comunidad; y con efecto, su religion se intituló: *La religion de las señoras Pobres.* El papa Gregorio IX., que la veneraba mucho, y desde el principio de su pontificado se habia encomendado en sus oraciones, deseó que admitiese rentas, y aun se las ofreció para asegurar la subsistencia de sus monasterios; pero le hizo tantas instancias, y le alegó tantas razones para que en nada alterase el primitivo espíritu de su instituto, que su Santidad desistió del intento, y alabó su grande confianza en la divina Providencia. Mostró Dios cuánto le agradaba esta confianza y este heróico espíritu de pobreza. En una ocasion no habia en el convento mas que un pan, y ese muy pequeño: llegó la hora de comer, y la Santa ordenó á la despensera que enviase medio pan á los frayles que la servian, y del otro medio hiciese cincuenta porciones para otras tantas monjas que habia en

la comunidad. Obedeció la despensera, y el pan se multiplicó tan milagrosamente, que bastó para que todas las religiosas quedasen satisfechas. Otros muchos prodigios obró el Señor para manifestar cuánto velaba sobre sus necesidades; de manera, que con mucha razon fueron las Clarisas llamadas por mucho tiempo *las monjas de la Providencia.*

Siendo este total desasimiento de las cosas del mundo objeto digno de la admiracion universal, no se tenia por menos milagro su asombrosa penitencia. Fuera de la exácta observaucia de las reglas comunes á las demas, como andar siempre con los pies descalzos sin zoclos ni sandálias; dormir sobre la dura tierra; ayunar todo el año, y muchos dias á pan y agua; y no ver, ni ser vista de persona alguna de fuera; hacia otras penitencias tan extraordinarias, que apenas se pueden referir sin riesgó de no ser creidas. Tenia dos cilicios de que usaba alternativamente, úno de crines que traia á raiz de las carnes, ceñido con una cuerda de trece nudos; ótro era una piel de puerco, cortadas las cerdas muy por abaxo; cuyas puntas se la metian por la carne, haciéndola padecer un continuo y penosísimo martirio. Las dos cuaresmas de la Iglesia y de san Martin, que acaba el dia de Navidad, las ayunaba todas á pan y agua, menos los lunes, los miércoles y los viernes que nada comia absolutamente. Por muchos años no usó otra cama ni otro abrigo en élla que la desnuda tierra, con un manojo de sarmientos por cabecera. Este fue su lecho hasta pocos años antes de su muerte, en que por expreso precepto del obispo de Asís y de san Francisco se acostó encima de un poco de paja.

Pero estas excesivas penitencias no carecian á la verdad de muchos consuelos. Favorecida de un sublime don de contemplacion, gozaba frecuentes comunicaciones con su Dios, que la daba anticipadamente á gustar en la tierra aquellas dulzuras espirituales, que son como la prueba de las delicias del cielo. Su oracion era siempre fervorosa, y rara vez sin derramar en élla copiosas lágrimas, salia de élla toda abrasada en las llamas del divino amor; y sus palabras todas eran fuego, acompañadas de un attractivo tan eficaz, que se hacia dueña de todos los corazones. Apenas la daban otro nombre, que *el de la enamorada de*

Jesucristo. Vivo yo (repetia muchas veces al dia) *mas no soy yo la que vivo; Jesucristo vive en esta indigna sierva suya.* La devocion que profesaba á la Madre., correspondia en todo á la ternura con que amaba al Hijo. No se vió jamás devocion mas afectuosa ni mas encendida con la santísima Vírgen.

Al fin, sus excesivas penitencias la arruinaron la salud; pero nunca la debilitaron el fervor. No pudiendo ya mantenerse sobre sus pies, se hacia llevar delante del Santísimo Sacramento; y luego que se ponia en su presencia, era arrebatada en éxtasis. Estando tan impedida, que solo tenia libres las manos, trabajaba para la iglesia, hilando la tela para los corporales; y no obstante su extremo amor á la pobreza queria que todo lo que habia de servir al culto divino fuese precioso, magnífico y exquisito.

Habiendo declarado la guerra á la Silla apostólica el emperador Federico II., asolaba con su exército, lleno de sarracenos, el estado eclesiástico. Fue sitiada la ciudad de Asís, y como el convento estaba inmediato á las murallas, iban ya á forzarle los infieles. Llena entonces la Santa de una vivísima confianza, se hizo llevar á la portería con el Santísimo Sacramento, dentro de una caxita de plata, cerrada en ótra de marfil. Postrada allí con todas sus hijas delante de Jesucristo, exclamó: *Señor, ¿quereis entregar en manos de los infieles estas pobres siervas vuestras, que no tienen otro socorro que vos, y que colocan en vos toda su confianza?* Apenas pronunció estas palabras, cuando se oyó una voz que salia como de lo interior del copon ó de la caxa, y la dixo: *No temas, hija mia, yo os guardaré, y os libraré siempre de todo insulto.* En el mismo punto, atemorizados los soldados, se precipitaron del muro que ya habian escalado, y los enemigos levantaron el sitio.

Un año antes de su muerte, el cardenal de Ostia, que despues fue papa, con nombre de Alexandro IV., noticioso de la extrema debilidad á que la habian reducido las enfermedades, hizo un viage desde Perusa á Asís solo por verla. Despues de una larga conversacion, en la cual formó mucho mayor concepto de su eminente santidad, pareciéndole que estaba ya en el último peligro, quiso administrarla por sí mismo el santo Viático. Luego que le

recibió, el mismo aumento de fervor que en semejante ocasion resplandece siempre en todos los santos, la hizo cobrar nuevas fuerzas. El año siguiente, volviendo de Francia á Italia el papa Inocencio IV., quiso visitar á la Santa antes de restituirse á Roma. Pasó por Asís con gran número de cardenales; y al llegar á la ciudad supo que santa Clara acababa de recibir el Viático, administrado por el provincial de los padres menores. Entró en el convento con cuatro cardenales, y su Santidad la alargó la mano para que se la besase; pero la Santa quiso absolutamente besarle los pies, y fue preciso darla este piadoso gusto. Pidió despues humildemente la absolucion de sus pecados, mostrando con sus palabras y con sus lágrimas que verdaderamente se tenia por la mayor pecadora que habia sobre la tierra. Dióla el Papa la bendicion apostólica, y la concedió una indulgencia plenaria en remision de sus pecados; diciendo al retirarse, que el mundo iba á perder una de las mayores santas que se habian visto en la Iglesia.

Quiso Clara hacer su testamento, á imitacion de su padre san Francisco, no ya para dexar á sus hijas espirituales los bienes temporales que tan de antemano habia renunciado, sino aquel espíritu de la mas perfecta pobreza que deseaba perpetuar en su religiosa posteridad, como herencia propia de su Orden. Hablándola su confesor, que se llamaba fray Reginaldo, sobre el mérito y sobre las utilidades de la virtud de la paciencia: ¡*O mi padre*! dixo la Santa, *desde que Dios me hizo la gracia de que me consagrase toda á su servicio, ningun trabajo se me ha hecho penoso, ninguna penitencia dificil, ninguna enfermedad desagradable.* ¡*Ay padre mio* (añadió), *y qué cosa tan dulce es padecer por amor de Jesucristo*! Su agonía fue propiamente un acceso mas violento del divino amor; y en élla se asegura que se le apareció nuestro Señor, acompañado de un gran número de vírgenes que la convidaban á que fuese á celebrar sus nupcias con el Esposo celestial; y en el mismo dichoso momento entró en el gozo del Señor el dia 11 de agosto de 1253, casi á los 60 años de su edad, habiendo pasado los cuarenta y dos en la vida religiosa.

Luego que se divulgó la noticia de su muerte, concurrió al monasterio toda la ciudad; y el mismo Papa, que

ya habia partido, volvió á élla con todos los cardenales para asistir á su entierro. Comenzaban los religiosos de san Francisco á cantar el oficio de Difuntos de cuerpo presente, cuando el Papa los envió á decir, que antes bien debian cantar el oficio de las santas Vírgenes; pero el cardenal de Ostia representó á su Santidad, que no era razon precipitar las cosas en un negocio de tanta importancia; y que no obstante ser tantas y tan visibles las muestras de la santidad de aquella virtuosa Vírgen, siempre sería preciso hacer informaciones jurídicas de la heroicidad de sus virtudes y de la verdad de sus milagros, antes de decretarla el culto y los honores de santa. El mismo Cardenal pronunció la oracion fúnebre, y el cuerpo de la Santa fue conducido, como en triunfo, al convento de la iglesia de san Gregorio, adonde tambien habia sido trasladado el del seráfico padre san Francisco, por considerarse menos expuesta á las excursiones de los enemigos, que la de san Damian. Luego se hizo célebre y glorioso su sepulcro por una multitud prodigiosa de milagros; y elevado el año siguiente á la Silla apostólica el cardenal de Ostia, con el nombre de Alexandro IV., la canonizó con grande solemnidad dos años despues de su muerte, señalando su fiesta, no en el dia 11 de agosto en que sucedió, sino en el dia 12, en que el mismo Papa habia pronunciado su oracion fúnebre. Cinco años despues fue levantado el santo cuerpo para ser trasladado á otra iglesia que se habia edificado en su honor y con la advocacion de su nombre; haciéndose esta translacion en presencia del papa Clemente IV., que habia sucedido á Urbano IV., sucesor inmediato de Alexandro.

En vida de la Santa se habia extendido su Orden por Italia, Francia y Flandes, sin que élla se moviese de su convento de san Damian, contentándose con enviar algunas hijas suyas para fundar los conventos de su santa regla. Esta sagrada Orden, tan recomendable por la perfeccion de su instituto, como respetable por el resplandor de las virtudes evangélicas que edifican á toda la Iglesia, se ha dividido despues en muchas y diferentes ramas.

Las que se mantuvieron siempre en el primitivo espíritu del instituto, ó abrazaron despues la reforma de santa Coleta, conservan el antiguo nombre de Clarisas ó de se-

ñoras pobres de santa Clara. Las que dos años despues de la muerte de nuestra Santa admitieron la dispensa del papa Urbano para poder poseer rentas, se llaman Urbanistas. Aquéllas que añadieron á los estatutos algunos reglamentos particulares, se dicen Capuchinas, ótras de la Anunciada, ótras del Ave María, ótras de la Concepcion, ótras Recoletas. Todas estas ramas, unidas á su tronco, componen mas de cuatro mil conventos, y en éllos cerca de cien mil religiosas.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, Señor y Salvador nuestro; y haz que la alegría que sentimos en la festividad de tu bienaventurada vírgen santa Clara, sea acompañada de los afectos de una verdadera devocion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. y 11. de la segunda de san Pablo á los corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Oxalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

"Habiendo entendido san Pablo, por relacion de Tito, »su amado discípulo, que algunos falsos apóstoles, veni»dos entre los judíos, procuraban desacreditarle en Co»rinto, para deshacer todo lo bueno que habia hecho en »aquella ciudad, se consideró obligado á volver por sí, y

»hacer su apología en esta segunda epístola. Pinta lo que »son aquellos falsos doctores, y se ve precisado para jus»tificarse á hablar de sí mismo con alguna estimacion; »pero en el modo con que lo hace, manifiesta bien lo »mucho que esto costaba á su humildad y á su modestia."

REFLEXIONES.

No es estimado aquel que se alaba á sí mismo. No hay cosa mas despreciable, ni realmente mas despreciada que un hombre orgulloso. Pocas pasiones hay mas locas. No puede uno vivir tan satisfecho de sí mismo ni tan prendado de su imaginario mérito, sin una visible falta de virtud, y aun de entendimiento, y sin algun desórden en el juicio. El que imprudentemente se alaba, por el mismo hecho se desacredita; á todo hombre de juicio sentado se le hace insufrible esta necia vanidad. Puede alguna vez importar mucho el que se sepa que un grande te escribe; que un hombre sábio es amigo tuyo; que ótro de distincion te estima; pero siempre es cosa ridícula que esto se sepa por ti. Este hipo de alabarse á sí propio, no solo es siempre pueril, sino clara señal de poca cabeza; descúbrese no sé qué especie de parvulez y de imbecilidad en alabarse uno tan groseramente. *Dicentes se esse sapientes*, dice el Apóstol (*Rom.* I.), *stulti facti sunt.* Por eso quiso el Señor que el orgulloso encontrase en él castigo el orgullo mismo. Pretende ser estimado, y por lo mismo se hace despreciable. Pero al contrario, un baxo concepto de sí, un eterno silencio sobre todo lo que puede grangearte estimacion, son pruebas relevantes de un verdadero mérito, y ceden en mucho honor del que las posee. Ciertamente no hay pasion mas contraria al fin que se propone, y aun á aquel mismo bien imaginario con que nos lisonjea, que el orgullo; porque al fin intenta sobresalir, brillar, descollar sobre los demas. ¡Esfuerzos vanos, frívolos proyectos! El orgulloso busca en todo la distincion, y en todo encuentra la confusion y el desprecio. Fatígase por dar una alta idea de su persona, y solo consigue hacerse la fábula de toda la ciudad y la risa de la gente de bien. Pero si á lo menos escarmentaran á su costa, habria algun logro; pero no hay que esperarlo. El orgullo ciega; bien puede verse pisado, pero domado

nunca se verá. Los oficios de mayor abatimiento le irritan, mas no le curan. ¡Cosa extraña! No hay en el hombre vicio que tenga menos fundamento, y no le hay que eche mas profundas raices. ¿Quién puede entrar dentro de sí mismo sin encontrar mil cosas que le humillen? Y entre tantos motivos de humillacion, ¿se eleva el engreimiento? Verdaderamente que nada nos debe humillar mas que nuestro orgullo.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem facientes sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro: quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las

nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay pocas verdades en el cristianismo mas claras y mas sólidamente establecidas que ésta: *Entrad por la puerta angosta*, nos dice el Hijo de Dios, *porque la que conduce á la perdicion, es ancha y espaciosa, y es grande el número de los que entran por élla; pero la que conduce á la vida es estrecha, y pocos entran por esta puerta: Pauci sunt qui inveniunt eam.* En otra parte dice: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos. *Pauci verò electi.* Lo mismo y en los propios términos lo vuelve á repetir otra vez. Como el Salvador repetia tantas veces á sus discípulos esta terrible verdad, le hicieron en una ocasion esta pregunta: *Señor, ¿y es posible que sea tan corto el número de los que se salvan?* El Hijo de Dios por no aterrar demasiado á los que le preguntaban y á los que le oían, mostró eludir la pregunta, y se contentó con darlos esta respuesta: *Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha; haced esfuerzos para entrar por élla.* Toda la Escritura está llena de figuras, pruebas y exemplos de esta espantosa verdad; y basta un buen entendimiento para convencernos de este corto número. No hay mas que un camino para el cielo, porque no hay mas que un evangelio; ¿pero son muchos los que van por este camino? ¿son muchos los que siguen las maximas de este evangelio? ¿qué concepto formaríamos de la verdad y de la santidad de nuestra religion, si despues de todo lo que Jesucristo nos dixo, despues de todo lo que hicieron los santos, fuera muy grande el número de los escogidos? ¿pero seré yo de este corto número? Eso se ha de juzgar por la conformidad de nuestra vida con las máximas del

evangelio que seguimos tan mal. ¡Cosa extraña! Corre la voz de que se ha perdido un navío. ¿Cuántos se asustan? ¿cuántos se sobresaltan? Aunque haya diez mil navíos en el mar, la noticia de que úno solo naufragó, hace entrar en cuidado á todos los negociantes. ¡Pues qué! Sabemos que de todos los que actualmente viven en el mundo muy pocos arribarán al puerto de la salvacion eterna, y que la mayor parte naufragará miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser del número de estos infelices? Fúndase la seguridad en que no se tiene una vida totalmente perdida y estragada. Las vírgenes necias la tenian muy pura, y con todo eso fueron reprobadas. El siervo perezoso no habia hurtado los bienes agenos; pero no habia negociado con los propios, y fue arrojado á las tinieblas exteriores. Ciertamente, cuando no tuviéramos otro motivo para temer que esta fatal seguridad, esta perniciosa insensibilidad con que vivimos, ¿no sería muy sobrado para hacernos temblar y estremecer sobre nuestra futura suerte?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para salvarse hay preceptos que obedecer, reglas que observar, y máxîmas que seguir. Para salvarse es menester domar las pasiones, hacer violencia al natural, resistir á la inclinacion, y tener una vida pura y mortificada. Los fariseos eran unos hombres de un exterior muy compuesto y arreglado: su proceder parecia irreprensible: hacian larga oracion, y ayunaban mucho. Con todo eso; segun el oráculo del mismo Jesucristo, si nosotros no observamos la ley mas exâctamente que éllos; si nuestra virtud no es mas sólida y mas perfecta que la suya, jamás entrarémos en el cielo. Mucho es, á la verdad, el no vengarse, todavía es mucho mas perdonar las injurias; con todo eso, para salvarse es menester hacer alguna cosa mas perfecta y mas heróica; porque es preciso amar á los mismos que nos persiguen, aun á aquellos mismos que nos maltratan. No basta condenar las malas obras; es menester mirar con horror hasta los malos pensamientos. No solo no es lícito retener los bienes agenos; es preciso socorrer á los pobres con los propios, y renunciar con el afecto ó con el efecto lo que se posee

por amor de Jesucristo. Es preciso vivir inocente ó penitente; y si no, esperar sin remedio la condenacion eterna. Ningun cristiano se puede dispensar de la cristiana humildad; su modestia ha de ser enemiga de todo fausto. No basta haber abrazado el estado religioso; para salvarse necesariamente se ha de vivir segun su espíritu, guardar sus constituciones y observar sus reglas. Infiere de todos estos principios, si serán muchos los que se salvan: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas; y al próximo como á ti mismo.* Este es el primero y el máxîmo de los mandamientos, basa y fundamento de todos los demas. ¿Hallaránse hoy muchos cristianos aun entre aquellos que hacen profesion de virtud, que guarden verdaderamente este precepto? Un solo pecado mortal nos arrebata en un momento todo el mérito de la mas santa vida. ¿Son muchos los que viven hoy con inocencia? Ninguno hay que pueda estar seguro de su penitencia. Pues vuelve otra vez á inferir si serán muchos los que se salvan. La gracia final, que es la que propiamente constituye los escogidos, es un don gratuito que nunca podemos merecer. Esta gracia decisiva de nuestra eterna suerte, ¿se franqueará con frecuencia en la postrera hora á los que apenas acertaron á obedecer á Dios en toda su vida? ¿y puedo yo prometérmela prudentemente considerando el desórden de la mia?

Todo me aterra, gran Dios, todo me espanta; mas ni por eso es capaz de disminuir un punto la confianza que tengo en vuestra infinita misericordia. Estas mismas reflexîones que ahora hago por vuestra divina gracia, son pruebas concluyentes del deseo que teneis de mi eterna salvacion. Voy á trabajar sériamente en élla, mediante vuestro poderoso auxîlio; y por corto que sea el número de los que se salvan, confio, mi Dios, que no he de ser excluido de él.

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Tuyo soy, Dios mio, sálvame.

Ne projicias me à facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni se aparte jamás de mí tu santa gracia.

PROPOSITOS.

Pocos se salvarán, y es preciso que así sea. Con efecto, si con tales leyes y con tales máxîmas nos dexara nuestra religion grandes esperanzas de salvarnos, haciendo lo contrario de lo que élla manda, y viviéndose como ordinariamente se vive, ¿qué concepto haríamos de élla? ¿no se reduciria entonces á una pura ceremonia? Pero gracias á Dios, la primera que condena esta oposicion enorme, es nuestra misma religion. Reprueba la monstruosa desemejanza que se encuentra entre sus máxîmas y nuestras costumbres; condena ese universal desórden, y aunque sea tan crecido el número de los cristianos cobardes y relaxados, no justificará su cobardía ni su relaxacion. Corto es el número de los ajustados y de los buenos; procura ser de este número. La muchedumbre se pierde; pues guárdate de mezclarte con la muchedumbre. Aunque toda tu comunidad, aunque todos tus amigos te dispensen en la observancia de las mas santas reglas; aunque fueses tú solo el que las observases, no deliberes un punto en distinguirte de los demas por esta religiosa puntualidad. Tendránte por un impertinente reformador, por un mudo censor de su inobservancia; no importa; déxalos decir; sé fiel, y diles con resolucion, que por mucho que se haga por la salvacion, nunca será demasiado.

2 Has de ser sumamente exâcto en el cumplimiento de las mas mínimas obligaciones y de las observancias comunes; pero no te has de contentar con éllas solas. Aun en las comunidades mas observantes siempre es corto el número de los fervorosos; aspira al mismo fervor, é imponte una ley de que te cuenten entre éllos; sin olvidarte de las mas esenciales, practíca con perseverancia las de supererogacion. Frecuenta los sacramentos; confiésate muy á menudo, y aliméntate con el pan de los fuertes en esta vida enemiga; conserva inalterablemente la gracia; ten una extrema delicadeza de conciencia; cumple con puntualidad todos los deberes de tu estado; no te descuides en el exercicio de las buenas obras. Haz limosna;

sean todas tus oraciones acompañadas de espíritu y de devocion; profésasela muy tierna y muy afectuosa á la santísima Vírgen, persuadido á que esta devocion es una de las señales menos equívocas de predestinacion. Visita con mucha frecuencia al Santísimo Sacramento, y pon en él toda tu confianza. No hay condicion, no hay estado en que no se puedan hacer todos estos exercicios; y éllos son un medio muy seguro para ser contado en el corto número de los que se salvan.

DIA TRECE.

Santa Radegundis, reyna de Francia.

Santa Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de santa, que por el título de reyna de Francia, fue hija de Bertario, rey de Turingia, y nació al principio del sexto siglo. Estando para morir su abuelo Basin, rey de Turingia, dexó repartidos sus estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual deseosa de reynar sola, induxo al rey su marido á que se deshiciese de sus hermanos. Comenzó por Bertario, padre de Radegundis, á quien hizo asesinar, y declaró la guerra al otro hermano Baderico. No considerándose con bastantes fuerzas, pidió socorro á Tierri, rey de Francia en Austrasia, ofreciéndole repartir con él los estados de Turingia, si lograba despojar de éllos á Baderico. En virtud de este tratado entró Tierri con su exército por la Turingia. Fue derrotado Baderico; pero Hermenfrido no quiso hablar de repartimiento. Ofendido Tierri de la mala fe, resolvio tomar venganza; y coligado con su hermano Clotario, rey de Soisons, entró con él por la Turingia. Fue vencido Hermenfrido, y perdió la vida con sus estados. Quedó el pais á merced de los vencedores, que se volvie-

ron á Francia cargados de despojos y de prisioneros. Entre éstos fue una la tierna princesa Radegundis, sobrina de Hermenfrido, é hija del rey Bertario. Contaba solos diez años, y era de tan extremada hermosura, y de tan raro espíritu, que Clotario cedió á Tierri todo lo que le tocaba en el despojo, solo con que le dexase á la princesa Radegundis. Mandóla llevar al castillo de Aties en el Vermandés, donde la hizo educar como correspondia á su condicion, dándola maestros que la enseñasen las artes y las bellas letras.

Hizo en éllas maravillosos progresos la Princesa; pero donde mas se adelantó fue en la ciencia de los santos. Algunos escribieron que su primera educacion fue en el gentilismo; pero que luego que oyó hablar de los misterios de nuestra religion pidió el bautismo. Lo que no tiene duda es, que desde luego mostró Radegundis estar prevenida con las mas dulces bendiciones del Señor. La modestia añadia nuevo resplandor á la hermosura; sobresalia en todo su devocion; era su bella pasion la caridad con los pobres; sus delicias eran la oracion; y en fin, parecia haber nacido con todas las virtudes cristianas. En la leccion de libros devotos aprendió muy presto todos los secretos de la perfeccion, y la gracia la inspiró el deseo de practicarlos. Desde los once años comenzó á macerar su delicado cuerpo con frecuentes ayunos y con instrumentos de penitencia. Sobre todo, la virginidad era para élla de maravilloso atractivo; y desde entonces resolvió no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, especialmente cuando supo que este Señor habia escogido para madre suya á una purísima doncella. Cercenaba de su comida los platos mas exquisitos que la servian á la mesa, para repartirlos despues por sus mismas manos entre muchas niñas pobres que sustentaba.

Encendida en amor de Jesucristo, tenia grande envidia á los mártires por la dicha de haber derramado su sangre en defensa de la fe, y no podia disimular sus fervorosas ánsias por la corona del martirio. Parece que atendió Dios á esta su vehemente inclinacion, disponiéndola dentro de su misma casa una nueva especie de persecucion, y permitiendo que sus mismos criados exercitasen extraordinariamente su paciencia. No les gustaba aquel despre-

cio que hacia de las diversiones del mundo y de todo lo demas que tanto lisonjea el gusto de las princesas de su elevacion. No podian sufrir tanta modestia en el trage, tanta oracion ni tanto amor al retiro. Molestábanla cruelmente en todas ocasiones, y á las reprensiones mas descompuestas se añadian siempre indecentes tratamientos. Triunfaba de alegría la tierna Princesa viendo que se la ofrecian tantas ocasiones de padecer, y jamás se la oyó alentar la menor queja. Pero al mismo tiempo metian mucho ruido tantas bellas prendas como la adornaban. No se hablaba de otra cosa en la córte que de la hermosura, de la virtud y del extraordinario mérito de la Princesa. Movido Clotario de lo que oia, quiso ir á verla, y quedó tan prendado de élla, que resolvió tomarla por esposa, aunque era todavía muy niña.

Esta gran boda, en lugar de llenarla de gozo, la causó grande afliccion. Crecia su virtud con los años, y con la virtud crecia la estimacion y el amor á la virginidad. Mas queria ser vírgen que ser reyna de Francia, y así la sobresaltó mucho esta proposicion. Pero no era fácil resistir á un príncipe que se habia hecho dueño de su libertad por el derecho de las armas. Quiso huir, pero fue descubierta por los mismos confidentes de su fuga. Cogiéronla, lleváronla al rey, que se casó solemnemente con élla.

Quedaron con esto desconcertadas sus ideas; pero no por eso se desconcertó su virtud. Persuadióse á que podia ser esposa de Jesucristo, al mismo tiempo que á los ojos del mundo lo fuese tambien de un monarca de la tierra. No la deslumbró el resplandor de la corona; preciábase mas de cristiana que de reyna, y este augusto título jamás la hizo olvidar el de humilde sierva de Dios. Enemiga de toda profanidad, nunca se mostraba mas modesta que cuando cumplia con la obligacion de parecer magnífica: y se solia decir en palacio que el único modo de hacer la córte á la reyna era ser devoto.

Prosiguió con sus piadosos exercicios, sin que se los descompusiese el trono ni la elevacion. La única ventaja que hallaba en la nueva grandeza era el proporcionarla mas medios con que hacer bien á los pobres. La mayor partida del gasto era la de las limosnas. Visitaba to-

dos los dias á los pobres enfermos; dábanla mas gusto los mas asquerosos; hacíalos las camas, curábalos las heridas, y no permitia les faltase nada de lo que habian menester. En no encontrando á la Reyna en los hospitales, seguramente se la hallaria en la iglesia ó en su oratorio. No bastando el dia para sus devociones, empleaba regularmente en oracion una parte de la noche. Ni el rigor del invierno era bastante para resfriar su fervor. No contenta con sustentar cada dia un prodigioso número de pobres, eran pocos los religiosos que no tuviesen parte en su caridad. Fundó un hospital en el castillo de Aties, donde habia sido criada, y enriqueció muchos monasterios con preciosos dones de su liberalidad.

Lo mas admirable de la jóven y delicada Princesa era el rigor con que maceraba su carne en medio de las delicias de la córte. Llevaba ordinariamente un áspero cilicio debaxo de las vestiduras reales, sobre todo en los dias de ceremonia. Observaba todos los ayunos de la Iglesia con rigor poco acostumbrado aun en los monasterios mas estrechos. En éllos solo comia una vez al dia, y de un solo plato. Viéndose precisada á hallarse presente á las fiestas públicas, nunca lo hacia sin algun preservativo, conociendo bien su peligro. Valíase de mil ingeniosas industrias para quitar el gusto á las diversiones mas inocentes, y para encontrar en todo materia de mortificacion.

Como amaba tanto la cruz, no podia privarse de élla por mucho tiempo. Padeciólas muy amargas, y tanto, que con razon la merecieron el título de esposa de Cristo crucificado. Al principio del matrimonio mostró el Rey aprobar mucho sus devociones; tenia tan alto concepto de su virtud, que no se la pudieron hacer mudar los cortesanos, llenos del espíritu del mundo, é incomodados con tanta santidad, por mas que hicieron para desacreditar á la Reyna. Amábala mucho, y aunque su vida era desordenada, no podia menos de estimar tan raro mérito. Pero como la de la Reyna era tan pura, y se conformaba tan poco con élla la licenciosa que hacian las damas de la córte, la consideraban como una muda censura de sus desórdenes, y se las hacian intolerables tan virtuosos exemplos. Valiéronse de las especies mas feas que pudo fingir la malignidad, y de las mas sangrientas que pudo inventar la sátira para ha-

cer odiosa y despreciable á la virtuosa Princesa. Sugerian contínuamente al Rey que las modales baxas, abatidas y demasiadamente cristianas de Radegundis deslucian mucho á la magestad; que mas á propósito parecia para servir en un hospital, que para ser respetada desde el trono; y en fin, que todos le censuraban de que se habia casado con una beata mas que con una reyna. Interpretaban mal sus crecidas limosnas, y pintaban como delito su excesiva caridad. Su modestia las ponia de muy mal humor, y la censuraban de que en trayéndola alguna tela preciosa, al punto la destinaba para los altares. Acusábanla, en fin, de que intentaba convertir el palacio en convento, introduciendo en él algunas devociones, que solo podian ser tolerables en los cláustros. Como Clotario no era devoto, y estaba tan entregado á sus pasiones, no podia hacerse sordo por mucho tiempo á los gritos de la maledicencia. Conoció presto la santa Reyna que hacian impresion en el corazon y en el ánimo del Rey las murmuraciones de los cortesanos, en medio de ser tan malignas como injustas. Ya no la miraba con los mismos ojos que ántes, ni la trataba con el mismo respeto cariñoso; prorumpia muchas veces en quejas, y no pocas en ágrias reprensiones. A la tibieza se siguió el disgusto, y tras de éste luego entró el desprecio. No se puede explicar lo mucho que tuvo que sufrir la santa Reyna, no solo del Rey, sino tambien de los cortesanos; pero singularmente por parte de las damas de palacio, á quienes no gustaba tanta regularidad en la Reyna, y deseaban agradar al Rey mas de lo que fuera justo.

Habia conservado siempre nuestra Santa una grande inclinacion al retiro. No era, á la verdad, la córte su elemento, y suspiraba contínuamente por la soledad. Como no habia tenido sucesion, la pareció que la indiferencia del Rey la facilitaria el permiso para retirarse á algun monasterio; se acabó de determinar á esta resolucion por un funesto incidente que sucedió en este tiempo, y fue la muerte de un hermano suyo, á quien Clotario mandó quitar la vida para asegurarse mas de la corona de Turingia. Pidió licencia para retirarse de la córte, y la consiguió. Partió en derechura á verse con san Medardo, obispo de Noyon, y declarándole su intento de hacerse religiosa, le

pidió la echase el velo. Resistióse el Santo temiendo ofender al Rey; pero la Reyna se metió intrépidamente en la sacristía de la Iglesia, donde se hallaba; cortóse el cabello, y echóse á sí misma el velo. Presentóse despues al santo Prelado, que estaba delante del altar, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no la dilatase el consuelo de consagrarla al servicio de Jesucristo, el cual la habia hecho la gran merced de escogerla para esposa suya. Prendado el Santo de aquella resolucion, la consagró á Dios como la Santa lo deseaba, y aun la hizo diaconisa. Luego que Radegundis recibió el hábito monacal, pasó á visitar el sepulcro de san Martin, á quien profesaba mucha devocion; de Turs se encaminó á Canda, donde el Santo habia muerto, y desde allí se retiró á Sais, tierra que el Rey la habia cedido. En Sais tuvo noticia de que Clotario pensaba volverla á llamar; acudió á Dios con fervorosas oraciones y con rigorosas penitencias, por cuyo medio se conjuró aquella tempestad. Desde Sais pasó á Chinon para encomendarse en las oraciones de cierto santo solitario y recluso, llamado Juan, y despues se fue á establecer en Poitiers, donde fixó su habitacion. Fundó con licencia del Rey, y con beneplácito de san Pienzo, obispo de Poitiers, el monasterio de santa Cruz, que es hoy uno de los mas célebres de todo el reyno. A la fama de nuestra Santa acudieron muchas doncellas de todas partes. Valióse de la autoridad de reyna y del título de fundadora para excluirse para siempre de toda especie de superioridad. Hizo nombrar por abadesa á una doncella, llamada Ines, que habia sido dama suya; púsose debaxo de su direccion, y olvidada de haber sido reyna de Francia, no admitió otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo.

Por muerte de Childeberto, hermano de Clotario, se reunió en éste todo el poder de la monarquía francesa; y volviendo á encenderse en su corazon el amor que habia profesado á Radegundis, arrepentido de haber consentido en su retiro, determinó volverla al trono y á la córte. Con este intento fingió tener devocion de pasar á Turs á visitar el sepulcro de san Martin, para dexarse despues caer en Poitiers, y apoderarse de la santa Reyna. Noticiosa de todo nuestra Santa, acudió á sus ordinarias defensas, la oracion, el ayuno y las penitencias, para conseguir de

Dios que mudase el ánimo de Clotario. Alcanzólo, y san German, obispo de París, que acompañaba al Rey, le hizo mudar de resolucion. Pasó á Poitiers el santo Prelado, bendixo á la abadesa, y aseguró á Radegundis que ya no la volveria á inquietar el Rey acerca del estado que habia abrazado.

Tranquila ya en su retiro, no puso límites á su fervor. Desprendióse de todo cuanto habia poseido, sin reservarse cosa alguna. Sus penitencias espantaban á las mas robustas; traia un cilicio que parecia herizo con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino, sin embargo de ser permitido á las monjas; su ayuno era casi contínuo; su alimento ordinario un poco de pan de centeno, y aun de éste se privaba los dias de ayuno, sustentándose entonces de raices crudas; su cama era una estera extendida sobre unas tablas, y su sueño nunca pasaba de dos horas. No pareciéndola bastante el cilicio para macerar su cuerpo, se apretaba fuertemente á la cintura una cadenilla sembrada de puntas de alambre, que hinchada la carne, se metian dentro de élla, y fue menester hacerla una dolorosa incision para arrancársela.

Su insaciable deseo de mortificarse crecia al paso que su amor á Cristo crucificado. No podia ver la imágen de un crucifixo sin llenarse de una santa envidia á los mártires, con deseo de padecer todos los tormentos que éllos padecieron; ni hubo jamás alma mas ingeniosa en discurrir arbitrios para affigirse y para macerarse. Despues de haber no solo embotado, sino como deshecho en su cuerpo todos los instrumentos de mortificacion, se la ofreció tostar sus delicadas carnes, aplicándose á éllas una cruz de hierro encendido, y una plancha de cobre penetrada del fuego. El célebre Venancio Fortunato, que conoció á la Santa, y la da tan magníficos elogios, asegura que sus penitencias eran otros tantos milagros.

Es verdad que la suavizaban mucho haciéndola gustar dulzuras inefables los celestiales consuelos que derramaba Dios abundantemente sobre su purísima alma en las íntimas comunicaciones que tenia con su Magestad. Correspondia su humildad á todas las demas virtudes. No permitia que otra alguna barriese la casa, y no solo era enfermera de sus hermanas, sino que parecia criada de las

enfermas. A ningun oficio baxo y humilde se negaba, y solo en los exercicios mas abatidos y mas viles mostraba no sé qué ayre de magestad y de reyna.

Con el ánsia de que floreciese mas y mas la vida religiosa en su comunidad, emprendió el viage de Arlés para recibir de mano de su arzobispo san Cesário la regla que acababa de establecer en el monasterio de su hermana santa Cesaria. Introdúxola en su comunidad de Poitiers, la que enriqueció tambien con muchas reliquias, singularmente con un buen pedazo de la misma cruz del Salvador, con que la regaló Justino, emperador de Constantinopla.

Ya habia mucho tiempo que las grandes penitencias de nuestra Santa tenian quebrantada su salud, cuando el Señor quiso, en fin, premiar una vida tan pura y tan penitente. Apareciósela visiblemente Jesucristo estando en oracion, y colmándola de aquellas dulzuras inefables, que son como una prueba ó destello de los gozos de la gloria, la dió á entender que estaba muy cercana su muerte. Por la extraordinaria alegría que mostraba en su semblante se conoció la que dilataba su corazon; y aunque la enfermedad que la sobrevino parecia ligera, desde luego se temió todo lo que se podia temer. Solamente la enferma estaba tranquila; hizo que la administrasen los sacramentos, que recibió con aquella devocion propia de las almas extraordinariamente santas. No apartó mas los ojos de un divino crucifixo, y todas sus palabras mostraban su ardiente amor al divino Esposo crucificado. En fin, el dia 13 de agosto del año 587, entre las lágrimas y los gemidos de sus queridas hijas, aquella alma inocente fue á recibir en el cielo el digno premio de sus ilustres virtudes, siendo de edad de sesenta y seis años, á los cuarenta de su vida monástica.

Luego que tuvo noticia de su muerte san Gregorio, obispo de Tours, que la trató muy particularmente, y dexó escrita la mayor parte de su vida, pasó á Poitiers, y en ausencia de Morovio, obispo de aquella ciudad, cuidó de los funerales. Fue enterrada con grande solemnidad en la iglesia de nuestra Señora que élla misma habia hecho edificar para entierro de sus religiosas; y asegura el mismo san Gregorio Turonense que la halló en el féretro con un semblante tan hermoso y tan resplandeciente, que pa-

recia estar viva; y añade, que doscientas religiosas que componian entonces aquella ilustre comunidad, rodeaban el santo cuerpo, y acompañaban con un torrente de lágrimas los funerales que la hacian. Por los milagros que obró en vida, y por los que se obraron sin cesar en su sepultura, fue muy presto honrada con el culto de los santos. Una persona de distincion que habia recobrado la vista por intercesion de la Santa hizo edificar una iglesia dedicada á su nombre en memoria de su reconocimiento. Sus santas reliquias se salvaron del pillage de los normandos; pero no se pudieron librar del furor ni de la impiedad de los hugonotes, que las quemaron con todas las demas el año de 1562.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Radegundis festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Escúchanos, ó Dios Salvador nuestro, y haz que la espiritual alegría que nos causa la festividad de la bienaventurada Radegundis sea acompañada de una verdadera devocion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 3. de Isaías.

Dixit Dominus: Pro eo quod elevatæ sunt filiæ Sion: et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant, et plaudebant, ambulabant, pedibus suis, et composito gradu incedebant: decalvabit Dominus verticem filiarum Sion, et Dominus crinem earum nudavit: in illa die auferet Dominus ornamentum calceamentorum, et lunulas, et torques, et monillia, et armillas, et mitras, et discriminalia, et periscelidas, et murenulas, et olfactoriola, et in aures, et anulos, et gemmas in fronte pendentes, et mutatoria, et paliola, et lin-

Dixo el Señor: Porque las hijas de Sion se han ensoberbecido, y anduvieron con el cuello erguido, iban haciendo señas con los ojos, y se señoreaban, y caminaban jugueteando con sus pies, y andaban con pasos contados: pondrá el Señor calvas las cabezas de las hijas de Sion, y el Señor las despojará de los cabellos. En aquel dia quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunillas, y los collares, y las joyas, y los brazaletes, y las mitras, y las coronas, y el adorno de las piernas, y las cadenillas, y las bellotas de olor, y los pendientes, y los anillos, y las piedras precio-

teamina, et acus, et specula, et sindones, et vittas, et theristra. Et erit pro suavi odore fœtor, et pro zona funiculus, et pro crispanti crine calvitium, et pro fascia pectorali cilicium.

sas pendientes sobre la frente, y los vestidos, y las manteletas, y los pañuelos, y las agujas, y los espejos, y las sábanas, y las cintas, y los vestidos de verano. Y en vez del olor suave tendrán hedor, y por ceñidor un cordel, y en lugar de cabellos encrespados la calva, y en lugar de la banda pectoral un cilicio.

NOTA.

»Siempre fue tenido en la Iglesia el profeta Isaías por »uno de los profetas mas llenos del espíritu de Dios. Sus »profecías no solo son un profético compendio de todos »los misterios de nuestra religion, singularmente de to»da la historia del Mesías, sino que en éllas se encierran »consejos saludables para todo género de personas. Su vi»da fue santísima, su muerte gloriosa, muy parecida á »la de san Juan Bautista; porque Manasés, rey de Judá, »tan enemigo de Dios, como amigo su padre Ezequías, no »pudiendo sufrir las justas reprensiones del santo Profe»ta, le hizo serrar por el medio con una sierra de madera.

REFLEXIONES.

La menudencia y la precision con que el Profeta pinta en su lugar la vanidad y la profanidad de las mugeres de Sion, la vivísima invectiva que hace contra este desórden, y el rigor con que Dios le castiga, muestra bien lo abominable que es á sus divinos ojos, tanto en sí mismo, como en los malos afectos que produce en el estado y en las familias. El desórden y la corrupcion de las costumbres son á un mismo tiempo causa y efecto de aquellos excesos. Adórnanse las mugeres para agradar á los hombres, y apenas nunca los agradan sin abrir en sus almas mortales y penetrantes heridas. El estudio de parecer bien por la hermosura, por la gentileza y por la gala (dice Tertuliano), nunca nace de una conciencia muy inocente: *Non de integra conscientia venit studium placendi per decorem, quem naturaliter invitatorem libidis scimus* (*De cultu fœ-*

minar.). Demasiado sabido es cuánto se irrita la pasion á vista de la hermosura. ¿En cuántos gastos supérfluos empeña la loca pasion de las galas y de las modas? ¿cuántas baxezas, cuántas injusticias, cuántos desórdenes se cometen por tener con que sustentar esos vanísimos gastos?

La profanidad en el vestido es ciertamente una vanidad pueril; pero es vanidad de moda. Esto basta para despreciar el moral cristiano, por mas que clame contra élla; búrlanse de él las mugeres de estos tiempos, y hacen gala de su desprecio. No se atreven á parecer en público sin brillar; apenas bastan las rentas, los empleos ni el tráfico de los maridos para mantener su fausto y su suntuosidad. No son de gusto las galas que no cuestan mucho; no pocas veces un solo tocado se sorbe la renta de todo un año. No estan los templos y los altares, por explicarme en el idioma de la sagrada Escritura, tan ricamente adornados como esos animados ídolos de la vanidad mundana. ¿Cuánto tiempo emplean, cuánta aplicacion y cuánto estudio en armar lazos á la inocencia? ¿qué muger del mundo gasta tantas horas en la oracion, como pierde en estos perniciosos artificios? ¿pues qué maravilla es que un fausto tan irreligioso, una gloria tan necia y tan impía irrite al Señor, encienda su justa cólera, y tarde ó temprano acarree á las familias aquellos funestos reveses que convierten las galas en melancólico luto?

Elevatæ sunt filiæ Sion, et ambulaverunt extento collo. Engriéronse las doncellas de Sion; preséntanse con bizarría, marchan con fiereza, la cabeza levantada, erguido el cuello, ostentando soberbia y presuncion en todos sus movimientos; sus gestos, sus miradas desdeñosas, su modo de vestir, y el refinado estudio de su adorno, todo va mostrando y publicando su orgullo y su altivez. *Nutibus oculorum ibant, et plaudebant.* Observa la afectacion con que miden sus pasos, con que estudian sus meneos, con que manejan el tono de la voz, y con que arreglan como á compas su artificiosa postura: *et composito gradu.* Aquel ayrecillo dulce, y al mismo tiempo cuidadosamente desdeñoso; aquellas risitas blandas y cautelosas; hasta aquel mismo silencio, parte halagüeño y parte fiero, todos son lazos que arman á las almas simples, las cuales caen aturdidamente en la red. Pero presto las haré ver, dice el Se-

ñor, cuánto abomino todo ese fausto y aparato, todos esos envenenados ayrecillos y toda esa ridícula fiereza: *Detestor superbiam Jacob.* Atended, mugeres profanas, continúa el Profeta Isaías, al estruendo y al rigor con que Dios ha de castigar vuestro orgullo. *Decalvabit Dominus verticem filiarum Sion.* Hará caer esos polvos y esos cabellos peynados con tanto esmero y con tanta prolixidad. Poned los ojos en las calaveras de esas mugeres profanas que os precedieron, y son hoy el horror de los cementerios, y el asco de las sepulturas. *Auferet Dominus ornamentum, et lunulas, et torques, et armillas.* Os arrancará el Señor esos preciosos pendientes, ese calzado bordado de plata y oro, esos collares de perlas, esos ricos brazaletes, esas joyas de diamantes, esas piochas de gran precio, con lazos distribuidos con tan bello gusto, ese trage pomposo, y esas cofias escarpadas ú de diferentes altos: *Et discriminalia; et mitras.* Sortijas, piedras, botes, perfumes, joyas, espejos, ahora solo servís para fomentar un espíritu mundano, un fondo de orgullo, una fiereza ridícula, una hermosura pasagera, superficial y artificiosa; pero algun dia servireis para mostrar la ridiculez de aquellas que se apacientan de tan vano como engañoso esplendor; y despues que fuísteis materia de su vanidad y objeto de sus complacencias, seréis asunto de sus lágrimas, de su vergüenza y de su desesperacion. Quiera el cielo que estas reflexíones no sirvan para añadir el colmo á la iniquidad y á la reprobacion de aquellas que las leyeren.

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore: Cœpit Jesus dicere ad turbas de Joanne: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam? Sed quid existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt.

En aquel tiempo: Comenzó Jesus á decir á las turbas, hablando de Juan: ¿Qué salísteis á ver en el desierto? ¿alguna caña agitada del viento? ¿Qué salísteis, pues, á ver? ¿un hombre vestido de delicias? Los que se visten delicadamente habitan en las casas de los reyes.

MEDITACION.

De la vida delicada.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida delicada y regalona, por lo cual parece se distinguen hoy las gentes del mundo, es la que hace mayor el número de réprobos. Ciertamente al considerar cuáles son el dia de hoy las principales ocupaciones de las mugeres del mundo, justamente se puede preguntar si la vida ociosa y delicada se tiene por vicio entre los cristianos. Concurrencias de ociosidad, visitas inútiles, conversaciones sin substancia, entretenimientos frívolos, partidas de juegos y de diversion, paseos, espectáculos, pasatiempos, en esto se pasa casi toda la vida de las mugeres profanas, por lo menos, hasta que un reves de fortuna, la edad y los disgustos las condenan al retiro; y aun entonces una ociosidad enfadosa y haragana entra á llenar el hueco de una fanática delicadeza. Los últimos dias de la vida son mas tristes y nebulosos; pero no menos vacíos. Estan ociosas por necesidad, despues de haberlo estado por gusto. Parece que las riquezas, la distincion, los títulos y los empleos dan derecho para perder el tiempo; y aun el mayor cuidado, que por lo comun ocupa á este género de gentes, es la inquietud que las causa el no saber en qué perderle. El sueño de la noche, que se alarga hasta muy entrada la mañana, es, por decirlo así, su primera ocupacion; á esta delicadeza sucede el cuidado, y el tiempo que emplean en vestirse; acúdese á la última misa, como al sitio donde concurre en aquella hora la gente ociosa y delicada; el tiempo que resta hasta comer se gasta en visitas y en cumplidos. A la mesa se sigue una conversacion pesada, soñolenta, y de ordinario sin substancia, que suple algunos intervalos de reposo, los cuales siempre desagradan á los que tienen poco sosegada la conciencia, hasta que llega la hora de hacer ó de recibir las visitas de la tarde. Entonces se ligan los corrillos, se ajustan las partidas de diversion, y se vuelven á representar aquellas escenas diarias y privadas en que to-

dos se divierten, engañándose y burlándose los únos de los ótros. Excítanse aquellas enfadosas conversaciones, que todas son sobre vagatelas, siendo su sal la murmuracion, y todo su fondo la inutilidad. Aventuras galantes, cuentos chistosos, chismecillos del pueblo, reflexîones pueriles sobre las modas y sobre los vestidos; nuevos proyectos de diversion, nuevas delicadezas para conservar la salud; lastimosa censura acerca de la reforma y de la vida exemplar de las personas virtuosas; crítica atrevida, sin conocimiento, sin juicio y sin religion; dichicos agudos, por lo comun poco inocentes y menos honestos, zumbas sin gracia. Esta es toda la mas séria ocupacion de la gente brillante, de las personas de distincion, ó por mejor decir, de lo mas mundano que se encuentra en una ciudad; porque en estas asambleas de la ociosidad no hay que esperar otras conversaciones ni mas sólidas ni mas útiles. Se hace el análisis de un tocado, la apología de una moda y el panegírico de un juego de nueva invencion. Las que no tienen espíritu de gracia para sustentar unas conversaciones tan descarnadas, lo suplen, á su parecer, con la ostentacion y con la magnificencia de las galas y de los trages. Entre los hombres, únos contentos con hacer el papel de asistir á los corrillos, estan dos ó tres horas sin hablar palabra; ótros contribuyen á la conversacion con sus ayres afectados ó con su grosería; despues se procura alegrar aquella enfadosa ociosidad con el juego, con la comida, con el bayle y con los espectáculos. En esto se ocupan y en esto se emplean los dias de aquellas personas que hacen profesion de cristianas; esto es, de seguir una religion que condena hasta la menor palabra ociosa, que indispensablemente pide á todos sus profesores una vida inocente, mortificada, laboriosa, y un arreglo de costumbres tan exemplar, que no sufra la menor relaxacion. Junta estos dos extremos, y compon, si puedes, la espantosa contradiccion que se encuentra entre lo que se cree y lo que se obra. ¿Qué religiosa sería la religion cristiana si se salvasen los que así viven en élla?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la vida delicada y demasiadamente regalona es una de las señales menos dudosas de reprobacion.

Aun cuando solo se tenga una leve tintura de nuestra religion, ¿quién puede ignorar la severidad con que reprueba la ociosidad y la vida inútil? El cielo solo se da á los adultos á título de recompensa, y nunca fue salario de haraganes. En materia de costumbres todos los oráculos de nuestra religion son discretos. El que no lleva *cada dia* su cruz, *quotidie*, dice el Salvador, en vano se lisonjea de ser discípulo mio. Velad, orad sin cesar, daos priesa, no tomeis reposo, esforzáos á entrar por la puerta angosta del cielo: *contendite*; sin eso correis mucho peligro de no entrar, aun vosotros mismos, á quienes yo escogí para apóstoles mios: *contendite*. Si no os hiciéreis una contínua violencia para llegar á tiempo, ya no hallaréis lugar. Era pura, era irreprensible la vida de aquellas vírgenes que se descuidaron en hacer su provision; esta sola falta de providencia, efecto de su pereza y de su ociosidad, bastó para privarlas eternamente de la presencia de su divino Esposo, y para que incurriesen en su desgracia. No perdió su talento el siervo haragan y perezoso, antes le guardó con el mayor cuidado: *abscondit talentum suum in terra*. Sin embargo, porque no negoció con él, es condenado como siervo inútil: *inutilem servum ejicite in tenebras exteriores*. El camino es largo y el tiempo breve, dice el Apóstol; contados estan todos los dias; la pérdida de uno solo es irreparable. Hablemos claros: ¿Se haria agravio á la mayor parte de los mundanos en preguntarlos si es este el evangelio que profesan? Ciertamente al considerar estas verdades, y al poner los ojos por otra parte en aquella muger mundana, cuyos dias todos son de fiesta y de diversion para ella; en aquellas gentes delicadísimas, que viven entregadas á una eterna ociosidad; al considerar la vida inútil y regalona de que tanto se precian, y que es tan aplaudida; cotejándola con la de una santa Radegundis, con la de una santa Francisca, con la de un san Eduardo, con la de un san Luis, ¿no da gana de preguntar si los fieles que estan dentro de una misma Iglesia siguen la misma religion, y si todos los que dicen ser de esta misma religion abrazan un mismo evangelio? Las personas de distincion, los hombres ricos, esas damas jóvenes, tan embebidas en el espíritu del mundo, esos públicos sectarios de todo género de pasatiem-

pos gozan algun privilegio particular que los exîma de la ley universal, y de aquellas obligaciones indispensables á todos los cristianos? Pero si ninguno está dispensado, ¿aquellos que creen las verdades de nuestra religion, y que viven tan delicada y tan ociosamente usan de su razon y de su juicio? ¿y despues de esto nos admirarémos de que sean tan pocos los que se salvan, y de que sea tan corto el número de los escogidos? ¿Pero esta vida ociosa y regalona se encontrará únicamente en el siglo? ¿no penetrará tal vez hasta los cláustros religiosos? Nueva materia de reflexîones y de tristes sobresaltos para muchos.

Dios mio, pues por vuestra infinita misericordia os dignásteis descubrirme el precipicio á que me conduce el anchuroso camino por donde ando tanto tiempo ha sin conocer el peligro, dignáos hacerme la gracia de que cuanto antes me retire de él, entrando desde luego por el estrecho camino que guia derecho al cielo. Conozco ya que no es vida cristiana la vida delicada, y desde este mismo punto la detesto, comenzando á vivir como corresponde á la religion que profeso.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem: in via tua vivifica me. Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos y mi corazon de la vanidad del mundo, y dadme aliento para seguir vuestros caminos.

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Galat. 5.

Igualmente conozco, mi Dios, que no puedo ser de Jesucristo, si no crucifico la carne con sus vicios y concupiscencias.

PROPOSITOS.

Nunca fue vida cristiana la vida delicada, antes bien es presagio y causa de la reprobacion. ¿Pero qué pecado es no trabajar cuando el nacimiento, la clase y la distincion no nos obliga á ello? ¡Bellamente! ¿Y no nos impone esa obligacion la profesion de cristianos? ¿Preguntas qué pecado es pasar una vida inútil? Y yo te pre-

gunto, si esa misma inutilidad de una vida ociosa no será muy reprensible en quien tiene obligacion de no perder ni un solo momento? ¿Qué mayor mal que aquel que es el orígen, ó á lo ménos la ocasion de todos los males? ¿qué mal habia hecho aquel siervo perezoso del evangelio, que fue condenado solo porque nada habia hecho? ¿Quién ignora que en un cristiano es delito la misma inutilidad de la vida? ¡Oh Señor, que nada se hace bien! ¿y estamos en este mundo, y nos crió Dios en él para hacer nada? ¿Hízote Dios grande, dióte mas bienes que á ótros, para que vivieses delicadamente ocioso? Es cierto, que en el cristianismo las condiciones son diferentes; pero los preceptos son unos mismos para todos. Es cierto que únos tienen mas tiempo que ótros; pero tambien lo es, que á ninguno se le ha dado el tiempo para que le malogre. Aquella higuera que no dió mas que hojas, fue maldita del Señor, con ser así, que aun no era tiempo de que diese frutos. Nada has de temer tanto como la ociosidad y la delicadeza; por lo que has de procurar que todos tus dias sean llenos.

2 Ten presente aquella muger fuerte, tan distinguida por su nacimiento, como por su virtud, que tanto alaba el Espíritu santo; y observa que el elogio que hace de élla, principalmente, ó casi todo él se reduce á decir que nunca estuvo ociosa. Bien puede uno hacer que ótros le sirvan; pero ninguno puede servir á Dios por ótro; cuanto mas tiempo tienen, mas le ligan las obligaciones del estado, las leyes de la caridad y los preceptos de la ley; es muy desigual la distribucion de los talentos, pero en todos es igual la obligacion de negociar con los que tuviere. Imponte una ley de no estar jamás ocioso; estés en tu casa, ó en la agena, nunca pierdas el tiempo. Las señoras de mayor esfera suelen tener el gusto de traer siempre entre manos alguna labor; pero las mugeres de baxa condicion, si logran algunas conveniencias, creen que se vulgarizarian si las vieran trabajar. Ocúpate siempre en alguna labor, ó en leer libros espirituales. El Espíritu santo alaba á la muger fuerte porque se ocupaba en hilar, cuando se lo permitia el cuidado de la familia. No hagas mas visitas que las que pide la caridad, la obligacion y la urbanidad: las mas largas son

siempre las mas molestas y las mas perniciosas. Ten horas señaladas para tus devociones, y tiempo destinado para exercitarte en buenas obras. Es razon que tambien tengas alguno para recrear el ánimo; pero acuérdate de que nunca debes estar ocioso.



DIA CATORCE.

La vigilia de la Asuncion de la santísima Vírgen.

Sabiendo la Iglesia que la abundancia de gracias que la bondad de Dios quiere repartir á los fieles con tanta liberalidad en las mayores festividades, depende por lo regular del modo con que éllos se disponen; destina á la oracion, al ayuno, á las vigilias y á la penitencia el dia inmediato que las precede, para que purificada y preparada el alma con estos santos exercicios, se halle en estado de tener mas parte en estos divinos favores. Regocijémonos, mostremos nuestra alegría, y demos la gloria al Señor nuestro dice el Ángel del Apocalípsi, porque se llegó el dia de las bodas del Cordero, y ya está ataviada la esposa: *Venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se.* Diósela licencia para que se vistiese de un lino blanquísimo y delicado; porque este lino representa las buenas obras de los santos: *Byssinum enim justificationes sunt sanctorum.* Este es con propiedad el motivo y el fin para que fueron instituidas las vigilias en las festividades mas solemnes.

Nota san Agustin que la costumbre de comenzarse la solemnidad del domingo y de las fiestas, desde las primeras vísperas, esto es, desde la tarde precedente, se derivó de la sinagoga á la Iglesia, fundándose en las mismas órdenes que intimó Dios á Moysés en favor del pueblo escogido. Observemos, hermanos mios, dice el santo Doctor, el dia de domingo y las demas fiestas, y santifiquemos estos santos dias desde la víspera, como el Señor

lo habia ordenado ya en la ley antigua. *Sicut antiquis præceptum est, dicente legislatore: à vesperè usque ad vesperam celebrabitis sabbata vestra*: celebraréis vuestras fiestas de un dia á ótro, como se lee en el Targum de Jerusalen, esto es, en la Glosa, ó Paráfrasis caldáica de la Escritura. Así se contaban entre los judíos de una tarde á ótra, no solo las fiestas, sino tambien los ayunos; y la Iglesia retiene aún esta costumbre en el oficio divino y la solemnidad de las fiestas grandes; comenzándola desde las primeras vísperas: es decir, desde la tarde precedente.

Por eso se daba principio á la pascua de los hebreos, que era la mayor de sus solemnidades, por el sacrificio del cordero, que se hacia, segun la Escritura, el dia precedente hácia la tarte ú entre las dos tardes, como se explica el texto hebreo: *Inter duas vesperas*. Por estas dos tardes se entiende todo el tiempo que corre desde un poco despues de medio dia hasta ponerse el sol; de suerte, que cuando el sol comienza á baxar hácia el ocaso, es la primera tarde; y cuando se pone, es la segunda. Refiriendo san Mateo el milagro de los cinco panes que bastaron para dar de comer, y para hartar á cinco mil hombres; dice que llegada ya la tarde, advirtieron los discípulos á su divino Maestro que podia despedir al pueblo que le seguia; pero que el Salvador mandó que todos se sentasen, y que se les distribuyesen los cinco panes, con que todos quedaron satisfechos, despues de lo cual los despidió. Inmediatamente se retiró el Salvador á un monte para orar; y añade el Evangelista, que habiendo llegado ya la tarde, *vesperè autem facto*, se encontró solo. En este texto están bien señaladas las dos tardes, y entre éllas comenzaba la solemnidad de la fiesta. De la misma manera los dias que David consagraba al servicio de Dios, los comenzaba desde la tarde del dia precedente: *Vesperè et manè, et meridie, narrabo et annuntiabo*. Por la tarde, por la mañana y á mediodia cantaré las alabanzas del Señor.

Siendo el mismo Espíritu santo el que aníma la santa Iglesia, siguió el mismo órden en sus solemnidades. Desde el tiempo de los apóstoles; esto es, desde aquellos primeros siglos, y dias de fervor, comenzaron los fieles á celebrar las fiestas desde el dia precedente, pasando toda

la noche en oracion y en otros devotos exercicios. Por razon de estas sagradas vigilias, cuyo mérito y cuya santidad ignoraban los gentiles, llamaban á los cristianos gente enemiga de la luz, y amiga de las tinieblas (*Cels.*): *Gens lucifuga, natio tenebrosa*: hombres que gustaban de hacer sus oraciones, y de celebrar sus misterios en la obscuridad de la noche: *Soliciti stato die ante lucem convenire carmen Christo quasi Deo dicere secum invicem*, escribia Plinio el Menor en su célebre carta al emperador Trajano sobre las costumbres de los cristianos. Acostumbran, dice, en ciertos dias señalados levantarse antes de nacer el sol, y cantar á coros ciertos himnos en honor de Cristo, á quien tienen por su Dios. De donde se infiere, que el pasar las noches en oracion y en devociones los primitivos cristianos, no era por la persecucion, ni por el miedo de los tormentos, sino por práctica constante de aquellos primeros fieles; y que las sagradas vigilias de aquellos tiempos eran la principal parte de las fiestas mas solemnes, como las primeras vísperas son el dia de hoy la parte principal del oficio divino en las mayores solemnidades. Por eso Tertuliano, Minucio Felix, san Cipriano, san Ambrosio y san Agustin, exhortan mucho á los fieles á la observancia de estas vigilias (*Canon* 1.). El segundo concilio de Macón, celebrado el año de 585, cuenta la noche del sábado al domingo como si fuera parte de éste: suponiendo se debe pasar toda en oracion y en vigilia. *Noctem quoque ipsam spiritualibus exigamus excubiis*, porque solo serán cristianos de nombre, añade el concilio, los que no velaren y oraren en las noches que preceden á las fiestas: *Nomine tenus christiani esse noscuntur; sed oremus et vigilemus*. Teodulfo, obispo de Orleans, que floreció en el noveno siglo, ordena que todos los cristianos concurran á la iglesia el sábado para celebrar el domingo y la vigilia de las festividades mayores: *Conveniendum est sabbatto die cuilibet christiano*. De esa manera siempre comenzaba la fiesta desde el dia precedente. Los obreros y todos los oficiales dexaban su trabajo, y asistian á las primeras vísperas; concluidas éstas se retiraban á sus casas, y pocas horas despues se volvian á juntar en la iglesia para hallarse presentes á las vigilias y á los maytines; *Conveniendum ad vigilias, sive ad ma-*

tutinum officium. Acabados los maytines se iban á tomar algun descanso, y despues asistian á la misa solemne, y comulgaban en élla: *Concurrendum est etiam cum oblationibus ad missarum solemnia.* Por la noche, durante la vigilia, se celebraba otra misa, y era la que se llamaba *Missa vespertina*, de la que se hace tan frecuente mencion en los sagrados cánones. A los fieles que no podian pasar la noche en la iglesia, los exhortan mucho los santos padres, que á lo menos la pasen en oracion dentro de sus casas, para santificar las vigilias de las mayores solemnidades.

Duraron por mucho tiempo estas vigilias tan santamente instituidas; pero despues se introduxeron en éllas tantos abusos, que fue preciso prohibirlas á las personas legas. Primero se prohibieron á las mugeres por el concilio de Elvira en España; pero el de Augerre en Francia las prohibió á todo el pueblo generalmente; *Non licet... nec per vigilias in festivitatibus sanctorum facere.* San Bonifacio, obispo de Maguncia, se queja de aquellos que despues del oficio de la noche se iban á comer y á beber, profanando con su intemperancia la santidad de las vigilias: *In ipsa nocte non licet post mediam noctem bibere, nec in natali Domini, nec in reliquis solemnitatibus.* No es lícito beber despues de la media noche, ni en la vigilia de Navidad, ni en las ótras de las fiestas mas solemnes.

De todas éllas solo conservó la Iglesia la referida vigilia de Navidad. No obstante, se continúo por largo tiempo la de Pascua, hasta que en fin se suprimió enteramente, contentándose con celebrar el oficio la mañana del Sabado santo, como lo muestran aquellas palabras del prefacio que se canta en la misa, *in hac potissimum nocte*, y el *Exultet jam angelica turba cœlorum*, que antiguamente solo se cantaba á media noche. Pero aunque la Iglesia prohibió dichas vigilias nocturnas, no por eso fue su intento privar á los fieles del mérito que pueden tener, celebrando las de las mayores solemnidades. Fuera del ayuno que intíma en los dias que las preceden, desea que en estos mismos dias se multipliquen las buenas obras, las penitencias y las oraciones. Aunque siempre indulgente con sus hijos, cuando los dispensa el velar, no los dispensa los salu-

dables rigores de la mortificacion. Quiere que se supla el silencio de la noche con el recogimiento interior que se debe observar entre dia, y que se disponga el alma para santificar el dia siguiente con devotos exercicios, con aumento de fervor, con la meditacion y la oracion. Ya en los primitivos tiempos de la Iglesia se comenzaba á celebrar el domingo desde las vísperas del sábado y todas las demas fiestas solemnes desde sus primeras vísperas: *A vespera usque ad vesperam*, dicen las capitulares de Carlo Magno, *Dies dominicus servetur*. Observad cuidadosamente el ayuno, dice san Ambrosio, porque es eficaz medio para celebrar la fiesta con provecho: *Indictum est jejunium... cave ne negligas... plerique sunt hujusmodi dies: ut statim meridianis horis veniendum ad ecclesiam, canendi hymni, celebranda oblatio.* Esta es la misa que se llamaba vespertina porque no se separaba de la vísperas, y aun se retiene hoy alguna memoria de esta antigua rúbrica el Sábado santo, en que las vísperas están como incorporadas con la misa.

Los verdaderos fieles, dice san Bernardo, que quieren celebrar en espíritu y en verdad las fiestas de los santos, deben celebrar tambien sus vigilias: *In sanctorum vigiliis necesse est vigilare hominem spiritualem, qui solemnitates eorum celebrare desiderat in spiritu et veritate*; porque las vigilias se hicieron para que nos despavilemos, si acaso estamos dormitando, amodorrados con algun pecado, ó con alguna culpable negligencia: *Ad hoc enim vigiliæ proponuntur, ut evigilemus si in aliquo peccato vel negligentia dormitamus*. Pasemos las vigilias, prosigue el mismo Santo, en exercicios de devocion y de penitencia, si en el dia de la fiesta queremos estar dispuestos para recibir las gracias que por los méritos, y por la intercesion de los santos derrama Dios en un corazon puro y preparado: *Ut non vos præoccupent natalitii sanctorum dies, et inveniant imparatos.*

Es cierto que entre todas las solemnidades de la Iglesia, despues de los principales misterios de Jesucristo, la que mas nos interesa, y la mas célebre es la fiesta de la Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, aquella fiesta que celebra la santa Iglesia en honor de haber sido milagrosamente elevada en cuerpo y alma á los cielos: fies-

ta no menos solemne en la iglesia de Oriente, que en la de Occidente, cuyo rito es el mismo que el de Navidad y el de Pascua.

En el misal gótico todas las fiestas de la Vírgen se comprenden en la de su Asuncion: *Assumptio sanctæ Mariæ matris Domini nostri.* En el leccionario galicano se llama por excelencia la fiesta de santa María; *Festivitas sanctæ Mariæ.* En el órden romano se asigna en este dia una procesion solemne, que se dice instituida por el papa Sergio en el séptimo siglo. Celebrábase de noche; las calles estaban adornadas y las ventanas de las casas iluminadas con faroles; llevábase una imágen de la santísima Vírgen, cantándose himnos en honor suyo, y repitiéndose cien veces el *Kyrie, eleison*, y otras tantas el *Christe, eleison.* En el sacramentario de san Gregorio el Magno, que ocupaba la silla Apostólica en el sexto siglo, se lee la vigilia de esta gran fiesta: *Vigiliæ Assumptionis beatæ Mariæ*, con misa propia. El papa Nicolao I. que floreció en el siglo nono, escribiendo á los búlgaros, habla de la vigilia de la Asuncion como de costumbre antigua, haciendo tambien mencion de una Cuaresma que precedia á esta festividad; la que muchos santos y santas observaron despues muy religiosamente, y muchas comunidades religiosas observan aún el dia de hoy para disponerse mejor á celebrarla, como la Cuaresma de la Iglesia es disposicion para la solemnidad de la resurreccion del Señor. El gran padre san Francisco y su hija santa Clara se disponian para la fiesta de la Asuncion con una Cuaresma de cuarenta y seis dias, que comenzaban el último dia de junio. No pide hoy tanto á los fieles la santa Iglesia; solamente los obliga á ayunar la vigilia, y es el único ayuno de obligacion que impone en todas las fiestas de la Vírgen. ¿Pues qué se podrá pensar de los que sin justo motivo se dispensan en él? No se puede dudar, dice san Gerónimo, que todo lo que se hace en honra de la Madre de Dios, cede en gloria de Jesucristo (*Ad Eustoch.*): *Nulli dubium quin totum ad laudem Christi pertineat, quidquid Genitricis suæ impensum fuerit.* Abre María á todos los hombres, dice san Bernardo, su seno misericordioso, para recibirlos en él como en seguro asilo (*Serm. in sign.*): *Maria omnibus misericordiæ suæ sinum aperit.* El cautivo halla en María

su rescate: el enfermo la salud; el triste el consuelo; el justo la gracia; el pecador la misericordia y el perdon: *Inveniunt in Maria, captivus redemptionem; tristis consolationem; justus gratiam; peccator veniam.* En élla enviamos desde la tierra al cielo una abogada (continúa el mismo Padre) que siendo madre de nuestro Juez y madre de misericordia, tratará eficazmente el negocio de nuestra salvacion: *Advocatam præmisit peregrinatio nostra, quæ tamquam Judicis mater, et mater misericordiæ, suppliciter, et efficaciter salutis nostræ negotia pertractet.* El que encontró á María, dice el sábio Idiota, encontró en élla todo el bien; porque no solo ama á los que la aman, sino que élla misma sirve á los que la sirven: *Inventa Maria, invenitur omne bonum: ipsa enim diligit diligentes se, imo sibi servientibus servit.* Este es el concepto que tienen hecho todos los santos y todos los fieles verdaderos. Si en los tres ó cuatro primeros siglos de la Iglesia se mostraron los santos padres menos zelosos, y al parecer un poco reservados en hablar de la devocion á la Madre de Dios; y si los primeros cristianos no se dieron priesa á erigir muchos templos en su honor, ni á celebrar con aparato sus festividades, fue porque en aquellos tiempos temia prudentemente la Iglesia que los nuevos fieles, como criados en las supersticiones de la idolatría, no tuviesen á la Madre de Dios por alguna diosa, principalmente si se les hablara mucho de su Asuncion al cielo en cuerpo y alma, y de todas sus excelentes prerogativas. Adoraban los paganos una máquina de diosas, como madres de sus falsos dioses, y era de rezelar que los cristianos adorasen como tal á la Madre del verdadero Dios; por lo que era razon proceder en este punto con tiento y con cautela. Por la misma razon habia prohibido Dios á los israelitas tener imágenes de escultura ni pintadas para adorarlas; porque era facil que con esta ocasion se deslizase en la idolatría un pueblo nacido y criado en Egipto entre tanta multitud de ídolos. Sabemos la precaucion con que se hablaba de la Eucaristía y de la Trinidad en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, en los cuales se echaba mano de todo para hacer burla, y para desacreditar á los cristianos, dando siempre la mas maligna interpretacion á nuestros mas sagrados misterios. Pero luego que cesaron

las persecuciones, y se tuvo libertad para predicar descubiertamente las mayores verdades de nuestra religion, sin temerse el contagio de la idolatría, ¡con qué elocuencia, con qué franqueza y efusion de corazon se extendieron los santos en las alabanzas de la Madre Dios, y en el culto que se debia á la santísima Vírgen! Entónces se publicaron sin miedo la gloria y las maravillas de su admirable Asuncion. ¡Cuántos templos se consagraron á Dios con la advocacion de su nombre! ¡cuántas fiestas se instituyeron en su honor! ¡qué elogios tan magníficos no la tributaron para excitar á los pueblos y los corazones á la confianza en María! No porque esta confianza ni esta devocion no fuesen tan antiguas como la misma Iglesia; pues desde la misma cruz la recomendó el Salvador á todos los fieles en la persona de san Juan, como dicen los padres. Ten contínuamente el nombre de María en la boca; grábale en el corazon, dice san Bernardo; invócala, y ten en élla una entera confianza: *Maria non recedat ab ore, non recedat à corde.*

La misa es de la Vigilia, y la oracion la que sigue.

Deus, qui virginalem aulam beatæ Mariæ, in qua habitares, eligere dignatus es: da, quæsumus, ut sua nos defensione munitos, jucundos facias suæ interesse festivitati. Qui vivis...

O Dios, que te dignaste escoger el casto seno de la bienaventurada Vírgen María, para habitar en él como en sagrado templo; haced que asistidos de su intercesion, celebremos con una santa alegría su festividad: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timores, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á ge-

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la grácia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los

nerationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

que me deseais, y saciáos de mis frutos: porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre; y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

NOTA.

»No se puede dudar que el intento del Espíritu santo »en este capítulo del Eclesiástico no sea hacer el retrato »de la santíssima Vírgen, hablando de esta celestial Madre »del puro amor, en persona de la Sabiduría. Para convencer»se de esta verdad basta considerar todas las expresiones »de la epístola, que por eso se las aplica la santa Iglesia: »*En mí está toda la gracia del camino y de la verdad: en »mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. La me»moria de mi nombre pasará á la posteridad de generacion »en generacion por todos los siglos... Yo soy la que hice que »brotasen de mí los rios: yo salí del paraiso como arroyo, ó »como rio de inmenso caudal, como la corriente de las aguas »y como el canal que las conduce.*

REFLEXIONES.

Yo dí frutos de agradable olor; mis flores son frutos de gloria y de abundancia. ¿No se podrán entender estas palabras como una amorosa reprension que nos da la Vírgen por nuestra asombrosa esterilidad? Trasplantados por el bautismo al fértil campo de la Iglesia, y acaso tambien al de la religion por la profesion religiosa; ¿qué frutos hemos llevado? A lo mas muchas hojas, y tal vez algunas flores, que luego se marchitaron, secándose en el mismo dia que

las vió nacer y desplegarse. No fue cierto por falta de cultivo. ¿Y qué será, si somos aquella desgraciada higuera del evangelio, á quien mas de una vez se la perdonó á ruegos, sin duda, de esta Madre de misericordia; pero que al fin ha de pasar en ser cortada y arrojada al fuego por su esterilidad? Las fiestas mas solemnes de la Iglesia son á la verdad dias de gracias y de bendiciones; mas solo para aquellos que se dispusieron á recibirlas desde la vigilia. ¿Y qué disposicion es la que se hace el dia de hoy para celebrar estas santas solemnidades? Nada omite la Iglesia para preparar á sus hijos de su parte con la oracion y con el ayuno. ¿Pero son muchos los que se aprovechan de estos medios? ¿El ayuno se observa como se debe? ¡Ah, que en estos tiempos basta ser una persona rica, de distincion, ocupar algun empleo de consideracion, para dispensarse en las mas religiosas observancias! Parece que la penitencia ya no habla con los mundanos; la oracion y la asistencia á los divinos oficios es devocion popular; es buena para la ínfima plebe. Frecuenta los sacramentos un corto número de personas devotas; la gente de alguna distincion solo tiene tiempo para vestirse y para peynarse; toda la preparacion que hace por lo comun para celebrar las grandes solemnidades, se reduce á ostentar en éllas mayor profanidad, y presentarse en la calle con mayor orgullo. Es cierto que se vela; ¿mas para qué? ¿para pasar la noche en oracion? Nada ménos; los ociosos y los divertidos la pasan en el juego; el pueblo, y particularmente los oficiales, velan muchas veces hasta mas allá de la media noche para acabar sus obras; muchos hacen lo mismo solo por acomodarse á la escandalosa vanidad de lo que se llama *bello mundo*. La única señal de distincion en los dias solemnes es salir con una gala, ó con un vestido mas costoso que el ordinario. ¿Pero se sale con un corazon mas puro? ¿se asiste á la iglesia con respeto y con religion? ¿se va á élla con mayor limpieza de conciencia? ¿resplandecen la devocion y la modestia en nuestras mayores solemnidades? ¿se procura celebrarlas con aquella exemplar piedad que corresponde á unos cristianos verdaderos? ¡O gran Dios! Conviertése las fiestas de la Iglesia en dias de diversion, de juegos y de pasatiempos; de fiestas sagradas se transforman en fiestas enteramente profanas. Comienzan hoy las fiestas como comenzaron

en todos tiempos, por las primeras vísperas, es así; ¿pero se concurre á éstas? ¿pásase la tarde en exercicios de devocion, se piensa siquiera en las fiestas del dia siguiente? ¡Y despues de esto nos admirarémos de que se saque tan poco fruto de las mayores solemnidades!

El evangelio es del capítulo II. *de san Lucas, y el mismo que el dia V, fólio* 90.

MEDITACION.

De la disposicion para celebrar las fiestas solemnes.

PUNTO PRIMERO.

Considera el cuidado que se pone, el gasto que se hace y el tiempo que se emplea en disponerse para una fiesta profana: el corazon, el discurso, el bolsillo, todo se ocupa, todo está en movimiento y todo se apura. Llega el dia de la funcion; ¡qué atencion á que esté á punto todo lo necesario! ¡qué ánsia por lucir, por sobreponerse! ¡qué miedo de no dar gusto, y de no salir con lucimiento! Muchos dias antes no se piensa mas que en hacer las prevenciones; y el dia precedente mucho ménos se puede pensar en otra cosa. ¡Válgame Dios! ¿Se dedica el mismo cuidado, se muestran iguales ánsias por prevenirse para celebrar las mayores solemnidades? ¿Cómo nos disponemos para celebrar una fiesta de religion?

No nos pide Dios tan grandes gastos. Todas las prevenciones de obligacion se reduce á un corazon puro, á una conciencia limpia, á una viva fe, y á una tierna devocion. El culto puramente exterior mas es hazañería, que acto verdadero de religion. Contentarse solo con lucirlo en estos dias, es hacer ostentacion de su orgullo; no es honrar el santo, ó el misterio, cuya fiesta se solemniza. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad; ni á los santos les agradan otros cultos que los que corresponden á sus virtudes; especialmente á aquellas por las cuales mas se distinguieron. Este es el fin principal de la solemnidad de nuestras fiestas; todo otro aparato, y toda otra magnificencia sin es-

ta devocion, no agradan á los que son objeto de éllas; ántes bien positivamente los ofenden.

Los concursos que se ven en nuestras iglesias con motivo de las fiestas de los santos, muchos los consideran como una concurrencia de moda, de costumbre, ú de ceremonia, mas que de devocion; como si estas solemnidades se hubieran instituido para la diversion, y no para el exemplo. Grande error es creer que se pueda agradar á los santos, cuando no se agrada á Dios. ¿Mas á qué fin se renueva todos los años la memoria de estos héroes cristianos, poniéndosenos de tiempo en tiempo á la vista la imágen de sus virtudes, y el recuerdo de su penitencia, sino para encender nuestro zelo, animar nuestra confianza, y excitarnos á su imitacion? ¿A qué fin obligarnos á levantar la mano de toda obra servil, sino para que solamente nos ocupamos en el culto divino y en la práctica de buenas obras? Son nuestras fiestas solemnidades de religion; ¿será razon convertirlas en fiestas puramente mundanas, y acaso tambien profanas? Quiere Dios ser reverenciado en éllas por el sacrificio del corazon, el que debe acompañar al culto exterior y público; ¿se dará por muy satisfecho de nuestras momentáneas apariciones en la Iglesia, de nuestras ostentaciones de vanidad y de nuestras hazañerías?

El asunto de la gran fiesta de mañana es la gloriosa Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, su triunfante elevacion al cielo en cuerpo y alma. ¿Y nos atreverémos á asistir á su triunfo con el corazon manchado? ¿Llevarémos á los pies de los altares un espíritu mundano, y unos afectos carnales y terrenos? Grande indecencia sería presentarnos á los ojos de esta triunfante Reyna con impuro corazon; grande atrevimiento presumir tener parte en su gloria, sin querer eficazmente aplicarnos á su servicio. Es impío menosprecio presentarse delante de Dios sin la debida preparacion para solemnizar tan grande fiesta.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es cosa escandalosa, pero no digna de admiracion, que los dias mas solemnes del año sean, por lo regular, los menos santificados, los mas infructuosos, y los mas vacíos. Porque al fin, ¿qué disposiciones se hacen para

éllos? Las vigilias, que solo se instituyeron para purificar con el ayuno y con la penitencia, para preparar con la oracion y con el recogimiento un corazon que debe ser presentado al Señor, y constituir uno de los ornamentos de la fiesta; estas vigilias, digo, se han convertido en dias de distracciones, de embarazos, de disipacion y de tumulto. Todo el tiempo de éllas se le sorben los negocios, las visitas, el mundo, y la vanidad; porque ésta es la preparacion mas ordinaria para los dias de fiesta. Como el demonio es tan astuto, se da priesa á tomar la delantera, sabiendo muy bien que el fruto de los dias solemnes pende en parte de las vigilias. El único medio para celebrar con provecho el glorioso triunfo de la santísima Vírgen, es dexarse ver en el concurso de los fieles con la vestidura nupcial; es decir, con una conciencia pura, y con el alma adornada de áquellas virtudes que mas resplandecieron en la Reyna de los cielos. Su pureza, su humildad, su abrasada caridad son los rasgos mas comunes que se deben notar en sus verdaderos hijos. Todo aquel que la sirve ha de llevar su librea, y mas cuando se celebra alguna de sus festividades, cuando se asiste á su triunfo. Muy notado, y muy mal recibido sería en casa de un grande el que en sus dias, ó en otros de ceremonia y de funcion, se presentase con vestido indecente, usado y asqueroso. Todos asisten de gala para hacer honor, y aun se procura que los vestidos en la tela, en el color y en el corte sean de su gusto. Pues si se quiere honrar á María en el dia de su mayor solemnidad, ¿no se ha de poner cuidado en acomodarse á lo que tanto la gusta?

El que deseare recibir favores de Dios en los dias mas solemnes, pase santamente las vigilias. Si ésta fuere dia de penitencia y de recogimiento para el alma, el dia siguiente será verdaderamente dia de su fiesta para élla. Ya que en otros tiempos se pasaban en vela y en oracion las noches que precedian á las fiestas, empleemos por lo menos nosotros algunas horas de estos dias en oracion, en el recogimiento, y en otras buenas obras. ¿Por ventura es nuestra religion diferente de la que profesaron nuestros abuelos? ¿Pues por qué tendremos menos fervor, menos zelo, y menos devocion que la que éllos tuvieron?

Dios mio, úno y ótro lo espero de vuestra misericordia; y pues os dignásteis abrirme los ojos para que conociese, y

detestase el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria; haced que el cuidado con que me comienzo á disponer para celebrar la festividad de mañana, consiga de vuestra piedad que sea para mí dia de bendicion y de salud. Vírgen santa, atrévome á decir, que tambien vos sois interesada en esto; en vuestra poderosa intercesion confio principalmente; alcanzadme la gracia necesaria para celebrar el dia de vuestro triunfo como uno de vuestros verdaderos siervos y de vuestros verdaderos hijos.

JACULATORIAS.

Præpara corda vestra Domino, servite ei soli. Cras solemnitas Domini est. 1. Reg. 7. *Ex.* 32.

Mañana es la solemnidad del Señor, igualmente que la de su Madre; dispon tu corazon para servirle á solo él.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Salm. 58.

Mi corazon está preparado, mi Dios; mi corazon está preparado.

PROPOSITOS.

No te parezca que basta estar prevenido para cuando llegue el esposo; es menester tenerlo hecho, por lo menos desde el dia antes. Solo entraron en la sala de las bodas aquellas vírgenes que ya estaban prevenidas cuando el esposo llegó; las que esperaron á hacerlo al mismo tiempo de su arribo, ya no lo hicieron en sazon. Ademas del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que debes conservar todo este dia, dispon tus ocupaciones de manera que por la tarde te quede libre un buen espacio de tiempo para prepararte con sosiego á celebrar tan grande solemnidad; Si se puede, será bien confesarse en la misma vigilia, pues no hay disposicion mas eficaz, ni que tanto contribuya al recogimiento y á la devocion, por lo menos debe en élla hacerse el exámen para la confesion del dia siguiente. Despues de comer ten un poco de leccion espiritual, y asiste á las vísperas, por las cuales se da principio á la fiesta; exercicio de religion, á que siempre acompañan muchas gracias. Pues ya no está en uso pasar la noche en la Iglesia,

emplea por lo menos una buena parte de élla en devociones, y en otras buenas obras. Visita aquella iglesia del pueblo donde es mas especialmente venerada la santísima Vírgen, y guarda el ayuno del dia con el mayor rigor.

2 Retirado á tu casa dedica un poco de mas tiempo á la leccion de algun libro devoto; y despues de colacion junta tus hijos y tus criados para que oigan leer la historia del dia siguiente; y luego, habiéndolos instruido en la devocion con que la deben celebrar, exhórtalos á que lleguen al sacramento de la confesion y de la comunion, y á que asistan con devocion á los divinos oficios, y al santo sacrificio de la misa, rezando con atencion la letanía de la Vírgen, así este dia como todos los de la octava. Muchos pasan en oracion una buena parte de la noche; pero á lo menos procura madrugar bien por la mañana. Es este un dia de bendiciones y de gracias; y nunca se ostenta la Vírgen mas liberal que en el dia de su triunfante entrada en la gloria; en el cual derrama con profusion sus favores sobre las almas de todos sus devotos.

DIA QUINCE.

La Asuncion de la santísima Vírgen.

Ya en fin llegó, carísimos hermanos mios, dice san Agustin, este dia tan venerable para nosotros, este dia que excede todas cuantas festividades solemnizamos en honor de los santos; este dia tan célebre; este clarísimo dia en que creemos que la Vírgen María pasó desde este mundo á la gloria celestial: *Adest nobis, dilectissimi fratres, dies valdè venerabilis: dies omnium sanctorum solemnitates præcellens; dies inclyta, dies præclara, dies in qua é mundo migrasse creditur virgo Maria.* Resuenan en toda la tierra las alabanzas, los festivos clamores de alegría en el dia glorioso de su triunfante Asuncion. *Laudes insonet universa terra cum summa exultatione, tantæ virginis ilustrata excessu.* Porque sería cosa muy indigna que no celebrásemos con extraordinaria devocion, culto y aparato,

la solemne fiesta de aquélla por quien merecimos recibir al Autor de la vida: *Quia indignum valdè est, ut illius recordationis solemnitas sit apud nos sine maximo honore, per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere.* Este es uno de los mas célebres dias del año, dice san Pedro Damiano, por ser el dia en que la santísima Vírgen, digna por su nacimiento del trono real, fue elevada por la santísima Trinidad hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan alto junto á la admirable Trinidad, que se arrebata hácia sí los ojos y la admiracion de los ángeles: *Sublimis illa dies est, in qua Virgo regalis, ad thronum Dei Patris evehitur, et in ipsius Trinitatis sede reposita, naturam angelicam sollicitat ad videndum.* A la verdad, el misterio de este dia es superior á todas nuestras expresiones; y san Bernardo no halla reparo en decir, que la asuncion de María es tan inefable como la generacion de Cristo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem quis enarrabit?* Pasmados de admiracion á vista de una gloria que tiene suspensos y como embargados de asombro á los mismos ángeles, nos contentarémos con referir la historia de este admirable misterio.

La opinion mas recibida en la Iglesia, fundada en la tradicion, es, que despues de la Ascension del Salvador á los cielos y de la venida del Espíritu santo, vivió la Vírgen 23 años y algunos meses mas en este mundo. Aunque era tan abrasado y tan vivo el deseo que tenia la Señora de seguir en el cielo á su querido Hijo, consintió quedarse en la tierra para el consuelo de los fieles, y para atender á las necesidades de la Iglesia recien nacida, conviniendo que su presencia supliese de alguna manera la ausencia corporal de Jesucristo. Lo mucho que podia en el cielo era de gran socorro á los fieles que vivian en la tierra, alcanzando aquellos primeros tiempos de persecucion, sosteniéndose su fe con la noticia y con el consuelo de que aún vivia entre éllos la Madre de su Dios. Era la Virgen su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecia su virtud, animaba su zelo, enseñaba á los doctores, dice el sábio Idiota, y era como el oráculo de los mismos apóstoles: *Doctricem doctorum, magistram apostolorum.* Y el abad Ruperto asegura, que en cierto modo suplia con sus instrucciones lo que el Espíritu santo no tuvo por

conveniente descubrirles, habiéndoseles comunicado, por decirlo así, con límite y con medida; y los santos padres convienen en que el evangelista san Lucas supo singularmente de boca de la santísima Vírgen las particulares circunstancias de la infancia del niño Jesus, que dexó especificadas en su evangelio, y que aun por eso se dice en él que María no dexaba perder cosa alguna de las que entonces pasaban, conservándolas en su memoria, y meditándolas en su corazon: *Maria conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

Durante el espacio de estos 23 años, la vida de la santísima Vírgen fue un contínuo exercicio del mas puro amor y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oracion no interrumpida, y esta misma oracion un éxtasis perpétuo. Visitaba con frecuencia los sagrados lugares que el Salvador habia santificado con su presencia, cumpliendo los misterios de nuestra redencion. Aunque esta divina Madre vivia en la tierra, su corazon nunca se separaba del de su amado Hijo, que habitaba en el cielo. Pasábanse pocos dias sin que Jesucristo se la apareciese, y ninguno en que no conversase familiarmente con los ángeles, singularmente destinados á su servicio; y aunque distante de la celestial Jerusalen, mientras duró su habitacion en la tierra, gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Habia casi doce años que residia en Jerusalen la santísima Vírgen, cuando los apóstoles y los discípulos se vieron precisados á retirarse de aquella ciudad por la persecucion que los judíos suscitaron contra los fieles. Y si el maravilloso progreso que hacia el evangelio la colmaba de gozo y de consuelo, se templaba mucho éste por el furor con que era perseguida la Iglesia. Cuando la Vírgen dexó á Jerusalen, se encaminó á Éfeso en compañía de san Juan hácia el año de 45 del Señor; pero sosegada un poco la persecucion, se restituyó á aquella ciudad, en la cual permaneció el resto de su vida.

Mientras tanto, habiendo ya llevado los apóstoles la luz de la fe á casi todo el Universo, y estando ya la Iglesia sólidamente establecida en todas partes, parecia tiempo qué la Vírgen dexase ya la estancia de la tierra, que consideraba como lugar de destierro. Suspiraba continua-

mente por aquel feliz momento, que la habia de volver á juntar para siempre con su querido Hijo; cuando un ángel, que se cree fue san Gabriel, la vino á anunciar el dia y la hora de su triunfo. Es cierto que habiendo sido preservada del pecado original por especial privilegio, como tambien de toda otra culpa durante su santísima vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; mas habiéndose sujetado á élla Jesucristo, no quiso María exîmirse de padecerla.

Seis circunstancias, á cual mas prodigiosas, observan los santos padres en la Asuncion de la santísima Vírgen: Primera, su muerte, que muchos de éllos y algunos martirologios llaman sueño: *Dormitio.* Segunda, la glorificacion de su alma en el mismo momento de su separacion. Tercera, la sepultura de su santo cuerpo en el lugar de Getsemaní. Cuarta, su gloriosa resurreccion tres dias despues. Quinta, su triunfante Asuncion en cuerpo y alma á los cielos. Sexta, su coronacion en la gloria por la santísima Trinidad.

Algunos padres antiguos, y entre éllos san Epifanio, parece ponen en duda si murió la Madre de Dios, ó si permaneció inmortal. Autorizaban una duda tan bien fundada, así su inmaculada Concepcion, como su divina maternidad; pero la Iglesia en la oracion de este dia expresa con claridad, que verdaderamente murió segun la condicion de la carne: *Quam pro conditionis carnis, migrasse cognoscimus.* San Juan Damasceno dice, que no se atreve á llamar *muerte* á esta separacion, sino sueño ó una union mas íntima con su Dios; un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad: *Sacram tuam migrationem haud quaquam appellabimus mortem, sed somnum, aut peregrinationem, vel, ut aptiori verbo utar cum Deo præsentiam.* No separó, dicen los Padres, aquella purísima alma de su santo cuerpo, ni la violencia de la enfermedad, ni el desórden de los humores, ni el desfallecimiento de la naturaleza; rompió aquella union el puro amor divino, y obra suya fue la muerte de la Vírgen. Habia encendido el Espíritu santo en su corazon un amor tan abrasado, que fue un contínuo milagro, dice san Bernardo, la vida de María; no siendo posible que sin él sufriese el violento ardor de aquel divino fuego. Cesó este milagro con su

muerte. No quiso Dios suspender por mas tiempo el efecto de aquel sagrado incendio; dexóle obrar con toda su fuerza en aquel corazon sin mancha, santuario del divino amor. No pudo naturalmente resistir por mas tiempo á sus esfuerzos, y consumido á violencia de aquellos divinos ardores, terminó sin dolor tan santa vida. O no habia de morir la santísima Vírgen, dice san Ildefonso, ó habia de morir de amor.

Hallábase á la sazon en Jerusalen en la casa del cenáculo. Esparcida la voz entre los fieles de que la Madre de Dios estaba para dexarlos, y para ir á ponerse en posesion del glorioso trono que su querido Hijo la tenia preparado en la celestial Jerusalen, no es facil expresar los contrarios afectos de gozo y de dolor que se apoderaron á un mismo tiempo de todos sus corazones. Por una parte se consideraban en vísperas de verse separados de su querida Madre, que era todo su apoyo y todo su consuelo; por ótra reconocian que iba á volverse á unir con su amado Hijo en el cielo, donde sería su abogada con Dios y toda su confianza. De todas partes concurrieron á élla para recibir su última bendicion. San Juan, como sagrado depositario de aquel tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito mas que nunca de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres. Estaba incorporada la Vírgen en un humilde lecho, y desde allí consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, dando nuevo aliento á su fe, y exhortándolos á la perseverancia; cuando, por un raro prodigio que élla sola tenia sabido que habia de suceder, todos los apóstoles, y algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del cenáculo, para tributar sus últimos respetos á la Madre del Salvador. San Dionisio Areopagita, que se halló presente, nombra á san Pedro, suprema cabeza de los teólogos; á Santiago, hermano del Señor; á los ótros príncipes de la gerarquía eclesiástica, y ademas de eso á san Heroteo, á san Timoteo, y á otros muchos discípulos de los apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio.

Juvenál, patriarca de Jerusalen, san Andres, obispo de Creta, y san Juan Damasceno, con otros padres, ase-

guran que los apóstoles fueron transportados en una nube por ministerio de ángeles. En el tratado *de la muerte de la santísima Vírgen*, atribuido á san Meliton, obispo de Sárdica, se dice que la Señora tenia en la mano una palma que el Angel la habia traido cuando baxó á anunciarla el dia y la hora de su muerte. Mientras tanto encendieron muchas velas todos los circunstantes; todos se deshacian en lágrimas, consolándolos á todos la santísima Vírgen; y habiendo exhortado, así á los apóstoles como á los discípulos, á predicar el evangelio con el mayor zelo y valor, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa proteccion, vió aparecer al Salvador, acompañado de todos los coros de los ángeles, que venia á recibir su dichosísimo espíritu, y á conducirle como en triunfo al lugar de la bienaventurada inmortalidad. Abrasada entonces el alma con todo el fuego del divino ardor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fue conducida en triunfo hasta el trono del mismo Dios.

En el mismo punto en que espiró la santísima Vírgen, se llenó todo el cuarto de una resplandeciente luz mas brillante que la del sol. Toda la milicia de la córte celestial, dice san Gerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en honor suyo, que fueron oidos de todos los que se hallaban en el cenáculo: *Militiam cœlorum cum suis agminibus, festivè obviàm venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis.* Y aquella alma tan pura, mas santa que todos los ángeles y todos los santos juntos, fue elevada, dice san Agustin, hasta el trono del soberano Señor del Universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est.* Ni era justo, añade el mismo Padre, estuviese colocada en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma habia dado á luz en este mundo: *Non enim fas est alibi te esse, quàm ubi est quod à te genitum est.*

Luego que rindió su espíritu la santísima Vírgen, todos los circunstantes se postraron á sus pies regándolos con sus lágrimas. Los fieles que se hallaban en Jerusalen y en su contorno concurrieron todos apresurados á venerar aquel santo cuerpo, santuario del Verbo encarnado y arca del

nuevo Testamento. Sanaron todos los enfermos que se presentaron delante de él; y san Juan Damasceno, que trasladó á nuestra noticia todo lo que llegó á entender de la tradicion, dice que hasta los mismos judíos sintieron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Despues que todos satisfacieron su devocion, fue llevado el santo cuerpo al sitio donde se le habia de dar sepultura, que era el pequeño lugar de Getsemaní, distante trescientos pasos de Jerusalen. Llevaban el féretro los santos apóstoles, y los seguia el resto de los fieles con velas encendidas, porque los judíos estuvieron tan lejos de oponerse á esta pompa fúnebre, que antes bien éllos mismos se agregaron á élla para hacerla mas numerosa y mas célebre, llenos todos de veneracion á María. Fue depositado el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que estaba preparado, y éste se cerró con una gruesa piedra. En una carta que Juvenal, patriarca de Jerusalen, escribió al emperador Marciano y á la emperatriz Pulquéria, dice, que así los apóstoles como los otros fieles, pasaban los dias y las noches junto al sepulcro, sucediéndose únos á ótros, y mezclando sus voces y sus cánticos con los ángeles, cuyas suavísimas canciones no se dexaron de oir en todos aquellos tres dias. Mas no era conveniente, dice san Agustin, que el Salvador dexase en la sepultura un cuerpo, del cual el suyo habia sido formado, ni una carne, que en cierta manera era la suya: *Caro enim Jesu, caro Mariæ.* ¿Quién tendria atrevimiento para imaginar que aquel Hijo de Dios que vino al mundo, no para quebrantar la ley, sino para cumplirla, se dispensase en la mas mínima obligacion de las que deben los hijos á los padres? *Numquid non pertinet ad benignitatem Domini Matris servare honorem, qui legem venerat non solvere, sed adimplere?* Pues ahora; aquella misma ley que manda honrar á la Madre, manda al mismo tiempo preservarla de todo lo que puede ceder en su deshonor: *Lex enim sicut honorem Matris præcipit, sic inhonorationem damnat.* Pudo Jesucristo, concluye el mismo Santo, eximir de la corrupcion al cuerpo de su santísima Madre; ¿pues quién se atreverá á decir que no lo quiso hacer? *Potuit eam à putredine, et pulvere alienam facere, qui ex ea nascens potuit Virginem relinquere.* Es la corrupcion del

cuerpo oprobio de la naturaleza humana; miróle Jesucristo con horror; y por consiguiente, lo mismo parece que debió hacer con su Madre: *Putredo humanæ est opprobrium conditionis, à quo opprobrio cùm Jesus sit alienus, natura Mariæ excipitur, quam Jesus de ea suscepisse probatur.*

Con efecto, al tercer dia, dice san Juan Damasceno con la mayor parte de los santos padres griegos y latinos; como santo Tomé, el único de los apóstoles que no se habia hallado presente á la muerte de la santísima Vírgen, desease ansiosamente ver el sagrado cuerpo, disponiendo Dios que no se hallase á la muerte de su Madre, para proporcionar un medio natural de manifestar su gloriosa resurreccion; y pareciéndoles muy justo á los demas apóstoles darle este consuelo, se abrió el sepulcro; pero quedaron todos gustosamente sorprendidos cuando no encontraron dentro de él sino los lienzos y los vestidos con que el santo cuerpo habia sido amortajado, exhalando de sí una fragrancia exquisita: *Post tres dies*, dice san Juan Damasceno, *angelico cantu cessante*, habiendo cesado al cabo de los tres dias la celestial música de los ángeles: *Qui aderant apostoli (cùm unus Thomas, qui adfuerat, venisset, et quod Deum susceperat corpus adorare voluisset) tumulum aperuerunt; sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequaquam invenire potuerunt; cùm ea tantum invenissent in quibus fuerat compositum; et ineffabili, qui ex his proficiscebatur, essent odore repleti.* Asombrados á vista de tan grande maravilla, cerraron el sepulcro, persuadidos que el Verbo divino, que se habia dignado hacerse hombre, y tomar carne en el vientre de la santísima Vírgen, no habia permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupcion, antes quiso resucitarle tres dias despues de su muerte; y anticipándole la resurreccion general, le hizo entrar triunfante en la gloria: *Loculum clauserunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo: hoc solùm cogitare potuerunt, quod cui placuit ex Maria Virgine carnem sumere, et hominem fieri, et nasci cùm esset Deus Verbum et Dominus gloriæ; quique post partum incorruptam servavit ejus virginitatem eidem etiam placuit, et ipsius postquam migravit immaculatum corpus incorruptum servare, translatione honorare, ante communem et universalem resurrec-*

tionem. Este es el comun sentir de la Iglesia, como lo publica todos los años en el oficio de la octava de esta fiesta. Por eso dixo san Agustin, exponiendo aquello del salmo 25: *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*, que aquel santo cuerpo en que tomó carne el divino Verbo, no podia creer fuese entregado en presa á los gusanos y á la podredumbre, causándole horror solo el pensarlo: *Sentire non valeo, dicere perhorresco*; y explicando san Juan Damasceno aquello del Profeta: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuæ*; ¿quién no ve, dice, que la resurreccion de que habla el Profeta, es la del Salvador, y la de la santisima Vírgen, aquella arca misteriosa que encerró en su seno la fuente de la santidad?

¡Quién podrá comprender, exclama san Bernardo, la gloria con que subió al cielo la santísima Vírgen! ¡con qué raptos de amor la salieron al encuentro tantas regiones de ángeles! ¡con qué afectos de respeto y veneracion! ¡con qué cánticos de alegría la acompañaron! *Quis cogitare sufficiat quàm gloriosa hodie mundi Regina processerit; et quanto devotionis affectu tota in ejus occursum cœlestium regionum prodierit multitudo!* Ni hubo jamás en el mundo triunfo mas glorioso, ni se conoció en él dia mas célebre, dice san Gerónimo, que este dia en que la Vírgen fue elevada á los cielos: *Et hæc est præsentis diei festivitas.* Atrévome á decir (exclama el bienaventurado Pedro Damiano) que prescindiendo de la divinidad, la pompa y el aparato de la Asuncion de María fue mayor que el de la Ascension del mismo Jesucristo: *Audacter dicam, salva Filii majestate, Virginis Assumptionem longè digniorem fuisse Christi Ascensione*; pues en la Ascension del Salvador solamente le salieron á recibir los ángeles; pero en la asuncion de María, ademas de todos los espíritus angélicos, el mismo Hijo de Dios salió al encuentro á su Madre, y la conduxo hasta lo mas elevado de los cielos. Pues qué nos admiramos ya, dice san Bernardo, de que las celestiales inteligencias se quedasen como extáticas de pasmo, preguntándose únas á ótras: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* ¿Qué muger es esta? como si dixeran, ¿qué pura criatura igualará jamás la gloria y la santidad de esta muger que sube del desierto, colmada de

dulcísimas delicias, y apoyada sobre su mismo amado Hijo? El recibimiento que Salomon hizo á su madre, fue no mas que un imperfecto bosquexo, una obscura sombra del que el Salvador hizo hoy á la Vírgen: *Surrexit Rex in occursum ejus* (dice la Escritura) *adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus Matris ejus quæ sedit ad dexteram ejus*: Levantóse el Rey de su trono, salióla á recibir, saludóla profundamente; y volviendo á ocupar su sólio, puso el de su Madre á la derecha del suyo. En el misterio de este dia se verifica aquel prodigio que tanto admiró en el cielo al evangelista san Juan: una muger vestida del sol, con la luna á sus pies, y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecientes. Si el ojo del hombre no vió, dice san Bernardo, ni el oido oyó, ni cupo jamás en su imaginacion lo que tiene Dios preparado para los que le aman; ¿quién podrá nunca explicar ni aun comprender lo que preparó para su Madre, que élla sola le amó mas que todos los hombres juntos, y á quien él ama mas que á todas las criaturas? *Quid præparavit gignanti se*? No es posible, dicen los padres, que persona humana pueda explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la Vírgen. Ni esto debe causar admiracion, dice Arnaldo de Chatres: la gloria de María en cuerpo y alma en el cielo no es como la de los demas; hace clase aparte; ocupa un lugar incomparablemente mas elevado que el de los ángeles, pues la gloria que posee María no solo es semejante á la del Verbo encarnado, sino en cierta manera la misma: *Gloriam cum Matre, non tam communem judico quàm eamdem.*

La solemidad de este dia debe despertar nuestra devocion, dar nuevo aliento á nuestra fe, y excitar nuestra confianza. Nos trae á la memoria, dice san Bernardo, que tenemos en el cielo una reyna, que al mismo tiempo es nuestra madre; una medianera todopoderosa con el soberano Mediador; y una abogada con el Redentor, que ninguna gracia le puede negar (*Serm.* 2. *de Adv.*): *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* Esta es la escala de los pecadores, ésta mi grande esperanza, ésta el fundamento de toda mi confianza (*Serm. de Aquæ ductu.*): *Hæc peccatorum scala, hæc mea magna fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Tú, ó Vírgen santa, dice san

Agustin, eres, por decirlo así, la única esperanza de los pecadores; por ti esperamos el perdon de nuestros pecados; en tu intercesion colocamos la esperanza de nuestro premio (*Serm.* 18. *de Sanct.*): *Tu es spes unica peccatorum; per te speramus veniam delictorum, et in te beatissima nostrorum est espectatio præmiorum.* Concediósela todo el poder en el cielo y en la tierra, dice san Anselmo; no hay cosa imposible para aquélla que puede resucitar la esperanza de la salvacion en los mismos desesperados (*De Laudib. Virg.*): *Data est illi omnis potestas in cœlo et in terra; nihil impossibile, cui possibile est relevare in salutis spem desperantes.* Toda la esperanza, gracia y salud que tenemos, estemos persuadidos á que todo nos viene por la intercesion y por el valimiento de María (*Ibid.*): *Si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, à Maria noverimus redundare.* Si quieres asegurar siempre buen despacho, y que sean aceptadas tus oraciones, acuérdate de ofrecer por manos de María todo lo que ofrecieres á Dios: *Si non vis pati repulsam, per Mariæ manus offerre memento quidquid offerre vis Deo.* Ella es la esperanza de los desesperados, dice san Efrén, puerto de los que naufragan, y único recurso de todos los que no tienen ótro (*De Laud. Vir.*): *Spes desperantium, portus naufragantium, et auxilio destitutorum unica adjutrix.* Todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos, dice san Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt thesauri miserationum Domini.* En fin, ser devoto tuyo, ó bienaventurada Vírgen María (dice san Juan Damasceno), es tener armas defensivas, puestas por Dios en las manos de los que quiere salvar (*Orat. de Assumpt.*): *Devotum tibi esse, ó beata Virgo, est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri.*

Estaba el sepulcro de la santísima Vírgen en el lugar de Getsemaní y en el valle de Josafat, siendo el mas respetable y mas digno de honor que habia en el mundo, despues del sepulcro de Cristo. Pero en tiempo de los emperadores Tito y Vespasiano arruinaron de tal modo aquel santo lugar las tropas que se apoderaron de Jerusalen, que despues no les fue posible á los fieles reconocer el sitio donde habia estado. Esta es la razon por qué san Geróni-

mo no hace mencion alguna del sepulcro de la santísima Vírgen, haciéndola de los sepulcros de varios patriarcas y profetas que fueron visitados por santa Paula y santa Eustoquia. Descubrióse despues andando el tiempo, no queriendo el Señor que aquel venerable sitio, santificado con tan sagrado depósito, estuviese por mas años oculto á la veneracion de los fieles. Asegura Burchad, que él mismo le vió, pero tan enterrado en las ruinas de otros edificios, que se baxaban sesenta escalones para llegar á él. Beda escribe que en su tiempo ya se mostraba enteramente descubierto, y al presente se muestra á los peregrinos entallado en una peña.

Siempre fue la fiesta de la Asuncion una de las mas solemnes de la Iglesia; y por lo que toca á la solemnidad va á la par, por decirlo así, con las fiestas de la Epifanía y de Pascua. Pero en Francia se puede decir que se hizo mas célebre que en otras partes desde que Luis XIII., de gloriosa memoria (*Bourd.*), en el año de 1638, escogió este dia para consagrar su persona, su real familia y todo su reyno á la santísima Vírgen, no ya por un voto secreto formado dentro de su corazon, sino por el mas público y el mas auténtico que hizo jamás algun monarca cristiano; pues no de otra manera que David le hizo en presencia de su pueblo: *In conspectu omnis populi ejus*; mandando que se publicase en todos los lugares de sus dominios, interesando en él á todos sus vasallos, y queriendo que fuese eterna memoria. Este es el orígen y el fin de las santas procesiones que este dia se hacen en toda la Francia, y son otros tantos públicos testimonios de la protesta que hacen los reyes cristianísimos, de que quieren depender de María, reconociéndola por soberana suya mediante este culto público y solemne.

La misa es en honor de la Asuncion de la Vírgen, y la oracion la que sigue.

Famulorum tuorum, quæsumus, Domine, delictis ignosce; ut, qui tibi placere de actibus nostris non valemus, Genitricis Filii tui Domini nostri intercessio-

Suplicámoste, Señor, que perdones á tus siervos los pecados de que son reos, para que no siéndonos posible agradaros por nuestras obras, seamos salvos por la inter-

ne salvemur: Qui tecum vivit et regnat...

cesion de la santa Madre de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo: Que contigo vive y reyna por todos los siglos...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría.

In omnibus requiem quæsivi, et in hæreditate Domini morabor. Tunc præcepit, et dixit mihi Creator omnium; et qui creavit me, requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi: In Jacob inhabita; et in Israël hæreditare, et in electis meis mitte radices. Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea. Quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion: quasi palma exaltata sum in Cades, et quasi plantatio rosæ in Jericho: quasi oliva speciosa in campis, et quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis. Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi, quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.

En todas las cosas busqué descanso, y en la heredad del Señor haré mansion. Entonces el Criador de todo mandó, y me dixo; y el que me crió descansó en mi tabernáculo, y me dixo: Habita con Jacob, y ten tu heredad en Israel, y echa raices en mis elegidos. Desde el principio y antes de los siglos fui criada, y exîstiré por todo el siglo futuro, y exercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raices en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad; y mi habitacion fue en la plenitud de los santos. Fui ensalzada como cedro en el Líbano, y como ciprés en el monte Sion: extendí mis ramos como una palma de Cades, y como un rosal de Jericó: me levanté como una oliva hermosa en los campos, y como el plátano en las llanuras cerca de las aguas. Despedí olor como el cinamomo, y como el bálsamo que despide aromas, y exhalé suavidad y olor como mirra elegida.

NOTA.

"El sentido literal de todo este capítulo del Eclesiás-„tico es el elogio que hace de sí misma la Sabiduría, la „cual describe su orígen, sus admirables cualidades, sus

„obras y su dichosa suerte. Pero en sentido místico es „una alegoría ó metáfora ingeniosamente continuada de „la santísima Vírgen, hecha por el Espíritu santo, y „aplicada por la Iglesia á la Madre de Dios."

REFLEXIONES.

Busqué un lugar de reposo entre todas las naciones, y escogí una habitacion en la heredad del Señor. No hay que buscar en la tierra lugar alguno de reposo; ni mucho menos entre aquellas gentes, en quienes reyna el espíritu del mundo. Nunca tocó á los cristianos entre sus partijas la tranquilidad del corazon ni del espíritu. Son los fieles el pueblo escogido de Dios, y es el cielo herencia suya; y no podia la santísima Vírgen escoger su habitacion en otra parte. Habiendo sido concebida sin pecado, y toda su vida un inmenso tesoro de gracias, de virtudes y merecimientos, fue siempre el dulce objeto á quien se terminaban las complacencias de la adorable Trinidad. Elevada á la dignidad de Madre de Dios, adquirió todos los derechos que una madre tiene sobre su hijo; y su divino Hijo la correspondió con mas ternura que la que profesan los mejores hijos á sus madres. El pueblo de éste es el pueblo de aquélla, y los tesoros de él son sus riquezas. Siendo el pueblo de Dios pueblo suyo, su herencia son todos los fieles. Echó raices; es decir, hízose madre de los escogidos de Dios; ¡qué consuelo para éllos el tener tal madre! De aquí nace aquella tierna devocion á María, que en parte fue el distintivo de todos los santos; y que en sentir de todos, es señal de predestinacion. Por tanto, no hay herege, cismático ni réprobo, que no mire á María con frialdad, ó á lo menos con indiferencia. Es á la verdad, refugio y esperanza de los pecadores; pero en rigor solo es madre de los escogidos. Establecióse su poder en la Jerusalen celestial. Ni el Padre Eterno, dicen los padres de la Iglesia, podrá negar cosa alguna á su Hijo, ni el Hijo sabrá negársela á su Madre. Es la distributaria de todas las gracias; ¡gran consuelo para sus devotos, para sus fieles siervos y para sus hijos! *Fui exáltada como los cedros del Líbano.* Es el cedro el mayor y el mas sólido de todos los árboles. Ninguna pura

criatura es capaz de igualar á la gloria ni al trono de María; está sentada á la diestra de su Hijo; es madre de Dios; imagina, si puedes, dignidad mas elevada; ni el mismo Dios parece que puede elevar una pura criatura á mas alta dignidad. La palma arroja todas sus ramas hácia lo alto; ninguna inclina á la tierra. Las rosas de Jericó son incorruptibles; los olivos están llenos de óleo, y nunca pierden su verdor; el plátano tiene las hojas muy anchas, divididas en cinco ó seis partes, que figuran una mano abierta, y vierten con abundancia todo el rocío que reciben del cielo. El cinamomo es un arbolito, cuya corteza exhala un admirable olor, aun mas suave que el de la canela. La planta que produce el bálsamo es aromática, y la mas fragrante de todas; su figura semejante á la viña, pero se sostiene sin arrimo; la hoja es parecida á la del zumaque, pero nunca cae en tierra; su pie ó su caña es humilde, por decirlo así, porque se eleva poco; sácasela el xugo por incision; pero sin valerse de hierro, que es mortal á esta planta; el licor que sale se endurece, y queda transparente; preserva los cuerpos de la corrupcion. La mirra es un licor odorífero que suda, digámoslo de esta manera, un arbolillo, y tiene maravillosa virtud. Todas estas plantas que nombra aquí en particular la sagrada Escritura, que producen frutos, y tienen tan exquisitas propiedades, muestran visiblemente las raras virtudes de aquélla, á quien el Espíritu santo compara á un jardin cerrado. Encuéntranse en éllas perfectos y adecuados símbolos de las admirables cualidades que concurren en la mas perfecta de todas las criaturas, cuyas perfecciones, siendo muy superiores á todas nuestras ideas, y acomodándose el Espíritu santo á nuestra limitacion, se vale de lo mas raro, mas exquisito y mas saludable que se halla en la naturaleza, para hacernos un retrato sensible de la Madre de Dios.

El evangelio es del capítulo 10. de san Lucas.

In illo tempore: Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quædam Martha nomine, excepit illum in domum suam; et huic

En aquel tiempo: Entró Jesus en cierto castillo, y una muger llamada Marta le recibió en su casa; y ésta tenia una hermana llamada

erat soror nomine Maria, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius, Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, solicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

María, la cual tambien estando sentada á los pies del Señor, oía sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de casa; y presentándose al Señor, le dixo: Señor, no cuidas de que mi hermana me dexa sola en el trabajo? Dila, pues, que me ayude. Y respondiéndola el Señor, la dixo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

Sobre la Asuncion de la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera todas las maravillas que se hallan unidas en la fiesta de este dia, y que todas juntas concurren á hacer mas glorioso el triunfo de la santísima Virgen; su preciosa muerte, efecto del amor mas puro; su resurreccion anticipada, premio de su santidad; su asuncion en cuerpo y alma á los cielos, prueba ilustre de su gloria. ¡Cuántas maravillas se encierran en una sola solemnidad! ¡cuántos motivos de gozo, de confianza, de veneracion y de amor concurren en esta fiesta! ¡qué vida tan santa la de la Madre de Dios! Concebida sin pecado; llena de gracia desde el primer instante de su sér; enriquecida con todas las virtudes; ¡qué inmenso cúmulo de méritos en el instante de su muerte! El amor, mas que la muerte, terminó aquella santa vida. No murió la Virgen de enfermedad ni de desfallecimiento; murió por conformarse en todo con su querido Hijo. ¡Pero qué gozo, qué inefable gloria fue la de aquella alma tan querida de Dios, cuando al desprenderse de su santo cuerpo, se halló en los brazos de Jesucristo, y fue conducida por aquel amado Hijo, en medio de un innumerable exército de espíritus celes-

tiales hasta el trono del mismo Dios! Mas aquel cuerpo tan puro, santuario del Verbo encarnado, aquella carne, de la cual el Espíritu santo habia formado el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿habia de estar sujeta á la corrupcion? No; una reliquia tan preciosa, tan santa, no era para la tierra, ni para ser meramente objeto de culto y de veneracion á los pueblos; debia ser colocada en el cielo; y por lo mismo retiró el Señor tan presto del sepulcro aquel sagrado cuerpo. Muerte santa, resurreccion gloriosa, asuncion triunfante; ¡qué asunto tan copioso de dulces reflexîones! No; no vió jamás el mundo otro triunfo, ni tan pomposo, ni tan brillante, ni tan augusto. Toda la córte celestial sale al encuentro de la Madre de Dios; todos los espíritus bienaventurados se apresuran por honrar á la Reyna de los hombres y de los ángeles. ¡Con qué magnificencia, con qué gloria fue María elevada en cuerpo y alma sobre las mas sublimes celestiales inteligencias, y colocada á la diestra de su divino Hijo, de quien recibe todo el poder, y á quien debe toda su gloria! Entremos en todos los afectos de la Jerusalen celestial en este dia tan glorioso para la Madre de Dios, admirando y reverenciando su asuncion y su triunfo en el cielo, cuya pompa y cuya magestad arrebata la admiracion de toda aquella celestial córte. Pensemos con gozo, con admiracion y con confianza que esta Madre de Dios es nuestra madre; que esta Reyna tan poderosa con Dios, es nuestra protectora, nuestra medianera y nuestra abogada; y que de nosotros pende únicamente que esta tesorera del Todopoderoso nos admita á ser sus favorecidos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es posible explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la santísima Vírgen. Era María un santuario de gracia, y Dios hizo de élla un sublime trono de gloria. Como reyna del Universo, solo da la preferencia á la persona del Rey. Tan elevada está, que parece haberla comunicado toda su gloria el mismo Dios; y es tan poderosa con él, que nunca nos será posible comprender hasta dónde llega la extension de su poder. Tres cosas recibió la san-

tísima Vírgen, que solo Dios puede comprender su mérito y su valor: la dignidad de madre de Dios, la plenitud de gracia de que fue adornada, y la recompensa que corresponde en el cielo á estas dos prerogativas. La recompensa que goza se proporciona á la gracia que es su simiente y su medida; la gracia es proporcionada á la grandeza de la augusta dignidad de madre de Dios, que es infinita; es, pues, preciso que su gloria exceda tanto á la que gozan los hombres y los ángeles, cuanto la dignidad de madre de Dios excede á la cualidad de pura criatura. Excede á la gloria de las vírgenes, de quien es reyna; excede á la de los mártires, de quien es modelo; excede á la de los apóstoles, de los patriarcas y de los ángeles; porque los hizo muchas ventajas en zelo, en fe y en caridad. Colocada en el trono mas elevado del reyno de su Hijo, ¡con qué aclamaciones fue declarada por reyna! Pero siendo su poder proporcionado al alto lugar que ocupa, ¿cuántos motivos da á nuestra esperanza y á nuestra alegría, puesto que este mismo poder nos asegura su proteccion, y la gloria que élla posee es prenda de la que nos está prometida? ¡Oh qué consuelo para una persona que profesa tierna devocion á la Madre de Dios! ¡qué aliento á la confianza de los verdaderos siervos de María! Con proteccion tan poderosa, ¡qué enemigos de la salvacion se podrán temer! ¿Qué puede todo el infierno junto, aunque todo él se desate contra quien María protege? A la verdad, sin pureza no puede haber devocion legítima y verdadera con la santísima Vírgen; el amor del Hijo es inseparable de la ternura que se profesa á la Madre. El que quiere ser favorecido de ésta ha de agradar á aquél; si se ofende al Hijo, ¿como se ha de agradar á la Madre? ¡Mas qué desdicha! ¡qué seña menos equívoca de reprobacion que mirar con indiferencia y con frialdad á una madre tan amorosa!

Es así, ó Vírgen santa, que el cielo os posee; pero nosotros no por eso os hemos perdido. En medio de vuestra gloria no nos teneis olvidados, ni jamás nos olvidareis; y desde el trono en que estais sentada os dignareis de volver hácia nosotros vuestros benignísimos ojos. Cuanto mas cerca estais de la fuente de las gracias, con mayor abundancia las hareis correr hasta nosotros. Con esta confian-

za nos postramos á vuestros pies, y os rendimos nuestros humildísimos cultos, os ofrecemos nuestros votos, y os dirigimos á vos nuestras fervorosas oraciones. Os honramos como á nuestra soberana; os invocamos como á madre de misericordia; os miramos como á nuestro refugio, nuestro asilo, nuestro consuelo y nuestra esperanza. Dignáos recibirnos en este dia de vuestro triunfo en el número de vuestros siervos y de vuestros hijos; con este fin nos consagramos para siempre á vuestro servicio.

JACULATORIAS.

Salve, regina, mater misericordiæ, vita, dulcedo, et spes nostra, salve. Antiph. Eccles.

Dios te salve, reyna y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve.

Attende de cœlo, et vide de habitaculo sancto tuo, et gloriæ tuæ. Isai. 63.

Vírgen santa, míranos desde lo alto del cielo donde estás elevada, y dígnate volver hácia nosotros tus benignos ojos desde la eminencia de tu trono y de tu gloria.

PROPOSITOS.

Hoy es el dia del triunfo de la santísima Vírgen, y al mismo tiempo lo es tambien el de sus liberalísimas gracias y mercedes; séalo igualmente el de tu consagracion á su servicio. Penetrado tu corazon de un vivo dolor y sincéro arrepentimiento de haberla servido hasta aquí con tanta tibieza, y aun con tanta frialdad; pídela perdon de tu indiferencia, conságrate á su servicio en algun modo especial; prométela no dexar pasar dia alguno sin hacer alguna cosa particular en reverencia suya. Coloca toda tu confianza y toda tu esperanza despues de Dios en la bondad y en la poderosa proteccion de una madre tan misericordiosa. A imitacion del piadoso rey de Francia Luis XIII. pon debaxo de su proteccion, con dedicacion especial, no solo tu persona, sino la de tus hijos, de tus criados, de tus vasallos, de tus súbditos y de toda tu familia. Exhorta hoy á toda élla, especialmente á tus hijos, á que junten sus votos con los tuyos, inspirándoles

una tierna devocion, y una confianza fiel y constante en la Madre de Dios en vida y en muerte. Y así como aquel piadoso Monarca quiso que fuese pública su consagracion, de la misma manera no nos hemos de avergonzar de hacer notoria la nuestra. Ten presente aquel dicho de san Anselmo: No perecerá una familia sólida y santamente dedicada á la santísima Vírgen; pero tampoco se debe esperar que caiga la bendicion de Dios en una casa donde no es honrada la gloriosa vírgen María.

2 Cuando los grandes del mundo celebran sus dias ó sus triunfos, todos procuran contribuir á la celebridad con la solemnidad de las galas, con pomposos elogios y con magníficos presentes. Mal celebraríamos un dia tan solemne como el presente, si no cuidáramos de purificar y de adornar nuestra alma con los sacramentos, si no concurriéramos á las alabanzas de la Madre de Dios, y si no la diéramos pruebas prácticas de nuestra afectuosa dedicacion á su servicio y de nuestro vivo reconocimiento. No dexes, pues, de confesar y de comulgar hoy con nuevo fervor; y sería bueno haberlo hecho la vigilia. Asiste á la misa mayor, al sermon, á las segundas vísperas de la fiesta, á la salve; pero no te presentes con las manos vacías. Haz en este dia alguna buena obra particular en reverencia de la Vírgen, sabiendo que se honra al Hijo cuando se honra á la Madre, como dice san Bernardo: *Dubium non est, quidquid in laudibus Matris proferimus, ad Filium pertinere.* Algunas personas piadosas visten hoy alguna doncellita pobre; ótras envian la comida á los pobres del hospital ó de la cárcel, ó á alguna familia necesitada y vergonzante. Es limosna muy grata á la santísima Vírgen dar el dote á una doncella pobre para entrar en religion. Tambien es otra muy loable y muy provechosa la de prometer á esta Señora abstenerse del juego y de todo gasto inútil durante la octava de su Asuncion, y repartir entre los pobres lo que se habia de perder ó ganar en el juego, y todo lo que se ahorró de gastos supérfluos y excusados. Por lo menos no se pase el dia sin que hagas alguna limosna extraordinaria en honra de la Madre de Dios, y sin que visites la iglesia donde es hoy mas solemne y mas singularmente reverenciada.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Jacinto, del órden de Predicadores.

San Jacinto, uno de los mayores ornamentos del órden de Predicadores, hijo de hábito del mismo patriarca santo Domingo, y criado á su misma mano, fue polaco, de la antigua casa de los condes de Oldrovans, la cual dió al reyno de Polonia muchos grandes oficiales. Su visabuelo Saultz de Oldrovans derrotó muchas veces á los tártaros; y su abuelo, que tenia el mismo nombre, se señaló por sus hazañas contra los enemigos del Estado. Llamóse Saultz de Konski, por haber heredado el condado de este nombre. Dexó dos hijos; el primogénito llamado Eustaquio, conde de Konski, fue padre de nuestro Santo; y el menor por nombre Yvo, fue obispo de Cracovia.

Nació san Jacinto en el año de 1183 en el castillo de Saxe, diócesi de Breslau en la Silesia. Criáronle con mucho cuidado; pero dexó poco que hacer á la educacion el bello natural con que habia nacido. Su genial apacibilidad, la docilidad de su genio y de su corazon, su modestia, y sobre todo la inclinacion á la virtud que se admiró en él casi desde la cuna, fueron presagios ciertos de su futura eminente santidad. Eran sus padres unos señores llenos de religion, y le escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno; de manera, que aplicándose á conservar la integridad de sus inocentes costumbres, tuvieron el consuelo de verle crecer cada dia en devocion y en madurez. Dió principio á sus estudios en el colegio de Cracovia, donde en breve tiempo se dexó admirar no menos su genio que su virtud; continuólos en Praga de Bohemia, haciéndose respetar mas por su sobresaliente mérito, que por su elevado nacimiento; y en fin, los fue á concluir en Bolonia de Italia, donde dió tantas pruebas de su profunda sabiduría, como de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó

á Polonia de todas aquellas universidades con la misma inocencia que habia llevado á éllas.

Prendado su tio Yvo de Konski, obispo de Cracovia, no menos de la brillantez de su ingenio, que de su virtud y de los progresos que habia hecho en el estudio cursando todas aquellas escuelas, reconoció desde luego que no habia el Señor prevenido tan anticipadamente á su querido sobrino con sus mas dulces bendiciones para dexarle en el mundo. El mismo Jacinto declaró sobradamente que no pensaba servir á otro dueño que á Dios. Resolvió abrazar el estado eclesiástico, aunque era el primogénito de su casa. Prendado el Obispo de aquella resolucion, juzgó no podia hacer mayor servicio á su iglesia que incorporar en élla á su sobrino. Proveyó en él una prebenda, y en breve tiempo admiraron los canónigos en él un gran modelo.

Fue su primer cuidado instruirse en las obligaciones del estado que habia escogido. Comprendió que el empleo de canónigo no era un mero título como de beneficio simple, que solamente les obligase á cantar el oficio divino; consideró que los canónigos no solo se llaman así por la renta que gozan, y se llamaba antiguamente *canon*, que significa prebenda, sino porque particularmente hacen profesion de vivir segun los cánones ó las reglas baxo las cuales fueron instituidos los cabildos. Estudió estas reglas, observólas con suma puntualidad, y en poco tiempo reformó su exemplo todo aquel ilustre cuerpo.

Mas y mas prendado cada dia el Obispo de la eminente virtud y de los raros talentos de su sobrino, quiso darle alguna parte en la administracion del obispado. En todas las comisiones que le encargó, mostró Jacinto mucha comprension, mucha sabiduría y mucha prudencia; pero ninguna de estas ocupaciones extraordinarias le estorbaba la contínua asistencia á los divinos oficios, en los cuales á todos era exemplo de recogimiento, compostura y modestia. Movido del amor que profesaba á los pobres, concurria muchas veces á servirlos en los hospitales. Ninguna necesidad de familia honrada y vergonzante se escapaba á su caridad; consumia todas sus rentas en limosnas, reduciéndose él mismo á la pobreza que procuraba disminuir, ó á lo menos suavizar en los ótros.

Igualaban á los de su caridad los exercicios de la penitencia. Era su vida un perpétuo ayuno; las maceraciones de su carne ponian horror á los mas fervorosos penitentes, y no se pasaba dia sin que inventase alguna nueva para añadirla á las penitencias ordinarias. El tierno amor que profesaba á Jesucristo, y era la fuente de todas las demas grandes virtudes, se manifestaba sobre todo en el altar. Su modestia y su respeto hacia á todos sensible su fe, y sus lágrimas daban testimonio de su afectuosa devocion. Pero entre todas las virtudes de Jacinto la que parecia mas sobresaliente, y que caracterizaba mas, era su ternura con la santísima Vírgen. Se puede decir que nació con esta señal de predestinacion, la cual se distinguió en él por todo el curso de su vida. Cuando estaba aún en la cuna, solo con ponerle delante una imágen de la Vírgen saltaba de alegría. No se duda que aquella gran pureza de costumbres, aquella tan rara inocencia que le acompañó inviolablemente en todas las edades y en todos los estados hasta su santa muerte fue efecto de la singular proteccion de la Madre de Dios, de quien siempre fue favorecido, y de cuyo culto fue toda la vida el mas zeloso predicador.

Vióse precisado el Obispo de Cracovia á pasar á Roma en defensa de los derechos de su iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase en aquella jornada, para valerse de sus consejos y de sus alcances superiores. Pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los papas Inocencio III. y Honorio III. la aprobacion y la confirmacion de su órden el patriarca santo Domingo, tan conocido ya á la sazon en toda Europa por la fama de sus milagros y de su predicacion contra los albigenses. Movidos el Obispo y el Sobrino de las maravillas que el nuevo instituto hacia en toda Italia y en otras partes, entraron en deseos de que la Polonia participase de las grandes utilidades que procuraba á la Iglesia el santo Fundador. Pidiéronle algunos hijos para que fundasen en su pais convento de su órden. Hallóse imposibilitado santo Domingo á satisfacer sus piadosos deseos, por haber enviado todos los operarios que tenia á diferentes provincias, de donde se los habian pedido; pero todo lo suplió lo mucho que podia con Dios. Suplicóle fervorosamente le diese nuevos

hijos que pudiese enviar á Polonia. Oyóle el Señor, y en el mismo dia vinieron tres ó cuatro familiares del obispo de Cracovia á echarse á los pies del santo Patriarca, y á pedirle el hábito de su órden. Recibiólos, pero el cielo le tenia destinado otro discípulo mas ilustre.

Noticioso Jacinto de la vocacion de los tres polacos, se sintió movido á seguirlos, y juntándose á esto su inclinacion á la vida penitente y retirada, resolvió imitar el exemplo que envidiaba. Descubrió en confianza su intento á un caballerito polaco primo suyo, llamado Ceslao, y en lugar de un mero confidente encontró en él un compañero. A éste siguieron el mismo dia otros dos que eran amigos de entrambos, Hermano y Henrique, gentiles-hombres alemanes, muy adheridos á Jacinto. Todos cuatro se presentaron á santo Domingo, que luego los recibió como un precioso don con que el Señor queria enriquecer su órden. Tenia ya muy conocido el santo Patriarca el extraordinario mérito de nuestro Santo, por lo que se aplicó con particular cuidado á cultivar aquel fertilísimo terreno, y á breves dias hizo del novicio uno de sus mas perfectos discípulos. No se puede explicar el fervor, el desasimiento y el olvido de todas las cosas con que entró nuestro Santo en tan gloriosa carrera, ni el valor con que la continuó. Seis meses estuvo baxo la disciplina del santo Fundador, que viéndole ya elevado á la cumbre de una virtud á que los mas perfectos estan aspirando toda la vida, juzgó debia pedir al papa dispensa para abreviar el tiempo de su noviciado. Consiguióla para él y para los otros tres compañeros suyos, que todos hicieron la profesion á los seis meses de novicios. Tenia Jacinto treinta y cinco años, y habia tomado tan perfectamente el espíritu de su fundador, que ya desde entonces se halló capaz de fundar por sí mismo casas de la órden.

Despues de haberle confirmado santo Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le habia inspirado, y habiéndole instruido en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificacion y en la de ótros, se le presentó juntamente con sus compañeros á su tio el obispo de Cracovia, que se volvia á su pais, y nombró á Jacinto por superior de la mision de Polonia, infundiéndole su espiritu, y co-

municándole tambien su mismo don de milagros. Partieron todos siete en compañía del Obispo; pero como habian resuelto hacer el viage á pie y mendigando, á imitacion de los apóstoles, se separaron luego de él, y tomaron el camino por Venecia y por la Carintia. Predicaban en todos los lugares donde se detenian, y siempre con mucho fruto, conociendo luego los pueblos que el nuevo instituto se componia todo de varones apostólicos. Llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en élla san Jacinto con fruto tan copioso, y derramó el cielo tantas bendiciones sobre sus apostólicos trabajos, que los habitantes resolvieron detenerle. Fundó en aquella ciudad un convento de su órden, y se detuvo en élla seis meses para instruir y formar los novicios que se presentaban, y no fue posible que los ciudadanos le dexasen proseguir al término de su mision, hasta que los dexó á fray Hermano, uno de sus discípulos.

Cuando llegó á Polonia no son explicables las demostraciones de alegría y de veneracion con que fue recibido. En todas partes le salia á recibir el clero, la nobleza y el estado llano, conduciéndole en todas como en triunfo. Rendíanse estos honores, no tanto á su nacimiento como á su virtud. En él todo predicaba; su modestia, su exterior humilde y mortificado, y todas sus modales, todo concurria á grangearle la confianza y la veneracion de los pueblos. Llegó á Cracovia, y no solo fue recibido de su tio el Obispo y del clero, sino tambien de la nobleza y del pueblo como un enviado del cielo. Apenas subió al púlpito cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolucion. Bastaba verle para moverse á compuncion; bastaba oirle para convertirse; no bien dió principio á las funciones de su ministerio, cuando mudó de semblante toda la ciudad. Facilitáronle fondos para fundar un suntuoso convento. Cediéronle la magnifica iglesia de la Trinidad, que era la principal despues de la catedral. Muy en breve se vió fundado un espacioso convento, y lleno de un prodigioso número de santos religiosos, formados á su mano y animados de su espíritu, que llevaron á todo el reyno las luces de la fe y la reformacion de las costumbres. Asombra verdaderamente el número de admirables conversiones que hizo, y fue su con-

vento el asilo de la inocencia y de la mortificacion. Mudóse el semblante de toda la diócesi por el zelo de aquel nuevo Apóstol, que resucitó en toda élla el espíritu de la oracion, de la caridad, y el uso de las abstinencias que se practicaban en los primeros siglos de la Iglesia.

No era fácil resistir ó á la fuerza de sus palabras, ó á la eficacia de sus exemplos. Su abstinencia era contínua. Ademas de los ayunos que prescribian las constituciones de la órden, ayunaba á pan y agua los viernes y todas las vísperas de fiesta. Pasaba en oracion la mayor parte de la noche delante del Santísimo Sacramento; y el poco sueño que tomaba era sobre la desnuda tierra. Todos los dias añadia alguna penitencia de nueva invencion á las ordinarias. Por las noches despedazaba su cuerpo con una áspera disciplina, y en todos tiempos maceraba su inocente carne. No habia instante ocioso en toda la economía de su vida: ó predicaba, ó confesaba, ó visitaba los enfermos, ú oraba. Aunque era universal su devocion, no dexaba de mostrarla muy particular al Santísimo Sacramento del altar, y á la santísima Vírgen, de quien recibia grandes favores. Nada emprendia que primero no lo ofreciese á Dios delante del Sacramento, implorando con una oracion particular la proteccion de la santísima Vírgen. En todos sus discursos habia de entrar la devocion de esta Señora: promovia su culto por cuantos medios podia imaginar. Favorecióle con muchas gracias esta Madre de misericordia, derramándolas abundantemente sobre aquel su amado favorecido. Estando en oracion delante de su altar la vigilia de la Asuncion, y contemplando las maravillas de este misterio, se le apareció rodeada de un gran resplandor; y manifestándole lo gratas que le eran sus oraciones, le dixo: *Está seguro, hijo mio, de que conseguirás de mi amado Hijo todo lo que le pidieres por mi intercesion.*

Despues de haber trabajado con tan feliz suceso en el obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, extendió su zelo á las provincias vecinas, y desde éllas alargó presto su mision á los paises extrangeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao; los cuales, llenos todos de su espíritu, hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro Santo nuevos operarios, y se entró con éllos á intentar semejantes expedicio-

nes en el corazon del Norte, donde habia muchos pueblos ó cismáticos y hereges, ó idólatras y sin religion; y por consiguiente abundante campo para hacer conquistas al reyno de Jesucristo. Hízolas: no bien se dexó ver Jacinto en aquellas naciones, cuando todos abrieron los ojos á las luces de la fe, y entraron en el gremio de la Iglesia. Los conventos de su órden que fundó en Pomerania, en la Prusia y en las costas del mar Báltico, como fueron los de Camin, Presmislia, Culm, Konigsberg, Elbing, la península de Gedan, donde se edificó despues la célebre ciudad de Dantzick, fueron las mejores pruebas del fruto de sus trabajos, y otros tantos seminarios de hombres apostólicos. Creció su zelo á vista de tan felices sucesos, y pasó á la Livonia, á Suecia, á Dinamarca, á la Noruega, penetrando hasta la Escocia. Desde allí dió la vuelta hácia el Levante de la Polonia, y predicando en la Rusia menor, reconcilió con la Iglesia romana al príncipe Daniel, que seguia el cisma de los griegos. No hubo jamás conquistador que en tan breve tiempo corriese tantos paises, ni rindiese tantas naciones como este ilustre Apóstol conquistó para Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de la Europa á su apostólico zelo, corrió hasta las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del Archipiélago sobre las costas de Ásia, y en todas partes confundió el error, disipó el cisma, destruyó la idolatría, convirtió mahometanos, haciendo triunfar en éllas la fe y la Iglesia del Señor. Volviendo despues á subir hácia el Norte, entró en la gran Rusia, ó en la Rusia mayor, es decir, en Moscovia. Fácil es discurrir cuánto tendria nuestro Santo que padecer en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir. Residió por mucho tiempo en la gran ciudad de Kiovia, capital de una y otra Rusia. Era abundante la mies, y trabajó en élla con tanto zelo, que le mereció nuevas bendiciones á sus grandes y apostólicas fatigas.

A la verdad, aunque fuese grande la fuerza de sus palabras, y mayor la de sus exemplos en una vida tan santa, nada hubiera bastado, ó ni las únas ni las ótras serian tan eficaces si Dios no las hubiese acompañado y sostenido con la virtud de los milagros. Hízolos tan grandes y

en tanto número, que con razon se le puede llamar el Taumaturgo de su siglo. Habíanle fundado en Kiovia un hermosísimo convento y una magnífica iglesia. Sitiaron los tártaros la ciudad, tomáronla por asalto, y todo lo entraron á sangre y fuego. Acababa el Santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos, y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una estátua de alabastro de la santísima Vírgen; delante de la cual solia hacer oracion, y oyó una milagrosa voz que le dixo: *¿Pues qué, hijo mio Jacinto, aquí me dexas á merced de los bárbaros?* Deshaciéndose en lágrimas el Santo, respondió: *Señora y madre mia, ¿cómo podré yo llevar una imágen de tanto peso?* A que respondió la imágen: *Haz la prueba, y verás que no es superior á tus fuerzas.* Tomó entonces el Santo la corpulenta imágen, la que se hizo tan ligera, que la llevó en una sola mano, y saliendo por la puerta de que todavía no se habian apoderado los tártaros, tomó el camino de Cracovia.

Siguióse inmediatamente al primer milagro otro no inferior. Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso rio, se halló sin puente y sin barca para pasarle. Lleno entonces de confianza en el poder de aquel Señor que llevaba en sus manos, y en la proteccion de la soberana Reyna, cuya imágen conducia, comenzó á caminar á pie enxuto sobre las aguas, y mandó á sus religiosos que le siguiesen. Este insigne milagro se refiere en la bula de su canonizacion: pero no fue solo. Iba un dia á predicar á Vicegrado, ciudad situada á las riberas de un profundo rio, y no encontrando barca para atravesarle, tendió su manto sobre las aguas, y pasó al otro lado. Resucitó en vida dos muertos, y obró tantas maravillas, que la misma bula de su canonizacion cuenta hasta mil y doscientas.

Despues de 40 años de trabajos apostólicos, acompañados de tan prodigiosos sucesos, le reveló el cielo el dia de su muerte, para la cual se habia preparado toda la vida: y supo que habia de asistir en el cielo al triunfo de la Vírgen el dia de su gloriosa Asuncion. Cayó malo en el de las Nieves; y la vigilia de la Asuncion, habiendo exhortado á sus religiosos al desasimiento de todas las co-

sas, á la exâcta observancia de su santo instituto, y á la devocion con la santísima Vírgen, se dispuso con nuevo fervor para celebrar la fiesta. Asistió el dia siguiente á los divinos oficios; y habiendo recibido todos los sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el dia 15 de agosto, y fue á recibir en el cielo el gran premio debido á su inocencia y á sus merecimientos. Sucedió su muerte el año de 1257, á los 47 de su edad. El mismo Dios quiso dar testimonio á los hombres de la santidad de su Siervo, y de la gloria con que la habia coronado, continuando despues de su muerte la virtud de los milagros que le habia concedido en vida. Fue canonizado con la acostumbrada solemnidad por la santidad de Clemente VIII. el año de 1594, y el papa Urbano VIII. fixó su fiesta el dia 16 de agosto. La reyna de Francia doña Ana de Austria, madre de Luis el Grande, consiguió de Ladislao, rey de Polonia, un considerable hueso de las reliquias del Santo, y fue el cráneo, que se colocó en la iglesia de los padres dominicos de la rua de san Honorato en París. El cuerpo del Santo se venera en la magnífica capilla de Cracovia, que se edificó en honra suya.

La misa es en honra del Santo, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui nos beati Hyacinthi confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Jacinto, concédenos que cuando celebramos la nueva vida que recibió en el cielo, imitemos la que hizo mientras vivió en la tierra: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, fólio* 117.

NOTA.

»Muchos han juzgado que el libro llamado *el Eclesiástico* fue obra de Salomon, y por consiguiente señalan su »orígen en el reynado de este Príncipe; pero esta opi»nion no se puede defender. Lo que hay de cierto en la »materia es, que Jesus, hijo de Sirach, y verdadero au»tor de este libro, habia hecho mucho estudio en los li-

»bros sagrados, y muy particular en los de Salomon, de »los cuales es uno como compendio el libro del Ecle»siástico.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fue hallado sin mancha. ¿Y quién será este dichoso? ¿quién se podrá lisonjear de haber conservado pura su inocencia, sin borron, sin sombra ni alteracion? ¿á qué alma, unida á este miserable cuerpo, no se atrevió la mancha del pecado? Aun entre aquellas que fueron santificadas por la gracia, ¿cuántas se encuentran que hubiesen mantenido intacta esta preciosa flor sin haberse marchitado? Solo se encuentra una entre las puras criaturas, que por privilegio especial fuese preservada de toda mancha; esta fue la santísima Vírgen María en el inmaculado misterio de su purísima Concepcion; mas santa en aquel primer instante que todos los santos juntos en el último momento de su vida; y aumentando su inocencia en todos los de la suya, bien lejos de echar en élla el mas mínimo borron. Siendo amada hija del Eterno Padre, ¿cómo habia de estar ni un solo momento en su desgracia? Siendo madre querida del divino Verbo, ¿cómo habia de admitir en su alma ni aun el mas leve pecado? Siendo élla sola escogida entre todas las criaturas para esposa única del Espíritu santo, ¿cómo no habia de ser toda hermosa y toda inmaculada? *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Esto dice de la Vírgen el mismo Espíritu santo; y esto repite de élla muchas veces la santa Iglesia. Así como en virtud de la union que la humanidad contraxo con el Verbo exígia una gracia y una gloria infinita; es decir, la mayor que puede Dios comunicar á una criatura; á semejante modo la union que la Vírgen contraxo con su Hijo por su divina maternidad, pedia tambien la mayor plenitud de gracia que pudiese Dios comunicar á una pura criatura, dice santo Tomas (1. *p.* *q.* 25. *art.* 6. *ad* 4.). Ciertamente parece que hubiera sido indigna de concebir al Verbo divino, dicen los padres, si su alma hubiera contraido la culpa original; pues aun la impuridad del cuerpo, aunque exênta de todo pecado, hubiera sido estorbo á esta divina concepcion. ¿Ni cómo cabe que dexase de preservarla de tan

gran mal aquel mismo Dios, que por exîmirla de ótros, sin comparacion menos considerables, como de los dolores en el parto, y de la corrupcion en el sepulcro, trastornó tantas veces todo el órden de la naturaleza? La primera muger fue criada sin culpa original, y en el estado de la inocencia; pues si María hubiese contraido aquella culpa, ¿cómo habia de ser bendita entre todas las mugeres? Por otra parte la Reyna de los ángeles no debia ser inferior á aquellos espíritus celestiales. Finalmente, la infamia de la madre se refunde en el hijo; ¿pues cómo es creible que este Hijo todopoderoso permitiese que su querida Madre fuese confundida ni por un solo momento entre el inmenso tropel de los esclavos del demonio, habiendo sido criada para ser reyna del cielo y de la tierra? Todas estas son razones de congruencia y de decencia; así es, ¿pero creemos posible que el Señor hiciese cosa menos decente? Era muy decente, dice san Anselmo, que aquella á quien el Eterno Padre daba por hijo á su propio Hijo fuese tan pura, que despues de la pureza de Dios no se pudiese imaginar otra mayor que la suya: *Decens erat, ut ea puritate qua major sub Deo nequit intelligi, Virgo illa niteret* (*Lib. de Concept. Virg.* 6. 18.). Grande error es pensar que sin un corazon puro se pueda tener verdadera devocion, ni agradar á la santísima Vírgen.

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia IV, fólio* 76.

MEDITACION.

De la verdadera devocion á la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque no es posible que entre las personas dedicadas al servicio de la Vírgen se hallen algunos devotos indiscretos; pero es mas fácil encontrar en el mundo censores temerarios que tengan la impiedad de censurar esta santa devocion. A los impíos no les entra, y los

hereges abiertamente la desacreditan. Siendo tan importante evitar el primer abuso, aún es mucho mas necesario mirar con horror el segundo precipicio. No es menos peligroso delante de Dios condenar con temeridad un culto santo y legítimo, que practicar por ignorancia el excesivo y supersticioso. Se han de evitar estos dos escollos. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que el verdadero culto que se rinde á la Madre de Dios. Es locura imaginar que se puede agradar á éste mirando con indiferencia á su madre. La tierna devocion y el afectuoso culto que se tributa á la Madre no es el medio menos proporcionado para merecer la gracia y los favores del Hijo. Considerémoslo por lo mismo que pasa naturalmente entre los hombres. Pero tambien es portentosa ilusion persuadirse á que se puede agradar á la Madre mientras se está en desgracia del Hijo. Los indiscretos y los falsos devotos de la santísima Vírgen son únicamente aquellos cuya devocion consiste precisamente en alistarse en alguna piadosa congregacion ó cofradía erigida en honor de esta Señora, ó en rezarla diariamente algunas oraciones, sin dárseles mucho por vivir cristianamente ni por arreglar sus costumbres, y engañados de una falsa confianza en el poder de la Vírgen, viven tranquilamente adormecidos en el pecado. ¿Dónde hay mas extravagante error? Es verdad que por gran pecador que uno sea debe acudir á la Madre de misericordia, solicitar su bondad, tener grande confianza en su proteccion y en su poder, implorar su asistencia para conseguir por su medio del Señor gracia eficaz para convertirse y para salir del pecado. ¿Pero mirará nunca la santísima Vírgen como á siervo suyo á quien quiere vivir de asiento en el desórden? Si eres su devoto, élla hará que te conviertas para entrar verdaderamente en su servicio; pero jamás admitirá ni considerará estar en él el que quiere perseverar en el pecado, ni hace esfuerzo alguno para salir de estado tan infeliz. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es inseparable de la pureza de costumbres y de una vida arreglada. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que alistarse en las cofradías erigidas á su honor, que pagarla todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias el piadoso tributo de alabanza, de buenas obras y de exercicios de devocion. Nunca será ex-

cesiva nuestra exâctitud, ni nuestra apresurada puntualidad en tributarla estos reverentes cultos. Pero si queremos que le sea grata nuestra devocion, vivamos con una pureza inalterable imitando sus virtudes.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que despues que la Iglesia universal declaró por artículo de fe en el solemnísimo decreto del concilio general Efesino que la Vírgen era verdadera madre de Dios, no hay honor que no la convenga, ni culto, á excepcion del de latría, que no le sea debido. Dad á María, dice san Bernardo en una carta á los canónigos de Leon, dad á María las alabanzas que la pertenecen. Decid que élla encontró para sí y para nosotros la fuente de la gracia. Decid que es la medianera de la salvacion, y la restauradora de los siglos; tendreis mucha razon en decirlo. Esto es lo que toda la Iglesia publíca, y lo que canta de élla todos los dias en el oficio divino: *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia*. No; no temais exceder nunca ni en los elogios ni en los cultos de la santísima Vírgen. Por mucho que digamos y por mucho que pensemos de la Madre de Dios, siempre será mucho menos de lo que merece. Despues de Dios y despues de Jesucristo es nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra.* Despues de su Hijo pongamos toda nuestra confianza en María. Jesucristo es misericordioso, pero es justo. En María no hallarémos mas que misericordia; élla es el refugio de todos los pecadores que se quieren convertir. Si su poder es sin límites, su bondad es sin medida. *Desde luego consiento*, dice este Padre, *que jamás se hable de vuestra misericordia, ó bienaventurada vírgen María, como se halle alguno que pueda decir con verdad que le faltásteis cuando os invocó en sus necesidades.* Pero si nuestra devocion á la santísima Vírgen ha de ser llena de confianza, no debe ser menos animada de zelo y de amor. Es la Vírgen nuestra dulcísima madre, y aunque hayamos sido de los mayores pecadores del mundo, siempre nos ama con ternura como encuentre en nuestro corazon el arrepentimiento que élla misma nos consigue. Es la madre del amor hermoso; ¿serémos nosotros hijos frios ó indiferentes en su obsequio, ni en todo lo que pertenece á

su gloria? ¿Con qué devocion debemos celebrar todas sus fiestas? ¿con qué atencion, con qué religion, con qué respeto rezar sus oraciones y su oficio? ¿con qué pureza de conciencia practicar todas las devociones que se dirigen á su honra? ¿con qué veneracion adorarla en sus imágenes? ¿con qué ardor, con qué zelo, con qué fidelidad hacer profesion de ser siempre siervos suyos? ¿Tengamos dentro del alma esta verdadera devocion; para que lo sea tal, debe ser pura, ardiente, afectuosa y constante. ¿Y como dexará de ser eficaz teniendo todas estas calidades?

Vírgen santa, cuento, y contaré siempre con tu poderosa proteccion. Lleno de confianza en tu bondad, espero que será verdadera la devocion que te profeso. Para siempre me dedico á tu servicio; alcanzadme aquella pureza de corazon y de cuerpo, sin la cual sé muy bien que no te puedo agradar. De aquí adelante sereis mi querida madre; y espero me consiguireis la gracia de que sea contado en el número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros mas amantes hijos.

JACULATORIAS.

Monstra te esse matrem. Ecclesia.

Mostráos, ó Vírgen santa, amorosa madre mia.

María, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe. Ecclesia.

María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos.

PROPOSITOS.

Nunca temamos, dice san Bernardo, exceder en lo que decimos cuando se trata de elogiar y de honrar á la santísima Vírgen. Nunca rezelemos propasarnos en lo que hacemos, cuando se habla de manifestarla nuestro amor y de reconocer sus beneficios. Hónrate de ser siervo de María, y de llevar sus piadosas insignias ó libreas con alegría y con respeto. La devocion al santo rosario, y al santo escapulario, es una de las mas sólidas que puedes tener; úna y

ótra están auténticamente aprobadas por la Iglesia; y los sumos pontífices convidan con sus indulgencias y abundantes gracias á todos los fieles para que se alisten en estas dos santas cofradías. Si no estás alistado en éllas, no se te pase esta octava sin hacerlo. Si tienes la dicha de estarlo, exâmina cuidadosamente si cumples con zelo y con exâctitud las cargas y las obligaciones que imponen; y renovando hoy tu devocion y tu fervor, haz propósito de cumplirlas con la mayor puntualidad. Hay tambien otras congregaciones, instituidas todas en honor de la santísima Vírgen, como la de la Esclavitud, la del interior de María, la de su sagrado Corazon, y otras muchas. Aprécialas todas como piadosas industrias y medios muy propios para conseguir la salvacion.

2 El rosario es una devocion muy agradable á la santísima Vírgen; haz propósito de rezarle todos los dias; y es muy conveniente fixar la hora en que lo debes hacer, á imitacion de la iglesia, que nunca muda la hora, que segun el tiempo, determinó para celebrar sus oficios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo, es señal de inconstancia en la devocion, y una ligereza que desagrada á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Vírgen, donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asuncion, y ten en élla un rato de oracion.

DIA DIEZ Y SIETE.

San Roque, confesor.

San Roque, tan célebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa proteccion contra el azote de la peste, fue natural de Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Mompellér por los años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque al-

gunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fue sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragon, á quienes pertenecia entónces la ciudad de Mompellér y su territorio, que poseían en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació fue recibido y considerado como especial don del cielo, y como fruto de las oraciones de sus padres, que no habiendo tenido hijos, y hallándose en abanzada edad, recurrieron á la Vírgen, de quien eran singularmente devotos, y la suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oidos sus deseos, y nuestro Santo fue hijo de sus oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color roxo, como grabada sobre el estómago. Todas estas circunstancias le hicieron mas amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo; piadosa preocupacion, que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educacion, aplicándose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad, y una tierna devocion á la santísima Vírgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se habia adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus mas dulces bendiciones aun ántes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aún de pecho, que los miércoles y los sábados no le tomaba mas que una sola vez al dia; y este ayuno le observó despues toda la vida.

La devocion que mostró á la santísima Vírgen, fue tambien como un milagroso efecto de la predileccion con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imágen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fue uno de sus mas favorecidos y uno de sus mas fieles y zelosos siervos. Con un corazon como nacido para la piedad, y con unas inclinaciones naturalmente propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente extraordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de un opulentísimo patrimonio; pero todas sus ánsias eran por otra herencia todavía mas preciosa. Considerando aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan

expresamente á todos sus discípulos, y de la cual todos los santos nos dexaron tan asombrosos exemplos, tomó la resolucion de imitarlos. Distribuyó con el mayor secreto que le fue posible entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitia disponer ni enagenar las raices, dexó la administracion á un tio suyo, hermano de su padre; y disfrazado en peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fue preciso hacer el viage mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexîon, tuvo bien en que exercitar su mortificacion y su paciencia; pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana, perteneciente á los estados de la Iglesia, supo, y vió el estrago que hacía en élla la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel exercicio heróico de caridad, se fue á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y tan delicado, alabó mucho su zelo; pero no le pareció prudencia permitirle que se espusiese al contagio. Replicó el Santo, que la gracia supliria las fuerzas que le faltaban; que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendria por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecia dar su vida por amor de aquel Señor, que por la suya la habia dado primero á los treinta y tres de la suya. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oir unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendixo Dios aquella heróica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad. Supo que aquélla hacia horrorosos estragos en Cesena, ciudad de la Romanía, y voló allá. Sucedió en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en ótro; y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que ésta iba huyendo de san Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual queria tener en su casa el peregrino; y

aun corrió la voz de que era un ángel en figura de tal.

Cuando supo que Roma estaba tambien tocada de la peste, se le renovó el deseo de ir á aquella santa ciudad, con que habia salido de Mompellér. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI. estaba para partir á Perosa. Consoló á aquella afligida ciudad la llegada del Peregrino, de cuya maravillosa caridad contaba tantos prodigios la fama. Quiso verle el cardenal Britónico, uno de los mas santos prelados de su tiempo. Oyóle de confesion, comulgóle, y descubrió en él aquel gran fondo de virtud que era el orígen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oracion san Roque; y conociendo que Dios la habia oido, convidó al Cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro Santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el Cardenal que el Santo besase el pie á su Santidad. Postrado Roque á los pies del vicario de Cristo, le pidió su bendicion, y la absolucion de sus pecados. *Tú, hijo mio*, respondió el Papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeó el cuerpo del Santo, *no necesitas de nuestra absolucion; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones*. Preguntóle despues de dónde era, y cuál era su familia; á esto enmudeció Roque, y el Papa no quiso apurarle mas. Casi tres años se detuvo en Roma nuestro Santo, empleándose en los exercicios de caridad á que se habia dedicado; y habiendo cumplido con su devocion, salió de Roma y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya habia estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardía, ocupado siempre en estas heróicas obras de caridad, tuvo noticia de que la ciudad de Plasencia estaba afligida de epidemia; peste popular causada por la corrupcion del ayre, de que ninguno se puede libertar. Al punto pasó allá, y se encerró en el hospital; curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que despues de haber padecido tanto por ótros, se viese él mismo atacado del propio trabajo,

y con necesidad de que ótros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, brumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad interior; pero la viveza de los dolores le obligaba á dar gritos, que podian incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con éllos, no paró hasta que se hizo echar fuera de él. Afligia á todos verle tendido en la tierra, y expuesto á las injurias del ayre; instábanle para que se dexase restituir á su cama; pero fue invencible la delicadeza de su caridad. Por el miedo de que no inficionase la calle donde estaba tendido, se vieron precisados los vecinos á hacerle salir fuera de la ciudad. Gozoso el Santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fue arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy deliciosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su Siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aún el dia de hoy, dándola el mismo Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de élla, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavía que comer, pero Dios tomó providencia.

A doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia miéntras duraba la peste. Estando un dia á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entónces no hizo mucho caso de este robo; pero el dia siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal, y riñó ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por mas que éste protestó que estaba bien proveída la trahilla, no fue crei-

do. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que se entró en la choza, que alargó el pan al Santo, y que despues de haberle halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fue á ver al Siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel ayre de santidad que resplandece siempre en los Santos, le preguntó quién era, y por qué estaba retirado en aquella choza. Respondióle el Santo, que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa reprendiéndose á sí mismo su pusilanimidad y cobardía, retrocedió adonde estaba el enfermo, y le declaró venia resuelto á no abandonarle. Has sido dichoso, le respondió el Santo en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dexes todo para servir á solo él. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer. Quiere Dios, respondió el Santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre con el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo trage vayas á pedir limosna por toda la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba; pero Gotardo se sujetó á élla, y despues de haber sufrido la gritería de los muchachos, las zumbas, las chufletas, y las reprensiones de los nobles, harto de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven Director. A tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, se siguió inmediatamente el premio. Transformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que poseia, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus dias en la soledad. Miéntras tanto nuestro Roque, acompañado del nuevo Solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al Santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En el camino oyó una

voz que le decia: *Roque, ya estas sano; vuélvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por élla, se fue á echar á los pies del Santo, llamándole por su nombre, y encomendándose en sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre, que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre, que así él como su familia y todo aquel pais quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Despues que nuestro Santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huesped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan extenuado y tan desfigurado, que habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazon todo estaba lleno de hostilidades, y de sospechas, á causa de las guerras, fue tenido por espía, y como tal fue conducido al gobernador de Mompellér, que no era menos que su mismo tio, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro Santo. Como Roque se habia cerrado siempre en no descubir quién era, tambien le tuvo por espía el gobernador, y despues de muy maltratado, le condenó á carcél perpétua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegria interior de nuestro Santo, cuando se vió encerrado en un obscuro calabozo y tratado con tanto menosprecio en su mismo pais, y por su propio tio. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del evangelio, en que se dice de Jesucristo, que habiendo vuelto á su patria, los suyos no le recibieron: *Et sui eum non receperunt*. Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Como si la obscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para exercitar su paciencia, añadia nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua; y ésta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo, era siempre ingenioso, sugiriéndole cada dia nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó san Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algun alivió. Solo Dios y la santísima Vírgen, por cuyo amor, y á cuya imitacion padecia, eran todo su consuelo. El carcelero admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir, que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su Siervo, le reveló el dia y la hora de su muerte, y el Santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando éste en el calabozo, al cual por ninguna parte entraba luz alguna, quedó admirado, viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó, cuando vió que el cuerpo de aquel preso despedia de sí muchos rayos de gloria; mas despues que le oyó de confesion y le comulgó, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la cárcel, se fue derecho y apresurado á casa del gobernador, y refiriéndole lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el gobernador la relacion, tratándola de sueño; pero esparcida la voz por toda la ciudad de que habia un Santo en la cárcel, en un instante se halló ésta rodeada de todo el pueblo. Baxó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salia por las rendijas de la puerta. Ábrela, y encuentra al Santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenia á su cabezera una lámpara encendida, y á los lados una tablilla en que estaban escritas estas palabras: *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.*

Dieron cuenta al gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refiriéndosela á su madre, abuela de nuestro Santo que vivia aún, respondió aquella señora, que si aquel era su nieto, lo reconoceria seguramente por una cruz roxa que tendria en el estómago, habiendo nacido con élla. Verificóse luego esta señal, y es fácil comprender cuáles serian los afectos de dolor, de admiracion y de gozo en toda la ciudad. Expúsose el santo cuerpo á la veneracion pública en una rica cama, debaxo de un magnífico dosel; y el gobernardor, que estaba inconsola-

ble por la inocente dureza con que habia tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querian lograr el consuelo de besarle los pies, y regarlos con sus lágrimas. Fue conducido el santo cadáver como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero, de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavía no era catedral, porque la silla episcopal se mantenia aún en Magüelon; de donde no se transfirió á Mompellér hasta el año de 1533. Poco despues su mismo tio hizo erigir una magnífica en honor de su santo Sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro Santo por los años de 1319, á los 34 de su edad.

Pocos santos comenzaron á tener culto tan presto como nuestro Roque. Desde el mismo dia de su entierro comenzó la devocion particular á su sepultura. Es verdad que muy desde luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su Siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa proteccion. Por esta experiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el dia de su muerte, que fue el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fue una la ciudad de Venecia; y en atencion á esto algunos aventureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiracion, tuvieron modo de sacar furtivamente de Mompellér una parte de sus reliquias; la ótra fue trasladada por el mariscal de Boucicaut á la iglesia de los padres Trinitarios de Arlés, y de aquí se distribuyeron ampliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reyno.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui meritis et precibus beatissimo Rochi, confessoris tui quamdam pestem hominum generalem gratiosè revocasti: præsta supplicibus tuis, ut qui pro simili

Todopoderoso y sempiterno Dios, que por los méritos y por la intercesion del bienaventurado Roque, tu confesor, hiciste cesar una peste general que desolaba á todo el género humano; dignate

peste revocanda ad tuam confugiunt fiduciam, ipsius gloriosi confessoris precamine, ab ipsi infirmitate, et ab omni perturbatione liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

conceder á nuestros ruegos, que todos aquellos, que llenos de confianza en tu misericordia, te suplicaren los preserves de semejante azote, sean libres por la intercesion de tu glorioso confesor, así de esta enfermedad, como de todo lo que pueda turbar su quietud: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capítulo 4. del libro de la Sabiduría.

Justus si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit. Senectus enim venerabilis est, non diuturna, neque annorum numero computata, cani autem sunt sensus hominis, et ætas senectutis vita immaculata. Placens Deo factus est dilectus, vivens inter peccatores translatus est: raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. Consummatus in brevi explebit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum: quoniam gratia Dei, et misericordia est in sanctos ejus, et respectus in electus illius.

El justo si muriere antes de tiempo encontrará descanso. Porque la senectud venerable, no consiste en larga duracion, ni se compúta por el número de los años; sino que la cordura del hombre es la que forma la verdadera senectud, y esta edad se encuentra en la vida sin mancha. Porque agradó á Dios fue amado de él, y porque estaba viviendo entre pecadores fue trasladado á otra parte: fue arrebatado para que la malicia no alterase su espíritu, ó la seduccion no engañase su alma. Habiendo vivido poco, llenó una edad larga, porque su alma era agradable á Dios, por lo cual se dió priesa á sacarle de en medio de las iniquidades; porque la gracia y misericordia de Dios se manifiestan con sus Santos, y sus cuidados con sus elegidos.

NOTA.

»Entre todos los libros de la sagrada Escritura, á quienes »la Iglesia da el nombre de libros de la Sabiduría, el origi»nal, ó el que propia ó primitivamente tiene este título, es »aquel de donde se sacó esta epístola. Escribióla en hebreo »el mismo Salomon, que se manifiesta en él tan claramente, »como en cualquiera de los otros libros suyos; despues fue »traducido en griego por los Setenta. Ni se debe extrañar

»que ya no se encuentre en hebreo este libro. ¿Cuantas obras »hay traducidas, cuyos originales no se hallan ya?

REFLEXIONES.

Aunque el justo muera con una muerte anticipada, se hallará en reposo. La experiencia enseña frecuentemente que los justos son retirados de este mundo en lo mas florido de su edad. Muchas veces es efecto de la bondad de Dios que los quiere sacar de los males ó peligros de esta vida. Pero de cualquiera modo y en cualquiera tiempo que ponga fin á su carrera, no se debe reputar su muerte por desgracia, puesto que le coloca Dios en un lugar de paz y de sosiego. Líbrale de un lugar de destierro, de una region de llantos, de una estancia triste y tumultuosa, en que las tempestades son tan frecuentes, y los escollos tan multiplicados, y tan comunes los naufragios. Solo por una especie de encanto se puede vivir con gusto en un pais donde todo nos es contrario; en una tierra que solo lleva abrojos y espinas, donde los mas dichosos son aquellos que mejor poseen el arte de atolondrarse; y por decirlo así, el adormecer y confundir sus desasosiegos y sus pesadumbres entre el ruido y el estruendo. El nacimiento ilustre, la fortuna brillante, los empleos sobresalientes, las prosperidades engañosas, todo esto puede embriagarnos; pero nada de esto es capaz de hacernos verdaderamente dichosos y felices. Todas esas plantas solo producen unas flores por la mañana muy lozanas, que á breves horas se marchitan; y si dan algun fruto, ¿qué raro es el que no sea muy amargo, y de poca duracion? Basta una fiebre, un dolor, un catarro, un reves de fortuna, un accidente para trastornarlo todo, para arruinarlo todo, y para desvanecerlo todo. ¿Qué edad, qué salud, qué condicion hay exènta de estos fatales accidentes? Esta es la calidad, éste el mérito de la tierra que pisamos. ¡Mi Dios, y de cuántos males nos libra la muerte de los justos! Y si nosotros lo fuéramos; es decir, si fuéramos verdaderamente santos, ¡qué objeto tan halagüeño y tan gozoso sería tambien para nosotros! El mas perfecto modelo de una muerte preciosa fue la de la santisima Vírgen. No solo murió en la caridad, que eso es comun á todos los santos; no solo por la caridad, que eso es propio de los mártires, de

quien es reyna, sino á manos de la misma caridad y del puro amor de Dios. La muerte de los santos es preciosa por el mérito de su vida y de su inocencia, en que consiste todo su precio y toda su estimacion. ¿Pues qué vida mas pura, mas llena de merecimientos que la de la santísima Vírgen? No consiste la felicidad de la muerte en morir entre la pompa y el fausto, sino en morir en gracia de Dios; no entre abundancia de bienes, sino con multitud de virtudes, que son los verdaderos tesoros; no rodeado de criados, sino cercado de ángeles. Tal fue la muerte de la santísima Vírgen. Llena de gracia desde el primer instante de su aurora; ¡qué tesoros no aumentaria en el último momento de su brillante dia! En ninguno de su vida dexó de multiplicar y doblar los infinitos tesoros de sus merecimientos; ¡pues qué preciosa sería su santísima muerte.

El evangelio es del capítulo 9. y 10. de san Mateo.

In illo tempore: Circuibat Dominus Jesus civitates et castella, docens in synagogis eorum, et prædicans evangelium regni, et curans omnem languorem, et omnem infirmitatem. Videns autem turbas, misertus est eis: quia erant vexati, et jacentes sicut oves non habentes pastorem. Tunc dicit discipulis suis: Messis quidem multa; operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis, ut mittat operarios in messem suam. Euntes autem prædicate, dicentes: Quia appropinquavit regnum cœlorum. Infirmos curate, mortuos suscitate, læprosos mundate. Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ.

En aquel tiempo, andába Jesus por todas las ciudades y castillos, enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reyno, y curando toda dolencia, y toda enfermedad. Y viendo las turbas, tuvo compasion de éllas, porque padecian vexacion, y estaban dispersas como ovejas sin pastor. Entonces dixo á sus discípulos: La mies á la verdad es copiosa; pero los obreros son pocos. Suplicad, pues, al Señor de la mies que envie obreros á su mies. Y yendo, predicad, y decid: El reyno de los cielos está cercano. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad á los leprosos. He aquí que yo os envio como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

MEDITACION.

Que la verdadera devocion á la santísima Vírgen es señal de predestinacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la vida deseo mas justo, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza de ser del número de los escogidos de Dios. Todos esos bellos asomos de fortuna, todas esas risueñas y floridas entradas á los honores y á las conveniencias del mundo, podrán muy bien lisonjear un jóven corazon; mas nunca podrán satisfacerle ni llenarle. Esta eternidad, esta eternidad viene siempre á turbar, á atemorizar el tiempo. Bien puede uno estar contento con lo que tiene, y con lo que es; pero siempre le tendrá inquieto, y con razon, el pensamiento de lo que será. Es grande, es poderoso, le sobran conveniencias, está rico; pero es muy corta la duracion de esta superficial, de esta imaginaria felicidad. Un puñado de dias que á cada momento se van disminuyendo, nos hace justamente temer aquella eternidad que se ha de seguir á éllos; ¿y quién sabe cuál será esa espantosa eternidad? ¿Seré yo del número de los predestinados? ¿estaré contado entre el de los réprobos? Esto es lo que no sé, y esto es lo que me espanta. Prosperidades y desgracias, riquezas y pobreza, á todo esto se puede seguir una desdichada, una infeliz eternidad. ¡O qué dichosos seríamos, qué consolados viviríamos si pudiéramos lograr un presagio seguro de una eternidad feliz! Pues yo te daré uno poco dudoso; ten una devocion verdadera, una devocion tierna, una devocion constante con la santísima Vírgen, y serénate sobre tu futura suerte, sobre tu eterno destino. No lograrás señal mas segura de tu salvacion que esta verdadera devocion. San Agustin llama á la santísima Vírgen única esperanza de los pecadores: *Spes unica peccatorum.* Suplícala que le consiga todos los auxílios necesarios para salvarse, y protesta que por élla espera el perdon de sus pecados, y el premio de sus buenas obras (*Serm.* 18. *de Sanct.*): *Per te speramus ve-*

niam delictorum, *et in te*, *beatissima*, *nostrorum est expectatio præmiorum*. Toda la gracia de la salvacion, dice santo Tomás, será en María, porque recibió la plenitud de élla, y es como el canal por donde se deriva á nosotros: *In me omnis gratia vitæ*. Toda la esperanza de la vida está en María, porque la conseguimos por su poderosa intercesion. Por eso dice élla misma: en mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud: *Et ideo dicit ipsa*: *in me omnis spes vitæ et virtutis*. Pues ahora, ¿en favor de quién empleará su valimiento esta Madre de misericordia? ¿en favor de quién derramará sus piedades, sino en beneficio de sus fieles siervos y de sus verdaderos devotos? No creas que sean indiferentes esos afectuosos movimientos de ternura y de devocion que sientes hácia la santísima Vírgen; es una gracia especial que hace Dios á los que prevee que algun dia le han de gozar en la gloria, inspirándoles amor y confianza en aquella Señora, por cuyo medio han de conseguir la gracia de merecerla.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que desde los apóstoles acá no ha habido santo que no haya profesado esta tierna devocion á la Madre de Dios. San Bernardino de Sena, exponiendo aquellas palabras que dixo Cristo á san Juan desde la cruz: *Esa es tu madre*; y á la santísima Vírgen: *Ves ahí á tu hijo*; dice que san Juan representaba entónces á todos los escogidos, y la Vírgen á toda la Iglesia. San Agustin es de opinion, que cuando David hace á Dios aquella oracion: *Salvum fac filium ancillæ tuæ*: Salva, Señor, al hijo de tu esclava, muestra en élla la dicha que gozan los hijos de María; y cuando añade en ótra parte: *Yo soy tu siervo*, *y soy hijo de tu esclava*: *Ego servus tuus*, *et filius ancillæ tuæ*; es como si dixera: en este solo título fundo mi esperanza de que me habeis de otorgar la gracia de la salvacion. Prenda segura de élla llama san Juan Damasceno á la santísima Vírgen. Profesaros á vos, ó bienaventurada Vírgen, exclama el Santo, una singular devocion, es lo mismo que tener aquellas armas defensivas que Dios pone en las manos de los que quiere salvar. Sí por cierto, continúa el mismo Santo; yo me salvaré como ponga en vos mi confianza. Toda la esperan-

za, toda la gracia y toda la salvacion á que aspiramos, dice san Bernardo, estemos persuadidos á que se nos concederá por la intercesion de María. En sus manos estan todos los tesoros de las misericordias del Señor, dice san Pedro Damiano; ¿pues qué motivos no tienen para confiar todos los que son sus favorecidos y la aman? Esto movió á san German y á ótros santos padres á decir, que no parecia posible que pereciese para siempre un verdadero devoto de la Vírgen; ó la ha de dexar, ó se ha de convertir. Asegura san Pablo, que todos los predestinados han de ser semejantes á Cristo; y por consiguiente, hijos adoptivos de María, como el Salvador lo fue por naturaleza. Estimó tanto Cristo esta cualidad, que las mas veces solo se llamaba á sí mismo el hijo del Hombre; esto es, el hijo de María. Con efecto, infiere san Ambrosio, si el Salvador se dignó llamarse hermano de los creyentes, luego es mucha verdad que María es madre de los verdaderos fieles: *Si Christus credentium est frater, cur non ipsa quæ genuit Christum, credentium est mater*? ¿Pues se podrá creer que esta madre de la verdadera caridad dexe perecer á ninguno de sus hijos? Así, pues, ¿qué muestra mas visible de predestinacion, que profesar un tierno amor á esta divina Madre? Por tanto, nunca se ha visto cristiano alguno que haya perseverado constante en esta verdadera devocion, que no haya muerto con muchas señales de predestinado. Al contrario; ¿qué herege hubo jamás que no tuviese dentro de su corazon cierta levadura de tédio, y aun de aversion á la santísima Vírgen? Arrianos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, calvinistas, luteranos; todos los que en estos últimos tiempos se han separado de la Iglesia; todos los que siguen opiniones contrarias á la fe; todos son declarados enemigos de la devocion con la santísima Vírgen; todos se burlan de los elogios que se la aplican, y de los cultos que se le tributan. Frialdad mortal, aversion impía, indiferencia fatal, presagio poco dudoso, señal cierta de eterna reprobacion.

Dignáos, ó Madre de misericordia, de ser siempre mi querida madre; pues yo protesto en este dia, á presencia del cielo y de la tierra, que quiero ser eternamente vuestro fiel siervo, y vuestro devotísimo hijo. No hay título mas honroso, ni mas estimable para mí. Sí, Vírgen san-

ta; toda mi vida haré profesion de estar dedicado á tu servicio, de llevar tu librea, de ser contado en el número de tus devotos. Alcanzadme la gracia de que cada dia te ame mas y mas.

JACULATORIAS.

Monstra te esse matrem. Ecclesia.

Mostráos siempre, Señora, amorosa madre mia.

Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe. Ecclesia.

María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos.

PROPOSITOS.

Despues que los mayores hombres de nuestra religion agotaron todo su caudal en celebrar las grandezas de María; despues que perdieron la esperanza de encontrar voces proporcionadas para explicar la sublimidad de su estado; despues que un san Agustin, en nombre de todos, confesó su insuficiencia, y altamente protestó que le faltaban expresiones para tributar á la Madre de Dios las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio*; se hallan todavía espíritus tan arrogantes y corazones tan impíos que desaprueban y censuran el zelo que aníma á los verdaderos fieles para exâltar incesantemente á la que jamás se la puede alabar tanto como merece. ¿Quién no creerá que esta falsa delicadeza es una señal de reprobacion? Por lo que á ti toca practíca todo lo contrario. Dedícate enteramente al servicio de la santísima Vírgen, y haz cristiana vanidad de parecerlo; en ninguna cosa podrás agradar mas al Hijo, que en hacer la córte á su Madre. Busca con ansiosa diligencia todos los libros que promueven la devocion á la santísima Vírgen; inspírala tú mismo á todos tus dependientes, y á cuantos estan á tu cargo; habla siempre de la devocion á esta Señora, y habla en términos que muestren está tu corazon embebido y penetrado de élla. Este zelo, esta ánsia y este ardor es una gran señal de predestinacion.

2 La multitud de fiestas instituidas en honor de la san-

tísima Vírgen; el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios debaxo de su nombre; tantas devociones admitidas y aprobadas por la Iglesia para conservar y para fomentar nuestro filial amor á la Madre de Dios; todo esto debe despertar y debe avivar nuestro fervor y nuestro zelo. Si tienes en tu casa alguna capilla ú oratorio, dedícasele á la Vírgen. Sean sus imágenes el adorno de tu cuarto y de tus salas. Coloca alguna de éllas ó á la cabecera, ó á vista de tu cama. Es devocion santa y provechosa saludar á la santísima Vírgen siempre que se ve alguna imágen suya. Todas sus fiestas las has de celebrar con singular devocion; y esta devocion la has de hacer mas solemne por medio de alguna limosna. El sábado es aquel dia de la semana que consagra singularmente la Iglesia al culto de ésta Señora; solemnízale tú tambien con alguna devocion particular. Entre los verdaderos devotos de la Vírgen son pocos los que no ayunen los sábados, á exemplo de los santos, ó que no vayan á oir misa, ó á hacer oracion en la iglesia, donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos exercicios es señal de predestinacion.



DIA DIEZ Y OCHO.

Santa Clara de Monte-Falco, vírgen.

Santa Clara de Monte-Falco, de quien publíca tantas maravillas el martirologio romano, nació en Monte-Falco, ciudad de Umbría en Italia, cerca de Espoleto, por los años de 1275. Su padre se llamó Damian y su madre Jaquelina, menos distinguidos por su nacimiento que por su mucha piedad, la cual los movió á dar á sus hijos una cristiana educacion. Tuvieron dos hijas: Juana, que pasó toda su vida fervorosa y santamente en cierta comunidad de doncellas que élla misma habia formado, y Clara, que fue despues el mas bello ornamento de la misma comunidad. Desde la edad de cinco años tuvo una maravillosa

inclinacion á la oracion; hallando en élla tanto gusto, que él mismo daba á entender el verdadero principio de aquellas sobrenaturales luces, que ya desde entónces la ilustraban; y como el don de oracion nunca se separa del espíritu de penitencia, apenas comenzó Clara á vivir, cuando comenzó á mortificarse. Solo el ver un crucifixo era para élla como un precepto de contínua mortificacion. Apenas se pudiera creer que una niña de seis años tuviese no solo valor, ni aun la viniese al pensamiento el macerar su inocente cuerpo tanto como maceró el suyo nuestra Santa. Ceñíasele todo con una cuerda llena de apretados nudos; de suerte, que si no se hubiera acudido con tiempo á moderar los excesos de tan industriosa mortificacion, hubiera sido preciso despedazar con crueles incisiones el delicado cuerpecillo para que no la costase la vida.

Sobresaltado el infierno á vista de tan anticipado fervor, puso en movimiento todas sus artes para espantarla y para desalentarla. Sequedades, tentaciones, visiones espantosas, de todo se valió para sufocar en su mismo nacimiento aquellos afectos de devocion que asombraban á los mas perfectos; pero Clara hallaba siempre en la oracion y al pie del crucifixo luces para descubrir y armas para vencer todos aquellos artificios. Lo que sobre todo la sirvió de escudo y de asilo mientras duraron aquellas peligrosas pruebas fue la tierna y afectuosa devocion con la Madre de Dios. Y como el amor de Jesucristo es inseparable de una viva devocion á la santísima Vírgen, nuestra Santa habia nacido, por decirlo así, con el amor á la Reyna de las vírgenes, el que se manifestó desde la cuna, y cada dia fue en aumento hasta el último instante de su vida.

No era para el mundo alma tan privilegiada; y así solo suspiraba por el estado religioso. Fueron tantas las instancias que hizo á sus padres para que la dexasen entrar en la comunidad de su hermana, que fue preciso ceder á su inclinacion, aunque no tenia mas que seis años, y fue recibida en élla, no como educanda, segun lo pedia su corta edad, sino como miembro de la misma comunidad, cuyas santas leyes comenzó á observar con mas fervor que otra alguna. El gozo de verse ya admitida entre las espo-

sas de Jesucristo la inspiró el deseo de manifestarle su conocimiento. Resolvió ayunar ocho dias consecutivos, y lo hizo con tanto rigor, qne en todos éllos no comió mas que un poco de pan seco y una manzana. A la verdad, su misma abstinencia ordinaria y regular parecia cosa de prodigio; apenas comia en un mes lo suficiente para alimentarse una semana; y cuando la obediencia la obligaba á moderar sus ayunos los domingos y las fiestas principales, toda la moderacion se reducia á añadir al pan seco algunas yerbas silvestres, y algunas habas secas remojadas en un poco de agua.

Insaciable en el ansioso deseo de padecer por Jesucristo, añadia contínuamente á su abstinencia comun espantosas penitencias. Nunca gastó otra cama que una tabla ó la desnuda tierra; el suelo y las paredes de su celda, teñidas de su sangre, daban testimonio de la inocente crueldad de sus disciplinas; y un horroroso cilicio, de que rara vez se desnudaba, era buen testigo de los excesos de su mortificacion. Es verdad que no faltaban consuelos á una alma tan pura y tan penitente. Su oracion era un éxtasis contínuo; y en estos largos y frecuentes raptos ¡qué abundancia de celestiales dulzuras, qué torrente de espirituales delicias no inundaria aquel corazon abrasado en el fuego del divino amor! Aparecíasela frecuentemente la santísima Vírgen, que la miraba como á una de sus mas amadas hijas. Presentóla un dia á su divino Hijo en figura de un hermosísimo niño; y se halló entonces la Santa tan extraordinariamente encendida en el amor del Hijo y de la Madre, que sin milagro no pudiera sobrevivir á tan insigne favor.

Su hermana Juana, que con tanto zelo y con tanta prudencia gobernaba aquella comunidad, viendo que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, determinó edificar otro monasterio mas capaz sobre una colina, en un sitio que la aparicion de una milagrosa cruz parecia haberla señalado para el nuevo convento. Vencidos felizmente todos los estorbos y dificultades que se opusieron á su piadoso intento, trasladó á él todas sus hijas; y habiendo suplicado al obispo de Espoleto, diocesano suyo, que les diese alguna regla, recibieron la de san Agustin, y hechos los votos en manos del mismo obis-

po, formaron desde entonces una nueva comunidad religiosa. Los gastos de la fábrica habian reducido la comunidad á la precision de recurrir á las limosnas de los fieles para mantenerse; y como toda la ambicion de Clara era por los oficios mas humildes y mas penosos, la dieron el de limosnera. Exercitóle su modestia mas que su lengua; aquélla pedia, y ésta callaba. Nunca se levantó el velo, ni entró jamás en casa alguna; arrimábase á la puerta, y allí se estaba como si estuviera en oracion. Siendo el oficio tan distraido y tan penoso, no fue capaz de distraerla ni un solo momento, ni de obligarla á moderar su abstinencia. Cuando volvia á casa quebrantada de las fatigas del dia, su descanso era entrarse en el coro, y pasar de ordinario en oracion toda la noche. Temiendo la prelada que un oficio tan trabajoso arruinase la debil y delicada salud de nuestra Santa, la exôneró de él; pero presto encontró Clara el secreto de recompensar esta indulgencia con nuevas mortificaciones.

Consideraba sú cuerpo como una víctima que todos los dias queria sacrificar á la divina justicia por los pecados que se cometian, y tomó la resolucion de no aliviarle nunca del cilicio, sino para despedazarle con sangrientas disciplinas. En la exácta observancia de las reglas llegó hasta donde era dificultoso pasar. Parecióla un dia que habia quebrantado la regla del silencio por haber dicho algunas palabras que pudo excusar, y en penitencia se condenó á rezar cien veces el Padre nuestro con los pies desnudos sobre agua helada. Díxola un dia su hermana y superiora que cuando hablase con su propio hermano no habia reparo en que se levantase el velo; á que respondió la Santa: *Pues solo se habla con la lengua, permíteme que tenga cubiertos los ojos y la cara.* Su profundo recogimiento era efecto de su íntima union con Dios. La materia contínua de su oracion era la pasion de Jesucristo. Quien ve á Jesucristo clavado en una cruz, decia la Santa, ¿cómo puede pensar en otra cosa?

En la comunion gustaba tantas delicias espirituales, que eran para élla como precursores de los gozos de la gloria. Llamábanla el serafin en carne mortal. Su ayre, su modestia, sus conversaciones, y hasta su mismo silencio todo inspiraba aquel fuego del divino amor que abrasaba

y consumia su alma. A este inflamado amor de Dios correspondia su ardiente caridad con sus hermanas y con el próximo. Cualquiera oficio penoso del monasterio la parecia muy superior á las fuerzas de sus hermanas, y todos juntos los juzgaba muy inferiores á las suyas. Queria cargar con todos á esfuerzos de su gran corazon y de su valor, y con efecto élla servia todos los mas trabajosos; para los mas baxos y los mas humildes decia siempre que tenia especial talento; y no la podia dar mayor gusto que cargarla bien de este género de oficios.

Murió su hermana con la muerte de los justos, como lo supo Clara por divina revelacion, y de unánime consentimiento fue nombrada por superiora. Era la humildad su amada virtud, y se sobresaltó extrañamente con aquella eleccion. En vano añadió las lágrimas á los ruegos; en vano representó su edad, sus imaginarias imperfecciones, su poca salud; no se dió oidos á su invencible repugnancia. Solo la consoló el pensamiento de que ya tendria libertad para escoger lo mas abatido de la casa, y de que ninguna podria poner límites á sus penitencias.

Una superiora de tan eminente santidad presto comunicó el fervor y la perfeccion á todas sus súbditas; sus exemplos eran regla viva, y su valimiento con Dios fecundo manantial de bendiciones para toda la casa. Halláronse sin pan las monjas en una carestía universal que afligió al pueblo de Monte-Falco; recurrió á Dios nuestra Santa, y luego que acabó su oracion llegaron á la puerta del convento dos ángeles en figura de dos gallardos mancebos, cargados cada uno con un cesto lleno de pan; milagroso socorro que se continuó todo el tiempo que duro la carestía.

Aunque estaba todavía en su primitivo fervor aquella reciente comunidad, no obstante, la nueva Superiora dispuso algunas reglas que perfeccionaron maravillosamente aquel nuevo instituto, haciendo al monasterio de Monte-Falco modelo cabal de comunidades religiosas. Reformó los locutorios, convirtiéndolos en oratorios, y se desterró de éllos toda visita y toda conversacion aseglarada. Las religiosas no se dexaban ver de los de fuera. La conversacion habia de ser de Dios; y para que aun esto durase poco, estaban en una postura incómoda y penosa.

En lo interior del convento solo se veian imágenes ó instrumentos de la pasion de Cristo. Resplandecia en todo la pobreza, y aunque el monasterio tenia sus rentas, todas las monjas eran extremadamente pobres.

A vista de tan santa y fervorosa superiora no era fácil dar lugar á la imperfeccion y á la tibieza; sus exemplos, sus palabras y sus milagros inspiraban en todas los deseos de la mas alta perfeccion. Su caridad prevenia aun las mas mínimas necesidades, y pegaba su fervor á las mas tibias. Cautivaba á las enfermas la frecuencia con que las visitaba, y el amor con que de dia y de noche las servia. Viendo en cierta ocasion curar una llaga que causaba horror, se desmayó; volvió en sí, y condenando su poco valor y su demasiada delicadeza para vencerla, resolvió curar por su propia mano á la paciente; hízolo, besóla la llaga, chupóla la podre, y desde entonces no volvió á sentir mas repugnancia. Sus palabras eran tan poderosas como sus obras, y no habia resistencia á la eficacia de sus oraciones. Por raro pecador pidió á Dios que no se convirtiese. Abrasado todo el pais en las diferencias y discordias que sobrevinieron entre los vecinos de Monte-Falco y los de Trebi, Florencia, Arezo, Espoleto y Reati, apenas levantó Clara las manos al cielo, cuando á éllos se les cayeron las armas de las suyas; y aquellos pueblos, que ninguno habia podido componer, convinieron en todo luego que se encomendaron en las oraciones de nuestra Santa.

Sus enfermedades casi contínuas, sus vivísimos dolores y sus excesivas penitencias la tenian en una perpetua cruz, y con todo eso cada dia estaba mas insaciable de mortificaciones. Movida del ardentísimo deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió á su divino Esposo la gracia de que experimentase en su cuerpo y en su alma todos los dolores y amarguras de su pasion. Fue oida abundantemente. Aparecióscla el Salvador con la cruz á cuestas, y la dió parte en los dolores que padeció. Fue tan viva la impresion, y los dolores tan vehementes, que no le era posible resistirlos; pero la misma mano que los comunicó la dió fuerzas milagrosas para que no muriese á violencias del dolor. Despues que recibió del cielo este insigne favor, tuvo siempre una vida penosísima y extremadamen-

te debil. Decia que era ya la esclavita de la santísima Vírgen en el monte Calvario, inseparable de aquella afligida Madre dolorosa. Pero ni aun este fue su mayor martirio.

Hablando un dia con sus hijas de los celestiales consuelos que se experimentan en la frecuente meditacion de la pasion de Cristo, una religiosa jóven la dixo con ayre y en tono un poco vivo: *Madre, V. R. nos pondera mucho las exquisitas dulzuras y el suavísimo dolor que se experimenta en esas meditaciones del Calvario; pero yo solo hallo disgustos y sequedades en esas tristes meditaciones.* Indignóse la Santa al oir una viveza de tan poca edificacion, y dexándose llevar de aquel primer movimiento, le manifestó no sin algun exceso. Castigó Dios bien rigurosamente una falta tan ligera. Desde aquel punto y por espacio de once años fue su oracion un contínuo exercicio de tormento; acabáronse los gustos; acabáronse las visiones; acabáronse los consuelos sensibles; y por decirlo así, se vió como entregada á merced de todo el infierno junto. En adelante todo fue tentaciones abominables, espantos contínuos, sequedades, turbacion, inquietudes, ímpetus de desesperacion. Lloraba, gemia, doblaba las penitencias, clamaba por misericordia; pero el cielo parecia de bronce; Dios y la santísima Vírgen se mostraban sordos é insensibles á sus clamores. En fin, volvió la calma despues de once años de purgatorio. Aplacado el divino Esposo, y dándose por satisfecho de su larga inmutable perseverancia, la hizo oir su voz, la consoló, y la restituyó con cien dobladas usuras sus antiguos favores. Desde allí adelante todos fueron éxtasis, visiones y consuelos celestiales. En una de aquellas visiones extraordinarias, la dixo Jesucristo que en señal de lo agradable que le era la tierna devocion que profesaba á su pasion, queria grabar en su corazon todos los instrumentos de ella. Desde aquel instante sintió en él contínuamente todos los dolores que correspondian á cada uno. Descubrió en confianza á algunas de sus hijas y á su confesor esta merced que la habia hecho el Señor; y desde entonces quedaron persuadidos á que despues de su muerte se verian señalados estos instrumentos en su corazon.

Favoreció Jesucristo con muchos dones á esta su cru-

cificada esposa. Tuvo en grado eminente el de profecía y el de milagros. Se asegura que resucitó dos muertos, y que dió salud repentina á muchos enfermos. Canonizáronla en vida, digámosla así, pues no la sabian dar otro nombre que *la santa de Monte-Falco.* Concurrian de paises muy remotos para encomendarse en sus oraciones; y los prelados, los cardenales y los príncipes se tenian por muy dichosos en merecerla alguna parte en su memoria. Quiso, en fin, el Señor premiar tan santa vida; revelóla en un éxtasis el dia de su muerte; dispúsose para élla redoblando su fervor. Pidió que la administrasen los sacramentos, aunque no parecia estar de particular cuidado; y habiendo exhortado á todas sus hijas á una tierna devocion con Jesucristo crucificado y con la santísima Vírgen, murió con la muerte de los justos el dia 18 de agosto del año de 1308, cerca de los treinta y tres de su edad, que casi todos los habia pasado en el monasterio. Quedó su rostro mas brillante y mas encendido despues de su muerte que lo que estaba en vida. Quisieron sus hijas absolutamente ver su corazon. Abriéronla, y se hallaron tan perfectamente grabados los instrumentos de la pasion, que se juzgó muy conveniente manifestar al público esta maravilla. Dióse parte al señor obispo de Espoleto, quien envió á su provisor á reconocerla. Éste la trató al principio de embuste ó de ilusion; mostráronle el santo corazon; pero creyó que se habia grabado artificiosamente, lo que se pretendia pasase por milagroso. Para hacer la prueba mandó que se dividiese el mismo corazon en su presencia, y se hallaron visiblemente grabados los mismos instrumentos en las dos superficies interiores. Dió entonces órden de que se diviese en cuatro partes, y en cada una de éllas se registraron todos igualmente grabados. Hizo gran ruido un milagro tan auténtico. Concurrió todo el pueblo al convento; hiciéronsela magníficas exèquias, y muy desde luego se comenzó á trabajar en el proceso de su canonizacion. El año de 1316, ocho despues de su muerte, el papa Juan XXII. expidió dos bulas al principio de su pontificado, procediendo en éllas á la ceremonia; y el papa Urbano VIII. permitió á todos los religiosos y religiosas de san Agustin que celebrasen su fiesta. El martirologio romano habla de nuestra Santa en estos términos:

En Monte-Falco de Umbría, santa Clara vírgen, religiosa de la órden de los Ermitaños de san Agustin. Venéranse hasta el dia de hoy con mucha devocion los sagrados misterios de la pasion de Jesucristo, que éste se dignó grabar en su corazon.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor de santa Clara la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, ó Dios, qué eres nuestra salud, para que así como la fiesta de tu vírgen la bienaventurada Clara da materia á nuestro gozo, así tambien recibamos el fervor de una santa devocion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, fol. 252.

NOTA.

»El libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, es, como ya se ha dicho, un compendio de todos los libros de Salomon; y por eso le da la Iglesia el nombre de la Sabiduría, cuyo elogio se hace en este capítulo. En él describe el autor su orígen y sus admirables efectos; y es claro que el Espíritu santo que le inspiraba tenía en la idea el retrato de la santísima Vírgen, madre del Verbo encarnado, quien es solo la verdadera sabiduría.

REFLEXIONES.

El Señor me dixo: Habita en Jacob; sea tu herencia Israel, y echa raices en mis escogidos. Sería desacierto buscar verdaderos devotos de la santísima Vírgen en otra parte que entre los escogidos de Dios; éllos son herencia de la Madre, puesto que lo son del Hijo. Con los ótros solo está, por decirlo así, como de paso; pero entre los predestinados vive de asiento. Éllos son sus hijos, y élla es su madre, y este es el principio de su verdadera devocion. ¿De dónde nace aquella aversion, aquel desvío, ó por lo menos aquella indiferencia con que todos los here-

ges miran á la santísima Vírgen? Ninguno hay que no se hubiese declarado contra élla; ninguno que no califique de indiscreta la devocion de sus hijos; ninguno que no procure desterrar ó á lo menos disminuir su culto; ninguno que no condene la ardiente, la afectuosa, la reverente devocion que los fieles la profesan. Todo esto nace de lo que canta la Iglesia que la Vírgen fue siempre y siempre será el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores; y élla sola triunfó de todas las heregías. Apenas se levantó alguna en el cristianismo que no la hubiese atacado; pero ni una sola hubo que la Señora no hubiese confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*, dice san Agustin, y con él la Iglesia toda. Este es un efecto de aquella mortal enemistad que predixo Dios habia de poner eternamente entre la muger y la serpiente, y porque aquélla quebrantó á ésta la cabeza, ésta procura morderla en el carcañal: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Esta es la verdadera causa que puso y pondrá siempre de mal humor contra la santísima Vírgen á todos aquellos en quienes el demonio tiene alguna autoridad. Pero esa misma es la que alienta la confianza de los verdaderos fieles. Despues de la victoria que consiguió del dragon infernal siendo madre de nuestro Salvador; despues del casi ilimitado poder que se la concedió como á madre de tal hijo, ¿qué la falta de todo aquello que puede esforzar nuestra confianza? Si se quiere conseguir la gracia; si se desea armarse de poderosos auxîlios, de fuertes defensivos contra los peligros; si se aspira á merecer la salvacion, acudamos á María, invoquemos á María, seamos devotos de María. Si estamos obligados á creer lo que cree la Iglesia como regla de nuestra fe, no lo estamos menos á obrar lo que obra la Iglesia como regla de nuestras costumbres; pues la Iglesia todos los dias dirige muchas oraciones á la Madre de Dios para implorar su asistencia. Siempre comienza y siempre acaba el oficio divino con una oracion particular á la santísima Vírgen. Contínuamente tenemos necesidad de la gracia; pues la Vírgen es la madre de élla. La hora mas crítica para nosotros es la hora de la muerte, aquel es el momento mas decisivo de nuestra suerte eterna; pues la santísima Vírgen es en él nuestro asilo, nuestro consue-

lo, nuestro amparo y nuestro refugio. Por eso la Iglesia incesantemente la está pidiendo que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc, et in hora mortis nostræ.*

El evangelio es del capítulo 10. *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, fólio* 254.

MEDITACION.

De la augusta dignidad de madre de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la dignidad de madre de Dios, como dice santo Tomas (1. *quæst.* 25.), es en cierta manera infinita, incomprensible al humano entendimiento; pues tiene por término á Dios, y queda comprendido en su concepto; porque quien dice *madre* dice necesariamente *hijo*, y quien dice *madre de Dios* dice necesariamente un hijo que es el mismo Dios. Y como no hay entendimiento humano que pueda comprender la dignidad de hijo de Dios, tampoco le hay que pueda comprender la de su divina madre. *Concibe*, dice san Gregorio (*In lib.* 1. *Reg.*), *qué cosa es ser hijo de Dios, y entonces concebirás qué cosa es ser madre suya. Por la excelencia del úno llegarás á conocer la excelencia de la ótra.* Pregúntasme, dice san Euquerio, quién es la madre; pues pregúntame antes quién es el hijo: *Quæritis qualis mater? quærite prius qualis filius.* Con efecto, esta es la mayor y la mas estrecha alianza que una pura criatura puede contraer con Dios, fuera de la union hipostática, y la union física del cuerpo al alma, no es posible concebir otra mas estrecha que la de una madre con un hijo. Por eso dixo Alberto Magno que desde el mismo instante en que comenzó á ser madre de Dios la santísima Vírgen, no se pudo unir mas íntimamente con Dios, á menos que no fuese tambien Dios ella misma: *In hac Annuntiatione sanctissima Virgo magis Deo conjugi non potuit, nisi fieret Deus* (*Serm. de Assumpt.*). Por lo mismo dixo san Agustin, ó á lo menos su discípulo san Fulgencio, que siendo la carne de Cristo carne de

María: *Caro Christi*, *caro Mariæ*, en virtud de haber encarnado y nacido de sus entrañas; la Madre y el Hijo, por decirlo así, eran una misma cosa: *Unum effecit Matrem et Filium*. Fundado en esta verdad afirma san Buenaventura que la augusta dignidad de madre de Dios es como el último esfuerzo del divino poder. Puede Dios, dice el Santo, hacer un mundo mayor que este que hizo; criar un cielo mas vasto, un sol mas resplandeciente, un fuego mas puro, una tierra mas fértil; pero no puede hacer una madre mas noble, mas respetable, mas excelente, mas augusta que la madre Dios: *Majorem matrem quam matrem Dei facere non potest*. ¿Hemos hecho nunca reflexîon sobre esta incomprensible dignidad de la santísima Vírgen? Solamente aquellos, dice san Pedro Crisólogo, que no conocen quién es Dios dexan de admirar con asombro la inefable grandeza de su madre: *Quantus sit Deus ignorat*, *qui hujus Virginis mentem non stupet*, *animum non miratur* (*Serm.* 140.). En esto se fundan los santos padres, particularmente san Crisóstomo y el bienaventurado Pedro Damiano, para decir que todo el conjunto de lo mas grande, lo mas noble, lo mas perfecto que se encuentra en todas las puras criaturas juntas, querubines, serafines, primeras inteligencias celestiales, todo es menos que la santísima Vírgen, y solo es mas que élla el mismo que la fabricó: *Videbis quidquid majus est minus esse Virgine*; *solumque opificem opus istud supergredi* (*Serm. de Nativ.*). Sí, Vírgen santa, exclama san Epifanio, tu eres superior á todo lo que no es Dios. *Sola*, *Deo excepto*, *superior existis*. Ninguna cosa es igual á ti, Vírgen santísima, prorumpe el devoto san Anselmo, ninguna es comparable contigo. Entre todas las cosas que exîsten, solo Dios está sobre ti, y tú eres superior á todo lo que no es Dios: *Quod supra te*, *solus Deus*, *quod infra te*, *omne quod Deus non est* (*De Concept. Virg.*). ¡Cuánta debe ser nuestra veneracion á la madre de Dios! ¡cuánto nuestro amor, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestra devocion, nuestro zelo á su culto!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el valimiento que esta divina Madre tendrá con su divino Hijo; cuánto será su poder, su dignidad, su excelencia, y por consiguiente cuál debe ser nuestra confianza en su intercesion, y nuestro zelo en venerarla. ¿Qué cosa podrá negar un buen Hijo á su querida madre? Todo lo que es María se lo debe á la bondad de Dios; pero Dios que la elevó á la suprema dignidad de madre suya no puede resistirse á su ruego. No, no temamos exceder cuando alabamos á la madre de Dios, dicen los santos, antes podemos estar seguros de que nunca la engrandecerémos dignamente. San Juan Damasceno desafia á los hombres y á los ángeles á que la alaben como merece, estando cierto de que en ningun elogio se pueden comprender sus alabanzas. Como madre, dice el Santo, debe poseer los bienes de su Hijo, y á excepcion del culto de latría, que se debe á solo Dios, debe ser venerada con cierto culto particular, que se refiere al mismo Dios, puesto que solo por ser madre de Dios se la honra singular y siempre religiosamente: *Decet Matrem ea quæ Filii sunt possidere, et ab omnibus adorari* (*Orat. de Assumpt.*). O santísima y sacratísima Vírgen, exclama san Basilio de Seleucia, el que dixere de ti todas las cosas mas grandes, las mas magníficas, las mas ilustres y las mas gloriosas que se puedan decir ni imaginar, no se desviará de la verdad: *O ter sacrosancta Virgo! De te, qui omnia illustria et gloriosa dixerit, nunquam is quidem à veritatis scopo aberraverit.* ¿Han sido hasta aquí mis ideas y mis pensamientos acerca de la santísima Vírgen semejantes á los de los padres y á los de toda la Iglesia? ¿cuál ha sido mi zelo, mi ansioso ardor por rendirla el culto que la es tan debido? ¿he pensado nunca que la que es madre de Dios quiere y se digna de ser tambien madre mia? ¡Qué honra esta para mí! ¡qué dicha! ¿qué puedo temer ya con semejante proteccion? Por otra parte, ¡qué inagotable fondo, qué motivo á una dulce confianza! La madre de mi Dios, de mi Redentor, de mi Juez, del único que es árbitro de mi eterna suerte, es mi querida madre, la medianera con mi Salvador, la tesorera del Omnipotente, la distributa-

ria de sus gracias; ésta me ama con ternura, me protege como á su siervo, me quiere como á su hijo; ¡y no la serviré con zelo y ardor! ¡y no la amaré como á mi dulcísima madre¡ ¿Y tendré vergüenza de vestir su librea, de ser del número de sus devotos? ¿me avergonzaré de ser uno de los mas zelosos siervos de María?

No permita Dios, Vírgen santísima, que jamás merezca yo semejante reconvencion. ¡Desdichado de aquel que no os ama! Por lo que á mí toca desde este mismo punto me obligo á honraros, á serviros con todo el zelo, con todo el ardor, con toda la ternura que me sea posible. Vos sois mi querida madre; vos sois, despues de Dios, nuestra vida, nuestro consuelo y nuestra esperanza. Alcanzadme la gracia de que eternamente sea del número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros amantes hijos.

JACULATORIAS.

Monstra te esse matrem; sumat per te preces; qui pro nobis natus, tulit esse tuus. Ecclesia.

Muéstrate verdadera madre mia, y reciba por tu mano vuestras oraciones aquel que por nuestro amor quiso ser hijo tuyo.

O Domine, quia ego servus tuus, ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ. Salm. 125.

Mirad, Señor, que yo soy vuestro siervo, vuestro siervo soy, y soy hijo de vuestra misma madre, que se apellidó esclava vuestra.

PROPOSITOS.

No debe ser puramente especulativo el alto concepto que formamos de las grandezas de María. Ha de ser práctico este conocimiento, no contentándonos con que nos inspire ciertos afectos ociosos, estériles y mudos. A la admiracion debe acompañar el culto. Admiremos en buen hora con asombro las inefables grandezas de la Vírgen; pero acrediten nuestras oraciones, nuestra confianza y nuestra devocion lo mucho que la veneramos. Entre las muchas devociones que se pueden tener con esta Señora, una de las mas provechosas es rezarla todos los dias el salterio que en su honor compuso san Buenaventura. Com-

pónese este salterio de cincuenta salmos, que á imitacion de los de David dispuso aquel gran doctor y aquel gran santo, con diferentes cánticos, imitando los de los profetas, con un himno que corresponde al *Te Deum laudamus*, y con un símbolo á semejanza del de san Atanasio. De todo esto compuso un oficio repartido por horas para todos los dias de la semana, á imitacion del oficio divino. Este salterio, distribuido en oficio, se halla junto en un solo libro, que procurarás haber para rezarle todos los dias, y presto experimentarás el fruto de esta utilísima devocion.

2 Pocos santos dexaron de componer algunas oraciones particulares en honor de la santísima Vírgen, procura aprender aquellas que te parecieren mas devotas, y háztelas familiares. San Efren compuso y rezaba todas los dias la siguiente:

"O santísima y purísima Vírgen, madre de mi Dios, »reyna de la luz, poderosísima y llena de ardentísima ca-»ridad, vos sois mas noble que todos los espíritus celes-»tiales, mas pura que todos los rayos del sol, mas dig-»na de honor que todos los querubines, mas santa que »todos los serafines, mas gloriosa sin comparacion que »todas las gerarquías de los ángeles. O santísima Señora, »que fuiste la esperanza de los patriarcas antiguos, la »gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, el ho-»nor de los mártires, la alegría de los confesores y la »corona de las vírgenes, recibidme y conservadme baxo »las alas de vuestra caridad, y á la sombra de vuestra »proteccion. Tened piedad de mí, miserable pecador, man-»chado con innumerables culpas, con las cuales ofendí á »Jesucristo, vuestro hijo, mi Dios y mi Juez. O Vírgen »llena de gracia, ilustrad mi entendimiento, poned pa-»labras en mi boca, dad movimiento á mi lengua para »que con todo el afecto de mi corazon cante vuestras »alabanzas, y os salude con el mismo respeto y con la »misma devocion debida á la madre de Dios con que os »saludó el ángel Gabriel, cuando os dixo: *Dios te sal-»ve, María, llena de gracia, el Señor es contigo*; y os »diga con el mismo espíritu y con la misma ternura con »que os dixo Isabel: *Bendita eres entre todas las mugeres.*"

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Luis, obispo y confesor.

San Luis, mas célebre por su santidad y por sus milagros que por su alto nacimiento, fue por su padre sobrino segundo de san Luis, rey de Francia, y por su madre sobrino de santa Isabel, reyna de Ungría. Nació en Bríñoles de la Provenza el año de 1274, siendo el segundo hijo de Cárlos II., llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Esteban V., rey de Ungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez; todo parecia superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspeccion, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en órden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinacion á la piedad con que parecia haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demas exercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinacion era á leer los libros espirituales, y mucho mas á la oracion. En la córte no solo se miraba con admiracion, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad, y que se fomentan en las córtes, donde todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven Príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de éllos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era, que en medio de las delicias en que se crian los príncipes de su elevacion, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años, cuando no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas véces fuera de la cama, y echado en la alfombra que estaba á los pies de élla, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la reyna su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el Autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los exercicios de mortificacion y de virtud que constituian el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distincion y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneracion á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de éllas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solian decir, que para tener devocion no era menester mas que ver al Príncipe oir misa.

Ganaba los corazones de todos con su ayre, con su apacibilidad y con sus compuestísimas modales. Los criados que componian su casa le llamaban el Angel de la córte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poseía esta pureza en tan alto grado de perfeccion, que aun siendo niño, no permitia que muger alguna entrase en su cuarto. A imitacion de Job, hizo pacto con sus ojos de no mirar á ninguna á la cara; y esta delicada virtud, que toda la vida fue la virtud de su cariño, la debió, por singular don, á la Reyna de las vírgenes, á quien profesó desde la cuna una tan tierna y encendida devocion, que ya desde entonces se decia, que Luis era el siervo querido y el hijo muy amado de la Madre de Dios. Todos los dias rezaba muchas oraciones en honor de la soberana Reyna, y era sin límites la confianza que tenia en esta Madre de misericordia.

Estaba dotado nuestro Santo de un excelente ingenio; y así hizo maravillosos progresos en las letras aun en una edad en que otros niños apenas comienzan á estudiar.

Así brillaba Luis en la córte, tanto por sus raros talentos, como principalmente por su extraordinaria santi-

dad, que tenia tan pocos exemplares, cuando la divina Providencia quiso exercitarle en dolorosas pruebas, todas muy oportunas para purificar y para perfeccionar su virtud. El año de 1284, dos años despues de la revolucion general de Sicilia, el rey de Aragon se hizo á la vela para poner sitio á Mecina, y en el camino se dió un combate naval, en que Cárlos II., entonces príncipe de Salerno y padre de nuestro Santo, fue hecho prisionero por los aragoneses, tres dias antes que llegase el rey Cárlos, su padre, que venia en su socorro con gran número de baxeles. Murió éste pocos meses despues; y el rey Cárlos II. estuvo cuatro años en prision, de la que salió á instancias y por la negociacion del papa Nicolao IV. y de Felipe el Hermoso, rey de Francia, los cuales se obligaron á hacer que Cárlos, conde de Valois, renunciase sus derechos á la corona de Aragon, y consintiese en que el papa diese á Jayme de Aragon la investidura del de Sicilia, entregando en rehenes, para seguridad del tratado, á sus tres hijos (uno de los cuales era nuestro Santo) con cincuenta gentileshombres. Contaba Luis solos catorce años cuando fue enviado á Cataluña para que se pusiese en libertad á su Padre. Esta desgracia solo sirvió para añadir nuevo lustre á su virtud. Siete años pasó Luis en aquella prision en que la dureza del rey don Alonso el III. dió no poco exercicio á su paciencia. No siempre fue tratado como hijo de rey. Pero en medio de eso, la alegría de su semblante mostraba bien el espíritu con que recibia aquellos malos tratamientos. Su exemplo contenia y animaba á sus dos hermanos, y á los ótros que estaban en rehenes, que no eran tratados mas benignamente. Creedme (les decia), la adversidad es mas provechosa que la prosperidad para los que hacen profesion de servir á Dios. Nunca le somos mas obedientes, que cuando estamos mas abatidos. La prosperidad embriaga, nos ciega, y nos descamina; da vigor á todas las pasiones, y lisonjeando nuestro amor propio nos hace perder el santo temor de Dios.

No satisfecho con las amarguras de su estado, añadia á los trabajos de su cautiverio muchas penitencias voluntarias. Ayunaba muchos dias de la semana con asombroso rigor; castigaba frecuentemente su cuerpo con disciplinas de alambre, y de ordinario hasta derramar sangre, ve-

lando contínuamente en la conservacion de su castidad, en cuyo punto era extremada su delicadeza. Jamás consintió que muger alguna le hablase sin testigos, para prevenir los lazos que le podian armar. Durante la dilatada mansion que hizo en Cataluña contraxo un amor tan particular á los religiosos de san Francisco, que no se podia separar de éllos; y consiguió en fin de los superiores, que siempre durmiesen dos en su cuarto. Pasaba con éllos en diferentes oraciones la mayor parte del dia y de la noche. Rezaba todos los dias el Oficio divino y el oficio Parvo, á los que añadia el de la pasion y otras muchas devociones. Confesábase cada dia antes de oir misa, para asistir con mayor pureza y devocion al santo sacrificio; y como tenian por cárcel la ciudad de Barcelona, nunca salia de casa sino para ir á la iglesia ó á los hospitales, donde pasaba horas enteras sirviendo á los enfermos en los oficios mas asquerosos y mas humildes. Pero todos estos exercicios de devocion y de caridad, no le impedian la mas séria aplicacion al estudio. Tuvo tambien por maestros suyos en las ciencias á los religiosos de san Francisco, en cuya escuela adelantó mucho en la filosofía y en la teología, cultivando aquellos hábiles maestros la agilidad de su ingenio; de manera, que se halló capaz de defender y disputar sobre los puntos mas sutiles de la teología escolástica.

Habiendo caido gravemente enfermo en el castillo de Sura, hizo voto de abrazar la regla de san Francisco si Dios le restituia la salud: intento ya muy antiguo en nuestro Luis; pero que le tenia reservado dentro de su corazon por no irritar al Rey su padre. Ajustado, en fin, el tratado de paz entre su Padre, el rey de Nápoles, y Jayme II., rey de Aragon, fue puesto en libertad con sus dos hermanos y los demas que estaban en rehenes el año de 1294. Era uno de los artículos del tratado el casamiento de su hermana la princesa doña Blanca con el Rey de Aragon; y para afianzar mas el enlace, resolvieron las dos córtes hacer un doble matrimonio, casando á Luis con la princesa de Mallorca, hermana del Rey. Era muy poderosa la tentacion. El Rey su padre le prometia dexarle por heredero del reyno de Nápoles, puesto que su hermano mayor Cárlos Martél, príncipe de Salerno, estaba ya

coronado rey de Ungría, como heredero de su madre María, hermana del difunto rey Ladislao. Pero nada de esto fue bastante para hacerle titubear en la resolucion que habia tomado de dexar el mundo; de suerte, que al volver de Barcelona, y hallándose en Mompeller, apuró mucho al provincial de los franciscos, para que le recibiese en la religion seráfica. No se atrevió el provincial á condescender con sus deseos por no desazonar á su padre el rey de Nápoles. Vióse precisado Luis á pasar á Italia; y estando en Roma resolvió no dar mas oidos á las voces de la carne y sangre. Renunció absolutamente sus derechos á la corona de Nápoles y á todos los demas estados que le podian pertenecer, y se consagró enteramente al servicio de Dios, recibiendo la tonsura clerical. Por esta renuncia quedó el príncipe Roberto, su hermano menor, heredero presuntivo de la corona; y nuestro Santo obtenido, en fin, el consentimiento del Rey, quiso ligarse mas estrechamente al servicio de Dios, y recibió los órdenes sagrados en Nápoles, firme siempre en el intento de cumplir el voto que tenia hecho.

El papa Bonifacio VIII. habia visto á Luis al volver de Cataluña, y formó tan superior concepto de su eminente virtud, que desde entonces hizo ánimo de elevarle á las primeras dignidades de la Iglesia. Vacó el obispado de Tolosa á la córte de Roma, por muerte de su obispo Hugo Mascaron, y el Papa le proveyó en nuestro Santo, aunque á la sazon solo tenia 22 años, diciendo: Que la virtud y el mérito personal suplian ventajosamente la edad. Fue grande su repugnancia á aceptarle, por el deseo que tenia de vivir en religion y en obscuridad; pero se vió precisado á obedecer al Papa y al Rey. Obligado, en fin, á admitirle, consiguió que á lo menos le dexasen cumplir antes el voto que tenia hecho de entrar en la religion de san Francisco, como lo executó en Roma con beneplácito de su Santidad. Hizo su solemne profesion en el convento de Araceli, en manos del P. Fr. Juan de Murro, décimocuarto general del Orden seráfico, la víspera de Navidad del año de 1296; y el mismo dia en que hizo la profesion fue preconizado por obispo. Por contemporizar en algo con el Rey su padre, que no podia sufrir se vistiese el sayal de san Francisco, se contentó al principio, por con-

sejo del Papa, con llevar el santo hábito debaxo de la sotana clerical; pero duró poco esta condescendencia. Él mismo la condenó, pareciéndole estaba obligado á no avergonzarse de la pobreza de Jesucristo; y, arrimando á un lado la sotana exterior, el dia de santa Águeda 5 de febrero del año 1297 atrevesó las calles públicas de Roma, los pies descalzos, con un pobre hábito de religioso, ceñido con una grosera cuerda. Quiso consagrarle el mismo Papa, dispensándole en la edad para el obispado, como lo habia hecho en la correspondiente para el sacerdocio.

La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visibles su humildad y su mortificacion. Nunca dexó despues el hábito de la Orden; su cama, sus muebles, su tren, todo olia á pobre religioso; y aquella exemplar pobreza en un príncipe tan grande, añadia mucho esplendor á la dignidad episcopal. Partió de Roma para su obispado, sin dispensarse en el viage en sus acostumbradas mortificaciones. Hospedóse en Sena en el convento de san Francisco, donde quiso ser tratado como cualquiera otro frayle, sin admitir la mas mínima distincion, yendo despues de comer con todos los demas á fregar los platos á la cocina, y no queriendo comer otro pan que el que se habia recogido de limosna. En Florencia no admitió una magnífica celda, que le tenian prevenida y ricamente alhajada, acostándose en una cama ordinaria y comun.

Recibiéronle en Tolosa con toda la magnificencia que merecia un príncipe, un obispo y un santo, ganándose desde luego la veneracion y los corazones del clero, de la nobleza y del pueblo. Su ayre, su modestia y su dulzura, todo respiraba amor á la virtud, y bastó solo su presencia para que mudase de semblante todo el obispado. Sus primeras visitas fueron á los pobres en los hospitales, y sus primeras atenciones las dedicó á socorrer las familias vergonzosas y necesitadas. Hízose dar cuenta exâcta de todas sus rentas; y separando de éllas lo que era absolutamente necesario para su manutencion, mas como pobre religioso, que como obispo, mandó que todo lo demas se distribuyese entre los pobres. Todos los dias comian á su mesa veinte y cinco, sirviéndolos él mismo de rodillas, á exemplo de su tio san Luis, como si sirviera á Jesucristo. Extendiáse su caridad á los pobres encarcelados igual-

mente que á los enfermos, visitando á únos y á ótros con frecuencia, confesándolos y consolándolos con sus palabras, y despues socorriéndolos con sus limosnas. Ni éstas se limitaban precisamente á su obispado y á los términos del Langüedoc; dilatábanse tambien á la Provenza y á los otros estados del Rey su padre, de quien por sola una vez obtuvo la vida de ciento y cincuenta prisioneros de guerra, condenados á perderla. Su solicitud pastoral prevenia todas las necesidades. Visitó luego todo su obispado, y en todas partes dexó pruebas y monumentos de su zelo y de su santidad.

En medio de sus apostólicos trabajos, nada afloxó en la exâctitud de su observancia ni en el rigor de sus penitencias, antes añadió otras nuevas á las antiguas. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y cada dia con mayor fervor, que se manifestaba en la abundancia de sus lágrimas. Era tan poderoso en obras como en palabras. Nunca subia al púlpito sin que de resultas se viese alguna insigne conversion, y sin mover á todo su auditorio á una fervorosa devocion con la santísima Vírgen. Desmembró el papa de la diócesi de Tolosa la ciudad y territorio de Pamiers, erigiéndola en otro distinto obispado, y convirtió el convento y la iglesia de los canónigos reglares de san Agustin en cabildo y en catedral; pero nombró tambien por obispo á nuestro Santo, encargándole el gobierno de dos obispados con dos títulos diferentes.

El ardor y el teson con que emprendió la conversion de los judíos y de los hereges que inficionaban toda la provincia, produxo admirables efectos. Convirtió á muchos con sus sermones y con sus exemplos. Pero no podia permanecer mucho en la tierra un fruto que estaba tan maduro para el cielo. Viéndose precisado á hacer un viage á la Provenza por negocios de pura caridad, cayó enfermo en el castillo de Bríñoles. Tenia determinado pasar á Roma para renunciar todas sus dignidades, con resolucion de vivir el resto de sus dias en el retiro de una celda, cuando el Señor le dió á entender que le queria premiar sus méritos y sus fatigas. Dispúsose para morir, redoblando su fervor. El dia de la Asuncion hizo que le administrasen el santo Viático, que recibió de rodillas, y deshaciéndose en dulces lágrimas. Lo restante de su enferme-

dad fue una contínua oracion. Rezaba incesantemente la salutacion angélica; y preguntándole uno por qué repetia tantas veces el *Ave María*; respondió, que en aquel trance, despues de Jesucristo, ponia toda su confianza en la santísima Vírgen. Al acabar de pronunciar estas palabras, entregó tranquilamente su espíritu en manos de su Criador el dia 19 de agosto de 1299, al segundo año de obispado, y á los veinte y cinco de su edad. En el mismo punto vió cierto santo religioso que su bienaventurada alma subia al cielo, acompañada de muchos santos obispos, que iban diciendo: *Así serán tratados todos los que sirvieren á Dios con inocencia y pureza.* Fue llevado su cuerpo con grande solemnidad al convento de san Francisco de Marsella, donde el mismo Santo se habia mandado enterrar, y por eso le llamaron muchos *san Luis el de Marsella.* La multitud y la fama de los milagros con que quiso Dios honrar su sepultura, y manifestar la gloria de su Siervo, movieron al papa Juan XXII., sucesor de Bonifacio VIII., á canonizarle, precediendo las informaciones acostumbradas. Publicó la bula el dia 7 de abril del año 1317 en la ciudad de Aviñon; y dos dias despues dirigió un breve á la reyna de Sicilia, su madre, que todavía vivia. El dia 11 de noviembre del mismo año fue elevado el santo cuerpo del coro de los religiosos franciscos de Marsella, y expuesto á la pública veneracion en el altar mayor, colocado en una urna de plata; y se hallaron presentes á esta ceremonia muchos cardenales y prelados; Roberto, rey de Sicilia, hermano de san Luis; la reyna de Sicilia, su madre; la reyna de Francia y toda la grandeza de ambas córtes. El año de 1423, Alfonso, llamado el Magnánimo, rey de Aragon y de Nápoles, se apoderó de la ciudad de Marsella, saqueóla; y embarcando este sagrado tesoro en su misma galera, le llevó á la ciudad de Valencia en España, donde se conserva con el mayor cuidado, y es honrado de los pueblos con suma veneracion.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor de san Luis la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Ludovici, confessoris tui atque pontificis, vene-

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que hagas crezca en nosotros, con motivo de esta venerable solem-

randa solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

nidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado san Luis, el espíritu de piedad, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, fól. 252.

NOTA.

"Por haber encarnado en la santísima Vírgen la Sabi»duría eterna y Verbo divino, consubstancial á su Padre, »representa el Espíritu santo en este lugar con nombre de »Sabiduría á la misma Madre de los fieles, haciéndola de»cir, debaxo de este título, que aunque todo lo que élla »es, lo debe pura y gratuitamente á la libre eleccion y »bondad del mismo Dios; no por eso dexó de cooperar á »lo mismo, correspondiéndole con fidelidad. Por eso dice »que escogió una mansion estable en la herencia del Se»ñor. Esta herencia no solo es la Jerusalen celestial, sino »también todos los fieles, y en particular los escogidos de »Dios: *Gens sancta populus acquisitionis.*"

REFLEXIONES.

Mi poder está establecido en Jerusalen. ¿Hay ni puede haber pura criatura, que pueda mas, ni aun tanto con Dios como la santísima Vírgen? Dice la Escritura que Salomon se levantó de su trono para salir al encuentro á su madre, y mandó que la dispusiesen otro trono junto al suyo, para hacerla sentar á su mano derecha: *Surrexit Rex in occursum ejus, adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus Matris ejus, quæ sedit ad dexteram ejus.* Si Salomon rindió estos honores á su madre, ¿tendrá el Salvador menos amor á la suya? Todos los dias de tu vida, decia el santo Tobías á su hijo, profesarás á tu madre el mas profundo respeto: *Honorem habebis matri tuæ.* Habiendo inspirado el Hijo de Dios esta obligacion al santo Patriarca, ¿podia él mismo faltar á élla? ¿cómo puedo negar cosa alguna que me pidas, decia á su madre el rey Salomon? *Pete, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* No puede tener el Salvador otro lenguage con la santísima Vírgen. ¿Quién ignora que á ruegos suyos hizo el primer milagro, y que aun antici-

pó el tiempo destinado pora hacerlos en público, solo por condescender con los deseos de la Vírgen? ¿pues qué no debemos esperar de su intercesion todopoderosa? ¡O bienaventurada Vírgen María (exclama san Agustin), dignáos de recibir nuestras humildísimas gracias, aunque débiles, aunque cortísimas, aunque muy poco proporcionadas á lo que vos mereceis! Oid nuestras oraciones, y reconciliadnos con Dios. Conseguidnos el perdon de nuestros pecados, que pedimos por vuestra intercesion. Alcanzadnos los auxîlios que necesitamos para salvarnos. Recibid lo que os ofrecemos; concedednos lo que os pedimos; porque vos sois la única esperanza de los pecadores: *Quia tu es spes unica peccatorum*; por vos esperamos el perdon de nuestros pecados: *Per te speramus veniam delictorum*; en vuestra intercesion afianzamos el premio de nuestras buenas obras; *et in te, Beatissima, nostrorum est expectatio præmiorum.* Convengo desde luego (dice san Bernardo) en que no se hable mas de vuestra misericordia, si se hallare alguno que os haya invocado, como debe, en sus tribulaciones, y vos le hayais faltado. ¿Quién podrá desesperar de la misericordia de Dios, teniendo la misericordia de María? ¿quién podrá dudar de su eterna salvacion, una vez que la ponga dignamente en manos de la Madre de Dios? Si en ese caso no la solicitara, ó sería por falta de poder con su Hijo, ó por falta de voluntad con los que la invocan. ¿Quién puede dudar de lo úno y de lo ótro sin agraviar al Hijo y á la Madre? ¿cómo no ha de tener poder con su Hijo aquélla, á quien el Hijo, en cierta manera, comunicó todo su poder, como dice san Buenaventura? Todo lo puede por su Hijo; todo lo puede con él, y todo lo puede despues de él. ¿Violaria el precepto de honrar al padre y á la madre el mismo que le impuso á los demas? ¿y le observaria si hiciese poco aprecio de la intercesion de su Madre? El poder de María se debe medir por la dignidad de Madre de Dios que posee; por la ternura con que el Hijo la ama; por lo mucho que en cuanto hombre la debe; por la cualidad de medianera de los hombres. Siendo esto así, ¿á dónde no alcanza el poder de la Madre de Dios? ¿y á dónde no debe llegar nuestra confianza?

El evangelio es del cap. 10. *de san Lucas, y el mismo que el del dia XV, fólio* 254.

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la confianza es cierta opinion ó cierta seguridad que se tiene en la buena voluntad de una persona que nos favorece, y en el poder que la acompaña para hacer efectiva esta buena voluntad. No basta querer hacer bien; es menester poder hacerle: el poder sin la voluntad no funda la confianza; y la voluntad sin el poder, á lo sumo, es buen deseo estéril y una benevolencia sin fruto. Ahora, pues, no es dudable que la Vírgen tenga este poder. Sabemos (dice san Anselmo) que es tanto su mérito, tanto su valimiento con Dios, que no es posible carezca de efecto aquello que pide y quiere (*Lib. de Concept.*): *Scimus beatam Virginem tanti esse meriti, et gratiæ apud Deum, ut nihil eorum quæ velit efficere, possit aliquatenus effectu carere.* De aquí concluye que no es posible se pierda ni se condene una alma á quien esta Señora tomó debaxo de su proteccion: *Ninguna cosa se resiste á tu poder, ó Vírgen santa* (dice Jorge, arzobispo de Nicomedia) (*Orat. de exit. Virg.*), *ninguna se opone á tu voluntad; todas obedecen tus preceptos; todas se rinden á tu autoridad.* ¿Cómo no ha de ser todopoderosa, dice san Bernardo, habiendo puesto el Señor en sus manos la plenitud de todos los bienes? *Totius boni plenitudinem posuit in Maria*; y quiere (añade el mismo Santo) que todo el bien que nos hace, pase primero por el canal de María (*Serm. de Nativit.*): *Nihil nos Deus habere voluit, quòd per Mariæ manus non transiret*, ¿Pues qué confianza no deben tener en María (continúa este Padre) todos aquellos que la sirven, y están debaxo de su proteccion, pues conoce todas sus necesidades, puede y quiere socorrerlas? Las conoce, porque es madre de la Sabiduría; quiere, porque es madre de misericordia; puede, porque es madre del Todopoderoso. La cualidad de madre, dice santo

Tomas, da cierta autoridad natural sobre el hijo, que ningun privilegio puede derogar. Mas que los hijos sean reyes, mas que sean soberanos, mas que sean supremos dueños, podrá tal vez un hijo rescatar á su misma madre; mas no por eso será ésta esclava suya; tenga una madre á su hijo cuantas obligaciones son imaginables, siempre será madre, y ni la condicion ni el estado disminuirán un solo punto su autoridad. ¿Pues qué poder será el de la Vírgen? ¡O Dios, y qué motivo de consuelo para los verdaderos siervos de María este gran valimiento que tiene con su Hijo la soberana Reyna!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente los que no conocen quién es la santísima Vírgen, pueden ignorar el tierno y compasivo amor que profesa á los hombres. Es la madre de los escogidos y el refugio de los pecadores; es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos; es, como canta la Iglesia, el comun asilo y el auxílio ordinario de todos los cristianos: *Salus infirmorum*, *refugium peccatorum*, *consolatrix afflictorum*, *auxilium christianorum*. Es inseparable, dice san Anselmo, la maternidad divina de la maternidad humana: por el mismo hecho de ser María madre de Dios, quedó constituida madre de los hombres. Pues ahora; no es la naturaleza mas ardiente en sus movimientos (como observa san Ambrosio) que lo es la gracia en los suyos; antes por el contrario, el fuego de la caridad es mucho mas vivo, mucho mas puro, mucho mas fuerte que el de la naturaleza. Y siendo el de la santísima Vírgen de una consumada perfeccion, infiere de aquí el tierno amor que nos tiene. ¿Qué mayor prueba nos pudo dar, que haber ofrecido élla misma su querido Hijo á la muerte de cruz por la salvacion de todos los hombres? Si quiso Dios que precediese su consentimiento para la encarnacion del Verbo, dicen los Padres, parece que no menos habia de preceder para su afrentosa muerte. Sabemos todos cuál fue la ternura sin semejante de la santísima Vírgen para con aquel amado Hijo; con todo eso, élla misma le ofreció en el templo como víctima por nuestra redencion. Por aquí puedes conocer cuánto nos amó. Nunca, nunca comprenderémos hasta dónde llega el exceso del

amor que nos tiene esta Señora. ¡Buen Dios, y qué motivo para nuestra confianza! ¡O María (exclama san Buenaventura)! por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre; siempre le abrazas como tal: *Materno affectu complecteris*; le acaricias: *Foves*; y no le abandonas hasta haberle reconciliado con el formidable Juez: *Nec deseris quousque tremendo Judici miserum reconcilies.* Bien sé, Vírgen santa (dice san Pedro Damiano), que toda estás llena de amor, y que nos amas á todos con una inmutable, con una invencible ternura: *Et amas nos amore invincibili*; pues en vos y por vos vuestro Hijo y vuestro Dios nos amó con extremo amor: *Quos in te, et per te Filius tuus, et Deus tuus summa dilectione dilexi.* Pero si la santísima Vírgen ama tan tiernamente á los pecadores, ¿con qué ternura no amará á los justos? ¿qué ardor sobre todo no será el suyo por sus fieles y devotos siervos? *Ego diligentes me diligo.* En la Vírgen María, dice el devoto Idiota, se halla todo género de bienes; ama á los que la aman, y lo mas admirable es, que sirve mas á sus siervos, que lo que éstos la sirven: *Imò sibi servientibus servit.* ¡Mi Dios! gran consuelo es para todos los hombres el saber que somos tan tiernamente amados de la santísima Vírgen. ¿Quién dexará de tener confianza en una Madre tan poderosa? ¿y quién podrá dexar de amarla? No por cierto (exclama san Bernardo); aunque todo el infierno junto se desate contra mí; aunque me espante la multitud y la gravedad de mis pecados; aunque mi propia flaqueza me atemorice, sé que la santísima Vírgen me ama; pues no habrá ya cosa capaz de alterar mi confianza. Bástame que me ame esta Señora, para que lo espere todo de su poderosa intercesion.

Lo mismo digo yo, amantísima Madre mia, y lo mismo os repetiré toda mi vida. Un solo dolor me aflige, y es el no haberos amado hasta aquí; pero con el auxilio de la divina gracia, que vos me conseguiréis, espero reparar mi pasada ingratitud, por la ternura con que os amaré el resto de mis dias. Despues de Dios tengo, Señora, puesta en vos toda mi confianza.

JACULATORIAS.

Si oblitus fuero tui, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Olvídeme yo, Señora, de mí, si algun dia me olvidare de ti. *Miserere mei, quoniam in te confidit anima mea.* Salm. 56. Tened, ó Vírgen santa, misericordia de mí, pues en vos tengo yo puesta toda mi confianza.

PROPOSITOS.

En la segunda homilía que compuso san Bernardo sobre aquellas palabras del evangelio: *Missus est, &c.* nos enseña un admirable exercicio de devocion. O tú, cualquiera que seas, dice el Santo, que te hallas engolfado en este borrascoso mar del mundo, agitado de la tempestad, y rodeado de escollos y de baxíos, si quieres evitar el naufragio, ten siempre fixos los ojos en esta estrella de la mañana. Si soplan furiosos los vientos de las tentaciones, si vas á estrellarte contra los escollos de la tribulacion, no pierdas de vista la estrella, invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si te sientes molestado del espíritu de la ambicion, del orgullo, de la envidia, de la murmuracion, mira á la estrella, invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si la cólera, si la avaricia, si el demonio de la impureza te fatigan, recurre á María: *Respice ad Mariam.* Si te espanta la memoria de los pecados pasados, si los remordimientos de una conciencia manchada te atribulan; si el temor de los terribles juicios de Dios te quiere inducir á la desesperacion, piensa en María: *Cogita Mariam.* En toda suerte de peligros, en todo género de enfadosos accidentes, en toda especie de dudas, sea tu recurso á María: *In periculis, in angustiis, in rebus dubiis, Mariam cogita, Mariam invoca.* Ten contínuamente en la boca el nombre de María, y tenle tambien profundamente grabado en lo íntimo del corazon: *Non recedat ab ore, non recedat à corde.* Pero sobre todo, procura imitar sus virtudes si quieres que sean oidas tus oraciones. Con semejante guia nunca te descaminarás; y á la sombra de su proteccion puedes vivir tranquilo y en reposo: *Ipsam sequens, non devias; ipsa tenente, non corruis; ipsa propitia, pervenis.* Segura está tu salvacion si te es propicia la santísima Vírgen. Esto era lo que sentia aquel gran Santo; practíca tú lo mismo.

2 Todos los dias de tu vida has de rezar la oracion siguiente, que compuso san Agustin, y adoptó la Iglesia,

repitiéndola muchas en el Oficio divino: *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto fœmineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.* "Santa María, so»corre á los miserables, anima á los pusilánimes, fortale»ce á los flacos, ruega por el pueblo, pide por el clero, »intercede por el devoto sexô de las mugeres; experi»menten tu asistencia y tu poderosa proteccion todos »aquellos que están dedicados á tu servicio, y celebran »tu santo nombre."



DIA VEINTE.

San Bernardo, confesor.

San Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre por la santidad de su vida, por su doctrina y por sus milagros; siervo muy zeloso y muy querido de la santísima Vírgen; luz del mundo cristiano, y uno de los mayores ornamentos de la iglesia de Francia, nació el año de 1091, en la reducida poblacion de Fontaines, provincia de Borgoña, diócesi de Langres, y á tres cuartos de legua de Dijon. Era señor del mismo lugar su padre Tescelino, descendiente de los condes de Chatillon, y una de las casas mas ilustres de la provincia. Su madre Aletha era hija de Bernardo, señor de Mombard, pariente de los duques de Borgoña, ambos mas distinguidos por su virtud que por su noble nacimiento; pero ninguna cosa añadió tanto esplendor á su heredada nobleza, como el haber sido padres de nuestro Santo. Fue el tercero de siete hijos que tuvieron, seis varones y una hembra, á todos los cuales, andando el tiempo, ganó nuestro Bernardo para Dios. A todos los crió á sus pechos la piadosa madre, y á todos los amaba con ternura; pero á ninguno con tanta como á Bernardo, despues de un misterioso sueño que tuvo estando en cinta de él. Soñó que traia en el vientre un perrillo que ladraba; y atemorizada con este sueño, se desahogó

con un siervo de Dios, á quien se le comunicó, y éste la consoló, pronosticándola que daria á luz un niño, el cual con el tiempo sería muy vigilante custodia del rebaño del Señor, dando incesantes ladridos contra los enemigos de la fe y de la Iglesia. Con esta profecía de tanto consuelo sintió en su corazon la virtuosa Señora un amor muy especial hácia su hijo Bernardo, sin que esta preferencia causase zelos ni envidia en los otros sus hermanos. Fuera de eso, justificaban sobradamente esta particular distincion las otras grandes prendas con que el Niño habia nacido. Educóle Aletha en la virtud con singularísimo cuidado, inspirándole desde muy tierno un alto menosprecio de todo lo mas engañoso del mundo. Y porque Guido y Gerardo, sus dos hermanos mayores, seguian ya la profesion de las armas, única carrera á que se dedicaban en aquel tiempo los caballeros mozos de su calidad, quiso Aletha que Bernardo se aplicase al estudio de las letras. Con este fin le envió á Chatillon sobre el Sena, para que á un mismo tiempo se dedicase al estudio de las ciencias y al de la virtud. Era Bernardo, sobre un natural extremadamente dócil, de un ingenio naturalmente vivo, veloz y perspicaz; por lo que en breve tiempo hizo progresos muy superiores á sus años; pero como estaba tan prevenido de la divina gracia, y parecia que la virtud habia nacido con él, todavía se adelantó mas en la santidad que en las ciencias. Hablaba poco, meditaba mucho, y amaba la soledad. Distinguíase aun mas por su modestia, que por sus raros talentos; las prendas de su persona le ganaban los corazones; su elocuencia natural acababa de rendirlos, y como tomó tanto gusto á las ciencias, sin exceptuar las profanas, pensó muchas veces abandonarse á éllas; pero las prudentes y oportunas advertencias de su virtuosa madre le desviaron de este lazo.

Parecia haber nacido con una devocion tan tierna y tan sensible á la santísima Vírgen, que siendo aun niño, bastaba pronunciar delante de él el nombre de María para hacerle saltar de gozo y de contento; ni para corregirle de aquellos defectillos que son inseparables de la infancia habia otro medio mas eficaz, que decirle que aquello desagradaba á la Vírgen. Muy luego reconoció lo mucho que debia á esta Señora; ni tampoco se duda que su extre-

mo amor á la pureza fuese un don singular de la reyna de las Vírgenes. Corria en Bernardo tanto mas peligro esta delicada virtud, cuanto la naturaleza le habia liberalmente favorecido con todo lo que podia hacer amable. Así, pues, tanto su inocencia, como su castidad fueron combatidas con los modos mas violentos que se pueden discurrir, y en circunstancias en que sin milagro parecia imposible la resistencia. Las victorias no disminuian los peligros; y reconociendo que el mundo estaba cubierto de lazos, resolvió buscar asilo en alguna soledad. No por haber tomado esta resolucion dexó de estar siempre en centinela contra los artificios del tentador. Detuvo un dia incautamente los ojos en la vista de una muger con alguna curiosidad, y se indignó tanto contra sí mismo, que al punto se metió desnudo hasta el cuello en un estanque helado, que la casualidad le proporcionó inmediato, para extinguir el fuego de la concupiscencia aun á costa de su vida.

Impaciente ya por executar cuanto antes su determinacion, ninguna vida le pareció mas conveniente para conservar su inocencia que la nueva reforma del Cister. Eran pocos los que tenian valor para abrazarla; aterraban á todos las excesivas penitencias y la extremada pobreza que se observaba en élla. Habíala fundado doce ó trece años antes el bienaventurado Roberto, abad de Molesme, y apénas se hallaba quien se atreviese á profesarla. No le atemorizó á Bernardo; salió del Egipto del siglo, y le robó santamente; llevándose consigo lo mas precioso que en él habia; treinta caballeros distinguidos fueron los primeros frutos de su zelo, comenzando sus conquistas por sus seis hermanos, que ya todos estaban armados caballeros, y hacian la mayor oposicion á sus intentos. Yendo todos á Fontaines á tomar la bendicion de su padre, Guido, que era el primogénito, dixo á Nivardo, el menor de todos siete, *que le dexaban heredero de todos sus bienes*; á que Nivardo respondió prontamente: *Vosotros escogeis el cielo, y á mí me dexais la tierra*; *el partido no es igual*; y con efecto los siguió poco despues.

Igualmente ganó Bernardo para Dios á su tio Gaudrido señor de Tully, cerca de Autun, y á un caballero muy conocido, llamado Hugo Macon, que despues fue obispo de Auxerre. A raro jóven hablaba que no se sintiese luego

movido á alistarse en la milicia espiritual; de suerte, que cuando aparecia Bernardo, las madres escondian á sus hijos, y las casadas tenian divertidos á sus maridos, persuadidas á que ninguno podia resistir á su elocuencia y á su gracia. Juntos ya todos sus compañeros en número de treinta, se retiraron al Cister. No cabe en la explicacion el gozo con que todos fueron recibidos del abad san Esteban, sucesor de Alberico, á quien habia dexado por abad el beato Roberto cuando se restituyó á su monasterio de Molesme. Cumplia entónces Bernardo los veinte y dos años de su edad; y recibido en el noviciado, dió principio á la nueva vida con tanto fervor, que sus primeros pasos excedieron desde luego la perfeccion de los mas santos religiosos en el fin de su carrera. Desde entónces declaró eterna guerra á su cuerpo y á sus sentidos. Sus mortificaciones ordinarias eran excesos. La abstinencia y el ayuno no se podian estrechar mas. Estos rigores arruinaron del todo su salud; enteramente perdió el sentido del gusto. Su dominio sobre el de la vista fue tan grande, que despues de haber estado un año en el noviciado, no sabia si el techo era de bóvedas, ni si habia en la iglesia mas que una ventana.

Fue fruto de la pureza de su corazon y de la mortificacion de su carne el maravilloso gusto que hallaba en la oracion. Desde luego se le concedió un don muy elevado de contemplacion, complaciéndose Dios en comunicarse á aquel inocente espíritu; y este delicioso gusto, esta íntima union con Dios, esta tierna devocion le duró constantemente toda la vida.

Acabado su noviciado, hizo Bernardo su profesion en manos del santo abad Esteban, juntamente con los ótros treinta novicios que le habian seguido; y se celebró este devoto acto por el mes de abril del año 1114. Unido mas estrechamente con Dios por este nuevo vínculo, creció en Bernardo la encendida ánsia de una consumada perfeccion. Ningun hombre le excedió nunca en domar la delicadeza de su complexîon, ni la debilidad natural de su temperamento. Los mas penosos y los mas viles oficios de la casa eran al parecer los que mas lisonjeaban su amor propio. Pareciéndole al abad que no tenia fuerzas ni habilidad para segar, como lo hacian los otros monges, le exîmió de esta labor; pero el Santo pidió al Señor con tantas instancias le die-

se maña y fuerzas para aquel exercicio, que fue oido; y en la siguiente siega hizo muchas ventajas á todos en la destreza, actividad y vigor con que exercitó aquel trabajoso oficio. El trabajo de manos no interrumpia su íntima union con Dios, ni su oracion. Oyósele decir muchas veces en el discurso de su vida, que en los campos y en los bosques habia recibido la inteligencia de la sagrada Escritura por la oracion y por la meditacion, siendo sus maestros las encinas y las ayas en el estudio de los libros sagrados. Con efecto, aquella sublime penetracion, así de las verdades, como de los misterios de nuestra religion, en que fue tan sobresaliente nuestro Santo, se ha reputado siempre en la Iglesia por sobrenatural y milagrosa.

Fueron tantos los que concurrieron al monasterio del Cister movidos de la reputacion de san Bernardo, y del exemplo de sus treinta compañeros, que fue preciso enviar muchos de éllos á poblar otros desiertos. Despues que el santo Abad despachó únos á la Ferté, sobre el rio Garona, y ótros á Pontiñy, escogió á san Bernardo para que fuese á fundar la tercera colonia en Claravál, que en breve tiempo se hizo mas célebre, y fue mas numerosa que la matriz. La ceremonia que entonces se observaba en semejantes fundaciones, era enviar el abad doce religiosos, y entregar una cruz al superior de éllos. Salió Bernardo de la iglesia del Cister con este estandarte en la mano, y seguido de sus compañeros llegaron á un espantoso desierto de la diócesi de Landres, cerca del rio Auba. Era aquel sitio una madriguera de ladrones, y se llamaba quizá por eso el valle de los Agenjos. No dudó Bernardo que aquel era puntualmente el parage que le tenia destinado la divina Providencia. Comenzaron todos á desmontar la maleza; y levantaron unas estrechas chozas de madera, con un oratorio. Tuvieron mucho que padecer; pero todo lo suplia la santidad de Bernardo; y el nuevo monasterio se hizo tan ilustre, y recibió tanto esplendor, que se convirtió en el nombre de *Claravál*, ó *claro Valle*, el del valle sombrío de los Agenjos.

Por mas que nuestro Santo procuró sepultarse vivo en aquel obscuro desierto, como el Señor le tenia destinado para brillante antorcha de todo el orbe cristiano, le dió á conocer en todo él. Cada dia llegaban nuevas reclutas de

soldados de Jesucristo, que venian á alistarse en los estandartes de Bernardo. Reyes, obispos, príncipes de todas partes concurrian á tomar sus consejos. En poco tiempo se convirtió Claravál en escuela de la religion y en seminario de santos. No siendo ya suficiente el vasto edificio para contener tantos monges, fue preciso destacar muchos para poblar otros desiertos.

Tescelino, padre de san Bernardo, despues que vió que todos sus hijos, úno despues de ótro, le dexaban por irse á servir á Dios en el Claravál, él mismo siguió su exemplo, y vino tambien á abrazar la vida monástica, en la que murió en olor de santidad, llegando á una extremada vejez. No tuvo menos dichosa suerte su hija Humbelina. Yendo á ver á su hermano san Bernardo, hizo tanta impresion en élla su religiosa conversacion, que renunciándolo todo, se encerró en el monasterio de Julli, fundado poco tiempo antes para religiosas.

Desde que Bernardo se vió nombrado por abad, solo habia usado de la dignidad de superior para mortificar con toda libertad su cuerpo, sin dependencia de nadie. Esto tenia tan estragada su salud, que ya comia sin gusto, y siempre con repugnancia. En lugar de manteca, por muchos dias estuvo comiendo sebo, ó unto muy rancio, que le pusieron por equivocacion, y el Santo lo comió sin conocerlo; de la misma manera bebió en cierta ocasion aceyte por agua sin advertirlo. Hallóse muchas veces á las puertas de la muerte, y por sus excesivas penitencias llegó al extremo de no poder tragar cosa alguna sólida; siendo para él un amarguísimo tormento la necesidad de comer, que á ótros les es de tanto gusto. Con todo eso, en medio de sus trabajos conservaba siempre un semblante tan sereno, tan risueño y tan alegre, que mostraba bien la tranquilidad de su alma. Pero lo mas extraordinario, y lo que verdaderamente asombra mas, es que un hombre de una salud tan estragada, y que casi siempre estaba enfermo, pudiese hacer tantas maravillas. Él solo fundó ciento y seis monasterios en diferentes provincias de la cristiandad. El primero fue el de las tres Fontanas en la diócesi de Chalons, el año de 1118. A éste se siguió en el mismo año el de Tarouca en Portugal, adonde el Santo envió una colonia. Fueron pocos los reynos de la cristiandad que no deseasen tener dis-

cípulos suyos. La Saboya, la Italia, la Sicilia, España, Inglaterra, Escocia y Alemania vieron resucitado en sus dominios todo el primitivo fervor y toda la perfeccion de la vida monástica luego que entraron en éllos los monges de Claravál; y fueron pocos los príncipes cristianos y los prelados eclesiásticos que no los pidiesen.

Pero ninguna cosa hace formar mas justo ni mas elevado concepto del extraordinario mérito y la eminente santidad de san Bernardo, que los grandes, importantes é innumerables servicios que hizo á la Iglesia. Despues de haber sido padre de los pobres, maestro de los religiosos, reformador de la disciplina y predicador de la penitencia, mostró Dios que tambien le habia escogido para ser pacificador de la turbaciones públicas, árbitro de las diferencias, taumaturgo de su tiempo, azote de los enemigos de la fe, y uno de los mayores doctores de la Iglesia.

En el año de 1124 reconcilió al pueblo de Rems con su arzobispo; en el de 1127, á Esteban, obispo de París, con Luis el Craso, rey de Francia. En el mismo año hizo varias excursiones para el mismo fin por diferentes partes del reyno. En estos viages compuso aquel importante tratado que nos dexó *sobre la gracia y el libre alvedrío.* Al año siguiente envió á Francia el papa Honorio II. por su legado al cardenal Mateo, para que celebrase un concilio en Troya, y quiso que san Bernardo asistiese á él. Habíase ya retirado el Santo á Claravál, con firme resolucion de no salir mas de allí, y alegó mil razones para excusarse, pero no le valieron. Fuéle preciso obedecer, y despues de haber mostrado al mundo que era el restaurador de la disciplina monástica, le hizo ver que era tambien el alma de los concilios. Por sus decisiones y por sus consejos se arreglaron los cánones del de Troya. Dióseles comision á san Bernardo para que dispusiese los estatutos del órden militar de los Templarios, y con esta ocasion escribió al gran maestre aquel admirable tratado, que se intitula: *Exhortacion á los caballeros del Temple.*

Ya habia vuelto nuestro Santo á tomar el camino de Claravál, impelido de su amor á la soledad, cuando un funesto cisma que se suscitó, le obligó á acudir al socorro de la Iglesia. Acababa de formarle la ambicion de Pedro de Leon, que tomó el nombre de Anacleto, contra Ino-

cencio II. legítimo pontífice. Tuvo arte el antipapa para atraer á su partido, no solo la ciudad de Roma y el Milanés, sino tambien á Rogerio, rey de Sicilia, al duque de Guiena, y á otros muchos príncipes. Refugióse á Francia el papa Inocencio; y celebró en élla los concilios de Clermont y de Etampes, á que se halló presente Luis el Craso. Obligósele á Bernardo á que concurriese á él. Exámináronse las elecciones de Inocencio y de Anacleto, y convinieron todos los padres en que se le dexase al santo Abad la decision de un punto tan delicado. Despues de un maduro exâmen, pronunció Bernardo su sentencia en favor del papa Inocencio, y todo el concilio abrazó y veneró como oráculo el dictámen de nuestro Santo, declarando por antipapa á Anacleto. El mismo partido siguieron la Alemania, Inglaterra, y Epaña. Solo el duque Guillelmo, famoso por sus excesos, defendia con obstinacion el cisma en que se habia empeñado. Hizo san Bernardo muchos viages á la córte del Duque para reducirle á la razon; pero todas sus diligencias las frustraba Gerardo, obispo de Angulema, ciego partidario de Anacleto. Pidió el Santo á Dios en la misa por la conversion del Duque, y la alcanzó. Despues de la consagracion, y dada la paz al pueblo, tomó Bernardo el cuerpo de Cristo sobre la patena, sálese fuera de la iglesia donde estaba el Duque; y arrojando fuego por el semblante, y centellas por los ojos, le habló en tono tan imperioso y tan terrible, que atemorizado el Duque, cayó derribado en tierra medio muerto, y no se pudo levantar hasta que el Santo le dió un golpe con el pie, mandándole que lo hiciese, y escuchase con respeto y reverencia lo que Dios le intimaba por su boca. De repente se convirtió aquel lobo en un manso cordero; y de insigne pecador pasó á ser modélo de la mas austéra penitencia. Despues de esta ilustre conquista voló san Bernardo á sepultarse en su Claravál; pero todavía tuvo necesidad la Iglesia de su zelo y de sus apostólicos trabajos.

Hallándose el Papa en Lieja, recibió la obediencia de Lotario, rey de romanos; pero se halló muy embarazado con las pretensiones y demandas de aquel príncipe. Apénas se vió Bernardo con el Rey, cuando todo quedó arreglado á satisfaccion del Papa. Hallóse el Santo en

precision de hacer un viage á Flandes, donde con su presencia perfeccionó muchas ilustres conversiones, que ya habian comenzado su reputacion y sus escritos. Mas de treinta caballeros le vinieron siguiendo á Claravál para entregarse á su direccion; y en el propio año, el mismo Papa con toda su córte, vino á visitarle en su monasterio. Fue recibido con aquella pomposa simplicidad que tanto cautiva y tanto edifica á los grandes; halláronse en medio de una multitud de ángeles en carne mortal, que movieron la admiracion, y aun sacaron lágrimas á toda la córte romana. Ni uno solo de tanto número de santos monges levantó siquiera los ojos para satisfacer una curiosidad tan digna de perdonarse.

Siguióse despues el concilio de Rems, en que presidió el mismo Papa, y tambien este concilio obligó á Bernardo á abandonar su amado desierto. Luego que se concluyó, hizo mil instancias para que se le permitiese restituirse á su Claravál; pero se le mandó que siguiese al Papa en su viage á Italia. Asistió al concilio de Plasencia; y habiendo reconciliado á los de Pisa con los genoveses, acompañó á su Santidad hasta Roma. Habíale destinado el cielo para ser árbitro de todas las diferencias. Hízole el Pontífice legado suyo á Alemania, para reconciliar á Conrado, duque de Suabia, con el emperador, y de vuelta se halló en el concilio de Pisa. Fue el oráculo de él, como lo habia sido de los precedentes; y desde allí pasó á Milan para purgarla de la infeccion del cisma. Al rededor de él no se oian mas que aclamaciones, gritos de alegría, apellidándole en todas partes el ángel de la paz, y la columna de la Iglesia. Es verdad que á todas le acompañaba el don de milagros. Obró un prodigioso número de éllos en Milan, en Pisa y en Cremona; pero el mayor y el mas asombroso de todos sus milagros era el mismo Bernardo. Entre tanta multitud de gravísimas y penosísimas ocupaciones, compuso la admirable obra del *Cántico de los cánticos*; y como si no tuviese otra cosa en que pensar que en cuidar y en extender las colonias de su monasterio de Glaravál, en aquel mismo año fundó cinco monasterios. Parecia que no era posible mantenerse la Iglesia universal sin su actividad, siempre victoriosa y eficaz. Proseguia el rey de Sicilia Rogerio en sostener el cisma con

porfia y con obstinacion. Tambien esta conversion estaba reservada á nuestro santo Abad. Hallábase á la sazon mal convalecido de una enfermedad; y no obstante marchó á la córte de Rogerio, confundió y desvaneció en su presencia todas las razones del cardenal Pedro de Pisa, reputado por el hombre mas elocuente de su siglo, y finalmente apagó enteramente el cisma. De todas las magníficas ofertas que le hizo el papa Inocencio, en reconocimiento de sus grandes importantísimos servicios, solo admitió un diente de san Cesáreo mártir, con cuya reliquia se volvió á encerrar en su amada soledad, de donde envió dos colonias de sus hijos á Sicilia, en cuyo reyno acababa de fundar el rey Rogerio dos monasterios para los monges del Claravál, y despachó á Irlanda ótra tercera, á peticion de su grande amigo san Malaquías.

Parecia que para vencer todos los enemigos de la fe y de la Iglesia no habia otro que el abad de Claravál. Pedro Abailardo, célebre doctor, por la viveza de su ingenio, y por su brillante erudicion, que ostentaba con orgullo, se estragó primero en las costumbres, y muy poco despues desbarró tambien en la fe, enseñando muchos errores, que obligaron á los prelados á convocar un concilio en Sens. Fue llamado á él san Bernardo, refutó los errores de Abailardo, confundióle; y en fin le movió á que hiciese penitencia el resto de su vida. Ni fue este solo el triunfo que consiguió nuestro Santo de los enemigos de la Iglesia. Pedro de Bruis, y Enrique su discípulo, quedaron igualmente confundidos por él, no menos que Arnaldo de Brisia, y todos sus secuaces. Combatió con el mismo valor á otra casta de hereges, que se llamaban apostólicos, y se opuso con vigor al monge Raul ó Raulo, que movido de indiscreto zelo predicaba se debia quitar la vida á todos los judíos; haciendo asímismo condenar en el concilio de Rems á Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella. Llamábanle el taumaturgo del Occidente, por el prodigioso número de milagros que obraba, no ya en secreto ó en el rincon de Claravál, sino á vista de todo el mundo. El año de 1145 tuvo el consuelo de ver elevado á la cátedra de san Pedro uno de sus discípulos, Pedro Bernardo de Paganella, á quien el mismo Santo habia nombrado por abad del monasterio de san

Anastasio en Roma. Tomó el nombre de Eugenio III., y con el tiempo le dirigió el santo Abad su precioso libro *de la Consideracion*. En su pontificado se le encargó á san Bernardo que predicase la Cruzada contra los infieles, Hízolo con suceso tan feliz, y autorizó con tantos milagros lo que predicaba, que nunca se vió exército mas numeroso de cruzados. Malogróse esta empresa por los enormes pecados y excesos que los soldados cometieron. Atribuyó el Santo á solas sus culpas esta desgracia; y padeció con alegría una especie de persecucion que élla misma le ocasionó. Habiendo asistido san Bernardo, como oráculo de la Iglesia, á los concilios de Etampes, de Rems y de Tréveris, se retiró á Claravál, para recibir al papa Eugenio, y en presencia de su Santidad celebró allí mismo un capítulo general de su órden. Pero conociendo que cada dia se le iban debilitando mas las fuerzas, consiguió en fin que le dexasen quieto en su destierro. No fue inútil á la Iglesia este corto descanso; en él compuso muchas obras llenas de aquella mocion y dulzura espiritual que se experimenta en todos sus escritos; efecto de aquel abrasado amor de Dios que inflamaba su corazon, y de aquella ternísima devocion, que era propiamente su carácter. Pero lo que mas se dexaba admirar era la que profesaba á la santísima Vírgen. No hubo siervo alguno de esta Señora, ni mas fervoroso, ni mas delicado, ni mas elocuente, ni mas zeloso en inspirar su devocion y en extender su culto. Basta leer sus obras para dudar sí en todos los siglos tuvo jamás la santísima Vírgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un dia en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, extático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexîones, y exclamó: *¡O clemens! ¡ó pia! ó dulcis virgo María*; palabras que despues añadió la Iglesia á la antífona, que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun dia dexó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viages, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta las últimas extremidades de ésta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfer-

medad fue visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que movido de la fama de su eminente santidad, vino expresamente á Claravál para este intento. Hablóle el Santo del abuso y de la vanidad de las cosas humanas; exhortándole á que se quedase en Claravál; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dexóle ir; pero le pronosticó, que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reyno de Cerdeña, y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viage á Claravál Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al Santo fuese á meter paz en los moradores de Metz y algunos príncipes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase san Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó los dos exércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos; y cimentando aquella paz con muchos milagros, se restituyó á Claravál para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su extremada y tierna confianza en la santísima Vírgen. En fin, el dia 20 de agosto del año de 1153, este gran Santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espíritu santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los papas y á los reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos, y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claravál con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monges, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendicion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbran en la muerte de los santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto, y de suma veneracion á sus santas reliquias. Dióssele sepultura en la iglesia de Claravál, delante del altar de la santísima Vírgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro

de san Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte fue solemnemente canonizado por el papa Alexandro III., que celebró de pontifical el dia de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bernardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bernardo abad nos haga gratos á vuestros divinos ojos, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 39. del libro de la Sabiduría.

Justus cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur. Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiæ replebit illum: et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ; in oratione confitebitur Domino: et ipse diriget consilium ejus, et disciplinam, et in absconditis suis consiliabitur. Ipse palam faciet disciplinam doctrinæ suæ, et in lege testamenti Domini gloriabitur. Collaudabunt multi sapientiam ejus et usque in sæculum non delebitur. Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem. Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia.

El justo levantándose de madrugada, volverá su corazon al Señor que le crió, y hará oracion en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdon de sus pecados. Porque si el Señor grande quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia: y él esparcirá los eloquios de su sabiduría como lluvia, y dará gracias al Señor en la oracion, y éste dirigirá su consejo, y su doctrina, y se aconsejará en los juicios ocultos (del Señor.). Él hará patente la enseñanza de su doctrina, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Su sabiduría será alabada de muchos, y no se olvidará jamás. No perecerá su memoria, y su nombre se repetirá de una generacion en ótra. Las naciones predicarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

NOTA.

"El Autor de este libro del Eclesiástico, de donde se »sacó esta epístola, al mismo tiempo que hace el elogio »del Sábio, forma el retrato del hombre justo, mostran- »do que la verdadera gloria, el verdadero mérito, y la »verdadera sabiduría son inseparables de la verdadera »virtud, único asunto que debe dar materia al verdadero »elogio."

REFLEXIONES.

Será su nombre honrado de siglo en siglo, y la Iglesia celebrará sus alabanzas. Esta profecía tiene por objeto á todos los justos. La série de los siglos que va debilitando la memoria de todos los hombres grandes, da nuevo vigor á la de los santos, haciéndola cada dia mas respetable. Consume el tiempo hasta el relieve de las mas bellas acciones de los héroes de la tierra; marchítase su lozanía hácia el caer de la tarde; solo la virtud de los justos no está sujeta á esta duracion caduca; siempre se conserva viva la brillantez de su mérito; y siempre encuentra la Iglesia en su piedad asunto nuevo á su elogio. Pero mucho mas á la letra se cumple esta profecía en la Reyna de los santos y Madre de los escogidos, de quien se dice con razon, que todos los siglos venideros exâltarán su dicha. De la santísima Vírgen se puede propiamente decir, que la Iglesia celebrará todos los dias sus alabanzas, y que su nombre será de siglo en siglo honrado y glorificado. Es cierto que habiendo predestinado Dios á María desde toda la eternidad para madre de su Hijo, desde toda la eternidad fue objeto de la predileccion de toda la adorable Trinidad: y si los ángeles desde el primer instante de su creacion conocieron á Jesucristo por la fe, ¿cómo pudieron ménos de reconocer y de venerar á su Madre? San Agustin, san Juan Damasceno, san Bernardo, y otros muchos santos padres, aseguran que á los profetas y á los patriarcas de la ley antigua se les dió anticipado conocimiento de la Madre del Redentor, y que mucho mas se les concedió á los ángeles; ¡pues cuáles serían sus afectos de admiracion, de amor, y de res-

peto! *A prophetis prænunciata* (dice san Sofronio) *á patriarchis, figuris et ænigmatibus præsignata, ab evangelistis exhibita et monstrata, ab angelis venerabiliter atque officiosissime salutata.* Las hijas de Sion, es decir las almas fieles de todos tiempos y de todos los siglos, vieron y publicaron su mérito y su gloria (*Cant.* 6.): *Viderunt eam filiæ Sion, et beatissimam prædicaverunt.* ¡Qué idea mas sublime de su elevada dignidad; qué elógio mas magnífico que el del ángel san Gabriel en el dia de su Anunciacion; qué veneracion mas caracterizada que la de santa Isabel en el de la Visitacion! *Benedicta tu in mulieribus* (*Luc.* 1.). Pero no se contenta con esto; ¿De dónde á mí (añade) que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *unde hoc mihi*? ¿De qué manera, y en qué términos se explica Santiago el Menor en su liturgía sobre las alabanzas de la santísima Vírgen? "Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias; todos los ángeles y todos los hombres os honren y os reconozcan por templo santo, paraíso espíritual y gloria de las vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y á quien se dignó reconocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias." Sabemos lo que en este punto sintió san Juan y todos los demas apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes santos; pero ninguno de estos grandes doctores dexó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. San Ignacio mártir en el primer siglo; san Justino y san Iréneo en el segundo; san Gregorio de Neocesaréa y san Cipriano en el tercero; san Atanasio, san Efrén, san Basilio, san Epifanio, san Ambrosio, san Agustin, san Gerónimo, san Crisóstomo, san Sofronio en el cuarto; san Cirilo, san Euterio, san Crisólogo, y san Basilio el de Seleucia en el quinto; san Fulgencio, san Andres de Candia, y ótros muchos en el sexto; san Gregorio el grande, san Ildefonso, y todos los padres del segundo concilio de Nicéa en el séptimo; san Germán de Constantinopla, y san Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general en el octavo; san Nicéforo, Teófanes de Nicéa en el noveno; el sábio Idiota y san Fulberto en el décimo; el bienaventurado Pedro Damian, y san Anselmo en el undécimo, san Bernardo en todas sus obras, el abad Ruperto, Arnaldo de Chartes, y Hugo de Santo Victor en el duodécimo; el papa Inocen-

cio III. y el célebre Guillelmo de París, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, sin hablar de santo Domingo y de san Francisco, en el decimotércio; el sábio Scoto, san Bernardino de Sena, Juan Gersón, san Laurencio Justiniano, y san Antonino en el decimocuarto; todos los grandes hombres, y todos los sábios en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano, todos estos oráculos del Espíritu santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exâltar su poder despues del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con expresiones dignas de tal asunto, y con los términos mas enérgicos á una confianza sin límites, á una singular veneracion, y á una tierna devocion con la santísima Vírgen. ¿Pues qué podrán esperar de su futuro estado, y de su eterna salvacion aquellos que no tienen esta tierna devocion y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomem meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Del singular culto que debemos rendir á la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en haciendo reflexîon á que la Vírgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devocion y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobar y condenar el religioso culto que se debe tributar á María. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa muger á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al dia su poderosa intercesion; ¿qué culto no deben rendir los hijos verdaderos de élla? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero, ¿y cuántas no vomita contínuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinion y tenga el mismo lenguage, sino la heregia, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares elegidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su proteccion, tantas piadosas congregaciones y cofradías como hay en la Iglesia católica, baxo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publíca la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprensible dignidad de Madre de Dios; el augusto título de Mediadora con el Hijo del Eterno Padre; nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro reconocimiento, todo nos está pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la sublime dignidad de Madre de Dios, de Reyna de los ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios, y superior á todo lo que no es Dios. Al considerar los afectos de la mas humilde, de la

mas profunda veneracion con que todos los santos honraron á la santísima Vírgen, las expresiones de que se valieron para manifestar su respeto interior, que ni uno solo dexó de tributar el culto mas elevado, exceptuando la adoracion de latría; cuando se hace reflexîon á que la Iglesia no contenta con celebrar tantas fiestas en su honor con toda la solemnidad posible, no dándose por satisfecha con no comenzar ni acabar jamás el oficio divino sin una oracion particular á la santísima Vírgen, quiere que todos los dias se toque tres veces la campana, para acordar á los fieles que tributen á esta divina Madre el culto que se la debe: ¿cuánto debemos sentir el haberla honrado tan tibiamente hasta este dia? ¡Oh, y cuánta negligencia en su servicio! ¡qué frialdad, qué indecencia en el culto que la hemos tributado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latría*, ú de suprema adoracion que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de éllas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer; por cuanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion y auténtico reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Vírgen y á los santos se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Así, pues, hablando en propiedad, no es á María á quien dedicamos altares, consagramos templos, y ofrecemos sacrificio, sino á Dios que la escogió, y que la santificó, y que la glorificó. El segundo culto es de *dulía*, y es el que se rinde á los santos, cuyas virtudes se celebran, y á éllos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la santísima Vírgen, como debe ser proporcionado á su santidad, y á la clase que ocupa en la córte celestial, tambien ha de ser de órden superior al que tributamos á los santos, y por eso se llama de *hiperdulía*; esto es, de línea tan superior al de

los demas bienaventurados, cuánta es la ventaja que hace á todos éllos la santísima Vírgen en santidad, en dignidad y en merecimientos. Y como la santísima Vírgen, en calidad de madre de Dios, hace en la gloria, digámoslo así, clase aparte y sentada á la diestra de su Hijo, ocupa un trono muy superior á todos los ángeles y á todos los santos; tambien merece unos honores, una veneracion y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los santos que pueblan la celestial Jerusalen. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo la he tributado? Toda veneracion es la medida del aprecio que hacemos del mérito de una persona, y del concepto que formamos de su dignidad. ¿Y la veneracion que hemos profesado hasta ahora á la santísima Virgen será gran prueba de la excelencia de nuestro culto y de nuestra devocion á esta Señora? Respétanse los retratos, el nombre y hasta los palacios de los grandes; ¿qué respeto hemos tenido á los templos, á las imágenes y al nombre de María? ¿Cuántas veces en nuestras devociones hemos confundido las apariencias de respeto con una nueva costumbre?

Virgen santa, grande es mi dolor de haberos honrado, de haberos amado tan poco hasta el dia de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidaréis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á madre de mi Dios, comienzo á amaros como á mi querida madre. Dignáos recibir el arrepentimiento y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero que está bien resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas zeloso de todos vuestros esclavos.

JACULATORIAS.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Eccl.
Dignáos, ó sacratísima Vírgen, de que todos los dias de mi vida sean un perpétuo panegirista de vuestras alabanzas.

Ave, Regina cœlorum; ave, Domina angelorum. Eccl.
Dios te salve, Reyna de los cielos; Dios te salve, Señora de los ángeles y de los hombres.

PROPOSITOS.

Rézanse muchas oraciones, y se hace poca oracion; mas parece leer, que meditar ni pedir. El poco respeto y la poca atencion en las devociones las quitan el mérito, y nos privan del provecho. Si quieres que la Vírgen oiga tus oraciones, y que la sean agradables, vive bien. Siempre estan puros los labios cuando el corazon no está manchado con culpa. Tu interior y exterior, respecto á la santísima Vírgen, sea prueba de la ternura con que la amas, y señal visible del religioso culto que la rindes. Venera singularmente todas las cosas que la pertenecen ó se refieren á élla; devociones, imágenes, símbolos, oraciones, capillas, cofradías, todo lo que se dirige á honrar á la Madre de Dios, á inspirar confianza en la Madre de Dios, y á promover la devocion con la Madre de Dios; todo ha de ser dulce, precioso y respetable para ti. No pierdas ocasion de mostrar tu religiosa pasion por la Madre de Dios, de exâltar sus grandezas, de publicar sus alabanzas y de extender su culto. Estos afectos son propios de todos sus verdaderos siervos.

2 Honráse verdaderamente á la santísima Vírgen honrando á toda su familia; singularmente á santa Ana, á san Joaquin y á su prima santa Isabel, á san Zacarías, á san Juan Bautista, á san Juan Evangelista, y sobre todo á su casto esposo san José, guardia y testigo de su virginidad. Honra tambien por su respeto á todos los santos que mas sobresalieron en su tierna devocion. Celebra con solemnidad y con especial fervor todas sus fiestas. Es devocion muy meritoria ayunar las vísperas de las festividades de la Vírgen. Pero sobre todo te has de imponer una ley particular de rezar con singular devocion las oraciones que hicieres á esta Señora. Jamás dexes de rezar las *Ave Marías* á la mañana, á medio dia y á la noche; pero siempre con toda atencion y respeto. Pronuncia siempre con grande veneracion el sagrado nombre de María, y entre dia repítela muchas veces esta bella oracion de la Iglesia: *Maria mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

DIA VEINTE Y UNO.

San German, patriarca de Constantinopla.

San German, uno de los mas zelosos siervos de la santísima Vírgen en la Iglesia de Oriente, y uno de los mas célebres prelados de la Iglesia griega, nació hácia la mitad del siglo séptimo. Fue hijo del patricio Justiniano, á quien el emperador Constantino Pogonato mandó cortar la cabeza por muy ligeras sospechas. Sintió German vivísimamente esta desgraciada muerte, aunque era todavía muy niño, y estuvo inconsolable. Irritado el Emperador, y arrebatado de una barbaridad indigna del corazon humano, castigó severamente en el niño German el delito de haber sentido extremadamente la muerte de su querido padre. Pero al fin, prendado de su noble natural, de su bello ingenio, y sobre todo de su inclinacion á la virtud que ya se hacia admirar, se le trocó el corazon, y se arrepintió mucho, tanto de la muerte del padre, como de los malos tratamientos con que habia mortificado al hijo. Para reparar su falta cuidó que German fuese admitido en el clero, y aun el mismo Emperador hizo que se le diese un empleo distinguido en la iglesia de Constantinopla. Honró el nuevo clérigo su cargo, no menos por la brillantez de su ingenio, que por exemplo de sus virtudes. Aplicóse tanto á instruirse en las ciencias de la religion, que en breve tiempo fue la mas resplandeciente antorcha de la clerecía, y con la pureza de sus costumbres ganó la estimacion y los corazones de toda la ciudad.

Parecia haber nacido ya desde el vientre de su madre con una tierna devocion á la santísima Vírgen, siendo esta respetosa ternura hácia la Madre de Dios el carácter que le distinguió toda la vida. Cuanto mas meditaba sus grandezas y sus benéficos favores, mas enardecia su elocuencia en publicar sin perder ocasion sus alabanzas. Tenemos pocos padres de la Iglesia griega que hayan escrito en esta

materia, ni con mas mocion ni con mayor energía. Tardó poco en ser elevado por sus méritos á la primera dignidad de aquella iglesia; y su sabiduría, su zelo por la religion y su eminente virtud acreditaron que era muy digno de estar á la frente de la clerecía. Ya habia algunos años que brillaba German en Constantinopla, cuando vacó el obispado de Cycico en el Helesponto, y fue electo para él. Tomó su administracion hácia el fin del séptimo siglo. Habíale inficionado la heregía de los monotelitas, como á la mayor parte de las otras diócesis de Oriente. Hallóse el Santo con un campo cubierto de malezas, que era preciso desmontar. Correspondió en breve la mies á sus trabajos y á la magnanimidad de su zelo. Con la pureza de la fe restituyó á su antiguo esplendor la pureza de las costumbres, y en menos de tres años mudó de semblante aquella iglesia, que despues de largo tiempo estaba desfigurada y afligida. Parecióle que el medio mas eficaz para reformar prontamente tantos errores y tantos abusos era resucitar la devocion á la santísima Vírgen. No le engañó su pensamiento: á favor de la proteccion de la Madre de Dios, que destruye todas las heregías, se renovó la pureza de la fe y la reformacion de las costumbres, y en muy breve tiempo vió el santo Pastor unidas todas sus ovejas en un mismo rebaño.

Siendo san German tan agradable á los ojos de Dios, no podia menos de ser probado por la tribulacion. Era el emperador Filípico Bardanés, herege monotelita, y era nuestro Santo ardiente defensor de la verdadera fe; por lo que no era posible que el Emperador le dexase en paz. Habiendo desterrado al bienaventurado Cyro, patriarca de Constantinopla, al monasterio de Choras, le dió por compañero en el destierro al que era imitador de sus virtudes y de su zelo. Mantúvose desterrado nuestro Santo hasta que Filipo, fautor de los hereges, fue depuesto del trono imperial, y colocado en su lugar Anastasio, príncipe católico. Habia solos catorce meses que era dueño del imperio, y viendo la silla patriarcal de Constantinopla ocupada por un herege intruso, llamado Juan, le desposeyó de élla, y fue electo por patriarca el obispo de Cycico. El clero, el senado y el pueblo recibieron á san German con aplauso universal; y luego se persuadieron to-

dos á que aquella translacion habia sido un rasgo singular de la divina Providencia, que queria resucitar en la iglesia de Constantinopla la fe, la religion y la virtud. El dia de su entrada pública una muger embarazada se subió encima de un banco para verle mejor, y comenzó á gritar en presencia de toda la muchedumbre: *Santo prelado, echa la bendicion al fruto que tengo en mis entrañas. Bendígate Dios*, respondió el Patriarca, *por intercesion del primer mártir.* Esta última palabra excitó el pensamiento de poner el nombre de Esteban al niño, que á tiempo parió aquella buena muger, y fue despues san Esteban el mozo que en tiempo de Constantino Coprónimo padeció el martirio en defensa de las santas imágenes.

Apenas se vió nuestro Santo en la silla patriarcal de Constantinopla, cuando se vieron tambien mudadas las costumbres de toda la ciudad. Su primera diligencia fue resucitar con sus sermones y con exemplos la devocion á la santísima Vírgen. Este era el gran secreto de que se servia para la conversion de las almas, y para obrar sus ordinarias maravillas. Las revoluciones que sucedieron en el imperio de Oriente alteraron un poco la paz que gozaba la iglesia. Fue desentronizado el emperador Anastasio; sucedióle Teodosio III., que muy presto renunció el trono en Leon Isáurico, el cual se mostró católico á los principios; pero nuestro san German previó las calamidades que habia de padecer la Iglesia, cuando en el año de 719, al tiempo de hacer la ceremonia de bautizar al hijo del Emperador, á quien se le puso el nombre de Constantino, notó que se habia ensuciado en la pila del bautismo.

Duraba todavía la calma, cuando un prodigioso exército de árabes y de sarracenos entró por el pais, y puso sitio á la ciudad imperial. Duró el sitio tres años, en cuyo tiempo muchas veces estuvo en peligro de ser tomada por asalto. En esta pública calamidad se manifestó el zelo y la caridad de nuestro Santo; pues viendo que eran muy flacas todas las fuerzas humanas para resistir aquella espantosa multitud de enemigos, recurrió á su ordinario asilo la santísima Vírgen. Predicaba fervorosamente todos los dias, exhortando sin cesar á los fieles que procurasen aplacar la cólera del cielo por medio de la penitencia. Disponíanse los bárbaros para un asalto general, y el San-

to ordenó que por tres dias seguidos se celebrase una solemne procesion sobre las mismas murallas, llevando en élla una imágen de la Reyna de los cielos. Experimentóse luego el efecto de su poderosa proteccion. Vió el general de los sarracenos desde su mismo campo esta religiosa ceremonia, y preocupado de terror, determinó levantar el sitio. Capituló con el Emperador, y fue una de las condiciones que antes de retirarse se le permiteria entrar en la ciudad á él y á sus principales oficiales, solo por satisfacer su curiosidad, entregándose rehenes por una y por otra parte. Ya habian entrado algunos de los primeros, y el general estaba ya en la misma puerta del Bósforo, cuando le detuvo inmoble una mano invisible; y levantando atónitos los ojos, vió una imágen de la santísima Vírgen sobre la puerta de la ciudad. Quedó tan asombrado, que retrocediendo inmediatamente, se embarcó con precipitacion, y se puso en fuga. Hace mencion de este prodigio una epístola del papa Gregorio II. á san German, que se halla en las actas del segundo concilio de Nicea, y de él tomó ocasion nuestro Santo para predicar á su pueblo de Constantinopla unos sermones tan elocuentes sobre las grandezas y las alabanzas de la Vírgen. Ninguno hay, ó Vírgen beatísima, exclamaba el Santo, que pueda esperar su salvacion sino por medio tuyo; ninguno que pueda obtener misericordia sino por tu intercesion. O santa Madre de Dios, ¿qué sería de nosotros si nos abandonaras tú, que eres la vida y el espíritu de todos los cristianos? Es señal de predestinacion y de vida tener contínuamente en la boca el santo nombre de María... Así como la respiracion es señal de vida en el cuerpo, así el tener incesantemente en la boca tu santo nombre, ó Vírgen madre de Dios, no solo es señal de vida y alegría, sino que el mismo nombre la procura. Sea el nombre de la Madre de mi Dios la última palabra y el último acento de mi lengua, para que partiendo en este mundo con este ramo de oliva en la boca, vuele al lugar del descanso y de la paz: *Ut illud, velut olivæ ramum in ore referens, avolem, et requiescam*... Vos sois, ó Madre de Dios (dice en otra parte), todopoderosa para salvar los pecadores, ni necesitais de otra recomendacion para con Dios, porque sois madre de la verdadera vida. Vuestra proteccion es infalible;

vuestra intercesion prenda de la vida misma. Si vos no nos enseñárais el camino, ninguno sería espiritual; ninguno adoraria á Dios en espíritu; hízose espiritual el hombre desde que Dios os hizo á vos morada y habitacion del Espíritu de Dios. O Madre de Dios, ninguno está lleno del conocimiento de Dios, sino por vos. O Vírgen santísima, ninguno se salva sino por vuestra intercesion. O Madre de Dios, ninguno se libra de los peligros sino por vuestro favor. O Vírgen madre, ninguno consigue gracia alguna sino por vuestra mediacion. O Vírgen amada de Dios, tú eres el mas dulce consuelo que he recibido de Dios en todos mis trabajos, tú el rocío celestial que refresca mis ardores; en el seno de tu misericordia encuentra mi corazon refrigerio en sus arideces y sequedades. Despues de Dios tú eres mi fortaleza, mi apoyo, toda mi confianza; oye, te ruego, mis oraciones. No hay cosa mas propia de la Madre de mi Dios, la cual ama tanto los pecadores.

Todos los sermones de este gran Santo estan llenos de ternísimos afectos á la santísima Vírgen; y así esta Señora le sostuvo amorosamente en todos sus trabajos, porque habiéndose declarado iconoclasta el emperador Leon, no perdonó á medio alguno para perder á un hombre que tan ilustre y valerosamente defendia la verdadera fe. Valióse de cuantos artificios pudo, y supo para desacreditarle: calumnias, embustes, persecuciones, de todo echó mano para despojarle de la silla patriarcal, sin acordarse de los importantes servicios que el Santo habia hecho á la ciudad y al mismo Emperador; pero al santo Patriarca ni le acobardaron las amenazas, ni le hicieron perder su vigor los malos tratamientos. Publicó Leon un impío edicto contra el culto de las santas imágenes; salió al encuentro san German defendiendo la fe con tanta fuerza y con tanto valor, así en sus escritos como en sus sermones, que ofendido y fuera de sí el Emperador por la santa libertad con que le habia reprendido su impiedad, y furiosamente irritado por el zelo con que predicaba contra la nueva heregía, le mandó abofetear, azotar y ultrajar ignominiosamente por los mismos soldados que envió para que le echasen del púlpito abaxo. Contaba ya á la sazon noventa años el venerable Prelado, y se mostró insensible á tan indignos ultrages; pero no bastó su paciencia

para aplacar el ánimo del impío Emperador. Hízole deponer de su silla por una multitud de obispos vencidos á sus pasiones, y empeñados en su misma heregía, desterrándole despues al monasterio de Choras, donde ya habia estado antes en compañía de san Cyro, su predecesor en la silla patriarcal de Constantinopla. Vivió san German otros dos ó tres años en aquel retiro, entregado enteramente á Dios y á los exemplares exercicios de la mas consumada virtud; y el año, en fin, de 734, consumido al rigor de sus penitencias y de sus largos trabajos, cargado de merecimientos, despues de una vida tan dilatada como inocente, rindió su bieanventurado espíritu en manos de su Criador en el monasterio de Choras. Allí estuvo sepultado su santo cuerpo hasta que con el tiempo fue trasladado á Francia por los franceses cuando éstos se apoderaron de Constantinopla. Venéranse sus reliquias en la iglesia de Borty, pueblo situado entre Limosin y el Auvergne. Fue siempre reputado san German por uno de los mayores siervos de la Madre de Dios, y por el primer defensor de las sagradas imágenes.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor del Santo la que se sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Germani, confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en esta venerable solemnidad del bienaventurado German, tu confesor y pontífice, aumentes en nosotros el espíritu de devocion y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del capít. 24. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, fólio* 252.

NOTA.

»Pondera aquí la Sabiduría el favor que hizo á los »hebreos con exclusion de las demas naciones, y la sin»razon con que éstas se jactaban de poseerla. La verda»dera sabiduría solo residia en el pueblo de Israel, y la »verdadera devocion á la santísima Vírgen solo se encuen»tra en la Iglesia.

REFLEXIONES.

Yo derramé una fragrancia como el cinamomo, y como el bálsamo mas precioso, y un olor como la mas excelente mirra. Este lenguage en rigor solo le puede tener la santísima Vírgen. Si los santos son buen olor de Cristo, ¿qué será la Reyna de los santos? Si la gracia santificante se compara al mas precioso bálsamo, ¿qué fragrancia exhalará la que está llena de élla? Y si el cinamomo, el bálsamo y la mirra son símbolos de las virtudes principales, ¿á quién se aplicará con mayor propiedad que á María? La gracia santificante distinguió el primer instante de su concepcion; aquel instante en que el predestinado y el réprobo, el pobre y el rico, el vasallo y el monarca se ven igualmente envueltos en la desgracia del Señor; aquel instante vergonzoso para todos los demas hombres fue un instante lleno de gracia para la santísima Vírgen. Hija del Altísimo, heredera del cielo, digno objeto del amor de todo un Dios, está viendo al resto de los hijos de Adan esclavos del demonio, herederos del infierno, víctimas de la divina Justicia. Élla sola, por una prerogativa que juzgó digna el Señor de la que habia escogido para madre suya, recibió la gracia en el primer instante de su concepcion, y la conservó hasta el último momento de su vida tan bella, tan pura, tan entera como la recibió, sin haberla manchado jamás ni con culpa venial, ni con imperfeccion, ni con fragilidad, ni con la mas mínima sorpresa. Gran maravilla es ver brotar del seno de la tierra una agua tan clara, tan pura, tan cristalina como si baxara del cielo; pero es cosa inaudita que esta misma agua, despues de haber regado los prados y las campiñas; despues de haber corrido largo espacio por un valle profundo y cenagoso, éntre en fin en el mar tan limpia y tan clara como salió del manantial. Esto hizo la santísima Vírgen. Despues de haber vivido sesenta y dos años en este valle de lágrimas, en este lugar de miserias y de imperfecciones, sin haber perdido su corazon un punto de su pureza; su humildad, su castidad y su paciencia expuestas á pruebas que no tuvieron semejante, de las mismas pruebas recibieron nuevo esplendor. Vióse preferida por el mismo

Espíritu santo á todas las de su sexô, y no se alteró su profunda humildad con este sublime honor. La esperanza cierta de ser madre de Dios y reyna de todo el mundo no fue bastante ni aun para hacerla titubear en el voto de conservar entera su pureza. Ve espirar á su único Hijo entre dolores y oprobios; vióle despues resucitar lleno de gloria, sin que extremos tan opuestos causasen en su corazon ni excesos de tristeza, ni excesos de alegría. Su caridad con todos los hombres fue inmensa. ¿Qué fe mas perfecta, qué mortificacion mas contínua? ¿qué modestia mas amable? ¿qué amor de Dios mas puro, mas encendido ni mas extraordinario? ¿qué santidad mas eminente? María, dice san Bernardino de Sena, amó á Dios sin interrupcion desde el primer instante de su vida. *Mens Virginis in ardore dilectionis continuo tenebatur.* Si María desde el primer instante de su concepcion hasta el último de su vida hizo tantos actos de amor de Dios cuantos instantes vivió, habiendo igualado y aun excedido sus méritos desde aquel primer instante á los méritos de todos los ángeles y de todos los hombres, ¿qué inestimable, qué incomprensible tesoro de gracias, de virtudes y de merecimientos sería el de la santísima Vírgen en el momento de su muerte? ¡Oh y con cuánta verdad pudo decir élla sola: *Yo derramé una fragancia como el cinamomo, y como el mas precioso bálsamo!*

El evangelio es del cap. 10. *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, fólio* 254.

MEDITACION.

Del amor que la santísima Vírgen tiene á todos los hombres, singularmente á los pecadores.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no solo es cierto, sino artículo de fe, que Dios ama á todos los hombres, que á todos los quiere salvar, y que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: *Illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* La Vírgen no tiene otra voluntad que la de Dios; y así ama todo lo que Dios ama; ninguna cosa tiene mas en su corazon que todo lo que Dios quiere. El amor de Dios y del

próximo son, por decirlo así, de una misma edad; nacen gemelos dentro del corazon, viven y mueren siempre juntos. Son dos eslabones, dice san Gregorio, que forman una misma cadena; dos rios que nacen de una misma fuente; dos ramas que salen de un mismo tronco; dos astros que proceden de un mismo principio, y tienen un mismo motivo. Comprende, si es posible, el extremado amor que la Vírgen tiene á Dios, y entonces comprenderás el que profesa á los hombres. Ahora, pues, así como no hay pura criatura que mas ame á Dios, así tampoco la hay que mas nos ame á nosotros. María, dice san Bernardo, es nuestra hermana, nuestra parienta, nuestra aliada y nuestra madre. *Dic, obsecro te, quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.* Aún no lo dixe todo: no como quiera es madre, sino buena madre nuestra. No impuso Dios, dice santo Tomas precepto particular á los padres y á las madres para que amasen á sus hijos; sería sin duda ocioso; porque la misma naturaleza los comunica un amor tan grande y tan violento hácia sus hijos, que esto propio los sirve de ley y de precepto. ¿*Podrá nunca una madre*, dice el mismo Dios, *olvidarse del fruto de sus entrañas*? Pues considera si María se podrá olvidar de los hombres siendo la mas tierna de todas las madres. Luego que María comenzó á ser madre Dios, dice san Anselmo, comenzó á ser madre de los hombres. ¿Quién dudará ya de la ternura con que nos ama? Esta se puede conocer por el doloroso sacrificio que hizo por nuestro amor. Amaba á su querido Hijo como ninguna madre amó jamás, ni jamás puede amar al suyo. En medio de eso tratóse de que sacrificase á su querido Hijo por la salvacion de los hombres; pues no se detuvo un punto en hacer élla misma este doloroso sacrificio. ¿Cuánto te parece que la costaria? Ofrecióle élla misma á la muerte, y á la muerte mas infame, á la muerte mas cruel. Pregunta despues de esto si es cierto que nos ama la santísima Vírgen; y mira si encuentras motivo mayor ni mas poderoso para una filial confianza en la bondad de la Madre de Dios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor que nos tiene la santísima Vírgen es un amor muy compasivo, en fuerza del cual se

la hacen muy sensibles nuestras miserias; y como la mayor de esta vida es el pecado, es mayor la ternura y la compasion con que mira á los pecadores. Inspírala este compasivo afecto la conformidad de su corazon con el de su divino Hijo. Todos sabemos el zelo del Salvador del mundo por la salvacion de los pecadores. *Non veni vocare justos, sed peccatores.* Pues esta es la medida del amor y del zelo de la santísima Vírgen. Por eso la llama la Iglesia *Refugio de pecadores*; y en la oracion ordinaria, que la repite tantas veces al dia, no la acuerda otro motivo que ser pecadores aquellos por quienes ruega; *ora pro nobis peccatoribus.* ¡O inmaculada vírgen María, exclama san Efren, madre de Dios, reyna del universo, esperanza de los mas desesperados, recurso de todo el mundo; todos nos ponemos debaxo de vuestra proteccion, cubridnos con las alas de vuestra caridad y de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros, manchados con tantas culpas! No cesa la Vírgen de rogar en el cielo por los pecadores, dice el venerable Beda: *Non cessans pro peccatoribus exorare.* Y ciertamente, siendo madre de misericordia, ¿cómo podia dexar de amar á los pecadores, ni de interesarse por su salvacion? ¡O María, exclama san Buenaventura, por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre: *Materno affectu complecteris*! Es la santísima Vírgen medianera entre Dios y los hombres, como dice san Bernardo; luego es preciso que ame tiernamente á los pecadores. Vírgen santa, prorumpe Guillelmo, obispo de París, si me es lícito hablar así, á los pecadores debeis en cierta manera todo lo que sois; el estar llena de gracia, el coronaros colmada de gloria, y hasta el augusto título de Madre de Dios: *Totum quod habes gratiæ, quod habes gloriæ, etiam hoc ipsum quod es mater Dei, si fas est dicere, peccatoribus debes*, pues por éllos se os concedió todo esto: *Omnia enim hæc propter peccatores tibi collatæ sunt.* ¿Pues cómo los podrás negar tu proteccion y tu benevolencia? Ámanos, pues, la santísima Vírgen con ternura; muévenla á compasion nuestras miserias; interésase en nuestra salvacion. ¿Qué motivo de mayor consuelo, ni qué mayor aliento á nuestra confianza? No mereces ser oido, porque eres pecador, dice san Anselmo; pero los méritos de la Madre de Dios,

que intercede por los pecadores, piden que Dios te oiga. ¿Quién desconfiará de la misericordia del Hijo, dice san Bernardo, teniendo por abogada á la Madre? Amanos María por mas pecadores que seamos; ¿pues por qué no amarémos nosotros á María? ¿por qué no pondrémos en élla, despues de Dios, toda nuestra confianza?

Péguese mi lengua para siempre á mi paladar; entréguese al olvido mi mano derecha si mi corazon cesare jamás de amaros, ó Vírgen santa, si mi lengua cesare jamás de engrandeceros, si me apartare jamás de vuestro servicio, ó única esperanza mia despues de mi Dios, ó refugio mio, ó asilo seguro de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Si oblitus fuero tui, oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Olvídese para siempre mi mano derecha, si me olvidare yo nunca de tu bondad para conmigo, ó Vírgen santa.

In te confido, non erubescam. Salm. 24.

En ti confio, madre de mi Dios, y no quedará confundida mi confianza.

PROPOSITOS.

Es cierto que despues del sagrado corazon de Jesus, el de su santa Madre es el mas santo, el mas excelente, el mas venerable objeto que se puede proponer á la devocion de los cristianos. Considerado este corazon en su ser material, es la porcion mas noble del mas santo cuerpo entre las puras criaturas que hubo jamás en el mundo, y por consiguiente un objeto mil veces mas digno de veneracion que todas las reliquias de los santos. Este corazon fue el principio natural de la vida de la santísima Vírgen; él prestó por decirlo así, aquella preciosa sangre de que el Espíritu santo formó el adorable cuerpo de nuestro Salvador; él es, como se dice, el asiento, el trono del amor que nos tiene esta Señora, y de él salen todos los tiernos afectos con que nos mira esta bienaventurada criatura. Y si del sentido natural pasamos al moral, ¿qué corazon mas santo, mas digno de nuestro respeto y de

nuestra veneracion, puesto que es el sólio de todas las virtudes mas admirables, y el símbolo mas natural del amor tierno y perfecto que la santísima Vírgen profesa á Dios y á los hombres? Este corazon es todo nuestro, pues nunca dexó de amarnos; y si Maria nos ama como á sus hijos, ¿con qué ojos debemos mirar el corazon de tal madre? Estas consideraciones movieron la devocion de los fieles algunos años ha á celebrar una fiesta particular en honor del sagrado corazon de María. Celébrase esta fiesta en muchos obispados de Francia, como son Coutanzes, Dijon, Arlés y Leon, donde se han erigido congregaciones en reverencia de este sagrado corazon, no solo con aprobacion de los mayores prelados, sino tambien con la de la santa Sede apostólica. Ten tú tambien esta devocion, alístate en alguna de estas congregaciones; y si solo el nombre de María es hoy título particular de una fiesta en gran parte de la Iglesia, ¿qué devocion no debes profesar á su sagrado corazon?

2 El papa Clemente IX. en el breve de indulgencias, con data de 28 de abril de 1668, concedido en favor de la congregacion que se fundó en Arlés, dentro de la abadía de san Cesáreo, con el título *del sagrado Corazon de la Madre de Dios*, señala la tercera dominica despues de Pentecostés para el dia de la fiesta. En París, donde está muy introducida esta devocion, se celebra el dia 8 de febrero. No dexes de hacer esta fiesta todos los años con especial devocion; y para tener parte en las indulgencias que la Silla apostólica concede á los congregantes, agrégate á su número, confesando y comulgando el dia de la entrada. Emplea toda tu autoridad y tu zelo en extender por todas partes la misma congregacion. El que es devoto del sagrado corazon de la Madre de Dios no puede dexar de tener parte en sus mayores favores y en la distribucion de todas sus gracias. Rézala con frecuencia la oracion siguiente:

"Permíteme, ó santísima Madre de mi Dios, que me »agregue á las almas santas que se aplican á honrar con »particular culto vuestro sagrado corazon, para que pue»da tener parte en las gracias concedidas á los que profe»san una devocion tan agradable á vuestro querido Hijo, »y á vos su divina Madre. O corazon santísimo de la Ma-

»dre de Dios siempre inmaculada, corazon el mas puro, »el mas venerable despues del corazon de Jesus, que for- »mó la mano todopoderosa del Criador, manantial in- »agotable de bondad, de dulzura, de amor y de miseri- »cordia; imágen perfecta del sagrado corazon de Jesucris- »to, mi Salvador, siempre sensible á nuestros males, siem- »pre abrasado en el ardiente deseo de mi salvacion, siem- »pre abierto á los que se refugian á él; dígnate admitir »mis humildes obsequios y mis vivos afectos de respeto »y de veneracion. Vírgen santa, madre de misericordia »y madre del hermoso amor, haced que mi corazon sea »semejante al vuestro; purificadle por vuestra poderosa »intercesion, santificadle, desprendedle del amor de las »criaturas, y el mismo fuego que abrasa el vuestro, abra- »se tambien el mio en el tiempo y por toda la eterni- »dad. Amen.”



DIA VEINTE Y DOS.

San Felipe Benicio, confesor.

San Felipe Benicio, reputado comunmente por fundador de la religion de los servitas ó siervos de la Vírgen, aunque hablando con propiedad, como dice el martirologio, solo fue propagador, tuvo por patria á la ciudad de Florencia, y fue de la noble familia Beniti ó Benicia, tan distinguida y respetada en todo el pais. Nació por los años de 1224. Su padre Jacobo y su madre Albanda, igualmente recomendables por su piedad que por su nobleza, tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Dió el niño muy desde luego presagios ciertos de su futura santidad por lo apacible de su bello natúral, por su inclinacion á la virtud, y sobre todo por una anticipada devocion á la santisima Vírgen. Aún no tenia un año cuando llegaron á pedir limosna en la ciudad de Florencia algunos religiosos servitas; luego que el Niño los vió, desató el cielo su lengua, y exclamó milagrosamente: *Estos son los siervos de la Vírgen*; prodigio que aumentó

el amor y la atencion de sus padres, considerándole desde entonces como quien habia de ser con el tiempo la honra de toda la familia.

Despues que acabó la gramática y letras humanas en Florencia, le enviaron á estudiar la medicina en París. Luego se hizo admirar en aquella universidad la viveza y la penetracion de su ingenio, la pureza de sus costumbres, y una prudencia extraordinaria, poco regular en los mozos de su edad. Restituyóse á Italia, y pasó á continuar el mismo estudio en la universidad de Padua, donde recibió la borla de doctor. Vuelto á Florencia, lejos de dexarse deslumbrar de las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, resolvió aspirar á otra gloria mas sólida. Andaba deliberando sobre el estado que abrazaria, cuando un jueves de la octava de Pascua entró á oir misa en la capilla de los servitas de Florencia. Era puntualmente la epístola del dia la historia de la conversion de aquel eunuco de la reyna de Etiopia, y le hicieron grande impresion aquellas palabras del Espíritu santo al diácono Felipe: *Felipe, acércate á este carro*, pareciéndole por la conformidad del nombre que se las decian á él. Ocupado enteramente en estos pensamientos, se retiró á su casa, y pidió muy de veras á la santísima Vírgen que le diese á conocer la voluntad de Dios, pasando en oracion hasta la media noche. En élla tuvo la vision siguiente: Parecióle que se hallaba en medio de una vasta y desierta campiña, donde no veia mas que precipicios, peñascos, rocas escarpadas, lodazales, serpientes, espinas y lazos tendidos por todas partes. Atemorizado con tan espantosa vision, comenzó á dar gritos con todas sus fuerzas; pero sin volver del rapto. Sosególe presto la santísima Virgen, que se le apareció sobre un resplandeciente carro, rodeada de ángeles y de bienaventurados, y repitiéndole las mismas palabras que habia oido en la misa, le dixo: *Felipe, acércate, y júntate á este carro*, mandándole se entrase en la religion de los servitas, que se acababa de fundar, figurada por aquel carro misterioso.

Contaba solos quince años de fundacion aquel religioso órden, tan fecundo en santos, y tan digno de veneracion, sobre todo por la especial profesion que hace de servir á la santísima Vírgen, y honrarla con culto

muy particular, habiendo sido su cuna el Monte Sereno, á tres leguas de Florencia, adonde se habian retirado siete mercaderes de la misma ciudad, y servian á Dios de comunidad baxo la proteccion de la santísima Vírgen, tomando el título de siervos de María. Acababan de fundar un hospicio á las mismas puertas de Florencia con una capilla muy reducida, en la cual habia oido Felipe la misa el dia antecedente. No dudando ya que Dios le llamaba á aquella religion que se iba formando, luego que amaneció se fue al hospicio, y arrojándose á los pies del P. Bonfils, uno de los primeros fundadores, á quien los demas voluntariamente se habian sujetado, nombrándole por superior, le suplicó con mucha instancia y con no menor humildad le admitiese en su congregacion al número de los hermanos legos. No conocia el P. Bonfils ni la caridad, ni los talentos del pretendiente, y así le admitió sin dilacion en la humilde clase que él mismo solicitaba, enviándole á Monte Sereno para que se ocupase en los oficios mas abatidos de la casa y en las labores del campo. Ninguna cosa era mas conforme á los deseos de su profunda humildad; y supo disimular con tanta destreza así su sabiduría como su noble nacimiento, que ninguno pudo descubrir en él sino un gran fondo de juicio, de prudencia y de virtud, que se hacia reparar no sin admiracion. Su mortificacion era extremada; y como si no bastasen para domar su cuerpo los excesivos trabajos de sus ocupaciones, añadia otras penitencias que espantarian á los mas robustos. Las ocupaciones exteriores no interrumpian ni su contínua oracion, ni su íntima union con Dios. Repartia el tiempo con tanta economía, que siempre le sobraban muchas horas para pasarlas en oracion delante de una imágen de la santísima Vírgen, y para retirarse á una gruta poco distante de la iglesia, en la cual acompañaba la meditacion de la pasion del Salvador con mortificaciones voluntarias, olvidando las necesidades del cuerpo hasta pasar tres dias enteros sin alimento. Consolábase con la esperanza de pasar así toda su vida trabajando en la propia santificacion á favor de una vida desconocida y obscura, cuando los superiores, reconociendo en él una prudencia extraordinaria, acompañada de una eminente virtud, le enviaron á Sena para que tuviese la

inspeccion de una casa de la órden que se estaba fundando en aquella ciudad. Tenia consentido en que siempre se podria mantener en el humilde estado de lego; pero una conversacion que tuvo en el camino de Sena con dos padres dominicos hizo traicion á su humildísimo espíritu. Descubrieron en él una capacidad tan superior y unos talentos tan raros, que al instante representaron á sus superiores el agravio que se hacian á sí mismos y á toda la Iglesia en tener escondida aquella resplandeciente antorcha debaxo del celemin, persuadiéndolos á que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron éllos mismos este tesoro escondido luego que le exâminaron; y sin dar oidos ni á la resistencia de su humildad, ni á sus ruegos ni á sus lágrimas, consiguieron dispensa de Roma para elevarle á los órdenes sagrados. Apenas fue visto en el altar cuando su eminente santidad se abrió camino, y rompió todos los velos con que hasta entonces se habia procurado cubrir para ocultar su raro mérito. Inmediatamente le fueron ascendiendo sucesivamente por todos los empleos de la órden; hiciéronle definidor, despues asistente, y en fin general de toda élla. Ninguno lo mereció mas, y ninguno se tuvo por menos digno de serlo. Puso en execucion todos cuantos medios supo y pudo para exîmirse del cargo, pero no fue oido. Conoció entonces que habia otra voluntad superior á la suya, y se rindió á la disposicion de la divina Providencia á que ya no podia ni debia resistirse. Aplicóse principalmente á extender el culto de la santísima Vírgen, que era el primario fin de su sagrado instituto. Aunque se habian pasado ya treinta y cinco años desde los primeros principios de la órden, apenas habia hecho progresos, reduciéndose toda élla á una casa, y á dos ó tres hospicios pequeños; pero luego que nuestro Santo fue visto á la frente de su congregacion, el mérito del general la hizo célebre y famosa. Concurrian de todas partes en tropas á ponerse baxo su direccion; la mayor parte de las ciudades clamaban por sus hijos, y nuestro Santo dió tanto vuelo y tanta reputacion á su órden, que aunque fue el quinto general de élla, todos convienen en considerarle como á su fundador. No contribuyó poco á esto un milagro que obró haciendo viage á Roma. Encontró en

el camino á un pobre leproso casi enteramente desnudo; no teniendo oro ni plata que darle, se despojó de su túnica, echósela á cuestas, y en el mismo punto quedó el leproso totalmente limpio y perfectamente sano. Encargóle, rogóle y conjuróle Felipe que no publicase esta maravilla; pero pudo mas el agradecimiento del leproso que la humildad del Santo. Mas el lance donde resplandeció con asombro su modestia fue cuando huyó de la primera dignidad de toda la Iglesia por muerte del papa Clemente IV. Estaba la Sede apostólica vacante habia cerca de tres años; juntos los cardenales en Viterbo, no podian convenir en la eleccion, cuando de repente conspiraron todos en elegir al general de los servitas, como al sugeto mas digno que entonces se conocia. Luego que el Santo llegó á entender este proyecto, secretamente se huyó á las montañas mas ásperas del territorio de Sena, no llevando consigo mas que un religioso confidente suyo, de quien se podia fiar con toda seguridad. Allí estuvo escondido en las concavidades de los riscos hasta que supo haberse ya dado un nuevo pontífice á la Iglesia, que fue el papa Gregorio X. Fue gratísimo á nuestro Santo aquel casual retiro, viéndose en la soledad á que aspiraba siempre su humilde corazon, y que tenia tantos atractivos para él, logrando la tranquilidad de aquel sosiego para entregarse todo el tiempo á la oracion. Abandonóse enteramente á los rigores de una penitencia excesiva; su ayuno era austerísimo y contínuo; su alimento yerbas silvestres y desabridas; su bebida un poco de agua, y aun ésta se le acabó presto, habiéndose secado el manantial por la calidad de aquel árido terreno. Pero se dice, que habiéndole herido tres veces con el báculo, lleno de confianza y de fe, brotó un chorro tan copioso, que formó una especie de mar, al cual desde entonces se le da el nombre de los *Baños de san Felipe*, conservándose hasta el dia de hoy en el monte llamado *Montañete*, y se atribuye á los méritos de nuestro Santo la virtud de aquellas aguas para curar muchas enfermedades.

En aquel retiro fue donde le dió á entender el Señor ser su voluntad que llevase su nombre á otras provincias, y extendiese en los paises extrangeros el culto y la singular devocion que profesa su órden á la santísima Vírgen:

Con efecto, luego que salió del desierto nombró un vicario general de Italia en su lugar, y él se fue con dos religiosos á publicar en otras partes las grandezas de la Madre de Dios, predicando al mismo tiempo penitencia. Comenzó por Francia, donde se vió con admiracion el prodigioso fruto que hacian sus sermones, especialmente en las ciudades de Aviñon, Tolosa y París, donde fue recibido como un nuevo profeta. Pasó á los Paises Baxos, á Frisia, á Saxonia, á la superior Alemania, publicando en todas partes las grandezas de la santísima Vírgen, despertando, aumentando y propagando en todas éllas el culto y la tierna devocion á la Madre de Dios.

Empleó dos años en esta apostólica mision; y vuelto á Italia convocó un capítulo general en Burgo, donde no perdonó á diligencia alguna para que le admitiesen la renuncia del generalato. Lejos de admitírsela, todos los vocales á una voz le declararon por general para toda la vida. Viéndose, pues, obligado á mantener el empleo, y á perfeccionar su instituto, pasó al concilio general de Leon para solicitar su aprobacion, y la consiguió con todas las gracias y elogios que merecia instituto tan sagrado. Restituido á Italia, pacificó la ciudad de Pistoya, cruelmente despedazada tiempo habia por los sangrientos bandos de Guelfos y Gibelinos. Con igual felicidad trabajó en pacificar las turbaciones de Florencia, y reduxo los habitantes de Forli á que volviesen á entrar en la obediencia del papa Martino IV. A la verdad, su ardiente zelo le hizo tragar muchas humillaciones y trabajos. No pudiendo sufrir los rebeldes la vehemencia de sus sermones, se echaron sobre él, le desnudaron vergonzosamente, le azotaron por las calles públicas, y le arrojaron ignominiosamente de la ciudad; pero no fue sin fruto su paciencia. Uno de los que mas le habian maltratado, llamado Peregrino, se movió, se arrepintió y escogió la misma órden de nuestro Santo para teatro de su penitencia. La que hicieron algunas mugeres perdidas que se convirtieron precisamente á vista de su modestia fue un noble testimonio de que en los santos todo es sermon, y todo es eficaz.

Debilitada extraordinariamente su salud al peso de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin. Aunque desfallecido y sin fuerzas, pasó de

Florencia á Sena, y de Sena á Perosa, donde recibió la bendicion del papa Honorio IV., y habiendo obtenido nuevos privilegios para su órden, se encaminó á Todi, cuyos moradores le salieron al encuentro con ramos de oliva en las manos para recibirle como en triunfo. Entró en la Iglesia de su convento, y postrado delante del altar de la santísima Vírgen, exclamó: *Este será para siempre el lugar de mi reposo.* Asaltóle una calentura el dia de la Asuncion de nuestra Señora, y pasó toda la octava en contínuos actos de amor de Dios, de afectos á la santísima Vírgen y de dolor de sus pecados. El último dia de la octava mandó que le administrasen los sacramentos, y despues se quedó por tres horas como muerto. Vuelto de aquella especie de desmayo, dixo que el demonio habia hecho todos los esfuerzos que pudo para perderle, pero que la proteccion de la santísima Vírgen le habia librado de aquel peligro. Pidió despues su libro, que así llamaba al crucifixo, y aplicándole al pecho estrechamente, entregó el alma al Criador el dia 22 de agosto de 1285, aunque su fiesta se fixó al dia 23 por concurrir el 22 la octava de la Asuncion. Tres dias enteros estuvo el santo cuerpo sin ser posible darle sepultura por el innumerable concurso de la gente; y el año de 1670 le canonizó el papa Clemente X. con las solemnidades acostumbradas.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor del Santo la siguiente.

Deus, qui per beatum Philippum confessorem tuum eximium nobis humilitatis exemplum tribuisti; da famulis tuis prospera mundi ex ejus imitatione despicere, et cœlestia semper inquirere: Per Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de tu confesor el bienaventurado Felipe nos diste tan grande exemplo de humildad; concede á tus siervos la gracia de menospreciar todas las dignidades de la tierra, y de aspirar siempre á los bienes del cielo: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría, y la misma que el dia XV, fol. 252.

NOTA.

»Todas las expresiones de esta epístola son figuradas »segun el estilo de los orientales. *Eché raices* se entien»de aquí por fixarse en el pueblo que honró Dios con su »eleccion; y este pueblo significa las almas de los santos. »Todos los árboles y todas las flores odoríferas de que se »hace mencion son símbolos de las virtudes de la santísi»ma Vírgen, así como en el pueblo honorificado estan »figurados sus devotos.

REFLEXIONES.

El que me crió descansó en mi tabernáculo. En estas palabras se comprenden todos los mayores elogios que se pueden decir de la Madre de Dios. Admirámonos algunas veces de lo poco que se halla escrito en la sagrada Escritura acerca de las grandezas de la Vírgen, y hasta los menos zelosos de su culto quisieran que el evangelio se hubiera explayado mas en sus elogios. ¿Pero qué elogio mas noble ni mas excelente nos pudiera decir el evangelio; qué cosa de mayor estimacion, qué expresion mas propia para llenar todo el concepto que se puede formar de una pura criatura, que decirnos, *María de la cual nació Jesus*? Basta penetrar bien estas dos palabras *Madre de Dios*, para que se dé por cumplidamente satisfecho todo el zelo que se puede tener por la gloria de María. ¿Por ventura puede el mismo Dios elevar una pura criatura á mas alta dignidad? Fuera de la union hipostática, ¿hay ni puede haber comunicacion mas íntima con la naturaleza divina, que la divina maternidad? Esta es la basa en que se funda la profundísima veneracion que toda la Iglesia profesó siempre á la santísima Vírgen; la grande distincion que siempre hizo entre esta Señora y todos los demas santos. Es María madre de Dios; pues no hay que temer ni exceso en sus elogios, ni indiscrecion en su confianza, ni supersticion en el religioso culto que la corresponde. Habiendo destinado Dios á María para el augusto ministerio que pudo caber en las altas ideas de la Sabiduría increada, infirió la Iglesia que necesariamente habia de derramar en élla todos los tesoros de sus gracias, colmarla

de todos sus favores, y prevenirla con todos los privilegios que la podrian proporcionar á sostener con dignidad el alto augustísimo carácter de madre de Dios. En esto se funda para juzgar que fue inmaculada y santa en su concepcion; porque pareceria indecencia que la Madre de Dios ni por un solo instante fuese esclava del demonio; que élla sola recibió mas gracias que todos los santos juntos, por haber sido escogida para un fin mas noble que todos éllos; y que ni en el cielo ni en la tierra hay pura criatura que se acerque á la santidad, al mérito, á la gloria, á la inefable dignidad de madre de Dios. Por esto mismo, despues de haber descubierto la Iglesia todas las excelencias que se comprenden en este glorioso título; queriendo tributar á la Madre de Dios todo aquel culto que fuese mas proporcionado á la elevacion de su separada clase; despues de haber agotado las mas nobles, las mas enérgicas, las mas sublimes expresiones para manifestarla todo el respeto de que está altamente penetrada; poco satisfecha de sus elogios, y desesperando de hallar voces que correspondan á su grandeza, exclama con san Agustin: *Quibus te laudibus efferam nescio.* Vírgen santa, perdona la baxeza y la desproporcion de mis palabras, no las encuentro adecuadas para manifestaros la veneracion que os profeso; el número y la excelencia de tus perfecciones me deslumbra y me sorprende; no encuentro términos bastantemente respetosos; no se me ofrecen palabras suficientemente magníficas para celebrar tus grandezas, y todo el motivo de mi pasmo, de mi asombro es considerar que eres madre de todo un Dios: *Quia quem cœli capere non poterant tuo gremio contulisti.* Pero si la Iglesia encontró en el título de Madre de Dios un objeto tan digno de veneracion que proponer á los fieles, todavía halló en este mismo título otra circunstancia de mayor consuelo para nosotros. En él descubrió aquellos infinitos tesoros de gracias que presenta á sus devotos y á sus hijos; en él descubrió una generosa redentora, por explicarme de esta manera; una medianera todopoderosa; un asilo siempre franco á todos los pecadores; una madre llena de ternura para con todos los hombres; porque todo esto dice el que dice *madre de Dios.* Sí; seguramente podemos decir con la Iglesia, con los concilios y con

los padres, que ser madre de Dios es ser en cierto sentido redentora de los hombres, causa de la salvacion del Universo; es aprontar aquella sangre que se derramó por nosotros en la cruz; es formar el adorable cuerpo que sirvió de rescate por todo el género humano; es producir de la mas pura porcion de sí misma aquella adorable víctima que ha de aplacar la cólera de un Dios irritado; es arrancarse con violencia del mas amable hijo de los hombres, para verle clavado en una afrentosa cruz por nuestro amor. Despues de unas pruebas tan ilustres de su amor, ¿quién dudará de su poder? ¿quién pondrá límites á su confianza? *Pete, mater mea*, No, madre mia, no os aprovecheis con reserva de mi poder, la dice su Hijo, con mas razon que Salomon lo dixo á su madre Betsabee. Y esto es lo que encendió tanto la elocuencia de los padres en las alabanzas de la Vírgen. Dichosa el alma que coloca su esperanza en María; dichoso aquel que lleno de amor y de veneracion al Hijo, desde su niñez aprende á reclamar la proteccion de la Madre; dichoso aquel que despues de Dios pone en élla toda su confianza.

El evangelio es del cap. 10. *de san Lucas, y el mismo que el dia XV, fólio* 254.

MEDITACION.

De las grandes gracias y singulares favores que nos grangea la verdadera devocion con la Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera devocion con la santísima Vírgen es un perenne inagotable manantial de los mayores favores del cielo. Vivimos todos en un pais enemigo; ¡qué peligros, qué tentaciones, qué lazos no se arman en él á la inocencia! No solo es menester vigilancia, sino valor y fuerza para resistir al enemigo de la salvacion. Anímanle nuestras caidas, hácenle formidable nuestras miserias, y las ocasiones tan frecuentes ponen nuestra salvacion en gran peligro. Muchos auxílios son menester para librarnos de él; ¿y quién se podrá prometer la vic-

toria sin una poderosa proteccion? Pero el verdadero devoto de la santísima Vírgen tiene un gran recurso. Sirve á una reyna que exerce un poder sin límites sobre todo el infierno; está en servicio de la heroina que quebrantó la cabeza de la serpiente infernal; reconoce por madre á la distribuidora de todas las gracias. Su poder es sin medida, y su bondad es igual á su poder. Torre de David la llama la Iglesia. *Mil escudos estan pendientes de esta torre, y de élla cuelgan todas las armas de los mas valientes.* ¿Dónde se puede encontrar mejor defensa ni mayor seguridad? La verdadera devocion á la santísima Vírgen nos asegura todos estos defensivos. Si nos protege la Madre de Dios, ¿qué podemos temer en este lugar de destierro? Si nos defiende la Madre de misericordia, ¿qué accidente ni qué enemigo nos podrá ofender? Y si es tan liberal aun con aquellos que la miran con indiferencia, ¿qué liberalidad no usará con sus fieles siervos y con sus amados favorecidos? Todos los bienes me vinieron, dice san Antonio, por la devocion con la santísima Vírgen: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* ¿Tienes la dicha de ser contado en el número de los siervos de María? dice el sábio Idiota: ¿encontraste á Maria? pues haz cuenta que encontraste en élla todos los bienes: *Inventa Maria virgine, invenitur omne bonum.* No ha perdonado á medio alguno el demonio para cerrar á los cristianos estas entrañas de misericordia para privar á los pecadores de este asilo, inspirando á todos los hereges el infernal intento de sufocar la devocion á la Madre de Dios. No ha habido herege que no haya procurado desacreditarla, condenarla, y desterrar del corazon de los fieles la confianza en la santísima Vírgen; pero la Iglesia ha redoblado su zelo, su devocion y su culto á medida que la heregía fue multiplicando su malignidad y sus artificios. ¡Qué mayor honra, ni qué mayor dicha que estar en la gracia de María, que vivir enteramente dedicado á su servicio! Profesaros á vos una singular devocion, ó Vírgen santa, es lo mismo que tener las armas defensivas que pone Dios en las manos de los que quiere salvar. Vos sois asilo y sagrado de todos los que se refugian á él. ¿Qué sería de nosotros si vos nos desamparais? *Si tu nos deserueris, quid de nobis fiet?*

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Vírgen no se contenta con defender á sus siervos contra las tentaciones del enemigo, sino que los consuela en sus tristezas, los asiste en sus peligros, los sostiene en sus combates, los alivia en sus trabajos; porque todo esto quiere decir el título de Madre de misericordia; y esto mismo significan tantas devociones, tantas cofradías y tantas congregaciones como estan erigidas en honor de la Madre de Dios con diferentes títulos. Nuestra señora de la Esperanza, de la Victoria, del Refugio, de la Esclavitud, de la Piedad. Cuando la Iglesia aprueba estos títulos, llenos de tanto consuelo, quiere descubrirnos los inmensos tesoros de gracias, y aquel inagotable raudal de bendiciones que se halla en el servicio de la santísima Vírgen. Ciertamente no se reconocen bien los indecibles provechos que trae consigo esta devocion. Conocíanlos los santos, que no encontraban voces, términos ni expresiones bastantemente significativas para explicar los afectos de su amor, de su veneracion, de su confianza, de su ternura y de su admiracion á la Madre de Dios. Pero entre todos los beneficios que nos facilita esta devocion, debe tener el primer lugar en nuestra estimacion el don de la perseverancia y la gracia de una santa muerte. Es aquel último instante el momento mas crítico y la necesidad mas apurada; y en aquella hora decisiva es donde experimentan su poderosa proteccion los verdaderos devotos de María; no mostrándose nunca mas liberal con los que la honran esta Madre de misericordia, que en aquel punto decisivo de su eterna salvacion. Conociendo la Iglesia cuánta necesidad tenemos de esta soberana y poderosa proteccion en aquella hora, hace mencion particular de élla en sus oraciones. *Nunc et in hora mortis nostræ*, repite muchas veces al dia la salutacion angélica. *Tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe*, dice en otra parte; tan persuadida está á que nos es absolutamente necesaria la asistencia de la santísima Vírgen en aquel peligroso momento. ¿Pero quiénes se podrán mas racionalmente prometer con mayor seguridad esta poderosa proteccion que los verdaderos devotos de María? ¿podrá olvidar

en aquel peligro á los que la honraron y amaron toda la vida? ¡Qué mayor consuelo en la última enfermedad que morir siendo verdadero devoto de María! ¡qué sentencia tan favorable no podrá esperar del supremo Juez el que logra la proteccion de su Madre! La confianza bien fundada en la bondad de la santísima Vírgen endulza todas las amarguras de aquel último momento, destierra los temores y serena el corazon. Pocos verdaderos devotos de la santísima Vírgen se hallarán que no mueran con una dulce y piadosa tranquilidad, presagio prudente de su eterna salvacion.

¡Ah Vírgen santa, y qué ansioso deseo tengo yo de amaros, de serviros y de honraros! Dedícome, Señora, enteramente y sin reserva á vuestro santo servicio; y si habeis tenido algun siervo fiel por todos los dias de su vida, ese quiero yo ser mientras me durare la mia.

JACULATORIAS.

Eja ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte.

Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

Sentiant omnes tunc juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem. Eccl.

Experimenten, Señora, tu poderosa proteccion todos aquellos que te invocan reverentes.

PROPOSITOS.

Entre tantas piadosas industrias y devotos exercicios como la devocion á la Madre de Dios ha inspirado á sus verdaderos siervos, ninguno mas agradable á esta Señora, ni de mayor utilidad á todos los fieles, que el perpétuo culto de la santísima Vírgen, establecido con autoridad de la Silla apostólica en las principales ciudades del reyno de Francia, y de algun tiempo á esta parte en el hospital de la ciudad de Leon, donde es singularmente reverenciada la santísima Vírgen. El principal fin de aquella piadosa congregacion, á la cual concedió grandes indulgencias el papa Clemente XI. es rendir á la Reyna del

cielo y de la tierra un culto público y perpétuo, y esto por dos motivos, ambos muy propios para excitar la cristiana piedad. El primero es de amor y de reconocimiento, el cual nos empeña en amar, alabar y reverenciar incesantemente á la mas pura de todas las criaturas, que nunca cesa de amarnos ni de hacernos bien por su poderosa intercesion, la que contínuamente emplea en beneficio nuestro con su querido Hijo y nuestro Salvador. El segundo motivo es de zelo, el que todos los verdaderos fieles deben tener por los intereses de la Madre de Dios, nuestra madre comun. Y así como en todos tiempos hubo enemigos declarados de María que intentaron desacreditar el religioso culto que se la debe, y arrebatarla por este medio una parte de su gloria, así tambien parece justo solicitarla y procurarla por esta fundacion multitud de fieles siervos, qne en todos tiempos, y sin interrupcion, la honren, reparando, en cuanto fuere posible, los ultrages que en todos los siglos ha recibido de los hereges. Esta preciosa idea de una devocion tan justa, de tanto provecho y tan conforme á los intentos de Dios, debe cautivar un corazon inclinado á la piedad y sensible al reconocimiento. ¿Qué cosa mas justa que la mas perfecta, la mas santa, la mas excelente, la mas elevada en dignidad y la mas amable de todas las puras criaturas reciba contínuos cultos de aquellos que creen su santidad, su eminente cualidad de madre de Dios, y se quieren aprovechar de su valimiento? ¿de aquéllos, en fin, que reconociéndola por su reyna, por su madre, por su abogada y por su refugio, confian con razon en su poder y en su bondad? Ciertamente, si María ama á los que la aman: *Ego diligentes me diligo*; si se interesa particularmente en favor de aquellos que la honran y la sirven, ¿qué gracias no conseguirá para sus piadosos y fieles congregantes, que no perdonan á medio alguno para solicitarla tan grande honor? ¿qué bendiciones del cielo no alcanzará para los pueblos donde se erige tan religiosa congregacion? Haz cuanto puedas para alistarte en élla. Emplea tu autoridad y tu zelo en hacer que se funde donde no estuviere fundada; y procura tener un librito intulado: *Instruccion para los congregantes del culto perpétuo de la santísima Vírgen*, impreso en Leon, en la oficina de los hermanos Bruyset, calle de Merciere;

reza con frecuencia la oracion siguiente, en que se contiene el culto que se debe á esta Señora.

2 "O santísima vírgen María, madre de Dios, reyna »del cielo y de la tierra, soberana de los ángeles y de los »hombres, yo creo con profundo rendimiento de corazon »y de juicio todo lo que la fe cristiana me enseña de vos; »y en particular creo firmemente que sois real y verda»deramente madre de Dios. Confieso que por esta divina »maternidad mereceis un culto particular debido á sola »vos. Confieso que solo Dios es superior á vos, y que to»do lo que no es Dios está sujeto á vuestro imperio. Re»conozco que todos los ángeles, todos los santos y todos »los hombres son vuestros vasallos y vuestros siervos; »que mereceis toda su veneracion, todo su rendimiento, »todos sus servicios, todas sus alabanzas, todo su zelo y »todos sus respetos. Confio que cuando el Criador del Uni»verso se hizo hijo vuestro os elevó á una gloria incom»prensible á todo entendimiento criado; y así como nin»guna pura criatura puede comprender vuestra dignidad, »así tampoco ninguna es capaz de rendiros un culto dig»no de vos. ¿Pues qué podré hacer yo pobre y miserable »pecador para honraros? Con todo eso, puesto que no »os desdeñais de mis obsequios, ó soberana Reyna del »mundo, cuya bondad y cuya misericordia son iguales »á vuestro poder y á vuestra dignidad, recibid de mí la »veneracion que os es debida. Postrados, pues, á los pies »de vuestro trono, ó Madre de misericordia, madre de »mi Redentor, que reynais sobre los serafines, ante cuya »magestad es sombra la magestad de todos los reyes, os »tributo el mas sincéro, el mas humilde, el mas profun»do honor que me es posible, despues del que rindo á mi »Dios. Reconózcoos por mi soberana Señora, en quien »despues de Dios coloco toda mi confianza; téngome por »dichoso en conoceros, en perteneceros y en serviros. Pe»ro porque mi pequeñez no me permite ofreceros cosa »alguna que sea digna de vos, uno mis cultos con los de »los serafines, y con todos los honores que recibísteis del »mismo Jesucristo, hijo vuestro. Conságrome á vos para »siempre, ó augusta inmaculada Vírgen; recibidme en el »número de vuestros esclavos, y dignáos hacer que yo »cumpla perfectamente con las obligaciones que vuestra

»sublime cualidad de madre de Dios me impone de res»peto, de obediencia, de amor, de zelo, y de un ardien»te deseo de consumirme por la gloria de vuestro Hijo »y por la vuestra. Hago un firme propósito, ó divina Ma»dre, de renovar incesantemente á vuestros sagrados pies »el homenage que en este dia os rindo. Dichoso yo si con »mi exemplo y con mi zelo pudiere contribuir á perpe»tuar vuestro culto, segun el fin que me he propuesto, »dedicándome á vuestro servicio en esta devota congre»gacion. Así sea."

DIA VEINTE Y TRES.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Cuando la Iglesia destina todos los meses un dia á la conmemoracion de los fieles difuntos, no solo tiene presente la caridad con los muertos, sino tambien el provecho de los vivos; persuadida esta comun Madre á que el pensamiento de la muerte es tan saludable para los únos, como las oraciones que ofrece son provechosas para los ótros: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Piensa con frecuencia en la muerte, y no te atreverás á pecar. Piensa en la muerte, y no te dexarás infatuar de tu propia estimacion; no serás tan vivo en defender tus derechos; no serás tan zeloso de tu autoridad; no serás tan áspero en tu trato, tan delicado en tus intereses, tan arrebatado en tus vivezas, tan duro con los ótros; tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Piensa en la muerte, y verás como tienes afabilidad, mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia. No hay pasion que no se temple con este saludable pensamiento. El pensamiento de la muerte es el contraveneno de todas las pasiones; y acaso por eso se huye de pensar en la muerte, y se tiene tanto horror á este pensamiento. Se aman las pasiones, se fomentan, se las lisonjea, y se aborrece todo lo que las puede turbar ó enflaquecer.

Pero si el pensamiento de la muerte conturba, atemoriza y aturde, ¿qué será la muerte misma? ¿quién duda que ha de morir? ¿y quién está seguro de que ha de morir bien? ¿una buena muerte es obra tan facil ó tan indiferente, es de tan corta consecuencia que no merece el que se piense en élla? Depende de la muerte una suerte feliz ó desdichada por toda la eternidad; son pocos los que mueren santamente; ¿y cómo es posible que se muera santamente si no se piensa en la muerte? Pues á la verdad son muy pocos los que procuran asegurarla buena por el exercicio de una santa vida. El último momento es el mas crítico de todos, porque decide de nuestra eterna suerte. De una santa muerte, ó de una muerte en pecado depende una eternidad dichosa ó desventurada. El privilegio es violento, es apretado, todo se puede temer en él. El espíritu sin fuerzas, la conciencia cargada de pecados, el alma toda espantada; y si en algun tiempo el enemigo de nuestra salvacion pone en movimiento todos sus enredos, todas sus violencias, todos sus artificios, es en aquel último momento. Gran consuelo es en aquella hora haber tenido una santa vida; pero si los mayores santos temblaron al acercarse la muerte, ¿quién podrá asegurar en élla á los imperfectos y á los pecadores? Ninguna otra cosa sino la confianza bien fundada en la Madre de Dios. En la hora de la muerte es cuando propiamente se conoce y se experimenta la dicha de los verdaderos devotos de la santísima Vírgen; en aquella ocasion tan peligrosa para la salvacion se hace sentir su poder en favor de los que la sirvieron con fidelidad; en élla es, por decirlo así, su abrigo y su refugio. Es cierto que la sangre del Salvador nos ha de salvar; pero este Salvador es en aquella hora un juez severo que aterra; dichoso aquel, dice san Bernardo, que encuentra entonces en María una abogada que interceda, una medianera que asegure, una protectora que desvanezca todos los esfuerzos del enemigo de nuestra salvacion. Con mucha razon se la aplica lo que el Espíritu santo dixo de la Sabiduría (*Sap.* 10.): *In fraude circumvenientium illum affuit illi.* Ella le ayuda contra los que pretendian sorprenderle en aquel último momento (*Serm. de Nativ.*). *Non ita timent hostes visibiles aciem ordinatam*, dice san Ambrosio, *sicut dæmones Dei Matrem*: No temen tanto

los enemigos visibles á un exército puesto en órden de batalla, como los demonios temen á la Madre de Dios. *Sicut fluit cera à facie ignis* (*Hom.* 1. *sup. Missus est*), dice san Bernardo, *sic dæmones ad invocationem nominis Mariæ*: Así cómo la cera aplicada al fuego se derrite y desaparece en un instante, así desaparecen los demonios cuando se invoca el santo nombre de María. Defiéndeme, Vírgen santa, exclama san Efren, y ten misericordia de este pobre pecador; sobre todo en aquel momento en que he de comparecer delante de mi Dios y de mi supremo Juez, á quien tantas veces he ofendido: *Sub alis tuis custodi, et protege me; miserere mei, qui sceleribus plurimis creatorem Deum meum, et judicem offendi.* No permitas que mi formidable enemigo, el demonio, me encuentre destituido de tu amparo, particularmente en aquella última hora: *à tua spe destitui cognoscat*: despues de Dios, ó Vírgen santa, en ti tengo puesta toda mi confianza: *non mihi alia fiducia, Virgo sincera.* Tú eres el único puerto adonde me puedo abrigar durante la tormenta: *Tu enim meus portus*, y de ti espero me venga todo el socorro que he menester en el tiempo de la agonía: *præsens auxiliatrix.* Si alguna cosa me da seguridad, es el considerarme al abrigo de tu soberana proteccion: *Sub tutela et protectione tua tutus sum.*

Háceme temblar, dice Ricardo de santo Victor, la consideracion de los terribles juicios de Dios; solo me consuela pensar que cuando parezca delante de mi Dios para ser juzgado, si está en mi favor la Madre de misericordia, si se digna ponerse de mi parte, no puedo dudar que el Juez me sea favorable (*Part.* 2. *cap. Cant.*). *Si accedam ad judicium, et Matrem misericordiæ mecum habuero in causa mea, quis judicem negabit propitium?* Si alguna vez se interesa por sus siervos esta Madre de misericordia, nunca la excita mas que en aquel crítico y decisivo momento.

Cuando los marineros se ven combatidos de una furiosa y deshecha borrasca, dice san Ambrosio, ninguna cosa los consuela y los alegra mas que descubrir la estrella del mar; esto es, la estrella polar. Pero mayor consuelo, gozo mas dulce y mas exquisito sienten los que hallándose en la agonía descubren durante aquel formidable combate con

las potestades del infierno, aquella brillante estrella del mar, la santísima Vírgen, como la apellida la Iglesia cuando la saluda como Madre de Dios: *Tàm gratum erit nobis in ultimi agonis lucta, multis dæmonum tentationibus, vehementissimis doloribus agitatis, ubi viderimus præclaram hanc maris stellam, quam Ecclesia salutat: Ave, Maris stella, Dei Mater alma.* Sí, dice san Bernardo, María es aquella hermosísima estrella que preside en este borrascoso mar en que todos navegamos embarcados: *Ipsa est præclara et eximia stella super hoc mare magnum meritò sublevata.* Como la observes y la sigas, nunca perderás el rumbo: *Quam sequens, non devias.* Si recurres á élla y la suplicas, no tienes que desesperar: *Ipsam rogans, non desperas.* Nunca la pierdas de vista, y jamás errarás el camino: *Ipsam cogitans, non erras.* Mientras estuvieres debaxo de su proteccion, no tienes que temer en aquella última hora: *Ipsa protegente, non metuis.* Está seguro de que como élla te sea favorable, arribarás dichosamente al puerto de salvacion: *Ipsa propitia pervenies.* Cuando vuelvo los ojos de la consideracion á vos, ó Vírgen santa (prosigue el mismo Padre), no descubro mas que bondad y misericordia: *Cùm te aspicio, nihil nisi misericordiam cerno.* Fuísteis Madre de Dios, principalmente por los pecadores; y así la misericordia es hija de vuestras entrañas: *Nam pro miseris Mater Dei facta es; misericordiam insuper genuisti.*

Nunca nos es mas necesaria en todas las necesidades de la vida la proteccion especial de la santísima Vírgen que en aquel momento crítico, en aquel último momento, en que el infierno pone en movimiento todos sus artificios, y en que hace sus mayores esfuerzos para espantarnos, para tentarnos, para enredar y confundir á una pobre alma, induciéndola á desesperacion. ¿Qué aliento no infunde en aquella ocasion la benevolencia, el favor y el auxîlio de aquella Señora, cuyo valimiento es tan poderoso con su soberano Hijo, nuestro Salvador, nuestro supremo Juez y nuestro Dios, y cuyo solo nombre ahuyenta y disipa todo el poder de las tinieblas? Pero este poder, este valimiento, ¿en favor de quiénes le explicará esta Madre de misericordia, sino de aquellos que la honraron, que la amaron, la sirvieron todo el tiempo de su vida? Dichosos mil ve-

ces los devotos de María, exclama san Bernardo, que en aquel terrible riesgo, en aquella furiosa tempestad encontrarán puerto seguro y abrigo impenetrable á todas las máquinas y á toda la malignidad del enemigo. Dichoso aquel que en la terrible y estrecha cuenta que ha de dar al supremo Juez tiene por abogada á la Madre de Dios en aquel tremendo tribunal. Dediquémonos, pues, toda la vida al servicio de tan soberana Reyna, grita el venerable Beda, considerando las inestimables ventajas que se logran mereciendo su benevolencia en aquel último momento; dediquémonos al servicio de una Emperatriz, que nunca abandona en tan apretada necesidad á los que se ponen debaxo de su proteccion (*Hom. de Sanct. Mar.*): *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.* Porque cuando el que clama no merezca ser oido por sus méritos, dice san Anselmo, lo merecerá por los de la Madre de Dios, que clama por él (*De Concept. B. V.*): *Si merita invocantis non merentur ut exaudiantur, merita tamen Matris intercedunt ut exaudiantur.* Sobre todo, solicitemos la gracia final, y solicitémosla por María, dice san Bernardo, porque siempre halla lo que busca, y nunca dexa de conseguir lo que pide (*Serm. de Nativit.*): *Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia quod quærit, invenit, et frustrari non potest.* Aunque seas grande pecador, puedes acercarte á Dios con toda confianza, prosigue el mismo Santo, como tengas en tu favor á la Madre que se presenta á su Hijo, y á este Hijo que se presenta á su Padre. La Madre muestra á su Hijo los pechos que le dieron leche; el Hijo muestra á su Padre sus llagas y su costado abierto; y no es posible que niegue Dios una gracia que se le pide con tantas demostraciones de amor: *Securum accessum habes apud Deum, ó homo, ubi Mater stat ante Filium, Filius ante Patrem; Mater ostendit Filio pectus et ubera, Filius ostendit Patri latus et vulnera. Ibi ergo nulla poterit esse repulsa, ubi tot sunt amoris insignia.* Es error creer que la santísima Vírgen haya sacado nunca del infierno á ningun condenado: *In inferno nulla est redemptio.* Pero es mucha verdad que ha estorbado que muchos devotos suyos fuesen precipitados en aquellas llamas, alcanzándolos de su Hijo tiempo y auxílios para convertirse, y dispo-

niéndolos para el último momento, de manera que consiguiesen la gracia de la final perseverancia. Tampoco se duda que la santísima Vírgen ha tenido algunas veces las almas impenitentes en cuerpos desangrados y acribados de heridas, para darlos tiempo de reconciliarse con Dios; de lo que se refiere en la historia eclesiástica mas de un exemplo. Es tambien de un gran consuelo que no hay cosa mas eficaz para abreviar las penas del purgatorio que la proteccion singular de la Madre de Dios. Por eso dixo san German, que la proteccion de esta Señora es superior á todo lo que podemos concebir; no siendo posible comprender hasta dónde llega su fuerza y su extension: *Patrocinium Virginis majus est, quàm ut possit intelligentia apprehendi.* Una Madre de misericordia; una Madre tan tierna y tan compasiva con sus hijos, no es posible que á sangre fria los esté viendo arder en las voraces llamas del purgatorio. Ni son menester milagros para aliviarlas; medios tiene la santísima Vírgen para aliviar á aquellas almas afligidas, mas naturales y mas conformes al órden regular de la divina Providencia. En sus manos tiene todas las gracias y todas las misericordias del Señor, dice el bienaventurado Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt omnes miserationes Domini.* Ya sabrá disponer que aquel fiel siervo suyo, dedicado toda la vida á su servicio, cuyas cristianas costumbres, cuya arreglada vida acreditó tanto su devocion, haga en la hora de la muerte un acto de amor de Dios tan encendido, tenga tan perfecta contricion, que Dios por su misericordia le remita la mayor parte de las penas, perdonándole la mayor parte de sus deudas, ó disponiendo que se apliquen los tesoros de la Iglesia, como tambien el infinito valor del sacrificio de la misa y los sufragios de los fieles. En el capítulo 13 del libro 4 de las Revelaciones de santa Brígida se leen estas palabras llenas de consuelo que la santísima Vírgen dixo á aquella gran Santa: *Yo soy madre de Dios, y madre de todos los que están en el purgatorio. No se pasa hora alguna en que el rigor de las penas no se mitigue por mi intercesion.* ¿Pues qué parte no tendrán en estos insignes favores todos aquellos que fueron verdaderos devotos de la Madre de Dios durante su vida?

La misa es de los Difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capit. 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

"San Dionisio Alexandrino dice, que el libro del Apocalipsi no es menos admirable que obscuro. No hay palabra que en su obscuridad no encierre un gran misterio; pues hay tantos cómo palabras, dice san Gerónimo, y tanto mas las venero, añade san Dionisio, cuanto menos las comprendo."

REFLEXIONES.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Esta es la que se llama muerte preciosa: cualquiera ótra es despreciable y vil; solo la de los santos es respetable y estimable. Muera uno ilustrado con una gloriosa série de victorias, con una continuada cadena de prosperidades, con una prodigiosa multitud de heróicas acciones y de magníficos elogios; si no muere con la muerte de los santos, solo será grande en el papel y en la historia; toda su dicha es imaginaria y quimérica. No hay otra muerte feliz sino la muerte de los santos; pero es menester pensar

muchas veces en la muerte si se quiere morir santamente. Se puede decir, que el pensamiento de la muerte hace de algun modo en las pasiones el mismo efecto que la muerte misma: *In illa die*, dice el Profeta, *peribunt omnes cogitationes eorum.* Desvanécense en aquel último momento todos los proyectos de la ambicion, todas las vastas ideas, todas las lisonjeras esperanzas, *peribunt.* Aquel plan de fortuna trazado con tanta prudencia y con tanto acierto, aquellas medidas tomadas con tanta comprension y con tanto pulso; aquellas empresas ideadas con tanto corazon y con tanto espíritu, *in illa die peribunt*; todo eso perecerá, se desvanecerá, desaparecerá en aquel terrible dia; todo lo que embelesa, todo lo que lisonjea, todo lo que engaña se marchita, se apaga en el último momento. Pues poco mas ó menos lo mismo hace, durante la vida, el pensamiento de la muerte. Toda pasion halaga, embelesa, encanta, prometiendo nueva felicidad y nuevo gusto. Viene la muerte, y despojóla de todo su atractivo. No esperan los lazos en aquel dia á que ótros los desaten, éllos se hacen pedazos por sí mismos. Entonces todo disgusta, todo enfada; la idea de aquella quimérica felicidad en que se estaban saboreando las pasiones, se convierte entonces en indignacion contra la propia locura. Bien se puede decir, que en aquel dia perecen á un mismo tiempo las pasiones y los pensamientos: *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* A la verdad, ¿con qué ojos se mira á la hora de la muerte todo aquello que fomentó la concupiscencia, todo lo que fue objeto de la ambicion, y todo lo que sirvió de materia á las pasiones humanas? Aquel empleo elevado que tanto costó, luego pierde todo su valor y todo su mérito en mirándole, por decirlo así, á dos dedos de la sepultura. Esa magnificencia, ese fausto, esa suntuosidad, ese esplendor que tanto deslumbra en vida, perdió entonces toda su brillantez. Hasta los resplandores de la magestad real se obscurecen con las sombras de la muerte. Grande exemplo nos ha dado de esta verdad el siglo presente. Aquel monarca tan celebrado en el mundo por el dilatado reyno de 72 años, Luis XIV., digo, soberano en quien por los años se contaron las victorias; aquel monarca que fue la admiracion de todas las naciones, el terror de sus enemigos, idea real de la mayor grandeza y

la mas brillante imágen de la humana felicidad, muere como mueren todos los demas hombres; y en aquel último momento de la vida, grandeza, poder, magestad, resplandor, todo desaparece, todo se apaga de repente. ¡Oh, buen Dios, y qué de falsas brillanteces se descubren en aquella hora! ¡Oh, qué bello punto de vista el de la muerte para representar muchos objetos, y para hacer patentes muchos misterios! En la vida, por engaño de las pasiones, se nos representan todas las cosas á una falsa luz; pero en la muerte todo se nos pone delante como es en sí sin engaño y sin artificio. Entonces se descubre distintamente el verdadero motivo de aquellos amargos zelos, la legítima causa de aquella maligna envidia, el objeto de aquella desmedida ambicion; ¿pero con qué cara se nos descubre? ¿qué se piensa entonces de esa sórdida codicia, cuando de todas las posesiones adquiridas, de todos los tesoros amontonados, no resta mas que una sepultura, un ataud y una mortaja? ¡Oh, y qué santamente se moriria si se muriera dos veces!

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

Del verdadero secreto para lograr una santa muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero secreto para lograr una santa muerte, es tener una santa vida. Vanamente se lisonjea el hombre, confiando en los socorros espirituales que logrará en una larga enfermedad. Fuera de la incertidumbre del tiempo, de la incompetencia del estado y de la incompatibilidad de las circunstancias, es cierto que esas conversiones precipitadas, superficiales, y por la mayor parte forzadas, rarísima vez fueron verdaderas. Es menester que haya algun intervalo entre la conversion, entre la penitencia y la muerte. Aun habiendo vivido con un exâcto arreglo de costumbres, con una vida inocente y ajustada, todavía se temen, y con razon, los altos juicios de Dios; ¿pues cómo podrá asegurar á un moribundo una conversion de dos dias, despues de una vida desbaratada y perdida? Para una fundada confianza es menester un motivo mas sólido y mas plausible. Dios es misericordioso, es verdad; pero en esa misma infinita misericordia confiaban los mayores santos, y con todo eso temblaban. Convengamos, pues, en que solo una vida pura, una vida penitente, una vida empleada en exercicios de mortificacion y en la práctica de las virtudes cristianas, una vida conforme á la ley y á las máxîmas del evangelio, puede fundar una verdadera confianza. Confesemos que una santa vida es el verdadero secreto de lograr una santa muerte. Y de buena fe, ¿cómo es verisímil que despues de haber pasado los dias de la vida en una contínua desobediencia, y aun en un menosprecio formal de los mas sagrados preceptos, de la mas clara voluntad de Dios tan expresa en el evangelio; despues de haber preferido siempre las impías máxîmas del mundo á las santas máxîmas de Jesucristo; despues de haber sido cristiano de solo nombre, sin tener mas que una aparente ceremonia y sobrescrito

de religion; despues de haber menospreciado á sangre fria y con reflexîon las gracias mas fuertes, las inspiraciones mas vivas, las exhortaciones mas apretadas, los exemplos mas convincentes y todos los medios de conversion mas eficaces; una última enfermedad, que debilita la razon, que nos hace incapaces de atender al mas mínimo negocio, que nos obliga á romper los lazos mas fuertes y mas estrechos, sea ni tiempo, ni estado, ni medio proporcionado para reparar todos los desórdenes y todo el desbarato de una vida, que pediria treinta años de retiro, de lágrimas y de penitencia? ¿no es desacreditar nuestra religion, y en cierta manera insultar á Jesucristo, imaginar, y mucho menos creer, que seguramente se puede contar sobre esa especie de ceremonia ó de monería? Aquella muger perdida, aquel hombre disoluto, aquel eclesiástico mundano, aquel religioso tan irregular, tan indevoto y tan inmortificado, ¿habrán hallado por ventura el secreto de eludir todos los oráculos de Jesucristo, sus leyes, sus consejos y sus amenazas? Forma el sistema que quisieres; figúrate el moral que se te antojare; finge la doctrina que te lisonjeare mas; pero desengáñate, que el verdadero, el único secreto de lograr una muerte cristiana, es vivir cristianamente. Bien puede Dios hacer milagros; mas, ¡oh, y qué digno de compasion es aquel que solo fia á un milagro su salvacion! Por Dios no hagas inútiles estas reflexîones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tambien hay otro secreto para lograr una santa muerte, muy reconocido de todos los santos padres; este es la verdadera devocion con la santísima Vírgen. Pero no creas que por verdadera devocion se entiende una sarta ó una multitud de oraciones vocales, rezadas en honor y reverencia de la Madre de Dios; un nombre escrito en los libros de una congregacion ó cofradía de la Vírgen; una costumbre en ciertos exercicios de mortificacion y de piedad, que aunque muy santos, no bastan, si no están animados de la gracia y del espíritu cristiano; todas esas devociones muertas, y por decirlo así, descarnadas, no merecen el nombre de verdadera de-

vocion. Por ésta se entiende un deseo ardiente de honrar, servir y agradar á la Madre de Dios; se entiende un porte cristiano, que pruebe la rectitud, la pureza y la santidad de las disposiciones interiores; se entienden unos exercicios de devocion, que sean efecto de un corazon abrasado en el amor de Dios y en ternura á la santísima Vírgen. No puede la Madre mirar con buenos ojos á los que son desagradables á su santísimo Hijo. Es, pues, visible, que semejante devocion es un secreto admirable para lograr una santa muerte, porque es orígen de una santa vida. ¿Qué auxîlios, qué gracias, qué utilidades no grangea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Vírgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de éllas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que la profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege con un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿cuantas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte*? ¿podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion con la santísima Vírgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignáos, ó madre de mi Dios y amada madre mia, dignáos de oir favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincéra, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

JACULATORIAS.

Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus,

nunc, et in hora mortis nostræ. Amen. Ecclesía.
Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.
Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe. Ecclesia.
María, madre de gracia, madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte.

PROPOSITOS.

Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques ótro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario: *¿Y esto me servirá par morir bien?* No solo has de hacer todos los exercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes executar con el mismo espíritu, y dirigirlas al mismo respeto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir para desprendernos del amor á la vida, y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2 Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Vírgen, es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando rezes la salutacion angélica, haz particular reflexîon á aquellas palabras: *Nunc, et in hora mortis nostræ*; ahora y en la hora de nuestra muerte. Familiarízate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Bartolomé, apóstol.

San Bartolomé, á quien el evangelio cuenta siempre el sexto en el número de los doce apóstoles, fue galileo, de condicion tan humilde como todos éllos, siendo de oficio pescador; pero eran muy puras sus costumbres. Fue hijo de Tolmai, como lo da á entender su propio nombre; porque *Bar* en hebreo significa lo mismo que hijo. Creyeron algunos que san Bartolomé fue aquel Natanaél que san Felipe llevó á la presencia del Salvador, de quien el mismo Señor hizo aquel bello elogio, cuando dixo: *Veis ahí un verdadero israelita, en quien no hay dolo ni artificio.* Pero san Agustin impugna esta opinion, asegurando que Jesucristo no escogió á Natanaél para apóstol suyo, precisamente porque era doctor de la ley; y no queria valerse para el ministerio evangélico de letrados ni de sábios, sino de hombres idiotas y groseros, á fin de que resplandeciese visiblemente su omnipotencia en una obra tan grande, en la cual no habia de tener parte alguna la humana sabiduría.

Fue este santo Apóstol uno de los que mas mostraron su generosidad y su fervor en seguir á Jesucristo. Luego que fue llamado al apostolado, todo lo dexó, y nunca pensó volver á tomar lo que una vez habia dexado. Algunos otros apóstoles, despues de su vocacion, volvieron al exercicio de pescar; pero san Bartolomé no se apartó de su divino Maestro, siendo uno de los mas ansiosos por acompañarle á todas partes, de los mas embelesados con sus conversaciones, de los mas atentos á sus discursos, y de los mas adictos á su divina persona. Hacia fiel compañía á Jesucristo, y fue el mas contínuo testigo de sus milagros. Hallóse presente en Cafarnaun cuando el Salvador sanó al criado del Centurion; en Nain, cuando resucitó al hijo de la viuda; y fue testigo de la milagrosa curacion de aquel hombre poseido del demonio, que dueño

de su cuerpo, le tenia privado del uso de la lengua y de la vista. Asistió tambien con su Maestro en las bodas de Caná, donde fue testigo del milagro que hizo, convirtiendo el agua en vino; y tambien concurrió en el convite de Simon el fariseo, cuando se convirtió aquella famosa pecadora María Magdalena. En fin, pocos milagros hizo el Salvador en el espacio de su vida de que no hubiese sido testigo san Bartolomé.

Habia mucho tiempo que el Señor, acompañado de sus apóstoles, iba de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo predicando sin cesar en las sinagogas, no perdiendo ocasion de anunciar á los judíos el reyno de Dios, y confirmando siempre su doctrina con la milagrosa curacion de los enfermos; cuando determinó señalar su mision á los apóstoles que hasta entonces se habian contentado solo con seguirle; y para excitar en éllos el zelo de la salvacion de las almas, virtud tan necesaria en los obreros evangélicos, viendo un dia la multitud de gente que le cercaba, se mostró muy condolido de que pereciesen tantas almas por falta de predicadores y maestros, andando como ovejas sin pastor, errantes y esparramadas por aquí y por allí, expuestas á mil peligros, consumidas de enfermedades, y totalmente desamparadas. Penetrado su corazon de un compasivo dolor, y todo enternecido, vuelto á sus apóstoles, les dixo: *La mies es grande, y no hay quien la recoja; rogad al Señor de la mies, que envie obreros á élla.* Y entonces declaró á sus apóstoles, como los tenia escogidos á éllos para que recogiesen esta cosecha; y despues de comunicarlos todos aquellos dones que mas podian contribuir á autorizar su mision; esto es, un poder absoluto sobre los demonios y sobre las enfermedades mas incurables, para lanzar los primeros, y sanar de las segundas sin auxîlio de remedio ó medicina natural, los envió de dos en dos, para que se ayudasen úno á ótro, poniendo siempre á san Pedro á la frente de todos como el principal y la cabeza de aquella escogida tropa. Fue nombrado san Bartolomé por compañero de san Felipe, y se mostró uno de los mas zelosos de la salvacion de las almas. En todas partes predicaban las máxîmas evangélicas, exhortaban á la penitencia, daban salud á los enfermos, y lanzaban los demonios de los cuerpos. En fin, volvieron des-

pues gloriosos, habiendo lanzado los demonios, y curado las enfermedades mas incurables.

Preso el Salvador del mundo por los judíos, fue general la consternacion en todos los apóstoles. Aunque ya estaban muy prevenidos por todo lo que habian oido al Hijo de Dios acerca de su pasion, con todo eso, se llenaron de tristeza, de espanto y de pavor. Sobrecogió tanto el dolor á san Bartolomé viendo á su divino Maestro tan maltratado, que se estuvo encerrado todos los tres dias de la pasion en la casa donde se habian hospedado en Jerusalen derramando contínuas lágrimas. Enxugáronsele con la Resurreccion del Salvador; hasta la Ascension estuvo con los demas en la escuela de Jesucristo; y desde la Ascension hasta el dia de Pentecostés retirado en el cenáculo. En aquel dia, que fue el quincuagésimo despues de la Resurreccion; en aquella solemnísima fiesta, llamada *Pentecostés*, el Espíritu santo, cuya inmensidad llena todo el Universo, sin dexar el cielo, vino á la tierra, santificada ya con los trabajos del Salvador, haciéndola sensible su particular presencia por la admirable profusion de sus dones y por una comunicacion mas admirable de su persona, de que se sintieron llenos todos los apóstoles y todos los discípulos. Con efecto, se hallaron todos abrasados en aquel divino fuego, iluminados con sobrenaturales luces, y recibieron desde entonces el milagroso don de lenguas. En el repartimiento que hicieron entre sí de todas las regiones del Universo, tocó á nuestro santo Apóstol la mision de la Licaonia, de Albania, de las Indias orientales y de la Armenia. Llevó á éllas el evangelio en hebreo, que ya habia escrito san Mateo. Extendió las luces de la fe en todas las provincias por donde pasaba, y no fue el menor de sus milagros la multitud prodigiosa de conversiones que hacia. Dice san Crisóstomo, que hasta los mismos gentiles se admiraban de aquella repentina mudanza de costumbres, y que en las regiones por donde transitaba san Bartolomé se miraba con asombro la pureza, la templanza y las demas grandes virtudes que resplandecian en los nuevos fieles.

Habiendo dado todas las providencias que juzgó necesarias para la conservacion de la fe en Licaonia, en la Albania y en las Indias orientales, dexando en éllas opera-

rios formados á su mano, pasó él mismo á la Armenia, que algun dia habia de ser el campo mas fértil de su mies y el mas glorioso teatro de su zelo. Llegó á una de las ciudades principales, donde á la sazon estaba el rey con toda su córte; y luego que el Apóstol entró en el templo, donde el demonio daba oráculos por boca de un ídolo llamado Astarót, enmudeció éste; silencio que llenó de pasmo á los armenios y de consternacion á toda la ciudad. Acudieron á otro ídolo, por nombre Berit, para saber la causa de tan funesto suceso. Respondió el demonio por su boca, que la causa era la presencia de cierto hombre, llamado Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, y que lo mismo le sucederia á él si aquel hombre llegaba á entrar en su templo. Añadió, que no daria oráculos Astarót mientras no echasen de allí á aquel hombre; porque cien veces al dia, y ótras tantas á la noche hacia oracion á Dios, acompañado de una prodigiosa multitud de espíritus bienaventurados que le escoltaban y le defendian. Quedó admirado el pueblo de este testimonio, que obligado de Dios y á su pesar, dió el demonio de la virtud milagrosa de nuestro Santo, y entró en una impaciente curiosidad de conocer al Apóstol; pero conociendo los sacerdotes que iria por tierra su estimacion si el Santo llegaba á ser reconocido, pusieron en movimiento todos sus artificios para perderle. Buscáronle por espacio de tres dias, pero en vano, porque Dios le hacia invisible; hasta que habiendo lanzado al demonio de muchos cuerpos, y dado salud á muchos enfermos desahuciados, sus mismos milagros le descubrieron.

Esparcida la fama por todas partes, no le conocian ya por otro nombre que por el de Apóstol del verdadero Dios y el obrador de milagros. Llegó presto á noticia de la córte el ruido de sus maravillas, y teniendo el rey una hija poseida de un furioso demonio que la atormentaba cruelmente, deseaba con ansiosa impaciencia ver al santo Apóstol. Apenas se puso en su presencia san Bartolomé, cuando la princesa quedó libre de aquel infernal huesped; y queriendo el rey mostrar su agradecimiento con magníficos presentes, el Apóstol le dió á entender que no habia venido á buscar oro ni piedras preciosas sino la salvacion de su alma y la conversion de sus vasallos. Vengo,

añadió el Santo, á daros á conocer al verdadero Dios, único Criador de todo este vasto Universo; y que solo él es digno de nuestro amor, de nuestra adoracion y de nuestros religiosos cultos. Vuestros ídolos son órganos de los demonios; adorais lo mas exêcrable que hay en toda la naturaleza; esos que llamais dioses son los mismos demonios; y para convenceros, Señor, de que es verdad todo lo que digo, quiero que el mas acreditado de vuestros dioses confirme, mal que le pese, todo lo que yo os predico. Aceptóse luego la condicion; y el rey, acompañado del Santo y de toda su córte, se encaminó al templo; pero apenas puso el pie en él san Bartolomé, cuando el demonio comenzó á gritar que él no era dios, que ni habia, ni podia haber mas que un solo Dios, y que ese era Jesucristo, á quien el Apóstol predicaba. Hecha esta confesion, mandó el Santo al demonio, en nombre de Jesucristo, que al instante y sin réplica hiciese pedazos todos los ídolos de la ciudad. Obedeció, y en el mismo punto todos éllos fueron reducidos á polvo. A vista de tan estupenda maravilla quedaron tan movidos los corazones, como convencidos los entendimientos; convirtióse toda la ciudad, y despues de algunas instrucciones recibió el bautismo el rey y toda la córte. Siguieron el mismo exemplo doce ciudades principales, rindiendo la cerviz al yugo de Jesucristo; y habiendo cultivado san Bartolomé aquella viña por algun tiempo, la proveyó de dignos ministros del altar obispos y predicadores.

No podian menos de pensar en la venganza todas las potestades del infierno viéndose tan maltratadas. Los sacerdotes de los ídolos eran el oprobio de la nacion, y conociendo que no era posible pervertir al rey Polemon, en cuyo corazon habia echado la religion profundísimas raices, recurrieron á Astiages, hermano del mismo Príncipe, que reynaba en una parte de la Armenia. Era Astiages idólatra supersticioso, y resolvió vengar la afrenta que hacia á sus dioses aquel desconocido Extrangero. Convidóle artificiosamente á que pasase á sus estados, y san Bartolomé, que ninguna cosa deseaba tanto en este mundo como derramar la sangre por Jesucristo, corrió apresuradamente á la corona del martirio. Así fue; pues no bien habia puesto los pies en la córte de Astiages, cuando el

Tirano le hizo desollar vivo. No parecia posible tormento mas cruel; pero el Santo le sufrió con tan invicta paciencia, que hasta los mismos gentiles quedaron asombrados. Y como en medio del cruelísimo tormento no cesase de predicar la divinidad de Jesucristo y las grandes verdades de la fe, mandó el Tirano que le cortasen la cabeza. Créese que sucedió esto el dia 25 de agosto, y que el dia antecedente habia sido desollado por amor de Jesucristo; siendo acaso este el motivo por qué algunas iglesias celebran su fiesta el dia veinte y cinco, que fue el de su muerte, y ótras el veinte y cuatro, que fue el de su suplicio.

Presto vengó el cielo la muerte de nuestro Santo con un visible castigo. Así Astiages como todos los sacerdotes, cómplices de su delito, fueron inmediatamente poseidos del demonio, que despues de haberlos atormentado de un modo horrible por espacio de treinta dias, al cabo de éllos á todos los ahogó. Los cristianos se apoderaron del cuerpo de san Bartolomé, y le enterraron en una caxa de plomo, haciéndose luego glorioso su sepulcro por la multitud de milagros. Pasados muchos años se hicieron dueños los gentiles del lugar donde estaban las santas reliquias, y las arrojaron al mar, el cual llevó la caxa de plomo hasta la isla de Lipari, no lejos de Sicilia. Pero habiéndose apoderado los sarracenos de esta Isla hácia la mitad del noveno siglo, fue trasladado este precioso tesoro á Benevento, de donde el año de 983, siendo emperador Oton II., fue transportado á Roma, donde es reverenciado con singular devocion de los fieles.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui hujus diei venerandam sanctamque lætitiam in beati apostoli tui Bartholomæi festivitate tribuisti; da Ecclesiæ tuæ, quæsumus, et amare quod credidit, et prædicare quod docuit: Per Dominum nostrum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos hiciste tan venerable este dia por la santa y solemne alegría que nos causa la fiesta de tu bienaventurado apóstol Bartolomé; concede á tu Iglesia la gracia de que ame lo que creyó, y de que predique lo que enseñó: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 12. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Vos estis corpus Christi, et membra de membro. Et quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum apostolos, secundo prophetas, tertio doctores, deinde virtutes, exinde gratias curationum, opitulationes, gubernationes, genera linguarum, interpretationes sermonum. Nunquid omnes apostoli? nunquid omnes prophetæ? nunquid omnes doctores? nunquid omnes virtutes? nunquid omnes gratiam habens curationum? nunquid omnes linguis loquuntur? nunquid omnes interpretantur? Æmulamini autem charismata meliora.

Hermanos: Vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros unidos á sus miembros. Y Dios á la verdad constituyó á algunos en la Iglesia en primer lugar apóstoles, en segundo profetas, en tercero doctores, despues las virtudes, despues las gracias de curaciones, los socorros, el gobierno, todo género de lenguas, y la interpretacion de las palabras. ¿Por ventura son todos apóstoles? ¿acaso todos profetas? ¿acaso todos doctores? ¿acaso todos virtudes? ¿acaso tienen todos el don de curaciones? ¿acaso hablan todos las lenguas? ¿acaso todos son intérpretes? Aspirad, pues, á los mas sublimes carismas.

NOTA.

»En el capítulo de donde se sacó esta epístola muestra »el apóstol san Pablo que aunque el Espíritu santo es »uno, sus dones son diferentes repartidos entre los hom»bres, para que cada uno cumpla con las funciones que »le corresponden, como lo hacen los miembros del cuer»po humano. Por eso arregló Jesucristo en su Iglesia la »diferencia de ministerios y de estados.

REFLEXIONES.

Para hacernos miembros de Jesucristo basta la fe; pero es necesaria la caridad para ser miembros vivos; de manera que sintamos lo que padecen los demas miembros. Quiso el Señor que todos los fieles formasen un solo cuerpo, cuya cabeza era él; pero quiso tambien que la caridad fuese como el alma que diese vida á este cuerpo, y que por élla se conociese los que eran miembros animados de él: *In hoc cognoscent omnes.* Pues ahora; así como

cada miembro del cuerpo tiene parte en los trabajos y en las necesidades de los otros miembros, de manera que los ojos, los pies, las manos, todos acuden á socorrer y aliviar al miembro que padece; del mismo modo nos debemos todos interesar en las necesidades de nuestros hermanos, padeciendo con éllos, y aplicando todos los medios posibles para aliviar sus necesidades. Siendo esta la señal que caracteriza á todos los fieles, ¿reconocemos el dia de hoy á muchos por élla? Juzguémoslo por lo que nos interesamos en las miserias agenas; por lo que socorremos á los pobres y á los desgraciados; por el ánsia que tenemos de aliviar á nuestros hermanos, y por las limosnas que hacemos á los menesterosos. ¡Buen Dios, y qué crecido es el número de los hermanos de solo nombre, de los fieles de sola apariencia! ¡cuántos y cuántos son los miembros muertos, secos y paralíticos! Siendo todos un cuerpo místico de Jesucristo, todos debemos vivir con su espíritu, conformándonos con su espíritu, y en cuanto nos sea posible copiar en nuestro cuerpo los trabajos de su cuerpo natural. ¿Pero esta importante, esta irrefragable verdad es el dia de hoy acomodada al gusto de todo el mundo? *Estableció Dios en su Iglesia primero apóstoles, despues profetas, y en tercer lugar doctores.* Todos admiramos estos dones; alabamos al Señor porque los repartió á su Iglesia; pero ni los envidiamos para nosotros, ni aun pensamos que los debemos solicitar para ser santos. El mas precioso don para cada uno en particular es saber usar de los talentos que recibió, sin envidiar los que no tiene. ¿Recibióse solo uno? Pues es preciso negociar con él, so pena de ser castigado como siervo inútil y perezoso. Judas fue apóstol, y se perdió en su apostolado. Profetiza Balaam, y tambien profetiza Saúl; ¿pero cuántos profetas se perdieron, cuya desgracia estamos llorando? Casi todos los heresiarcas fueron doctores; es casi infinito el número de los hombres sabios que tuvieron un funesto fin. Cada uno será santo en su estado como cumpla las obligaciones de él. Túrbase la gerarquía de la Iglesia, porque algunas veces todos quisieran ser doctores ó profetas. No se quiere envejecer en una clase inferior, ni para salir de élla se espera la vocacion de Dios, á quien solo toca colocarnos en los empleos que quiere; y cuando da

el empleo, da el mérito y los talentos para desempeñarle. Los dones sobresalientes que pueden ser mas útiles para los demas suelen ser muchas veces los que menos provechosos son para nosotros. ¡O mi Dios, haced que yo aprecie mas los que me hacen agradable á vuestros ojos, que los que me grangean la estimacion de los hombres!

El evangelio es del cap. 6. de san Lucas.

In illo tempore: Exiit Jesus in monten orare, et erat pernoctans in oratione Dei. Et cum dies factus esset, vocavit discipulos suos: et elegit duodecim ex ipsis (quos et apostolos nominavit), Simonem, quem cognominavit Petrum, et Andræam fratrem ejus, Jacobum, et Joannem, Philippum, et Bartholomæum, Matthæum, et Thomam, Jacobum Alphæi, et Simonem, qui vocatur Zelotes, et Judam Jacobi, et Judam Iscariotem, qui fuit proditor. Et descendens cum illis, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes.

En aquel tiempo: Salió Jesus á un monte á orar, y pasaba la noche en oracion de Dios. Y habiendo amanecido, llamó á sus discípulos, y eligió de éllos doce (á los que tambien llamó apóstoles). A Simon, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y Andres su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomas, Santiago de Alfeo, y Simon, llamado Zelotes, y Judas de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor. Y baxando con éllos, se detuvo en una llanura, y una turba de sus discípulos, y una multitud copiosa de pueblo de toda Judea, y Jerusalen, y de la marina de Tiro y de Sidon, la cual gente habia venido á oirle, y para ser sanos de sus enfermedades. Y los que estaban atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y todo el pueblo procuraba tocarle; porque salia de él virtud, y sanaba á todos.

MEDITACION.

De la vocacion al estado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hubo ni pudo haber vocacion mas clara ni mas ciertamente de Dios, que la de los sagrados apóstoles; pues el mismo Jesucristo los llamó y los escogió. Con todo eso, entre unos hombres tan legítimamente llamados, se condena Judas. No basta que la vocacion sea legítima; es menester trabajar, es necesario cooperar á la vocacion, cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado. Dispuso Dios la diversidad de los estados y de las condiciones, y á cada uno en particular le destinó á una condicion determinada. ¿Está la salvacion conexâ con la vocacion? ¿abrazas un estado de vida al cual no eres legítimamente llamado? pues te descaminas y te pierdes. En esta sábia economía de la diversidad de los estados distribuye Dios sus gracias con respecto á aquella condicion á que nos llama. ¿Se falta á la vocacion, se abraza otro estado distinto de aquel á que nos tenia destinados la divina Providencia? pues se trastorna, por decirlo así, toda la economía de nuestra predestinacion. Habia medido Dios sus gracias, sus auxîlios, el genio y las inclinaciones naturales del sugeto, proporcionándolas á aquella condicion á que le tenia determinado. Seríale entonces facil la virtud, los peligros raros y no tan perniciosos; estaria el cielo sereno y la mar en calma; pero tú tomaste otro rumbo. Quedóse en el mundo aquel jóven á quien Dios llamaba al estado religioso; el ótro, á quien desviaba Dios del altar, se ingirió en el sagrado ministerio. Este es el funesto principio, este el verdadero orígen de este diluvio de males que inundan toda la tierra; esta es la causa de tantos escándalos; esta es la verdadera razon de la pérdida de tantas almas. ¿Se consulta mucho al Señor sobre la eleccion de este estado? ¡Ah! que no; los padres y los parientes fabrican la vocacion; el interes de una familia, una vergonzosa pasion, esos son por lo comun los oráculos y los árbitros de los estados que se eli-

gen. Si un jóven es el segundo ó el tercero de su casa, se le destina á la Iglesia. ¡Mas oh! que no tiene vocacion; no importa, sus padres la tienen por él. Si una doncella es única, si tiene muchos bienes y bellas prendas, luego se la aplica al siglo. ¡Mas oh! que su inclinacion es á los cláustros y al retiro, que solo quiere pensar en su salvacion; que conoce que si queda en el mundo se pierde y se condena. ¡Impertinencia! No es eso á lo que se atiende, ni lo que se consulta. Las conveniencias, el interes de la familia, los enlaces, la fortuna y la pasion, estos son los resortes que dan movimiento á toda la máquina. Ah Señor, ¿y despues de esto nos admiramos de que las desgracias parezcan hereditarias en algunas familias? ¿nos admirarémos de que esté el mundo atestado de infelices y de descontentos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta abrazar el estado donde nos quiere Dios; es menester cumplir con fidelidad las obligaciones de este mismo estado. Antes de elegirle es necesario hacer mucha oracion, suplicar incesantemente al Señor nos dé á conocer el estado en que quiere le sirvamos; pero una vez abrazado alguno, ya no es tiempo de deliberar ni de dudar si se hubiera hecho mejor en seguir ótro. Esas resoluciones fuera de tiempo son verdaderas tentaciones; entonces solo conviene aplicarse, dedicarse á desempeñar con puntualidad las obligaciones del estado que se abrazó. El demonio, como hábil y astuto tentador, se sirve de esas molestas inquietudes para burlarse de nosotros. Es grande ilusion vivir en contínua perplexidad sobre el estado, y descuidar en sus obligaciones; dalas todo el lleno que las corresponde, y vivirás tranquilo sobre la eleccion de la vida. Pero aunque tu vocacion haya sido tan señalada como la de Saul, y tan santa como la de Judas, ¿de qué te servirá haber abrazado el mejor partido si le desempeñas mal? No hay mayor prueba de que estamos en aquel estado en que nos quiere Dios, que nuestro cuidado y nuestro estudio en agradarle. El ofenderle no es prueba de que no fuese buena nuestra vocacion, sino de que es mala nuestra voluntad. ¿Quedóse uno en el mundo? pues viva en él cristianamente; esté sobre las ar-

mas contra el enemigo que reyna en él; viva muy sobre aviso contra los lazos y contra las redes que por todo él esten tendidas; arregle sus costumbres á las máxîmas del evangelio, y estará seguro de su salvacion. ¿Abrazó el estado eclesiástico? pues edifique al próximo con un porte exemplar, á prueba de toda calumnia; haga con espíritu de religion todas las funciones de los mas sagrados ministerios, y asegurará su salvacion edificando á la Iglesia. ¿Hállase en el estado religioso? observe las santas leyes de su sagrado instituto; animen todas sus acciones la modestia, la circunspeccion, la observancia y el espíritu de recogimiento y de retiro; sea su devocion un testimonio para el público de la santidad de su vida; entonces vivirá como verdadero religioso y morirá santo. ¡Mas oh! que me es insoportable el yugo que me he echado á cuestas. No, no te encorva la pesadez del yugo, sino tu cobardia y tu flaqueza; ten por cierto que tanto te pesaria otro cualquiera. Pero supongamos que te hubieses equivocado en la eleccion de estado; recibe como penitencia sus mortificaciones y sus trabajos, y hallarás en éllos un manantial de gracias convirtiéndose en medios para asegurar tu salvacion.

¡Mi Dios, qué sutil, qué astuto es el demonio! ¡y qué necio soy yo! ¡cuántos medios he tenido hasta ahora para ser santo, y como los he malogrado por mis vanos arrepentimientos, por mis disgustos sin provecho, y por mis dudas inútiles. No, dulce Salvador mio, no quiero ya pensar en otra cosa sino en santificarme en el estado en que me hallo, y en vivir segun vuestras máxîmas. Concédeme esta gracia, sin la cual nada adelantaré.

JACULATORIAS.

Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi: salutare vultus mei, et Deus meus. Salm. 41.

Esperémos en mi Dios y en mi Señor, que con el auxîlio de su gracia será eficaz el propósito que hago de cumplir perfectamente con las obligaciones de mi estado.

Juravi; et statui custodire judicia justitiæ tuæ. Salm. 118.

Juré, Señor, y tengo resuelto guardar inviolablemente en adelante todos vuestros santos mandamientos.

PROPOSITOS.

Si no has hecho todavía eleccion de estado, aplica todos los medios que puedas para conocer aquel á que te llama Dios. Nunca se te ofrecerá eleccion que pida mas oracion, mas reflexîon, mas consejo ni mayor miramiento; porque tampoco hay punto de mas importante consecuencia. No consultes en él á la carne y sangre. Los padres por lo regular solo atienden á su inclinacion, á sus intereses y aun á sus pasiones en el destino de sus hijos; sin dárseles nada por su salvacion ni por su eterna suerte, con la cual tiene tan estrecha conexîon el estado que han de abrazar. Busca un director santo, sábio y prudente, y descúbrele todos tus mas secretos movimientos, tu natural, tus inclinaciones, tu pasion dominante, tus talentos, y todas tus buenas y malas cualidades. Haz todos los dias muchas oraciones pidiendo á Dios que te dé á conocer su santísima voluntad. Frecuenta los sacramentos; sobre todo empeña á la santísima Vírgen en este importante negocio, y consúltale contigo mismo, considerándote en la hora de la muerte; porque de todo el tiempo de la vida este es aquel en que se hace mas sano juicio de las cosas.

2 Si ya estás en estado de por vida, no gastes el tiempo en deliberar sobre la eleccion; esas reflexîones ya son inútiles y aun perniciosas. Ocúpate únicamentente en desempeñar con fervor y con puntualidad las obligaciones de este estado, persuadido á que ya te quiere Dios en él, aunque fuese torcida la eleccion y los motivos que tuviste presentes para hacerla; creer lo contrario es tentacion. El que se descaminó no se detiene en discurrir sobre el camino que debiera haber tomado; el que se hirió solo se aplica á curar su herida; y úno y ótro no piensan mas que en guardarse de volverse á herir, y de volverse á descaminar. Sigue este consejo.



DIA VEINTE Y CINCO.

San Luis, rey de Francia.

Luis IX. de este nombre, uno de los mayores reyes que ocupó el trono de Francia, y uno de los mayores santos que venera la santa Iglesia, nació en Poissy el dia 25 de abril del año de 1215. Como el Señor le habia escogido para formar un rey á medida de su corazon, le previno con aquellos singulares dones que forman tambien el corazon de los santos. Ningun príncipe nació al mundo con mas noble inclinacion á la virtud, con mas rico fondo de dulzura y de bondad, con prendas mas heróicas ni mas reales. Quiso encargarse de su educacion su misma madre la reyna doña Blanca, princesa mas recomendable por su eminente piedad que por sus elevados talentos y por su espíritu verdaderamente superior. Aplicóse á formar aquel tierno corazon de manera, que antes aprendiese á obedecer y á servir á Dios, que á mandar á los hombres. Poco tuvo que hacer la escuela en un genio tan feliz. Anticipóse él mismo á las lecciones que le daban, y presto se reconoció no habia nada que hacer sino dexar que produxesen por sí mismas las semillas de la virtud que Dios habia sembrado en aquella grande alma.

A los ocho años de su edad perdió Luis al rey Felipe Augusto, su abuelo, y tres años despues á su padre Luis VIII. que le dexó la corona baxo la tutela de su madre, cuando Luis contaba solos once años. Quiso la Reyna Madre prevenir las turbaciones de una larga menor edad (porque en aquel tiempo hasta los veinte y cinco años no se declaraban mayores los reyes de Francia), y dispuso que su hijo fuese consagrado en Rems, disipando con su prudencia en poco tiempo los sediciosos intentos de los condes de Champaña, de Boloña, de Bretaña, de la Marca, de Dreus, de Flandes, de Tolosa y de Provenza, ligados contra el gobierno; de manera, que con su conduc-

ta y su valor aseguró la autoridad del Rey su hijo, y conservó la calma en el estado durante el tiempo de su acertada regencia. El mayor cuidado de la virtuosa Princesa en aquella dulce tranquilidad fue la santa educacion del niño Rey. No perdonó á medio alguno para que desde aquella tierna edad recogiese todos los frutos de la virtud y del estudio. Encontraba en el hijo toda la docilidad, toda la dulzura, todo el despejo del entendimiento y toda la disposicion de corazon que era menester para que fuesen eficaces sus lecciones. Repetíale contínuamente, que no obstante la ternura con que le amaba, querria mas verle perder la vida, que la gracia; leccion que se le imprimió tan altamente en el alma, y por toda la vida le infundió tan grande horror al pecado, que preguntando un dia á su confidente Joinville cuál querria mas, estar plagado de lepra, ó cometer un pecado mortal; y respondiendo Joinville con su natural franqueza que antes cometeria cien pecados mortales que padecer la lepra, indignado el jóven Rey, le dixo con alteracion: *Bien se conoce, Joinville, no sabes lo que es estar en desgracia de Dios; sábete que un solo pecado mortal se debe temer mas que todos los males de este miserable mundo.*

El singular gusto que tomaba á todas las máximas del evangelio le movia á practicar sus consejos. Comenzó á mortificar sus sentidos, á macerar su cuerpo y á domar sus pasiones casi desde la cuna. Gustaba mucho de la caza, de la pesca, de la cetrería y del juego de axedrez; esto bastó para prohibirse á sí mismo todas aquellas inocentes diversiones desde la edad de quince años. Desde entonces ocuparon el lugar de estos lícitos desahogos la oracion y los exercicios espirituales. Su modestia en el templo y su devocion reformaron toda la córte. Sintiéronse movidos hasta los mas disolutos, y todo se rendia á sus exemplos.

Mientras desempeñaba con tanta perfeccion las obligaciones de cristiano, no se descuidaba en llenar todas las funciones de un gran rey. No se vió príncipe mas anticipadamente formado á las reales virtudes del trono; tan político en el gabinete, como diestro y valeroso en la campaña, brillaba igualmente en uno y otro teatro. Sabia muy bien la lengua latina, prenda muy rara en aquel tiempo, singularmente entre los príncipes; las horas que no ocupa-

ba en el despacho, las dedicaba á los exercicios de la religion, á la lectura de los santos padres, sin que la natural blandura que inspiraba la devocion debilitase en su ánimo los espíritus de valor. Resucitó la liga de los príncipes mal contentos con la *regencia*; púsose Luis á la frente de sus tropas, aunque contaba solos catorce años de edad, y al punto se deshizo la sediciosa confederacion. Contra el parecer de sus generales puso sitio á Bolesme, plaza entonces inconquistable, en lo mas riguroso del invierno, y la tomó: primer ensayo de sus hazañas, que domó á los mal contentos, obligándolos á pedir la paz, y restituyó al reyno la calma.

Volvió el Rey á París, donde dió nuevas muestras de su piedad. Fundó la célebre abadía de Royaumont; puso la primera piedra en la iglesia de santa Catalina de Val; erigió el monasterio de los cartuxos, dándolos el palacio de Vanvert; edificó varios conventos y hospitales; y habiendo logrado restituir al conde de Tolosa al gremio de la Iglesia romana, tuvo el consuelo de poner fin á la guerra de los albigenses, que su padre Luis VIII. habia comenzado.

Apaciguadas las guerras civiles, y abatidos los enemigos extraños, entró en París tan estimado de los oficiales y de los soldados, como aplaudido y amado de todo el pueblo; viendo todos con el mayor asombro á un rey tan poderoso en una corte tan brillante, y en la edad de diez y ocho á veinte años con tal delicadeza de conciencia, con tal pureza de costumbres, con tanta prudencia y con tanta devocion, que causaria admiracion en el mas estrecho cláustro. No se presentaba ocasion de hacer justicia, de aliviar al vasallo, y de exercitar alguna obra de caridad, que no la abrazase con el mayor gozo. Siempre fueron los pobres sus principales favorecidos, y desde su menor edad sustentaba en palacio un gran número de éllos, sirviéndolos él mismo á la mesa. Su pasion dominante fue el zelo de la religion; firmábase muchas veces *Luis de Poissy*, en memoria de haber recibido allí la primera gracia del bautismo. El año de 1234 se casó con Margarita, hija primogénita de Raymundo de Beranger, conde de Provenza, princesa cabal, cuyas inclinaciones eran muy conformes á las del santo Rey; y luego se dedicó á arreglar

su casa y la casa de la Reyna; de manera, que ámbas casas fueron modelo á las demas familias particulares de virtud, de buen gobierno, y del mas cristiano método. Luego que el Rey llegó á la edad de mayor, hizo aún mas abierta profesion de la santidad á que Dios le llamaba. Desterró de su palacio toda profanidad; deshízose de todos los muebles preciosos y de todos sus magníficos vestidos; prohibióse hasta las mas inocentes diversiones; aumentó sus penitencias, y maceró su cuerpo con disciplinas y con cilicios; arregló las horas de sus devociones. Rezaba todos los dias el oficio divino, hacia sus estaciones, visitaba á los pobres en los hospitales; y como el amor á la santísima Vírgen era, por decirlo así, su pasion, ningun dia dexaba pasar sin dar algunas pruebas de su zelo por su honor y por su culto.

Pero sus devociones nunca disminuian su aplicacion á los negocios del estado. Jamás se habia visto el reyno en mayor gloria. Habiéndose coligado con Enrique III. rey de Inglaterrra Hugo de Lusignan, conde de la Marca, príncipe inquieto y sedicioso, tomó las armas contra su legítimo soberano; y orgulloso con los poderosos socorros que le habia conducido el mismo inglés en persona, nada menos se prometia que la conquista de todo el reyno. Juntó Luis algunas tropas, púsose á su frente, marchó al enemigo, deshizo al Conde, pasó el rio Charanta, atacó á Enrique, fiero con su numeroso exército, desbaratóle con solo su valor, llevó el terror y el desórden hasta el mismo cuartel del Rey, que con el miedo de ser hecho prisionero corrió sin comer dos dias y dos noches hasta ponerse en salvo dentro de la plaza de Blaye. Vinieron el Conde y la Condesa á echarse á los pies del Rey; perdonólos, y aunque le hubiera sido fácil apoderarse de todo lo que poseian los ingleses de esta parte del mar, se contentó el santo Rey con haber echado al enemigo; concedióle la paz, y restituyó la tranquilidad en el reyno.

Afligió el hambre á las provincias de Normandía, de Guiena y de Poitou; y no contento san Luis con libertarlas de los impuestos ordinarios, envió á éllas gran cantidad de granos, haciendo cuantiosas limosnas á todos los pobres. Corrió la voz en el Oriente de que Luis, el mayor enemigo que tuvieron jamás los mahometanos, habia

tomado la cruz; y un reyezuelo de Fenicia, llamado por sus vasallos *el Viejo de la Montaña*, ó *el Rey de los asesinos*, acostumbrado á ser en este punto ciegamente obedecido por éllos, envió dos asesinos á París para que quitasen la vida al santo Rey; súpolo con tiempo, fueron presos los asesinos, y los envió libres, cargándolos de presentes. Así se vengó el santo Rey de los que vinieron á darle la muerte.

Extendida por todo el mundo la reputacion de un rey verdaderamente cristiano, tan célebre por su sabiduría como por su valor y por su eminente santidad, los príncipes más distantes solicitaron su amistad y su proteccion. Vino á Europa el año de 1239 Balduino II., de la casa de Courtenay, emperador de Constantinopla, á implorar el socorro de los príncipes latinos, y le pareció que ganaria de un solo golpe el corazon de san Luis, trayéndole la sagrada corona de espinas de nuestro Salvador. No se engañó; y el Rey le socorrió con tropas y dinero. Salió la sagrada corona del poder de los venecianos, en quienes los griegos la tenian empeñada, y fue conducida á Francia. El Rey, seguido de toda la córte y de todo el clero, la salió á recibir hasta cinco leguas de Sens, y la acompañó hasta París con tales afectos de devocion y de piedad, que se hicieron muy visibles en todo su exterior. Él mismo llevó la sagrada reliquia con los pies descalzos y descubierta la cabeza, desde la iglesia de san Antonio de los Campos, hasta la de nuestra Señora. Depositóse despues en la capilla de san Nicolas, que estaba contigua á palacio; y habiendo recibido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó á tierra la capilla de san Nicolás, y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y piedras preciosas, fundando un cabildo de canónigos. Todos los años en el dia de Viernes santo pasaba á élla revestido de sus ornamentos reales, con corona en la cabeza, y él mismo exponia el sagrado leño á la adoracion del pueblo. Despues con la cabeza descubierta, los pies descalzos, sin ceñidor y sin espada se postraba profundamente, hacia una breve oracion, iba andando de rodillas, parábase, volvia á orar un breve espacio, y acercándose en fin á la santa cruz, deshecho en lágrimas oraba tercera vez, y postrado la

besaba tiernamente con tanta humildad y con tanta compuncion, que sacaba devotas lágrimas á los ojos de todo el concurso.

Gozaba toda la Francia de una dichosa calma, acompañada de cuantas prosperidades se podian desear en el reynado mas santo, y con el rey mas celebrado en el Universo, terror de sus enemigos, admiracion de los extraños y delicias de su pueblo, cuando acometió al santo Monarca una fiebre maligna que en el breve espacio de cinco dias le reduxo á la mayor extremidad, y puso á todo el reyno en la mas dolorosa consternacion. Conocióse en aquella ocasion cuánto le amaban sus vasallos. No se veian ni se oian en toda la Francia mas que lágrimas, oraciones, procesiones generales, rogativas públicas con el Sacramento patente, ayunos y penitencias. Oyó Dios los fervorosos clamores del reyno: recobróse el Rey; pero fue haciendo antes voto de pasar personalmente á la Palestina, llevando consigo un poderoso exército para echar de toda élla á los turcos. En vano pretendió oponerse á este religioso intento toda la familia real, todos los grandes del reyno y todos los prelados. Mantúvose el Rey inmoble en su resolucion, tomó la cruz, y habiéndose abocado en Cluni con el papa Inocencio V. que le nombró generalísimo de todo el exército cristiano, habiendo declarado á su madre la reyna doña Blanca por regenta del reyno, tomó el camino de Aguas muertas en el Langüedoc, para esperar allí á los cruzados, y hácia el fin de mayo del año 1248 partió de aquel puerto con una formidable armada, compuesta de mil ochocientas velas. Fue muy feliz la navegacion; y habiéndose detenido algunos meses en la isla de Chipre donde tenia sus almacenes, se hizo á la vela, y desembarcó en Egipto. Quince ó veinte mil sarracenos que intentaron disputarle el desembarco fueron derrotados, y el exército frances se apoderó de Damiata, que era la plaza mas fuerte, y como la llave de todo Egipto. Acudia el Rey á todas partes, haciendo en todas prodigios de valor; pero dando igualmente en todas no menos prodigiosos exemplos de virtud. Observando en Damiata la misma regla que en París, empleaba en los exercicios de caridad y de devocion todo el tiempo que no dedicaba á los cuidados de la guerra. Tenia muy en el

corazon la conversion de los sarracenos, y el Señor le dió el consuelo de ver todos los dias acudir al campo un gran número de infieles á pedir el santo bautismo.

La felicidad de aquel primer suceso dió ocasion al desórden y á la disolucion del oficial y del soldado. Parecia que cuanto mas se empeñaba el santo Rey en merecer la proteccion del cielo con sus oraciones, con sus penitencias y con sus limosnas, mas empeño hacia el exército de desmerecerla por sus pecados y por sus disoluciones. Y así muy presto experimentó los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado. Púsose delante de la ciudad de Masoura, y la falta de víveres, las enfermedades y el fuego artificial de los enemigos á breves dias le puso en tan miserable estado, que todo el exército se reduxo á un monton de cadáveres y de enfermos. Introdúxose en todo él la disentería y el escorbuto, sin perdonar al mismo santo Monarca. Fue conducido con gran trabajo á una corta ciudad, llamada Charmasach, donde le metieron en una especie de cabaña, pero no tardó mucho en ser embestida de una espesa nube de sarracenos; y queriendo el santo Rey perdonar la sangre de los suyos, les mandó que se rindiesen. Lleváronle á Masoura, donde el Soldan hizo conducir en triunfo en Oriflama, y los demas estandartes franceses. Hallábase la reyna en Damiata, y con el dolor que la causó la noticia de haber sido hecho el Rey prisionero, dió á luz antes de tiempo un hijo, á quien por la tristeza de este desgraciado suceso, se le dió el nombre de Juan Tristán, y fue el tercero de los varones que tuvo.

Nunca se mostró el Rey ni mas grande ni mas santo que en aquella abatida adversidad. Perdida hasta la misma libertad, supo ser prisionero como rey, y como rey cristianismo. En aquella gran mudanza de estado en nada mudó su género de vida. No interrumpió sus ayunos ni las demas ordinarias penitencias. Tan tranquilo en la prision como en la córte, prosiguió rezando todos los dias el oficio divino á las horas regulares, y tuvo á singular gracia de Dios que habiéndole despojado los sarracenos de tantas alhajas preciosas, solamente le hubiesen dexado las horas y el breviario. Dueño siempre de sí mismo, milagroso en su paciencia y firme sin arrogancia, rehusó con invencible teson todo lo que creyó ser contra su concien-

cia y contra su honor; y fue todo su consuelo un heróico rendimiento á las disposiciones de la divina Providencia. Asombrados hasta los mismos sarracenos de aquella grandeza de alma, y hechizados de sus extraordinarias prendas, decian públicamente que si queria ser su rey no reconocerian ótro. Ajustóse su rescate y el de todo el exército en la rendicion de Damiata, en ochocientos mil bezanes de oro y en una tregua de diez años.

Desembarcó el Rey en Acre de Palestina, donde se quiso mantener cuatro años para poner en mejor forma ó fortificar las principales ciudades de la Tierra santa. Era su mayor pasion poder derramar su sangre en defensa de la fe. Durante su mansion en Palestina hizo prodigios de valor, y en muchísimas ocasiones dió tales pruebas de su virtud, que hasta entonces no se habian visto semejantes en algun otro monarca. Precisado á restituirse á Francia por la noticia que tuvo de la muerte de la Reyna gobernadora, partió de Palestina el dia 24 de abril del año 1255, despues de haber reedificado y fortificado á Jaffa, Cesarea, Sidon y Acre. Los extraordinarios regocijos que se hicieron en toda Francia á la llegada del santo Rey, fueron buenas pruebas del sincéro y universal amor que le profesaban los pueblos. Dedicóse enteramente á hacerlos dichosos y felices, reformando abusos, suprimiendo contribuciones, y publicando santas, justas y provechosísimas leyes. Nunca resplandecieron mas su fe, su religion, su sólida y real virtud. Bastaron sus exemplos para reformar la córte y todos los demas estados. Desterró de sus dominios la blasfemia por el severo castigo de los blasfemos. Restituyó el debido respeto y reverencia á los templos, castigando rigurosamente á los que los profánaban. Al paso que era muy indulgente con los que ofendian su persona, era exáctísimo en hacer observar la ley de Dios; y se decia comunmente que no era posible ni mejor siervo de Dios, ni mejor amo de los hombres.

Todos los dias oia muchas misas. El respeto y la devocion con que asistia á éllas compungian á los asistentes. Las copiosas lágrimas que derramaba á la elevacion de la hóstia eran efecto de su abrasado amor á Jesu-

cristo, y de su fe. Despues que volvió á Francia aumentó las penitencias. Ademas de los ayunos de la Iglesia, que observaba con rigor, ayunaba todo el Adviento, todos los viernes del año, y el dia antes de todas las fiestas de la santísima Vírgen á pan y agua. En el Adviento y en la Cuaresma no comia ni fruta ni pescado, sino solo pan y legumbres. Nunca se desnudó despues el cilicio, ni el religioso mas austéro era mas ingenioso que él en mortificarse. Sus tesoros solo se franqueaban á los pobres, todos los sábados concurrian á palacio mas de doscientos; lavábalos los pies, besábaselos, y los daba una limosna. Mantenia siempre dentro de palacio ciento y veinte, y nunca comia el Rey sin tener á la mesa alguno de éllos. Era dicho comun que el Rey no tenia otros favorecidos que los pobres, los religiosos de santo Domingo y san Francisco. Hubo pocas provincias en su reyno, ni aun ciudades en sus estados, donde no fundase enfermerías, hospitales, monasterios, capillas é iglesias colegiales. En París fundó el hospital de los *Trescientos*, donde se mantenian trescientos pobres ciegos, en memoria de los trescientos caballeros de su comitiva, á quienes sacaron los ojos los infieles en la jornada de Oriente. Tenia una exâcta lista de todos los nobles de cada provincia que padecian necesidad, de todas las viudas y doncellas de distincion que no tenian dote para tomar estado; y lo menos que hacia era socorrerlas para que viviesen con decencia. No alcanzaba su poder adonde llegaba su caridad; no hubo príncipe que con mas justa razon mereciese el glorioso título de padre de su pueblo, y en particular el de padre de los pobres. Llamábanle el Salomon de la cristiandad por la prudencia, por la sabiduría que mostraba en la administracion de la justicia; siendo tan grande su penitencia, su rectitud y su equidad, que llegó á ser el árbitro de todas las diferencias. Mas de una vez le escogieron para terminar las suyas los reyes, los pueblos y aun los mismos papas. Gregorio IX., el emperador Federico II., Enrique III., rey de Inglaterra, y los barones ingleses no quisieron admitir otro árbitro que á este ángel de paz.

Llegaron á sus compasivos oidos las noticias del lastimoso estado en que se hallaban los cristianos de Le-

vante, y se renovó en su piadoso corazon el zelo y el dolor de ver en poder de los infieles los santos lugares de Jerusalen. Resolvió tomar segunda vez la cruz, y hacer todos sus esfuerzos para arrancarles de las manos la posesion de la Tierra santa. No fueron bastante á disuadirle de este intento, ni las lágrimas de la reyna su esposa, ni los ruegos de los príncipes sus hijos, ni las representaciones y clamores de toda la córte. Persuadióse á que Dios le pedia este sacrificio, y nada bastó para estorbarle aquella expedicion. Tomó la cruz de mano del cardenal de santa Cecilia, legado de la santa Sede; y la hizo tomar á sus tres hijos Felipe, que era el primogénito, Juan Tristán, conde de Navers, y Pedro, conde de Alenzon, como á casi todos los grandes señores del reyno. Hizo despues su testamento; nombró por regentes del reyno al abad de san Dionisio, y al señor de Nesle: dispúsose con muchos exercicios de devocion, y se embarcó el dia primero de julio del año de 1270. Viéndose obligado á ancorar en el puerto de Caller, se volvió á hacer á la vela, y enderezó la proa á Tunez, cuyo rey habia dado muestras de quererse convertir. Hízose el desembarco sin oposicion, porque los sarracenos que guardaban el puerto se retiraron apresuradamente al acercarse la escuadra francesa. Perdióse la esperanza de la conversion del rey de Tunez luego que se supo habia mandado poner en cadenas á todos los cristianos. Pero los excesivos calores del clima, la falta de buena agua, y la corrupcion de los víveres causaron en el exército una enfermedad tan contagiosa, que todo el campo se llenó de cadáveres. Murieron de los primeros el conde Navers, hijo del rey y el cardenal Legado. Sintióse el mismo Rey tocado del contagio. Las prontas órdenes que dió para salvar el resto de las tropas dieron bien á entender que tenia no ya presagios, sino noticia cierta de su muerte. Ningun dia dexó de rezar el oficio divino y todas las demas devociones con mayor fervor. Conociendo que le iban faltando las fuerzas, mandó llamar á su hijo Felipe, que habia de ser su sucesor, y le dió esta admirable instruccion que ya tenia escrita.

"Mi muy caro hijo: El primer consejo que te doy es »que ames á Dios con todo tu corazon, y con todas tus

»fuerzas, porque sin él nada podemos. Has de estar dis-»puesto á dexarte hacer pedazos antes que ofenderle mor-»talmente. Si te enviare alguna enfermedad, ó cualquie-»ra otro trabajo le debes dar muchas gracias, persua-»diéndote á que mereces muchos mayores castigos, por »haberle servido mal, y por haberle ofendido. Cuando »recibieres de su mano algun favor, ríndeselas tambien »con humildad, y guárdate mucho de engreirte con él; »sería gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle. »Aconséjote que te confieses á menudo, y que escojas »confesores de vida exemplar, para que te instruyan en »tus obligaciones. A esos y á tus amigos los has de tra-»tar de manera que estén persuadidos á que con toda »libertad, y sin el menor rezelo te pueden advertir de »tus defectos. Vean tus vasallos que de buena gana asistes »en la iglesia á los divinos oficios. Está siempre en élla »con modestia y con atencion, especialmente miéntras »se celebra el santo sacrificio de la misa; nunca se te esca-»pe en el templo palabra alguna excusada; y sea en él »tu respeto un testimonio visible de tu fe. Encárgote que »profeses una gran devocion á la santísima Vírgen, y »que tengas un corazon tierno y liberal con los pobres. »Cuando padecieres alguna inquietud, ó te afligiere al-»gun cuidado, si fuere comunicable, descárgale en el »seno de tu confesor, ó en el pecho de alguna otra per-»sona discreta y capaz de darte algun alivio en tu pena. »Algunas veces has de tener el gusto de travar pláticas »y conversaciones de cosas santas con personas virtuo-»sas. Nunca sufras que en tu presencia se traten mate-»rias libres, escandalosas, ni de murmuracion; y toda »palabra injuriosa á Dios y á los santos castígala seve-»ramente. Si Dios te hiciere la gracia de que llegues á »la corona, muéstrate por tus buenas obras digno de la »sagrada uncion, que hace á los reyes de Francia los »ungidos del Señor; y aplícate sobre todo al exercicio »de aquellas virtudes que son propias de esta elevada »dignidad. Reconózcase en ti una entereza y una equidad »á toda prueba. Declárate siempre antes en favor del po-»bre que del rico, y da entera libertad á tus ministros »para que hablen contra tus intereses, cuando se trata de »hacer justicia. Restituye sin dilacion lo que no fuere tu-

„yo, ó pudieron haber usurpado tus predecesores; con„sidera que en eso se atraviesa la quietud de tu concien„cia y el descanso de sus almas. Impide las violencias „que se intenten hacer á los eclesiásticos. Ama á los re„ligiosos, hazlos bien, y sigue la máxîma del rey Feli„pe mi abuelo, que algunas veces vale mas disimular los „excesos de los eclesiásticos, que causar escándalo re„primiéndolos con demasiada violencia. Ama y respeta „á la Reyna tu madre, y oye sus consejos. Estima á tus „hermanos, zela sus intereses, pero nunca á expensas de „la justicia. Válete de buenos consejos para la distri„bucion de los beneficios; lo mas acertado es no dar mas „á los que ya tienen algunos; siempre te sobrarán va„sallos beneméritos, que ninguno hayan recibido, y en „éstos se deben distribuir los que vacaren. Evita, en cuanto „te fuere posible, hacer la guerra á los príncipes ó seño„res cristianos. Antes de empeñarte en élla prueba todos „los medios de paz; y el motivo que debes tener presente „para esto, ha de ser evitar los innumerables males y peca„dos que trae consigo la guerra; pero si te hallares preci„sado á hacerla, sea de modo que no padezcan por el cul„pado una infinidad de inocentes. Sitia las plazas del que „te niega la justicia, ó te hace agravio; pero perdona á sus „vasallos en cuanto te sea posible. Emplea toda tu autori„dad en impedir la guerra entre tus propios vasallos; no „puedes hacer cosa mas agradable á los ojos de Dios. Pro„cura siempre tener buenos magistrados para que hagan „justicia; en todos has de aborrecer lo malo, pero muy par„ticularmente en aquellos en quienes has depositado tu au„toridad, y abusan de élla.

„Profesa siempre gran respeto á la Iglesia romana, y „al papa, á quien debes venerar como á tu padre espiri„tual. Estorba en tus estados todos los males que puedas es„torbar; sobre todo, los juramentos, las blasfemias, los jue„gos de envite, la embriaguez y la impureza. Destierra de „éllos á los hereges, y á los desalmados. Tienes obligacion „de restituir á Dios con tu zelo y con tu reconocimiento to„dos los bienes que recibiste de su liberalidad, honrándote „en todas ocasiones de ser siervo de Dios y padre de tu „pueblo. No hagas gastos supérfluos, ni cargues al vasallo „con injustos impuestos; mira que te encomiendo mucho

»estos dos puntos. Si muero antes que tú, procura que se di-»gan por mí muchas misas y muchas oraciones en todas »las comunidades de Francia; y dame parte en todas las »buenas obras que hicieres.

»Yo te doy mi bendicion, mi muy caro hijo, y tal cual »la puede dar un padre á su hijo á quien ama tiernamente, »y ruego á nuestro Señor Jesucristo que te conserve y te »proteja con su gracia, concediéndote la de que jamás hagas »cosa contra su voluntad, para que siempre le honres y le »sirvas. La misma gracia le pido para mí, á fin de que »ámbos juntos podamos alabarle, verle y honrarle por to-»da la eternidad." Amen.

Estas instrucciones las escribió el santo Rey poco antes de salir de París, y en éllas hizo un fiel retrato, y nos dexó un puntual compendio de toda su conducta. Habia comulgado muchas veces durante su enfermedad; pero creciendo cada dia la calentura, recibió los últimos sacramentos con tales demostraciones de devocion, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas. Despues no quiso le hablasen de otra cosa que de Dios. Nunca mostró semblante mas alegre ni mas sereno que cuando se iba acercando á la muerte. Mandó que le tendiesen en camisa y cubierto de cilicio sobre un lecho de ceniza, y teniendo un crucifixo arrimado á los labios, espiró tranquilamente el dia 25 de Agosto del año 1270; siendo de 55, y 4 meses de edad, á los 44 de su reynado. Así murió con la muerte de los justos uno de los mayores reyes y de los mayores santos que se vieron sobre el trono. Grande por su valor, que le hacia intrépido en los combates, mucho mayor por su cristiana magnanimidad, por la cual se hizo admirar hasta en sus adversidades; siendo élla sola la que puede formar los verdaderos héroes, dignos de la pública veneracion hasta el fin de los siglos. Los huesos del santo Rey, despues de descarnados, se colocaron juntamente con su corazon en una caxa muy rica. La carne la pidió su hermano Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, y trasladada á Palermo, la mandó enterrar en la abadía de Mon-Real. El rey Felipe, despues de ajustada una tregua con el rey de Tunez por espacio de diez años, volvió á Francia, trayendo consigo la preciosa caxa en que estaban los huesos y el corazon de su santo Padre. No se puede explicar las demostraciones

de veneracion y de ternura con que fue recibido en Francia este tesoro. Depositóse luego en la iglesia de nuestra Señora de París, y el dia siguiente, que fue 21 de mayo de 1271, fue trasladado á la de san Dionisio con un acompañamiento que mas parecia triunfo que pompa funeral. El mismo rey Felipe, acompañado de todos los príncipes de la casa real, de los grandes del reyno, y de gran número de prelados, quiso llevar el cuerpo del Santo sobre sus reales hombros. La multitud de milagros que obró Dios en una y otra sepultura del santo Rey, movió tres años despues al papa Gregorio X. á mandar se recibiesen jurídicas informaciones, las que se hallaron mucho mas ámplias de lo que era menester; mas por la corta duracion de los nueve pontificados siguientes se suspendió por diez y siete años su canonizacion, que terminó finalmente Bonifacio VIII. el año de 1297 con increible solemnidad y magnificencia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Ludovicum confessorem tuum, de terreno regno ad cœlestis regni gloriam transtulisti: ejus, quæsumus, meritis et intercessione, regis regum Jesu Christi filii tui facias nos esse consortes. Per Dominum...

O Dios, que trasladaste á tu confesor san Luis desde el reyno de la tierra á la gloria del cielo; concédenos que por su intercesion y por sus méritos tengamos parte en el reyno del rey de los reyes Jesucristo, tu único hijo. Por nuestro Señor...

La epístola es del capít. 10. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia IX, fólio* 140.

NOTA.

"Entre todos los libros sapienciales, por cuyo autor está reconocido Salomon, el libro de donde se sacó esta epístola es el que por excelencia se llama *de la Sabiduría.* El fin principal que se propone su autor es la instruccion de los reyes y de los grandes, dirigiendo á éllos principalmente sus admirables máxîmas."

REFLEXIONES.

Conduxo el Señor al justo por caminos derechos. En ninguna cosa resplandece mas la divina Providencia que es en la economía que observa con los justos y los santos. Si solo se da oidos á la prudencia humana; si las cosas se miran no mas que con los ojos de la carne; y si únicamente se consultan las luces de nuestra escasa razon, parece que Dios se olvida de los buenos, y que reserva todas las prosperidades para los pecadores. ¿Cuántos hombres virtuosos pasan toda la vida entre adversidades y trabajos? Nada les sale bien; todo conspira á humillarlos; parece que su misma rectitud, la pureza de sus costumbres, aquella inviolable buena fe, su constante virtud los trae á casa todas las desgracias, al mismo tiempo que para los impíos y para los desalmados todas son dichas y prosperidades. Crecen como los árboles mas encumbrados. Ví al impío, dice David, en su mayor elevacion; víle descollar como los cedros del Líbano; pasé, volví, y ya habia desaparecido: *Et ecce non erat*: ni aun pude encontrar el lugar donde le havia visto elevado: *Et non est inventus locus ejus*. Esas contínuas prosperidades en este mundo, por lo comun son presagio cierto de las mayores desgracias. Un invierno sereno y apacible siempre causa enfermedades. Dios es el que guia al justo; ¿pues que podrá temer logrando tal conductor? Viva seguro de que siempre irá por camino derecho. Los intentos de Dios son muy diferentes de los nuestros. ¿Quién no se hubiera lastimado de la triste aventura que sucedió al patriarca José? Su desgraciada suerte parecia dignísima de compasion. Es vendido á los ismaelitas un tierno inocente niño; todo su delito fue su misma inocencia, su candor y su virtud; enciérranle en una obscura prision precisamente porque no quiso ser malo; con todo eso, su cautiverio y su prision fueron los grados por donde ascendió casi hasta igualar con el trono. Dime, prudencia humana, ¿hubieras tomado tú ese camino para hacer la fortuna de José, y para colocarle en el primer empleo de todo Egipto? ¿parecíate ese camino muy derecho? Sin embargo, fue el único y el mas breve que pudo tomar para ser feliz y para ser grande. ¿Cuántos, y cuán-

tos censurarian las empresas de san Luis? Seguramente que no se acomodaban ni al gusto, ni á los discursos de la política; y por otra parte los desgraciados sucesos, así de Levante como de la Africa, parecia que autorizaban la murmuracion de los cortesanos. ¿Cuántos grandes censurarian sus devociones, y seguramente no irian por el mismo camino si hubieran nacido en el trono como él? Con todo eso, ¿qué grande del mundo, qué príncipe, ni qué monarca ha merecido mayores elogios? ¿qué rey, ni qué emperador no quisiera tener la misma suerte?

El evangelio es del capítulo 19. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illis: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, erit potestates habens super decem civitatem. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates: Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuis-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fue á un pais lejano á tomar posesion de un reyno, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dixo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detras de él una embaxada, diciendo: No queremos que éste reyne sobre nosotros. Y sucedió que volviendo despues de tomar posesion del reyno, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dixo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dixo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dixo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dixo á éste: Tu támbien serás señor de cinco ciudades. Y vino ótro, y dixo: Señor, he aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un

ti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum: tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam: ut ego veniens cum usuris, utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet, et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

hombre austéro: tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: Sabias que yo soy un hombre austéro, què tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dixo á los que presentes estaban: Quitadle á éste la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia: pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

De la verdadera generosidad con Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera generosidad con Dios consiste en no negarle cosa alguna. ¿Se le podrá nunca dar mucho aunque se le dé todo? ¿Y nos podrá pedir demasiado aunque nos pida todo lo que tenemos, y todo lo que somos, aquel Señor de quien hemos recibido todo lo que somos y todo lo que tenemos? ¿Hay alguno en el cielo, ni en la tierra que pueda entrar en concurrencia con Dios? ¿y este Dios se podrá contentar con partijas, ni con mitades? A tu corazon apocado le parece mucho cuando da á Dios alguna cosa; pero un corazon generoso, haga lo que hiciere por Dios, todo le parece poco; y le parece bien. Respecto de Dios, toda reserva es como una especie de hurto. La verdadera generosidad pide que nada se le niegue; es decir, que se le sea fiel en todos tiempos y en todas cosas. Este es el punto mas importante de la vida espiritual practicándo-

le bien; sin poner límites, sin afloxar nunca, sin sufrir interrupcion ni vacío en los exercicios de virtud y en los progresos de la gracia. Aquel es verdaderamente generoso, que sin restitucion, y sin levantar la mano hace todo lo bueno que puede, y lo mejor que le es posible. Mas el que concede á su corazon la mas mínima excepcion en el servicio de Dios, ese ya decae de aquella noble generosidad. ¡Buen Dios, y cuántos cobardes hay entre los que se dedican á vuestro servicio! ¡cuántos perezosos se encuentran entre éllos! Conténtanse con no hacer cosa mala; ¿pero hacen todas las cosas buenas que pudieran? Cotejemos nuestra fidelidad, nuestro fervor y nuestra generosidad con la de aquellos generosos siervos de Dios que tanto arrebatan nuestra admiracion. Estos son nuestros modelos; ¿nos parecemos mucho á éllos? Vuelve la reflexíon hácia la vida cristiana, y hácia las heróicas virtudes de san Luis: ¡Qué humildad en la elevacion del trono! ¡qué piedad en todos los exercicios de religion! ¡qué caridad con los pobres! ¡qué afabilidad con sus criados! ¡qué mortificacion entre la púrpura y entre las delicias de la córte! ¡qué generosidad con Dios por todo el tiempo de su vida! Nosotros profesamos la misma religion, tenemos las mismas leyes, servimos al mismo dueño; ¿pero le servimos con la misma fidelidad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que pocas almas hay verdaderamente generosas para con Dios, aun entre aquellas mismas que hacen profesion de estar dedicadas á su servicio. ¿Cuántas partijas hacen de su corazon y de sus afectos? ¿Aman á Dios con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas? Este es no obstante el primer mandamiento; la basa y el cimiento de todas las virtudes cristianas. ¿Pero cuántas reservas hay en todos los sacrificios que se le hacen? El amor propio siempre se levanta con la mejor porcion, y por decirlo así, con toda la substancia. Bastardea el dia de hoy la virtud de las personas mas ajustadas. Son pocos los que andan sin pararse; pocos los que ponen mano al arado sin mirar atrás. ¿Hallánse por ventura en nuestros tiempos muchas de aquellas almas generosas que no desistan, ó á lo menos que no se paren al salirlas al encuentro las menores di-

ficultades? ¿hallánse muchas de aquellas almas puras, que en todas obras solo busquen pura y precisamente la mayor gloria de Dios? ¿las que no tengan otro fin en los sagrados ministerios de su zelo? ¿atiéndese únicamente á la voz de Dios en nuestras empresas, en nuestros proyectos y en nuestras idéas? ¿es posible que en éllas nunca se da oidos á las voces de la carne y sangre? ¿extinguiéronse las pasiones en esos corazones que se dicen cristianos? ¿están por lo menos domadas, humilladas, abatidas en esa alma que hace profesion de virtuosa? Consultemos esa tibieza y ese cobarde temor que reyna aun entre nuestros fervores; consultemos esos pusilánimes respetos humanos, que nos hacen tan tímidos en las ocasiones de declararnos por Dios; consultemos esa eterna aplicacion á nuestras comodidades, esa delicadeza que llega á ser melindre y nimiedad, esas amistades, esos apegos, esas inclinaciones tanto mas peligrosas en la vida espiritual, cuanto parecen menos groseras; consultemos en fin esas obligaciones y esas menudencias de nuestro estado, en que tanto nos descuidamos, ó las cumplimos tan imperfecta y tibiamente; y concluyamos de todas estas imperfecciones, y de todos estos defectos, que verdaderamente somos unos cobardes.

¿Pero será posible, Señor, que todo este conocimiento, y toda esta triste confesion se ha de reducir á un inútil y estéril arrepentimiento? No, divino Maestro mio: ya no mas infidelidad en vuestro servicio. Desde este mismo punto quiero comenzar á amaros con ternura, y á serviros con generosidad. Toda mi confianza la coloco en vuestra infinita misericordia. Dadme gracia para que generosamente os sirva.

JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea. Salm. 17.
Amaréte, Señor, espíritu y fortaleza mia.

Quis nos separavit á charitate Christi? Rom. 8.
¿Quién será capaz de apartarme del amor de mi Señor Jesucristo?

PROPOSITOS.

Asombro es que se sirva á Dios con negligencia; sobre todo si se considera que es Dios el Señor á quien se sirve.

Si quieres servirle con generosidad, procura estar contínuamente en su presencia, ya no haciéndote violentos esfuerzos, ó estando en una ansiosa inquietud para lograrlo, sino por medio de una dulce, amorosa y sosegada atencion. Hay algunas almas que se contentan con recogerse tres ó cuatro veces al dia, y por lo demas dexar vaguear libremente al espíritu, guardándose solo de cometer alguna culpa. Estas personas no son absolutamente malas, pero pierden inmensos tesoros de gracia; y como son poco liberales con Dios, quédanse así, andan toda la vida arrastrando, y nunca arriban á la perfeccion. Si quieres conservar esta dulce presencia de Dios, destierra de ti toda accion de ligereza, toda vana curiosidad y toda conversacion inútil. La entera abnegacion de sí mismo, y el total desprendimiento de las criaturas, es el camino para lograr una contínua memoria de Dios.

2 El exercicio de esta misma abnegacion es tambien un soberano medio para conseguir aquella noble generosidad de corazon, de que vamos hablando. Hay muchas almas que se mortifican algunas veces; pero las almas generosas siempre y en todo se mortifican. La perseverancia en este exercicio es uno de los puntos que mas contribuyen á aprovechar mucho en la vida espiritual. A un corazon generoso jamás se le ofrece ocasion de mortificarse, que no la abraze; como aquellos hábiles comerciantes que nunca malogran ocasion de adelantar el negocio. Si deseas tener esta generosidad con Dios, despréndete enteramente de las criaturas. Una alma generosa rompe con valor todas las prisiones para ponerse en libertad; la cobarde y la pusilánime gime siempre debaxo de la cadena, sujeta á la esclavitud de sus desordenadas pasiones. Pon en execucion estos saludables consejos; pues no se conoce lo que vale esta generosidad, sino cuando se tiene la dicha de lograrla.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Zeferino, papa y mártir.

Fue san Zeferino romano de nacimiento, hijo de Abundio, y salió á la luz del mundo hácia la mitad del segundo siglo. No se sabe cosa cierta de los primeros años de su edad; y todo lo que se puede decir es, que sus padres fueron cristianos de aquellos que honraban la religion con su bondad, con su rectitud, y con la irreprensible pureza de sus costumbres. Era Roma á la sazon no solo el centro de la fe sino el modelo de las virtudes, y el teatro de la generosidad cristiana. Concurríase á élla de todas las partes del mundo para admirar el prodigioso número de cristianos de todos sexôs, edades y condiciones que florecian en aquella capital del Universo, y para observar la excelencia de sus virtudes, con el fin de aprovecharse de sus exemplos. Por este elevado concepto que se hacia de los fieles que vivian en Roma, podemos formar alguno de la eminente virtud y del extraordinario mérito de nuestro Santo; puesto que muerto el papa san Victor, el mismo Dios declaró con señales visibles y milagrosas que en todo el clero no habia otro mas digno que Zeferino para gobernar la iglesia.

Era emperador Severo, y no se habia visto en su tiempo ni mas encendido, ni mas devorador el fuego de la persecucion. Necesitaba la Iglesia en aquellas circunstancias de un papa generoso, como santo. Once dias habia que unidos los fieles con el clero se le pedian contínuamente á Dios con incesantes y fervorosas oraciones; cuando el cielo se declaró visiblemente en favor de Zeferino, baxando el Espíritu santo en figura de paloma sobre su cabeza, donde reposó un breve espacio de tiempo, y luego desapareció. Basta para elogio de su mérito esta señal tan pública de una eleccion tan especial, y de un amor del cielo tan distinguido, así como bastó para unir en su favor todos los votos. Fue, pues,

nombrado por sucesor de san Victor el año 202 con aplauso universal de todos los fieles.

Conocióse muy luego el particular cuidado que tenia Dios de su Iglesia por la milagrosa eleccion de san Zeferino para gobernarla en un tiempo en que mas que nunca tenia necesidad de un papa santo. El primer año de su pontificado, y décimo del emperador Severo, fue puntualmente el mismo en que aquel Príncipe, que hasta entonces se habia mostrado tan favorable á los cristianos, publicó edictos que excitaron contra la Iglesia una horrible persecucion. Entonces reconoció el Santo los altos designios de la divina Providencia en elevarle á la silla pontifical durante aquella furiosa y deshecha tempestad. No se espantó, ni se acobardó. Sus primeros pensamientos, á impulsos de su fervoroso zelo, y de su abrasado amor á Jesucristo, fueron salir al público como buen pastor para derramar la sangre en defensa de su rebaño, y señalar con el martirio los principios de su pontificado. Pero reflexîonando que no se perdonaria al rebaño por la muerte del pastor, y que destituida del piloto la navecilla de la Iglesia, fluctuaria mas á violencias de las encrespadas olas, juzgó que debia mirar por sí para consuelo de sus hijos. Mas no por eso perdonó á cuidados, desvelos, ni trabajos para alentar á los cristianos, y para socorrerlos en aquella pública desolacion. Corria dia y noche las casas de los particulares; penetraba las cavernas y los lugares subterráneos, donde por el miedo de la tempestad se habian refugiado los mas tímidos; animábalos con sus palabras, exhortábalos con sus discursos, fortalecíalos con los sacramentos, y los sustentaba con sus limosnas. A los confesores los alentaba en los calabozos; acompañaba á los mártires hasta los cadahalsos; y despreciando generosamente los peligros, era prodigio de sus fatigas y de su zelo. En fin, despues de nueve años de persecucion, tuvo el consuelo de ver restituida la paz á la Iglesia con la muerte del emperador Severo. Aprovechóse el santo Pontifice maravillosamente de esta calma para mantener en la Iglesia la pureza de la fe contra los enemigos domésticos que la combatian.

Nunca lo hacian los hereges con mayor violencia que en las treguas, ó en aquellas calmas que la permitian los gentiles. Proseguian sembrando sus errores ciertos teó-

logos, que habia condenado el papa Victor. Atacólos san Zeferino con tanto brio y con tan esforzado vigor, que mereció la gloriosa nota con que le honraron los mismos hereges, de ser el primero que habia tenido valor para defender contra éllos la divinidad de Jesucristo; y por solo esto cuenta san Optato á nuestro Santo en el número de los santos doctores que combatieron contra las heregías.

Cierto hombre vano y atrevido, llamado Praxêas, de nacimiento asiático, habia venido á Roma en el pontificado de san Victor, predecesor de nuestro Santo, y al principio se declaró contra los montanistas; pero el orgullo le precipitó á él mismo en muchos errores. No reconocia mas que una sola persona en la Trinidad; decia que el Padre habia sido crucificado; por lo que á sus sectarios se les dió el nombre de *Patri-pasianos*; y en fin, Praxêas se hizo heresiarca. No perdonó el santo Pontífice á medio alguno para sacarle de aquel abismo de errores y de extravagancias; convencióle, confundióle, y le convirtió. Abjuró sus errores, recibióle con benignidad, y le restituyó al gremio de la Iglesia. Pero como las cabezas de partido casi nunca se convierten de buena fe, habiendo pasado Praxêas á África, reincidió en sus desvaríos, y murió infelizmente en la heregía.

Pero otro suceso mas dichoso consoló á nuestro Santo, y le compensó aquella pérdida. Natál, ilustre confesor de Jesucristo, tuvo la flaqueza y la desgracia de hacerse cabeza de los teodorianos, adoptando su heregía, por un sórdido motivo de avaricia. No queriendo rendirse á los saludables consejos, ni á los convincentes argumentos del santo Pontífice, fue rigurosamente castigado la noche siguiente por mano de los ángeles. Como este castigo era efecto de la misericordia de Dios, que le queria salvar, le hizo dócil. Apénas amaneció, cuando vestido de un saco, y cubierta de ceniza la cabeza, fue Natál á echarse á los pies de san Zeferino, interponiendo los ruegos y las instancias de los fieles para conseguir la gracia de volver á la comunion de la Iglesia. Despues que le hizo purgar su pecado por medio de una saludable penitencia, y dar satisfaccion del escándalo á los fieles, le recibió con benignidad; y el arrepentido Natál, en testimonio de su dolor, abrazó con gran-

de humildad las rodillas de todos los legos, pidiéndoles perdon del mal exemplo que los habia dado con su infidelidad, y siendo su perseverancia la prueba mejor de la sinceridad de su penitencia.

Desagradó á Tertuliano una indulgencia tan conforme al espíritu de Jesucristo con los pecadores verdaderamente arrepentidos. Aquel génio naturalmente austéro y duro, lleno de propia estimacion, censuró altamente la suavísima conducta de aquel buen Pastor, que como amoroso padre, usaba del rigor cuando le juzgaba necesario para el mayor bien de sus hijos, y echaba mano de una prudente blandura cuando la creia saludable. Afligió sensiblemente al santo Pastor y á toda la Iglesia la funesta caida de aquella columna de élla. Dexándose llevar Tertuliano de aquella su genial excesiva severidad, efecto de su orgullo, se precipitó en errores muy groseros, defendiéndolos con pertinacia, y tuvo la desdicha de morir herege.

Publicó san Zeferino muchos decretos provechosos para la disciplina eclesiástica. Prohibió que se consagrase la preciosa sangre de Jesucristo en cálices de madera, como se hacia entónces por la extrema pobreza de los fieles. Mandó que las órdenes de los ministros de la iglesia se celebrasen en público, queriendo que fuese notoria á todos su inocencia y la pureza de costumbres á toda prueba. Ordenó que ningun obispo pudiese ser juzgado sino por el sumo Pontífice, ó por autoridad subdelegada suya; que todos los fieles comulgasen en la Pascua, y que siempre que celebrase el obispo, se hallasen presentes algunos presbíteros y algunos diáconos. Otros muchos decretos publicó el santo Pastor, que acreditan su atencion y vigilancia, su vasta comprension, una capacidad que nada se le escondia, y su infatigable zelo sobre todas las diferentes necesidades de la Iglesia. En fin, colmado de méritos, y consumido de trabajos, terminó su santa vida despues diez y ocho años de pontificado, con la corona del martirio, el dia 26 de enero del año 221, siendo emperador Antonino Eliogábalo. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Calixto en la Via Apia, de donde despues se trasladó á una de las iglesias de la ciudad.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Zephyrini martyris tui, atque pontificis, cujus gaudemus meritis, instruamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios Todopoderoso, que al mismo tiempo que celebramos los merecimientos de tu bienaventurado mártir y pontífice san Zeferino, nos aprovechemos de sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

"Esta segunda epístola de san Pablo á los corintios „es como apéndice ó suplemento de la primera. Escribió- „la en Macedonia poco despues que ésta, y algunos me- „ses antes que escribiese la epístola á los romanos."

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo. Las vanas y pasageras alegrías pueden nacer en nosotros de tantos principios, cuantos son los objetos en que colocan su satisfaccion nuestras pasiones; pero el verdadero y el sólido consuelo no tiene otro principio que Dios; todo nace de él únicamente; por tanto, es puro, tranquilo y lleno, cuando los demas que se derivan de las criaturas son mixtos, inquietos, y no satisfacen; antes en vez de apagar la sed, la encienden mas. El mismo Dios que consuela, es el que perdona; y nos consuela plenamente despues de habernos perdonado. Dios es mi Padre y Padre de las misericordias; luego necesariamente ha de ser para mí un Dios de todo consuelo, mientras yo no ponga estorbo á su bondad. Es Dios de todo consuelo; y esto quiere decir que no hay consuelo fuera de él. Es error buscarle en otra parte; pues fuera de Dios solo se encuentran cuidados inútiles, inquietudes, pesadumbres y amarguras. Consuélannos los amigos; pero todos sus consuelos no llegan al corazon; y este es el único que tiene necesidad de consuelo, porque en él reside la tristeza. Consuélannos los entretenimientos, las diversiones y los placeres; pero todo su consuelo no pasa de los sentidos. Entre este tumulto de embelesos superficiales; en medio de todos esos exteriores divertimientos está el corazon despedazado con crueles amarguras. En fin, las criaturas nos consuelan, pero sus consuelos son totalmente forasteros á un pobre corazon atribulado. ¡Buen Dios! ¿Cuándo querrá el corazon humano comprender una verdad que está experimentando cada dia? Es muy propio del estado y muy ventajoso al cristiano el padecer; pero no es menos propio de la bondad de Dios el sostener y el consolar al

cristiano en sus trabajos. Si no experimentamos los efectos de esta divina bondad, es porque nos hacemos indignos de élla. Tengamos en élla una entera confianza, y experimentarémos sus dulces efectos. Es el Señor Dios de todo consuelo; y hombres de todo consuelo debieran ser sus ministros. En su pecho deben los fieles derramar su corazon, y hallar en él alivio para todas sus tribulaciones. Ni la dureza, ni la severidad, ni el excesivo rigor, que solo sirven para desesperar al pecador, y para desterrar de él toda confianza, son el carácter de los verdaderos ministros de Jesucristo.

El evangelio es del capítulo 16. *de san Mateo, y el mismo que el dia II, fólio* 25.

MEDITACION.

De la importancia de la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera si tienes algun negocio que te importe mas, si le tienes de mayor consecuencia, ni es posible que tengas ótro en que intereses tanto como en el negocio de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó de ganar un pleyto en que se atraviesa toda tu fortuna temporal; tampoco se trata de ser feliz ó desgraciado por toda la vida; un negocio como ese sería muy importante á la verdad; pero al fin no sería de infinita consecuencia. Ser siempre desgraciado, padecer hasta la muerte, sería grande desdicha; pero al cabo no sería sin recurso. Trátase ahora de una felicidad ó de una infelicidad eterna; trátase de poseer á Dios eternamente en la mansion de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, y condenado sin esperanza de remedio á las llamas sempiternas. De esto se trata cuando se habla del negocio de la salvacion. Pregunto ahora: ¿Es de alguna consecuencia, merécenos algun cuidado, alguna atencion este importante negocio?

¡Ah! que al fin se acaba la vida. ¿Y de qué sirve en la muerte haber sido rico, poderoso, afortunado segun la

idea del mundo? Llega la muerte, y con la muerte todo se nos huye, todo se nos desvanece; la vida mas larga y mas dichosa se nos representa como un sueño. Llega la muerte; y en la muerte la nobleza, las dignidades, los empleos, los honores, todos se exhalan como humo; todos son títulos que se desaparecen en el ayre. ¿Pero qué suerte me espera? Si me salvo, esto solo me compensa bien la pérdida de todo lo demas; pero si me condeno, si el infierno va á ser mi sempiterna morada, si paso desde la cama al fuego eterno, ¿quién me consolará en mi desdichada suerte? ¿quién me compensará esta pérdida? ¿y una pérdida que fue obra de mis manos; una pérdida que es sin recurso, que no admite remedio?

¡Y es posible que se piense en el negocio de la salvacion á sangre fria! ¡es posible que se nos pase dia alguno sin trabajar en este negocio! ¡es posible que acaso harémos estas reflexîones, y no por eso tendrémos mas juicio!

¡O mi Dios, y cómo lloro mi ceguedad y mi error! Pasáronse ya la mayor parte de mis dias, y acaso no he comenzado á trabajar en este negocio. ¿Qué no mereceré si dilato un solo dia el dedicarme á trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de qué les sirve ahora á aquellos ricos que se condenaron haber gozado gruesas rentas, haber tenido grandes dictados, haber disfrutado hermosas y dilatadas posesiones. ¿Qué equivalente puede haber al perderse eternamente? Perdí el cielo, perdí á Dios; pues todo lo perdí, y lo perdí sin remedio.

¡Ah, y cuánto ganaron tantos millones de mártires en haber perdido la vida por Jesucristo! Un suplicio de pocos minutos, y á lo mas de algunos dias; pero demos que fuesen los mayores tormentos, y que durasen por muchos años; ¿qué proporcion tienen todos los trabajos de la vida presente con la gloria venidera? ¿podráse nunca comprar á precio excesivo la posesion y la felicidad del mismo Dios? ¡O Señor, qué prudentes, qué discretos fueron aquellos santos, aquellas almas penitentes y mortificadas que todo lo sacrificaron por salvarse! Grandes del mundo, dichosos del siglo, vuestras máxîmas, vuestra conducta en

el negocio de la salvacion, ¿os acreditan mucho de discretos y de prudentes?

Papa era san Zeferino; y luego que se vió sobre la primera silla de la Iglesia, todas sus ánsias fueron derramar la sangre por Jesucristo. ¿Y á quién jamás le pasó por el pensamiento lastimarse de su suerte? Encontró, en fin, la corona del martirio, despues de haber suspirado tanto por élla. ¡Ah, que el perder la vida por Jesucristo es verdaderamente hallarla! ¡y qué poco les duelen sus propios, sus verdaderos intereses á aquellas pobres personas que pasan una vida entregada á los deleytes, á las diversiones, á la delicadeza y al regalo!

El rico avariento es sepultado en los infiernos, mientras Lázaro el leproso pasa del hospital á la gloria. Mas que hayas vivido pobre, desconocido, despreciado, si te salvaste, hiciste tu fortuna. La salvacion vale por todo; y sin élla la mas alta fortuna nada vale.

Os he costado yo mucho, divino Salvador mio, para que me dexeis perder. Confieso con el mas vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que es inevitable mi pérdida si de aquí adelante no me aplico mas de lo que me he aplicado hasta aquí á trabajar en el negocio de mi salvacion. Pero esto es hecho, y mi partido está tomado; desde este momento será mi salvacion todo el objeto de mis cuidados, de mis ánsias y de mi contínua aplicacion. Este es mi único negocio, y de hoy mas no quiero ocuparme en ótro; ni hablando en rigor hay ótro que merezca este nombre, ni que sea digno de todos mis desvelos.

JACULATORIAS.

Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

Quam dabit homo commutationem pro anima sua? Mat. 16.

¿Qué precio equivaldrá á la pérdida del alma?

PROPOSITOS.

Renueva cada dia estas jaculatorias en la oracion de la mañana, y repite muchas veces, especialmente cuando

te exercitas en tu oficio, cuando emprendes algun negocio, ó cuando das principio á alguna obra: *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur?* *¿De qué me servirá esto que voy á hacer para mi salvacion?* Es práctica muy útil, y conviene á todo género de personas.

2 Impónte una inviolable ley de tener un dia de retiro cada mes. Al cabo del mes no es mas que un dia; ¿y quién se podrá racionalmente negar á dedicar en todo el mes un solo dia únicamente al negocio de la salvacion, que él solo nos perderia toda la vida? Hállase tiempo para los negocios temporales, para las diversiones y para los amigos; ¿será posible que nunca nos falte sino para la salvacion de nuestra alma? Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en exâminar libros, en aumentar fondos y en percibir rentas; ¿será mucho dedicar un solo dia al mes en exâminar las cuentas que hemos de dar á Dios, el estado de nuestra conciencia, el uso, y lo que producen los talentos recibidos, y los medios de reparar las quiebras espirituales que se han padecido? Bien se puede asegurar que de esta práctica depende la perseverancia y la salvacion de muchas almas.



DIA VEINTE Y SIETE.

San Cesáreo, obispo de Arlés.

San Cesáreo, una de las mayores lumbreras de la iglesia galicana, nació el año de 469 en el territorio de Chalons, á las márgenes del rio Saona, de padres distinguidos por su antigua nobleza; pero mucho mas por su exemplar piedad. Tomó el gusto á las cosas de Dios desde su niñez. Aún no tenia siete años, y ya se enternecia á vista de un crucifixo ó de otra cualquiera imágen devota. Volvió un dia á casa medio desnudo, y sus piadosos padres quedaron gustosamente sorprendidos cuando entendieron que habia dado parte de sus vestidos á un necesitado. Creciendo su virtud con la edad, y su disgusto del

mundo con el amor de Dios, sin dar noticia á sus padres se fué á buscar al obispo de Chalons, y le suplicó que le cortase el cabello, y que con la tonsura le concediese el hábito clerical. Estába ya muy informado el obispo de la virtud del santo Niño, y no solo le concedió todo lo que le pedia, sino que tambien le agregó al clero de su iglesia á pesar de las oposiciones de su familia.

Pero deseoso todavía de vida mas perfecta y distante de la vista de sus padres, tomó la resolucion de hacerse religioso en el célebre monasterio de Lerins, sito en la Provenza. No pudo emprender su fuga con tanto secreto, que su madre no la llegase á entender. Despachó al punto algunos criados tras de él, pero nunca le pudieron alcanzar. Tambien se asegura que el demonio hizo cuanto pudo para estorbar sus santos intentos. Fuéle siguiendo por mas de una legua un endemoniado, gritando con todas sus fuerzas: *Cesáreo, no pases adelante; deténte Cesáreo.* Fatigado el virtuoso Mancebo de aquellos importunos gritos, se paró; hizo la señal de la cruz en una taza que llevaba, habiéndola llenado de agua, diósela á beber al poseido, y al punto quedó libre de tan enfadoso huesped.

Llegando á Lerins le dió el hábito de monge san Porcario, abad del monasterio. En breve tiempo se hizo admirar de todos los religiosos el fervor, la devocion y la modestia del jóven Novicio. Profesó, y viéndose ligado á la religion con los sagrados votos, soltó las riendas á su fervor. Parecia haber nacido sin pasiones; y en fuerza de su contínua mortificacion perdió el uso de los sentidos. Era perpétuo y riguroso su ayuno; gastaba en oracion y en leccion el tiempo dedicado al descanso; por su apacibilidad, por su compostura y por su íntima union con Dios, no era conocido por otro nombre que por el del *Angel del monasterio.* Arruinaron su salud los rigores de su penitencia, juntos á la delicadeza de su complexîon. Hizo su santo Abad cuanto pudo para que la recobrase; pero viendo que nada aprovechaban los remedios ni su paternal cuidado, juzgó que le haria mas provecho la mudanza de ayres. Envióle á la ciudad de Arlés á casa de un ciudadano muy conocido en élla, que se llamaba Fermin, y con su muger Gregoria se exercitaba en obras de caridad con los pobres y con los religiosos enfermos. Enamo-

rado Fermin de la extraordinaria virtud de Cesáreo, le trató como á hijo suyo, cuidó de su salud con cariñoso desvelo, logró repararsela del todo; y pareciéndole que le hacia doble beneficio, le puso baxo la disciplina de Pomerio, célebre retórico, para que le perfeccionase en la eloquencia y en las letras humanas. Pero pedia Dios á Cesáreo otro estudio mas sério y mas conforme á los designios de su divina Providencia. Así se lo manifestó en una vision, y desde entonces únicamente se dedicó al de la religion y de la sagrada Escritura.

Visitando un dia Fermin al obispo Eona, le dixo en la conversacion, que tenia hospedado en su casa á un monge de Lerins, mozo de un mérito nada vulgar. Llamóle el prelado; hízole varias preguntas acerca de su pais y de su familia; reconoció por éllas que era su pariente, y con beneplácito de su abad le detuvo en su palacio, y le incorporó en la clerecía de Arlés. Confirióle luego los sagrados órdenes, y poco despues le ordenó de presbítero. La nueva dignidad le hizo mas humilde y mas mortificado. Acordándose que era religioso, quiso parecer siempre lo que era. Nunca mudó su modo de vivir; siempre el primero á los divinos oficios, siempre mas penitente, mas caritativo y mas devoto; era para él el palacio episcopal lo mismo que el monasterio. Habia fundado úno san Honorato en el arrabal de la ciudad, y situádole en una isleta que forma el Ródano, llamada la Camarga. Hízole abad el Obispo, y el Santo le gobernó tres años con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanto acierto, que habiendo caido malo el Obispo de la enfermedad de que murió, deseó mucho no tener otro sucesor que á Cesáreo. Muerto el Prelado, fue electo Cesáreo para sucederle por unánime consentimiento. A todos agradó la eleccion menos á él; resistióse, huyó, escondióse; pero todo fue en vano; era menester rendirse á un llamamiento de Dios tan descubierto.

Luego que Cesáreo fue elevado á la silla episcopal, reconocieron todos que tenian en él un perfecto sucesor de los apóstoles. Correspondió su zelo á su eminente virtud, y á su zelo el fruto de sus trabajos. Predicaba regularmente dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, y siempre con eficacia y con maravillosa mocion. Parecia

que registraba lo mas interior de los corazones segun las vivísimas pinturas que hacia de las costumbres y de los desórdenes de su tiempo. Tenia singular talento para descubrir y para curar las enfermedades del alma. Su caridad con los pobres jamás le permitia dexar á alguno sin socorrerle; solia decir, que las rentas del obispo eran la pension que la Iglesia tenia consignada para alimentos de los necesitados. Ningun pastor excedió á nuestro Santo en el cuidado de su rebaño. En toda su diócesi no hubo aldea, choza ni cabaña que no viese todos los años á su Obispo, ni persona alguna que se escondiese á su vigilancia pastoral. Si manifestó su zelo en reformar los abusos, en desarraigar los vicios, y en restablecer la disciplina, no resplandeció menos en conservar entre sus ovejas la pureza de la fe. Combatió principalmente la heregía de los arrianos, que profesaban los godos, dueños á la sazon de la provincia. No explicó menos su zelo en atacar á los pelagianos, y especialmente á los semi-pelagianos, cuyo número era el mayor. Ni su caridad se estrechaba á los límites de su diócesi. Enviaba á los reynos comarcanos muchas copias ó traslados de sermones que supliesen la falta de predicadores, y facilitasen la sana instruccion de los fieles. Tambien se aplicó á arreglar el oficio y culto divino, y á desterrar de los templos las conversaciones inútiles, las posturas indecentes, los trages y modales desenvueltas; y en fin, todo lo que olia á profanidad. En medio de tantos trabajos jamás se dispensó en alguna de sus acostumbradas penitencias; y causaba admiracion cómo podia hacer tantas limosnas con rentas tan moderadas. Fundó hospitales, así para los enfermos, como para los peregrinos ó forasteros, y tambien fundó algunos monasterios.

Siendo nuestro Santo tan agradable á Dios, no le podian faltar tribulaciones. Hallóse expuesta su paciencia á tristes y prolongadas pruebas. Reynaba á la sazon en España Alarico II., rey de los visogodos, y se extendian sus estados á la Aquitania y á la Galia Narbonense, que comprendia el Langüedoc y gran parte de la Provenza. Aunque era arriano el Monarca, permitia á los obispos católicos que se juntasen para la conservacion de la fe y para atender á la disciplina eclesiástica. Convocóse un concilio en la ciudad de Agda el año de 506. Presidió en él san Ce-

sáreo, á quien los obispos respetaban como á su maestro por su doctrina y por su virtud. Halláronse en este concilio treinta y cinco obispos, que hicieron setenta y un cánones de mucha importancia para la disciplina. Ordenaba el décimo octavo, que todos los fieles comulgasen tres veces al año, por Pascua, por Pentecostés y por Navidad, añadiendo, que los que faltasen á esto no serian tenidos por católicos. Era san Cesáreo rígido zelador y muy observante de los sagrados cánones, por lo cual los hacia observar á todos con su acostumbrada exâctitud. Desagradó á muchos este zelo; formaron contra el Santo una especie de conjuracion, y no perdonaron á medio alguno para desacreditarle y para perderle con Alarico, forjando contra él mil calumnias. Estaba á la frente de los mal contentos Liciniano, notario de su iglesia, y acusó al Santo de que favorecia secretamente á los borgoñones. Movido de esta falsa acusacion, echó el Rey á Cesáreo de su iglesia, y le desterró á Burdeos. Sufrió el Santo con heróica paciencia las incomodidades de su destierro. Conocieron los de Burdeos su inocencia luego que fueron testigos de su santidad. Prendióse fuego en la ciudad, y no se halló otro medio para atajar el incendio que recurrir á las oraciones del Santo. Apenas se puso en oracion á vista de las llamas cuando éstas se apagaron. Informado Alarico del milagro y de la exemplar paciencia con que llevaba su destierro, le restituyó á su iglesia. Fue recibido en élla con públicas demostraciones de alegría; pero no duró mucho la calma. Derrotado Alarico por Clodoveo en los llanos de Poitou, perdió con la corona la vida.

Sucedióle Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y luego se halló con los franceses y con los borgoñones entre los brazos, sitiando únos y ótros la ciudad de Arlés. Pasóse al campo de los sitiadores un eclesiástico mozo pariente de san Cesáreo, y de aquí se tomó pretexto para una nueva calumnia. Los arrianos y los judíos, que formaban el partido mas poderoso, y eran enemigos de la religion de nuestro Santo, le acusaron á los ministros del Rey de que tenia inteligencia con los franceses y los borgoñones, y trataba entregarlos la ciudad. Bastó esto para suponerle reo; echaron mano de él; encerráronle en una horrorosa prision, y ya se trataba de arrojarle al Ródano,

cuando dichosamente se interceptó una carta de cierto judío, que prometia á los sitiadores hacerles dueños de una puerta de la ciudad, como libertasen del saqueo á todos los de su nacion. Conocióse por esta casualidad la inocencia del Santo. Sacáronle del calabozo, pusiéronle en libertad, y solo se aprovechó de élla para asistir á una multitud de personas desamparadas que se refugiaron á la ciudad despues de levantado el sitio. Viendo san Cesáreo que se las dexaba perecer de hambre y de miseria, despues de haber vendido todo cuanto tenia para socorrerlas, hizo fundir los vasos sagrados de oro y plata que servian al altar para pagar el rescate de los prisioneros, y para sustentar á los que estaban en peligro de morir de necesidad.

Esta generosa caridad, admirada de todos los buenos, irritó el corazon de los envidiosos, que no podian sufrir su virtud, y dió pretexto á otra nueva calumnia. Diósele á entender á Teodorico, que Cesáreo habia destruido y puesto pobre á su iglesia por enriquecer á los franceses y á los borgoñones, y que fomentaba siempre en los pueblos cierto espíritu de sedicion. Mandóle el Rey comparecer en Italia para responder á los cargos que se le hacian. Obedeció el Santo; pasó á Ravena, y presentóse al Rey con aquella serenidad de semblante y con aquel sosiego de corazon que inspira la buena conciencia. Bastó su presencia para disipar las impresiones del Monarca. Luego que le vió se sintió penetrado de la mayor veneracion y respeto al santo Obispo; no le permitió hablar ni una sola palabra en punto de su justificacion, colmóle de honores, hízole ricos presentes, que admitió Cesáreo; pero el mismo dia los empleó todos en rescatar á cuantos prisioneros de su diócesi se hallaban en Italia. No pudo menos de admirar y de publicar el mismo Rey una caridad tan asombrosa. Noticioso el papa Simaco de que san Cesáreo estaba en Ravena, le quiso ver. Fue recibido del Pontífice, del clero y de los senadores de Roma con aquellos honores que solo se tributan á la virtud y á un mérito extraordinario. Su presencia aumentó su reputacion. Concedióle su Santidad el pálio, y permitió que los diáconos de su iglesia llevasen dalmáticas como los de la iglesia de Roma.

Restituido á élla san Cesáreo, gozó de la paz y de la

calma que le habia merecido su eminente virtud. Reedificó el monasterio que habia comenzado, y habian destruido los arrianos con el pretexto del sitio, dedicándole á la santísima Vírgen, á quien profesó toda la vida muy singular devocion; y es aquel célebre monasterio que se llama hoy la Abadía de san Cesáreo. Puso en él una comunidad de religiosas, haciendo venir para gobernarla á su hermana santa Cesárea, qne vivia con gran fama de santidad en un monasterio que el famoso abad Casiano habia fundado cerca de Marsella. Compúsolas una regla, en que se descubre sensiblemente el espíritu del Señor; y es un compendio de la perfeccion cristiana. Observóse exâctamente en el monasterio hasta que se introduxo en él la regla de san Benito. Tambien dispuso el Santo otra regla para los monges, que fue recibida en muchos monasterios.

No fueron éllas solas las obras que escribió este gran Santo. En la coleccion de las de los padres se hallan muchas homilías suyas, y los sábios se duelen con razon de la gran pérdida que hizo la posteridad eclesiástica en el tratado *de la Gracia y del libre alvedrío*, que compuso contra Fausto de Riez. Siendo ya san Cesáreo el oráculo de toda la Francia por su sabiduría y por su santidad, celebró un concilio en Arlés, donde se hicieron muchos útiles reglamentos. Convocó ótro en Carpentras, que presidió él mismo; y hallándose dos años despues en Orange en compañía de muchos obispos, con ocasion de la dedicacion de la iglesia fundada por el Patricio Liberio, se celebró en la misma ciudad aquel famoso concilio, cuyos veinte y cinco cánones sobre la predestinacion y la gracia fueron desde luego aprobados por el papa Bonifacio II. en una epístola que dirigió á san Cesáreo, como presidente que habia sido del concilio, y despues fueron adoptados por los concilios generales. Igualmente presidió en el concilio de Vaison, y poco despues en el de Riez, en que fue depuesto el obispo contumelioso por su escandalosa vida. Pronunciada la sentencia del concilio, escribió nuestro Santo al papa Juan II. que la aprobó, y confirmó cuanto habia hecho contra aquel indigno prelado, que fue desterrado á un monasterio por el resto de su vida.

Restituido san Cesáreo á su iglesia, conoció que Dios

queria premiar sus trabajos, y que estaba cercana su muerte. No hubo dias mas llenos que los suyos. Cayó malo hácia la mitad de agosto, y todos sus pensamientos se volvieron á los gozos celestiales, de que ya le daba el Señor á gustar algunos como destellos, en medio de los agudos dolores que padecia. En fin, despues de haber recibido los sacramentos de la Iglesia con el mayor fervor, lleno de dias y de merecimientos, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador el dia 27 de agosto del año 542, á los setenta y cuatro de su edad, venerándole despues todos los siglos como el verdadero modelo de un perfecto obispo. Diéronle sepultura como lo habia deseado en el monasterio de las religiosas que habia fundado él mismo, y que hoy tiene su nombre, aunque la iglesia, como ya se dixo, estaba dedicada á la santísima Vírgen.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Cesarii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en esta venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Cesáreo, crezca en nosotros el espíritu de la devocion, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quæritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur. Mihi autem pro minimo est ut á vobis judicer, aut ab humano die; sed neque me ipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum; sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est.

Hermanos: Considérenos el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Entre los dispensadores se busca ya aquí el que sean encontrados fieles. A mí, pues, me importa muy poco el ser juzgado de vosotros, ó en juicio humano; pero ni aun á mí mismo me juzgo. Porque no me acusa la conciencia de cosa alguna; pero no por eso estoy justificado, pues el que me juzga es el Señor.

NOTA.

"Corinto, la mas célebre y la mas rica ciudad de »Acaya, se habia entregado á todos aquellos vicios que »regularmente acompañan á la opulencia y al mucho co- »mercio con las naciones extrangeras, cuales son la pro- »fanidad, los deleytes, el regalo, y los demas desórdenes »que son consecuencias de éstos. En los diez y ocho me- »ses que san Pablo se detuvo en aquella ciudad, habia he- »cho grandes conversiones; y habiendo partido de élla, »escribió desde Éfeso esta admirable epístola, para pre- »servar á los fieles del contagio."

REFLEXIONES.

Considérennos los hombres como ministros de Jesucristo; es decir, un título tan glorioso debe acordar á los fieles el respeto y la sumision que han de profesar á los ministros del Señor; pero tampoco éstos se han de olvidar de la humildad, de la bondad y del desinteres con que deben servir á los fieles, ni mucho menos de lo pura, exemplar é irreprensible que debe ser la vida de los ministros del Salvador; de la fidelidad y de la pureza de manos con que deben dispensar los sagrados misterios; éllos son los que manejan los intereses de Dios y de los hombres, uniendo los derechos de su misericordia y de su amor. No hay empleo mas santo, no hay estado mas respetable, porque tampoco le hay mas sagrado ni mas sublime. ¡Qué virtud, qué santidad pide en los que le poseen! Son los dispensadores de la sangre de todo un Dios; temamos profanarla, dispensándola á los pecadores impenitentes; pero siendo la sangre de un Dios que murió por los pecadores, temamos tambien cerrar esta fuente de salud á los que se quieren lavar en élla. Las personas consagradas al santo ministerio son como unos ecónomos, cuya primera virtud debe ser la fidelidad. Fidelidad á Jesucristo para buscar únicamente sus intereses; fidelidad á la Iglesia para trabajar con zelo y rendimiento baxo sus reglas y sus órdenes; fidelidad á los pobres para administrar con economía su patrimonio; fidelidad á todos los fieles para instruirlos y para edificarlos. Faltar á la fidelidad de Jesucristo, es

sacrílega prevaricacion; faltar á la de la Iglesia, es sediciosa impiedad; faltar á la de los pobres, es notoria injusticia; faltar á la de los fieles, es una especie de irreligion, que siempre castiga Dios severamente. Apelo, Señor, á vuestro tribunal, exclama san Pablo, de los errados juicios de los hombres. A presencia de todo el Universo reformaréis aquellas injustas sentencias que la maledicencia y la malignidad pronunciaron contra vuestros siervos. ¿Qué razon mas poderosa para movernos á despreciar los juicios de los hombres, y para no mezclarnos nosotros en juzgar á los demas? A poca reflexîon que hagamos sobre la ligereza y la inconstancia de los juicios que muchas veces hemos hecho de los ótros, y sobre los intereses y las pasiones que nos incitaron á formarlos, nos será muy facil despreciar los juicios que los demas hacen de nosotros. Todo un apóstol san Pablo, á quien de nada le remordia la conciencia, no por eso se cree justificado; ¿pues en qué fundamos nosotros nuestra seguridad? Esta engañosa seguridad precisamente ha de ser calma aparente y efecto de una falsa conciencia.

El evangelio es del cap. 24. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniàm si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideò et vos stote parati quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cùm venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniàm super omnia bona sua constituet eum.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Velad porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

De las virtudes aparentes.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas comun en el mundo que la apariencia de la virtud. Aquella estimacion que inspira la misma razon natural á todo hombre por la rectitud, por la bondad, por la habitualidad del alma en obrar bien, en seguir lo que ordena la religion, y lo que dicta la recta razon, junto con aquella pasion que tiene una alma naturalmente orgullosa á sobresalir, á distinguirse, y á lograr todo lo que grangea honor y aplauso, son el verdadero orígen de la hipocresía; es decir, de aquel artificio que se afecta en materia de virtud y de devocion. ¿Cuántas hipocresías se imaginan lícitas para ocultar uno lo que es, y para fingirse lo que no es, sobre todo cuando se cree necesaria la buena reputacion para el bien del público? Es la hipocresía un vasallage que el vicio tributa á la virtud. El orgullo es el verdadero padre de todas las virtudes falsas; pero el amor propio tampoco tiene la menor parte en su nacimiento. Enamoran; encantan los privilegios de la virtud verdadera; su resplandor halaga los ojos, y el honor que la acompaña irrita, por decirlo así, el apetito de una alma naturalmente orgullosa; pero como la verdadera virtud pide necesariamente muchas violencias, muchos sacrificios, que son indispensables para ser verdaderamente virtuosos; el amor propio, que no gusta de esta violencia, solo se aplica á las apariencias de la virtud, que engañan con exterioridades especiosas; esta mentirosa máscara contenta el orgullo, sin turbar las pasiones, ni inquietar el amor propio. Aféctase una dulzura superficial, una modestia bien figurada; una humildad que nunca pasa de las palabras ni de aquel ayrecillo de encogimiento que quiere representarla; hácense todas las buenas obras que meten ruido, y se asiste con puntualidad á todas las devociones de moda. La disimulacion es arte; con que un poco de habilidad y otro poco de aplicacion bastan para aprenderle. A la verdad, el papel de devoto bien representado engaña, y ciertamente es cosa

muy facil dexarse engañar de él; ¿pero qué adelantarán esos enmascarados? La comedia no dura mucho tiempo, y la máscara se cae ó se desgasta, y allá en el fondo de la conciencia se conoce muy bien que no hay cosa mas despreciable que querer un hombre figurar lo que no es. Sin embargo, no hay el dia de hoy cosa mas comun que esta impía mogiganga. No ha habido herege que no haya estudiado, que no haya afectado engañar con su exterior; ninguno que no haya remedado al hombre devoto, al hombre mortificado, al hombre modesto. ¡Buen Dios! esta generalidad de virtudes falsas prueba evidentemente la necesidad de un juicio universal.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las virtudes aparentes se encuentran principalmente en tres clases de personas; en los hipócritas, en los que el mundo llama hombres de juicio, y en la gente moza. En los hipócritas por malicia, y en la gente moza por flaqueza de la edad. Los hipócritas como embusteros afectan la apariencia de la virtud para recoger el fruto, que es la estimacion y el aplauso; pero sin hacer los gastos. No pueden tener virtud que no sea falsa, puesto que la virtud está fundada en la verdad, la cual nace de un corazon íntimamente persuadido al bien sólido con sincéro deseo de conseguirle. Faltando en los hipócritas este sincéro deseo, solo tienen la apariencia de buenos; pero su interior es falso y mentiroso; no buscan directamente el meollo del bien, sino la corteza; y por eso toda su afectada virtud está en la superficie. Con todo eso, logran lo que pretenden, que es el concepto, la estimacion y el aplauso de los hombres; porque los hombres solo juzgan por las apariencias, no pudiendo penetrar el fondo del corazon. Las virtudes de los filósofos antiguos eran falsas; fuera del cristianismo y de la verdadera religion no puede haber verdadera virtud. Tales son aun entre los cristianos las virtudes de muchos que se llaman hombres de juicio ú hombres de bien; poco cimentados en la fe y en la devocion, solo poseen unas virtudes morales y naturales, que no son incompatibles con el vicio y aun con la impiedad. Son reputados por virtuosos, porque tienen cierta

especie de moderacion, de rectitud y de justicia; pero es falsa su virtud, porque el alma de las virtudes es la fe, y por otra parte los falta la devocion. ¿Qué importa que sean moderados y justos, si desprecian la humildad, la caridad, la paciencia, sin las cuales es imposible ser verdaderamente virtuosos, por cuanto todas las virtudes tienen entre sí cierta esencial conexîon? Los mozos fácilmente dan tambien en este escollo, deslumbrados de una falsa brillantez: faltos de experiencia, y con la razon poco ilustrada, frecuentemente equivocan con la virtud la apariencia de élla. Obsérvase esto en muchos novicios, que entregados al servicio de Dios por un poderoso impulso de la gracia, dan en excesos de que muy presto se cansan. La verdadera virtud tiene un carácter que no se puede contrahacer; es verdaderamente humilde, mansa, caritativa, mortificada, exâcta y puntual en observar hasta las mas mínimas obligaciones del estado; de una conciencia delicada, de un corazon recto, blando y benéfico, y de una devocion afectuosa y tierna. ¡Mi Dios, qué poca verdadera virtud se halla en el mundo!

Pero, Señor, aunque se hallara mucho menos, espero con el favor de vuestra divina gracia, y por la intercesion de vuestra santísima Madre, en quien despues de vos coloco toda mi confianza, que de hoy en adelante he de tener una verdadera virtud.

JACULATORIAS.

Dirige me in veritate tua, et doce me. Salm. 24.

Dirigidme, Señor, por el verdadero camino de vuestra santísima ley, y enseñadme á practicar la verdadera virtud.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Dadme, mi Dios, un corazon puro y limpio, acompañado de aquella recta intencion, sin la cual no hay verdadera virtud.

PROPOSITOS.

Distínguese la verdadera virtud cristiana de la falsa por el principio de donde dimana, que es Dios y la gracia,

siendo ésta la que la comunica su estimacion y su valor. Distínguese por el motivo que la excita, que siempre es sobrenatural; y de él se deriva el esplendor que la acompaña. Distínguese por el fin á que se dirige, que es puramente para agradar á Dios, y adelantar el negocio de la salvacion. El verdadero modelo de todas las verdaderas virtudes fue Jesucristo, y los santos fueron fieles copias suyas. Nunca pierdas de vista estos grandes modelos. Si quieres conocer si tu virtnd es verdadera, exâmina cuál es su principio, cuál su motivo y cuál su fin. Desconfia de toda obra exterior por loable que parezca si no está animada de la caridad, que es el alma de todas; sin élla todo es exterioridad, apariencia y superficie de virtud. Aplícate á agradar á Dios en todo cuanto emprendas, procurando á imitacion de Jesucristo y de los santos, que su mayor gloria y la salvacion de tu alma sean el único motivo y fin de todas tus acciones.

2 Aunque no se posean desde luego todas las virtudes, no es posible tener una sin que esté acompañada de un verdadero deseo de adquirir todas las demas. Si eres verdaderamente devoto te abrasarás en vivas ánsias de ser humilde, caritativo, mortificado y paciente; si eres verdaderamente humilde, con ninguno te podrás mostrar duro, quisquilloso y desabrido; guardaráste bien de manifestarte impaciente, poco sufrido y colérico. Haces limosnas, rezas mucho, asistes á todos los exercicios de devocion, á todas las obras de misericordia, cosa muy loable; pero eres murmurador, vengativo, suspicaz, desconfiado, estás lleno de hiel, descuidas de las obligaciones de tu estado, de tus leyes y de tus reglas; pues desconfia de tus virtudes aparentes; mucho es de temer que sean falsas. Exâmínalas bien con frecuencia, y ten por cierto que este exercicio es de la mayor importancia.

DIA VEINTE Y SIETE.

La Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus, vírgen.

Entre las innumerables virtudes que resplandecieron en santa Teresa de Jesus, vírgen sábia de Jesucristo, y esposa regalada suya, en la que mas brilló fue en el amor y caridad que tuvo á su Esposo, y en que fue correspondida con una fineza propiamente divina. Desde los primeros años de su infancia se propuso manifestar en sus acciones que era verdadera esposa de Jesucristo, y con el carácter de tal emprendió tan grandes obras, que causan admiracion. Todas las circunstancias que pide el santo evangelio para constituir una digna esposa del Esposo de las vírgenes, las reduce á tener prevenido aceyte con que cebar las lámparas, y salir con éllas encendidas á recibir al Esposo. Significase en las lámparas, segun el padre san Agustin, las obras buenas, y en el aceyte la caridad que debe alimentarlas; pues sin ésta, segun san Pablo, nada es de provecho ante los ojos de Dios. Esta misma condicion puso nuestro Dios en el Cántico de los cánticos, como la principal y primera de que debia estar adornada su esposa, cuando al comenzar á descubrir sus perfecciones, la dixo: *Hermana mia, esposa, tus pechos son mas hermosos y deleytables que el vino mas generoso y puro; esto es, estan llenos de la leche de la caridad: en uno depositas el amor de Dios sobre todas las cosas criadas, y en el ótro un amor verdadero á tu próximo; por eso eres á mis divinos ojos hermosa y deleytable, aunque á ti te parezca por tu condicion y humildad que estás negra y tostada del sol.* Apenas tenia Teresa edad para conocer á Dios, ni madurez que pudiese sujetar las ternuras de su puericia, cuando adelantada aquella alma grande obraba en materia de caridad aun mas de lo que se podia presumir de sus fuerzas. Convertida toda aquella de-

licada pequeñez en voluntad y en ardores de amor, no parece que vivia en élla otra cosa que caridad, ni sentia mas que caridad, ni se veia en sus obras otra cosa que amor á su Dios. En la estrechez de aquellos donosos y delicados miembros cupo un espíritu verdaderamente fuerte para intentar dar su vida por su Esposo, que es el extremo mayor á que puede llegar la caridad. Siete años tenia esta gloriosa Santa, cuando huyendo de la casa de sus padres en compañía de un hermanito suyo, se puso en camino desprovista de todo humano auxîlio, con el proyecto de llegar á tierra de moros, y allí padecer un glorioso martirio por la fe de su Esposo. Esta accion denota claramente las copiosas bendiciones con que la divina gracia la habia prevenido para ser el teatro en donde exerciese todas sus funciones una grande caridad.

A pocos pasos conoció la Santa que no podia verificarse el deseo de ser mártir; pero inmediamente meditó mil medios oportunos de dar á su Esposo multiplicados los beneficios: la oracion contínua, los frecuentes ayunos, y muchos géneros de mortificacion apagaron en parte la hambre que tenia su generoso espíritu de padecer por su Dios. Solicíta con su padre que la encierre en un monasterio de vírgenes, y constituida entre éllas tenia á su Esposo como manojillo de mirra entre sus pechos, gustando del suavísimo olor de sus coloquios, y sufriendo la amargura de verle padecer el rocío y escarcha de su pasion sangrienta. No se contentaba con esto el ardiente amor de tan verdadera esposa; sabia que gustaba el Esposo de que oliesen bien sus vestidos, y de que su fragrancia fuese como la respiracion y hálito de un paraiso lleno de granados, manzanos, cipro, nardo, cinamomo y otras mil sabrosas y olorosas plantas. El buen olor de todas las virtudes, singularmente del amor, exhalaba de su alma pura, y le hacia exclamar al divino Esposo: *Toda eres hermosa, esposa mia, paloma mia, y no hay en ti mancha de vicio alguno.* ¿Qué no sufrió por extender mas y mas la honra y la gloria de Jesucristo? Este deseo la traxo por largos caminos casi diez y seis años, cruzando á España, sufriendo frios, calores, aguas, inclemencias, desprecios, pobreza, persecuciones y todo género de penalidad, para hacer á su Esposo dignos retretes de deli-

cias en donde pudiese descansar entre mil almas de vírgenes santas. Este deseo, nacido del amor, la dió valor para emprender dificultades superiores al pecho mas varonil, y para caminar como por entre flores entre los desprecios y ultrages mas sensibles. Este amor fue quien la hizo florido el campo de la tribulacion, y que no se desdeñase de ser reputada por engañadora, hipócrita y hechicera. Sin embargo de esto le parecia á la Santa que nada hacia por Dios; y así decia con una humildad en que se ve al mismo tiempo su caridad: *La mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio es, cómo siéndome tan penoso estar apartada de él, quiero por su amor vivir. Esto querria yo que fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir.* El excesivo amor que tenia á su Esposo la hace hablar de esta manera. La fundacion de diez y seis conventos de vírgenes es nada en su estimacion; nada es el vencimiento de tanto magistrado, noble, plebeyo, y de todo el poder del infierno; nada es el generoso sufrimiento de las mas negras calumnias, hasta tenerla encarcelada por el santo tribunal de la Inquisicion; nada es la discrecion de espíritus, tener en su mano las llaves de la salud y de la muerte, registrar los hechos de los tiempos futuros con mas claridad que los de los pasados, y mandar despóticamente en los ánimos mas contumaces para que obedeciesen al celestial Esposo. El amor que le tenia le hacia parecer nada cuanto obraba por su servicio. Teníale siempre entre sus brazos sin soltarle, introduciéndole al retrete de su corazon, en donde le tenia preparado un divino lecho. Adornada de todas las joyas de las virtudes teologales y cardinales, hermoseada con las flores de los dones del Espiritu santo, vestida de inocencia se presenta al divino Esposo toda hermosa, toda bella, toda agradable, y mas resplandeciente que el sol coronado de estrellas.

Un amor tan encendido no podia menos de tener la correspondencia debida de parte de Jesucristo. De dos maneras acostumbra el Señor regalar y favorecer á las almas que se precian de ser sus esposas: úna, por medio de amarguras y trabajos; y ótra, llenándolas de gozos y suavidades extraordinarias. Al santo Tobías y á Job los regaló de una y otra manera en la ley antigua, y á san Pablo

tambien en la ley de gracia. *Porque eras acepto á Dios*, dixo el Arcángel al primero, *fue necesario probarte con trabajos*; y al último, *le traxo arrebatado al tercer cielo, sin excusarle por eso cárceles, azotes, naufragios, y últimamente el morir degollado*. De una y otra manera regaló tambien á santa Teresa; pero lo que mas se celebra este dia fueron aquellas dulzuras, aquellas visiones extraordinarias en que la revelaba los secretos mas escondidos. En una ocasion se la apareció el mismo Jesucristo, y dándola su mano derecha, y un clavo que sacó de su llaga, tomándola por su esposa, la dixo estas palabras: *De aquí adelante como verdadera esposa mia zelarás mi honor, porque ya yo soy todo tuyo, y tú toda mia.* A este tenor la hacia regalos inefables, que expresa la Santa por estas palabras en el capítulo 29 de su vida: *Casi siempre se me representaba el Señor ansi resucitado, y en la hostia lo mismo: sino eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulacion, que me mostraba las llagas algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas pocas, y llevando la cruz tambien algunas veces para, como digo, necesidades mias, y de otras personas; mas siempre la carne glorificada.* Pero en donde manifiesta lo encendido de su amor y el sumo regalo que Dios la hizo, y celebra nuestra madre la Iglesia en la festividad de este dia, es en las siguientes palabras del mismo capítulo. "¡O qué es ver una alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió élla por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en élla que la hace toda arder. O cuántas veces me acuerdo cuando ansí estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*: que me parece lo veo al pie de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algun remedio, porque no sabe que hacer) con algunas penitencias, y no se sienten mas, ni hace mas pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios; mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase; como no está allí el remedio, son muy

baxas estas medicinas para tan subido mal; alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo á su bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como una cosa transportada que no puede ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

»Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me presentan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dixe primero. En esta vision quiso el Señor le viese ansí; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan, deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á ótros, y de ótros á ótros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Éste me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dexaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quexidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no dexa de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplíco yo á su bondad le dé á gustar á quien pensare que miento. Los dias que duraba esto, andaba como embobada: no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces, quando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que estando entre gentes no los podia resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que

dixe en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo), que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio; antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma, y la pone en éxtasi, y ansí no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal corresponde á tan grandes beneficios."

Esta relacion de la Santa, puesta á la larga, explica con mayor claridad que la que cabe en humano discurso el favor inefable que celebra la Iglesia este dia, y al mismo tiempo el alto grado á que subió el amor que tenia Teresa á Dios. Como esta seráfica Doctora ha dado tanto lustre á España, explicando el amor en que llegan á encenderse las almas verdaderamente caritativas, siendo sus obras el mas bello compendio de teología mística que puede desearse, era justo que se celebrase aquel favor principal que llenó su alma de tan sublimes ideas. Este fue sin duda el que la Santa refiere en las palabras alegadas, favor que era celebrado mucho tiempo habia por la religion de los Carmelitas, quienes juntando á un mismo tiempo el respeto y veneracion á su santa Madre con la debida gratitud al Dios de misericordias, celebraban úno y ótro con particular festividad. En el año de 1726 solicitó el Rey católico que esta fiesta se extendiese á toda la Iglesia de España. Para este efecto dirigió sus humildes súplicas al papa Clemente XII. en carta particular presentada por el cardenal Belluga; y habiendo exâminado la congregacion de Ritos este negocio con su acostumbrada madurez, siendo Ponente el referido cardenal, fue de parecer que el oficio aprobado para la congregacion de Carmelitas descalzos de España se podia rezar por todos los seglares y regulares que estan obligados á las horas canónicas. En consecuencia de esto el santo Padre condescendió gustoso en que toda la Iglesia de España celebrase esta festividad de la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus; y para ello dió su decreto en 11 de diciembre de 1733.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui illibata præcordia beatæ virginis Teresiæ sponsæ tuæ ignitio jaculo transfixisti, et charitatis victimas consecrasti, ipsa interveniente concede, ut corda nostra ardore sancti Spiritus ferveant, et te in omnibus super omnia diligant: Qui vivis et regnas...

O Dios, que traspasaste con un arpon de fuego las entrañas puras de la bienaventurada vírgen Teresa, tu esposa, y consagraste una víctima de caridad; concédenos por tu intercesion que nuestros corazones hiervan con el ardor del Espíritu santo, y te amen sobre todas las cosas: Tú que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 10. *y* 11. *de la segunda de san Pablo á los corintios, y la misma que el dia XII, fólio* 202.

REFLEXIONES.

Al oir las obras maravillosas que ha executado la divina Omnipotencia con sus elegidos, nos llenamos de una santa admiracion, y como que quisiéramos ser participantes de aquellos grandes dones que nos sorprenden. El bien es amable por sí mismo, él arrebata nuestros afectos; y cuando es de una especie tan singular que proporciona el logro de la felicidad eterna á que naturalmente aspira todo racional, excita mas poderosamente nuestros deseos y ánsias. No tiene duda que al ver una santa vírgen tan favorecida de Dios, que parece tenia en élla todas sus delicias, acreditándolo con los favores mas sublimes, una santa envidia se apodera de nuestro corazon, y en el secreto de nuestras almas exclamamos frecuentemente, ¡oh quién hubiera sido como esta Santa! Pero al mismo tiempo nuestras pasiones exâltadas, y un amor criminal que tenemos á las cosas del mundo nos proponen una multitud de imposibles, cuyo vencimiento se nos figura obra superior al poder humano. Pensamos erradamente que para lograr los favores que recibió de Dios santa Teresa, debemos tener todas sus circunstancias, y hasta su nacimiento y su sexô se nos figuran condiciones indispensables. La falta de reflexion puede ser la única causa de estas equivocadas ideas; porque si se medita cuanto tiene dicho el Espíritu divino en las sagradas escrituras, se hallará que Dios no es acep-

tador de personas, que para su divina Magestad son indiferentes todos los nacimientos, los sexôs y las edades; y últimamente, que sola la virtud es la que estimula á executar sus maravillas.

En la epístola de este dia escribe san Pablo á los corintios, despues de haberles recomendado el precio de la virginidad en la epístola primera, cuán fácilmente podian aspirar á la gloria de esta sublime virtud. Enséñales como todos los fieles que cumplen los divinos preceptos son en la estimacion de Dios como otras tantas vírgenes castas que se desposan con Jesucristo. Esta verdad se confirma con la nocion que tenemos de la santa madre la Iglesia, de la cual no se puede dudar que es una Vírgen purísima, que en el ara de la cruz salió del costado de Jesucristo, subiendo al mismo tiempo á la dignidad de esposa suya. Esta Iglesia no es otra cosa que la congregacion de los fieles unidos entre sí con el vínculo de la fe. En esta congregacion se hace preciso que haya individuos de todos los estados, edades y sexôs; pero la fe, la ley y la práctica de las virtudes les hace á todos participantes en particular de aquellas cualidades soberanas que tiene el cuerpo en comun. Por tanto, cada uno de los fieles puede aspirar justamente á todos los derechos que tiene la esposa de Jesucristo, á pretender sus regalos y á esperar sus misericordias. Pero todo esto no se puede lograr sin aspirar al mismo tiempo á un grado sublime de perfeccion. Tú, cristiano, que admiras los favores inefables con que regaló el Cordero inmaculado á su esposa Teresa, y que dentro de tu corazon adviertes unos santos deseos de llegar á ser tan dichoso, fixa tu vista en la vida admirable de la santa Madre; exâmina una por una todas sus virtudes, procura retratarlas con tus obras, y no dudes que el Padre de misericordias satisfará tus deseos. Dios siempre es el mismo, su justicia es invariable, tiene prometido dar á cada uno segun sus obras; lo único de que puedes necesitar es la divina gracia, la cual está pronta; en ti, pues, consiste el llegar á ser feliz, y tener la suerte de los santos.

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia XII, fólio* 204.

MEDITACION.

De las causas por que no amamos á Dios como debemos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siendo Dios tan amable por sí mismo, que no solamente la gracia, sino la naturaleza misma estan haciendo una secreta fuerza para que todos le amen, con todo eso se encuentran tan pocos hombres que empleen sus afectos en este bien infinito, no por otro motivo sino porque no le consideran ni intentan descubrir sus perfecciones. Esta inaccion, ó mas bien perfidia, dexa al alma del cristiano en unas tinieblas tan espantosas, que á manera de un ciego anda vagando por todos los bienes criados, sin encontrar en todos éllos otra cosa que precipicios.

Semejante ceguedad es la mas digna de compasion, y necesita un pronto remedio, de donde nacen todas las fuerzas del alma. Este no es ótro que la contemplacion contínua de los divinos atributos, en la cual como en un horno encendido se caldea el alma, y llega á penetrarse del fuego de la caridad. Todos los santos que usaron de este medio, se advierte que fueron sumamente amantes de Dios, porque es imposible que llegue el entendimiento á henchirse perfectamente de las perfecciones de un bien, sin que llegue á enardecer la voluntad. La contemplacion de Dios hizo en Abrahan un amante suyo tan fervoroso y verdadero, como se vió en la terrible prueba que executó Dios por sí mismo. Mándale sacrificar un hijo, que era el fruto de repetidas lágrimas, y de oraciones contínuas; un hijo unigénito, que el mismo Dios sabia era amado tiernamente de su padre; le manda que le sacrifique por su mano, y esto en un monte para donde tenia que hacer el camino de tres dias; y con todas estas circunstancias se deleyta Dios en probar el amor que el santo Patriarca podia haber sacado solamente de contemplar las perfecciones divinas. Porque si no, ¿cómo era posible que hubiese tenido valor para obedecer con tal pronti-

tud á un precepto tan terrrible? La misma contemplacion produxo aquellos tiernos afectos que se vieron en san Juan Evangelista, y aquel valor asombroso con que san Pablo hablaba de su caridad. Al primero lo reclina Jesucristo sobre su pecho, le manifiesta los secretos escondidos, y le confia la custodia de su misma Madre. El segundo dice á los romanos (*cap.* 8.): *¿Quién será capaz de separarme del amor de Cristo?* Y á los corintios se atreve á asegurarles que la vida que tiene no es suya, ni aquel que vive Pablo, sino que Jesucristo era el que vivia en él. Efectos tan portentosos no se producen sino en una alma ilustrada con las claras luces de la sabiduría, que manifiesta la grandeza de Dios, y la amabilidad de sus divinas perfecciones. Por eso dice san Agustin (*Soliloq. cap.* 6.): *Cualquiera, ó Señor, que llega á conocerte, te ama y se olvida de sí mismo; te ama mas que á sí mismo, y dexa todo lo que es para poderse llegar á ti.* Ni puede ser otra cosa; porque ¿cómo es posible llegar á conocer aquella inmensidad de bienes inconmutables, aquella hermosura perfectísima, aquel tesoro de infinitas riquezas, aquella fuente inagotable de delicias, sin que el alma se encienda en un ardiente deseo de amar tanto bien, y de gozar tanta hermosura y deleyte? Luego la causa de no amar á Dios como se debe es la falta de conocimiento; consiste en no reflexîonar sobre las divinas perfecciones; en una palabra, no amamos á Dios porque estamos poseidos de una lastimosa ceguera que nos impide verle conforme es. Supuesto que está descubierta la causa de tan funesto mal, fácil cosa es aplicar el remedio conveniente, que es la contemplacion de las divinas perfecciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque la causa de no amar á Dios como vemos que le amaron los santos, mirada en su origen, es la falta de contemplacion de la bondad infinita, no es motivo menos funesto la ingratitud de nuestro corazon, por la cual, apartando los ojos de los infinitos beneficios que nos ha hecho, y nos hace cada dia, no sabemos otra cosa que serle ingratos.

San Juan Evangelista, en su epístola primera, propone dos causas poderosísimas para que nuestro corazon se

deshaga en afectos de amor de Dios; la primera es el amor que el mismo Dios nos tuvo, y así dice: *Amemos á Dios, hermanos, porque él nos amó á nosotros primero.* Esta razon es tan sumamente poderosa, que si la considerasen los hombres dignamente, se avergonzarian de su ingratitud, y se confundirian en la divina presencia. Porque considera, ó cristiano, quién ama, y qué es el objeto de su amor. Te ama tu Dios, tu criador, tu remunerador, un sér infinito é inmenso que no necesita de ti ni para su felicidad ni para su gloria. Te ama un Dios que sería tan infinitamente grande y venturoso sin tu exîstencia, como lo fue antes de la formacion de los siglos. Te ama un Dios, en cuya presencia los cielos y la tierra, el sol, la luna, las estrellas del firmamento, y hasta los mismos espíritus celestiales son como si no fuesen, y este Dios te ama á ti; á ti que entre todas las criaturas eres de las mas despreciables por la corrupcion de tu naturaleza, y por tantos males á que te sujetó tu prevaricacion misma; te ama á ti, que eres polvo y ceniza, que fuiste concebido en miseria, y que á manera del heno y de la flor del campo, un leve soplo de viento te volverá á tu antigua nada; te ama á ti, en fin, hombre ingrato, criatura desconocida, que de tantas maneras has irritado sus enojos, y has merecido los castigos extremos de su justicia.

Esta consideracion es poderosa sin duda para excitar el amor en un pecho que no sea de bronce, y como tal la proponia san Juan á sus discípulos. Pero no es menos poderosa la que se contiene en las palabras del cap. 3. que dicen: *Considerad, hermanos, cuál fue el amor de Dios para con nosotros, que quiso su dignacion no solamente que nos llamemos hijos de Dios, sino que lo seamos en realidad.* Considera, cristiano, cuál sería tu gozo, y cuán grande reputarias tu fortuna si siendo un pobre miserable vieses que te adoptaba por hijo, no ya un caballero ó un grande, sino tu mismo rey, haciéndote heredero de su corona y su cetro; sin duda alguna éste sería un bien mucho mayor que todas tus esperanzas, y superior á todo tu agradecimiento. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre, aunque sea un príncipe, á un Dios infinito, y cuánta distancia de adopcion á adopcion, y de unos bienes temporales á un reyno eterno! Sí, cristiano, Dios te tiene

adoptado por su hijo; te tiene prometidos todos sus bienes, te ha hecho hermano de Jesucristo, y te ha dado en arras toda la plenitud de sus gracias y dones depositados en los sacramentos. ¡Qué ingratitud no es preciso que sea la tuya, y qué dureza la de tu corazon para manifestarte insensible á tamaños beneficios! Conoce, pues, que esta es una cosa funesta que te aparta del amor de tu Dios, y espera que apenas saldrá de tu alma la ingratitud, cuando inmediatamente será reemplazada por la caridad.

JACULATORIAS.

Præbe, fili mi, cor tuum mihi, et oculi tui vias meas custodiant. Prov. cap. 23.

Yo sé, Señor, que estais clamando contínuamente, y diciéndome, dame tu corazon, hijo mio, y haz que tus ojos no se extravíen jamás de mis caminos.

Diligam te, Domine, fortitudo mea: Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et liberator meus. Salm. 17.

Yo, Señor, os doy palabra de amaros, que sois mi fortaleza; en vos constituiré todo mi apoyo, y vos seréis mi refugio y mi libertador.

PROPOSITOS.

Todos los propósitos de este dia deben reducirse á desterrar las dos causas perniciosas que nos apartan de nuestro Dios, y que nos impiden recibir sus divinos favores. Debemos proponer ocuparnos en una contemplacion contínua de sus divinas grandezas, y conocer que esta contemplacion ha de causar en nosotros la dichosa necesidad de amarle. Ademas de esto hemos de tener presentes en nuestra alma los inmensos beneficios de que nos ha colmado su bondad divina, porque es imposible considerar con atencion las mercedes que nos ha hecho, y poderse resolver no obstante á serle ingratos. De úno y ótro nacerá un verdadero amor á nuestro Dios; el corazon se penetrará de tan divino fuego, y vivificados con su espíritu lograrémos la suerte dichosa que hizo admirables á los

santos. Pero el modo de amar á Dios le hemos de aprender en las obras de éstos, y en las máximas que dexó escritas en el evangelio la eterna sabiduría del Padre. Jesucristo, queriendo dar á entender cuáles eran las señas ciertas del amor que se le tenia, decia á sus discípulos en el cap. 14. del evangelio de san Juan: *Si me amais, guardad mis mandamientos.* Y en el mismo capítulo confirma esta sentencia, proponiendo ademas las sublimes recompensas con que premia Dios á aquellos que le aman. *Si alguno me ama*, dice, *ese guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y estableecerémos allí nuestra mansion.* Por una parte asegura al cristiano que la prueba mas legítima que exîge de él para convencerse de que le ama es la observancia de sus mandamientos; y á la verdad, que esta misma prueba exîge el mundo de sus amadores, no satisfaciéndose sino de las obras. Por otra parte hace la gran promesa de que el Padre celestial con su Hijo unigénito, y el Espíritu santo, en Trinidad indivisa, vendrán al alma caritativa, harán en élla su mansion, y la llenarán de todos los bienes, gracias y carismas que puede producir toda la Trinidad beatísima en aquella alma feliz que llega á ser su sagrario. Esta ventura es la que lograron los santos; de aquí nacieron aquellos admirables éxtasis, raptos, deliquios y otros afectos amorosos que nos causan admiracion, y excitan á la Iglesia á tributarles sus cultos, bendiciendo á Dios, que tanto amor y tanta caridad quiso dar á sus siervos.

DIA VEINTE Y OCHO.

San Agustin, obispo y doctor de la Iglesia.

San Agustin, ornamento de la órden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en África, el dia 15 de noviembre del año 354. Fue de honrada familia; y aunque

Patricio su padre no era todavía cristiano, pero su madre santa Mónica ganó tanto el corazon de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que logró fuese cristiano todo el resto de la casa. No exercitó poco la virtud y la impaciencia de su santa madre la inquieta y bulliciosa infancia de Agustino. Por la vivacidad extraordinaria de su genio, y por la vehemencia de sus tiernas pasionzuelas, que ya asomaban la cabeza, era poco dócil á las instrucciones. La misma facilidad que tenia en comprender, le hacia floxo y descuidado en estudiar. Era su pasion dominante el amor de la libertad y de las diversiones, no pudiendo tolerar ni freno ni sujecion. No perdonaba la virtuosa madre á medio alguno para darle una cristiana educacion; ya le habia hecho alistar en el número de los catecúmenos, cuando cayó peligrosamente enfermo, y se vió á las puertas de la eternidad. Él mismo pidió entonces el bautismo; pero aliviándosele poco despues la enfermedad, y desconfiando todos de sus malas inclinaciones, se tuvo por conveniente dilatárselo, hasta que con la madurez de la edad mejorase de disposicion.

Luego que aprendió á leer y á escribir en Tagaste, le enviaron á Madaura, ciudad poco distante, á estudiar la gramática y letras humanas. Inmediatamente se enamoró mucho de las fábulas y de todos los vanos delirios de la profana antigüedad. Muy desde luego comenzó á sobresalir entre todos sus condiscípulos por la superior valentía de su ingenio, distinguiéndose particularmente en el exercicio de la elocuencia. Hicieron á su padre informes tan ventajosos de su rara comprension y extraordinarios talentos, que á los diez y seis años de su edad le retiró de Madaura, y le envió á Cartago para que allí continuase sus estudios. Pero mientras se disponia el viage para aquella ciudad, se detuvo un año en Tagaste sin aplicarse á nada en casa de sus padres; y en este tiempo, haciendo su acostumbrado oficio de ociosidad, se entregó sin freno á todo género de disoluciones. Afligida íntimamente la piadosísima madre, hacia cuanto podia para que volviese sobre sí el mal aconsejado hijo; pero ni sus ruegos, ni sus amorosas reprensiones, ni sus saludables consejos hacian impresion en un jóven perdido, á

quien todo se lo disimulaba la excesiva indulgencia de su padre. Pasando á Cartago, aún se abandonó mas desbocadamente á los excesos de la lascivia, fomentada de las perversas compañías, y de los espectáculos profanos, á que era vehementemente inclinado. Con todo eso, en medio de tanto desórden, como no podia borrar de su corazon aquellas impresiones que habian grabado en él las primeras cristianas lecciones de su virtuosa madre, pedia á Dios de cuando en cuando el don de la castidad, pero con miedo de que se le concediese. Deleytábase mucho en leer las obras de Ciceron, en las cuales solo le disgustaba, como él mismo lo dice, no encontrar el nombre de Jesucristo, que se le habia imbuido en el alma desde sus mas tiernos años. Como el desórden de las costumbres conduce casi siempre á la irreligion, cayó en todos los errores de los maniqueos, bien que en el fondo los reconocia muy extravagantes.

Mientras tanto, mas y mas afligida santa Mónica, noticiosa de aquel nuevo desbarro de su hijo, lloraba amargamente dia y noche delante del Señor, pidiéndole sin cesar que tuviese misericordia de su alma. En la amargura de su corazon acudió por consuelo á un santo obispo, el cual la aseguró, diciéndola: *Anda, hija, continúa en gemir y en suplicar al Señor, que no es posible se pierda un hijo de tantas lágrimas.*

Siendo ya Agustin la admiracion de los sabios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y por su celebrada elocuencia, enseñó la retórica en Cartago á los veinte años de su edad; y creciendo en él la ambicion con el aplauso, resolvió pasar á Roma. Por mas que hizo, no pudo este intento ocultársele del todo á su piadosa madre, que habia venido á Cartago para trabajar mas eficazmente en su conversion. Quiso seguir á Agustino; pero éste se desembarazó de aquel estorbo con un artificioso engaño. Aconsejóla que pasase en oracion aquella noche en una capilla de san Cipriano, que estaba inmediata al puerto; y miéntras su santa madre se hallaba tan devotamente divertida, él se hizo á la vela. Hospedóse en Roma en casa de un maniqueo, donde cayó peligrosamente enfermo; pero ni por eso se convirtió. Profesó en aquella ciudad la retórica aun con mayor

aplauso que en Cartago, á tiempo que el magistrado de Milan escribió al prefecto de Roma, pidiéndole que le enviase un retórico hábil y sobresaliente. Hubo poco que deliberar en la eleccion, y fue Agustino preferido á todos los demas. Luego que llegó á Milan, pasó á visitar al obispo Ambrosio, cuya fama hacia gran ruido en el mundo. Recibióle con tanto agrado, que le comenzó á ganar el corazon; y asistiendo despues con frecuencia á los sermones del santo Prelado, sintió renovar en su alma todos los remordimientos de su conciencia.

Ya habia tiempo que habiendo confundido á Fausto, el mas célebre de los obispos maniqueos, en una conferencia pública, miraba con muchísimo desprecio sus errores, y estaba muy disgustado de su secta; pero el comercio carnal en que estaba enredado con una muger, de quien habia tenido un hijo, le servia de estorbo para abrazar la religion católica, sin embargo de estar bien persuadido á que élla sola era la verdadera. En estas circunstancias llegó á Milan santa Mónica, resuelta á no desistir hasta alcanzar de Dios la conversion de su hijo, ayudada tambien de san Ambrosio. Encontróle ya en términos en que no era ni maniqueo, ni católico. Parecióle á la santa madre que convenia casarle para separarle de aquella mala vida: consintió Agustin en la proposicion, y luego despachó al Africa la muger con quien vivia amancebado, la que pasó el resto de sus dias haciendo penitencia. En este intermedio, como no cesaba la gracia de solicitar interiormente el corazon de Agustin, ya por los consejos de santa Mónica, ya por las conversaciones y sermones de san Ambrosio, le inspiró el deseo de tener una conferencia con un santo presbítero llamado Simpliciano, que habia instruido el mismo san Ambrosio. Este le exhortó con viveza á que rompiese generosamente los lazos que le tenian aprisionado, y le refirió la conversion de Victorino, en que habia tenido tanta parte el mismo Agustin, y era conocido de él. Hízole tanta fuerza el exemplo de un hombre tan famoso, que resolvió imitarle; pero esta no era mas que una media voluntad, que nunca pasaba á la execucion.

Estando un dia en su cuarto su amigo Alipio, entró Ponciano, que lo era de los dos. Vió en la mesa las epís-

tolas de san Pablo, de que se mostró muy edificado; y como era un caballero muy cristiano, tomó de aquí ocasion para hablar de la asombrosa vida de san Antonio, de la multitud de monasterios que poblaban los desiertos, y de la admirable conversion de lós dos oficiales del Emperador, que leyendo la vida de este gran Santo, inmediatamente volviéron las espaldas al mundo, y abrazáron la vida cenobítica, entregándose á la oracion y á la penitencia. Despidióse Ponciano de la visita; y Agustin, vivísimamente commovido de lo que acababa de oir, se levantó del asiento, y vuelto á su amigo Alipio, le dixo en un tono de voz, que mostraba bien lo mucho que iba obrando la gracia en su corazon: *¿Qué es esto, Alipio? ¿en qué nos detenemos ya? levántanse los indoctos, y nos arrebatan el cielo; ¿y nosotros con toda nuestra ciencia andamos siempre arrastrando por la tierra? ¡Pues qué! Porque éllos fueron mas cuerdos que nosotros, ¿no nos atreverémos nosotros á serlo tanto como éllos? Y por qué ellos fueron delante, ¿tendrémos nosotros vergüenza de seguirlos?* Diciendo esto, se salió del cuarto arrebatadamente. Admirado Alipio de tan extraña mudanza, le fue siguiendo hasta el jardin. Allí se sentó Agustino, y comenzó á desahogarse en lágrimas y en suspiros; pero no teniendo toda la libertad que deseaba á vista de su amigo, se levantó, y sin hablarle palabra se encaminó á lo mas retirado del jardin: arrojóse al suelo debaxo de una higuera; y desatados sus ojos en dos torrentes de lágrimas, comenzó á exclamar con una voz interrumpida de sollozos. *¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo tengo de experimentar los efectos de vuestra indignacion? ¿hasta cuándo dexaré siempre para mañana lo que puedo hacer hoy? Y si mañana, ¿por qué no desde ahora?* Al pronunciar esto oyó una milagrosa voz que le decia: *Toma y lee, toma y lee.* Atónito con lo que oía, se levanta, vuelve á buscar á Alipio, toma en las manos las epístolas de san Pablo que habia dexado junto á él, ábrelas, y encuéntrase con estas palabras: *Alejáos de la disolucion, de los sucios deleytes, de las inmundicias; pero vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no cuideis de la carne en lo que toca á sus concupiscencias.* Apenas acabó de leer la última palabra, cuando de repente se halló muy superior á todas sus irresoluciones, y en una gran tranquili-

dad. Igualmente movido Alipio, quiso tambien ser su compañero en la nueva vida. Saliéronse los dos, buscáron á santa Mónica, y la refirieron cuanto los habia pasado. Fue inexplicable el gozo de la virtuosa matrona, especialmente cuando oyó á su hijo Agustin que ya no pensaba en casarse, sino en la soledad y en el retiro.

Para disponerse mejor á recibir el santo bautismo, se retiró Agustin á una casa de campo poco distante de Milan, en compañía de su madre, de su hijo Adeodato, y de su amigo Alipio. En este retiro compuso el libro *contra los Académicos*, el tratado *de la vida feliz*, el *de la inmortalidad del alma*, el *del órden de la providencia*, y los *soliloquios*. Pasaba casi la mitad de la noche meditando las verdades de la religion; continuaba sus oraciones hasta muy entrado el dia, y encontraba en los salmos un gusto muy exquisito. Escribió á san Ambrosio, que habia manifestado á santa Mónica su singularísimo gozo por aquella conversion, dándole cuenta de la disposicion en que se hallaba, y pidiéndole sus instrucciones para prevenirse al sagrado bautismo. Al principio de la Cuaresma del año 387 se restituyó á Milan, y en fin fue bautizado por san Ambrosio el Sábado santo en compañía de su hijo Adeodato, y de su grande amigo Alipio. Dícese que en aquella solemnísima funcion compusiéron entre san Ambrosio y S. Agustin el himno, ó el cántico: *Te Deum laudamus...* en accion de gracias por una conversion que colmaba de gozo á toda la Iglesia, y era una insigne victoria contra todo el infierno.

Contaba treinta y tres años san Agustin cuando fue bautizado. Elevado por el bautismo á la dignidad de hijo de Dios, resolvió conservarla toda la vida con la pureza de costumbres, y con el arreglo de toda su conducta; pero considerando que el bullicio del mundo podia servir de estorbo á sus intentos, tomó el partido de retirarse; y resolvió buscar en el Africa aquel lugar que le pareciese mas á propósito para llorar sus pecados. Partió de Milan en compañía de su madre y de su hijo, y se detuvo en el puerto de Ostia esperando embarcacion. Aquí perdió á su querida madre santa Mónica, y no pudo negar sus tiernas lágrimas á la muerte de aquella que tantas habia derramado por él en el discurso de su vida. Con-

cluidos los funerales de su santa Madre, pasó á Roma con ánimo de detenerse algun tiempo en aquella ciudad, y todo le empleó en solicitar la conversion de lo maniqueos. No pudiendo sufrir el descaro con que se jactaban de su imaginaria continencia, para curarlos, y para reducirlos á la fe, compuso entónces los dos libros *de las costumbres de la Iglesia católica, y de las costumbres de los maniqueos*; y poco despues el tratado *del libre alvedrío contra los mismos hereges*.

Habiéndose detenido en Roma de quince á diez y seis meses, se embarcó en Osma, y aportó al Africa hácia el fin del invierno del año 389. Retiróse á una casa de campo con algunos amigos suyos, y por espacio de tres años se entregó enteramente á exercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Ocupábase dia y noche en oracion, y en el estudio de la religion y de la sagrada Escritura. Ayunaba todos los dias con extremado rigor, y maceraba su carne con grandes y contínuas penitencias. En aquel santo retiro compuso los dos libros sobre el *Génesis*, y el que intituló *el maestro*, que es un admirable diálogo con su hijo Adeodato, á quien perdió poco tiempo despues durante el mismo retiro, cuyo último fruto fue el libro *de la verdadera religion*, una de las obras mas excelentes de aquel gran hombre.

Contaba Agustin casi tres años en las piadosas delicias, sosiego y gusto de aquella amable soledad, cuando le obligó á salir de élla la fama de su eminente virtud, y de su rara sabiduría. Cierto gran señor de la ciudad de Hipona, una de las principales de la Numidia, gran cristiano, y grande amigo de nuestro Santo, le instó para que pasase á verle. Consintió Agustin en este viage por la esperanza de ganar á aquel Señor, y de reducirle á que aumentase el número de su pequeña comunidad. Hallándose en Hipona el obispo de aquella ciudad, llamado Valero, propuso al pueblo la necesidad que tenia aquella Iglesia de un presbítero virtuoso y sabio que ayudase al mismo obispo en las funciones de su ministerio episcopal. Como los vecinos tenian tan conocida la virtud y la sabiduría de Agustin, no quisiéron ótro; pero era menester sorprenderle, porque le sobresaltaba hasta la sombra de toda dignidad. Entró un dia en la iglesia

á tiempo que estaban juntos todos los fieles, y al instante echáron mano de él; y sin dar oidos, ni á sus lágrimas, ni á sus ruegos, ni á sus razones, todos á una voz comenzáron á clamar que le ordenasen de presbítero. El obispo Valerio, que estaba ya de acuerdo, hizo menos caso que todos de los elocuentes argumentos esforzados por su humildad y por su ingenio, con que le fue preciso rendirse; y habiendo recibido los demas órdenes sacros, le ordenó de presbítero el mismo obispo. Lo mas que pudo capitular fue que le habian de hacer donacion de una huerta de la iglesia para fundar en aquel sitio un monasterio. Luego que se acabó la fábrica, concurriéron á llenarla gran número de sugetos excelentes, para los cuales compuso el Santo su regla. Era en éllos extrema la pobreza, el ayuno y el silencio contínuo, la oracion poco interrumpida. Y esta es aquella admirable regla, que fue como fecunda madre de tantas familias religiosas, y lo es el dia de hoy una de las mas ilustres y de las mas santas que adornan la santa Iglesia. Aunque todavía no se acostumbraba en la de Africa que predicasen los presbíteros, siendo este ministerio propio y privativo del Pastor, no dudó Valerio dispensar esta costumbre en favor de san Agustin. Quiso, pues, que repartiese al pueblo el pan de la divina palabra, y lo hizo con tanto fruto, que ya no le conocian por otro nombre sino por el del apóstol de la palabra de Dios. Predicaba todos los dias, y cada dia con mayores concursos, y con mas universal aplauso.

No contentándose Agustin con hacer guerra á los vicios por medio de sus sermones, se la hacia tambien, y no menos sangrienta con las armas de sus escritos. Compuso el libro *de la utilidad de la fe*, con el cual reformó muchos abusos que se habian introducido en Hipona. Tuvo una disputa pública con Fortunato, que era el héroe de los maniqueos, en la cual no solo le confundió, sino que tambien le movió, pues prometió convertirse; aunque esta promesa se reduxo despues á ausentarse, y á no parecer mas en la ciudad. El año de 393 asistió al concilio de Hipona, convocado por Aurelio, obispo y primado de Cartago, en que á ruego de los padres compuso el libro *de la fe*, y *del Símbolo* que es

un admirable compendio de la doctrina cristiana. En el mismo año publicó varios escritos contra los donatistas, y los maniqueos, declárandose el azote de todos los hereges. El año de 394 se estrechó aquella íntima amistad entre san Gerónimo y san Agustin, habiéndola ligado Alipio con ocasion de un viage que hizo á Palestina. Tambien san Paulino de Nola quiso tener correspondencia con nuestro Santo, que ya era venerado en el mundo como el oráculo de la Iglesia; y en fin, no habia en toda élla sugeto alguno sobresaliente en letras ó en virtud, que no solicitate entablarla con aquel grande hombre. Pero el obispo Valerio, temiendo que le arrebatasen á Agustino para alguna Iglesia destituida de pastor, quiso asegurarle; pidióle por cuadjutor suyo, y lo consiguió. Juntos los obispos de la provincia, y despreciando su resistencia á aquella sublime dignidad, le obligáron á rendirse á la voluntad del Señor; consagrándole por obispo coadjutor del de Hipona el año de 395, á los cuarenta y dos de su edad.

Estremeciéronse todas las sectas luego que viéron á Agustin colocado en la silla episcopal. Los donatistas, de que estaba lleno aquel pais, previendo el peligro que corria su partido si Agustin se declaraba contra él, pidiéron composicion. Ofrecióles una conferencia, obligáron á Proculino su obispo á que la aceptase; pero éste nunca tuvo valor para medir sus fuerzas con tan formidable adversario. Recurriéron á una tropa de bandidos y de facinerosos, que era la gente mas honrada y la mas escogida de los donatistas. Llamábanlos *circonceliones*, porque su ocupacion se reducia á rondar contínuamente al rededor de las casas, para cometer todo género de insolencias y de crueldades. Sedientos de la sangre de los católicos, se alampaban mucho mas por la de Agustin: muchas veces intentáron asesinarle; pero siempre le libró Dios por milagro. En medio de eso no cesaba el Santo de trabajar en su conversion, ya con sus palabras, ya con sus escritos; y con esta ocasion compuso sus tratados sobre *el bautismo*, y sobre *la unidad de la Iglesia*. Asistió á muchos concilios que se convocáron en Cartago y en otras partes, siendo el alma y el oráculo de todos éllos. Pero no le ocupaban tanto los he-

reges, que no dedicase su primera y principal atencion al cuidado de su rebaño, particularmente despues de la muerte del obispo Valerio, su predecesor, visitando su diócesi con todo el zelo, y con todo el fruto que correspondia al alto concepto de su santidad y de su mérito.

Como los donatistas no cesaban de turbar la iglesia de Africa, se vió precisado el emperador Honorio á permitir una disputa pública entre los sugetos mas hábiles de los dos partidos. Celebróse en Cartago el año de 411; concurriéron á élla 286 obispos católicos, y 279 donatistas. Asistió á este famoso congreso el tribuno Marcelino, á quien nombró el Emperador por su comisario para evitar todo desórden. El principal, ó por mejor decir, el único actor, fue nuestro Agustino, que dexó confundido á Petiliano, el Aquíles de los hereges. Triunfó la religion católica, y se desvaneció como humo aquella espesa nube de donatistas. Pero ni fuéron estos los únicos hereges que combatió nuestro Santo, ni fue esta la única victoria que consiguió. Habíale escogido Dios para perseguir, para quitar la máscara, para atacar, y para vencer á todas las heregías. Despues que confundió, postró y aterró á los arrianos, á los priscilianistas, á los origenistas, y á los maniqueos, fue preciso que midiese sus armas con Pelagio. Este Monge, originario de Irlanda, de tal manera habia engañado al mundo con su compostura exterior, con su cara de hombre penitente y mortificado, y con todo el aparato de varon exemplar y virtuoso, que generalmente era tenido por hombre santo, y á la sombra de esta reputacion habia derramado por todas partes el veneno de la mas perniciosa heregía. Miéntras el maestro la iba extendiendo por el Egipto, su discípulo Celestino la sembraba y la defendia en el Occidente. Refutó san Agustin todos los errores de esta emponzoñada secta por un prodigioso número de escritos, que con razon le mereciéron el glorioso nombre de *doctor y defensor de la gracia.*

No se hablaba ya en todo el Orbe cristiano sino de los talentos, de las obras, de las victorias de san Agustin, venerado por el asombro del mundo, y por el hombre de la Iglesia. Acudian á él de todas partes pa-

ra consultarle; ni se celebraba concilio, ó junta, ó congreso de obispos y de doctores á que no fuese llamado, y donde no fuese oido como oráculo. Pero lo mas admirable fue, que siendo tan elevado su merito, y siendo su fama tan extraordinaria, aún era mucho mayor su humildad. No habia hombre que hiciese mas baxo concepto de sí, ni se conoció jamás fiel alguno mas rendido á la Silla apostólica. Aquel grande y sublime ingenio nunca perdió de vista su nada, ni los descaminos de su juventud. Con este humildísimo espíritu compuso el libro de sus *confesiones*, procurando templar la eminente reputacion de su santidad con aquella pública confesion de sus pecados. Dícese que paseándose un dia por la orilla del mar, ocupada la imaginacion en querer apurar algunos puntos incomprensibles del inefable misterio de la Trinidad, en que á la sazon estaba trabajando, encontró un niño muy afanado al parecer en meter el agua del mar en una poza que habia abierto en la arena. Preguntóle el Santo, ¿qué pretendia con aquello? *Meter toda el agua del mar en esta poza*, respondió el niño. *Pues*, *hijo* replicó Agustin, ¿*no ves que eso no puede ser*? *Mas fácil es esto*, respondió el niño, *que comprender con tu limitado entendimiento la grandeza del misterio incomprensible.*

Así como su sabiduría no habia hinchado su corazon, así tampoco habian entiviado su devocion los estudios. De pocos santos se cuenta virtud mas afectuosa, mas tierna, ni de mayor xugo que la de san Agustin; de pocos, que tuviesen el corazon mas abrasado en un amor de Dios tan puro, tan activo y tan fogoso; de pocos, que profesasen á Jesucristo y á su santísima Madre una devocion mas viva ni mas tierna, *Atravesastes*, *Señor*, *mi corazon*, dice en una parte, *con una flecha de amor tan penetrante*, *que introducida profundamente en el pecho*, *se quedó el encendido harpon dentro de la misma herida.* Este era aquel divino fuego que ilustraba su entendimiento, que inflamaba su corazon, y que encendia en él aquel fogoso zelo, por cuyo impulso fue siempre el azote de los hereges. Solo con leer sus *soliloquios*, sus *meditaciones*, y sus *confesiones*, se reconoce el fuego del amor de Dios que le consumia, y la mucha razon con

que le pintan con el corazon en la mano, rodeado todo de llamas, siendo cierto que no se podia discurrir símbolo mas justo. El esmero en la pureza no pudo subir á mayor punto: jamás permitió que entrase en su casa muger alguna, ni su misma sobrina, ni su propia hermana, ni volvió á mirar la cara de alguna muger. La caridad con los pobres correspondia á su abrasado amor de Dios. Decia que las rentas del obispo eran rentas de los pobres; y que si el pobre no hallaba que comer en casa del obispo, era preciso que el obispo aquel dia se quedase sin comer. No podia sufrir á los murmuradores por el horror que tenia á la murmuracion; y era dicho comun, que tanto temia la murmuracion la presencia de Agustino, como el error sus disputas.

Hallándose el santo Doctor cargado de años, pues ya contaba sesenta y dos, y mucho mas cargado de trabajos públicos, que se multiplicaban cada dia, pidió que le diesen por compañero al presbítero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesi. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revision y el exâmen de sus obras, que componian ya el número de 232 libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en éllos un número casi infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exâmen, y esta revision produxo la obra de sus *retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo, ú menos exâcto que pudo habérsele escapado, censurando y criticando sus escritos con extrema severidad. Habia ya algun tiempo que san Agustin, consumido de penitencias y de trabajos, se sentia muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III. de quien se imaginaba desairado, llamó á los vándalos de España. Desenbarcó en el Africa su rey Genserico á la frente de ochenta mil hombres, y en ménos de dos años se hizo dueño de toda élla, á excepcion de las tres ciudades principales Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero san Agustin nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los dias á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar dia y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvasen las ove-

jas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor, que si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo, ántes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le habia oido por la enfermedad en que cayó. Dispúsose para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los sacramentos con la fe y con la piedad que le animaba, y el dia 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se deshacian en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fue la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fe, el almacen de la religion, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro del moral cristiano. Los sumos pontífices, y hasta los mismos concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de san Agustin, y de sus escritos. El papa san Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los primeros doctores de la Iglesia. San Paulino le apellida sal de la tierra; san Gerónimo el enemigo del error, y Severo Suplicio industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijon taladra de parte á parte á los hereges.

Fue enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la Iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad; pusierónla fuego, pero las llamas perdonáron al sepulcro y á la librería del Santo, donde estaban todas sus obras. Los obispos de Africa que fueron desterrados á Cerdeña, lleváron consigo el santo cuerpo, y en su destierro los sirvió de mucho consuelo aquel precioso tesoro. Allí estuvo por espacio de 206 años, hasta que Luitprando, rey de los longobardos, le hizo trasladar á Pavía el año de 712, y en aquella ciudad se conserva hasta el presente expuesto á la pública veneracion.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Adesto supplicationibus nostris, omnipotens Deus: ut quibus fiduciam sperandæ pietatis indulges, intercedente beato Augustino, confessore tuo atque pontifice, consuetæ misericordiæ tribue benignus effectum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Escuchad favorablemente, ó Dios todopoderoso, nuestrás muy humildes súplicas; y dignaos conceder por la intercesion de vuestro confesor y pontífice san Agustin el efecto de vuestra acostumbrada misericordia á los que habeis dado la confianza de esperarla de vuestra infinita bondad. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4. *de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia IV. fol.* 74.

NOTA.

"Escribió san Pablo esta segunda epístola á Timoteo, no »solo para llamarle cerca de su persona, sino tambien pa»ra animarle en los trabajos del ministerio episcopal. Há»cele varias advertencias acerca de los falsos doctores, y de »los hereges de aquel tiempo, de los simonianos, de los gnós»ticos, y de los que se habian de seguir á éstos, haciéndo»le una viva pintura de todos éllos."

REFLEXIONES.

Predica la palabra; insta oportuna é importunamente. No desistas de enseñar, aun cuando veas que no te quieren oir. Que haga bueno, que haga mal tiempo, siempre siembra el labrador. Toda semilla que ha de fructificar, se pudre en la tierra antes de arraigar y romper. Lo que se siembra en un genio distraido, y tal vez burlon y mofador, en un corazon duro y mal dispuesto, no pocas veces prende y fructifica cuando ménos se piensa. El verdadero zelo es muy paciente; en el impetuoso se mezcla mucho de pasion, y no puede ser verdadero zelo. Todo zelo sin prudencia, sin discrecion, y sin caridad, es defectuoso; todo zelo que no sea muy arreglado y contenido es digno de temerse; siempre da en extremos, en nada repara, á nada atiende si-

no á sus preocupaciones, las mas veces injustas y mal fundadas: cuanto mas temeridades comete, mas se aplaude; y como siempre está acompañado de mucha ignorancia, sus mismas imprudencias le hacen mas fiero. Este indiscreto zelo es de ordinario mas culpable, y tambien mas frecuente en los que acaban de darse á la virtud, precipitándoles fácilmente en excesos de severidad, particularmente respecto de los ótros. *Señor*, decian Santiago y san Juan, animados de un zelo mas vivo de lo que convenia contra los samaritanos, porque habian echado de su pais á los discípulos: *Señor, ¿quereis que hagamos baxar fuego del cielo y los consuma?* Era quel zelo mas severo de lo que fuera razon; y así los respondió el Señor: *No sabeis de que espíritu sois.* Mélclase frecuentemente mucha ilusion en esa fogosidad, á quien siempre se la da el nombre de zelo: únos dexándose llevar de su natural dan en rigores excesivos; y ótros en una reprensible blandura. Algunas veces la misma virtud del confesor les sirve de ocasion para ser mas severos; y ótras sus mismas imperfecciones y miserias les hacen demasiadamente benignos. Muchas por mera especulativa se condena con demasía; y no pocas por la mucha práctica se absuelve con sobrada facilidad. Todo zelo falso es efecto de la pasion. Los que se mueven por él son bastantemente parecidos á los que el apóstol san Juan llama *nubes sin agua, que agitadas á todas partes por los vientos, se desvanecen en relámpagos y en truenos.* El verdadero zelo siempre está acompañado de mucha prudencia, de mucho sosiego, y de mucha actividad.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los

coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

Del amor de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa bien extraña el que tengamos necesidad de que se nos exhorte y se nos pruebe que debemos amar á Dios. ¿Cómo es posible conocer que Dios es el soberano bien, el orígen de todos los bienes, el único bien verdadero, y que dexemos de amar á Dios desde que somos capaces de amarle? Precisamente, Dios mio, habeis de ser poco conocido cuando sois tan poco amado. ¿Qué cosa hay ni puede haber en todo el Universo capaz de arrebatar nuestro corazon, que no posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad; en todos los objetos criados nada sois sino unas imperfectísimas sombras; solo Dios es grande sabio, poderoso y bueno. No nos cansemos, por amable, por cabal que sea el objeto criado en quien hemos fixado nuestro corazon en este mundo, no es capaz de hacernos dichosos ni por un solo momento. ¡Cuántos enfadosos ac-

cidentes, cuántas mudanzas imprevistas, cuántos reveses, cuántos contratiempos turban nuestro corazon! El temor de que se canse, la certeza de que algun dia se ha de perder, inquietan y sobresaltan. El amor de las criaturas es inseparable del desasosiego, de la turbacion y del dolor. Solo vos, mi Dios, solo vos que sois toda mi felicidad, solo vos podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. No hay sucesos, no hay acasos, no hay poder en el mundo para arrancaros de mi alma, y en un objeto tan amable no tengo que rezelar ni mudanza ni disgusto. Pero supongamos se hallase un objeto criado que fuese digno de nuestro amor; ¿quién nos podria asegurar que él nos juzgase á nosotros dignos del suyo? Ese gran Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable no solo no se desdeña de nuestro corazon; no solo no nos considera indignos de su amor, sino que nos impone un expreso precepto de que le amemos, y se complace extremamente en un alma que le ama. El nacimiento obscuro, una medianía de talentos, una desgracia bastan para hacernos el desprecio del mundo; y en esas circunstancias tan humildes y tan abatidas nos mira Dios con unos ojos llenos de ternura. Despréciante los grandes, pero Dios te ama. Aborrécente los envidiosos y los concurrentes, pero Dios te mira con cariño; porque entre los favorecidos de Dios no hay envidias, ni emulaciones, ni competencias. Dios nos ama: ¡y será posible que nosotros no amemos á Dios!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué afectos de reconocimiento y de amor no se encenderian en nuestro corazon, si supiéramos que el mayor monarca del mundo nos honraba con su benevolencia. ¡Ah, vos mi Dios, me amais, no lo ignoro yo: todo me lo está gritando, todo me lo está convenciendo; y yo no os amaré! Sí: no solo es Dios infinitamente amable, sino que nos ama infinitamente. Son los beneficios la prueba mas convincente del amor; ¿y cuántos hemos recibido de Dios? ¿No nos está colmando de éllos á todo momento, aun cuando nos valemos de los mismos beneficios para ofenderle? ¿A quién debes ese ser que tienes, y á quién debes todo lo que es menester para conservarle? ¿Ese cielo, esos astros, esa tierra, esos frutos son efectos ménos visibles de la bon-

dad del Criador? Todo eso es tuyo, y todo lo crió Dios para ti y por tu amor. Busca dentro de ti ni fuera de ti bien alguno que no le hayas recibido de su mano, que no sea don de su infinita liberalidad. ¡Ah! que todo nos grita, todo nos predica que Dios nos ama; ¿cuándo podrémos nosotros decir que amamos á Dios? ¿Pero dónde hay beneficio mayor que el de la religion? ¿Si un rey se hiciera esclavo por rescatar á un vasallo suyo sería esta una gran prueba de su amor? ¿tendria derecho á esperar algunas señales de reconocimiento? Ese gran Dios, que á ninguna criatura habia menester para ser infinitamente feliz, se hizo hombre, se hizo esclavo para que los hombres fuesen enteramente dichosos. Es verdaderamente incomprensible ese amor de mi Dios para con los hombres, yo lo confieso; ¿pero será menos incomprensible la tibieza, la frialdad y la ingratitud de los hombres para con Dios? Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra religion; la eucaristía, los sacramentos, y el fin de todos esos medios que es nuestra eterna bienaventuranza. Todo eso hizo Dios para probarnos el exceso de su amor. ¿Salió con su intento? ¿qué te parece? ¿hizo bastante? ¿y debió hacer mas? Creo, Señor, todas estas maravillas; pero creyéndolas, ¿de nada me acusa mi fe? ¡Ah, Señor! no solamente es justo que yo os ame, sino que en realidad solo en vuestro amor encuentro mi propio interes. No hay alegría pura, no hay paz, no hay reposo, no hay felicidad en la tierra sino en el corazon de los que os aman. ¡Qué prudentes, qué discretos fueron los santos, aquellos grandes hombres, aquellos superiores genios en colocar toda su dicha, pura, y precisamente en amar á Dios! ¡qué dichoso fue un Agustino en vivir todo abrasado en el fuego del divino amor! ¿Pues de quién dependerá que no logre yo la misma dicha? Vuestro amor, ó mi Dios, vuestro amor; y esto me basta.

Diligam te, Domine. Esto es hecho, mi Dios, y todas mis cosas: yo os amaré sin repartimiento y sin reserva: mediante vuestra divina gracia voy desde luego á recompensaros de mi ingratitud por los aumentos de mi amor.

JACULATORIAS.

Domine, tu scis quia amo te. Joan. 21.
Bien sabeis, Señor, que nada deseo tanto como amaros.

Quis nos separabit à charitate Christi? Rom. 8.
¿Quién será capaz de separarme del amor de mi Señor Jesucristo?

PROPOSITOS.

Un Dios infinitamente amable nos permite, nos solicita y aun nos manda que le amemos, pena de un suplicio eterno; ¿y quién obedece este mandamiento? Muéstrase el amor de mil maneras; el entendimiento solo se ocupa y solo se deleyta en el objeto amado; la lengua nunca se cansa de hablar de él. ¡Qué ánsia y qué solicitud en darle gusto! No se halla éste sino en todo lo que le agrada á aquél: todo cuanto se opone á su voluntad y á su inclinacion nos da en rostro. Estas son las pruebas que de hoy en adelante han de acreditar tu amor á Dios. Si amas á Dios, pensarás en Dios frecuentemente; nunca le perderás de vista. Imponte una ley de no malograr ocasion alguna de hablar de Dios: esta será señal cierta de que le ames; pero sobre todo dedícate á darle gusto. Pídele cosillas al parecer pequeñas; la observancia de ciertas reglas menudas. Probarás que amas á Dios por esta exâcta observancia.

2 Acostúmbrate á exercitarte frecuentemente en actos de amor de Dios en todas ocasiones: en las visitas de atencion, de obligacion ó de necesidad; en las conversaciones ordinarias, en las ocupaciones y en el estudio. Un levantar el corazon á Dios, una palabrita que muestra el incendio de tu amor, un mirar al cielo tiernamente fomentan, inflaman maravillosamente este divino fuego. Los mejores actos de amor de Dios son los menos estudiados; aquellos en que prorumpe de repente el corazon. Con todo eso te puedes servir de los que se te han sugerido al fin de la meditacion. Tambien te abastecerán de una multitud de éllos los soliloquios, las meditaciones y el libro de las confesiones de san Agustin. Dí á Dios muchas ve-

ces que le amas; esto conduce mucho para grangearnos su amor. No faltan el dia de hoy personas virtuosas que hacen al dia hasta dos mil actos de amor de Dios.

DIA VEINTE Y NUEVE.

La Degollacion de san Juan Bautista.

Siempre se celebró en la Iglesia con solemnidad la Degollacion de san Juan Bautista; esto es, la fiesta que se solemniza el dia de hoy en honor de su martirio. Antes del sexto siglo se llamaba esta fiesta *la Pasion de san Juan.* Tambien se la daba el nombre del *Nacimiento del Precursor*, como aún hoy se da el de nacimiento á la gloria al dia en que los santos mártires consumaron su martirio; pero desde san Gregorio el Magno acá conservó siempre el nombre de Degollacion de san Juan Bautista la fiesta cuya historia vamos á referir.

Habíase retirado el Bautista al desierto desde su niñez, y en él habia pasado cerca de veinte y cinco años entregado á los rigores de la mas austéra penitencia. Era su vestido una especie de cilicio, compuesto de ásperas pieles de camello, que ceñia al cuerpo con una correa ó cinto de cuero. Sustentábase de langostas, alimento bastante comun de la gente pobre en Palestina, y añadia un poco de miel silvestre de gusto muy desabrido, y de aquella que se encontraba en los bosques. A los veinte y nueve años de su edad, y veinte ocho de Jesucristo, el décimoquinto del imperio de Tiberio César, le sacó el Espíritu santo del desierto, y le mandó que predicase en las riberas del Jordan la doctrina y el bautismo de la penitencia. Entonces fue cuando aquel primer pregonero del Salvador, aquel hombre concebido por milagro, aquel admirable solitario y aquel precursor del Mesías recibió la órden de cumplir con su encargo, y de exercitar el ministerio para el cual habia sido enviado. Desde luego metió gran

ruido en toda la Judea el nuevo Predicador. Concurrian de todas partes á ver y á oir á aquel hombre milagroso, declarándose muchos por discípulos suyos; exhortaba á únos, bautizaba á ótros, y persuadia á todos á que hiciesen penitencia, porque se acercaba el reyno de los cielos. Desamparaba la gente las ciudades por oir al nuevo Predicador. Solamente los fariseos y los saduceos, hombres sin ley y sin piedad, se obstinaban en no venir á pedirle el bautismo con muestras de humildad y de contricion. Como no era aceptador de personas clamaba contra el vicio y contra el desórden, sin excepcion de clases ni de condiciones; era su zelo vivo, pero discreto, y su doctrina sana y santa.

Mientras san Juan Bautista instruia de esta manera á los pecadores, el Salvador de todos éllos, el Justo y el Santo por excelencia quiso tambien ser bautizado por su mano; sin duda para proporcionarle esta ocasion de ser el primero que le anunciase al pueblo. Vino, pues, el Salvador desde Nazaret al Jordan, y se presentó para ser bautizado como todos los demas. No le habia visto san Juan á lo menos desde su infancia; pero en aquel mismo instante recibió una luz superior que le dió á conocer que aquel hombre que le pedia el bautismo era el Mesías prometido. Penetrado íntimamente su espíritu de veneracion y de respeto, se excusó á bautizar al que sabia que era su Salvador y su Dios, que venia á quitar los pecados del mundo. ¡*Pues qué*, *Señor*, exclamó, *tú vienes á mí*! ¡*tú quieres que yo te bautice*, *cuando yo debo ser el bautizado por ti*! Jesucristo solo le respondió, *que así lo debia hacer para cumplir toda justicia*. Con motivo de las maravillas que acompañaron á este acto de humildad del Salvador, le publicó san Juan por el verdadero Mesías, dándole á conocer á sus oyentes.

Poco despues de esta accion el zelo del Bautista dió ocasion á su prision y á su muerte. Ya habia tiempo que Herodes, por sobrenombre Antípas, hijo del viejo Herodes, llamado el Grande, en cuyo reynado habia nacido Jesucristo, vivia escandalosamente amancebado con Herodías, muger de su hermano Felipe, que abandonando descaradamente á su marido, se figuraba casada con su cuñado. Predicaba san Juan vivamente contra este escán-

dalo, animado siempre de un generoso zélo. Ofendióse Herodes atizando el fuego Herodías, que no pudiendo sufrir las fuertes declamaciones de aquel ahombre santo, solicitaba contínuamente á Herodes para que le hiciese callar. Tiranizado el Monarca de su infame pasion, mandó prender al santo Precursor, y le hizo asegurar en el castillo de Maqueronta. Indignáronse todos contra aquella injusticia; pero contentándose con detestarla, concurrian siempre á oirle predicar en su prision con la misma libertad y con el mismo zelo. Aun el mismo Herodes no podia dexar de estimarle ni de irle á ver algunas veces á pesar de Herodías; pero el Santo lo mismo le contemplaba en la cárcel que le habia contemplado en el desierto; y no cesaba de repetirle que no le era lícito retener la muger de su hermano. Este generoso zelo encendió en el corazon de Herodías un ódio tan implacable contra el Bautista, que solo se pudo extinguir en su inocente sangre. No dándose por satisfecha con verle preso, determinó desembarazarse de aquel molesto ofensor quitándole la vida. Ofreciósela una ocasion muy favorable con motivo de celebrarse los dias de Herodes, en que este Príncipe tenia prevenido un soberbio festin, á que estaban convidados los grandes de su córte, los oficiales de sus tropas, y los principales de toda Galilea. Tenia Herodías una hija del marido que habia abandonado; llamábase Salomé, y era jóven, hermosa, bizarra, muy á propósito para embelesar con su despejo y con su gala. Danzaba sobre todo primorosamente. Entró Salomé en la sala del festin extraordinariamente ataviada, y comenzó á danzar en presencia de Herodes y de todos los convidados mientras estaban sentados á la mesa. Agradó tanto al Rey y á todos los circunstantes, que arrebatado Herodes del gusto y de la pasion, la dixo que pidiese cuanto se la antojase, jurando á vista de todos se lo concederia, aunque le pidiese la mitad de su corona. Inmediatamente corrió Salomé á donde estaba su madre para consultar con élla lo que pediria. Volvió prontamente á entrar en la pieza del convite, y pidió á Herodes que la diese en un plato la cabeza del Bautista. Contristóse Herodes al oir semejante peticion, y aun manifestó su enfado; pero acordándose del juramento, y en atencion tambien á los convidados, que

habiendo sido comprendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra los pecadores y los disolutos, no sentirian mucho verse libres de aquel importuno fiscal, el impío Rey por la mas injusta y mas bárbara flaqueza dió órden á uno de sus guardias que pasando á la prision le traxese la cabeza del Bautista. Fue al punto obedecido; y aquel Santo, que toda la vida habia vivido mas como ángel que como hombre; aquel digno precursor del Redentor, cuyo nacimiento habia llenado al mundo de gozo, y cuya santa vida habia sido su admiracion, vió á sangre fria que se le acercaba la muerte, gozoso de anticiparse por el martirio á la dolorosa que habia de padecer el Salvador, á cuyo nacimiento tambien se habia anticipado. Algunos son de sentir que Jesucristo se halló milagrosamente á su muerte, como se halló presente á la de san Esteban. Pero sea lo que fuere de esta opinion, el oficial le cortó la cabeza, y en una fuente se la presentó á Herodes, que luego mandó se entregase á la danzarina, y ésta regaló con élla á su madre. Dice san Gerónimo que Herodías le picó la lengua con la aguja de su pelo para vengarse en la muerte de lo que la habia reprendido cuando vivia. De esta manera la vida del hombre mayor entre todos los nacidos fue el premio y la recompensa de la gracia y del donayre de una desenvuelta baylarina. Pero no tardó la divina Providencia en vengar la muerte de san Juan. Empeñado Herodes en una desgraciada guerra con Aretas, rey de los árabes, que se quiso despicar de la afrenta recibida en la persona de su hija, á quien habia repudiado por casarse con Herodías, perdió una gran batalla, cuyo infortunio los mismos judíos le atribuyeron á la muerte del Bautista. Pocos años despues le privó de sus estados el emperador Calígula, y le desterró á Leon de Francia juntamente con Herodías, y en aquella ciudad murieron ámbos consumidos de miseria. Añade Nicéforo que su hija Salomé, cayendo en un rio helado, y quedado con la cabeza fuera del yelo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los pies para libertarse. Sucedió la muerte de san Juan el año 31 de Jesucristo, y á los 32 del mismo Bautista. Sus discípulos tuvieron modo de apoderarse del santo cuerpo, y le dieron sepultura en una ciudad

de Samária llamada Sebaste. Pusieron aparte la cabeza; y habiéndose encontrado en tiempo del grande Constantino, fue llevada á Constantinopla con pompa y solemnidad, de donde con el tiempo se trasladó á Occidente, venerándose en Roma la mayor parte de élla. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se adoran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la iglesia del palacio de san Chaumont, en el Leonés, conserva una consirable parte de una de sus quixadas.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Sancti Joannis Baptistæ, præcursoris et martyris tui, quæsumus, Domine, veneranda festivitas, salutaris auxilii nobis præstet effectum: Qui vivis et regnas...

Haced, Señor, si os agrada, que la venerable festividad de vuestro precursor y mártir san Juan Bautista nos consiga el efecto de vuestra saludable asistencia: Tú que vives y reynas...

La epístola es del capítulo primero de Jeremías.

In diebus illis: Factum est verbum Domini ad me, dicens: Accinge lumbos tuos, et surge, et loquere ad Juda omnia quæ ego præcipio tibi. Ne formides à facie eorum: nec enim timere te faciam vultum eorum. Ego quippe dedi te hodie in civitatem munitam, et in columnam ferream, et in murum æreum, super omnem terram, regibus Juda, principibus ejus, et sacerdotibus, et populo terræ. Et bellabunt adversum te, et non prævalebunt: quia ego tecum sum, ait Dominus, ut liberem te.

En aquellos dias: El Señor me habló, diciendo: Ciñe tus lomos, y levántate, y habla á Judá todo lo que yo te mando. No tengas miedo de su presencia, porque yo haré que no temas sus miradas. Porque yo te hecho hoy como una ciudad guarnecida, y como una columna de hierro, y como un muro de bronce contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, y sus príncipes y sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, pero no vencerán; porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte.

NOTA.

»Jeremías fue hijo de Helcías, de la estirpe sacerdo»tal, y nació en Anathotht, de la tribu de Benjamin. A »los catorce años de su edad, en el de la creacion del mun-

»do 3375, le llamó Dios al ministerio de profeta, el que »continuó hasta que los caldeos se apoderaron de Jeru- »salen; es decir, por espacio de 43 años.

REFLEXIONES.

Sería muy de desear que ninguno se inxiriese en el sagrado ministerio sin legítima y bien probada vocacion. No se verian entonces tantos operarios inútiles; no estaria la viña del Señor hecha un herial, encomendada á una multitud de obreros ociosos y desmañados; presto se experimentaria el mundo purgado de los vicios que le inundan; no crecerian mas los abusos, como la mala yerba que sufoca el buen grano; la corrupcion de las costumbres dexaria de ser una enfermedad popular que penetra hasta el mismo santuario; y floreciendo en todos los estados la piedad cristiana, todos honrarian y todos harian el elogio mas elocuente de la religion. Sabido es que la corrupcion del corazon humano es el mas copioso manantial del desórden de las costumbres, y de aquella licencia universal que reyna en todos los estados y en todas las edades. ¡Qué disolucion tan desenfrenada en la juventud! ¡qué irreligion en la edad mas madura! ¡qué indolencia en el negocio de la salvacion! ¡qué olvido de Dios en la mayor parte de los hombres hasta que las cercanías de la muerte despiertan en el alma congojosos remordimientos y crueles sobresaltos! ¡con qué imperio reynan las pasiones el dia de hoy! Ellas son el gran móvil de todas las acciones; todo se rinde á su violencia. En fin, ya no buscan mascarilla para disfrazarse, ni la injusticia, ni la usura, ni la mala fe; perdieron la vergüenza desde que se hicieron tan universales. ¿De dónde nacerá tanta generalidad de desórdenes en medio de una religion tan pura y tan santa? De que se encuentran ya pocos Juanes Bautistas que tengan gran valor para levantar el grito, y para decir á todos con resolucion y con claridad: *Non licet*: no es lícito vivir con tanto regalo, con tanta delicadeza, con tanta profanidad, hundidos, abismados dia y noche en diversiones y en pasatiempos: no te es lícito, seas del estado, de la clase, del sexô, de la edad que fueres, seguir ciegamente tus pasiones, y no hacer una vi-

da contenida y mortificada. El temor, la cobardía, los respetos humanos del pastor mercenario dexan á las pobres ovejas á merced del lobo carnicero. Por mas que grite Dios: *No temais, no os acobardeis*, la sombra los asusta; ¿pues qué harán las tímidas ovejas si el pastor huye del lobo? Cobardes directores, predicadores pusilánimes y condescendientes, profetas aduladores, que solo os aplicais, y solo abris la boca para anunciar cosas alegres y acomodadas al amor propio, ¿qué estragos no haceis en la religion? ¿de cuántas almas que se condenaron os han de pedir cuenta si se perdieron por vuestra indigna condescendencia, por vuestra perniciosa cobardía? ¿cuántos padres de familia; cuántos magistrados, cuántas personas constituidas en dignidad, cuántos superiores encargados de gobernar á ótros no sabrán qué responder de aquéllos cuando se les pida estrecha cuenta, de cuya salvacion descuidaron por cobardía ó por temor?

El evangelio es del cap. 6. de san Marcos.

In illo tempore: Misit Herodes ac tenuit Joannem, et vinxit eum in carcere propter Herodiadem uxorem Philippi fratris sui, quia duxerat eam. Dicebat enim Joannes Herodi: Non licet tibi habere uxorem fratris tui. Herodias autem insidiabatur illi, et volebat occidere eum, nec poterat. Herodes enim metuebat Joannem, sciens eum virum justum et sanctum; et custodiebat eum, et audito eo multa faciebat, et libenter eum audiebat: et cùm dies opportunus accidisset, Herodes natalis sui cœnam fecit principibus et tribunis, et primis Galilææ: cumque introisset filia ipsius Herodiadis, et saltasset, et placuisset Herodi, simulque recumbentibus, Rex ait puellæ: Petè à me quod vis, et dabo tibi; et

En aquel tiempo: Envió Herodes, y prendió á Juan, y le puso atado en la cárcel por causa de Herodías, muger de Filipo su hermano, porque se la habia tomado por muger. Juan, pues, decia á Herodes: No te es lícito tener la muger de tu hermano. Y Herodías le ponia asechanzas, y deseaba quitarle la vida, pero no podia; porque Herodes temia á Juan sabiendo que era varon justo y santo, y le defendia, y por su consejo hacia muchas cosas, y le oia con gusto; y habiendo venido un dia oportuno, hizo Herodes una cena en el dia de su nacimiento á los príncipes y á los tribunos, y á los principales de Galiléa; y habiendo entrado la hija de la misma Herodías, y habiendo baylado y agradado á Herodes y á los convidados, dixo el Rey á la muchacha: Pídeme lo

juravit illi; Quidquid petieritis dabo tibi, licet dimidium regni mei. Quæ cum exisset, dixit matri suæ: Quid petam? At illa dixit: Caput Joannis Baptistæ. Cumque introisset statim cum festinatione ad Regem petivit, dicens: Volo ut protinus des mihi in disco caput Joannis Baptistæ. Et contristatus est Rex propter jusjurandum, et propter simul discumbentes noluit eam contristari: sed misso spiculatore præcepit afferri caput ejus in disco. Et decollavit eum in carcere, et attulit caput ejus in disco, et dedit illud puellæ, et puella dedit matri suæ. Quo audito, discipuli ejus venerunt, et tulerunt corpus ejus, et posuerunt illud in monumento.

que quieras, y te lo daré: y la juró: Cualquiera cosa que pidas te la daré, aunque sea la mitad de mi reyno. Y habiendo salido de élla, dixo á su madre: ¿Qué he de pedir? Y élla la dixo: La cabeza de Juan Bautista. Y habiendo entrado inmediatamente al Rey con presura, hizo la peticion diciendo: Quiero que me des prontamente en un plato la cabeza de Juan Bautista. Y el Rey se contristó por el juramento, y no la quiso disgustar á élla por causa de los convidados, sino que enviando un verdugo, mandó que le fuese traida en un plato la cabeza de Juan. Y le degolló en la cárcel, y traxo en un plato su cabeza; y se la dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre. Lo cual sabido por sus discípulos, vinieron y recogieron su cuerpo, y le pusieron en el sepulcro.

MEDITACION.

Del efecto de las pasiones.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto malo sucede en el mundo por parte de los hombres por lo comun es efecto de las pasiones. Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, tropel eterno de enfados, turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, violencias, atrocidades, delitos enormes, heregías, cismas, parcialidades, escándalos, todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amarguras; este es el fruto de las pasiones. El mismo infierno, por decirlo así, es obra suya; aun las mas inocentes no lo son tanto como parece. Buen Dios, ¿un hombre que hace algun uso de su fe y de su razon puede conceder la menor tregua á un enemigo de quien todo

lo puede temer, á quien debe todos sus disgustos, y que al cabo le ha de arrastrar al abismo de las mayores desdichas? ¿qué prosperidad podrá resistir á las tempestades que la menor de todas las pasiones es capaz de levantar en el corazon? Todas éllas poseen el maligno secreto de acibarar los gustos mas tranquilos con la mas triste amargura. Una pasion que nos domine basta para amotinar todas las demas. Un despique, una emulacion, un interes, un ódio no reprimido, un orgullo irritado, y sobre todo, una pasion de impureza, ¡santo Dios, qué estragos no hacen! En Herodes tenemos un exemplo harto palpable. Luego que se apoderó de su corazon la ciega y pecaminosa pasion por Herodías, ¿qué efectos tan extraños no produxo? La impiedad, la irreligion y la injusticia. Era Herodías esposa legítima de su hermano Felipe; tenia sucesion en aquel casto matrimonio; pero la pasion no se para á discurrir tanto; no mira los objetos tan de cerca. Repudia Herodes su legítima muger, aunque hija de un poderoso rey, que sabrá tomar satisfaccion de aquel agravio. Cásase públicamente, despreciando el escándalo universal, con la muger de su hermano. El primer efecto de la pasion es la ceguedad. Juan, aquel hombre justo, aquel hombre santo, reconocido por tal de él mismo, clama, grita movido de zelo y de religion contra tan escandaloso amancebamiento. Herodes, no obstante lo mucho que le estima y le venera, gobernándose muchas veces por sus acertados consejos, le manda cortar la cabeza. Esto es lo que puede, y esto es lo que hace una pasion. Llenos estan todos los siglos de funestos exemplos que convencen hasta dónde llega la violencia y la tiranía de las pasiones. ¡Con todo eso se hace la paz con un enemigo tan furioso; nos familiarizamos con estas fieras, las sustentamos, las acariciamos, y despues nos admiramos de los estragos que causan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que uno de los principales efectos de las pasiones es debilitar la razon, cegar el espíritu y extinguir en el alma la fe. Bien se puede asegurar que no ha habido en el mundo heregía alguna que no fuese efecto ú obra de alguna pasion. En materia de religion cada pasion es

un encanto. Gran prueba es de esta verdad la pertinacia y la obstinacion de los luteranos y de los calvinistas. Toda su terquedad nace del interes, de la ambicion, y sobre todo del amor á la libertad. Desvanézcanse las preocupaciones de la voluntad; no se dé atencion á las voces de los sentidos; tenga en el alma menos imperio la pasion; cesen las razones de emulacion, de venganza, de orgullo y de libertad, y luego se verán convertidos todos los hereges. No gustan esas reflexîones por demasiado verdaderas, y porque perturban la posesion del error que lisonjea al amor propio, y va un poco de acuerdo con los sentidos. Es artificio de nuestro amor propio el representarnos siempre nuestras pasiones á una luz falsa, á un aspecto engañoso; solo nos parecen violentas, feas, malignas y perniciosas en los ótros; pero las nuestras se nos figuran mas humanas y menos odiosas. Mirémoslas sin preocupacion; pensemos en éllas lo mismo que piensan los demas; considerémoslas en sus efectos, y ninguna cosa nos hará formar idea mas cabal de lo que son; siempre ofenden cuando se las mira sin disfraz. Exâminemos el verdadero origen de esas inquietudes, de esos disgustos, de esos sobresaltos; no tendrémos que fatigarnos mucho; no le encontrarémos muy lejos; hallarémos el verdadero manantial de nuestras pasiones.

¡Ah, Señor, y será posible que perpétuamente hemos de convenir todos en estas verdades prácticas, sin que jamás se explique en la execucion este estéril conocimiento! Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia; y desde este mismo punto voy á trabajar sin intermision en domar estos enemigos domésticos, pues éllos solos turban mi quietud, y ponen en tanto peligro mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ. Salm. 50.
Líbrame, mi Dios y mi Señor, de las sangrientas pasiones que me tiranizan.

Eripe me de inimicis meis, Deus meus, et ab insurgentibus in me libera me. Salm. 58.
Sácame á paz y á salvo, Dios y Señor mio, de las manos de mis enemigos, y defiéndeme de los que se levantan contra mí para combatirme.

PROPOSITOS.

Poco importa conocer la violencia y la malignidad de las pasiones si falta el valor para combatirlas. Ninguna hay que no ponga en peligro la salvacion, ninguna que no sea una enfermedad mortal; ¿pero de qué sirve conocer la naturaleza de la enfermedad, si se ignoran los remedios para curarla? El primer medio para domar un enemigo tan temible es no hacer jamás paces ni treguas con él. El que le contempla ya está vencido. De la porfia y del teson en el combate depende casi la victoria. Contemporiza con una pasion, y cada dia la experimentarás mas imperiosa y mas fiera; conténtala, y te hallarás esclavo de élla. Basta que la dexes respirar un momento para que te eche á cuestas los grillos y las cadenas. Exâmina cuáles son las pasiones que te dominan, y resuélvete desde este mismo instante á no condescender con éllas ni en la mas mínima cosa.

2 Entre las pasiones, á únas se las ha de atacar cara á cara, á ótras por las espaldas, picándolas la retaguardia. Ciertas pasiones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que á medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en ti hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado ó el hijo te dé motivo de enfado, no le hables palabra. ¿Domínate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegría; sobre todo, sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quien tienes mas razones para negársela. ¿Gimes oprimido baxo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la despierta; huye, huye aun de las mas mínimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion con la santísima Vírgen.

DIA TREINTA.

San Fiacro, confesor.

San Fiacro, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la Francia, fue hijo primogénito de Eugenio IV. rey de Escocia, que comenzó á reynar el año de 606. Deseoso el Rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, se la confiaron á Canon, obispo de Sodera, prelado de exemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. Halló en el Príncipe el ilustre Preceptor un bello natural, un corazon noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó á medio alguno para formar en Fiacro un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el Príncipe al cultivo del Obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció que ya no le hacia falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la córte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillanteces del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que Dios le habia favorecido le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descubierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la córte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, la comunicó su intento, y élla se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la córte sin noticia del Rey su padre, y partiendo en diligencia al primer puerto, encontraron

un navío que estaba pronto á hacerse á la vela para Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reyno.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro Santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á san Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles se quedasen en algun parage retirado de su diócesi, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en exercicios de oracion y de penitencia. La Princesa le rogó se dignase señalarla algun monasterio de doncellas donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salvacion, y nuestro Santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo Obispo por su ayre y por sus modales que eran personages de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarlos sus piadosos intentos. A la princesa Sira la metió en un monasterio, de que era abadesa santa Fara, hermana del mismo Obispo, y al príncipe Fiacro le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro Santo se vió en su amado desierto, erigió en él una capilla en honor de la santísima Vírgen, á quien apellidaba su querida madre, yendo cada dia en aumento su tierna devocion con esta Señora, y junto á la capilla fabricó una humilde celdilla. En élla renovó el ilustre Solitario la mas perfecta imágen de los Pablos, de los Antonios y de los Hilariones, viviendo mas como ángel que como hombre. Aquel tierno Príncipe, que habia nacido y se habia criado entre las delicias y los regalos de la córte, no tuvo en adelante otro alimento que yerbas silvestres y raices amargas. Su ayuno era contínuo, y la oracion tan contínua como el ayuno. Comunicábase el Señor á aquella grande alma con tanta abundancia de consuelos celestiales, que no le daban lugar ni aun para acordarse de los atractivos de la córte. Fueron tan excesivas sus penitencias, que el historiador de su vida como que se inclina á acusarle de haber tratado su cuerpo con demasiado rigor.

No podia menos de descubrirse presto una santidad tan eminente, sin que bastase á esconderla toda la espesura del espansoso desierto. Dilatóse luego con mucho ruido la fama de nuestro Santo, y esta reputacion le hizo encontrarse con una multitud de huéspedes. Recibia con mayor gusto á los pobres, y su ardiente caridad le sugeria mil industrias para aliviarlos y para socorrerlos. No contento con las gracias que les conseguia del cielo, sanándolos milagrosamente de sus enfermedades, procuraba asistirlos en su pobreza, discurriendo todo género de medios para hacer menores sus miserias. Fabricó varios cuartos, que formaban una especie de monasterio, para hospedar á los forasteros; y él mismo por su mano cultivaba un pequeño campo y un huertecillo en que plantaba legumbres para regalarlos el tiempo que se detuviesen en la ermita. Volviendo de Roma san Chilano, oyó decir tantas maravillas de la virtud de nuestro Solitario, que quiso venir á verle; y hallando en lo que experimentaba mucho mas sin comparacion que lo que la fama le habia informado, se hubiera quedado para siempre en aquella soledad á no haberle sacado de élla su mérito y su rara santidad para hacerle obispo en el condado de Artois.

Pero como creciese cada dia el número de los peregrinos que concurrian á san Fiacro buscando consuelo en sus trabajos, y milagrosa salud en sus enfermedades, juzgó el Santo que debia acudir por nuevo socorro á san Faron. Representóle que si le concedia mayor espacio de terreno en aquel desierto, él le cultivaria y le haria producir lo bastante para sustentar á tanta multitud de pobres. Oyóle el Prelado con veneracion, y le respondió que desde luego le hacia donacion de todo el espacio de terreno que él solo, y sin ayuda de otro pudiese rodear de un foso en un solo dia. Despidióse Fiacro del Obispo, retiróse á su ermita, hizo oracion á Dios, y la mañana siguiente, tomando su báculo en la mano, comenzó á trazar con él una línea, dentro de la cual se habia de comprender el terreno que el Obispo le habia concedido; pero por un prodigio verdaderamente original la línea se iba abriendo por sí misma en una zanja ancha y profunda al paso que el Santo la iba delineando, cayéndose al

msimo tiempo los árboles hácia uno y otro borde de la zanja para servir de muro al recinto de la ermita. Vió por casualidad una muger este portento, y teniendo al Santo por hechicero, voló al punto al obispo de Meaux, y le dixo que el ermitaño de Fordille era un mago y un encantador, pues élla misma habia visto por sus propios ojos los asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo á la ermita, llenó al Santo de injurias y de improperios, y le intimó de parte del Obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediatamente el Santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada muger por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dexó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se registra hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues san Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su Siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo Obispo fue testigo del prodigio.

Mientras Fiacro vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el Rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dexarse inficionar de la heregía de los pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fue depuesto por una junta general de los estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los estados convinieron en dar la corona á Fiacro, á quien pertenecia de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II. suplicándole emplease toda su autoridad en obligar á Fiacro á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el Santo, y con el miedo de que no le arrancasen por fuerza, suplicó instantemente al Señor que le hiciese leproso de repente, esperando con este especioso artificio conservarse en su pobre celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reyno. Salióle bien el piadoso estratagema. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista se llenaron de horror los diputados, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecia; bien que éllos no se atrevian á instarle en que abandona-

se su amada soledad. Presto se convinieron ambos partidos. Respondióles el Santo, que él no trocaba su destierro por todos los reynos del mundo; y que así, podian buscar quien los gobernase donde mejor les pareciese. Apenas volvieron á pasar el mar los diputados cuando la aparente lepra desapareció, y el Santo se quedó tranquilo en su preciosa soledad. Dió nuevo realce á su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente sepultado, creció prodigiosamente el número de los admiradores, dándose priesa á ver y á conocer aquel Príncipe disfrazado en ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacara de este mundo. Concedióselo; y lleno de años y de virtudes, murió el dia 30 de agosto del año 670, á los 64 de su edad, habiendo pasado los 40 en el desierto. Fue sepultado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado con el título de la Madre de Dios, y algun tiempo despues fue trasladado de élla á la catedral de Meaux, donde se conserva expuesto á la pública veneracion en una caxa de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aún fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrian á implorar la intercesion de este gran Santo para todo género de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardía iba en peregrinacion al sepulcro del Santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos: todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se les creía sorbidos de las aguas, los vieron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas, que se habian consolidado hasta que llegaron á la orilla. A este prodigio se siguió el de sanar á los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo despues tras de este milagro obró nuestro Santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al rio Oysa cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron sepultados en sus olas; buscáronse sus cuerpos por mucho tiempo; pero no fue posible encontrarlos. Noticiosas las tristes madres de esta desgracia,

acudieron al rio muchas horas despues deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro Santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsolables madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir á los muchachos muy serenos por el rio; los cuales aseguraron despues que san Fiacro los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reyna María de Médicis obtuvo una porcion de éllas, que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de san José de París, en la que hay una célebre cofradía en honor del mismo Santo.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la que sigue.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Fiacri, confessoris tui solemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, Señor, á las humildes súplicas que os hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor san Fiacro, para que no confiando en nuestra justicia, seamos socorridos por los merecimientos de aquél que tuvo la dicha de agradaros: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 3. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Secundùm gratiam Dei, quæ data est mihi, ut sapiens architectus fundamentum posui; alius autem superædificat. Unusquisque autem videat quomodò superædificet. Fundamentum enim aliud nemo potest ponere præter id, quod positum est, quod est Christus Jesus. Si quis autem superædificat super fundamentum hoc aurum, ar-

Hermanos: Segun la gracia de Dios que me ha sido concedida, eché el fundamento como sábio arquitecto; pero ótro fabríca encima. Cada uno, pues, mire como sobreedifica, porque ninguno puede poner otro fundamento que aquel que está puesto, que es Cristo Jesus. Si alguno, pues, edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, leños,

gentum, lapides pretiosos, ligna, fœnum, stipulam, uniuscujusque opus manifestum erit. Dies enim Domini declarabit quia in igne revelabitur; et uniuscujusque opus quale sit, ignis probabit.

heno, paja, la obra de cada uno será manifiesta; porque el dia del Señor lo declarará, porque se manifestará en fuego, y el fuego declarará cuál sea la obra de cada uno.

NOTA.

"Poco instruidos todavía los corintios en los misterios de la religion, en lugar de aplicarse á poner en práctica lo que se les habia enseñado, gastaban el tiempo en disputar únos con ótros sobre los talentos de los que les habian anunciado el evangelio. Cada cual se arrimaba al que queria, en vez de arrimarse todos á Jesucristo, único fundamento de la fe y de todas las virtudes."

REFLEXIONES.

Es la Iglesia un edificio espiritual, fabricado sobre el inmutable cimiento de la piedra angular Cristo Jesus. Este Señor fue el maestro que delineó el plan: los apóstoles los oficiales y aparejadores que le executaron: los fieles son las piedras vivas, cimentadas y unidas con la sangre de todo un Dios. Dichosos aquellos que se dexan colocar en aquel sitio, para el cual cada piedra fue labrada y destinada. Los hereges que pretendieron fabricar otro cimiento que el de Jesucristo, luego vieron dar en tierra todo su edificio. Inútilmente se esfuerzan á formar partidos, y hacer cuanto pueden para engrosarlos: todos sus artificios y todos sus enredos son andamios que sostienen la obra en falso por algun tiempo; pero tarde ó temprano toda élla se viene al suelo. La Iglesia vió nacer todos esos partidos y todas esas heregías, y todas las vió morir. Ninguna hubo que sostenida de los grandes, apoyada con la autoridad de hombres sábios, y aun de algunos prelados, defendida con la multitud de los parciales, y abrigada á la sombra y á la gritería del pueblo, no hubiese dominado, no hubiese hecho mucho ruido, no hubiese reynado por algun tiempo; pero despues, doblándose y arruinándose los andamios, élla misma fue tam-

bien sepultada entre sus ruinas. Esas miserables reliquias del arrianismo y del nestorianismo, que todavía se ven en el Oriente y en otras partes, no son mas que unos tristes fragmentos de aquel fantástico edificio. La fe solamente se ha mantenido inmoble en la Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Qué esfuerzos no han hecho las demas sectas para derribar, ó á lo menos para hacer bambalear este edificio? ¡Pero esfuerzos vanos! ¡empresas quiméricas! Ese edificio es eterno: la verdadera Iglesia es invariable, inmutable, inalterable, siempre firme, siempre pura, como fundada siempre solamente en Jesucristo, su único solidísimo cimiento. Tambien la perfeccion cristiana es otro edificio místico en que deben trabajar todos los fieles. Si las manos que trabajan en él son puras, todo cuanto tocan se convierte en oro y en piedras preciosas; símbolo de la caridad y de las mas sólidas virtudes. Al contrario, por poco manchadas que estén, solo levantan un edificio de paja ó de madera, figura de las obras que estraga y corrompe la vanidad. El juicio de Dios será como el fuego, que probará nuestras acciones, disipará las tinieblas con que procuramos encubrir á los demas, y acaso tambien á nosotros mismos nuestros pecados. ¿Qué vamos á ganar en este engaño? La muerte y el juicio quitan la mascarilla á todo cuanto hacemos.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleêmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la santidad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solo tenemos una fortuna que hacer; ésta es la de hacernos santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano; imagina otro bien mas real; busca otra gloria mas sólida; discurre otra fortuna mas llena, ni en que intereses mas. Sin embargo, este es el único bien de que no hacemos caso por correr tras de fantasmas y quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de la muerte, y aun una hora antes de morir? ¿de qué le servirá haber sido rico y poderoso, haber gozado todas las honras y todos los gustos si pierde su alma? Y si es santo, ¿se le tendrá entonces lástima porque fue pobre, porque vivió humillado, abatido y despreciado de todo el mundo? ¡Y será posible que esta santidad no despierte jamás nuestros deseos ni nuestra resolucion!

Ser santos es ser siervos de Dios; ¿dónde hay título mas hermoso? ¿dónde se encontrará mejor ni mas digno amo? Pero aún hay mas. Ser santos es ser amigos de Dios, hijos de Dios; es ser dichosos, y eternamente dichosos con la bienaventuranza del mismo Dios. No son ya todos los bienes juntos los que únicamente posee el que es santo; posee la fuente y el manantial de los mismos bienes. No es ya, hablando en rigor, la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos; sería este un espacio demasiadamente estrecho, excesivamente ceñido: el alma de los santos es la que entra, y la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, en el abismo de la alegría del Señor; esto es, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios.

Imagina todo cuanto puede contribuir en el mundo á que un hombre sea perfectamente feliz: junta todos los tesoros del Universo, toda la magnificencia de los grandes, todos los honores, gustos y diversiones del siglo: reduce á una sola todas las coronas de la tierra para formar

un solo monarca del orbe; destierra tambien de esta idea de felicidad todo cuanto puede ocasionar molestia, por mas que sea inseparable de las miserias de esta vida; pero nunca podrás apartar de ti la certidumbre de que algun dia has de morir, y este solo pensamiento deslíe una amarguísima hiel en todas las alegrías de este mundo. Pero la santidad lleva consigo una felicidad pura, eterna, sin temor de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo; esta será mi herencia; ¡y será posible que se dirija á otro objeto mi ambicion! ¡será posible que sea de mi gusto cualquiera otro placer! Puedo ser amigo de Dios por toda la eternidad, ¡y todavía pienso en otra fortuna!

¿Pero en cuál? En un empleo, en una ocupacion que me levanta algunos graditos mas para hacer mas sensible mi caida; en una distincion que me ha de grangear cien envidiosos; en amontonar bienes á costa de grandes sudores para un heredero ingrato, impío y disoluto; ¡y no pienso en ser santo!

¡O Señor, y qué vergüenza! Mas, ¡oh, y qué dolor el haber pensado hasta aquí en todo lo demas menos en esto! ¿Y será posible que la única cosa de que nunca me he acordado, y que quizá he menospreciado tambien, ha sido vuestra amistad, dulce Jesus, salvacion y gloria mia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solo estás en la tierra para gozar la misma suerte que los bienaventurados del cielo. Grande es su recompensa; pero no es menor la que nos ofrece Dios: éllos son santos; tambien nosotros estamos en este mundo para serlo. ¡Y podemos, Dios mio, pensar en otra cosa que en ser lo que debemos! ¿Es ser prudente, es siquiera tener seso el despreciar semejante fortuna?

¿Es acaso el trabajo de ser santos lo que nos retrae de serlo? Pues qué, ¿cuesta el cielo mas de lo que vale, y mas de lo que merece la posesion del mismo Dios? Las dificultades aterran, el trabajo desalienta. Temores vanos, terror pánico, dificultades imaginarias que se desvanecen solo con dar principio á la carrera. Pero pregunto: ¿Y no cuesta trabajo el hacerse rico, el conseguir el empleo, el subir dos escalones mas? ¿no cuesta trabajo el fabricarse una fortuna quimérica? ¿cuánto hay que pa-

decer? ¿cuántos disgustos, cuántos desayres se han de devorar? ¿qué de bocados duros se han de digerir? ¿qué fortuna hubo jamás tan brillante, que mereciese los desvelos, las fatigas, los afanes, las humillaciones y los sonrojos que costó el llegar á élla? No hay en el mundo camino que no esté sembrado de espinas, cubierto de abrojos, lleno de barrancos; y á nadie acobarda todo este monton de dificultades.

Cuesta trabajo el ser santo, es verdad; se han de mortificar las pasiones; se han de sufrir muchos combates, y es preciso vencer; pero tambien se ha de confesar que derrama Dios en el corazon de sus amigos ciertos secretos consuelos que suavizan mucho su yugo. Hállanse cruces en el camino de la santidad; pero son muy dulces sus frutos. ¿Qué abundancia de dulzuras celestiales no se experimentan entre los rigores de la mas severa penitencia? Pero supongamos que solo se hallase mucha amargura en el cáliz, y que solo se tropezasen espinas en el camino, ¿habria que deliberar cuando se trata de una eterna felicidad, ó de una eterna dicha?

¿Juzgaron por ventura los santos que se compraba la santidad á precio muy excesivo? ¿costó demasiado á san Fiacro? Sacrificó lo mas grande, lo mas brillante, lo mas halagüeño, lo mas tentador que se encuentra en este mundo. No hay cosa que tanto lisonjee como el trono; no la hay mas preciosa que la magestad; ninguna hay mas considerable que una corona. ¿Y se arrepintió el Santo á la hora de la muerte de haber preferido su amada soledad al cetro de Escócia? Pero, ¿y debió de arrepentirse? ¿en qué hubiera parado si hubiera muerto en el trono? ¡Ah! En lo que tantos otros monarcas, de quienes no ha quedado ni aun memoria de su nombre. Fue santo; y por haberlo sido, no solo es la veneracion, sino la envidia de los pueblos. ¡O mi Dios, y qué erradamente juzgamos! Pero siendo tan desacertados nuestros juicios, todavía lo son mas nuestras obras.

¡O dichosa suerte de los santos! Haced, Señor, que el ardiente deseo que tengo de lograrla, sea eficaz por vuestra divina gracia. Vos quereis que yo sea santo; tambien yo lo quiero ser; y estoy resuelto á vivir como los santos vivieron.

JACULATORIAS.

Porrò unum est necessarium! Luc. c. 10.

Oh, y cuánta verdad es que una sola cosa nos es únicamente necesaria!

Beatus vir qui implevit desiderium suum ex ipsis. Salmo 126.

Dichoso aquel que toma el gusto á estas verdades, y que solo desea ser santo.

PROPOSITOS.

No te contentes con amar, con estimar la santidad, y con alabar á los santos. A esto se reduce todo el fruto que por lo comun se saca de las reflexîones que se hacen, y de los panegíricos que se oyen de sus virtudes. Toma desde luego una eficaz resolucion de imitarlos, y de trabajar en esta grande obra sin intermision y sin tardanza. Da principio á élla exâminando si hay en ti algun estorbo para la salvacion. ¿Estás en aquel estado á que te llama Dios? ¿no sientes alguna inclinacion, alguna aficion, alguna comunicacion poco inocente? Tus ocupaciones, tu misma ociosidad, tus hábitos, tus amigos y tus diversiones, ¿te servirán acaso de algun impedimento? No dexes pasar el dia sin cortar y sin reformar todo aquello que pueda perjudicar á tu verdadera fortuna. Consulta con tu director cuál es tu pasion dominante: este es el enemigo mas formidable de tu salvacion; y así, no hay que pensar en hacer nunca con él paces ni treguas, ni en darle jamás cuartel.

2 No basta quitar todos los estorbos de la santidad; es menester aplicar todos los medios para ser santo, y poner desde luego manos á la obra. Exâmina, pues, los puntos siguientes. Primero: ¿Cumples exâctamente con tener todos los meses un dia de retiro, y con visitar todos los dias el Santísimo Sacramento? Segundo: ¿Qué tiempo dedicas á los exercicios espirituales y á la práctica de las buenas obras? Tercero: ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de sacramentos? Cuarto: ¿Cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que en el pun-

tual cumplimiento de estas obligaciones consiste el medio principal de hacer grandes progresos en la virtud. Quinto: ¿Visitas y socorres á los pobres? Jesucristo solo hace mencion de las obras de misericordia cuando habla de los siervos que han de entrar en los gozos del Señor. Sexto: La vida de los santos es la mejor y la mas práctica leccion para todo género de gentes. Hubo santos de todas edades, de todas clases, de todos estados y de todas condiciones: escoge alguno de éllos para especial protector tuyo, y para que te sirva de modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin ánimo de practicar alguna de sus virtudes.

DIA TREINTA Y UNO.

San Ramon Nonnato, confesor.

Nació san Ramon en Cataluña el año de 1204, siendo su patria la villa de Portel, obispado de Urgel, y su familia de las mas distinguidas, tanto por su nobleza, como por sus alianzas con las ilustres casas de Fox y de Cardona. Salió á la luz del mundo despues de muerta su madre, haciéndola una incision, y le sacaron vivo y sano contra toda esperanza de los mas hábiles médicos, por lo que se le dió el nombre de *Nonnato* ó de *No nacido*. A este que podemos llamar milagroso nacimiento, se añadió el singular favor con que el Señor le previno, dotándole de una bellísima índole y de una inclinacion á la virtud, que se anticipó á la edad y á la educacion.

Luego que llegó á tener uso de razon, viéndose sin madre en la tierra, resolvió escogerse ótra mejor en el cielo. Dedicó á la santísima Virgen todas las ternuras de hijo, y tomóla desde entonces por su dulcísima madre; no tomándola jamás en boca sino con este tiernísimo nombre. En medio de su niñez nada le entretenia, ni en nada encontraba gusto sino en la oracion. Toda su diversion eran sus devociones, sobre todo aquellas que se dirigian á

la soberana Reyna de los cielos. Cuando se encontraba con alguna imágen suya, la rendia especial culto; tanto, que observada de todos su extraordinaria ternura con la Madre de Dios, le llamaban generalmente *el Hijo de María.* Púsose bastante cuidado en criarle bien; pero su bello natural ahorraba á los preceptores mucha parte del trabajo en la educacion. Dotado de excelente ingenio y de no menor aplicacion, hacia rápidos progresos en los estudios; pero su padre no quiso que prosiguiese en éllos, rezelando en vista de su devocion, que se inclinase á abrazar el estado eclesiástico ó religioso; y por desviarle de este pensamiento le envió á una quinta suya, encargándole el gobierno y la administracion de aquella hacienda, no obstante su tierna edad; todo con el fin de que divertido en aquella ocupacion, no pensase en otra cosa. Obedeció Ramon, y sin penetrar los intentos de su padre, de tal manera se acomodó con aquella vida, que élla misma le sirvió para poner en execucion el plan que ya se habia ideado en el estudio de dedicarse á Dios en vida retirada y penitente. Enamorado de aquella soledad, él mismo quiso ser el pastor de sus rebaños; y mientras las ovejas pastaban en el monte, apacentaba él su alma con la contemplacion de las cosas celestiales, ocupando todo el dia en devotos exercicios. Su mayor pena era no poder tributar á la santísima Vírgen las devociones acostumbradas en alguna iglesia dedicada á esta Señora, como lo hacia cuando estaba en casa de su padre. Pero el Señor proveyó á esta necesidad. Acostumbraba el piadoso Pastorcillo conducir su ganado al pie de una montaña, donde encontró una ermita abandonada, y junto á élla una capilla donde todavía se conservaba una bellísima imágen de la santísima Vírgen. No se puede explicar el gozo de Ramon cuando se halló con aquel dulce objeto de sus amorosas ánsias. Desde entonces no se acordó mas de las iglesias de Portel. La ermita fue todo su embeleso, y la capilla su acostumbrada mansion. En aquel exercicio le comunicó Dios un extraordinario amor y gusto á la soledad; y añadiendo á la oracion muchas penitencias, cada dia se iba haciendo mas grato á los ojos del Señor. Pusieron en gran cuidado al demonio aquellos principios, y no era posible que dexase en paz á nuestro Santo. Apareció-

sele, pues, en figura de otro pastor, y trabando conversacion con él, procuró disgustarle de la soledad. Admírome, le dixo, que un niño de tu nacimiento, de tu distincion y de tu ingenio se ocupe en oficio tan humilde, dedicado á guardar ovejas, y entregado á una vida rústica, grosera é indecente. Representóle despues los gustos y las conveniencias que podia gozar en el mundo; y deslizándose poco á poco el espíritu inmundo en otras materias, le comenzó á tocar especies que sobresaltaron extrañamente su pureza y su inocencia. Todo asustado el santo Mancebo, levantó los ojos al cielo, implorando la proteccion de la santísima Vírgen, y á solo el nombre de María desapareció el demonio, dando un espantoso grito, acompañado de una espesísima humareda, que inficionó el ambiente, llenándole de un hedor intolerable. Reconociendo el Santo la malignidad del tentador, corrió á la capilla, postróse á los pies de la santísima Vírgen, y la suplicó le protegiese contra los artificios de tan temible enemigo. Fue oida su oracion, y colmado abundantemente de consuelos celestiales, se consagró de nuevo por toda la vida al servicio de tan amorosa Madre.

Viendo el demonio que le habia salido tan mal su maligno intento, y que estaban descubiertos sus enredos, se valió de la envidia de los otros pastores para molestar al Santo, y para interrumpirle sus devotos exercicios. Fuéron á contar á su padre, que Ramon, ocupado únicamente en sus devociones, no cuidaba del ganado, dexándole morir de hambre, y que él mismo se podria informar por sus propios ojos de esta perniciosa negligencia. Dando el padre crédito á lo que le decian, pasó un dia secretamente á la hacienda, y vió que estaba guardando sus atos un pastorcillo de tan extraordinaria hermosura, que le causó respeto y admiracion. Como no halló en su compañía á su Hijo, se encaminó á la capilla, donde le encontró en oracion; y preguntándole quién era aquel zagal á quien habia encargado que guardase las ovejas; ignorando el santo Niño el milagro que hacia por él la divina Providencia, se arrojó á los pies de su padre, y deshaciéndose en lágrimas le pidió perdon de aquel descuido. Conoció entonces el padre que todo era obra de Dios: enternecióse; y no queriendo impedirle sus piado-

sos exercicios, le abrazó amorosamente, y se retiró. Á este favor del cielo se siguió otra gracia mayor. Apareciósele la santísima Vírgen, y le declaró que el zagal que habia visto su padre era un ángel á quien la misma soberana Reyna habia encargado que cuidase del ganado mientras él cumplia con sus devociones; pero que todavía le queria hacer otra gracia mas singular, y era, que dexase la soledad, y entrase en una religion, fundada con el nombre de nuestra Señora de la Merced, donde era su voluntad viviese toda la vida. Indeciblemente consolado Ramon al recibir una órden tan positiva de la misma Madre de Dios, y tan conforme á su inclinacion, se valió del conde de Cardona, su pariente, para alcanzar el consentimiento de su padre; y obtenido éste, el mismo conde le envió á Barcelona para que tomase el hábito de nuestra Señora de la Merced. Conocióse por su ayre, por su nombre y por su virtud, que era un regalo que el cielo presentaba á la nueva familia, y entró en el noviciado, recibiendo el santo hábito de mano de san Pedro Nolasco.

Presto hizo muchas ventajas la virtud del reciente Novicio á la de los profesos mas antiguos. Su fervor, su desasimiento de todas las cosas, su devocion, su obediencia, su excesiva mortificacion y su profunda humildad, eran superiores á toda admiracion. En fin, hizo tan extraordinarios progresos en la perfeccion de su estado, que dos ó tres años despues de su profesion se le juzgó digno de confiarle uno de los mas importantes empleos y ministerios de su sagrado instituto. Éste fue enviarle á las costas de Berbería para tratar con los infieles sobre el rescate de los cautivos cristianos, con el título y facultades de Redentor. Ninguno desempeñó tan caritativo ministerio, ni con mayor valor, ni con mayor prudencia, ni con mayor santidad. Llegado á Argél, encontró tanto número de cristianos cautivos, que consumido todo el caudal que llevaba de la redencion en rescatar á los que pudo, viendo que éste no alcanzaba para todos, consiguió la libertad de muchos, quedándose él mismo por esclavo en su lugar, movido á tan magnánimo sacrificio de su propia libertad, por desviar á muchos infelices del peligro en que se hallaban de apostatar de la fe.

Este milagro de caridad, que hasta entonces apenas te-

nia exemplar, le puso muy presto en ocasion de padecer una especie de martirio. Los moros á quienes se encomendó su custodia, le trataron con tanta barbaridad, que se temió mucho de su vida. Informado de esto el cadi ó corregidor de Argél, temiendo que si perdia la vida se perderia tambien la crecida suma que estaba prometida por su rescate, expidió una órden, mandando no se le hiciese otro mal trato que el correspondiente á las cargas ordinarias de la cautividad, sopena de que si muriese en élla á violencia del excesivo rigor, los transgresores pagarian la suma que estaba estipulada por su libertad. Afligió mucho al Santo este tal cual alivio, como quien ansiosamente anhelaba por el martirio, á lo menos de la caridad. Pero ya que sus pecados (como él decia) le habian estorbado la dicha de perder la vida por la libertad de aquellos pobres esclavos rescatados con la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, quiso aprovecharse bien de la que le daban para andar libremente por la ciudad. Dia y noche visitaba los fosos y los calabozos donde eran conducidos los nuevos cautivos que llegaban á Argél: consolábalos en su desgracia, fortalecíalos en la fe, y suavizaba sus trabajos con la esperanza de la redencion. No contento con animar y esforzar á los cristianos, se extendia su caridad hasta los mismos infieles. Concedióle Dios la gracia de convertir á algunos, que fueron bautizados por su mano; pero tardó poco en recibir la recompensa de su zelo. Informado el gobernador, y furiosamente irritado por aquellas conversiones, le condenó á ser empalado; y se hubiera executado esta cruel sentencia á no haber mediado las poderosas intercesiones de los interesados en su rescate, que por no perderle, pudieron conseguir se conmutase en una horrible bastonada.

Pero ni este insufrible tormento fue bastante á que dexase de continuar sus instrucciones á todos los que las querian oir. Denunciáronle de nuevo al gobernador, que le mandó azotar por todas las calles públicas de la ciudad; y conducido despues á la plaza mayor, el verdugo le barrenó los dos labios con un hierro caliente; pasóle una cadena por éllos, y con un candado le cerró la boca, entregando la llave al gobernador, que la tenia siempre en su poder, y no la daba sino en aquellas horas en que era preci-

so que tomase algun alimento. Ademas de eso le mandó encerrar en un obscuro calabozo, donde estuvo ocho meses hasta que llegó su rescate.

Como sentia su alma tanto consuelo en padecer por el nombre y por la fe de Jesucristo, pidió con grandes instancias á los superiores le permitiesen pasar el resto de sus dias en aquel pais, que consideraba el único para proporcionarle la suspirada corona del martirio; pero le fue preciso obedecer. Queriendo el papa Gregorio IX. honrarle con la sagrada púrpura, creó cardenal del título de san Eustaquio al glorioso Confesor de Cristo. Hízole tan poca impresion aquella eminente dignidad, que no mudó ni el trage, ni la pobreza, ni el método de su penitente vida. Retiróse á su convento de Barcelona, sin que el conde de Cardona, su pariente, le pudiese jamás reducir á que admitiese el tren de cardenal, ni aun permitiese se alhajase su celda con alguna mayor decencia.

Era siempre igualmente encendida su caridad con todos los necesitados; y habiendo encontrado á un pobre traspasado de frio, y desnuda la cabeza, movido de compasion le abrazó tiernamente, y no teniendo que darle, le cubrió con su sombrero, retirándose al convento muy mortificado por no haber tenido otra cosa con que socorrerle. La noche siguiente, estando en oracion, se le apareció la santísima Vírgen, y le puso en la cabeza una corona de flores; pero aunque fue tan singular este favor, el Santo no pudo menos de mostrar que de mejor gana preferiria á la de flores una corona de espinas. Agradó tanto al Señor esta preferencia, que le pareció á Ramon que el mismo Jesucristo le ponia en la cabeza una corona en todo semejante á la suya, y que apretándosela fuertemente, sentia un vivísimo dolor.

Deseando el papa Gregorio tener cerca de sí á un varon tan santo, le llamó á Roma. Obedeció Ramon, púsose en camino; pero llegando á Cardona, distante dos leguas de Barcelona, le asaltó una maligna calentura, que muy luego hizo perder á todos las esperanzas de su vida. No pareciendo el cura que le habia de administrar el santo Viático, y deseando Ramon con vivísimas ánsias recibirle, tuvo el consuelo de que se le administraron los santos

ángeles, ó como aseguran algunos autores, el mismo Jesucristo, y hubo muchos testigos de esta maravilla. En fin, rico de virtudes, consumido de trabajos y de penitencia, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia 31 de agosto del año de 1240, á los 36 de su florida edad. Luego que espiró se suscitó una gran disputa sobre el lugar donde se le habia de dar sepultura. Los de Cardona protestaron con toda resolucion que nunca consentirian desprenderse de aquel presente con que el cielo los habia regalado: el clero de Barcelona pretendia que el entierro de un cardenal por derecho le tocaba á él; y su religion alegaba los muchos títulos que la asistian para la posesion de aquel tesoro hallado en terreno propio. En fin, despues de muchos debates, convinieron todos en que se habia de cometer la decision de aquel pleyto á la divina Providencia. Que el santo cuerpo se encerrase en una caxa; que ésta se pusiese sobre una mula ciega, dexándola caminar sin guia ni conductor adonde élla quisiese, y que se le diese sepultura en el lugar donde la mula se parase. Así se hizo: caminó la mula por mucho tiempo, seguida de innumerable gentío, y atravesando montes y campos, se quedó inmoble en la ermita ó capilla de san Nicolas donde el Santo habia recibido tantos favores del cielo por intercesion de la santísima Vírgen. Movido de este prodigio san Pedro Nolasco, general de la Orden de la Merced, pidió la capilla y una porcion de terreno en aquel desierto para fundar en él un magnífico convento de su religion; y en su iglesia reposan las reliquias del Santo, honrándolas Dios cada dia con nuevos milagros.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui in liberandis fidelibus tuis ab impiorum captivitate, beatum Raymundum, confessorem tuum, mirabilem effecisti; ejus nobis intercessione concede; ut, à peccatorum vinculis absoluti, quæ tibi sunt placita, liberis mentibus exequamur: Per

O Dios, que hiciste admirable á tu bienaventurado confesor san Ramon en el cuidado de rescatar á tus fieles del cautiverio de los impíos; concédenos por su intercesion, que libres de la esclavitud del pecado, executemos con toda libertad de espíritu todo aquello

Dominum nostrum Jesum Christum... que es de tu agrado: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia VII, fól.* 117.

NOTA.

"Es muy verisímil que Jesus, hijo de Sirach, autor »de este libro, viendo la apostasía de la mayor parte de »los judíos, al principio de la persecucion suscitada con»tra el gran sacerdote Onías, en el año 3828 de la crea»cion del mundo, se retiró á Egipto, donde compuso esta »obra."

REFLEXIONES.

El que fuere probado de esta manera, y fuere hallado perfecto, ese gozará de una gloria eterna. Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las supiere poseer sin apego, ó desprenderse de éllas sin congoja, ó perderlas sin dolor, ese será hombre perfecto y digno de una eterna gloria. Bien se puede decir que las riquezas son un objeto que despierta todas las pasiones; así no hay que admirar exciten tantos movimientos tumultuosos, vivos y picantes, ni que levanten tantas turbaciones en el alma. *Radix enim omnium malorum est cupiditas*; porque la codicia, dice el Apóstol, es la raiz de todos los males; *y algunos que se dexaron llevar de élla*, añade el mismo, *se desviaron de la fe, y cayeron en muchas amarguras.* Es menester un grande ánimo, un corazon magnánimo, noble y generoso para no dexarse deslumbrar de un vano resplandor, que dando en los ojos, penetra hasta el corazon, y le encanta con la esperanza de todas las prosperidades que prometen las riquezas, y de los gustos que facilitan al amor propio, á los sentidos y á las pasiones. Ser pobre de espíritu entre las riquezas, y vivir contento en la pobreza y en la necesidad, es lo mismo que estar en medio del fuego, y no quemarse: vivir rodeado de aduladores y de lisonjeros, sin engreirse ni dar lugar al orgullo: estar metido en medio de las ocasiones, y no caer en éllas; á la verdad, po-

der vivir mal sin temor del castigo, y vivir bien, no es el menor de todos los milagros; pero muy infeliz es aquel estado en que es menester un milagro para que un hombre sea bueno. Y á la verdad, segun los principios de la fe, ¿serán muy apetecibles las riquezas? ¿se podrá dexar de temerlas mucho, considerando cuánto dificultan la salvacion? Mas facilmente se comprende el generoso desinteres de los primeros fieles, que absolutamente se despojaban de todo, que la sórdida y vil codicia de los cristianos de nuestros tiempos, á quienes ninguna cosa les basta. Si naciste en una mediana fortuna, da muchas gracias á Dios porque te quitó el mayor estorbo de la salvacion: si naciste rico y opulento, teme mucho el estado en que te hallas, y pídele sin cesar que te libre de sus lazos. Las riquezas, segun la expresion del Salvador, son espinas; pero espinas que punzan mas el corazon que los sentidos. ¿Y quién no sabe que es mortal toda herida en el corazon?

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas, y el mismo que el del dia IV, fólio 76.

MEDITACION.

De las diversiones del campo y de la aldea.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada nos debe causar tanta admiracion como el ánsia con que todos procuran divertirse en el mundo, aun aquellos que profesan una religion que ninguna cosa inculca y predica mas que cruz, penitencia y mortificacion de las pasiones. Las diversiones en nuestros tiempos se han hecho moda en todas las estaciones y en todas las edades. No se pregunta ya si es decente á un cristiano tener una vida regalona, ociosa y totalmente divertida; pregúntase si los que hacen profesion de ser cristianos, los que creen el evangelio, pueden dispensarse de hacer una vida mortificada, si pueden entregarse enteramente á las diversiones, y ser verdaderamente cristianos. Pero dicen que alguna diversion han de tener al

cabo del año; y que el tiempo mas propio es el otoño. Esto es decir por otros términos, que en el otoño pueden dexar lícitamente de ser buenos cristianos. ¡Mi Dios! ¿En qué parte de vuestro evangelio se encontrará esta doctrina? Es verdad, responden, que nos divertimos; pero en estas diversiones no hay cosa mala. ¿Pero de cuándo acá se ha descubierto un tiempo, una estacion en el año en que es lícito á un cristiano pasar los dias y las semanas en un eterno olvido de Dios? ¿son por ventura las pasiones mas inocentes en el campo y en la aldea que en la ciudad? ¿es acaso menor el peligro por lo mismo que hay mas libertad, mas licencia, mas ocasiones, menos recato, y mayores tentaciones? No se hace cosa mala; harto mala es no hacer cosa buena en quien está obligado á hacerlas á todas horas. No se hace cosa mala; pues qué, una eterna série de diversiones, de juegos, de banquetes, de conversaciones libres y desenvueltas, de visitas, de paseos licenciosos (porque en estas ocupaciones se emplea de ordinario el tiempo destinado para el campo, para la quinta y para la aldea), esa perpétua cadena de ociosidad, de regalo y de pasatiempos, ¿es cosa muy inocente? Consulta, consulta esos tristes despojos de la inocencia, miserables reliquias del naufragio que padece regularmente en esa funesta estacion. Al ver en élla tanta licencia se pudiera dudar si el tentador, si el enemigo de nuestra salvacion, tenia prohibicion de entrar en esos lugares de los pasatiempos: ó si las pasiones, que en todas las demas partes hacen tantos estragos, se apagaban al entrar en las casas de campo y en las quintas. Sin embargo, allí se vive, por lo comun, sin devociones, sin exercicios espirituales, sin el auxîlio de los sacramentos, sin preservativos, sin circunspeccion y sin desconfianza. Concédese toda libertad á los sentidos; corre sin freno el amor propio; suéltase la rienda al pensamiento; espárcese el ánimo con entera libertad; el corazon se desahoga á sus anchuras; ¿y reynará por mucho tiempo la inocencia? ¡Mi Dios, qué de remordimientos sin provecho, qué de lágrimas amargas excitarán en algun dia las diversiones del buen tiempo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en todo el año tiempo alguno que nos dispense en las obligaciones esenciales de la religion. Conocer á Dios, amarle y servirle es el exercicio de un cristiano por todos los dias y por toda la vida; esto es todo hombre, dice el Sábio, *hoc est enim omnis homo.* Teme á Dios en todos tiempos, y guarda sus mandamientos. Este es el compendio, y como el epílogo de nuestras obligaciones. En esto consiste, no solo toda la perfeccion, sino toda la sabiduría, toda la prudencia, toda la bondad, toda la sana razon, y el buen uso que se debe hacer de élla. Poseer todas las demas prendas, hacer con la mayor perfeccion todas las demas cosas, y no temer á Dios, no amarle, y ofenderle, es ser irracional, despreciable y mentecato. Pues ahora, ¿de cuándo acá el otoño, el buen tiempo, aquella temporada que se pasa en el campo, ha dispensado á los cristianos en sus obligaciones mas indispensables? ¿por ventura Dios no es tan dios, tan soberano y tan señor nuestro en el retiro del campo como en el bullicio de cualquiera otra parte? ¿pues qué autoridad superior á la suya nos dispensa entonces en los exercicios de la religion, en las devociones, en la leccion espiritual, en el respeto, en la devocion y en la asistencia del sacrificio de la misa? Los domingos y los demas dias festivos, ¿perderán en el campo su solemnidad? ¿no tendrán en él el mismo vigor que en la ciudad así las máxîmas del evangelio, como las mas sagradas leyes de la Iglesia? ¿y no hay sobrada razon para hacer estas preguntas al ver cómo suelen pasar algunos los dias en aquélla temporada en que se retiran á sus quintas? Valga la verdad: ¿á qué se suele reducir toda la santificacion de esos santos dias? Aparécese precipitadamente en la iglesia con una indecencia verdaderamente rústica y campestre: óyese una misa, la mas breve que se puede, con posturas disipadas, inquietas, y en un contínuo movimiento: apenas se tiene paciencia para esperar á que se acabe; consumen todo el resto del dia la mesa, el juego, la caza, los paseos, el bayle y las mas estudiadas diversiones; y se puede decir con verdad que los pasatiempos del dia de

fiesta hacen muchas ventajas á los del dia de trabajo. ¿Será muy cristiana esta profana multiplicacion de pasatiempos? ¿serán todos muy inocentes? ¿se asiste entonces á los divinos oficios? Las personas de distincion se avergonzarian tal vez de concurrir á éllos. Y despues de esto, se pensará que las diversiones del campo son sin consequencia; que á lo mas son indiferentes; y, segun la idea de muchos, absolutamente necesarias. Convengo en que se puede ir á respirar algunos dias al campo durante la bella estacion del buen tiempo: convengo en que este desahogo, este levantar la mano de los negocios, del estudio y de las ocupaciones sérias es muy lícito de suyo, y tambien muy conveniente; pero todas las diversiones del campo han de ser cristianas, y el estar en la campaña á ninguno dispensa en las obligaciones esenciales de la religion.

Reconozco, Señor, el desórden del corazon humano, y desde luego le condeno. Espero, mediante vuestra divina gracia, tener siempre muy presente que no hay estacion, tiempo, ni lugar en que sea lícito desagradaros; y confio que de hoy en adelante serán muy inocentes todas mis diversiones.

JACULATORIAS.

Benedicam Dominum in omni tempore; semper laus ejus in ore meo. Salm. 33.

Sí, Señor, en todos los tiempos y en todas las estaciones del año os bendeciré y os serviré con fidelidad; siempre y en todas ocasiones resonarán en mi boca vuestras divinas alabanzas.

Beatus vir qui timet Dominum, in mandatis ejus volet nimis. Salm. 111.

Bienaventurado aquel que siempre teme á Dios, y que pone todo su gusto en guardar perpétuamente sus divinos mandamientos.

PROPOSITOS.

No se intenta prohibir á todo género de gentes todo género de diversiones. Las puede haber muy inocentes, y

con efecto hay muchas que son muy lícitas. El fin es el que todas las debe arreglar. El ánimo contínuamente aplicado pide necesariamente algun desahogo; el cuerpo fatigado con el trabajo pide de justicia algun descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no pueden ocupar: han de recrear el corazon, dexándole alegre; pero nunca arrepentido. Son perniciosas en siendo demasiadas. No debe ser la pasion ni su alma ni su regla: para ser lícitas es preciso que siempre sean cristianas.

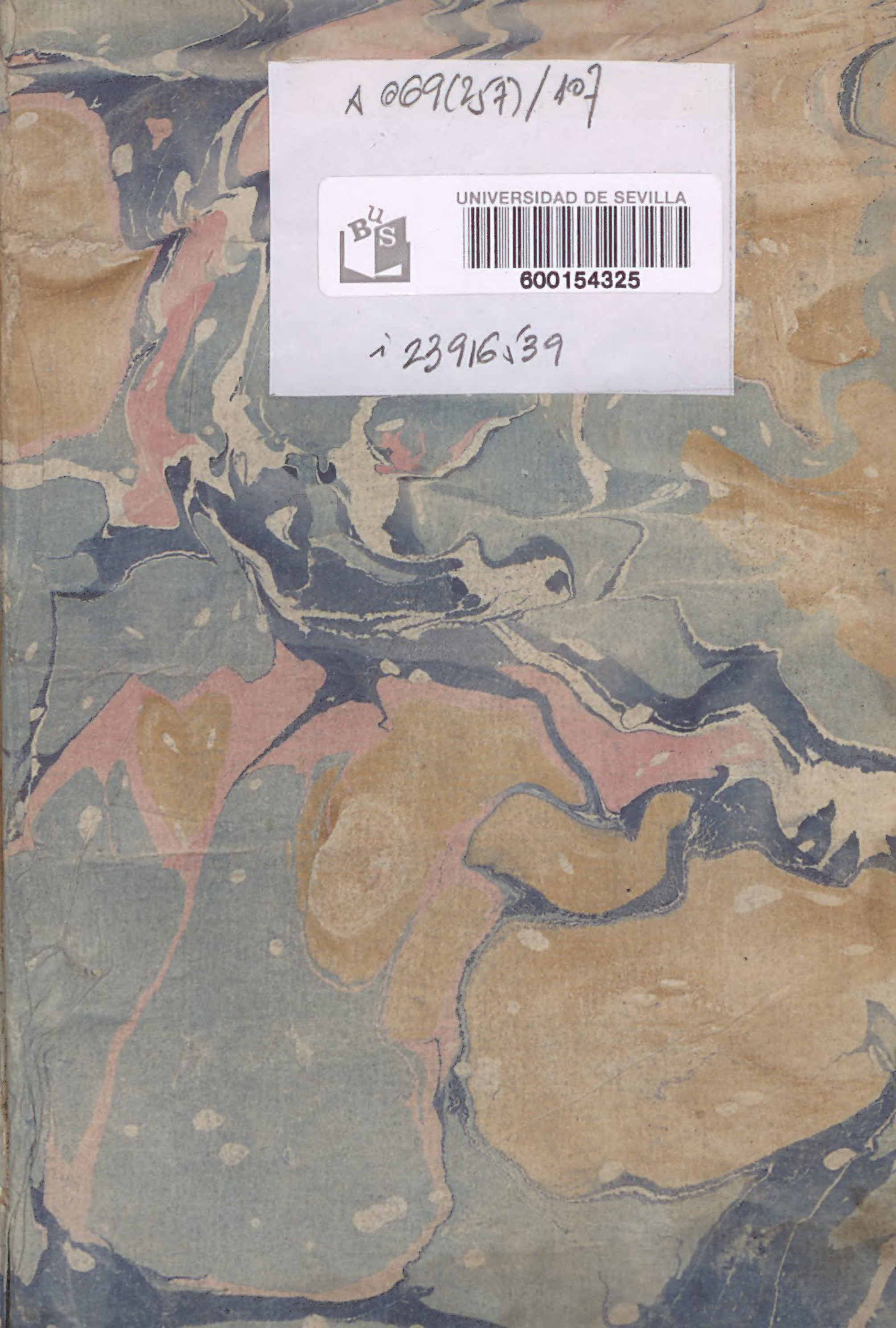
2 Retírate en buena hora á la campaña por algun tiempo; pero no te olvides de que esto no te dispensa en las obligaciones de cristiano. Ningun dia faltes á tus acostumbrados exercicios espirituales; antes bien has de procurar hacerlos con mas fervor y con mayor exâctitud que la regular y ordinaria. Asiste á la misa todos los dias, y ninguna tarde dexes de tener media hora de leccion espiritual, y otra media de oracion retirado en tu oratorio ó en tu cuarto, ó paseándote solo en algun lugar apartado. Cuando se te permitan algunas honestas diversiones mas, no omitas las verdaderas, que consisten en el exâcto cumplimiento de todas tus devociones. Si por la distancia de la iglesia no pudieres asistir á vísperas los domingos y dias de fiesta, no dexes de rezarlas en particular. En el rosario no te dispenses dia alguno, como ni en leer algun rato en un libro devoto durante el tiempo que te mantuvieres en la campaña. Le has de considerar como una especie de retiro, á lo menos por algunas horas del dia. El mismo campo inspira recogimiento; pero el demonio le disipa tanto, que hace omitir en él los exercicios mas ordinarios de la religion. Preocupa estos artificios, y experimentarás la liberalidad y la dulzura con que recompensa Dios inmediatamente el fervor de una alma cristiana. Cuando se observa todo esto con fidelidad, se experimenta por lo comun mas devocion en el campo que en otras partes.

TABLA

De los títulos que se contienen en este tomo octavo.

FIN DE LA TABLA.






257
AÑO
CRISTIANO
AGOSTO
107



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm